La horda de oro

1968-1977.
La gran ola revolucionaria y creativa, política y existencial

Nanni Balestrini
Primo Moroni

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

historia

Omnia sunt communia! o "Todo es común" fue el grito colectivista de los campesinos anabaptistas, alzados de igual modo contra los príncipes protestantes y el emperador católico. Barridos de la faz de la tierra por sus enemigos, su historia fue la de un posible truncado, la de una alternativa a su tiempo que quedó encallada en la guerra y la derrota, pero que sin embargo en el principio de su exigencias permanece profundamente actual.

En esta colección, que recoge tanto novelas históricas como rigurosos estudios científicos, se pretende reconstruir un mapa mínimo de estas alternativas imposibles: los rastros de viejas batallas que sin llegar a definir completamente nuestro tiempo, nos han dejado la vitalidad de un anhelo tan actual como el del grito anabaptista.

Omnia sunt communia!



LICENCIA CREATIVE COMMONS
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 España

Usted es libre de:
* copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador.
No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

* Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
* Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.

© 1997, Giangacomo Feltrinelli Editore
© 2006, de la edición Traficantes de Sueños

Primera edición *en italiano Sugar Coedizione, Milán, 1988.*
Edición actualizada *(sobre la que se realiza esta edición en castellano):*
Giangiacomo Feltrinelli Editore, Milán, 1997. Edición de Sergio Bianchi.

Imágenes interiores y de cubierta: *CD- '77 L'anno della grande rivolta, Derive approdi, CSOA. La Strada.*

1ª edición: 1000 ejemplares
Septiembre de 2006
Título:
La horda de oro (1968-1977). La gran ola revolucionaria y creativa, política y existencial
Autor:
Nanni Balestrini y Primo Moroni
Traductores:
Micaela Bogazzi, prólogos y capítulos 1, 2, 3, 4, 5, 8 y 11.
Hibai Arbide, capítulo 6.
Pablo Iglesias, capítulo 7.
Jordi Bonet i Martí, capítulo 9.
David Gámez y Joan Gual, capítulo 10.
Raúl Sánchez Cedillo y Ana Méndez, capítulo 12 y apéndice.
Maquetación y diseño de cubierta:
Traficantes de Sueños.
Edición:
Traficantes de Sueños
C/ Embajadores 35. 28012 Madrid. Tlf: 915320928
e-mail:editorial@traficantes.net
http://traficantes.net
Impresión:
Queimada Gráficas.
C/ Salitre, 15 28012, Madrid
tlf: 915305211
ISBN-10: 84-96453-13-8
ISBN-13: 978-84-96453-13-8
Depósito legal: M-36422-2006

La horda de oro

La gran ola revolucionaria y creativa, política y existencial

Primo Moroni
Nanni Balestrini

historia
traficantes de sueños

Índice

Introducción a la edición en castellano

Hace ya largo tiempo que se planteó por primera vez la publicación de *La horda de oro* en castellano. Referencia clásica e imprescindible, no sólo del «ciclo italiano» sino también del largo ‘68 europeo, ha sido evidente objeto de deseo por los componentes de movimiento más conscientes de la importancia del capítulo italiano. Proyecto demasiado ambicioso, demasiado caro y complejo para las prácticas de autoedición de la década de los noventa, ha tenido que dormir en el armario hasta que Traficantes de Sueños ha podido reunir la inversión suficiente como para culminar esta empresa.

La edición que aquí se presenta es, pues, el resultado de la maduración de un largo trayecto que arrancaba de la necesidad de ofrecer un hilo de memoria, por frágil que fuera, que reconociese en lo mejor de los años sesenta y setenta el rico predecesor de la okupaciones, los grupos autónomos y los proyectos de autoorganización de los años noventa en el Estado español.

Paráfrasis excesiva que no necesariamente tenía que pasar por Italia, se dirá. Y sin embargo, la lectura del libro, siempre tan italiano, no deja de sorprender por la actualidad de muchos de sus párrafos que parecen plantear cuestiones idénticas a las que hoy nos enfrentamos. Pero también por los paralelismos no casuales que presenta con el caso español. Sólo por enumerar brevemente las grandes fases. En primer lugar, la emergencia de un movimiento obrero de nuevo cuño a partir de la década de 1960 (Piazza Statuto y las primeras huelgas masivas contra el franquismo, ambas en 1962), que nace de la inmigración rural (de la mitad meridional de ambas penínsulas) y de su aplicación como fuerza de trabajo descarnada en las grandes industrias taylorizadas. También las grandes luchas obreras que siguieron al ‘68, gobernadas por comportamientos autónomos, un

nítido igualitarismo salarial y político y una radicalidad que iba desde la ocupación de las fábricas hasta el absentismo organizado y el sabotaje de la producción. Por supuesto, la proliferación de comportamiento anómalos, antidisciplinarios, que recogiéndose en las distintas contraculturas acabaron por transformar y revolucionar la vida cotidiana de ambos países. El tétrico cierre de la época de los grandes conflictos por medio pactos de Estado en los que colabora, de forma impagable, el movimiento obrero tradicional y especialmente los Partidos Comunistas: el Compromiso Histórico en Italia, el modelo de la Transición y los Pactos de la Moncloa en España. Y por último, la crisis de sentido y la desesperación social del *no future* y la heroína de la generación jóven de los primeros ochenta: el desencanto, y lo que Paolo Virno llamó la era del cinismo, el oportunismo y el miedo.

Evidentemente, las condiciones y las realidades de movimiento que alumbraron la idea de su publicación han cedido con los años. La emergencia del movimiento global, las primeras luchas de los migrantes o los nuevos usos políticos de las tecnologías han quebrado los referentes que en otra lectura sobre los setenta italianos, que circulaba mucho hace unos años (*Los invisibles* de Nanni Balestrini), aparecían todavía como el Vademecum existencial de los militantes de los radicales movimientos juveniles. Pasado el tiempo en que los jóvenes autónomos de los centros sociales y de las asambleas estudiantiles podían reconocerse, de forma casi inmediata, en el complejo espejo de la autonomía difusa del '77, esperamos que otras figuras de la militancia y del activismo social puedan encontrar, en este libro, otras iluminaciones, otras sugerencias, otros problemas. De hecho, a este propósito dedica esta editorial una colección entera, *Historia* (quiza? con un nombre excesivamente explícito), en la que las revueltas y la contracultura de aquellas décadas ocupan un capítulo central.

Este volumen es también la culminación de un pequeño trayecto intelectual de Traficantes de Sueños. Con *La horda de oro* se cierra la traducción de un conjunto bastante amplio de ensayos realizados precisamente por algunos de los actores vivos de aquellos años de subversión y alegría que acabaron en el largo invierno de la década de 1980: Paolo Virno, Franco Berardi (Bifo), Nanni Balestrini, Maurizio Lazzarato; o una segunda generación formada en la política de los centros sociales que siguieron al '77,

Sandro Mezzadra, Alessandro de Giorgi, Antonio Conti. Sus ensayos, de forma nada paradójica, se cuentan entre los que de forma más audaz están renovando nuestra manera de imaginar y comprender la política. Justo es pues reconocer la riqueza histórica que ha hecho posible estas líneas de reflexión y que ocupan el argumento de toda esta narración.

Finalmente y antes de empezar con la lectura, no nos queda nada más que reconocer el carácter colectivo de esta empresa que se apoya, como siempre, en redes cooperación van mucho más allá del colectivo editor. Tinta Limón, el colectivo Situaciones y Micaela Bocazzi que han coordinado la traducción y la edición de buena parte del libro en Argentina. Hibai Arbide, Jordi Bonet, Pablo Iglesias, Joan Gual, Raúl Sánchez Cedillo y Ana Méndez, además de los que formamos parte del equipo editorial, han traducido capítulos o partes de capítulos de esta obra. Por último, deseamos mostrar nuestro agradecimientos a todos aquellos que han discutido, deseado y hecho posible este resultado que para nosotros no deja de tener el carácter de un pequeño acontecimiento editorial.

El editor, julio de 2006

Prefacio a la nueva edición

Primo Moroni

Cuando en 1987 Balestrini y yo, con la preciosa ayuda de Sergio Bianchi, comenzamos a escribir *La horda de oro,* estábamos en la vigilia del vigésimo aniversario del '68. Sabíamos por la prensa que se estaban preparando muchos libros con el mismo argumento; en su gran mayoría, se trataba de «memorias» subjetivas de protagonistas más o menos importantes de la estación de luchas de los años setenta. En la televisión, se encendían las polémicas sobre los éxitos políticos y sociales de aquel conflicto. En síntesis, había un clima interesante, reforzado por el hecho de que en las pantallas de televisión se estaban pasando algunas retransmisiones dedicadas a otro aniversario, el del «movimiento del '77».

Sin embargo, no nos satisfacía la sensación de que el recuerdo y la celebración (en sí mismos términos inadecuados) oscilasen entre una suerte de embalsamamiento de los eventos históricos y una demonización que tendía a separar a los «buenos» de los «malos».

El punto clave de la separación de aguas sería, según estas interpretaciones, la cuestión del uso de la violencia. En sí misma una banalidad, porque un conflicto que había durado al menos diez años y que había implicado a centenares de miles de sujetos sociales, no podía reducirse al ámbito estrecho del supuesto juicio ético sobre las formas de lucha. Obviamente, la *querelle* era funcional al propósito de confirmar el reciclaje institucional de quienes la llevaban a cabo y también al propósito de separar los destinos de algunos otros, que todavía contados por centenares, yacían en las cárceles de la Primera República (una razón no menos eficaz).

En realidad, en Italia, a partir de finales de los años setenta se puso en marcha un gigantesco mecanismo de falsificación de la historia de aquella década, que encontraba su síntesis lingüística en la desoladora denominación de los «Años de plomo».

Y si el ocultamiento y la falsificación tuvieron en el PCI de Enrico Berlinguer su principal motor y su brazo judicial, los ex «dirigentes» de los «grupos extraparlamentarios» no fueron menos en su ansia de negar y separar su pasado de los intereses del presente.

Con estos sentimientos, nos pusimos a escribir *La horda de oro*: un texto sobre los «movimientos» de los años sesenta y setenta que fuera lo más fiel posible a la complejidad expresada en aquella oleada revolucionaria.

Evidentemente, este proyecto no quería decir que nosotros no hayamos intentado ser, como se suele decir, «objetivos», algo por otro lado imposible; sino que nuestro ser «de parte de» ha significado estar crítica y generosamente al lado y dentro de la historia de los «movimientos», contra el poder constituido, las versiones de la historia institucionales y neoinstitucionales y sus falsificaciones. Nuestra difícil y deseada imparcialidad estaría, por lo tanto, en el proyecto-intención de querer «contar» la historia de los conflictos, sin privilegiar ninguna de las infinitas facetas ideológicas y organizadoras producidas por los «movimientos extrainstitucionales» de aquel periodo histórico.

Todo esto significaba situarse en un auténtico laberinto, en un laboratorio político, dentro del cual, y por necesidad «histórica», confluían los principales flujos y corrientes de los movimientos revolucionarios ortodoxos o heréticos del último siglo.

Comenzamos así a construir toda una serie de índices, de posibles esquemas para encontrar una metodología que diera cuenta, paso a paso, del origen y del desarrollo de las múltiples «almas» del movimiento, de sus componentes internos y del conflicto, que les habían llevado a oponerse no sólo a la organización capitalista del Estado y del trabajo, sino también a los partidos históricos de izquierda.

El libro fue escrito en cuatro o cinco meses, primero en Roma y luego en Milán, como invitados de Bárbara y Sergio Bologna.

Llenamos una habitación con decenas de libros producidos en los años setenta y ya fuera del mercado, de cientos de revistas y documentos provenientes del archivo histórico de la Librería Calusca o de las bibliotecas personales de compañeros.

Hablamos mañanas enteras con compañeros que posteriormente hicieron contribuciones significativas al texto definitivo (Giairo Daghini, Franco Berardi, Letizia Paolozzi, etc.). Durante un mes no escribimos ni un renglón, pero lentamente logramos trazar algunas líneas fuertes, dentro de las cuales se podía hacer «viajar» la narración además de elaborar una selección en la enorme masa de materiales de carácter documental.

También limitamos los hechos a un preciso espacio cronológico (de julio de 1960 a diciembre de 1977).

Rápidamente nos dimos cuenta de que no era posible un corte histórico profundo (en realidad ninguno de nosotros es propiamente historiador) sostenido en los documentos (sólo con los documentos por así decir «indispensables» hubiera surgido un volumen de alrededor de mil páginas) y que era preferible mantenerse a mitad de camino entre la *oral history* y la narración directa, apoyándose en documentos y testimonios particularmente significativos de los pasajes cruciales de las distintas fases.

Fundamentalmente, más que en una historia general, completa y exhaustiva —que está por hacer— pensamos en proporcionar a los lectores, y sobre todo a aquellos mas jóvenes, un panorama suficientemente vasto y simple de aquella extraordinaria revuelta existencial y política. Un panorama que sin embargo contuviera una filigrana interpretativa de las motivaciones que habían movido primero la protesta y después la rebelión. De un lado, por lo tanto, un instrumento de trabajo, una brújula para moverse en el laberinto; de otro, las contradicciones no resueltas que habían incidido de forma fuerte sobre los éxitos históricos, siendo al mismo tiempo un «motor» indispensable.

De este modo, los criterios que nos han guiado están ligados al hecho de contar, de «representar» la complejidad de los «movimientos revolucionarios» producidos por una generación ejemplar de la revuelta.

Partimos de lo que Agnes Heller y otros han llamado la «generación de la revuelta existencial» (las décadas de 1950 y 1960) para buscar las raíces de todos los «sesenta y ocho»: de los *beat* americanos a los *hippies* y las Panteras Negras; de la revuelta contra la «forma partido» y el rechazo de la «delegación» a la autoorganización política horizontal; de la profunda necesidad de autonomía del sujeto al rechazo de la sociedad de consumo que produce el «hombre unidimensional»; de la necesidad o condición de intentar crear la «constitución material de la clase» a la contestación crítica, y a menudo violenta, de la democracia formal y de las «constituciones formales».

Fundamentalmente había que hacer entender la «globalidad» de los nuevos procesos de autodeterminación existencial y política que, a partir de la crítica radical de la familia nuclear, se extendían a la escuela, al mundo del trabajo, al partido, a las «instituciones totales» y al Estado, para confluir en la oposición global contra la forma máxima de dominio que es el imperialismo. Con sorprendente armonía se realizaba así y a partir de la propia vida cotidiana, la soldadura, entre «la liberación de uno mismo como condición indispensable para la liberación de todos» y el posicionamiento con las luchas de liberación de todos los «sures» del mundo. En este recorrido, la «contestación global» encontraba su unificación a nivel internacional.

Aparece en primer lugar, por lo tanto, el análisis de una rebelión contra el principio de autoridad y de dominio con la necesidad profunda de autodeterminación de la subjetividad. Todo ello dentro de un período histórico que veía cómo Italia pasaba de una fase de reconstrucción industrial postbélica (el viejo *collage* entre mundo campesino y mundo obrero urbano) a una fase capitalista más madura, donde la extensión del fordismo determinaba tanto la transformación del universo de la fábrica como el movimiento de enormes masas de trabajadores desde el campo del Sur hacia las zonas industrializadas del Norte.

El fordismo traía consigo, como proceso indispensable, la sociedad de consumo y la racionalización de un modelo jerárquico de sociedad, que desde la fábrica se extendía al resto de la sociedad y a las formas de representación política. El neocapitalismo italiano (tal y como fue llamado) de los años sesenta fue un formidable entramado de innovación democrática y represión policial. Un sistema político bloqueado y atrasado que no consiguió dar respuestas concretas a un grupo social que basculaba entre la necesidad de rechazo de las nuevas disciplinas productivas y la intrínseca necesidad de un gran proceso de modernización de la sociedad.

En este contexto, se insertaron con fuerza los movimientos revolucionarios continuamente suspendidos entre la voluntad de oponerse y gobernar de manera diferente las transformaciones en curso y la «fuga» tendencial, contracultural, hacia una sociedad ideal separada en tanto forma del rechazo integral.

Y en efecto, en nuestro texto se subraya, frecuentemente, la fractura entre el área contracultural y el área política. Una fractura que se había consumado hacia finales de 1968, y que había tenido un generoso y fallido intento de recomposición en el Festival de Parco Lambro de 1976, para después transformarse en la breve y dramática estación del «movimiento del '77».

En los últimos años, algunos prestigiosos historiadores democráticos han hecho una contribución bastante interesante a la génesis de los '68. Se puede decir que las interpretaciones se mueven sobre, al menos, tres filones.

La primera (como hace Sidney Tarrow) ve en el largo ciclo de la protesta italiana una formidable contribución a la formación de la modernidad. Para Tarrow (que analizó en su *Democracia y desorden* alrededor de cinco mil episodios de conflicto entre 1965 y 1975) el ciclo de la protesta dio una contribución de particular resonancia al desarrollo de la democracia en Italia: los individuos adquirieron una nueva autonomía respecto de las organizaciones políticas que pretendían que se delegase en ellas; entraron en escena nuevos sujetos políticos y las «exigencias excesivas» del movimiento en su punto culminante entre 1968 y 1969 fueron mediadas a través de la realización de algunas reformas. Tarrow está de acuerdo con los que piensan que se trató de «una gran oleada que arrastró casi todo pero que dejo detrás depósitos aluviales». Y así, el '68 es recuperado como una contribución esencial a la modernidad, mientras que el dramático conflicto italiano sería causado esencialmente por el retraso del contexto político institucional.

Aquí se puede observar, en oposición a las falsificaciones póstumas, que el punto máximo del conflicto coincidió en Italia con una estación de ampliación de la esfera de las libertades individuales y colectivas que no había tenido antecedente en las décadas anteriores. Si bien es verdad que conquistas como el divorcio o la ley del aborto, eran ya patrimonio adquirido por muchas democracias occidentales, la característica más destacada del caso italiano era la de haber impuesto desde «abajo» con una acción de «movimiento» estas mismas conquistas que casi siempre eran sostenidas de forma tibia por los partidos de la izquierda institucional. Después, en la experiencia jurídica del «Estatuto de los trabajadores», nos encontramos frente a un resultado que no tiene correlatos en la historia del movimiento obrero occidental.

Una interpretación completamente opuesta a la de Tarrow ve en el '68 la última llamarada de una visión arcaica y utópica . El '68, lejos de haber hecho un aportación significativa al mundo moderno, fue el último intento de realizar un sueño irrealizable. La visión del '68, según esta interpretación, con su insistencia en la vida comunitaria y su extremismo social, se colocaba entre las grandes visiones utópicas, ya sean cristianas o comunistas. El '68 surge así como la última tentativa de contraponer a la modernidad una antigua representación de la sociedad ideal.

Nosotros, en cambio, hemos intentado evitar tanto la interpretación tranquilizadora como la aniquiladora, aunque tengan un carácter «generoso». Por el contrario, hemos tratado de subrayar cómo los movimientos de los años setenta hicieron un enorme esfuerzo en elaborar una concepción alternativa a la modernidad, una concepción que se opusiera en profundidad al modelo del capitalismo consumista de la postguerra y, en definitiva, a la intrínseca y formidable eficacia del modelo jerárquico fordista-taylorista, haciéndolo «saltar por los aires» en su expresión social y más aún dentro de las fábricas.

Por lo tanto, el movimiento como reflejo especular del paradigma dominante, como expresión radical e irreductible de la madurez alcanzada por el conflicto capital-trabajo.

Muchos han lamentado la caducidad, la parcialidad y, a veces, la generosidad de las propuestas alternativas al capitalismo elaboradas por los distintos sectores del movimiento, pero en realidad nosotros privilegiamos una visión de los movimientos que no contempla un éxito definitivo — del tipo de la toma del «Palacio de invierno». Los movimientos de los años setenta fueron muy probablemente el último gran «bang» de una historia de revueltas que comenzaron con el propio nacimiento del capitalismo moderno. Dentro de la historia y sus contradicciones, contribuyeron a llevar a cabo la última y definitiva trayectoria del modelo fordista-taylorista, con toda su inteligencia social y política. Demostraron que aquel modelo era, en su mayor parte y fundamentalmente, «desechable» desestabilizando desde dentro sus mecanismos más acabados.

De este conflicto, el ordenamiento político-económico italiano salió modificado de forma irreversible; así como la decadencia del «sistema de partidos» (incluidos los de izquierda), verificada a finales de los años ochenta, no es sino el resultado de la onda expansiva de aquel conflicto. La tragedia del sindicato y del PCI consiste justamente en no haber comprendido y percibido la extraordinaria carga innovadora de aquella oleada revolucionaria: antes al contrario, la reprimieron de forma dura aliándose con el capital oligárquico y con los cuerpos represivos del Estado y, por así decirlo, acabaron sustancialmente suicidándose.

La reestructuración del sistema productivo era probablemente y de todos modos una exigencia histórica de la organización capitalista, una modificación profunda del modelo keynesiano-fordista, una exigencia estructural del capitalismo internacional; pero esto no podía y no tenía que significar necesariamente la aceptación pasiva del «plan del capital» tal

y como se estaba poniendo en evidencia. Y si bien es verdad que los «movimientos» hicieron una contribución determinante para llevar a su fin y para convertir en impracticable el modelo de mando del ciclo capitalista de los últimos cincuenta años, tampoco se puede dejar de subrayar que la izquierda institucional la aceptó pasivamente y delegó al propio capital el gobierno de las transformaciones productivas y sociales.

En realidad, la práctica de la «excepción» se convirtió en una verdadera y auténtica forma de gobierno en el curso de toda la década de 1980. Y la lógica de la excepción desarticuló y destruyó definitivamente el ordenamiento democrático de la Primera República arrastrando en este proceso a buena parte de las dinámicas democráticas de las últimas décadas de la historia republicana. Todo el «sistema de partidos» ha contribuido de forma fundamental al funcionamiento de esta forma de gobierno distorsionada, delegando en la magistratura enormes poderes judiciales y discrecionales. Se ha elaborado una legislación «especial» que debería haber tenido una función transitoria y que en cambio fue transferida al cuerpo de las leyes «normales», se construyeron decenas de «cárceles especiales» con tratamiento «diferenciado», gobernadas de forma continua por «decreto» y frecuentemente en claro contraste con los principios de la Constitución. Con este fin, se recurrió cada vez más a agitar un supuesto «peligro para la democracia», identificado con el «terrorismo», con la criminalidad organizada o con otros fenómenos sociales que, en cualquier caso, no han representado nunca una auténtica amenaza para el cuadro democrático.

Que este recorrido de las transformaciones institucionales tuviese que confrontarse con el mutado panorama productivo, que la violenta modificación del «Estado de derecho» sea una necesidad intrínseca de las exigencias del «nuevo capitalismo», es algo que parece bastante claro y no es éste el lugar para intentar un análisis más profundo; pero es necesario observar que el violento conflicto italiano con su producción de miles y miles de imputados y encarcelados y con las decenas y decenas de muertos (de uno y otro lado) que lo marcaron de forma dramática, contiene en sí mismo una buena parte de las explicaciones y de las motivaciones profundas que pueden ser útiles para comprender el actual contexto político.

Muchos en el mundo occidental piensan con razón que el caso italiano es uno de los laboratorios sociales y productivos más relevantes para descifrar el paso epocal de una fase del capitalismo a otra. La nueva fase es todavía difícil de definir: está quien la define genéricamente como postfordista, como «toyotista» y quien simplemente la llama postindustrial.

En Italia, la recientemente concluida década de 1990 ha sido un periodo oscuro y tormentoso. Han sido muchas las mistificaciones y las ideologías aptas para ocultar los procesos reales (entre otras «el pensamiento débil», las payasadas del «nuevo renacimiento», Italia como gran país industrial, etc.). En realidad, han sido uno años en los que se ha producido la reestructuración del capital a nivel nacional e internacional y en los que se ha operado una profunda mutación interna definida por muchos como una auténtica «revolución».

Alrededor de estos procesos de «alto nivel» hemos sido testigos también del gran ciclo de la heroína, de la expansión del «capital ilegal», de la destrucción de la subjetividad, de las generosas y dramáticas respuestas de las contraculturas juveniles metropolitanas y, finalmente, de los obreros encerrados en las fábricas, impotentes y oprimidos por la angustia ante su propio futuro.

En una entrevista (de 1985-1986) recuerdo la frase, exagerada pero significativa, de un trabajador anciano: «Somos como los judíos; ahora nos espera la "solución final"». A aquella entrevista que nunca fue publicada, hubiéramos podido ponerle el título de *El miedo obrero*. El miedo parecía ser, en efecto, la tonalidad emotiva dominante, la *Stimmung* predominante entre aquellos trabajadores que vivían como un grupo de náufragos. Su horizonte estaba ocupado de forma determinante por el problema de la droga, del que, casi todos, de forma sorprendente, mostraban haber tenido una experiencia directa (obviamente entre los más jóvenes) o indirecta a través de parientes y conocidos (sirva esto también para desmitificar las banalidades que reducen exclusivamente el problema droga a las franjas de marginales juveniles). La imagen del ambiente de trabajo parecía dominada por la irrupción de la innovación tecnológica, percibida con su valencia, tan brutal como real, de sustituto del trabajo humano.

A día de hoy, muchos de nuestros análisis de entonces parecen en parte limitados porque, si bien han recogido en curso una «revolución interna» del sistema político, quizás no habían comprendido en su totalidad que ésta era una necesidad intrínseca de la esfera de la producción: no entendimos en toda su profundidad que se estaba dando una auténtico cambio de época en las estrategias integrales del capitalismo maduro. A partir, por ejemplo, del concepto de «derrota obrera» que indudablemente se dio, y que sin embargo fue la consecuencia de implicaciones más profundas y que reducida a sus propios términos, terminaba por recoger exclusivamente la dimensión política de lo que, en realidad y antes que nada, era y sigue siendo un gigantesco proceso de transformación social inducido pura y

simplemente por la necesidad de cambio radical del modo de producción. Una necesidad que en el caso italiano operaba con un considerable retraso, si se compara con otras áreas económicas capitalistas, y ese retraso había sido causado principalmente por la capacidad conflictiva y por la madurez alcanzadas tanto por los movimientos antagonistas como, sobre todo, por la fuerza autónoma y organizativa del cuerpo central de la clase obrera. En este sentido, se hace más comprensible que la mutación en Italia asumiese unos tintes mucho mas dramáticos que en otros lugares y que para que se realizase «tuviese que eliminar» tanto a los movimientos antagonistas como la propia centralidad obrera.

Hoy, en Italia, el histórico y defectuoso «sistema de partidos» está, literalmente, hecho pedazos y todas las fuerzas que hubieran podido oponerse a esta miserable deriva institucional han sido dispersadas y reprimidas en el curso de la última década. La izquierda institucional está privada de un programa político creíble que sea capaz de interpretar el profundo desorden de los procesos materiales. Nuevas y ambiguas «formas de representación» se han asomado a la escena política, pero el enorme yacimiento minero de los movimientos de los años setenta aparece disperso, cancelado.

En este contexto, nuestro libro aspira a ser un instrumento de la *mémoire*. Y después, citando a un autor que, dicho sea de paso, no me gusta, no es quizás verdad que «la lucha de los hombres contra el poder es también la lucha de la memoria contra el olvido».

Nota a la edición italiana

Sergio Bianchi

La primera edición de este libro apareció hace diez años. Se agotó rápidamente y no fue reeditado. Continuó circulando en fotocopias y, en los últimos años, han sido difundidos fragmentos más o menos extensos a través de pequeñas y grandes redes telemáticas.

En los últimos diez años, tanto en el plano internacional como en el nacional, se han producido transformaciones epocales que los autores y los colaboradores de este libro supieron intuir y anunciar con una amplia anticipación para aquel entonces, aunque lo hicieran sólo de forma aproximada. En su demostrada capacidad de previsión y en el método de la investigación reside la actualidad de la reconstrucción histórica de un ciclo de luchas de clase, el que acompañó al agotamiento de la sociedad fundada sobre la producción capitalista «fordista». Una densa fase histórica de protagonismo conflictivo de masas que se resolvió en un reordenamiento general de toda la sociedad dentro de nuevos paradigmas productivos y culturales. Un salto histórico ya completamente consumado pero que aún resulta incapaz de ser leído y comprendido.

En esta segunda edición, buscamos enriquecer la profundización teórica y testimonial sobre los puntos cruciales de las transformaciones en juego, principalmente las de la producción y del choque de intereses en torno a sus modalidades y finalidades. En este sentido, nos ha parecido útil incluir textos de Paolo Virno y Sergio Bologna, referidos a la estación de las luchas obreras del bienio 1968-1969. Sobre el plano del debate teórico dentro del movimiento, incluimos una nota de Sandro Mancini relativa a la escisión de comienzos de los años sesenta en la experiencia de la madre

de todas las revistas obreras, *Quaderni Rossi*; la intervención de Lucio Castellano y algunos otros militantes políticos del área veneta sobre la especificidad de la génesis, del desarrollo y de la crisis de aquella área teórico-militante denominada «Autonomía obrera»; y una contribución de Lanfranco Caminiti sobre el movimiento del '77 en el Sur de Italia.

Por cuanto respecta a la profundización cognitiva en la historia y los recorridos de las agregaciones políticas revolucionarias de los años setenta, nos hemos valido de algunas fichas realizadas por Andrea Colombo. Sobre las influencias culturales que en los años sesenta incidieron en la caracterización de los movimientos, citamos a Bruno Cartosio y Cesare Bermani; el primero trata la comunicación en Italia de la experiencia de las luchas de los afroamericanos, el segundo la extraordinaria experiencia del Nuevo Cancionero Italiano y, más en general, del compromiso militante en la difusión de la música popular. Paolo Virno contribuye también con una breve pero incisiva síntesis de los principales eventos históricos de nuestro país en el curso de las décadas de los ochenta y los noventa.

En el apéndice del libro, Rossana Rossanda comenta la incapacidad de la actual clase política italiana para dar solución a los restos de los éxitos más dramáticos del conflicto de las clases juveniles tratados en este libro. Queda aún sin resolverse una perspectiva de libertad para centenares de militantes que fueron protagonistas de aquel movimiento.

Prefacio a la primera edición

Años de plomo. Cuerpos separados. Estragos por parte del Estado. Subversión, Represión. Terrorismo. Excepción... ; o por el contrario, los años más bellos de nuestras vidas. Transformación radical de la vida cotidiana. Utopía. Necesidad de comunismo. Revolución sexual. Lucha armada. Etc.

Y aun más. *Mundo Beat*. Hippies. Situacionistas. Movimiento estudiantil. Poder obrero. Lucha continua. Maoístas. Consejistas. Anarquistas. Autónomos... Detrás de todas estas definiciones, la vida de miles, de centenares de miles de individuos durante dos décadas, que excavaron hasta los cimientos de los pilares aparentemente inmutables de la sociedad italiana. Después de aquella enorme y profunda experiencia colectiva, nada puede ser considerado como antes.

Para tomar las dimensiones de aquella gran oleada revolucionaria y creativa, política y existencial, hizo falta (por primera vez en la historia después de la guerra) la gran alianza de todo el sistema de partidos, el uso de todos los cuerpos militares, una modificación radical del «Estado de derecho», la transformación de la magistratura en brazo secular del poder político y de los intereses de la burguesía industrial (y no industrial).

Como soporte del consenso estuvo todo el arco de los medios de comunicación, que hicieron reverdecer la tradición del *journalist-policier* de comienzos de siglo. Todos dispuestos a demostrar que, para que nada cambiara, simplemente se trataba de «eliminar» a una minoría irrelevante de exaltados delirantes, separados de la realidad y manipulados por poderes ocultos. En defensa de la verdad y de los derechos, estuvo un extraordinario equipo de abogados inteligentes y probablemente irrepetibles, un magro grupo de «garantistas», los generosos restos de los movimientos políticos.

Cuarenta mil imputados, quince mil que pasaron por las cárceles, seis mil condenados, casi siempre sin ninguna garantía del derecho a su defensa. Éstas son las áridas cifras finales y la contabilidad de la brillante operación de defensa de la «democracia». Detrás de las cifras, las «cárceles especiales», la tortura, el aislamiento, lo mejor de dos generaciones reconducido al silencio, obligado al exilio, o «restituido» a la sociedad después de haber sido humillado en su identidad.

¿Cómo contar todo esto sin etiquetas ni definiciones, sin caer en la trampa de la ideología, sin gratificar al adversario de siempre con la reconstrucción de mapas y geometrías? Quizás a través de fragmentos y recorridos, dentro de los lábiles senderos de la memoria y dejando hablar a las diferencias.

Nos proponemos, por lo tanto, no una historia, sino un recorrido para solicitar reflexiones, para subrayar la felicidad, la riqueza, para ayudar a buscar los orígenes de una larga primavera. El mérito de estos papeles «diferentes» podría residir en su ultrajoso subjetivismo.

1. En el principio fueron las ciudades

De la Resistencia a la Reconstrucción

A decir verdad, las ciudades no eran muy grandes. En los años cincuenta, Milán tenía 1.100.000 habitantes y su periferia un poco más. Los barrios obreros y populares estaban relativamente cerca del centro de la ciudad, a menudo las propias fábricas eran un componente del barrio. Toda la vida se desarrollaba en los patios de los bloques de edificios y en la calle. El tiempo transcurría en los bares, en el cine de barrio, en las pistas de baile locales.

Se formaban cuadrillas juveniles unidas por su condición social común, por los vínculos afectivos de la adolescencia, por solidaridad de grupo o de «banda», única condición para soportar un proyecto de vida que parecía definitivamente predeterminado por el esquema general de la sociedad: los hijos de los obreros irían a las escuelas de orientación profesional para convertirse en «obreros cualificados», las chicas a las escuelas comerciales para convertirse en empleadas y los hijos de la burguesía a las escuelas profesionales para asegurar el recambio de la clase dirigente. En las fábricas, los obreros con salarios bajísimos y con una altísima productividad, garantizaban la aplicación de la «ideología de la Reconstrucción», que reunía en uno sólo el proyecto de la burguesía con el del Partido Comunista.

Italia había salido de la guerra y del fascismo a través de la resistencia partisana. Una parte de los combatientes hubiera preferido continuar la lucha armada para pasar de la «liberación» a la revolución, pero esta opción había sido «descartada» por el PCI, que había optado por un pacto constitucional con los industriales con el fin de garantizar la recuperación

económica y productiva, dentro del sistema de partidos y en el respeto a las esferas de influencia establecidas por las dos superpotencias (EEUU y URSS). El sector político de la «Resistencia traicionada», que había dado vida al grupo armado Volante Rossa en la inmediata postguerra, podrá ser reencontrado frecuentemente en la historia de los treinta años de la República.

La primera generación de obreros de la postguerra tiene una fuerte presencia profesional y política (todos de origen sepentrional, todos de fuerte cultura antifascista), era portadora de un universo de valores centrado en la ideología del trabajo y se consideraba la parte sana y productiva de la nación, contrapuesta a la burguesía considerada corrupta, incapaz y parasitaria. Encerrados en las fábricas, orgullosos de su capacidad profesional, confiados en la dirección política del PCI, se consideraban depositarios de una tarea histórica que había que realizar a través del mundo del trabajo: el continuo desarrollo de las fuerzas productivas, la acción de la Constitución nacida de la Resistencia. Detrás de todo esto, estaba la convicción de que la realización de una democracia avanzada (aunque fuera de tipo burgués) era irreconciliable con las exigencias de los patrones y que luchar por su instauración significaba también luchar por el socialismo, prepararse para dirigir el proceso productivo. Con un Partido Comunista que tenía dos millones y medio de afiliados sobre un total de cinco millones de votos (es decir, un partido orgánico) y una base obrera tan fuertemente ideologizada, la línea trazada desde Togliatti hasta Salerno en el lejano 1945 (el sí a la vía democrática de la toma del poder, el no al proceso revolucionario) podía considerarse asegurada.[1]

---

1 La historia del Partido Comunista Italiano es quizás la historia del principal resorte institucional del movimiento obrero desde su creación en Livorno en 1921 hasta el resurgimiento de la luchas obreras con los hechos de Piazza Statuto en 1962. Con Gramsci como secretario general en las primera década de su existencia, y la notable impronta teórica y política que legó a sus compañeros, y con la carga de legitimidad que obtuvo en la organización de los partisanos y de la «liberación de Italia», el PCI supo convertirse en el mayor de los partidos comunistas de Europa Occidental y por momentos en el principal partido italiano, aunque sistemáticamente alejado del gobierno debido a la estricta proporcionalidad electoral impuesta a la República italiana. La era Togliatti (Palmiro Togliatti asume la dirección del partido poco después de la constitución de la República) es sin embargo mucho menos rica e interesante en lo que se refiere a la animación de la organización de las fuerzas de oposición, tal y como se podrá leer en las páginas de este libro. La estricta observancia de Moscú (como se verifica en el consentimiento a la intervención soviética en Hungria en 1956), la burocratización de sus cuadros y su progresivo alejamiento de las emergencias obreras de la década de 1960, marcarán definitivamente su política durante el largo ‘68 italiano [*N. del E.*].

Por su parte, los industriales hacían usufructo de la enorme financiación del Plan Marshall, que si por un lado tenía la función de consolidar gobiernos de confianza, por otro, tenía el objetivo de dirigir y condicionar el desarrollo (por ejemplo, el 75 % de la financiación de la industria había sido destinada a la siderurgia, y por lo tanto en gran parte había terminado en el triángulo industrial Milán-Turín-Génova, donde las industrias siderúrgicas existían desde siempre).

Además, hacia finales de los años cincuenta, la altísima productividad garantizada por la ideología del trabajo y los bajísimos salarios asegurados por la total ineficiencia de los sindicatos habían permitido una enorme acumulación de capital. Era preciso una reestructuración productiva para poder entrar en los mercados internacionales y, al mismo tiempo, incrementar el consumo interno, de tal modo que funcionase también como instrumento de control de la cada vez mayor indiferencia de las nuevas generaciones y de los propios obreros en relación con las condiciones de vida impuestas. En función de este objetivo, que preveía la introducción masiva de la cadena de montaje y por ende del trabajo descualificado, los industriales aceleraron el control de la fábrica.

Los años duros de la Fiat

Sin duda la Resistencia, la lucha de liberación del nazifascismo, también había contribuido a alimentar, en el imaginario social, una fuerte esperanza en la posibilidad de una superación de las formas de producción capitalistas, de una modificación en un sentido revolucionario de las relaciones entre las clases sociales. En efecto, durante los primeros años de postguerra, amplios sectores del proletariado rural y urbano expresaron, a través de luchas espontáneas, una presión constante y considerable además de explícitamente anticapitalista. Esta tendencia contradecía, en la práctica, la estrategia política de las organizaciones de partido de la izquierda, en primer lugar del PCI cuya dirección consideraba prioritarios los «intereses nacionales» que debían realizarse a través de la colaboración entre los sectores progresistas de la burguesía y el movimiento obrero, con el propósito de devolver su vigencia a las estructuras institucionales de la democracia burguesa que el fascismo había suprimido, y de conquistar en una dirección democrática —y de tendencia socialista— las propias estructuras económicas.

La visión de Togliatti era que un partido comunista en un país como Italia, en una determinada situación histórica, con una particular coyuntura nacional e internacional, sólo podía actuar en una línea de moderación, a cambio de su plena legitimidad, que de por sí constituye una constante hipoteca sobre la burguesía, obligada a medio o largo plazo a hacer concesiones que modificasen las relaciones de fuerza entre clases. Por lo tanto, para Togliatti, «lo primero que hay que hacer es un llamamiento a los obreros para que, en cualquier lugar donde trabajen, aumenten su rendimiento en el trabajo [...] dado que en nuestra sociedad un plan económico nacional no es posible [...]. De todas formas es cierto que la iniciativa privada tiene que tener un campo de acción enorme». Esta línea conllevaba inevitablemente, en los hechos, una sólida puesta en marcha del proceso de acumulación de capital.

En este marco, el complejo industrial de la Fiat de Turín se convirtió en el escenario en el que se jugaría una de las partidas decisivas en relación con las nuevas formas institucionales del capitalismo postbélico, además de ser uno de los sectores más avanzados de la clase obrera.[2]

Durante ocho meses, después del final de la guerra, la Fiat fue dirigida por comisarios nombrados por el CLN (Comitato di Liberazione Nazionale [Comité de Liberación Nacional]). Esta situación representó lo que más se aproximaba de hecho a la idea de una dirección obrera de la producción, aunque mediada por una élite de representantes.

A partir de las míticas huelgas de marzo de 1943 y durante diez años, la clase obrera de la Fiat participó de forma masiva en luchas caracterizadas por una fuerte orientación política revolucionaria. La clase obrera tomó como táctica aquello que para el partido era estrategia: de ahí las frustraciones profundas y los sentimientos de angustia inexpresables, porque el capitalismo llevaba adelante sus planes, ya no sólo de reconstrucción sino de reorganización del propio poder en las fábricas. El comportamiento obrero instintivo era de rechazo: rechazo del trabajo a destajo, rechazo

---

2 «La Fiat lo es todo en Italia». Esta frase podría considerarse como cercana a la verdad durante los 30 gloriosos italianos, las décadas del «milagro italiano» y del desarrollo industrial fordista. Creada en 1900, la propiedad de la fábrica llegó a ser propiedad íntegra de Giovanni Agnelli posteriormente senador durante el régimen fascista. Este carácter familiar de la empresa se ha conservado hasta la actualidad. Principal agente y beneficiario de la expansión del consumo de masas en Italia, se convirtió también en su principal empleador con más de 150.000 trabajadores a su cargo. Aunque sus fábricas estaban repartidas por los principales centros industriales del norte de Italia, el principal centro de la empresa fue sin duda la gran ciudad fábrica de Turín [*N. del E.*].

de los tiempos cada vez más rápidos, rechazo de la jerarquía y de la disciplina patronal del trabajo; en cambio el comportamiento de las organizaciones políticas y sindicales estaba basado en la adaptación. El secretario de la federación del PCI de Turín denunciaba «la tendencia a formar grupos ilegales [...]. No logramos explicar nuestra política nacional, qué queremos, quiénes somos realmente; nos consideran emisarios de Moscú, renegados. Hay mucho obrerismo en nuestro partido». La revuelta obrera se desplegó sobre todo contra el sistema de incentivos. En la Fiat y en muchísimas industrias se condenó al ostracismo a los controladores de tiempos, a los cronometristas, a los analistas de taller. En el rechazo obrero de someterse al tiempo del capital y en la primera concepción del salario como «variable independiente», encontramos los retoños del movimiento de masas de comienzos de los años sesenta. Eran las primeras manifestaciones de una conciencia de clase espontánea que el Partido Comunista no podía tolerar. De hecho, puntualmente, la Cámara del Trabajo de Turín publicó un boletín sindical, titulado *Conciencia de clase*, en el que, la propia conciencia «se contrapone al "clasismo deteriorado" que se limita a la defensa de los intereses de categoría (definido a veces como "obrerismo")».

1953, fue el año en el que el grupo dirigente de la Fiat, capitaneado por el criticado ingeniero Valletta,[3] realizó un ataque directo contra el movimiento obrero y la organización sindical de la FIOM,[4] el sindicato de industria de la CGIL.[5] Este ataque fue doble. Por una parte, se orientó contra la

---

3 Vitttorio Valleta formado en la dirección de la Fiat durante los largos años del fascismo italiano. Como director de la empresa, delegado por Agnelli, en la década de 1950 se encargó de la reconstrucción y reorganización de la fábrica preparándola para la producción masiva de automóviles a partir de mediados de la misma. Entre sus haberes se cuenta la neutralización de la organización obrera con fuerte presencia en la empresa tras los años de la Liberación. Fue presidente de la empresa hasta 1966 [*N. del E.*].

4 Federazione Italiana Impiegati Operai Metallurgici, primera federación industrial italiana creada en 1901, y asociada, pero siempre con cierta autonomía, a la CGIL. Agrupaba y agrupa a los obreros del metal, su historia ocupa el centro de la historia del sindicalismo italiano. Más escorada a la izquierda y más combativa que la CGIL, no pudo sin embargo escapar a la suerte del sindicato y a su dependencia del PCI [*N. del E.*].

5 Confederazione Generale Italiana del Lavoro (CGIL) fundada en 1906 a partir de distintas organizaciones sindicales (las Camare del Lavoro), sus primeros años bascularon entre el sindicalismo revolucionario de algunas federaciones y el socialismo moderado de la dirección. Tras la reconstrucción sindical a partir del Pacto de Roma de 1944 (que da carta institucional al nuevo Estado que sale de la Liberación) se convertirá en la casi única fuerza sindical. Con una enorme legitimidad social y una completa hegemonía en el medio obrero, fue sin embargo subordinada a la orientación del PCI, lo que derivó en la escisión de los católicos y más tarde de los socialistas y la formación de nuevos sindicatos, lo que sin duda reforzó su condición de «correa de transmisión del partido» durante toda la década de 1960 y 1970 [*N. del E.*].

clase obrera en su totalidad a través de la división de los obreros en «constructores» y «destructores», una fuerte limitación a la legitimidad del derecho de huelga, la promoción del premio a la colaboración (premio anti huelga), del chantaje sobre la garantía del puesto de trabajo, la puesta en marcha de iniciativas que combinaban intimidación y paternalismo; clásica, en este sentido, fue la distribución de miles de panfletos que hacían propaganda de las ventajas ofrecidas por la adhesión a los intereses de la empresa. Por otra parte, se realizó una sistemática discriminación en relación con las vanguardias sindicales más activas: expulsión de los comunistas de las comisiones internas, promoción del sindicalismo empresarial «amarillo».[6]

De 1953 a 1962, la gran masa de los obreros de la Fiat se abstiene de participar en las huelgas; quedan, con el fin de dar continuidad a la lucha, unos pocos centenares de sindicalistas de la vanguardia comunista de la FIOM, pero aislados y reducidos casi a condiciones de clandestinidad. Fueron años en los que la dirección empresarial teorizaba y practicaba abiertamente el derecho de represalia contra quien luchaba y hacía huelga: amonestaciones, multas, suspensiones, despido de dos mil sindicalistas, la gran mayoría de los cuales pertenecía a la FIOM-CGIL y al PCI, traslado de otros cuantos miles a los «sectores de confinamiento» (como el famoso Taller Subsidiario de Repuestos rebautizado por los confinados como Taller Estrella Roja). Dentro de la fábrica, se instauró una atmósfera de cuartel militar: se impedía la movilidad física dentro de los puestos, las vanguardias obreras estaban rodeadas por una densa red de controles compuesta por fervorosos jefes de taller y por vigilantes. Hacia finales de 1953, se llegan a instaurar incluso en las fábricas tribunales compuestos por altos dirigentes empresariales y por inspectores del cuerpo de vigilantes, que tenían la tarea de juzgar a los trabajadores indisciplinados y de aplicar la pena del despido.

Las dificultades, graves y objetivas, con las que se encontraban, no sólo el taller más avanzado sino toda la clase obrera, hicieron madurar y crecer dentro del Partido Comunista la convicción de que retomar la iniciativa de clase sólo era posible fuera de la fábrica, a través de la relación general de fuerzas entre las clases del país y en el empeño en la propaganda y en el apoyo de las experiencias socialistas internacionales. No por casualidad, el manifiesto de la FIOM a la comisión interna (los de la catástrofe) para

---

6 Masssimo Pini, *L' assalto al cielo*, Longanesi, Milán, 1989.

las elecciones de 1955 sostenía la necesidad de «mirar más allá de los portones de la fábrica». Como se verá más adelante, la falta de compromiso del partido hacia la centralidad de la intervención en la fábrica constituiría, a comienzos de los años sesenta, un elemento de fuerte polémica animada por un limitado pero aguerrido componente político-teórico nuevo que será llamado «obrerista». En este contexto estallan los hechos de julio de 1960.

Italia, julio de 1960[7]

Danilo Montaldi

Diez trabajadores asesinados en manifestaciones callejeras, la postergación del Congreso del MSI;[8] la explosión de manifestaciones en otras ciudades, la caída del gobierno de Tambroni[9] sostenido por votos fascistas y su sustitución por el gobierno de Fanfani,[10] «líder» de la izquierda democristiana: éste es el balance aparente de los días de junio-julio en Italia...

¿Victoria del antifascismo?

---

7 *Quaderni di unità proletaria*, num. 1, 1960. Vuelto a publicar en *Socialisme ou Barbarie*, vol. VI, num. 31, 1960-61, con el título *Il significato dei fatti di luglio*.

8 Movimento Sociale Italiano, partido formado en 1946 a partir de los restos de las oligarquías militares y civiles del fascismo. Con una implantación relativamente débil en el Norte, tenía una fuerza relativa en el sur gracias al apoyo y soporte de los terratenientes, lo que le permitió detentar diversas alcaldías. Tras los intentos de alianza institucional con la Democracia Cristiana de Tambroni, frustrados tras los hechos de Génova, el partido inicia una espiral de marginación que si bien no les impide obtener cierto peso electoral, les desplaza completamente de la vida institucional. Durante la década de 1970, las organizaciones juveniles del partido fueron propensas al escuadrismo y al enfrentamiento armado con los militantes de izquierda. Del MSI histórico es heredero el actual MSI presidido por Gianfranco Fini, en el gobierno desde finales de la década de 1990 en coalición con Forza Italia y la Liga Norte [*N. del E.*].

9 Dirigente de la Democracia Cristiana, que fue la principal fuerza política de todos los gobiernos italianos entre 1946 y 1992, Fernando Tambroni fue ministro de interior entre 1954 y 1959. Como se comenta en el texto, intentó dirigir y que fuese viable un gobierno monocolor demócrata cristiano con el apoyo explícito del MSI, que se vio frustrado por la grave crisis de los hechos de Génova que acabó con 13 muertos [*N. del E.*].

10 Amintore Fanfani figura central de la Democracia Cristiana durante las décadas de 1950 y 1960. Formó cuatro gobiernos, el último de ellos en 1962 con una coalición de centro izquierda en la que se incluían algunos de los partidos socialistas [*N. del E.*].

Sería falso y reduccionista quedarse con estos datos, porque debajo de este balance es necesario extraer una enseñanza más profunda que la extraída por los partidos de izquierda. Una fuerza absolutamente nueva hizo su aparición en estas jornadas: el elemento que hizo saltar tanto los proyectos de la burguesía como los de los partidos de izquierda fue la joven masa obrera y estudiantil. Hacia este sector se estaba orientando ya el esfuerzo de propaganda y la formación de los grupos que se separaron de las organizaciones políticas tradicionales para aplicar y difundir una concepción realmente socialista de la lucha política.

A partir de la autorización de la realización del Congreso *Missino* (partido de la derecha italiano llamado Movimiento Social Italiano) se originó en Génova el movimiento de julio.

La autorización concedida a los fascistas no era otra cosa que un agradecimiento del gobierno por el apoyo externo del MSI a Tambroni, pero no se trataba sólo de eso. Por otro lado, para el gobierno, se trataba de efectuar una tentativa en la que la población genovesa tenía que actuar como sujeto. Génova era una de las ciudades más rojas del país, una ciudad que fue literalmente ocupada por ex partisanos y obreros armados en las 48 horas que siguieron al atentado a Togliatti (el 25 julio 1948), una ciudad portuaria en la que frecuentemente las luchas ignoraron las indicaciones de los dirigentes sindicales. Génova, por lo tanto, era un importante espejo de muestra, cuyo ejemplo podía ser referencia para las masas de toda la nación. Autorizando el congreso fascista en la ciudad, la intención de la mayoría del gobierno era medir la temperatura del país y demostrar la posibilidad de una apertura a la extrema derecha fascista, sin temores desde el punto de vista de la reacción.

Esta «experiencia» fue probada por un gobierno que creía en la continuidad de la política de racionalización de la producción y en el refuerzo del Estado inaugurado en 1953. Tomando medidas para acrecentar el consumo —disminución del precio de la gasolina, aumento de la venta por medio del crédito— alentando nuevos métodos de aprovechamiento del capital, favoreciendo al mismo tiempo la clericalización de la vida pública y el control sobre los trabajadores por medio de toda clase de organismos privados, políticos o públicos; el gobierno de Tambroni se presentaba como un gobierno tecnocrático y de «tregua social», que en realidad no hizo otra cosa que desarrollar de manera más decidida y precisa la política de los gobiernos precedentes.

Sin embargo, ni los frigoríficos ni el control ejercido a través de parroquias fueron capaces de bloquear la lucha de clases. De 1953 a 1958, se sucedieron una serie de huelgas que las centrales sindicales se

salvaguardaron bien de coordinar y unificar. Después de 1958, la tensión social parecía que habían disminuido, sin embargo, movimientos esporádicos, imprevistos y violentos, explotaban aquí y allá: los obreros del Norte, los mejor pagados, ocupaban en muchos casos las fábricas, mientras los campesinos del Sur se manifestaban, se enfrentaban con las fuerzas de policía, ocupaban los ayuntamientos y recibían a pedradas a los diputados que habían ido a calmarles.

Fue, por lo tanto, un período caracterizado por la ausencia de grandes movimientos sociales, pero en el que tuvieron lugar duras luchas locales, y fue en éstas en las que se insertaron los hechos de Génova.

El 25 de junio, estudiantes, empleados, jóvenes, organizaron un *meeting* de protesta contra la convocatoria del congreso fascista, fijado para el 2 de julio. La concentración tuvo lugar en una plaza, un sitio de encuentro y punto de referencia habitual de portuarios y marineros. Las sirenas de las patrullas alertaban a los portuarios y a los obreros de las fábricas vecinas para que acudieran armados con ganchos y barras de hierro y defendieran a los estudiantes. Fue el primer momento en el que se organizó, fuera de los partidos y de los sindicatos, una verdadera unidad entre obreros y estudiantes, con el fin de «hacer algo práctico, eficaz». En efecto, las organizaciones de izquierda, que dieron un carácter estrictamente legal a la campaña contra el congreso, se limitaron a retomar los eslóganes antifascistas y a votar mociones en las que pedían al gobierno que impidiera el desarrollo del congreso. Los miembros más jóvenes reconocieron enseguida las carencias de las organizaciones. El 26 de junio una delegación de jóvenes y dos pequeñas organizaciones de oposición se pusieron en contacto con algunos hombres alejados desde hacia años de la política activa, pero que durante la Resistencia habían tenido un papel importante y que en los años sucesivos se habían opuesto a la línea oficial de la izquierda. Además, los estudiantes se dirigieron a los obreros en primera persona, ignorando por completo la estructura sindical oficial.

El 28 de junio, en cualquier caso, los partidos de izquierda, que habían tenido todo el tiempo para consultarse, anunciaron una huelga en Génova y Savona para el 30 de junio. Mientras se preparaba la huelga, en Génova se concentraron 15.000 hombres de las fuerzas de orden público. Las organizaciones de izquierda realizaron un *meeting* en el que participaron 30.000 personas y en el que un diputado socialista se dejó llevar por el fervor del discurso y prometió abandonar su inmunidad parlamentaria y «bajar a la calle como todos». La izquierda oficial estaba decidida a hacer que el 30 de junio fuera un día tranquilo y sin provocaciones. Al mismo tiempo, se reunieron los «provocadores»: se trataba de grupos de estudiantes, de expartisanos, de

comunistas disidentes, de anarco-sindicalistas. El elemento que cohesionaba a este nuevo grupo no era el simple hecho de reunirse, sino el hecho de que estudiantes y trabajadores se hallaban envueltos en una acción conjunta.

La huelga general dio lugar a enfrentamientos extremadamente violentos entre fuerzas del orden público y manifestantes que atacaron con piedras, rodamientos, barras de hierro. Entre los manifestantes, los más decididos y violentos eran los jóvenes. Los dirigentes políticos y sindicales se esforzaron por mantener la calma. El presidente de la ANPI[11] intervino personalmente para que se restableciera la calma. Los manifestantes se retiraron: todos lamentaban la falta de armas y reclamaban la intervención de los ex partisanos. Al día siguiente (primero de julio), con los dirigentes desaparecidos y sin que estuviera prevista ninguna manifestación, la agitación reapareció de forma espontánea. Con el fin de bloquear el movimiento, la CGIL difundió un comunicado en el que anunciaba que existían negociaciones en curso y que el congreso estaba a punto de ser interrumpido, mientras el Consejo de la Resistencia amenazaba con no intervenir en apoyo de los nuevos detenidos.

El 30 de junio tuvo lugar en Turín una huelga solidaria. El servicio de orden de la CGIL bloqueó a algunos grupos de obreros y de estudiantes que querían atacar a las fuerzas policiales.

El 2 de julio, las autoridades hicieron un último intento para calmar la agitación a través de la intervención de la ANPI, pero los propios trabajadores estaban decididos a todo y amenazaron con puentear a sus propios dirigentes si los fascistas iniciaban su congreso y no se pasaba a la acción. Jóvenes de las ciudades vecinas y expartisanos armados llegaban de todas las regiones transgrediendo las disposiciones de la ANPI.

El gobierno terminó por desistir. No se dio autorización al congreso y los fascistas renunciaron a celebrarlo en otro lugar.

Con respecto de los hechos de Génova, los partidos de izquierda pensaron en recuperar el movimiento para usufructuarlo en el plano parlamentario. Organizaron manifestaciones en todas partes. Pero

---

11 Associazione Nazionale Partigiani d'Italia fundada entre 1944 y 1945 reunía a buena parte de los antiguos excombatientes. Su objetivo ambiguamente vago, la defensa de la Constitución de 1948 y de los valores de la libertad y la democracia, le permitía reunir exponentes de todas las fuerzas antifascistas. Su prestigio ya en la década de 1960 se debe más bien a su condición de representante moral de la vieja generación de partisanos que protagonizó la Liberación [*N. del E.*].

nuevamente el movimiento no se desarrolló como estaba previsto. El 6 de julio, en Roma, se enfrentaron durante varias horas manifestantes y policías. El 7 de julio, en Reggio Emilia, la policía disparó y mató a cinco obreros. Se decidió una nueva huelga, esta vez a nivel nacional.

En Sicilia, el primero de julio, un trabajador agrícola fue asesinado por la policía en el transcurso de una manifestación por el aumento salarial. El 9 de julio, en Palermo y Catania, la policía disparó nuevamente y mató a otros cuatro obreros.

La represión y sus excesos provocaron de inmediato reacciones opuestas que revelaron con claridad que los días del gobierno de Tambroni estaban contados. La unión del centro y de la derecha neofascista que él mismo expresaba estaba condenada. La solución propuesta para la crisis consistió en la vuelta de Fanfani a la cabeza del gobierno y de Scelba, hombre de mano dura, al Ministerio del Interior. Así se satisfacía a la burguesía: Fanfani aplacaba a la izquierda, mientras Scelba garantizaba el orden público.

Las repercusiones de los días de junio-julio fueron muy profundas en el proletariado italiano. Cuando en Génova «hacer como en Tokyo» corría de boca en boca, convirtiéndose en una suerte de consigna, en Turín y en las otras ciudades italianas, los trabajadores decían: «Hay que hacer como en Génova» y los obreros agregaban «el fascismo es nuestro patrón». Sin embargo, en Génova y en otros lugares, los trabajadores y los jóvenes no se enfrentaron sólo a las fuerzas de represión, sino también a los dirigentes de izquierda que intentaban frenar su acción, al conferirle un carácter exclusivamente legal e inofensivo. Su reacción fue muy dura: en Génova volcaron un coche de la Cámara del Trabajo que invitaba a la calma; en Roma le rompieron la cabeza a un funcionario del PCI que proponía medidas que trataban de calmarlos. Los dirigentes de la izquierda fueron criticados por doquier, e incluso fueron silbados por su vacilación. Claro está que no se puede hablar de una ruptura tajante entre los trabajadores y sus direcciones burocráticas, pero un buen número de obreros, de jóvenes, de expartisanos, entendieron desde ese momento, que el problema no consistía sólo en saber si las direcciones de los partidos eran más o menos blandas, o más o menos duras, sino que su naturaleza era mucho más profunda. Es necesario subrayarlo: en julio los obreros, los jóvenes, reclamaban formas de lucha que las organizaciones tradicionales no les podían ofrecer. A la cristalización de estas formas y a su extensión se opuso, sin embargo, la falta total de unión entre los grupos autónomos

y los militantes revolucionarios que en distintas ciudades tomaron las iniciativas más eficaces. De todos modos, aunque hubieran existido, no habrían modificado el carácter, y consecuentemente tampoco la traza impresa en la conciencia de los protagonistas. Además, hay que subrayar un segundo aspecto también importante de las jornadas de julio: el comportamiento obrero demostró que el obrero no se integraba tampoco si en el enfrentamiento con el capital este último intenta una política de altos salarios y de «prosperidad». Las manifestaciones tuvieron como protagonistas a los obreros más «prósperos» y aparentemente mas «integrados» de Italia.

No obstante, la lección más importante concierne a la forma de actividad de los grupos revolucionarios. Se trataba de grupos «rígidamente» marxistas que hasta ese momento se habían limitado a hacer un trabajo de estudio. Su orientación exclusivamente teórica hacía que no pudieran incidir en las luchas. En las ciudades era bastante común la presencia de grupos de jóvenes que, en lugar de encerrarse en círculos restringidos y discutir de teoría, buscaban, por un lado, poner en común con los trabajadores la experiencia acumulada en estos últimos años —y esto tanto en los partidos como en los sindicatos, en la fábrica como en la vida cotidiana— y, por otro, intervenir eficazmente en las luchas. En la práctica, este trabajo exigía una estrecha cooperación entre obreros e intelectuales, y la redacción de documentos y de tesis que funcionaran a su vez como instrumentos aglutinadores de las luchas obreras y como medio para la comprensión de la experiencia.

Algunos grupos estaban en este camino. Sería necesario una mayor coordinación y profundización para que se pudiera llegar en un mañana, más o menos lejano, a la construcción de una vanguardia organizada capaz de responder a los problemas y a las necesidades actuales de las masas trabajadoras italianas.

Pero ¿de dónde venían los jóvenes de los jerseys a rayas?

Así fueron llamados por la prensa los jóvenes a quienes Montaldi considera los protagonistas de los enfrentamientos de Génova, y también fueron llamados de este mismo modo los de las otras ciudades. Este detalle de la vestimenta quería significar quizás (según las interpretaciones de los periodistas) su exterioridad con respecto a la clase obrera, o la imposibilidad

de definirlos, de leer su origen. En apariencia, en los años cincuenta no había sucedido nada a nivel social, sin embargo, se había formado en realidad una generación nacida en su mayoría en tiempos de guerra, que expresaba, aunque sea a través de algunos sectores minoritarios, un evidente malestar e impaciencia por la rígida canalización de la vida cotidiana. Y si tenían que elegir políticamente, la única fuerza de referencia sólo podía ser el PCI. De hecho, en la utilización de su tiempo de vida durante los quince o veinte años previos a mediados de los años sesenta, manifestaron intolerancia tanto en relación con la moral obrera, demasiado rígida, como con respecto de la producción cultural oficial, también democrática (películas, música, revistas, etc.). La masiva importación de películas americanas, si bien servía a una parcial «colonización» por parte de los fascinantes modelos del *american way of life*, también había sedimentado imaginarios de sociedades distintas y de experiencias generacionales apasionantes.

La perspectiva de ir a la fábrica se volvía cada vez más insoportable. En el Norte, la desocupación había disminuido drásticamente, mientras que en el nuevo orden productivo industrial, la introducción masiva de la cadena de montaje requería una enorme cantidad de fuerza de trabajo. Un terremoto subterráneo había convulsionado la fábrica, la mano de obra, su edad, su proveniencia, sus funciones. Se había iniciado la segunda (esta vez enorme) migración del Sur al Norte. Una segunda generación obrera se formaba en los tejidos metropolitanos.

Surgía una segunda generación de origen meridional desarraigada de la cultura campesina, a menudo portadora de la memoria de las grandes derrotas de postguerra, privada de aquella memoria de la Resistencia partisana, habituada a considerar el trabajo como «esfuerzo» y no como emancipación. Situada en el nivel más bajo de la estructura productiva, no encontraba ninguna satisfacción en el «papel obrero», vivía en gran parte, y a menudo por elección, en los vastos *hinterland* metropolitanos, las famosas «coreas», tratando de transformar su hábitat: se apropiaba de huertas, pintaba los exteriores de blanco o amarillo, cultivaba albahaca y romero en las ventanas, rompía y abría contradicciones en el tejido social y frecuentemente provocaba comportamientos racistas en las confrontaciones con el otro (sobre todo en Turín).

Los jóvenes del Norte habían captado el cambio espontáneamente. En su continua fuga de la perspectiva de la fábrica habían madurado la convicción de que todo podía ser modificado y puesto en discusión. El gobierno de Tambroni se presentaba como una operación de tregua social y redisciplinamiento después de las luchas de 1959. El imaginario juvenil consideraba

este gobierno como un ulterior acto autoritario. Todavía sin unión, sin solidaridad con las nuevas levas de la inmigración, los jóvenes septentrionales ya habían dado señales significativas: en Turín, por ejemplo, donde grupos de estudiantes católicos se posicionaron con los piquetes obreros agitando los Evangelios bajo los ojos de los policías. Una película como *La dolce vita* de Fellini había mostrado magistralmente el rostro «corrupto» de la burguesía, *El salvaje* con Marlon Brando había mostrado un posible estereotipo de trasgresión, la música rock de Elvis Presley, los ritmos de cambio en el cuerpo y en la sexualidad. Acabada la época de las «bandas» de amigos nacidos en el barrio desintegrado por la especulación inmobiliaria, nacía en Milán por primera vez una «banda» urbana: los terribles y fugaces *teddy boys*.[12]

Yankee go home

Ocho años después, Ruggero Zangrandi, que había descrito en su *Il lungo viaggio attraverso il fascismo* [*El largo viaje a través del fascismo*] el dramático recorrido que había llevado a una parte consistente de los jóvenes universitarios fascistas a posicionarse con la Resistencia partisana, se preguntará (en pleno ‘68, en la reconstrucción de las distintas fases de los comportamientos juveniles de postguerra) cómo la generación de finales de los años cincuenta, en su conjunto descomprometida y propensa a la integración, había sido «el primer indicio de revuelta política y civil, de impronta violenta incluso: la que se llamó "de los jerseys a rayas" y que, sin saber bien de dónde provenían (por cierto no todos de las organizaciones antifascistas oficiales), "hizo" el julio de 1960, el motín callejero que, desde Génova, se extendió por todas partes con formas anómalas, no tradicionales. Y lo más singular fue que como no se supo determinar la proveniencia de estos jóvenes de camisetas a rayas, se perdieron enseguida las pistas».[13]

---

12 Se llamaron *teddy boys* a algunos grupos juveniles que aparecieron en escena durante algunos meses, entre 1960 y 1961, en algunas ciudades del norte. Provenientes en su gran mayoría de los barrios periféricos retomaban en su vestido algunos modelos de la película *Il selvaggio* [*El salvaje*] (cazadoras de piel negra, vaqueros, fulards). Curiosamente el término deriva de una banda juvenil inglesa que en cambio practicaba una elegancia de tipo clásico eduardiano.

13 Ruggero Zangrandi, *Perché la rivolta degli studenti*, Milán, Feltrinelli, 1968.

Tal y como se puede deducir de la crónica de Danilo Montaldi, diferentes culturas e instrumentos de análisis pueden, aunque sea de buena fe, inducir a errores y simplificaciones. Y en efecto las formas anómalas, no tradicionales, de revuelta se repetirían periódicamente en los años sucesivos asumiendo características diferentes. Los hechos de Piazza Statuto en Turín, la protesta *beat* más tarde, la manifestación en Milán en la que resultó asesinado Giovanni Ardizzone son expresiones de la re-presentación periódica de las exigencias expresadas en julio de 1960.

Los hechos de la Revolución Cubana comenzaban a influir notablemente en el imaginario juvenil, a partir de los sectores más politizados. En 1961, Kennedy había apoyado una expedición de disidentes anticastristas contra los revolucionarios cubanos. El intento había fallado en Bahía de Cochinos y los invasores fueron derrotados. La imagen de Kennedy, hombre de paz y promotor de una «nueva frontera» en las relaciones políticas internacionales, resultó fuertemente resquebrajada. El panorama internacional volvía a ser muy tenso y la RDA (Alemania del Este) levantaba, en una sola noche, el muro que divide la ciudad de Berlín en dos partes. El encuentro histórico entre Kruschev, Kennedy y Juan XXIII tendía a dar densidad, de nuevo, a la «coexistencia pacífica», mientras el rostro sereno y enigmático (fascinante como la Gioconda, dirían los periodistas) del soviético Gagarin, primer hombre en el espacio, producía entusiasmos y evocaba imaginarios futuros. En la vigilia del nacimiento del centro izquierda explotó la crisis de los misiles de Cuba. Los americanos acusaron a los soviéticos de haber instalado misiles en la isla y de realizar un bloqueo naval; la crisis es gravísima, difunde la sensación de peligro de guerra.

Algunos sectores de base del PCI promovieron una manifestación de protesta en Milán, la policía sólo autorizó una concentración en la plaza S. Stefano. Pero la rabia y la indiferencia por las limitaciones impuestas produjeron una marcha espontánea de aproximadamente tres o cuatro mil personas que cruzando plaza Fontana penetró en la plaza del Duomo. En la marcha había principalmente estudiantes-trabajadores, jóvenes proletarios, militantes obreros de la zona norte. Los duros eslóganes contra EEUU riman con cadencias musicales caribeñas: «Cuba sí, Yankee no». Los movimientos de la manifestación que reemprende su camino: en cabeza algunos militantes duros de las secciones obreras «amenazaban» con el megáfono: «El primero que rompa los cordones lo entregamos a la pasma». Vaqueros, montgomery, chubasqueros de plástico, banderas rojas y cubanas. Por su parte, en un sábado otoñal milanés los paseantes miraban con estupor. Tal y como cuenta un testigo:

La sensación de que el enfrentamiento con la policía se iba a producir era casi convicción y cuando la vimos alineada en el centro de la plaza y cerrando las calles de salida, hubo una ligera desbandada, pero después en el momento de la carga, se formaron muchos grupos compactos, esparcidos debajo de los pórticos de vía Mengoni y vía Mercato. La policía no tenía, entonces, instrumentos refinados como ahora. En lugar de los botes lacrimógenos tenían una especie de latitas como las de cerveza, las tiraban, las hacían rodar. Se usaban pañuelos para protegerse la cara de los gases, era un juego también agarrarlas y mandarlas hacia delante, porque no quemaban las manos como lo hacían posteriormente los botes. Los policías no tenían todavía escudos y las porras eran bastante más cortas que las actuales. Temían al choque físico porque a menudo los obreros de la Breda o de la Falck iban a la calle todavía con los cascos y los guantes de trabajo y cuando pegaban era un riesgo. También el armamento era anticuado. Tenían fusiles 91/38 y los usaban por la empuñadura como una porra. Pero preferían atacar desde las camionetas. A menudo perdían la cabeza y disparaban y es por eso por lo que hubo muchos asesinatos durante aquellos años. De todos modos, el día de Ardizzone contuvimos a la policía durante tres o cuatro horas. Giovanni Ardizzone fue asesinado por una de estas camionetas que formaban columnas pasando de refilón por las veredas llenas de gente. Después de los primeros enfrentamientos, los policías ya no bajaban de las camionetas dado que a pie ya habían recibido un montón de palos. Iban en los jeeps lanzados a toda velocidad, algunos de ellos sostenían a otro por la cintura mientras se asomaba fuera del jeep haciendo rodar la porra, así le partían los dientes o la cabeza al que alcanzaban. La técnica de respuesta era coger tubos inocentes (había obras en la plaza) y con dos o tres enfilarlos hacia la cabina del conductor mientras pasaban las camionetas, si la camioneta volcaba —y pasaba muchas veces— saltábamos sobre los ocupantes a darles de palos. En un cierto momento, los militantes más viejos querían interrumpir el enfrentamiento, pero nosotros no estuvimos de acuerdo y seguimos hasta por la noche cuando llegó el batallón de Padua con camiones altos contra los que no se podía hacer nada. Además de la muerte de Ardizzone, hubo muchos heridos y por la noche cambiamos con un cartel el nombre de la calle Mengoni por el de «vía Giovanni Ardizzone asesinado por la policía». Pero el partido no quiso hacer una campaña de contrainformación sobre este homicidio; gobernaba el centro izquierda y el PCI quería ser el interlocutor privilegiado del nuevo escenario político. Durante el proceso, los jueces establecieron que Ardizzone había sido asesinado casualmente por la muchedumbre en fuga y el partido de hecho aceptó esta versión. Al final de ese año me salí del partido.

Grazia Cherchi y Alberto Bellocchio escribirían en los *Quaderni Piacentini*:

Hasta hace algunos años, las manifestaciones de protesta se mantenían en pie por los obreros y los campesinos (los pocos intelectuales presentes tenían una simple función decorativa) [...]. El uso y el abuso por parte de los dirigentes políticos [de los partidos de izquierda] de estas energías y de las porras de la policía de Scelba han echado a perder este potencial humano; las manifestaciones callejeras han estado cada vez más desiertas: los que continuaban participando lo hacían por una nostálgica fidelidad a un deber».

Pero mientras tanto, un ejército de reserva estaba tomando conciencia y fuerza combativa.

Los estudiantes comenzaron esta práctica acercándose por espíritu solidario a las manifestaciones obreras. En un principio eran sólo pequeños grupos, no siempre bien recibidos por los obreros, que desconfiaban en parte por instinto y en parte porque la policía reservaba (por conveniencia) un tratamiento preferencial hacia ellos. Pero con los hechos de julio de 1960 comienzan a hacer sentir sus voces; y progresivamente se vuelven protagonistas de las agitaciones, junto con las generaciones obreras más jóvenes (inmigrantes y nativos). De este nuevo peso de los estudiantes en las manifestaciones da también fe el método diferente con el que son tratados por la policía. Perdida la ilusión de que los jóvenes, después de alguna inevitable «bravuconada», fueran a sentar la cabeza reforzando las filas de la pacífica burguesía, la policía reserva ahora un idéntico tratamiento a estudiantes y obreros: les pega sin misericordia para aterrarlos, trata de dejarles marcas en la cara para que no persistan en su actitud. Los «desórdenes» de la semana crucial de Cuba fueron organizados en su gran mayoría por estudiantes. Algunos de ellos caídos por allí por casualidad, vuelven deliberadamente en los días siguientes «gracias» a la violencia de la policía.

Estos jóvenes no tienen nada en común, por ejemplo, con los jóvenes ingleses que participan en las manifestaciones anti-H de Bertrand Russell, no son una categoría ordenada de ciudadanos, que tiene el sentido de ciertos límites. [...]

Hay una razón precisa por la que los que hoy se manifiestan por la paz son llamados extremistas. ¿Se puede participar en una manifestación con «un sentido de ciertos límites» cuando se sabe que la policía ha matado a centenares de ciudadanos, desde 1945 hasta hoy, y ha herido a otros cinco mil? Definir por lo tanto como extremistas a los que se manifiestan, aceptar este termino gracias al cual Taviani [entonces ministro del interior] pretende dejar de lado la cuestión del desarme de la policía y al mismo tiempo rechaza la responsabilidad de la sangre que está siendo derramada, no es dar una calificación negativa a las agitaciones, significa en todo caso reconocer su alcance revolucionario [...].[14]

14 Grazia Cherchi y Alberto Bellocchio, «Appunti per un bilancio delle recenti manifestazioni di piazza», en *Quaderni Piacentini*, num. 6, diciembre de 1961.

Como se puede constatar, algunas cuestiones como el desarme de la policía, la unidad de obreros y estudiantes, la nueva composición de las luchas, la solidaridad internacional, la reciente separación entre la práctica de la rebelión violenta y el área de la contracultura pacifista, ¡estaban ya claras y presentes en el lejano 1962!

Una generación de intelectuales competentes y automarginados

Tenemos que volver a los tardíos años cincuenta. Stalin había muerto hacía algunos años y su sucesor Kruschev en un famoso discurso en el XX congreso del PCUS desvela los crímenes y los errores. Su referencia al Estado guía (la Unión Soviética) y a su heroico dictador que había vencido al nazismo había sido un formidable elemento de cohesión para los militantes comunistas. La demolición de este mito puso en discusión la propia «verdad infalible» del partido. Si los militantes obreros apretaban los dientes por disciplina de partido, los intelectuales orgánicos (es decir subordinados a las directivas del partido) entraban en crisis.

Para complicar el proceso crítico se añade el suceso de la invasión de Hungría por los tanques soviéticos. En un país «hermano» y socialista, los obreros se habían rebelado contra las insoportables condiciones de vida: una revuelta de obreros comunistas contra el partido y el Estado socialista. El shock fue enorme, la prensa burguesa avivó el fuego, los militantes fueron aniquilados. El Partido Comunista habló de complot americano organizado desde la cercana Austria. Centenares de intelectuales abandonaron el PCI. El Partido Socialista había roto el pacto de unidad y de acción que hasta entonces le había ligado al PCI, pero también en su seno muchos intelectuales fueron más allá de los acontecimientos e iniciaron una larga reflexión crítica sobre la función del partido, sobre la relación existente entre el partido y la clase, entre una dirección verticalista y lo que vivían cotidianamente los militantes de base.

Los intelectuales que publicarían las revistas de los años sesenta, que constituirían un nuevo grupo político ajeno a los condicionamientos de cualquier institución, que producirían la cultura del marxismo crítico, que se posicionarían al lado de los comportamientos de base contra la hegemonía de las direcciones, que leerían la transformación del capital a través de

la investigación sobre la memoria y la subjetividad obrera: esta generación, que seguirá su actividad a lo largo de los años sesenta, está hecha toda ella de hijos de 1956.

En este contexto, Danilo Montaldi fue una figura anómala. No provenía del PCI, pero era el punto de referencia de los grupos internacionalistas (los ajenos a la Tercera Internacional que se formaron al final de la década de 1920 después de la salida de Bordiga[15] del PCI). En la Italia de postguerra, no tuvieron nunca espacio. Considerados por el PCI como poco más que provocadores (Togliatti censura incluso los *Cuadernos de la cárcel* de Gramsci al negar que Bordiga hubiera sido confinado con él), son en realidad atentísimos estudiosos de los orígenes del marxismo y del leninismo antes de las deformaciones promovidas por los distintos partidos de la Tercera Internacional. También son refinados y atentos analistas de las transformaciones del capital, de su capacidad de tomar una forma «revolucionaria» que determina los comportamientos obreros, cuando no es frecuentemente determinado.

Montaldi dio a conocer, en Italia, *Socialisme ou Barbarie*, *Tribune ouvrière*, *Solidarity*, etc., y también las investigaciones sobre la realidad de la condición obrera de aquel momento. El mismo realizó una importante contribución a la afirmación de la literatura autobiográfica de fábrica (*Militantes políticos de base*) y de la escuela de las clases subalternas (el extraordinario *Autobiografie della leggera*).[16] Toda su obra es una continua excavación en la subjetividad en tanto instrumento de conocimiento de la historia y de la vida de clase. Sus investigaciones como estudioso y como militante se cruzan frecuentemente con las crisis que envuelven a los intelectuales militantes en los partidos históricos de clase (PCI y PSI). Particularmente de los futuros disidentes del PSI, como Raniero Panzieri y Gianni Bosio, más tarde fundadores de los *Quaderni Rossi* y del Instituto De Martino respectivamente.

---

15 Amadeo Bordiga figura singular del comunismo italiano, fundador del Partido Comunista, criticado por Lenin por su izquierdismo en 1920, fue expulsado del partido por su defensa de Trostky y sus críticas a la URSS en 1930. Alejado de la obediencia estalinista, su trayectoria y su pensamiento han animado toda un conjunto de experiencias organizativas filo trotskistas, más o menos minoritarios y marginales, que se reconocen como *bordiguistas* [*N. del E.*].

16 Danilo Montaldi, *Militanti politici di base*, Turín, Einaudi, 1971; *Autobiografie della leggera*, Turín, Einaudi, 1961.

En la experiencia de los *Quaderni Rossi* participará lo mejor de la inteligencia política, exterior o crítica con los partidos históricos del movimiento obrero. De Tronti a Rieser, de Lanzardo a Asor Rosa, de los muy jóvenes Cacciari, Bologna, Negri, Foa, Alquati, etc. Las primeras experiencias de los organismos autónomos de base (Potere Operaio de Pisa, Potere Operaio veneto-emiliano, Gatto Salvaggio, Potere Operaio de Génova etc.) se entrecruzaron con estas búsquedas innovadoras. Además de las «escisiones» sucesivas, la historia de las revistas revolucionarias encontró en los *Quaderni Rossi* el enorme roble que extendió sus ramas sobre la cultura política de los años sesenta.

En los orígenes del obrerismo: los *Quaderni Rossi*

La experiencia de los *Quaderni Rossi* nació, y fue la experiencia central, en la diáspora que separó a una parte consistente de los intelectuales de la militancia en los partidos de izquierda, después de los hechos de 1956. No hay que pensar que la experiencia de investigación y elaboración teórica del grupo de redacción de los *Quaderni Rossi* estuvo limitada a un, también importante, episodio de disidencia intelectual. En realidad, alrededor de esta experiencia se aglutinaron, rápidamente, muchas agrupaciones juveniles y obreras que advertían la urgencia de una revisión más profunda y realista de la situación obrera y proletaria. Se habían dado, en efecto, profundas modificaciones en la ordenación del capital y en la composición obrera. Los sindicatos y los partidos de izquierda parecían —y en efecto así era— no haber entendido el alcance de estos cambios.

A comienzos de los años sesenta, se hizo políticamente visible la anunciada realización de una fase importante del proceso de desarrollo capitalista en términos de reestructuración productiva y tecnológica; algo que concernía, sobre todo, a las industrias y a los sectores punta —la «cuestión septentrional», tal y como fue llamada— pero que, en definitiva involucraba, en su conjunto, la dinámica de toda la sociedad italiana. Los principales ejes de este cambio fueron la progresiva disminución de las actividades agrícolas y la acentuada extensión de las actividades industriales y terciarias. Y así mutó esencialmente el rostro del país, su amalgama social.

«Este desarrollo había tenido como "eje" propio un estancamiento relativo de los salarios. Mientras el índice de los rendimientos del trabajo pasaba de 100 (1953) a 140,6 (1960), el índice de las ganancias del trabajo dependiente pasaba de 100 a 108,9. En estas cifras sintéticas está dramáticamente encerrado el alcance de la derrota sufrida por el movimiento obrero y sindical de los años cincuenta, derrota que justamente había alcanzado su culminación en la Fiat».[17] El retorno de las luchas obreras a finales de los años cincuenta obligó a un sindicato tan rígidamente «de partido» como el CGIL a reabrir el debate sobre las funciones del sindicato y a reconocer que no podía ser simplemente un portavoz de la voluntad hegemónica del partido.

Y es dentro de esta crisis del análisis de las transformaciones productivas y de las formas de representación en el que se inició el tormentoso recorrido de «revisión» de los instrumentos teóricos y de la práctica política adoptados hasta entonces. Por otro lado, también en el Estado estaban en curso conflictos y modificaciones profundas. El sector «avanzado» del sistema de partidos comenzó a hacerse eco, en términos dinámicos, de las exigencias de «programación» del neocapitalismo, invitando insistentemente a los propios sindicatos a sentarse al «banquete» de la «planificación del desarrollo». Y fue esta parte tecnocrática la que empujó en la dirección de una modificación del cuadro político, tal y como teorizaba el centro izquierda, haciendo de los sindicatos elementos no antagónicos y ajenos al desarrollo, y de este modo en disposición de regatear la insubordinación obrera con algunas ofertas de la contraparte patronal y gubernativa (la «política de rentas» o la monetarización de las luchas). En palabras de Vittorio Foa (que se encontraría entre los fundadores de los *Quaderni Rossi*) es como si fuera «responsable de los trabajadores frente al Estado» y no ya, como es en cambio, «frente a los trabajadores».

«El sindicato en primera persona, y después todo el movimiento obrero, se sometían así a un ultimátum: o el *maximalismo* estéril o tender una mano al "desarrollo" capitalista».[18] De hecho el PSI aceptaría el desafío con la ilusión de que el Estado pudiera ser una suerte de *no man's land* del cual apropiarse para determinar la dirección estratégica del «desarrollo». A partir de esta elección estratégica —junto al «gran trauma» de 1956— se

---

17 Giampiero Mughini, «Cronoca politica» en *Cultura e ideologia della nuova sinistra*, Milán, Comunità, 1973, p. 475.

18 Vittorio Foa, «La monarchia de luglio del capitalismo italiano», *Mondo Nuovo*, num. 29, 1962.

formó la profunda disensión de la izquierda socialista que llevaría al nacimiento del centro izquierda por un lado y a los orígenes de la izquierda extra-parlamentaria por el otro.

Pero el debate que separó a los intelectuales de la izquierda socialista (así como a muchos cuadros de la FIOM y a muchos jóvenes del PCI) de sus propias direcciones no es solamente «político» y de perspectivas, también son profundamente diferentes el análisis y el uso de los instrumentos teóricos con los que analizar las modificaciones de la composición de la clase obrera». En efecto, el «desarrollo» produjo la mutación de la naturaleza y la cualidad de los trabajadores de las grandes empresas. El análisis de estas modificaciones constituye uno de los elementos centrales del debate en el seno de los sindicatos. En las tesis preparatorias del Congreso del PSI sobre la Fiat (enero de 1961) puede leerse: «Las nuevas fuerzas que se expresan ahora pueden ser señaladas, a modo de ejemplo, en los obreros especializados y cualificados [...] sobre todo porque el progreso tecnológico conduce a su valorización profesional; en los jóvenes obreros, especialmente si son especialistas, también en el caso de los que provienen de la escuela de la Fiat o de organizaciones católicas; en los técnicos, especialmente en los jóvenes, que por desarrollar tareas cada vez más complejas están interesados en los problemas del progreso tecnológico y de la gestión empresarial [...]». Pero sobre todo, se puso la atención en el ingreso en la fábrica de decenas de miles de inmigrantes meridionales. Los inmigrantes, «cera virgen», «estaban inmediatamente inmersos en el proceso productivo; y contribuyeron de manera determinante a generalizar una nueva condición, la del nuevo obrero encargado de una tarea parcial, destinado a la máquina de tercera categoría; el "obrero de masa", tal y como será llamado en algunos trabajos posteriores».[19]

Ya fuera por los jóvenes especializados de origen septentrional ya por los inmigrantes meridionales, nos encontramos frente a fuerzas formadas fuera del movimiento obrero tradicional, ajenas a su historia y a sus cristalizaciones, que se resentían enormemente en el clima social y cultural externo a la fábrica de la cual provenían. El semanario *Mundo Nuevo*, por aquel entonces órgano de la izquierda del PSI (y más tarde el nacimiento del PSIUP, que tendrá un papel político importante en el desarrollo de la nueva izquierda), desempeñó una tarea puntual en determinar las trazas, la fenomenología, las conexiones del neocapitalismo tanto en la agricultura como

19 *Quaderni Rossi*, num. 1, 1962.

en la industria. En *Mundo Nuevo*, se anticiparon los dos primeros artículos del índice del num. 1 de los *Quaderni Rossi*, el artículo editorial de Vittorio Foa y el análisis de Giovanni Mottura sobre la lucha de los diez mil obreros de las algodoneras de Val di Susa (mujeres en gran parte y sólo el 10% afiliadas al sindicato).

El grupo de los *Quaderni Rossi* maduró, bajo el impulso de Raniero Panzieri, en el contexto de este proceso de búsqueda, de esta necesidad de comprender tanto el «plan capitalista» como la fisonomía de la nueva clase obrera. El grupo se formó en Turín, cuna del capitalismo italiano y de su contraparte obrera. Aquellos que se incorporaron a la redacción eran de diferentes proveniencias: «Compañeros militantes del PSI, del PCI o sin afiliación a partido, de la CGIL o de ningún sindicato, provenientes de distintas experiencias políticas, pero caracterizados por una posición común frente a la situación de la lucha obrera de estos últimos años».[20] Las luchas de la «nueva clase obrera» habían constituido su universidad.

Anteriormente, habían existido una serie de pequeños grupos, que tanto desde el punto de vista teórico, como desde el punto de vista político, habían intentado trabar experiencias de minorías en el seno del movimiento obrero. Entre todas estas experiencias, resulta particularmente original la que encabezaba el grupo de Danilo Montaldi. Detrás de la experiencia de Montaldi y de buena parte de los componentes de los *Quaderni Rossi*, estaba la reflexión sobre las elaboraciones y experiencias del «comunismo de izquierda», que tenía sus propias raíces menos en la «forma-partido» clásico-leninista que en el comunismo-libertario, y que sitúa en la base de la propia investigación y de la propia acción política los comportamientos autónomos de la clase y no los hechos de los grupos dirigentes.

Y justamente, la investigación, la búsqueda, la encuesta obrera es lo que caracteriza una parte importante del trabajo de los *Quaderni Rossi*. El elemento fundamental para renovar el análisis estaba representado por lo que Romano Alquati (una de las inteligencias más extraordinarias de aquellos años) comenzó a llamar «coinvestigación», una actividad práctica de conocimiento. «Es decir, comienza por ir a ver cómo están hechas, cómo funcionan realmente las fábricas, cómo están hechos los obreros, como es el mando en la fábrica, comienza por poner en circulación una consigna, la de la encuesta obrera, realizada junto a los obreros, desde su punto de vista subjetivo. La encuesta y la investigación fueron hechas y dirigidas con

---

20 Ghiampiero Mughini, *op. cit.*

fines al mismo tiempo cognoscitivos y prácticos, con un propósito de lucha y de iniciativa partiendo desde abajo, ajenas a la función mediadora de partidos y sindicatos».[21] En esta dinámica, el intercambio entre inteligencia y experiencia produjo un continuo enriquecimiento tanto de los intelectuales como de las vanguardias obreras, y sobre todo hizo que la teoría fuera constantemente renovada y complejizada por los comportamientos reales de la clase, sin que se superpusiese al movimiento real.

La experiencia de los *Quaderni Rossi*, todavía rehén y a menudo despreciada por los partidos, se difundió rápidamente como modelo. Se constituyeron grupos análogos en otras grandes ciudades industriales, en Milán, en Venecia (Porto Maghera), en Roma donde buena parte de la sección universitaria del PCI se remitió a la experiencia del grupo de Turín.

Panzieri es un sujeto inagotable en la producción de preguntas a las hipótesis de investigación. En una primera fase, se trató de hacer encuesta al lado del sindicato, conectando con militantes de base, obreros, sindicalistas. Teniendo presente que la propia FIOM trataba de poner en juego su propia función, pero con el referente de que la gran mayoría de las luchas se construían de forma «autónoma», en buena medida fuera del PCI y del sindicato, obligados a su continua recuperación. Pero después de los hechos de la plaza Statuto incluso esta colaboración informal parecía imposible. «Ya no hay nada que hacer: el partido y el sindicato están completamente burocratizados, las hipótesis de renovación que algunos dirigentes están proponiendo son hipótesis cargadas de ambigüedad, dirigidas a recuperar el control y no a inaugurar un nuevo ciclo de luchas». Era necesario, por lo tanto, buscar otros caminos, afinar los instrumentos teóricos, consolidar los lazos con la nueva clase obrera.

> Leer *El Capital* se convierte en el problema fundamental, se constituye en el núcleo del nuevo método que se pone en marcha. Leer *El Capital* es esencialmente leer el primer libro es decir, los capítulos de las máquinas, el capítulo sobre la gran industria. La tesis fundamental que sale a la luz es que estamos ya en la fase caracterizada por Marx como «fase de la gran industria» y que a partir de esta definición general se trata de reconstruir categorías de intervención y de lucha, en términos definitivamente adecuados.[22]

21 *Quaderni Rossi*, num. 2, 1962.

22 Toni Negri, *Dall operaio massa all operario sociale*, Milán, Multhipla, 1979 [ed. cast.: *Del obrero masa al obrero social*, Madrid, Anagrama, 1982].

El uso creativo no ideológico de Marx se convirtió en el arma metodológica fundamental de la investigación.

Se va a considerar con precisión si estas categorías marxistas pueden ser revividas en una práctica política, si estas categorías marxistas corresponden a un estado determinado del desarrollo capitalista, si estas categorías marxistas permiten leer la explotación en términos adecuados. Bien, yo creo que en efecto este trabajo fue de importancia fundamental. ¿Cuál es este descubrimiento fundamental? El descubrimiento de que *El Capital*, y en general la obra de Marx, son obras que representan el punto de vista obrero. Es decir, *El Capital* no es ese pastel inocuo que comprende una teoría objetiva del desarrollo capitalista sino una ciencia del antagonismo de clase que vive a través de todos los estadios del desarrollo capitalista. Llegar a comprender la célula fundamental de la formación histórica capitalista quiere decir llegar a comprender el antagonismo fundamental que está en la base de la sociedad burguesa, de la sociedad del capital.

Pero esto no basta: el problema es que las propias categorías del capital experimentan de forma inmediata la relación de explotación en la medida en que ésta se representaba subjetivamente desde el punto de vista de la clase, desde el punto de vista de los sujetos; por lo tanto, las categorías del capital son categorías que, en la misma medida en la que explicaban el desarrollo capitalista, explicaban la síntesis forzosa de una lucha que está siempre abierta. Comenzar a descubrir en el desarrollo capitalista, y sobre todo en la fábrica moderna, la relación de mando que se articula en la relación de trabajo, comenzar a descubrir la lucha como elemento permanente y fundamental del desarrollo del proceso de producción, en particular del proceso de trabajo: en esto consiste el enorme entusiasmo que atrapa a los compañeros. Se descubre que estas fábricas, en las que parecía que no sucedía nada, son fábricas que experimentan, en cambio, una conflictividad profunda, permanentemente reprimida por el capital, y que el problema no era en absoluto que esta clase obrera estuviese integrada (como decían todas las ideologías en boga en aquel período), sino que esta clase obrera era simplemente a-subjetiva y que estaba dominada por formas de represión violentas nunca conocidas antes, formas que (he aquí la segunda cuestión fundamental) no eran externas en relación con el modo del trabajo, sino que eran completamente intrínsecas al proceso de producción. No era posible distinguir el mando del proceso de valorización, porque el mando y el proceso de valorización eran lo mismo. La violencia era descubierta como violencia de la relación de producción capitalista; y la resistencia era también descubierta en la cadena de trabajo, allí donde cada acto de producción era un acto forzado de la máquina, de todo el conjunto de elementos de mando que constituían la propia posición del obrero en el seno de la fábrica. El método era, por lo tanto, éste: descubrir la verdad de la síntesis capitalista a través de la emergencia de la resistencia obrera; la lucha comenzaba a explicar la estructura objetiva del capital, todos los momentos de intolerancia, de rebelión, de sabotaje revelaban, a

> cada momento, como estaba organizado el poder del capital en la fábrica. Leer *El Capital*, y en general leer la obra de Marx en estos términos, se convertía en una potente arma en la interpretación de los hechos.

En esta narración testimonio de Toni Negri se pueden individualizar algunos pasajes políticos y teóricos que influirán en todas las experiencias sucesivas, pero de estas reflexiones se puede comprender también cómo este modelo de investigación y de intervención resultaba irreconciliable con las estrategias del PCI y del sindicato. En efecto, tanto unos como otros continuaban conservando la confianza en el desarrollo de las fuerzas productivas como premisa de una futura sociedad socialista, y relegaban el problema de la condición obrera a la esfera de las reivindicaciones económicas o de las «reformas de estructura», esto es, de una estrategia que apuntaba a conciliar el desarrollo capitalista con las exigencias obreras. Es obvio que sólo la «lucha continua» y la insubordinación obrera son los instrumentos a través de los cuales se puede «desvelar» el proceso real de explotación y de dominio no solo en la fábrica sino, en general, en el orden de la sociedad que el neocapitalismo tiende a organizar, a «planificar» como una empresa productiva. Cualquier hipótesis colaboracionista en la gestión del «desarrollo» se vuelve impracticable y todo debe ser reenviado a las dinámicas de la conflictividad obrera, del movimiento real y de su autonomía. Es aún más relevante el contraste interpretativo si se contrasta esta dinámica «espontánea» de luchas y resistencia con el problema de la tecnología y del desarrollo tecnológico. La idea de progreso y la consecuente «ideología del trabajo» que permeaba a la clase política comunista y sindical formada en los años de la Reconstrucción continuaba asignando a la tecnología una tarea históricamente «objetiva»; que, del mismo modo, podía tendencialmente liberar al obrero del trabajo.

Panzieri, partiendo de Marx y entrando directamente en un enfrentamiento político, contesta duramente esta postura política. En uno de su textos más famosos (*Sull'uso capitalistico delle macchine nel neocapitalismo* [*Sobre el uso capitalista de las máquinas en el neocapitalismo*]) recupera a Marx no como profeta o metodólogo de la filosofía, sino como analista y sociólogo del capitalismo avanzado a su tiempo. Según Marx, y más aún en la interpretación creativa de Panzieri, el desarrollo tecnológico es completamente interno al desarrollo capitalista. La máquina y la ciencia se separan del productor y se vuelven función del capital: «La máquina no libera del trabajo al obrero, sino que le quita contenido a su trabajo». Un «plus» de tecnología corresponde con un «plus» de capitalismo, aporta algo

a su consolidación, a la extensión cuantitativa y cualitativa de su dominio. No existe un momento en el que el obrero trabaja «libremente», no existe un momento en el que la ciencia (cualquier tipo de ciencia) se desarrolla independientemente del capital. Cualquier hipótesis aparentemente colaboracionista es en realidad cómplice del desarrollo del «plan» capitalista en tanto «despotismo».

En este sentido, se puede afirmar que la temática del «rechazo al trabajo» tuvo su presencia ya en el seno de la radicalidad del discurso de los *Quaderni Rossi* y que la intuición de la «autonomía obrera», no ya como reafirmación del viejo concepto de independencia proletaria, sino como cualidad comunista de esta independencia, tiene su base en el *corpus* teórico y en la práctica política de aquellos años.

Sobre estas temáticas de la autoorganización de la clase obrera y del «rechazo al trabajo» se consumará la escisión que dará vida, como veremos, a la experiencia de *Clase Obrera*.

La interpretación de Panzieri del XX Congreso estuvo dirigida a buscar una salida para la izquierda frente a la crisis del estalinismo que evitara las trampas de la falsa alternativa entre dogmatismo y reformismo. El nuevo curso encaminado por Kruschev es visto como un punto sin retorno hacia la superación del estalinismo, condición indispensable para la auténtica renovación del movimiento obrero. En las tesis del XX Congreso coexisten dos componentes contradictorios: si bien hay una autocrítica de los errores pasados, con el reconocimiento de las vías nacionales al socialismo y de la democracia socialista, permanecen todavía los fundamentos de la desviación autoritaria del marxismo. Dicho de otra manera, la concepción del Estado-guía y la del partido depositario de la «verdad» revolucionaria, único intérprete legitimo de los intereses de las masas. Su critica a la nueva etapa de Kruschev tiende por consiguiente a disolver el entramado entre la instancia de renovación y el dogmatismo autoritario, con el fin de contribuir a derrotar el persistente legado de la era estalinista, que impedía el desarrollo de la democracia en los organismos del movimiento obrero. Con el fin de encaminar una auténtica política de renovación del movimiento obrero nacional, a través de una libre discusión en su seno, consideran necesario adecuar la interpretación tradicional del capitalismo italiano (que absolutiza los estrangulamientos y sus incapacidades estructurales) a la realidad del capitalismo contemporáneo, caracterizado por un fuerte incremento del desarrollo productivo. Pero más allá de esto, el aspecto más preocupante de la crisis del movimiento obrero italiano es la

creciente separación de los partidos con respecto de los trabajadores y de la estructura económica. El motivo de esta progresiva bifurcación está en la escisión entre la táctica y la estrategia políticas de los partidos históricos que, relegando el problema del poder a un futuro vago e indeterminado, siguen una práctica empírica que no se enfrenta a los nudos fundamentales de la construcción del socialismo. Incapaces de formular una propuesta real sobre los problemas de la producción, los partidos han abandonado el ámbito de la fábrica a los sindicatos, haciendo del parlamento su campo de acción privilegiado, y alejándose así de las necesidades y de las contradicciones de la clase obrera.

Integración y equilibrio del sistema[23]

Raniero Panzieri

Obviamente, la plena convalidación de los procesos de racionalización (considerados como un conjunto de técnicas productivas elaboradas en el ámbito del capitalismo) hace olvidar que es precisamente el «despotismo» capitalista el que asume la forma de la racionalidad tecnológica. En el uso capitalista, no sólo las máquinas, sino también los «métodos», las técnicas organizativas, etc., son incorporados al capital, se contraponen a los obreros como capital: como «racionalidad» extraña. La «planificación» capitalista presupone la planificación del trabajo vivo, que cuanto más se esfuerza por presentarse como un sistema cerrado de reglas perfectamente racional, más se muestra como un sistema abstracto y parcial, preparado únicamente para ser utilizado en una organización de tipo jerárquico. No es la «racionalidad» sino el control, no es la programación técnica sino el proyecto de poder de los productores asociados lo que puede asegurar una relación adecuada con los procesos tecno-económicos globales.

En efecto, en el ámbito de una consideración «técnica» pseudocientífca de los nuevos problemas y de las nuevas contradicciones que surgen en la empresa capitalista actual, es posible encontrar soluciones cada vez más «avanzadas» a los nuevos desequilibrios, sin que por ello se toque la sustancia de la alienación, garantizando, en cambio, el

---

23 Raniero Panzieri, «Lotte operaie nello siviluppo capitalistico» en Sandro Mancini (ed.), *op. cit.*, Turín, Einaudi, 1976.

equilibrio del sistema. Efectivamente, las ideologías sociológicas y organizativas del capitalismo contemporáneo presentan varias fases, que van desde el taylorismo hasta el fordismo, el desarrollo de las técnicas integradoras, la *human engineering,* las relaciones humanas, las reglamentación de las comunicaciones, etc., en el intento cada vez más complejo y refinado, de adecuar la planificación del trabajo vivo a situaciones cada vez más logradas a través del continuo crecimiento del capital y de las exigencias de programación productiva. En este contexto, resulta evidente que las técnicas de «información» destinadas a neutralizar la protesta obrera, que adquiere de inmediato un carácter insurgente por el carácter «total» que asumen los procesos de alienación en la gran fábrica racionalizada, tienden a asumir cada vez más importancia. Naturalmente, bajo esta perspectiva, el análisis concreto se enfrenta a situaciones profundamente distintas entre sí en relación con una cantidad de factores particulares que no se deben descuidar (disparidad en el desarrollo tecnológico, orientaciones subjetivas diferentes en la dirección capitalista, etc.); pero la cuestión que aquí nos interesa subrayar es que en el uso de la técnicas «informativas» como manipulación de la disposición obrera, el capitalismo tiene márgenes enormes e indefinibles de «concesión» (o mejor dicho de «estabilización»). No es fácil determinar el límite más allá del cual la «información» acerca de los procesos productivos globales deja de ser un factor de estabilización para el poder del capital. Lo cierto es que las técnicas de información tienden a restituir, en la compleja situación de la empresa capitalista contemporánea, la «atractiva satisfacción» del trabajo de la que ya hablaba *Il Manifesto.*

La expansión de las técnicas de información y de su campo de aplicación, así como la expansión de la esfera de las decisiones técnicas, entran perfectamente en la «caricatura» capitalista de la regulación social de la producción. Es necesario, por lo tanto, subrayar que el «conocimiento productivo» no ejerce una inversión del sistema, que la participación de los trabajadores en el «plano funcional» del capitalismo es, de por sí, un factor de integración, de alineación, por decirlo así, en los límites extremos del sistema. Y si es verdad que hay, con el desarrollo de los «factores de estabilización» en el neocapitalismo, una premisa de partida para la acción obrera, ésta es la de hacer inmediatamente necesario una inversión total del orden capitalista. El factor fundamental es el conocimiento (también dialéctico) de la unidad de los dos momentos «técnico» y «despótico» en la actual organización productiva. La relación de la acción revolucionaria con respecto de la «racionalidad» técnica es de comprensión, no para reconocerla y ensalzarla, sino para someterla a un nuevo uso: el uso socialista de las máquinas.

2. Los años sesenta
La generación de la revuelta existencial

Las ciudades se vuelven metrópolis

Desde finales de los años cincuenta y durante la década de 1960 entre un millón y un millón y medio de inmigrantes afluyen a las zonas industriales del Norte (sobre todo Milán y Turín). Provienen en gran parte de las áreas meridionales y de la gran provincia véneta. En la fábrica, definitivamente taylorizada, un millón de nuevos obreros trabajan a ritmos masacrantes. En las periferias y en los *hinterland* de las ciudades, nacen enormes barrios dormitorio, verdaderos depósitos de fuerza de trabajo. Sólo en su término municipal, Milán registra un aumento de entre cinco y seiscientos mil habitantes; su *hinterland* se atesta con cifras similares.

La renta inmobiliaria —siempre un elemento fuerte de las burguesías septentrionales— (a finales de los años cincuenta el valor de la propiedad inmobiliaria de Milán era superior al del total de la Bolsa de valores) se convierte, no sólo en un instrumento ulterior de enriquecimiento sino también en un elemento de control y racionalización de los bloques de viviendas por medio de la estratificación de clases. Las clases populares son expulsadas de los centros históricos para dar lugar a la expansión de las actividades del terciario decisional, al mismo tiempo, se construyen zonas residenciales para las clases empleadas y guetos periféricos para los proletarios.

El tejido de relaciones humanas y sociales resulta devastado. De hecho, desaparecen la gran mayoría de los barrios de estructura mixta artesanal, proletaria y pequeño burguesa. La separación entre clases, los desequilibrios

de renta y de bienestar se vuelven física y territorialmente evidentes. La eficaz red de lugares de agregación informal y transmisión de la memoria generacional (bares, tabernas, boleras, pistas de baile, etc.) es arrasada o alterada profundamente. En el lugar del tejido microeconómico de los negocios de barrio se instalan gigantescos supermercados que contribuyen a acelerar las dinámicas de segregación. La tradicional «cultura» de las cuadrillas callejeras es barrida en pocos años. Las calles se vuelven cadenas de transporte de la fuerza de trabajo.

El capital industrial italiano parece haber encontrado su modelo de desarrollo. Los pilares son el «ciclo del automóvil», la producción de los «bienes de consumo» (sobre todo los electrodomésticos), la apertura del crédito a las empresas, la consecuente venta a plazos a los trabajadores, la ampliación de la base monetaria. Para los obreros, esto significa aumento de la productividad y aumento de los ritmos.

La temática del «desarrollo» ininterrumpido está basada fundamentalmente en estos componentes:

- Aumento de los ritmos y de la productividad, esto es, aumento desmedido de la producción de mercancías de intercambio, por lo tanto, un aumento desmedido del capital.
- Política de rentas y aumento de los salarios ligados a la productividad.
- Expansión del consumo ligado a la política de rentas.
- Constante innovación tecnológica con la introducción de máquinas que reducen al obrero a un simple apéndice del proceso productivo.

El circuito de los medios de comunicación de masas asegura a este proyecto un consenso «global», creando la imagen de una «sociedad del bienestar» (más tarde «sociedad de consumo»). La pequeña y mediana burguesía, con una fuerte crisis de identidad, descubre «la alienación» a través de las películas de Michelangelo Antonioni. Estalla lo que será definido como el «boom económico» y que los polemistas denominarán «la república basada en pagarés».

De facto la industria provee mercancías diferenciadas, calibradas según la dinámica de los salarios: aumenta cada vez mas el porcentaje de aparatos de televisión, nace el Fiat 500 (que valía el sueldo de ocho meses de un obrero). El uso de la publicidad (sobre todo el del *Carosello* televisivo, que permite entre otras cosas subir el índice de oyentes) entra en su fase industrial con el propósito de incrementar las necesidades inducidas, y el título de un ensayo de Vance Packard, *Las formas ocultas de publicidad y propaganda*[1] es inmediatamente absorbido por el lenguaje común.

La migración

Danilo Montaldi

Las migraciones tienen vocación urbana.

Milán propone su propia candidatura como capital de la Europa de los mercados.

El trabajador industrial que llega a la ciudad por la mañana desde Bergamasco, consume entre quince y dieciocho horas diarias entre viajes y trabajo, de una forma que no es en absoluto distinta a la del tejedor de 1830; el obrero que vive en Codogno se levanta a las cuatro y media de la mañana pero esta vez para estar a tiempo en el taller o delante de los portones de la fábrica. El amanecer de la ciudad comienza a muchos kilómetros de distancia con el despertar de las masas.

Al atardecer, a lo largo de las calles de las periferias, en la ciudad que cubre más de una sexta parte de la renta comercial e industrial italiana, se escuchan las máquinas de pequeños talleres caseros, casi clandestinos, son aún los obreros de la fábrica que tratan de «alcanzar un mayor nivel de vida» o, de modo mucho mas simple, que tratan de afrontar el vencimiento de las letras, del alquiler, del consumo de energía eléctrica, porque la vida en Milán es más cara que en cualquier otro lugar de Italia.

Para trabajar en Milán se necesita estar cualificado, especialización. De la masa que llega por la mañana, la mayoría no tiene ninguna, ni la tendrá jamás. De todos modos, la mayoría trabaja.

---

1 Traducción al italiano Vance Packard, *I persuasori occulti*, Turín, Eiunaudi, 1958 [ed. cast.: *Las formas ocultas de publicidad y propaganda*, México, Hermes, 1998].

Los ideales que conmovieron a aquellas otras masas, o a las mismas, del Milán de postguerra, han cedido de nuevo sobre la ciudad, han vuelto a afluir a la producción. Los poderes han sido restituidos; en Milán se huele el aire de la Restauración. Los boletines sindicales denuncian los hechos: «La nueva formulación de la organización del trabajo con inversiones masivas ha empujado a la dirección a buscar tiempos muertos. En muchos casos ha actuado por exceso, basta pensar que por simples traspasos de puestos se han comprobado recortes de tiempo del 40 %. En algunos casos, la intervención de la comisión interna, con el apoyo de los trabajadores, ha logrado remediar parcialmente la situación. Si pensamos que en la empresa hay alrededor de 900.000 tiempos de trabajo a destajo (de los cuales 500.000 son tiempos simples y 400.000 pueden ser realizados de 8.000 maneras) nos podemos dar cuenta de las inmensas dificultades que conllevan estos problemas».

En Milán, «tiempo» y «espacio» tienen significados distintos a los añorados por la versión humanista de las universidades. Ni el espacio ni el tiempo deben permanecer «vacíos». Podríamos dar algunos ejemplos: un fulano llegado desde La Puglia, que ocupaba un pisito en alquiler de dos habitaciones y con servicios en la calle Ripamonti, alojaba a tres pensionistas, a dos muchachas que pagaban doce mil liras al mes y a un joven que pagaba ocho mil. El propietario de un establecimiento en Corso di Porta Romana había ubicado en seis pisos, de tres habitaciones cada uno, a dieciocho familias: es decir, una familia por habitación, con servicios comunes (*Il Corriere d'Informazione,* 27-28 de febrero de 1959).

De los túneles y de las galerías del metro suben todos los dialectos de Italia: barbas alpinas, *massacani*, aprendices sicilianos. Esta trama se desplaza desde Plaza Cordusio, los milaneses del centro están desacostumbrados al recital del trabajo manual.

Desde la colina de los monopolios, un anónimo Rastignac se ha encaminado hacia todas las fuentes de beneficio de la ciudad. Y, sobre todo, en los locales bajos y en los trenes de las líneas pendulares todavía se escucha hablar de política en términos de salario y de horas de trabajo. El silencio que domina en otras partes a las masas constituye, por la propia continuidad de los ritmos de la ciudad, una armadura más fuerte que las propias estructuras restauradas.

Acá y allá surge una huelga espontánea con el fin de arrancar algo más de salario o de tiempo libre; pero enseguida es acallada.

La ciudad nunca para. De noche, sobre las vías de los tranvías se encienden las llamas lívidas de los soldadores. Los servicios funcionan, basta llamarlos. Pero en el plasma solicitado puede que esté la sangre de Raffaele del' Eca.

Viernes 31 de julio de 1959, a las dos de la tarde: de uno de los barrios donde los talleres caseros hacen temblar ligeramente los vidrios, de una de aquellas viejas casas que la ciudad ha absorbido, ha salido el funeral del obrero Nicchio, de sesenta años de edad. Las mujeres de Porta Ticinese llevaban banderas rojas, la banda tocaba *La internacional. Exit* hacia puerta Génova; detrás de él, un período histórico de la ciudad, de la industria, de la clase.

La ciudad, ensanchando los confines de lo público hasta las más perdidas periferias morales, multiplica en el giro de sus propios horizontes las hipotecas sobre las costumbres y las tradiciones.

Lo privado resiste a su manera en ímites marginales. Se recrea una moralidad distinta, según los estratos y según las clases, conforme a las situaciones en las que se encuentran los protagonistas de la producción y el consumo.

Aquí, a Milán, llegan los inmigrantes. ¿Cuántos son los campesinos que sueñan en Italia con vivir en Milán?

El inmigrante no se expresa todavía. Pero puede contar su propia historia. Llegan cada día desde hace años. Para casi todos la esperanza se encalla en la terminal del 15, del 16, del 8, del 28; en el albergue Popular; en Corea.

La ciudad de Milán es arrollada por estas corrientes; algunos han querido remontarlas con el fin de conocerlas.

Make love, not war

Pero a lo largo de los dulces y terribles años sesenta no sólo hubo debates teóricos; las profundas reflexiones intelectuales estaban, por otro lado, restringidas a un público limitado (piénsese que los primeros números de los *Quaderni Rossi* y de los *Quaderni Piacentini* no superaron las mil copias vendidas). Existían, es verdad, grandes agitaciones obreras, la respuesta de la policía que nunca dejó de disparar desde la postguerra, pero también la gran ampliación del tejido social.

El aumento de la renta y la expansión del consumo, si bien acentúan las diferencias de clase, también inducen nuevos comportamientos y nuevas necesidades, sobre todo en los estratos juveniles. Los estratos sociales de la pequeña y mediana burguesía parecen asustados ante la velocidad de las transformaciones. Fundamentalmente se ha iniciado la proletarización de las clases medias. Las reacciones son a menudo impulsivas y los partidos deben tenerlas en cuenta en los cálculos electorales.

La difusión de la televisión tiene un efecto formidable en la modificación del imaginario entre el Norte y el Sur, entre el centro y la periferia. Las primeras transmisiones habían sido realizadas en el lejano 1954. Ya desde el año siguiente una emisión de un programa de preguntas y respuestas como *Lascia o raddoppia* [*Pasa o doble*] dirigido por Mike Bongiorno había atornillado a centenares de miles de italianos delante de la pequeña pantalla; en su gran mayoría aún no estaban en sus casas sino en bares e incluso en salas cinematográficas, que para sostener la concurrencia transmitían la programación antes del comienzo de la presentación cinematográfica.

Si bien el público privilegiaba el recital liviano (como *Un due tre* [*Un dos tres*] de Tognazzi y Vianello), sin embargo, encuestas periodísticas como *Viaggio nel Sud* [*Viaje al sur*] de Virgilio Sabel y *La donna che lavora* [*La mujer que trabaja*] de Salvi y Zatterin marcarían la cultura de la parte mas inteligente de los oyentes. El antiguo proyecto nunca realizado de «unificar a los italianos después de haber unificado la nación» recibía del medio televisivo una aportación formidable: a través de éste se produce la unificación de la lengua italiana; por primera vez, desde los Alpes hasta Sicilia, es comprendida por todos una única forma de hablar. El idioma de los presentadores de TV no es el toscano sino el romano, con alguna inflexión lombarda. La construcción de una gigantesca autopista en función de la motorización de masas (en 1957 circulaban en Italia 1.300.000 automóviles; diez años después, 8 millones) será otro elemento determinante de unificación.

Si las películas de los años cincuenta habían alimentado una cultura metropolitana de tipo americano induciendo deseos y estereotipos, la televisión estimula procesos de atracción hacia las ciudades del Norte. A fin de cuentas, Nueva York está lejos y quizá sea de celuloide, pero Milán o Turín están relativamente cerca y son alcanzables.

La inmensa provincia italiana está somnolienta y atrasada, dominada por la hegemonía católica. Más allá de todo esto, está limitada y alejada del desarrollo industrial, sin perspectivas aparentes. A las ciudades del triángulo del Norte se puede ir a trabajar —se tiene la sensación de que existe una disponibilidad interminable— pero también a buscar estímulos diferentes, cruces y experiencias diversas.

La transformación de las costumbres es rapidísima: de Inglaterra llega la minifalda de Mary Quant, pero también la música de los Beatles (una auténtica revolución), la moda del pelo largo (los melenudos); al mismo tiempo, el mensaje de Bertrand Russell contra la guerra. *Haz el amor y no la guerra* es la propuesta que alcanza a los jóvenes secuaces del filósofo inglés. En televisión se ven las imágenes de centenares de miles de jóvenes que rodean pacíficamente una central de producción atómica guiados por el viejísimo y hierático filósofo, paralizado sobre una silla de ruedas. De Estados Unidos llegan las protestas de los *beatnik* y de los estudiantes de los campus las protestas contra la discriminación racial y contra las guerras imperialistas en curso.

Los nuevos mitos

Los medios de comunicación de masas contribuyeron a crear tres grandes símbolos: Kennedy, Kruschev y el Papa Juan XXIII. Serían los símbolos de la «coexistencia pacífica», pero su duración fue muy breve y con destinos diversos. Kennedy es asesinado por un complot conservador, aunque había perdido ya una parte de su valor simbólicos al haber favorecido las maniobras contra la Revolución Cubana y al haber dado vía libre al conflicto de Vietnam; Kruschev es arrollado (mas allá de sus méritos y deméritos) por las luchas de poder internas en la nomenclatura soviética; paradójicamente, los efectos de más larga duración serán los relativos a la acción del Papa Juan XXIII, que con el Concilio Vaticano detona una visión mucho más profunda y popular del cristianismo, contribuyendo a cerrar la página del papado de Pío XII, elitista y lleno de sombras. La figura de Juan XXIII permanecerá como fuerte elemento de referencia en el nacimiento de los «cristianos del disenso».

Si los refinados intelectuales obreristas descubrían la «centralidad de la fábrica» y seguían con una apasionada participación la formación de la cultura política del «obrero masa» a través de sus luchas; los marxistas-leninistas encontraban en la guía china la nueva brújula con la que orientarse en el magma de la revolución. Los jóvenes de gran parte del mundo occidental (alemanes, ingleses, italianos, holandeses, americanos) tenían, por primera vez en postguerra, la percepción de ser algo especial, una suerte de «clase general generacional» dotada de una cultura profundamente crítica respecto del estado de cosas presente. En sus lecturas estaban más Sartre y Camus que Marx y Lenin, su vivencia cotidiana estaba dominada por una inquietante búsqueda de salidas, culturas y prácticas de vida común. Los jóvenes italianos (en Estados Unidos se había planteado desde comienzos de los años cincuenta) se convierten en un «problema», que es seguido por los sociólogos más o menos interesados con una aprensión continua y un poco patética.

La sociedad, tal y como estaba organizada, comienza a convertirse en una camisa demasiado ajustada. El sistema de partidos juega con el centro izquierda la carta de las reformas blandas (de las que la única que tendrá éxitos relevantes, mucho más allá de las intenciones de los legisladores, es la de la escuela media unificada que favorece el contacto entre los hijos de la burguesía y los de los obreros) y de la dilatación del consumo.

Pero la sociedad de la mercancía y del «bienestar» que oculta los desequilibrios y las injusticias no puede ser vivida más que como intolerable y falsa. Se percibe una amplia necesidad de «grandes ideales» que justifiquen el sentido de la existencia, unida al rechazo de todos los modelos de vida que se proponen. Comienzan a difundirse las primeras formas de autogestión de la experiencia cotidiana. Nacen los primeros «grupos musicales» fuera de los grandes circuitos comerciales como l'Equipe 84 y los Rokes. La canción de los Nomadi, *Dio è morto* [*Dios está muerto*] (letra y música de Francesco Guccini) es censurada por la RAI.

Dios está muerto

Ved
a la gente de mi edad ir
por las calles que no llevan nunca a nada
buscar el sueño que conduce a la locura
en la búsqueda de alguna cosa que no encuentran en el mundo
que tienen
a lo largo de las noches que son bañadas por el vino
dentro de las habitaciones que son transformadas por las pastillas
dentro de las nubes de humo, en el mundo hecho de ciudad,
estar en contra de nuestra cansada civilización
y un Dios que está muerto
en los bordes de las calles, Dios está muerto
en los coches comprados a plazos, Dios está muerto
en los mitos del verano, Dios está muerto.

Me han dicho
que esta generación mía ya no cree
en lo que a menudo han enmascarado con la fe,
en los mitos eternos de la patria o del héroe
porque ha llegado el momento de negar todo lo que es falsedad
las fes hechas de costumbres y miedos
una política que es sólo hacer carrera
el conformismo interesado, la dignidad hecha de vacío,
la hipocresía del que está siempre del lado de la razón y nunca de
la equivocación
y un Dios que está muerto
en los campos de concentración Dios está muerto
en los mitos de la raza Dios está muerto
en los odios de partido Dios está muerto.

Yo pienso
que mi generación está preparada
para un mundo nuevo y para una esperanza que apenas ha nacido
para un futuro que ya tiene en la mano, para una revuelta sin armas
porque todos nosotros ya sabemos que si Dios muere es durante
[tres días
y después renace.
en lo que nosotros creemos Dios ha resucitado
en lo que nosotros queremos Dios ha resucitado
en el mundo que queremos
Dios ha resucitado
Dios ha resucitado.

Ciertamente, los nuevos grupos extraen su inspiración de modelos equivalentes de importación anglosajona, pero también expresan una auténtica veta original e interpretan espontáneamente la dimensión existencial de la condición juvenil. Se puede decir que entonces nace la cultura musical como instrumento de comunicación político-cultural. Una tendencia que producirá una modificación revolucionaria e irreversible en la industria discográfica, pero también en la práctica cotidiana.

Y efectivamente en el campo de la «nueva música», el caso de Italia se diferencia del de otras naciones. Se había producido ya una ruptura a finales de los años cincuenta. La aparición en escena de cantantes como Mina, Celentano y, en algunos versos, Modugno, había asestado un serio golpe a la tradición melódica de derivación napolitana. «Ritmos distintos, arrastrados, apoyados en textos nuevos, modelados sobre el nuevo *feeling* de influencia americana y privados casi siempre de las angustiosas temáticas del amor. La importación del rock & roll era, para la pequeña Italia del boom económico, lo que el *boogie* había sido para la generación de la postguerra: un vehículo de evasión de la realidad cotidiana, en una ilusión de revuelta aunque quizás sólo contra las estructuras oficiales del ritmo y de la lírica [...]».[2] En realidad, la explosión del rock en EEUU podía ser reconducida en la típica tendencia de esta sociedad, una dinámica en la que las crisis son a menudo canalizadas y desplazadas hacia otros sectores.

> Así es como eventos tan dramáticos como el macartismo y la Guerra de Corea son traladados a los railes estrechos de una pura contraposición generacional; finalmente aplacados con mitos (Jeames Dean, Elvis Presley) y ritos (el rock, la moto, las botas de cuero) para ser, así, una vez más, reciclados en provecho del mercado.
>
> En Italia, en cambio, el rock & roll no «prende» como instrumento de pacificación, no logra desarrollar —como ya había sucedido con las películas— una tarea eficaz de colonización. De hecho, la ideología que acompaña al rock & roll en América no pasa a Italia. En efecto, no es sólo la pobreza concreta de los jóvenes italianos lo que impedirá tanto las motos como las más modestas botas, sino que tampoco encontrará espacio la sublimación de la violencia social. Las condiciones del conflicto social en Italia son distintas y tienen otra memoria, todavía presente cuando son trasladadas al dominio totalizador de los medios de comunicación de

2 *Libro bianco sul Pop in Italia*, Roma, Arcana, 1976.

> masas americanos. Además, el régimen democristiano no está ideológicamente apuntalado —como el americano— por siglos de filosofía patriótica-interclasista.[3]

De hecho, el rock en Italia asume cada vez más significados de diversidad y de revuelta, y en sus versiones nacionales radicaliza e interpreta exigencias reales de identidad y rebelión. Francesco Guccini, uno de los epígonos de Bob Dylan en Italia, es seguramente un personaje auténtico y fascinante, un punto firme de la búsqueda «en su propia lengua» de una vía original y densa en espesor cultural y político que se contraponga a la colonización extranjerizante. Pero también grupos de corta duración expresaron de manera fulminante e inmediata los nuevos estados de ánimo de una nueva condición juvenil. Éste es seguramente el caso de grupos musicales como I Corvi y The Rokes.

Un chico de la calle.

(I Corvi)

Yo soy el que soy
no hago la vida que tú haces
yo vivo en los márgenes de la ciudad
no vivo como tú

Yo no soy bueno
déjame en paz porque
soy un chico de la calle
y tú me tomas el pelo

Tu perteneces a otro mundo
tienes lo que quieres
yo conozco el valor
de una chica como tú

Yo no soy bueno
déjame en paz porque

3 *Ibídem.*

soy un chico de la calle
y tú me tomas el pelo

Tu perteneces a otro mundo
tienes lo que quieres
yo conozco lo que vale
una chica como tú

yo no soy bueno
déjame en paz porque
soy un chico de la calle
y tú me tomas el pelo
soy un chico de la calle
y tú me tomas el pelo etc.

Es la lluvia que viene

(The Rockes)

Debajo de una montaña de miedos y ambiciones
está escondido algo que no se muere.
Se buscan en cada mirada, detrás de un muro de cartón
encontrarán mucha luz y mucho amor.
El mundo ya está cambiando
y cambiará aún más.
Pero no veis en el cielo
aquellas manchas celeste oscuro, azules.
Es la lluvia que viene
y vuelve el sereno.
Si nos lo creemos y no nos rendimos
veréis, un nuevo sol surgirá.

Cuántas veces nos han dicho, sonriendo tristemente
las esperanzas de los chicos son humo.
Están cansados de luchar y no creen ya en nada
justo ahora que la meta esta aquí cerca.
Pero nosotros que estamos corriendo
avanzaremos más.
Pero no veis que el cielo
se vuelve cada día mas azul.
Es la lluvia que viene
y vuelve el sereno.

Si no nos detenemos, si estamos unidos
muy pronto surgirá un nuevo sol.

No importa si alguno en el camino de la vida
resulta preso por los fantasmas del pasado.
El dinero y el poder son trampas mortales
que han funcionado tanto tiempo.
Nosotros no queremos caer
no podemos caer más bajo.
Pero no veis en el cielo
aquellas manchas celeste oscuro, azules.
Es la lluvia que viene
y vuelve el sereno.
Y con el tiempo sobre el mundo,
como el sol de la mañana, surgirá un amor universal.

Pero existe también la necesidad de subrayar la propia «diversidad», de exhibirla con orgullo: el pelo largo, los vaqueros, las minifaldas, la ropa militar —modificada oportunamente para ridiculizar los símbolos de la autoridad— son señales de rebeldía y de rechazo del conformismo hipócrita y de las reglas escritas. Lo que muchos años después, hablando del punk, sería definido por los sociólogos como «la revuelta del estilo», tiene su origen en aquellos años. El rechazo tan imprevisto de los estándares de moda provoca, como es obvio, reacciones opuestas por parte de las familias y del mundo de la escuela (al principio, muchos jóvenes que no pueden llevar el pelo largo ni en su casa ni en la escuela optan por usar pelucas, que se ponen o sacan antes de entrar y salir de las instituciones).

Pero el proceso ya está encaminado, y de estas primeras decisiones de tipo simbólico se pasa rápidamente a la crítica de todas las instituciones, partiendo de la más próxima e individual, que es la de la familia. Comienza así el fenómeno de las «fugas» de la autoridad de los padres / progenitores, aunque se trate de «fugas» que coexisten de forma conflictiva en el ámbito familiar.

Otras fugas, con función de vanguardia, se orientan por la fascinación de las metrópolis, por la búsqueda de experiencias distintas. Minorías inteligentes comienzan a practicar la «cultura del viaje»: a Holanda, donde están los provos que se inspiran en los *beat* y en los *hippies* americanos; a

Inglaterra, punto de referencia de la revuelta juvenil. Cuando regresan, traen periódicos contraculturales, discos, ropa y la práctica del uso de drogas blandas (al principio, casi exclusivamente marihuana) como medio de ampliación de la sensibilidad.

En la relación entre los sexos se comienza a poner en discusión, aunque de manera confusa, la cultura de lo masculino y de lo femenino —en este campo las chicas están, como es obvio, mucho más comprometidas—; y un producto absolutamente italiano como Patty Pravo (amadísima cantante del Piper de Roma), con su falta de prejuicios, se convierte en símbolo de la emancipación y también de la inquietud juvenil. Su canción *Ragazzo triste* trata muchas emociones reales.

Chico triste

Chico triste como yo ah, ah
que sueñas siempre como yo ah, ah
nunca hay nadie que te espera,
porque no saben como eres.

Chico triste soy igual que tú:
a veces lloro y no se por qué.
Otros están solos como yo eh, eh
pero un día espero esto cambiará.
Nadie puede estar solo,
nadie debe estar solo.

Cuando se es joven así
debemos estar juntos,
hablar entre nosotros,
descubrir el mundo que nos acoge.

Chico triste como yo ah, ah
que sueña siempre como yo ah, ah
otros están solos como nosotros ah, ah
pero un día espero esto cambiará, veras... veras...
Nunca debemos estar solos.
Nunca debemos estar solos.
Nunca debemos estar solos.

Canciones de inocencia

Giancarlo Mattia

Los primeros «melenudos», que de Milán a Palermo poblaron la península, tardaron en encontrar una situación propia y «autónoma», tanto porque el modelo angloamericano parecía omnipresente, como porque los medios, frente al surgimiento de nuevos modelos culturales de comportamiento, habían adoptado formas de ostracismo y de clausura que dejaban vislumbrar más bien pocas posibilidades de ampliación del horizonte y, por lo tanto, de modificación del modelo existente.

«La Italia que trabaja», sobre todo en lo que respecta a las costumbres, no toleraba la presencia de sujetos así, radicalmente diferentes de la media y de los estereotipos dominantes. Por lo tanto, los «distintos» (y entre estos estaban, sin duda, los primeros «melenudos») tardaron en encontrar el «ritmo» justo y también el espacio para actuar con mayor «conciencia» de las propias capacidades que afirmasen el derecho a existir de forma autónoma y a prescindir de las formas de comportamiento ya codificadas, tanto individual como comunitariamente. La inocencia de la protesta originaria anticipó el primer paso hacia formas de conciencia que, con el correr de los años, asumieron connotaciones cada vez más específicas (o propias) y, por consiguiente, inmediatamente reconocibles también «desde fuera».

Canciones como las de Los Nomadi, tituladas de forma tan significativa como *Come potete giudicare* [*Cómo puedes juzgar*] y *Dio è morto* [*Dios está muerto*], son síntomas de una condición de malestar existencial y de intolerancia a la autoridad que, en los primeros años sesenta, se manifestaron de manera «horizontal», entre los jóvenes (y no solo entre ellos). Esas canciones son también señal de que la necesidad de superación de la «sociedad del recital» pasaba por la búsqueda de una identidad propia y real, con la consecuencia de que se volvía cada vez más urgente proveerse de un lenguaje y instrumentos de comunicación propios. Se contestaban los símbolos del bienestar, las razones del arribismo, a los mecanismos de acumulación (y de alienación) que conducían al poder y al «prestigio» personal.

Las canciones, por lo menos algunas, en abierta colisión con los estándares del Festival de San Remo —símbolo supremo de la «musicalidad» peninsular y termómetro «de la Italia que canta»—

fueron las primeras voces del disenso *beat*. «La canción italiana» era así atravesada por los *beat* de marca angloamericana que sufrían a su vez importantes transformaciones.

Grupos como I Nomadi, L'Equipe 84, I Dik Dik, I Camaleonti, I Corvi, I New Dada, I Giganti, Le Orme (aquellas pre-*Ad gloriam*), etc., en la medida en que estaban ligados a la estructura melódica de la canción tradicional, habían insertado en el contexto musical, elementos de innovación que entonces, visto el vigor imperante, hacían que su búsqueda pareciese «audaz» y «sin prejuicios» cuando, en realidad, ésta procedía de forma demasiado «tímida» y a pequeños pasos.

Cantautores como Gian Pieretti (su composición más famosa fue *Il vento dell'este* [*El viento del este*]), Mauro Lusini (*su C'era un ragazzo che come amava i Beatles e i Rolling Stones* [*Había un chico que como le gustaban los Beatles y los Rolling Stones*] fue retomada también por Joan Baez) y Riki Maiocchi, fundamentalmente, *(C'è chi spera* es, sin duda, uno de los textos más bellos del período *beat* italiano) se habían adherido a la tradición *folksong* americana, directamente inspirada en las tradiciones populares de los proletarios de las ciudades y del campo, de los «vagabundos», presentes ya en los *States* de los primeros años del siglo XX. Y de los nuevos «vagabundos», perennemente itinerantes, nació la nueva canción protesta. Una protesta que, a diferencia de la que surgió en los primeros años del siglo, no nacía de las formas de explotación exclusivamente «materiales» sino también de la insurrección frente a los condicionamientos ligados a la alienación existencial, que venían acrecentados por la búsqueda de una nueva cualidad de la vida, a pesar de que la permanente dicotomía entre capital y trabajo condicionaba el carácter de la nueva contestación.

Se buscaba, como se ha dicho, formas expresivas nuevas adecuadas al momento histórico particular y a los «vientos de transformación» que soplaban ya desde los primeros años sesenta. Por otra parte, todo esto correspondía con una exigencia precisa de determinados estratos de la población juvenil, y no sólo de ella, ya que un cierto tipo de búsqueda existencial y de nuevas formas de agregación social no podía concernir ni a un único individuo ni a un grupo que partiera solo de los datos del registro civil.

La exigencia de un nuevo lenguaje, de nuevas formas de comunicación y de conflicto con lo que sucedía en otras partes, se consolidaba cada vez más en el panorama de la música *beat* que, sobre todo en los Estados Unidos y en la Europa del Norte, había asumido el

valor del «lenguaje privilegiado» entre los «irregulares» y los contestatarios al sistema. Lenguaje «privilegiado» porque el carácter que el *beat* estaba asumiendo tenía cada vez más el valor de la universalidad, de una universalidad fundada en la necesidad (o deseo) de comunicar de «otra» manera y de transmitir de una forma nueva, (también a través de la música *beat*) la condición propia y particular fundada en la «diversidad».

El *beat* contribuyó a consolidar el modelo de una nueva microsociedad, una sociedad paralela a la institucionalizada, con un orden social de tipo comunitario, fundado en los valores de la solidaridad recíproca y del igualitarismo, en la que «el abandono» del viejo mundo y de sus falsos valores representaba una condición indispensable para construir una nueva civilización y nuevas dinámicas de intercambio. El modelo de sociedad al que los *beat* aspiraban era alternativo, y por lo tanto paralelo al dominante, y su objetivo no era tanto un choque frontal con las fuerzas del poder constituido y con sus ordenamientos institucionales (que de todas formas eran desconocidos), como instaurar una «comunidad real» que tuviera la inteligencia y la fuerza de establecerse en un «territorio propio», según sus propias inclinaciones humanas y sociales, individuales y artísticas. Una «utopía» de este tipo estaba atravesada por un carácter que se podría definir como «cósmico», en cualquier caso universal y, en consecuencia, sus lenguajes y sus formas expresivas asumieron el mismo espíritu y la misma «propagación» espacial. El *beat* y después el rock eran parte esencial de este nuevo lenguaje, eran el principal momento de esta forma expresiva particular, eran la síntesis de los estados de ánimo y de las instancias que la «nueva generación» había introyectado y quería exteriorizar. Por lo tanto, tanto en la enorme periferia de una gran ciudad como en el centro de un pequeño pueblo, donde hubiera *beat enseguida* era posible establecer contacto y desarrollarlo después a través de formas universales de lenguaje que, partiendo del centro (para la contracultura, el *beat* y el rock, este centro se encontraba en Estados Unidos o, mejor aún, en aquellos sujetos y en aquellas comunidades que habían rechazado el llamado *american way of life*, sin vacilaciones, resistiendo para combatir la enorme y definitiva batalla de la libertad justamente «en el corazón del monstruo»), se irradiaba en toda la periferia (e Italia, entre las periferias, era una de las más alejadas).

El *beat* italiano, por volver al discurso musical, se había formado también en la gran provincia. De hecho, muchos de los grupos *beat* más importantes provenían de la provincia emiliana o no eran,

en la gran mayoría de los casos, metropolitanos. La periferia se mostró cualquier cosa antes que insensible a la fascinación por la nueva expresión musical, contribuyendo incluso, como ya había hecho (y haría) con los cantautores, a la difusión del discurso «originario», manifestando una atención y una capacidad crítica verdaderamente notables.

En cuanto a la difusión del *beat*, la radio, la televisión o los periódicos no hicieron mucho uso del mismo; si trataban la cuestión, lo hacían de forma aproximada y con una ineludible «pizca» de ironía, que tenía mucho del estilo de los programas de actualidad escandalosa. Solo la prensa *underground*, después de la mitad de los años sesenta, se ocupó del *beat* y de los *beat, con un justo punto de conciencia y de necesario entusiasmo.* Por otra parte al participar en los eventos de los *beat* y de la escena del *underground* no podía prescindir de ser parte viva del movimiento. Quien no había establecido todavía un contacto real con el fin de conocer todo lo que sucedía en el «planeta alternativo» tenía que contentarse con lo poco que transmitía la radio que, por lo menos en relación con la televisión, dedicaba pequeños espacios semanales a los grupos emergentes del lejano Londres y del aún más lejano San Francisco.

Desde los micrófonos de algunas emisoras de radio de más allá de las fronteras —como Radio Montecarlo y Radio Luxemburgo— se podía escuchar algo más: lanzaban al aire los *hits* del momento y siempre tenían una buena dosis de atención para las tendencias más destacadas del ámbito musical. Varios cantantes solistas de los primeros grupos *beat* italianos comentan que escucharon por primera vez algunas de las letras que más tarde redactaron en italiano, justamente a través de las emisoras citadas más arriba.

El retraso temporal en percibir el mensaje (y no solo musical) y, por lo tanto, la dificultad de hacerlo llegar a sus destinatarios naturales en un tiempo aceptable, creó un desfase entre Italia y la «madre patria» angloamericana; en consecuencia, se expuso excesivamente —y quizá con un exasperado relieve— el carácter «subsidiario» del *beat* italiano respecto del inglés y del norteamericano. La ingenuidad de los grupos musicales del momento, entonces denominados «conjuntos», se reencontraba también cuando estos se cimentaban en la reescritura o traducción de textos musicales producidos fuera, en muchos casos ya conocidos en su versión original. Ahora bien, un disco, para tener posibilidades de entrar en el mercado e imponer cierta atención, tenía que ser cantado en lengua italiana; por eso, en esos primeros «sesentas», muchos conjuntos *beat* (y también muchos cantantes solistas) volvieron a proponer versiones de *hits* ya

famosos fuera, mientras que grupos angloamericanos que venían a Italia grababan una nueva versión «en italiano» (en las tapas de sus discos de 45 rpm. aparecía a menudo esta frase) de sus textos más populares o de aquellos que se pensaba se podían adaptar mejor al mercado de un país mediterráneo como el nuestro. En todo caso, el término «ingenuidad» no pretendía ser sinónimo de una «simplificación» casi escolástica del original sino también (ampliando su significado) re-aprobación del mismo, a partir de una relectura —ciertamente entusiasta— de la estructura armónica y melódica del texto y de su significado «emocional». Desde esta perspectiva, se puede entender la «inversión» del texto «verdadero», del que la «traducción» posterior parecía posible sólo en la medida en que se aceptara el principio de universalidad del lenguaje del *rock* que, en tanto tal, superaba cualquier barrera lingüística y generaba emociones y sentimientos que connotaban su forma expresiva única y auténtica. También en la enorme y somnolienta periferia italiana, la señal de que «los tiempos estaban cambiando» había llegado finalmente y todo dejaba prever que de ahí en adelante todo sería difundido de manera incesante por unos «tam tam» diseminados por doquier.

Con la distancia del tiempo, se podría decir que cada grupo, ya fuera inglés o americano, caracterizado por un determinado «género», tenía en Italia su propio «corresponsal» o, por así decir, «equivalente musical». Por ejemplo, los alfiles del pop más «melódico», más «clásico» (los Beatles, sobre todo, pero también Bee Gees y otros), encontraron en nuestro país (quizá porque éste amaba particularmente la forma de la «canción»), además de una miríada de admiradores, también un buen séquito entre los grupos que dignamente rehicieron algunos de los originales de los propios maestros-inspiradores (vale la pena recordar la estupenda versión de *Un figlio dei fiori non pensa al domani* [*Un hijo de las flores no piensa en el mañana*], de los Nomadi —grabado originalmente por los Kinks de R. Davies— que, quizás mejor que ningún otro texto «rehecho» de la época, mostró cuán importante era el acercamiento a la escuela de los *beat* angloamericanos después de haber madurado su propio lenguaje universal, al igual que era universal la condición del «hijo de las flores», del *hippy* que no pensaba en mañana). En el contexto del *beat* más «progresivo» también hubo en Italia buenos encajes, sobre todo por mérito de un grupo como I Corvi (grupo integralmente emiliano) que demostró su fuerza y su expresividad en el curso de su carrera lamentablemente breve. De I Corvi se recuerda el texto de mayor éxito: *Sono un ragazzo di strada* [*Soy un chico de la calle*] (el original era de los Electric Prunes), que condensa en su letra traducida momentos de marginalidad y de

exclusión que funcionan como catalizadores de la especificidad de la condición de quien vivía «en la calle». Estas «versiones» son, si se quiere, un pequeño manifiesto de la condición del primer *beat* italiano en conflicto con «otro mundo» que, como dice el propio texto de la canción, evidencia la dificultad de establecer una relación entre «nuestro» chico de la calle y lo otro, que precisamente pertenece a «otro mundo».

La ingenuidad, con el fin de concluir, fue el carácter fundamental del *beat* italiano que, en ese entonces, había comenzado a experimentar formas de comunicación que conducirían allí donde «la utopía, única realidad posible, realizaría su reino fundado en la gratuidad».

Qué culpa tenemos nosotros

(The Rokes)

La noche cae sobre nosotros
la lluvia cae sobre nosotros,
la gente ya no sonríe
perdemos un viejo mundo
que ya nos esta cayendo encima
pero qué culpa tenemos nosotros.

Será una bonita sociedad
fundada en la libertad
pero explicadnos por qué
si no pensamos como vosotros
nos despreciáis más que nunca
pero qué culpa tenemos nosotros.

Y si no somos como vosotros,
y si no somos como vosotros
y si no somos como vosotros
quizás haya una razón
y si no la sabéis
y si no la sabéis,
pero qué culpa tenemos nosotros
qué culpa tenemos nosotros
qué culpa tenemos nosotros.

Hay quien espera

(Riki Maiocchi)

El mundo le da la espalda al bien
y luchan todos como hienas
pero cuando termina el día y se hace de noche
hay quien espera

Cada uno piensa en sí mismo y calla
y calla porque ya no tiene corazón
pero quizás una nueva voz está cantando
para quien espera

Las campanas suenan
los niños corren
el mundo está viviendo un nuevo día
y la gente está cantando
ya no hay quien esté sufriendo
sí, tenemos que creer por qué

La lluvia todavía cae pura
así como el rojo del atardecer
rojo en el que éste refleja el negro llanto
de quien espera

Las campanas están sonando
los niños están corriendo
el mundo está viviendo un nuevo día
y la gente está cantando
ya no hay quien esté sufriendo
si tenemos que creer por qué

La lluvia que cae todavía pura
Así como el rojo del atardecer
ese rojo en el que se refleja el negro llanto
de quien espera.

EEUU: de la caza de brujas a la *Beat Generation*

La necesidad de referentes culturales más precisos y complejos es muy fuerte. Como dicen algunos sociólogos inteligentes, «todos los movimientos que nacen de exigencias reales van a buscar, en un segundo momento, sus propios antepasados o padres fundadores». Y es entonces cuando llegan a Italia las producciones del «movimiento *beat*» americano. Autores como Ginsberg, Kerouac, Corso, Ferlinghetti comienzan a ser leídos tanto en traducciones como, con arduo trabajo, en las revistas autogestionadas traídas de los viajes al extranjero.

Los escritores y los poetas de la tendencia *beat* se habían formado en Estados Unidos entre finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta, en pleno periodo de la guerra fría. El clima social de los *States* era entonces muy violento y represivo. EEUU y la URSS, que habían sido aliados en la victoriosa guerra contra el nazismo y que se habían dividido el mundo en esferas de influencia política y militar, se rearmaban ahora el uno contra el otro, enfrentados con la terrible variable de la energía atómica. Después del sanguinario paréntesis de la Segunda Guerra Mundial, los dos sistemas (socialista y capitalista) volvían a ser irreconciliables enemigos.

En un clima así, los gobernantes de Estados Unidos, y sobre todo los jefes militares del Pentágono, veían comunistas infiltrados por todas partes. Los intelectuales de izquierda, que en los años treinta habían ofrecido una aportación fundamental a la realización del *New Deal* de Roosvelt con la creación de una producción cinematográfica y literaria de fuerte compromiso civil y social, eran ahora agentes potenciales del comunismo internacional. La estrategia de la guerra fría, de la contraposición entre los dos bloques, producía en el frente interno una psicosis contra el enemigo animada por los centros de poder más reaccionarios: ésta es la época que será definida como la «caza de brujas». La represión se recrudecerá particularmente sobre el mundo de la cultura y del cine (en Estados Unidos, el cine siempre había sido considerado más que una gran industria, un formidable instrumento de consenso) y los intelectuales progresistas serán obligados a continuas demostraciones de lealtad en relación con el poder oficial.

Después de la Segunda Guerra Mundial fueron constituidas, por iniciativa del Congreso y de varios parlamentos estatales, unas cuantas comisiones con el propósito de investigar las «infiltraciones» extremistas; entre éstas, la House Un-American Activities Committe (HUAC), frente a la que debían presentarse directores de cine, escenógrafos, escritore, etc., sospechosos de comunismo por el contenido de sus obras. Muchos de ellos rechazaron estas prácticas «inquisitoriales» y fueron encarcelados (tal es el caso del reconocido escritor Dashiell Hammett), otros no pudieron trabajar durante años (como Dalton Trumbo y John Howard Lawson), otros abandonaron Estados Unidos como forma de protesta (por ejemplo, Charlie Chaplin y Bertolt Brecht, Thomas Mann y Theodor Adorno) y muchos renunciaron de forma patética a su pasado denunciando a colegas y amigos (entre ellos, Elia Kazan), contribuyendo así a legitimar la cultura política «del arrepentimiento y de la renuncia», que reaparecerá repetidamente en la historia de las democracias occidentales (en Italia, por ejemplo, con las leyes de excepción y los procesos políticos de los años ochenta).

El *macartismo* —derivado del nombre del más encendido inquisidor: J. McCarthy, presidente de una subcomisión del Senado— era ciertamente un fruto venenoso de la Guerra Fría, pero era también la expresión de lo que los *beat* llamaban «el fascismo militar del Pentágono» y, en general, de la élite presidencial de aquellos años. En efecto, EEUU estaba empeñado en la sanguinaria Guerra de Corea que amenazaba con extenderse a nivel planetario. Los entonces jóvenes artistas *beat* nacían también como reacción a esta página oscura de la democracia americana: rechazaban conscientemente los modelos del *american way of life*, su aspecto exterior (vivienda, vestido, etc.) pero sobre todo su modo o estilo de vida.

También rechazaban los modelos de producción literaria que habían distinguido a la generación de los años treinta (Steinbeck, Dos Passos, Caldwell etc.), ya sea por la contradictoria práctica de colaboración política con el poder, ya sea por su comportamiento hacia la HUAC y McCarthy (por ejemplo, las declaraciones de «lealtad» de Dos Passos y Steinbeck). Buscaban otros referentes y los encontraron, sobre todo, en los *maudits* como Miller (Henry) y Burroughs, que se habían enajenado del clima de colaboración del *New Deal*, buscando por el mundo otras culturas y otras experiencias, y más atrás aún, en el poeta Walt Whitman, que había cantado la América libre de los individuos y de los espacios de finales del siglo XIX, gran padre de la poesía americana que advierte que

Leaves of Grass [*Hojas de hierba*][4] «es el canto de un gran individuo colectivo, popular, hombre o mujer», y que después de la ejecución del viejo abolicionista John Brow escribe:

> Yo soy aquel hombre, yo sufro, yo me encontraba allí
> El desdén, la calma de los mártires,
> La madre de un tiempo, condenada como bruja, arde sobre la hoguera seca , bajo los ojos de sus niños.
> El esclavo perseguido que se debilita en la fuga, se deja caer contra
> la empalizada, agitado, bañado en sudor
> los dolores que, como agujas, se clavan en las piernas y el cuello, los mortales gotones, las balas;
> Todas estas cosas yo siento y yo soy.

> Naturalmente el *beat*, considerado en su totalidad, fue un movimiento de naturaleza más literaria que social. Droga, jazz frío, sexo interracial y budismo zen eran una manera de manifestar el rechazo de la cultura dominante americana (de crear una contracultura). *Puor epater les bourgeoises* se volvió el eslogan del estilo de vida *beat;* la conformidad fue rechazada apelando a la integridad artística, aceptando la pobreza y el desbocamiento social. Los *beat* vivieron como perdidos en los barrios pobres de Nueva York y de las grandes ciudades americanas, juntos en la calle, en los locales donde enloquecía el jazz bee-boop, dando vida a un movimiento comunitario, crecido en la calle, hecho de vibraciones recogidas de la calle. Pero lo que de romántico había en la personalidad de los autores y de los personajes de la *beat generation*, ese sentido del individualismo exasperado, impidió que este primer momento evolucionara hacia una unión comunitaria más formalizada.[5]

Una parte de ellos se trasladó a la costa del Pacífico, a San Francisco, en la que formaron una suerte de «comuna intelectual» y fundaron una librería editorial, la City Lights Books dirigida por Lawrence Ferlinghetti, que imprimía por su cuenta las obras de los escritores y poetas *beat*. Después de mediados de los años cincuenta una parte de ellos se hizo llamar *beatnik*, como referencia provocadora al Sputnik, el primer satélite artificial enviado al espacio por los soviéticos, una empresa que había dejado consternados a los industriales, a los generales y a los políticos americanos.

---

4 En castellano Walt Whitman, *Hojas de hierba,* múltiples ediciones Lumen, ediciones 29, Alianza Editorial.

5 *Vivere insieme (Il libro delle comuni)*, Roma, Arcana, 1975.

Gregory Corso y Allen Ginsberg son sin duda los dos mayores poetas de la generación *beat*. Kerouac, hablando de Corso, decía: «Gregory era un muchachito duro de los barrios bajos que creció como un ángel en los techos y que cantaba canciones italianas con la misma dulzura de Caruso y Sinatra, pero con *sentido.* "Dulces colinas milanesas" descansan en su alma renacentista, el atardecer baja sobre las colinas. Sorprendente y bellísimo Gregory Corso, el solo y único Gregory. Lean atentamente y vean».[6]

Corso escribió también algunas entrevistas ficticias sobre la *beat generation* en las que él es, al mismo tiempo, entrevistador, entrevistado y espectador experto:

> —¿Qué piensa de la *Beat Generation*?
> —Pienso que es un accidente. Pienso que no existe. No hay nada parecido a una *beat generation*.
> —¿Usted no se considera *beat*?
> —¡No, carajo! No me considero *beat*, o beatificado.
> —¿Qué es entonces, si no es un *beat*?
> —Un individuo, nada.
> [...]
> —¿No le importa la existencia del movimiento *beat*?
> —¡No me importa un carajo, amigo!
> —¿No a ama a sus semejantes?
> —No, no amo a mis semejantes, al contrario no me gustan en nada, excepto el individuo si llego a conocerlo; no quiero gobernar ni ser gobernado.
> —Pero usted está gobernado por las leyes de la sociedad.
> —Pero es algo que trato de evitar.
> —¡Ah!, evitando a la sociedad usted se separa de la sociedad y estar separado de la sociedad es ser BEAT
> —¿De verdad?
> —De verdad.
> —No le entiendo. Yo no quiero estar para nada en la sociedad, quiero estar fuera.
> —Afronte la realidad, amigo, usted es un *beat*.
> —¡Para nada! Ni siquiera es un deseo consciente por mi parte, simplemente estoy hecho así, soy lo que soy.
> —Amigo, usted es tan *beat* que ni siquiera se lo imagina.
> [...]
> —¿Pero usted que piensa de la *Beat Generation*?

6 «Introduzione» a Gregory Corso, *Benzina*, Parma, Guanda, 1963.

—Un cierto estilo, si se piensa, viejas fotos de Fitzgerald en París, 1920, alta sociedad, prohibicionismo, jazz; lo que ha caracterizado a una generación mas que lo que ella creía. Los hechos fundamentales son siempre los mismos, cambia el estilo, pero los hechos, amigo mío, los hechos permanecen.
—¿En qué consiste la *Beat Generation*?
—¿En qué consiste? Oh, personas *beat* con ideas *beat* que no tienen lazos con nada salvo entre sí.
—Entonces es una generación de amor.
—No, amigo estamos en otro mar. Hágame otra pregunta.
—¿Usted no cree en el amor?
—Amigo, eres grande. Toma, dale un tiro a la maría.[7]

La llegada de la cultura afroamericana a Italia

Bruno Cartosio

Aproximadamente en el mismo período en que llegaba a Italia la cultura *underground*, a través de los modelos literarios y existenciales de los *beat*, también de Estados Unidos llegaban otras señales, imágenes fuertes, en cuyo centro estaban las experiencias de los afroamericanos. A decir verdad, ya antes de finales de los años cincuenta habían aparecido en los diarios italianos fotos y noticias de las luchas contra la segregación racial en los estados del Sur. Muchos descubrieron entonces que en estados como Georgia, Alabama, Lousiana, Mississippi (e incluso en otros) los autobuses urbanos e interurbanos estaban divididos en sectores para una u otra raza, que los baños públicos y las salas de espera estaban divididas de las misma forma, que en los cines o en los tribunales, el público blanco se mantenía separado del negro, que había hoteles, bares y restaurantes en los que los negros ni siquiera podían entrar y que en el resto de lugares las zonas para blancos y para negros estaban rígidamente separadas. Las escuelas estaban segregadas y las universidades del estado estaban cerradas para los negros.

La «línea de color», tal y como la había definido el historiador afroamericano W. E. B. DuBois a comienzos de siglo, continuaba atravesando como la hoja de una cuchilla la vida cotidiana estadounidense.

7 Gregory Corso, *Benzina...*

También en el Norte, donde todos los ámbitos de la vida pública estaban formalmente «integrados», persistía la segregación de hecho, sobre todo en lo concerniente a casas y alquileres; por lo tanto, todas las ciudades estaban racialmente divididas y los *suburbs* —barrios suburbanos formados por chalets en medio de las zonas verdes de tantas películas hollywoodienses— estaban rígidamente mantenidos por los blancos.

La población afroamericana había comenzado a rebelarse contra la segregación racial de ese modo que se volvería tan famoso, por medio de la movilización de las comunidades: la gente común de la ciudad y de los pueblos del Sur hacia multitudinarias asambleas en las iglesias y largas marchas de protesta, acciones de boicot de los transportes públicos y, finalmente, daba vida a *sit-in*[8] en los bares, restaurantes y locales públicos segregados. Esta gente era insultada, golpeada y encarcelada; a veces, eran asesinados por los racistas blancos y por las fuerzas de la policía.

Más aun, en los pocos artículos periodísticos que se publicaban, las fotos tenían gran fuerza. Mostraban a adultos y niños negros asesinados por los atentados con dinamita de los racistas contra casas e iglesias; mostraban a manifestantes no violentos agredidos con palos y fusiles, perros y camiones manguera; cárceles repletas de manifestantes. Pero también se sabía que los boicots a los autobuses urbanos que duraron más de un año (como en Montgomery, Alabama, en 1956) y de la extraña, a nuestros ojos, relación entre los pastores de las iglesias baptistas negras y el movimiento contra la segregación: jóvenes pastores con nombres como Martin Luther King o Ralph Abernathy estaban a la cabeza de las luchas y de su organización. Después, desde 1960, llegaron las imágenes de los primeros *sit-in*: jóvenes negros sentados en el banco de un bar, insultados, ensuciados, sacudidos y arrestados porque se habían sentado en la parte «reservada a los blancos». Rápidamente, los *sit-in* eran centenares en todo el Sur y, finalmente, un cierto número de jóvenes blancos comenzaron a unirse a los negros tanto en los *sit-in* de los locales públicos como en los viajes de lucha por la desegregación de los transportes interestatales y de las estaciones (los *freedom rides*), así como en las campañas para conquistar los derechos civiles y el voto para los afroamericanos.

Los protagonistas de esa primera fase de diez años del movimiento negro eran, además de los religiosos, personas corrientes y estudiantes: como todo el que descubría con extremo interés esta otra cara desconocida

---

8 Acción de protesta de los activistas negros del sur de Estados Unidos, pero generalizada entre los miembros de la comunidad, que consistía sentarse en las zonas reservadas para los blancos. Los *sit in* podían tomar la forma de una protesta ejemplar de carácter individual, u organizada por medio de pequeños grupos de activistas [*N. del E.*].

—o casi— de América. Mientras los *beatnik* nos ofrecían imágenes de rechazo individual y, en muchos aspectos, intelectual —imágenes mediadas por sus textos narrativos y poéticos y por sus propias vidas de *bohèmiens—;* los negros se presentaban como un fenómeno social y de masas. Más aun, en la América de la Guerra Fría, en esa América escrupulosa rechazada por los beat, los negros comenzaron a aparecer como el único movimiento popular de protesta. Esta peculiaridad quizás tendría que haber hecho más comprensible al movimiento negro, pero no fue así. Estaba fuera de discusión que hacia él se dirigía la inmediata simpatía de los jóvenes, de los obreros y los intelectuales militantes de izquierda. Sin embargo, y a pesar de ser claramente un movimiento contra un sistema infame, no tenía ninguna de las características de «politicidad» que todos los movimientos de izquierda tenían en Italia y en Europa. Sus referentes teórico-ideológicos, cuando eran visibles, eran Gandhi o Tolstoi, pero no Lenin. Las propias modalidades de la protesta —desde la adopción de los métodos no violentos al papel de los pastores de las iglesias baptistas y metodistas— suscitaban mucha perplejidad. Por otra parte, la generosidad e incluso el heroísmo de la primera fase de las luchas eran tales que la adhesión no podía ser negada.

Un libro, ya olvidado pero bonito e importante, representa de forma bastante ejemplar la situación: *Segregation a Louisville*, de Anne Braden, publicado por los Editori Riuniti en 1961. Anne Braden y su marido, militantes blancos de la «vieja izquierda» en el Sur, habían ayudado a una familia negra a comprar una casa en un barrio blanco, y el libro contaba, más allá de esta situación, los episodios de violencia y la odisea judicial a la que los Braden y sus amigos estuvieron sometidos. Pero seguían siendo blancos que contaban una acción —de gran coraje personal y político— contra la segregación sufrida por los negros (y después, por ellos mismos, desde el mismo momento en el que se convirtieron en «blancos renegados»). Los negros no tenían todavía voz (en tanto escritores de novelas y poesías) y nuestra editorial se ocupaba más del «problema negro» como oportunidad de crítica de la sociedad estadounidense blanca antes que de los negros como sujetos de su propia liberación.

También los libros de Gianfranco Corsini (*America allo specchio*, Laterza, 1960), Giorgio Spini (*America 1962*, La Nuova Italia 1962) y Roberto Giammanco (*Dialogo sulla societá americana,* Einaudi, 1964), todos importantes (aunque de muy distintas maneras) para «comprender América», dan testimonio de cómo la preocupación principal era la de explicar el funcionamiento de la Gran Máquina antes que recoger contenidos y protagonistas de la protesta negra para leer su estructura desde dentro. De todos modos, el interés editorial

por los movimientos sociales en Estados Unidos era todavía escaso y genérico; esto, cambiaría radical y rápidamente alrededor de la mitad de la década.

Un cambio fundamental, al menos para quien tenía acceso a los *Quaderni piacentini* (en la contraportada figuraba el elenco de las 34 librerías, de veinte ciudades, en las que se vendía la revista; después estaban los suscriptores), fue el largo *dossier* que Renato Solmi confeccionó para el núm. 25, publicado en diciembre de 1965. Basándose en ensayos y relatos de varios autores de diferente proveniencia —entre los primeros sobresalía todavía Anne Braden—, Solmi había reunido las mejores noventa páginas de información sobre los «desarrollos del movimiento de liberación de los negros del Sur» y sus relaciones con los «movimientos de acción social» aparecidas hasta ese momento en Italia. Es imposible saber para cuanta gente, en la nueva izquierda en formación en la Italia de aquellos años, fueron decisivas esas páginas; ciertamente para muchos. Entre otras cosas, Solmi también estimuló en algunos la búsqueda directa de documentación, los intentos de activación de amigos, parientes y corresponsales que viajaban al otro lado del océano, algo que en el curso de pocos años produciría sus primeros resultados académicos: algún seminario en las facultades ocupadas (1967-68) y después las primeras tesis «sobre los negros» (a partir de 1969-70) a pesar de los escasos textos originales presentes en las bibliotecas italianas y lo poco que había sido traducido o producido en italiano hasta ese momento.

La segunda fase de las luchas afroamericanas se abrió alrededor de mediados los años sesenta, cuando el movimiento contra la segregación y por los derechos civiles —que hasta ese momento había estado esencialmente circunscrito al Sur— se extendió a los grandes guetos metropolitanos de todo el país y pasó de la práctica de la no violencia a la sublevación violenta de masas. En el bienio 1963-64 se definió, por así decir, la transición: los desórdenes arrollaron tanto Birmingham y Savannah, en el Sur, como Chicago, Philadelphia o Nueva York; pero de 1965 a 1968 las grandes metrópolis y sus guetos fueron protagonistas absolutos. En 1968, el asesinato de Martin Luther King en Memphis, Tennessee, desencadenó la última gran oleada de revueltas negras en más de cien ciudades grandes y pequeñas de Estados Unidos.

Los cambios dentro y en el entorno del movimiento de liberación afroamericano habían sido enormes y rapidísimos. Malcom X, asesinado en febrero de 1965, había sido el primero y el más importante de una

remesa de nuevos líderes, ideólogos, dirigentes y portavoces que habían sido formados en la explosión del movimiento negro de los guetos metropolitanos. Bajo el eslogan «¡Black Power!» se reunieron las nuevas formaciones políticas que se acercaban a las más viejas o las sustituían en su capacidad de organizar la revuelta. Entre ellas, la más conocida, también en Italia, fue el Partido de las Pantera Negra (Black Panther Party), nacido en 1966 en el gueto de Oakland, California, por iniciativa de Huey Newton y Bobby Seale.

Mientras tanto, habían cambiado muchas cosas incluso en la posibilidad misma de conectarse a los acontecimientos de Estados Unidos. No solo había aumentado, todavía más, el interés general, sino que había aumentado la información disponible. Después y más allá de las luchas por los derechos civiles —que habían tenido su principal éxito en la legislación desegragacionsta, en la conquista de leyes sobre derechos civiles (1964) y del derecho al voto (1965)— los estudiantes americanos habían comenzado a protestar en masa contra la *escalation* de la intervención militar estadounidense en la guerra de Vietnam, promovida por el presidente Johnson a comienzos de 1965. Algunos de los exponentes «históricos» de aquella contracultura —que a partir del movimiento *beat* se había transformado en el fenómeno *hippie*— como Abbie Hoffman y Jerry Rubin, y del pacifismo no violento —cuyas raíces radicaban en la «vieja izquierda»—, como A. J. Muste y Dave Dellinger, se encontraron lado a lado con los militantes de la «nueva izquierda» en los centenares de manifestaciones contra el gobierno, contra su política interna y externa, contra la guerra. Nuestros periódicos estaban obligados a dar noticia de aquellas manifestaciones porque otros jóvenes estaban haciendo también más o menos las mismas cosas, de forma masiva, en Italia y en Europa.

Pero sobre todo había cambiado la actitud de una parte del ámbito editorial italiano, que había «descubierto» de forma paralela la América de los movimientos juveniles y estudiantiles y el nuevo mercado constituido por los jóvenes en rápido proceso de politización. Einaudi publicó *La rivolta di Berkeley*[9] de Hal Draper (1966) y, en pleno ‘68 estudiantil italiano, *L'universitá del dissenso;* De Donato tradujo *Gli studenti e la nuova sinistra americana* (1968) y

---

9 Original: Hal Draper, Berkeley, *The New Student Revolt*, 1965. Sin traducción al castellano, disponible en inglés en: http://www.fsm-a.org/draper/draper_contents.html [*N. del E.*].

Feltrinelli publicó *La nuova sinistra americana*, de Maximo Teodori, en 1970. Sin embargo, lo que tuvo mayor importancia fue la producción cultural y política afroamericana, su centralidad en aquella fase editorial y en el contexto de una nueva atención general hacia lo que llegaba de Estados Unidos.

Los grandes escritores —Richard Wright, Ralph Ellison y James Baldwin— fueron extensamente traducidos desde la inmediata postguerra. Ahora eran publicados de nuevo o publicados por primera vez, como en el caso de Baldwin, que estaba en plena actividad; pero sólo ahora su obra caía de lleno con un interés vivo y palpitante. Por ejemplo, el pequeño ensayo *La prossima volta, il fuoco,* de Baldwin,[10] publicado en 1964 por Feltrinelli (que en aquellos años estaba traduciendo la narrativa de Baldwin) dio una respuesta, quizás por primera vez de forma directa, a uno de los interrogantes suscitados años atrás: cómo se expresa un movimiento de oposición radical, al mismo tiempo cultural y político, que no busca en el marxismo sus criterios analíticos y sus modos de expresion. Otras respuestas, de carácter histórico, vinieron de la mano de *Storia dei negri negli Stati Uniti* que el americanista Claudio Gorlier publicó en Cappelli en 1963: un ejemplo de cómo lo mejor de la academia podía ir más allá de la crónica periodística y producir aportaciones importantes para un movimiento y una perspectiva en formación en buena parte fuera de la universidad. Al final de su *excursus* histórico-cultural, Gorlier advertía que «los casi veinte millones de negros americanos se encontraban, como el antihéroe de Ellison, todavía en el subsuelo, pero no en una posición pasiva» y que «existe un potencial revolucionario creciente en las masas negras» (p. 312).

La vieja adhesión emotiva comenzaba a dejar paso a la percepción, más meditada y comprometida, de que los negros y su experiencia podían ser tanto una clave «privilegiada» para considerar todo el recorrido histórico de Estados Unidos, como un ejemplo —a estudiar— de cómo pudieron nacer movimientos de base y de masas, compuestos y articulados sin la presencia de formaciones de izquierda o incluso con una fuerte presencia religiosa en su seno. También, si en ese punto era ya bastante evidente que la presencia cristiana, tan fuerte en la primera fase meridional del movimiento negro, o estaba desapareciendo de la escena en la etapa de las

---

10 Original: *The Fire Next Time*, 1963. Sin traducción al castellano [*N. del E.*].

revueltas urbanas o había sido sustituida por otros cultos, como el de los musulmanes negros (del que por otra parte pocos sabían algo antes de la muerte de Malcolm X en 1965).

En la segunda mitad de los años sesenta en Italia empezaron a estar disponibles, a través de traducciones cada vez más numerosas, los elementos de un contexto sociológico y teórico-político dentro del cual se pudiese incorporar al movimiento afroamericano. Esquemáticamente, se puede decir que entonces tomaron cuerpo algunas de las principales líneas interpretación, pero también —y quizá sobre todo— se volvieron parte del patrimonio del movimiento italiano experiencias, elaboraciones y algunas figuras del movimiento negro. Malcolm X, cuya *Autobiografía* fue publicada por Einaudi en 1967 (con la introducción de Roberto Giammanico, que tuvo en esos años un papel decisivo al encauzar a través de las editoriales italianas obras de distintos géneros sobre el movimiento estadounidense y, en particular, sobre los afroamericanos), se acercó así, al ser inmediatamente leída «por todos», a las otras grandes figuras de los movimientos de resistencia y de liberación de la década, de Mao al Che, de Fidel a Lumumba o a Ho Ci Minh.

La primera de las principales líneas interpretativas fue, probablemente, la «tercer mundista». Malcolm X había dicho en uno de sus *Últimos discursos*, publicados en Estados Unidos en 1965 (Einaudi, 1968), que «vivimos en una época revolucionaria y la revuelta de los negros americanos forma parte de la rebelión general contra el colonialismo y la opresión que caracterizan nuestro tiempo» (p. 241). Un año después, Paul Baran y Paul Sweezy, en su *Capital monopolista* (Einaudi, 1968),[11] habían reforzado en clave teórico-política los nexos de unión que ligaban los destinos de los afroamericanos a los de los pueblos oprimidos de todo el mundo, confiando a estos últimos la tarea de de hacer que sus revoluciones pasasen «de la independencia nacional al igualitarismo socialista» y de proponerse como motor de la revolución mundial. «La conciencia de los negros americanos», escribían Baran y Sweezy, «sufrirá nuevas transformaciones tanto por conocimiento y experiencia propios como por el ejemplo de todos aquellos que en cada parte del mundo luchan, y que cada vez obtienen más victorias sobre sus enemigos, contra el mismo sistema inhumano de la opresión

11 Original: *Monopoly Capital*, Monthly Review Press, 1966 [ed. cast.: *El capital monopolista internacional*, Barcelona, Ediciones 62, 1976].

imperialista y capitalista. Las masas negras no pueden esperar la integración en la sociedad americana tal y como está constituida actualmente. Pero pueden esperar ser uno de los factores históricos que derribarán a esa sociedad con el fin de sustituirla por otra en la que ya no gozarán de derechos civiles, que en el mejor de los casos son un estrecho concepto burgués, sino del conjunto completo de los derechos humanos» (p. 236). También en la sustitución de de los derechos civiles por los derechos humanos estaba claro que se retomaba una de las formulaciones finales de Malcolm.

En el discurso teórico de los dos marxistas estadounidenses los afroamericanos eran, entonces, el reflejo «local» de la revolución general del Tercer Mundo: eran protagonistas y vanguardia, pero desde una experiencia particular en el contexto de la descolonización a escala mundial. La interpretación de los negros como «colonia doméstica» también estaba generalizada en Estados Unidos. No sólo había sido uno de los puntos recurrentes en los discursos del último Malcolm X —aunque en él, además de ser distinto el cuadro teórico, tenía otro peso la actividad autónoma de los negros en las metrópolis industriales estadounidenses— sino que estaría en la base de la elaboración de Stokely Carmichael, del Student Nonviolent Coordinating Committee (SNCC) y de otros que reelaboraban la figura de Malcolm. En 1967, el propio Carmichael con Charles Hamilton publicaban *Black Power* (*Strategia del Potere nero*, Laterza, 1968),[12] un intento de fundir y sistematizar los elementos del nacionalismo negro en una teoría de la lucha de liberación al estilo de la «colonia negra doméstica». Incluso el heterogéneo, rico y muy leído *Black Power / Poder negro* de Giammanco y otros (Laterza, 1967), a pesar de presentar claves de lectura muy diferentes de los fenómenos organizativos y de lucha recientes, entraba en la línea dominante que asociaba «racismo y colonialismo».

Esta lectura se difunde en Italia gracias a distintas traducciones y a la relevancia que tenía en Estados Unidos en comparación con las elaboraciones de otros componentes de matriz más marcadamente obrera: gracias a la difusión contemporánea de las tesis tercermundistas en el debate sobre la transición al socialismo; gracias a la popularidad de la que gozaba todavía Frantz Fanon (cuya obra era también, en el fondo, elaboración de Malcolm X) y gracias, finalmente, al apoyo general de la oposición a la guerra en Vietnam.

---

12 Original: *Black Power. The Politics of Liberation*, 1967. Sin traducción al castellano [*N. del E.*].

Un ejemplo de cómo esta línea influye en Italia puede venir de la historia de un libro, muy leído, de James Boggs, *The american revolution*, publicado en Estados Unidos por la *Monthly Review*, de Paul Sweezy, en 1963. Fue presentado por primera vez en una traducción —amplia pero no integra— de *Quaderni Rossi,* num. 4, en 1964; fue posteriormente traducido integramente en la «Monthly Review-Edición italiana» —y es significativo que la revista fuera traducida por aquellos años por Dedalo en septiembre de 1968, para ser finalmente presentado en forma de libro por Jaca Book en 1969. En Estados Unidos, el ex obrero y ex trostkista Bogg se insertaba en un filón teórico-político que partía del obrerismo para llegar al postindustrialismo y al nacionalismo negro. Y, ciertamente, había sido tomado de los *Quaderni Rossi* en un contexto netamente «obrerista»; pero esta imagen había sido ya recontextualizada por la repropuesta en la *Monthly* italiana, por entonces promotora del tercermundismo marxista, al ser finalmente proyectada definitivamente por la católica Jaca Book en la corriente tercermundista de la indignación moral y de la revolución imposible.

Además de una cierta confusión —en este aluvión, no todo lo que era traducido era útil o de buen nivel—, existía también una cierta necesidad de heroísmo, que venía a suplir a la precedente falta de información. Cuando Malcolm X fue asesinado, el 21 de febrero de 1965, nadie o casi nadie dijo nada en Italia. Con la única excepción parcial de la *Unità,*[13] gracias a los fragmentos de Edgardo Pellegrini, todos los diarios relegaron rápidamente la noticia a la crónica negra. Cuando apareció su *Autobiografía,* en el verano de 1967, pocos sabían de él y, sin embargo, estalló el caso Malcolm X.[14] Fue a la vez un caso literario y político que iba más allá de los méritos inmensos del texto y de la importancia política real que el hombre había tenido. En parte, el mismo compromiso emotivo y político con el que Roberto Giammanco escribía de él en la «Introduzione» contribuyó a dar el tono de toda la experiencia, que se alargó con la publicación, siempre por Einaudi, de los *Ultimos discursos* en el año siguiente. Es inútil decir cuán importante ha sido la lectura de Malcolm X para la comprensión de las trayectorias de la política de los negros en Estados Unidos

---

13 Órgano oficial de prensa del Partido Comunista Italiano de 1924 a 1991. Periódico diario, durante las décadas de 1950, 1960 y 1970 se encontraba entre los medios de prensa más leídos a nivel de toda Italia, con ediciones regionales específicas. Durante toda su historia ha sido además el principal agente cultural del PCI [*N. del E.*].

14 Original: *The autobiography of Malcom X*, escrita por Alex Haley entre 1964 y 1965 [ed. cast.: *Malcom. Vida y voz de un hombre negro. Autobiografía y discursos*, Tafalla, Txalaparta, 2004].

(además, en 1968, Feltrinelli y también Einaudi habían traducido los cáusticos ensayos, *Sempre piú nero* la narración histórico-sociológica, *Il popolo del blues* [*El pueblo del Blues*] de LeRoi Jones,[15] que parecían proporcionar las necesarias claves suplementarias para entender «de donde venía» una experiencia personal tan excepcional como la de Malcolm).

Pasado el momento, cuando en 1973 fue publicado otra compilación de escritos de Malcolm, *Con ogni mezzo* [*Con todos los medios*], Einaudi recogió en una simple nota introductoria de George Breitman en la que decía que: ya no había necesidad de héroes, ni de las emociones que la figura de Malcolm había suscitado durante tanto tiempo, incluso después de su muerte, entre los negros estadounidenses. Pero no se trataba sólo de esto: por un lado, las reclamaciones más directamente políticas, provenientes del movimiento negro, se estaban debilitando bajo los tremendos golpes que la represión de Nixon había dado a las fuerzas del propio movimiento después de 1969; por otro, la editorial ahora estaba traduciendo también un tipo de ensayos de mayor aliento y compromiso que ayudaban a poner las cosas en perspectiva. Fueron traducidas obras importantes sobre la historia de los negros y sobre la esclavitud, desde *Il problema della schiavitú nel la cultura occidentale* [*El problema de la esclavitud en la cultura occidental*] de D. B. Davis (SEI, 1971)[16] hasta *L' economia politica della schiavitú* [*La economía política de la esclavitud*], de E. D. Genovese (Einaudi, 1972), a *Da schiavo a proletario* [*De esclavo a proletario*] (Mussolini, 1973) y a *Lo schiavo americano dal tramonto all' alba* [*El esclavo americano de la noche al alba*],de George Rawick (Feltrinelli, 1973).

De todos modos, todavía se traducían las narraciones más o menos autobiográficas de los protagonistas, Bobby Seale, H. Rap Brow, Eldridge Cleaver y Angela Davis, George Jackson y algún otro militante encarcelado, que daban testimonio de la despiadada dureza del sistema represivo y de la resistencia individual y de grupo. Estas narrativas, que pueden ser definidas como «memorias políticas», fueron otra de las líneas editoriales dominantes: que ya no estaban motivadas por el sentido del descubrimiento; las trayectorias personales eran también de forma inmediata las políticas lentas de las organizaciones a las que pertenecían los individuos. A

---

15 Original: Amiri Baraka (LeRoi Jones), *Blues People. Black Music in White America*, 1963. Sin traducción al castellano [*N. del E.*].

16 Original: *The Problem of Slavery in Western Culture*, 1966.

diferencia de cuando fue traducida la autobiografía de Malcolm X, ahora existía un amplio espectro de información sobre los protagonistas de quienes se leían sus testimonios.

En aquel momento, fueron enormemente importantes las cartas y los escritos con los que George Jackson analizaba su propia experiencia humana, social, carcelaria y de militancia política en sus dos libros *I fratelli di Soledad* y *Col sangue agli occhi,*[17] que Einaudi publicó en 1971 y en 1972. Jackson era un joven negro, que había permanecido en prisión once años por un robo de poca monta, había crecido políticamente en la cárcel y, finalmente, había sido asesinado en el patio o en una celda de San Quintín, el 21 de agosto de 1971. Sus escritos analizaban con lucidez y tajante rigor la lógica homicida del sistema represivo al que los negros estaban sometidos. «Si salgo vivo de aquí», escribía en una de las cartas, «no me dejaré nada a las espaldas. Nunca podrán pensar que me he plegado, sin embargo sé que no soy ni siquiera normal. He tenido hambre demasiado tiempo, he tenido rabia demasiado a menudo. Me han mentido y me han insultado demasiadas veces. Me han empujado mas allá de la línea a partir de la cual no se puede regresar. Sé que no estarán contentos hasta que no me hayan empujado completamente fuera de esta vida [...]». Y Jean Genet, en el prefacio a *L' assassinio* de George Jackson (Feltrinelli, 1971),[18] recogía una de los hechos históricos y políticos que hacía al caso de Jackson tan ejemplar y alusivo: «En Europa cada vez es más raro que un hombre acepte ser asesinado por las ideas que defiende. Para los negros de América es un hecho diario: su libertad o muerte no es un eslogan de un estribillo popular. Cuando se afilian al Black Panther Party, los negros saben que acabarán asesinados o que morirán en prisión». Malcolm X, Martin Luther King, George Jackson y tantos otros militantes, muchos de las Panteras Negras, asesinados dentro y fuera de las cárceles en aquellos años, estaban allí para probarlo; pero de Estados Unidos llegaba también una anticipo de los previsibles resultados del enfrentamiento que se estaba gestando a este lado del Atlántico y de las implicaciones de aquello que los militantes políticos de décadas anteriores habían llamado «coherencia revolucionaria».

---

17 Originales: *Blood in my Eye*, 1971 y *Soledad Brother. The Prision Letters of George Jackson, 1970.* Ambos sin traducción al castellano [*N. del E*].

18 Prefacio de la traducción de las cartas de George Jackson. Original: *Soledad Brother. The Prision Letters of George Jackson*. Sin traducción al castellano. George Jackson fue asesinado en prisión el 21 de agosto de 1971, tras un intento de fuga [*N. del E.*].

Solo a partir de los primeros años de la década de 1970 comenzó a tomar consistencia la otra línea de interpretación de la historia afroamericana y del propio movimiento negro que consideraba a los negros como trabajadores. Desde esta perspectiva, estimulada sobre todo por los ensayos de C. L. R. James (de quien Feltrinelli había traducido *Los jacobinos negros* en 1968[19]), Harold Baron y Herbert Gutman (incluidos en *De esclavo a proletario,* del libro de Rawick, *Lo schiavo americano*[20]), y por otros ensayos y artículos publicados en la prensa periódica, surgía la lectura en clave de «raza y clase» que posteriormente caracterizaría la actitud de buena parte de los estudiosos italianos. Era el acercamiento a la historia de la clase obrera en Estados Unidos, que se inició en esos mismos años y que tenía en la revista *Primo Maggio* su principal canal, lo que nos haría «descubrir» que no había habido fase histórico-económica en la que el trabajo de los negros hubiera sido determinante y que la protesta negra había tenido siempre en sí misma también los caracteres derivados de la posición de los afroamericanos, esclavos o libres, campesinos u obreros, en el proceso productivo.

Más allá de lo que la nueva historiografía estadounidense estaba diciendo sobre el pasado —de todas formas en Estados Unidos también se estaban haciendo por primera vez este tipo de análisis— la prueba concluyente llegó después del final de la década de 1960. Incluso las investigaciones oficiales acerca de las situaciones sociales de los revoltosos de los «veranos calientes» de 1964-1968 habían tenido que registrar el hecho de que los negros —jóvenes y no tanto— que habían participado en las revueltas urbanas eran, sobre todo, obreros —en su mayor parte ocupados y con muy pocos desocupados. Además, los negros habían participado como protagonistas de la oleada de huelgas obreras que arrollaron Estados Unidos entre 1968 y 1974 y que habían constituido la mayor oleada de protestas obreras del siglo.

Estas conclusiones y los análisis derivados de ellas, encontraron su propia salida en la publicística de carácter periódico de la izquierda de movimiento, en particular de los componentes obreristas, en algunas revistas de historia o en alguna pequeña editorial más o menos militante.

---

19 Ed. cast.: *Los jacobinos negros. Toussaint L'Overture y la revolución de Haiti*, Turner, 2003 [N. del E.].

20 Original: *The American Slave. A Composite Autobiography*, 1972. Sin traducción al castellano [N. del E.].

En definitiva, a mediados de los años setenta, justamente cuando las grandes editoriales comenzaban ya a abandonar la cuestión —en el fondo, el movimiento negro ya no existía: la represión de Nixon lo había acallado brutalmente y las historias personales de las víctimas, ahora que podían ser comprendidas y evaluadas en todas sus implicancias políticas e históricas, ya no «tiraban» debido a que ya no eran mitificables— los afroamericanos encontraron así su justo lugar tanto en el discurso histórico-político y en la búsqueda académica italiana, como en la cultura y en la memoria del movimiento.

El Nuovo Canzoniere Italiano, la canción social y el «movimiento»

Cesare Bermani

De julio de 1960 en adelante, se asiste a un retorno a la tradición de la canción social, cuyo último florecimiento se había comprobado en 1953, en la época de la batalla contra la ley electoral que preveía un «premio de mayoría» a la agrupación que hubiera obtenido la mayoría absoluta de los votos, mejor conocida por la izquierda como «la ley del fraude».

Este retorno se caracteriza por la formación de pequeños grupos organizados con una intención política y musical.

El primero que se forma lo hace en Turín en 1958 y asume el nombre de Cantacronache. Su principal propósito es el de escribir canciones no evasivas, conectadas con situaciones concretas de la vida, que sirvieran de contrapeso al cancionero de San Remo. Los autores de los textos son, entre otros, Franco Fortini, Italo Calvino, Umberto Eco, Franco Antonicelli y Mario Pogliotti y entre los compositores de música encontramos a Sergio Liberovici, Giacomo Manzoni, Valentino Bucchi, Piero Santi y Fiorenzo Carpi. A partir de un trabajo de crítica de la música ligera corriente, Cantacronache —del que forman parte, entre otros, Fausto Amodei, Michele l. Straniero, Emilio Jona, Giorgio De Maria y Margherita Galante Garrone, y cuya figura prominente es Sergio Liberovici— descubre rápida y casi por casualidad la canción social, realiza en esta dirección las primeras investigaciones sobre la cuestión. Los

resultados se ofrecen en forma de discos: *Le canzoni di protesta del popolo italiano* [*Las canciones de protesta del pueblo italiano*] que da apoyo a los de las «nuevas canciones». Entre estas últimas, se encontraba *Per i morti di Reggio Emilia* [*Por los muertos de Reggio Emilia*], muy cantada en las manifestaciones incluso a día de hoy, escrita y musicalizada por el recién licenciado en arquitectura Fausto Amodei, en julio de 1960, cuando era soldado en la mili instruido por sus camaradas para un eventual servicio de orden público contra los manifestantes. También es suya *La canzone della Michelin* [*La canción de la Michelín*], elaborada durante el curso de la larga y dura huelga de Turín, en enero de 1962.

El ejemplo de Cantacronache —que promueve varios recitales (en total casi una decena), edita una revista (de la que saldrán tres números) y varios discos (uno de 45 rpm. con las canciones de Cantacronache y tres 17/33 rpm. con las canciones de protesta)[21] —significa el retorno a la conflictividad en el país, que hace que nazcan en el seno de aquellas primeras luchas de los años sesenta algunas canciones sobre la base de melodías de uso tradicional que, si bien todavía tienen una circulación local, son sin embargo indicativas del hecho de que bastaba una pequeña experiencia ejemplar en el sector de la canción para volver a poner en marcha la tradición de la canción social, que por esos años parecía definitivamente muerta y sepultada.

La intolerancia, por aquel entonces generalizada a niveles admirables, en parte por la base del PSI, pero también del PCI, por la moderación, el compromiso continuo de las cúpulas dirigentes y su intolerancia hacia los llamados grupos «espontáneos» está ejemplificada en este *Inno dei teppisti* [*Himno de los vándalos*], cantado en Turín sobre el aria del *Inno dei lavoratori* [*Himno de los trabajadores*] después de los hechos de plaza Statuto:

Nos llaman vándalos
y nos llaman provocadores
pero nosotros somos trabajadores
que no amamos a Togliatti.

No queremos al centroizquierda
preferimos la idea socialista
enredando con los curas,
con el gobierno y el capital.

---

21 La producción discográfica del grupo asciende sin embargo a 33 discos (9 de 33/30 cm, 10 de 33/17 cm y 14 de 45 revoluciones), que comprende también los frutos de la investigación de campo en España sobre las canciones de la Revolución Española, sobre las canciones la Revolución Argelina, sobre julio de 1960, etc...

Con los compañeros apiñados en manifestación
alzamos las barricadas
e izamos la bandera,
la roja del trabajo.[22]

En 1962 el grupo de Cantacronache entra en crisis. De hecho, eligió como interlocutor privilegiado al PCI y le ofreció la gestión de su propia casa discográfica Italia-Canta, esperando de esta forma conseguir una red comercial y una promoción publicitaria. En cambio, de este encuentro sólo resultan algunos desagradables episodios de censura de partido, mientras los funcionarios predispuestos a ocuparse de la casa discográfica, además de minimizar la importancia de Cantacronache, tienden a convertirla en un gimnasio para sus ambiciones culturales personales. La constitución en Italia-Canta de una sección formada por empresarios de la canción como Claudio Villa, Toni Dallara y Adriano Celentano, es decir, por la música contra la que Cantacronache nació de forma polémica, lleva al cierre de la experiencia del grupo; Liverovici se pregunta: «¿Que hacer? Esperar a que nos jodan [...] los "compañeros" que han monopolizado nuestras ideas con el fin de bloquearlas, y por los industriales que las explotaran con el fin de tergiversarlas?»[23]

El trabajo desarrollado por Cantacronache estimuló también en 1961 a Gianno Bosio y Roberto Leydi a animar desde las Edizioni Avanti! algunas investigaciones propias sobre la canción social. La crisis del grupo de Cantacronache les convence al año siguiente de publicar una revista en la que también hacen confluir el trabajo de aquel grupo. La llamarán *Il Nuovo Canzioniere Italiano*, con el ánimo de subrayar un vínculo con los cancioneros sociales de la tradición anarco-socialista previos al fascismo. En torno a la revista,[24] cuyos números más afortunados de la primera serie vendieron en un breve lapso de tiempo más de 1.500 copias, y en algunos años 3.000-3.500, se forma en el curso de algunos meses un

22 Me la cantó Raniero Panzieri en 1963 y siempre he pensado que en realidad había nacido en el ámbitode los *Quaderni Rossi* que había considerado con interés los «acontecimientos de piazza Statuto».

23 Carta dirigida a Daniele Ponchiroli, firmada por Sergio Liberavoci y fechada en Cervinia el 24 de mayo de 1962. Conservada en el Instituto Ernesto de Martino de Sesto Fiorentino. En cualquier caso, el interés de la industria discográfica por la canción social sólo fue considerable a partir de finales de los años sesenta.

24 De esta revista sale una primera serie de 8 números, de los que 2 son dobles, entre julio de 1962 y noviembre de 1968; una segunda con dos números (de noviembre-diciembre de 1970 y de diciembre de 1972 respectivamente) y una tercera de 4 números, de los que uno es doble, entre abril de 1975 y marzo de 1977.

grupo de cantantes y otro de investigadores. Se despliega por lo tanto un verdadero movimiento cultural que asume el nombre de la revista. A ella se sumará I Dischi del Sole, recitales con viejos y nuevos canciones sociales y una actividad constante de búsqueda e investigación, pulmón del conjunto de la actividad. Esa búsqueda se ampliará hasta alcanzar la reclamación de la creación del Instituto «Ernesto de Martino», para el conocimiento crítico y la presencia alternativa del mundo popular y proletario, que entra en actividad en julio de 1966; mientras, el crecimiento de los recitales obligará ya desde el año anterior a la creación de un organismo apropiado de promoción y coordinación, El Nuovo canzoniere italiano recitales.

Esta expansión de la actividad fue posible por el hecho de contar con el apoyo de las Edizioni Avanti!,[25] una pequeña pero significativa realidad editorial que, aunque asediada por los vencimientos de los pagarés, supo conquistar un espacio propio y autónomo dentro la izquierda italiana. Las Edizioni estvieron dirigidas por Gianni Bosio (Acquanegra sul Chiese 1923 - Matua 1971), militante socialista ligado a Lelio Basso, fundador, en octubre de 1949, del *Movimento operaio*, una revista decididamente innovadora en el ámbito de los estudios históricos sobre el movimiento obrero en Italia, que intentaba demostrar cómo éste mismo tenía una cultura propia: instituciones propias, costumbres propias y una iniciativa política propia de masas que ya había tenido toda una historia antes del fascismo y de la fundación, en 1921, en Livorno, del Partido Comunista de Italia. El corte teórico que se daba a la revista se salía, de hecho, de la dirección política de unidad nacional propuesta por la izquierda; y la formación de muchos centros locales de elaboración histórica alrededor del *Movimento operaio* preocupaba a no pocos burócratas del partido. Entre otras cosas, Palmiro Togliatti en persona era fuertemente crítico en relación con la dirección conferida a la revista de Bosio. Este último no sólo fue excluido de la dirección de *Movimento operaio* en 1953 sino que incluso fue despedido por su editor, Giangiacomo Feltrinelli. Esto derivó en un juicio, ganado por Bosio quien, con los dos millones de indemnización por daños, fundó las Edizioni Avanti! Posteriormente ofrecidas al PSI sin contrapartida y siempre pagadas con un escaso interés, hasta el punto de transformar aquella decisión en un *boomerang* que corría el riesgo de hacerlas morir,

25 Las Edizioni Avanti! (que luego asumirán el nombre de Edizioni del Gallo) produjeron 238 volúmenes de 1953 a 1970, 39 números de revista, 8 folletos y 14 publicaciones especiales. Las tiradas totales, entre 1953 y julio de 1965, del conjunto de los libros habían sido de 899.541 copias, 671.303 del resto de las producciones catalogadas. En ese periodo, de los 48 discos producidos se habían vendido globalmente, 240.273 copias, es decir 5.000 copias cada uno.

tanto como para obligarlas a reconquistar su autonomía, también formal, en el período del centro izquierda, convirtiendo la razón social en Edizioni del Gallo, el 24 de diciembre de 1964.

Las Edizioni Avanti! / del Gallo —que entre otras cosas, fueron los primeros que publicaron en Italia *La guerra de guerrillas* de Ernesto «Che» Guevara y los escritos de Rosa Luxemburgo, permitiendo al mismo tiempo el despegue de los *Quaderni Rossi*, de los que imprimieron y distribuyeron los tres primeros números— se convierte entonces en el único terreno posible que existía para la actividad de investigación, racionalización y reelaboración de los canción social del Nuovo Canzoniere Italiano, dado que éste se situó de inmediato entre las experiencias ejemplares de organización política y cultural surgidas en ese período como reacción al estancamiento político, cultural y teórico que distinguía los comienzos del llamado «milagro económico»; todas ellas experiencias rechazadas por las cúpulas dirigentes de la izquierda oficial que ya habían tomado el camino de una progresiva integración sin retorno.

Como recordaría posteriormente Gianni Bosio, el exordio del Nuovo Canzoniere Italiano había sido un hecho «aislado y único, confiado a gente de muy buena voluntad; parecía el resultado de una testaruda voluntad de ir contra corriente, [...] aparecía como una propuesta provocadora a la costumbre, al conformismo que atravesaba las clases, al ya avanzado proceso de masificación, a las elecciones socialdemócratas del movimiento obrero, a quien era desconfiado, a la posibilidad de reacción de nuestro proletariado, a toda la burocracia, a la mediocridad de la política cultural, etc».[26]

De este modo, al menos durante todo el período que precedió a 1968, los recitales del Nuovo Canzoniere Italiano se enfrentaron a menudo a la desconfianza de los funcionarios del PCI, del PSI y de los otros organismos de masas. Frente al público de base, estaban obligados «a una serie de elecciones inmediatas (aplaudir o no aplaudir frente a algunas canciones o, mejor, al contenido de algunas de ellas) que lo obligaban a un examen más o menos profundo de aquellas dos almas (y que hay en todo el movimiento obrero de hoy en día), el alma revolucionaria y la burocrática».[27] En

26 Gianni Bosio, *Dalla canzone popolare alla drammaturgia popolare e operaia*, en el *Nuovo canzoniere italiano*, Milán, serie de noviembre-diciembre de 1970, pp. 2-4, cita de *L'intellettuale rovesciato. Interventi e ricerche sulla emergenza d'interesse verso le forme di espressione e di organizzazione «spontanee» nel mondo popolare e proletario* (enero 1963-agosto1971), Milán, Edzione Bella Ciao, 1975, pp. 282-283.

27 Gianni Bosio y Roberto Leydi, «Discussione aperta», en *il nuovo Canzionere italiano*, I serie, Milán, febrero de 1965, num. 5, p. 6.

otras palabras —y esto era lo inaceptable para los burócratas del aparato— la canción social se había revelado como una fuerte contribución «al impedir a los militantes y a las nuevas generaciones cambiar el socialismo por el Frente, o el centro izquierda».[28]

La participación del Nuovo Canzoniere Italiano en el Festival de Dos Mundos de Spoleto, en junio de 1964, con el recital *Bella ciao*, un programa de canciones populares italiano a cargo de Roberto Leydi y Filippo Crivelli, provocó escándalo y produjo denuncias penales porque se había cantado una estrofa de una canción de la Primera Guerra Mundial, *O sola Gorizia tu sei maledetta,* que desencadenó la ira de una parte del público burgués presente en la sala y gritos de «¡Vivan los oficiales!»:

Traidores señores oficiales
que quisieron la guerra
humillación de nuestra carne humana
y ruina de la juventud.

La alborotada cobertura periodística sobre el recital duró varios días y sirvió para dar a conocer al Nuovo canzoniere italiano más que cualquier campaña publicitaria (si se piensa que el disco con las canciones del recital vendió en los quince años siguientes más de 100.000 copias, éxito de no poca importancia para una actividad que mantuvo siempre un carácter *underground*).

Y sin embargo, las Edizioni Avanti!, aún encontrándose de imprevisto en el centro de una polémica cultural de gran relevancia nacional, fracasaron en el intento de proponerse como «una editorial de clase, fuera de los partidos, no atada mayoritariamente a ellos ni a los organismos económicos y sindicales de clase, distribuyendo, en consecuencia, un nuevo paquete de mayorías»,[29] con el fin de ser «una "zona franca" de elaboración ideológica en el seno del movimiento obrero socialista italiano, que se extendiera a todo el arco de alianzas, abierta a las distintas posiciones que permite un amplio debate».[30]

---

28 Recomendada por Gianni Bosio e Dino Gentile, Milán, 4 de junio de 1963, citado por *Bossio oggi: rilettura di una esperienza*, editado por Cesare Bermani, Mantua, Provincia de Mantua / Biblioteca Archivo / Casa del Mantegna / Istituto Ernesto de Martino, 1986, p. 237.

29 «Lettera a Gianni Bosio a Giacomo Brodolino», Milán, 16 de septiembre de 1964, citado por *Bossio oggi: rilettura...* p. 230.

30 Recomendada por Gianni Bosio a Dino Gentile, *loc. cit.* pp. 237 y sg.

Entre 1965 y la primavera de 1967, se discutió con el PCI, el PSI, PSIUP y CGIL pero, en el momento de concretar el ingreso en el consejo de administración y con las suscripciones ya iniciadas, el PCI reclamó, en buena medida, el poder de controlar la producción cultural de la editorial y, ante el rechazo de Bosio, se retiró y vació así el sentido político de la operación, produciendo una reacción de fuga en cadena, de tal modo que sólo el PSIUP suscribió al final la cuota de acciones pactada. Inmediatamente después, en mayo, demostrando que siempre las desgracias vienen juntas (y casi nunca es casualidad), Hacienda se instaló en los locales de la editorial durante un mes. Ésta colocó a Bosio, el administrador delegado, una multa por más de cien millones. De aquella experiencia, no le quedaba más que extraer las siguientes conclusiones: « ...cuando el trabajo cultural es concebido en el plano estratégico, se enfrenta, en primer lugar, a los propios partidos oficiales de la clase, y esto puede ser útil a las dos experiencias; pero este trabajo se abstrae objetivamente de toda posibilidad de captura por parte del adversario y marca su fin: el adversario lo perseguirá manteniéndolo en los márgenes de los instrumentos de comunicación que el Estado controla; el adversario buscará desarraigarlo con denuncias penales; el adversario buscará ahogarlo económica y fiscalmente [...]». El *trabajo cultural* es empujado así, por la lógica de la no integración, a construir las armas para defender su posibilidad de sobrevivir; el trabajo cultural no puede más que transformarse en lucha política para su propia defensa, dado que la lucha política se convierte en el nivel más alto de todo trabajo cultural».[31]

Entre las consecuencias del éxito de *Bella ciao*, estaba también la de haber caracterizado, nada menos, que una «moda» de la canción popular y social, de manera que incluso en el Nuovo canzoniere italiano, se manifestaron algunos movimientos hacia la «mundanización» del trabajo, además de formas de academicismo que determinaron algunas rupturas, seguidas de la diáspora y del progresivo alejamiento de Roberto Leydi del grupo, definitivo en el verano de 1967. En estas circunstancias —por mérito casi exclusivo de Gianni Bosio— se logró reclutar a los militantes y ex militantes del PC y del PSI que se habían abocado temporalmente al trabajo de investigación y de reelaboración de las canciones y, en general, de la cultura de base como enganche a la realidad clasista, en el mismo momento de la involución socialdemócrata y burocrática de sus partidos y de sus sindicatos —ante todo, Dante Bellamío, Cesare Bermani, Gualtiero Bertelli, Franco Coggiola, Gioietta Dalló, Ivan Della Mea, Giovanna Marini, Giuseppe Morandi, Tullio Savi,

31 Gianni Bosio, *Lettera a Giuseppe Morandi*, Milán, 25-26 de mayo de 1967, citado en *L'intellettuale rovesciato. Interventi...* pp. 185 y sg.

Michele L. Straniero, Giovanni Pirelli—, con el fin de mantener «el material popular en su integridad, preservándolo así de una rápida integración, a costa de rechazar el plano de la política de alianzas, que en aquella situación habría comportado el ablandamiento de la cuestión, repropuesta polémicamente en su inmediatez de clase. Partiendo de la búsqueda de la cultura de clase y de su íntegra reelaboración, el movimiento podría así desarrollarse y estructurarse sobre la base de la no-delegación y del rechazo de las formas de mediación de tipo "ilustrado"».[32]

Y esto porque:

> Una verdadera circularidad cultural se alcanza cuando el intelectual, renunciando a su propio privilegio como transmisor de cultura, está dispuesto a considerar la posibilidad de existencia y de recepción de situaciones culturales del mundo popular y proletario en dirección a ese mismo intelectual que tiene, también, la tarea de organizar, hacer patente, consciente una situación de la cultura existente, que a menudo es muy ignorada. *La contribución más importante hasta este momento del NCI a la cultura italiana es la de haber hecho patente una situación cultural de base ásperamente polémica, dura y viva en relación con las formas de circuito cerrado, o de tipo paternalista o ilustrado.* De aquí derivaba el análisis crítico a las formas tradicionales de la comunicación de masas y la exigencia de instituir una relación dialéctica entre cultura militante y situación cultural de base, señalada de forma reduccionista como «*comunicación de clase*».[33]

Justamente, sería el rechazo a la tradicional mediación del intelectual, la razón principal de las sucesivas rupturas de 1967, la de Dario Fo y Nanni Ricordi, después de su colaboración en *Ci ragiono e canto* en los dos años anteriores. Después de que Nanni Ricordi presionara sobre Armando Cossutta con el fin de que se estancasen las negociaciones en curso para la entrada del PCI en el consejo de administración de las Edizioni del Gallo, «Nuova Scena» daría vida a una transitoria alianza con el PCI y ARCI[34] y

---

32 *Le attivitá del Nuovo canzionere italiano como retroterra per nuove esperienze (Proposta di documento preparata da Cesare Bernani e aprovata in collettivo e dal consiglio di amministrazione del 24 aprile 1969)* en el *Nuovo canzoniere* de 1962 a 1968, Mazotta / Istituo Ernesto de Martino, 1978, pp- 38-39.

33 Gianni Bosio, «Estensione dei resultati del Nuovo canzoniere italiano. Notte organizative svolte al convegno dei gruppi di studio promosso dal Folk Festival 1», en el *Nuovo canzioniere italiano*, I serie, Milán, 1966, num. 7-8, pp. 3-8, citado en *L'intellettuale rovesciato. Interventi...* pp. 140-141.

34 Associazione Ricreativa e Culturale Italiana. Organización cultural estrechamente ligada al PCI. Creada en 1957 recogía las tradiciones mutualistas y de solidaridad de base de los medios obreros. Su importancia, más allá de la organización de grandes eventos, radicaba en su enorme extensión y capilaridad en los barrios y ciudades obreras, en las que en muchas ocasiones era el único referente cultural, deportivo o social [*N. del E.*].

al nacimiento del denominado «circuito alternativo» que, en sus inicios, fue concebido principalmente como un circuito cultural con una función anti Nuovo Canzoniere Italiano. Posteriormente, a finales de 1967, las ya dificilísimas condiciones económicas de la editorial y también el deseo de algunos militantes de estar dentro del movimiento, en primera persona, determinaron una verdadera escisión del grupo, con la separación de Ivan Della Mea, Paolo Ciarchi, Cati Mattea, Silvia Malagugini, Nuccio Ambrosino y todos los participantes de la experiencia del Teatro de Octubre, que anteriormente habían formado parte del Nuovo canzoniere italiano. Más aun, en ese momento de grave crisis económica de las Edizioni, poco después, Giovanna Marini se «pondrá por su cuenta», haciendo de empresaria de sí misma durante algunos años en el circuito ARCI y produciendo en algún otro lugar dos discos que vendía durante sus recitales, porque las editoriales no estaban en condiciones de hacerlo.[35]

Por lo tanto, entre 1968 y 1969, la actividad del Nuovo Canzoniere Italiano se redujo de forma considerable. Si entre 1963 y 1967 había hecho, como promedio, cien recitales anuales; entre 1968 y 1969 bajó a treinta cinco, mientras que en 1970-71 volvió a remontar a sesenta y siete,[36] gracias a *La grande paura* [*El gran miedo*] un recital sobre la ocupación de las fábricas producido en colaboración con el Centro Universitario Teatral de Parma. De los 276 discos producidos entre 1960 y 1980, sólo 98 pertenecen al período de 1960-1967;[37] además —a pesar de las enormes imperfecciones del Nuovo canzoniere italiano— la producción discográfica no se detuvo, creciendo incluso, proporcionando al movimiento no solo antologías de canciones comunistas y anarquistas sino también discos dedicados al Canzoniere pisano, al Canzoniere de Rimini y al Canzoniere populare veneto.

---

35 Se trata de una de las críticas más finas a los defectos del asamblearismo y de la vida de los grupúsculos, recogidas en el poema epico *La vivazione (La partita truccata)*, publicada en 1969 por la Compagnia Editrice e Discografica Internazionale de Turín; y en *Contracanale*, producido justamente por Marini en 1970 y luego incorporado en el catálogo de I Dischi del Sole en noviembre 1971, cuando las relaciones con las Edizioni se hicieron poco a poco más intensas.

36 Los 702 espectáculos realizados en esa primera fase se subdividen en esos años de este modo: 1 en 1962, 57 en 1963, 81 en 1964, 114 en 1965, 110 en 1966, 130 en 1967, 39 en 1968, 27 en 1969, 70 en 1970 y 64 en 1971.

37 La editorial produjo 276 discos y casettes entre 1960 y 1980. Se trata de 101 de 33/30 cm., 75 de 33/17 cm., 34 de 45 revoluciones, 58 casettes. Hay que añadir que la producción discográfica se mantiene en buen nivel entre 1964 y 1975, con sus puntos álgidos en 1968-1969 y 1972 y una caída en 1971, año de la muerte de Gianni Bosio.

Pero, en aquellos años, el vuelco en este trabajo vino sobre todo subrayado por el refuerzo de la investigación en la metrópolis y en las experiencias del movimiento, lo que hará del Instituto Ernesto de Martino, entre otras cosas, el archivo oral más importante del '68, ya sea francés o italiano. En efecto, la posición de Bosio en esos años está dirigida fundamentalmente al trabajo del Instituto, fortalecido y afinado por medio de la relación con la constatación de lo que «el desarrollo del movimiento real representa para los militantes políticos que habían esperado que el trabajo del NCI fuera el éxito más significativo que se pudiera recabar, aunque con este éxito disminuyera la función provocadora de la canción, superada y destruida por su explicación real».[38] Por aquel entonces, los interlocutores del Instituto no son tanto los grupos de canto como las Ligas de cultura (en particular la de Piadena, muy activa), organismos culturales de base, surgidos en 1966, que «pueden representar los canales al servicio del proletariado para que éste reencuentre rostro y presencia; [organismos que] deben servir para conectar la situación objetiva de base con su acción política a través de las formas y medios que han señalado el conjunto de las minorías revolucionarias italianas, responsables de haberse encontrado con la izquierda del oficialismo dominante de los partidos».[39] En una conversación con el grupo musical Come Yu Kung mosse le montagne, Bosio precisa su posición política de aquellos años: «Un objetivo del NCI fue el de cerrar una fase que sirvió, simplemente, para reencontrar una realidad subjetiva que era mucho más avanzada que sus llamadas vanguardias de partido y [...] de encontrar el modo de hacer saltar la ciudad capitalista. De aquí el coraje de cerrar experiencias importantes, como pudo haber sido el NCI, y decir: "En este punto, el NCI muere porque el modo de atacar la ciudad capitalista no es el de crear nuevas canciones. *La condesa* ha terminado su función. Ahora se trata de sustituir la intervención puramente supraestructural de las canciones, por la intervención política en la ciudad"; es decir, si logramos entender cuál es la dinámica de la ciudad capitalista y cuál es la función propia de la clase obrera —y el modo en que la misma puede moverse y golpear— no se trata de poca cosa».[40]

Esta posición estimularía a los investigadores, por medio de una mejor documentación de todo lo que sucedía, a dedicarse a la práctica del objetivo, participando en la ocupación de las fábricas, de las universidades y de las instituciones en general, con resultados de gran

---

38 Gianni Bosio, *Dalla canzone popolare...*, p. 283.

39 Gianni Bosio, *Lettera a Giuseppe Morandi...* p. 186.

40 De una conversación entre Gianni Bosio, Cesare Bermani, Claudio Berneri y Lorenza Bordes, Milán, 14 de abril de 1970.

importancia. Por ejemplo, esto permitió que Sandro Portelli, ligado en 1969 a un grupo romano del Instituto, produjese un importante disco de «historia inmediata» en 1970: *Roma. La borgata e la lotta della casa* [*Roma. Los arrabales y la lucha por las viviendas*]. Se trata de un tipo de investigación-intervención, inaugurada a principios de ese año por Bosio, por medio de una reconstrucción sonora de los «hechos del Lírico» y de las experiencias del movimiento entre el 19 de noviembre y el 4 de diciembre de 1969. Y es en ese período en el que se trabaja de forma asidua para materializar la salida de los primeros libros de historia que hiciesen uso de testimonios orales de base.[41] Las indicaciones dadas para estas investigaciones sobre la subjetividad de base serían luego recogidas de forma masiva por el movimiento algunos años después, convirtiéndose en un *Leit-motiv* del que se nutrirían, en particular, las múltiples experiencias didácticas de vanguardia desarrolladas en los años setenta en el seno de las «150 horas».

En cuanto a los recitales de canciones, el NCI continuó haciéndolos durante los años 1968 y 1969, organizándolos de forma directa. Esto era lo que estaban obligados a hacer quienes se habían quedado en el NCI, en ese momento privados incluso de una auténtica organización autónoma de promoción, que en el caso menos malo era gestionada por las propias *Edizioni del Gallo* (de esto se ocupó Michele L. Straniero hasta el verano de 1969, cuando dejó también Edizioni del Gallo).

Todo esto sucedía mientras teníamos frente a nosotros un fenómeno de apropiación macroscópica, por parte del «movimiento», de muchas de las canciones que habían sido dadas a conocer en los años precedentes por el NCI y que ahora sufrían variaciones textuales: no sólo se transformaban sino que se mezclaban, como había ocurrido siempre en la propia tradición de la canción popular.

Por ejemplo, *La brigata Garibaldi*, incluida en los *Dischi del Sole* por la gran Giovanna Daffini, era cantada en las manifestaciones por el movimiento estudiantil precedida por esta variante de *L'Italia l'è malata*, también publicada en nuestros discos:

Italia está enferma
Capanna es el doctor
para sanar a Italia
debemos darle la dosis al señor

---

41 Me tocará publicar por primera vez uno de estos libros: *Pagine di guerriglia. L'esperienza dei garibaldini della Valsesia*, Milán, Sapere, 1971, vol I. De hecho, Gianni Bosio murió sin que llegase a acabar su *Il trattore ad Acquanegra*, en la que trabajaba desde 1958 y que tenía intención de terminar ya. Este trabajo fue después publicado, editado por mí, en Bari por De Donato, en 1981, con el título de *Il trattore ad Acquanegra. Piccola e grande storia in una comunità contadina.*

Mientras, en la cárcel de Génova algunos de los de las Brigate Rosse, por ejemplo, cantaban el aria de *Festa d'aprile* de Sergio Liberovici y Franco Antonicelli, también incluida en los Dischi di Sole, por Giovanna Daffini, en 1967:

Era dieciocho de abril
las ocho ya pasadas
pasaron a la acción
las brigadas rojas

Fuerza brigadas rojas
el fusil en alto
que cada día sea
dieciocho de abril

Para arrestar a Sossi
el juez f...
que el pueblo decía
eres el primero de la lista

Fuerza brigadas rojas [...]
Que tantos proletarios
condenados
y aún están encerrados
en las cárceles del Estado

Fuerza brigadas rojas [...]
Desde el veintidós de octubre
queremos a los comunistas
y fueron los primeros
los primeros brigadistas

Fuerza brigadas rojas [...]
Ahora queridos burgueses
si quieren a Sossi
deben liberar enseguida
al compañero Rossi

Fuerza brigadas rojas [...][42]

---

42 Conocí esta canción, y me la apunté, a través de una persona anónima excarcelada, que encontré en un tren en junio de 1978. Como se ha señalado, Mario Sossi fue secuestrado la tarde del 18 de abril de 1974 porque haber detenido al responsable de las Brigate Rosse con la acusación haber manipulado la instrucción contra el grupo genovés «22 de octubre». Éste reclamó en cambio (justamente como dice la canción) que se liberasen a los detenidos del grupo, del cual era uno de sus exponentes más destacados.

La canción social, gracias también al trabajo realizado por el Nuovo Canzoniere Italiano en los años anteriores, estaba por esos años más viva que nunca. Y la adquisición por parte del «movimiento» de las canciones, que se dieron a conocer por medio del Nuovo Canzoniere Italiano, se realizó a través de canales de la comunicación de clase (ocupaciones, manifestaciones, concentraciones, la multiplicación de los grupos musicales de movimiento y la publicación de sus cancioneros, etc.), con una mínima incidencia de los medios de comunicación de masas (que siempre le cerraron la puerta al NCI) y con poca incidencia directa en la difusión mediante *I Dischi del Sole*, porque canciones como *Contessa, Il vestito di Rossini, Valle Giulia* de Paolo Pietrangeli (incluidas en un disco de 45 revoluciones en marzo de 1968) o como *Cara moglie* de Ivan Della Mea (muy cantada en el Otoño Caliente, pero publicada ya en otro disco de 45 revoluciones en octubre de 1966) vendieron en su primer año, alrededor de 2.500 copias, es decir, poco; y sin embargo —como señaló Paolo Pietrangeli —«no hay música del '68 que no sea nuestra, nosotros que no éramos ni siquiera verdaderos músicos»,[43] porque era el «movimiento» quien a través de la comunicación oral, *movía* las cosas que sentía en su propia sintonía, utilizándolas y modificándolas según sus propias necesidades. Ahora bien, muchas de las principales temáticas en discusión en aquellos años de movimiento de masas habían sido ya cantadas precedentemente por el Nuovo Canzoniere Italiano. Y, así, los recitales, que se prepararon de 1963 a 1967, tuvieron, para muchos —posteriormente contestatarios del Sesenta y ocho—, una gran importancia como vehículos de toma de conciencia de que la realidad era distinta de como era representada por los medios y las propias organizaciones oficiales de la izquierda.

Cuando, después de mayo de 1968, Tullio Savi sintetizaba la aportación teórica del Nuovo Canzoniere Italiano al movimiento del '68, tenía, en efecto, plena razón al considerar, antes que nada, que había «demostrado el disenso, la fractura entre el movimiento real y la burocracia de los organismos políticos tradicionales; y [...] aclarado que no se trata de un disenso marginal ligado a la estrategia del momento sino de una escisión que se había dado cuando las direcciones obreras reconocieron, de hecho, el primado de la cultura y de los valores burgueses, transfiriendo toda la contestación al terreno de aquellos. Adoptando el lenguaje, los parámetros e incluso los modos de vida sugeridos por la sociedad de los propietarios,

---

43 Paolo Pietrangeli, *Gli anni cantati,* en Massimo Ghirellio, *'68, Vent'anni dopo*, Roma, Editori Riuniti, 1988, p. 200.

las direcciones obreras se han reconocido como una implícita e infranqueable minoría del movimiento real, su incapacidad de estar como sujeto de cultura».[44]

En esta demostración de los años previos a 1968, las canciones habían sido fundamentales, sacando también a la luz la existencia de una realidad de base, sobre todo en el PCI, que poco tenía que ver con las «direcciones obreras» que Savi recordaba.

En un país en el que, desde hacía cien años, en la escuela se explicaba lo devastador que había sido la presencia de las tropas austriacas durante el siglo XIX y, desde la postguerra, lo feroz que había sido la presencia de las tropas alemanas en Italia entre 1943 y 1945, y en el que nadie notaba que desde la Liberación en adelante se había perpetuado una ocupación por parte de las tropas americanas, en una canción como *Le basi americane* (1966) de Rudi Assuntino, su estribillo decía:

Lancemos al mar las bases americanas
dejemos de apoyar a los asesinos
pasemos la larga página de veinte años
vamos a ganar nuestra libertad

Mientras las cúpulas de los partidos de izquierda reaccionaban con gran embarazo, los militantes de base daban un visible desahogo a su entusiasmo.

Frente a una Resistencia narrada de forma impresionista como un episodio no conflictivo con el fin de servir de soporte ideológico necesario para una unidad indiscriminada de las asociaciones partisanas, el comunista de base Ivan Della Mea cantaba en Sesto San Giovanni frente a Luigi Longo:

Y en los días de la lucha
rojo era mi color
pero en la hora del recuerdo
hoy traigo la bandera tricolor

Tricolor es la plaza
tricolor los partisanos
«somos todos italianos,
viva, viva la nueva unidad».

---

44 Tullio Savi, *Utilizzazioni della ricerca de elaborazione ideologica*, en el *Nuovo canzoniere italiano, I serie*, 1968, num. 9-10, p. 19.

Y qué fiesta y qué cantos
y qué gritos y qué golpes
y está Longo y está Parri
y también está Andreotti.

Y está mi patrón
el que me despidió
ese puerco liberal
él también con la tricolor.

Me quité el pañuelo
ese blanco, verde y rojo
y en el cuello me puse
ése que es sólo rojo.

Me han llamado «chino»
me han llamado «activista»
he respondido seco, seco:
«Era y soy comunista».

Ayer hice la guerra
contra el fascismo y el invasor
hoy lucho contra el patrón
por la misma libertad

Si os va bien con el liberal
con Andreotti y el pañuelo tricolor
yo os digo: «estáis jodidos
os vais a dejar enredar»

Me han llamado «chino»
me han llamado «activista»
he respondido seco, seco:
«Era y soy comunista».

Y mientras Longo se alzaba de forma imprevista en mitad de la canción y se iba, los aplausos del «pueblo comunista» se perdían.

Si canciones como *Nina* (1966), de Gualtiero Bertelli o como *Cara moglie* (1966), de Ivan Della Mea fueron bastante cantadas, el verdadero himno del '68 fue *Contessa,* de Paolo Pietrangeli —estudiante comunista, lector de *Classe Operaia* y de *Operai e capitale*—, escrita en mayo de 1966 durante la ocupación de la Universidad de Roma, después del asesinato del estudiante Paolo Rossi por parte de los fascistas el 27 de abril. La escribe en una noche, tomando como punto de partida las

conversaciones que una cierta vieja burguesa tenía a propósito de la ocupación, de las supuestas orgías sexuales que se dieron en ese momento y de la crónica de una pequeña huelga en Roma en una pequeña fábrica, en la que el patrón, un tal Aldo, había llamado a la policía para que reprimiese a sus obreros que formaban piquetes:

«Que cosa, condesa, en la industria de Aldo
hicieron una huelga esos cuatro ignorantes,
querían que les aumentaran los salarios
gritaban, pensaban que eran explotados.
Y cuando llegó la policía
esos cuatro harapientos gritaron más fuerte,
ensuciaron de sangre el patio y las puertas
quién sabe cuanto tiempo se necesitará para limpiarlas».

Compañeros de los campos y de los talleres
coged las hoces y traed el martillo
bajemos a la calle y ataquemos con ellos
bajemos a la calle y enterremos el sistema.
Ustedes, gente de bien, que buscan
la paz para hacer lo que quieren
pero si este es el precio queremos guerra
queremos verlos terminar bajo tierra.
pero si este es el precio y lo pagamos
nadie más en el mundo debe ser explotado.

«Si supiera condesa que me dijo
un querido pariente de la ocupación
que esa gentuza encerrada ahí adentro
del libre amor hacían profesión.
Por lo demás mi querida condesa de qué se asombra
también el obrero quiere a su hijo doctor
y piense qué ambiente puede resultar
ya no hay moral condesa».

Si el viento soplaba, ahora sopla más fuerte
las ideas de revuelta nunca mueren
si hay alguien que lo afirme no os quedéis a escucharle
es uno que quiere sólo traicionar.
Si hay alguien que lo afirme escupidle encima
la bandera roja tiró en un pozo
Ustedes gente de bien que buscan paz
la paz para hacer lo que ustedes quieran
pero si éste es el precio queremos guerra
queremos verlos terminar bajo tierra.
Pero si éste es el precio ya lo pagamos
Nadie más en el mundo debe ser explotado.

Si el movimiento había hecho suyas muchas de las canciones conocidas a través del Nuovo Canzoniere Italiano, también se acrecentarían los recitales de canciones, notablemente desde 1968 debido a que se formaron muchisimos grupos de canto, aunque, a veces, de calidad decadente. Entre los grupos interesantes recuerdo el Canzoniere del Lazio, el Canzoniere internazionale, el Canzoniere pisano (posteriormente Canzoniere del proletariato conectado a Lotta continua, productora particular, con sus Circoli Ottobre de 22 revoluciones y de 33/17 cm, de nuevas y viejas canciones sociales), el Canzoniere di Rimini, el Canzoniere popolare veneto, el Canzoniere nazionale del vento rosso (ligado al partido comunista marxista-leninista italiano, cuyos grupos efectuaron en el curso de un año, entre 1972 y 1973, 523 recitales y un 33/17 cm), el Canzoniere delle lame (ligado al PCI, que autoprodujo algunos discos), el Canzoniere del Valdarno... Pero en aquellos años, también grupos políticos como Il manifesto[45] (con Gualtiero Bertelli), Potere Operaio (con Oreste Scalzone, cantante improvisado), el Movimiento estudiantil milanés, el Circulo anárquista Giuseppe Pinelli de Milán, por ejemplo, produjeron algunos discos de 45 revoluciones con sus himnos u otras canciones sociales. Y *Il Canzoniere feminista*, grupo musical surgido en 1974, expresión del Comité para el salario del trabajo doméstico de Padua que produjo dos 33/17 cm entre 1975 y 1977.

Este amplísimo movimiento, capaz de producir miles de recitales cada año hasta pasada la mitad de la década de 1970, produjo canciones buenas y muy diferentes, entre las que al menos serán recordadas las de Alfredo Bandelli (Pisa, 1945-1994), que es, con Paolo Pietrangeli, el autor más original de los años del '68.

Vendedor ambulante en la estación de su propia ciudad y luego obrero en una fábrica alemana de 1972 a 1979, Bandelli es obrero en la Piaggio de Pontedera, de donde fue despedido en represalia (no se le perdonaba haberse presentado en el trabajo con un reloj despertador en el cuello para protestar contra los ritmos de trabajo cada vez más agotadores), convirtiéndose posteriormente en enfermero auxiliar del hospital de Pisa. Militante activo y muy combativo primero del FGCI

---

45 El origen de esta experiencia está ligado a un grupo de intelectuales y militantes del PCI (entre los que se encontraban Rossana Rossanda y Aldo Natoli) que abandona el partido debido a su acérrimo estalisnimo y a su inexorable deriva burocrática. Su trayectoria, sin embargo, no se asimila de forma lineal a la de los grupos políticos de la izquierda comunista. El proyecto de creación de un periódico que finalmente se lleva a cabo en 1969, articulará una experiencia editorial de enorme proyección, en la que siempre ha existido una completa unidad entre la redacción y la propiedad del medio, que ha conseguido llegar a nuestros días como una raro ejemplo de autonomía e independencia de un medio de prensa [*N. del E.*].

y luego del Potere Operaio pisano y de Lotta Continua, sus canciones circularon de forma anónima entre 1968 y 1974,[46] haciéndose conocidas cuando fueron cantadas, sobre todo, por Pino Masi, en los discos de Lotta Continua. De hecho, en 1968 Bandelli a duras penas sabía hacer acuerdos que le permitieran musicalizar sus canciones, de las cuales especialmente dos fueron cantadas por el movimiento.

La primera, intitulada *La violenza* (1968), decía:

[…]

Pero hoy he visto en la manifestación
tantas caras sonrientes
las compañeras de quince años
los obreros con los estudiantes

«El poder a los obreros
no al sistema del patrón
siempre unidos venceremos
viva la revolución».

Cuando después las camionetas
hicieron las redadas
los compañeros empuñaron
los palos de los carteles.

Y vi coches blindados
volcados y luego quemados
tantos y tantos policías
con las cabezas rotas.

La violencia, la violencia
la violencia, la revuelta
quien esta vez haya dudado
mañana luchará con nosotros.

[…]

La segunda, con el título *La ballata della Fiat*, y cuyo texto es retomado en este volumen, fue escrita en 1969, tomando como punto de partida un documento de la asamblea estudiantes-obreros de Turín que se refería a los hechos de Corso Traiano del 3 de julio de 1969.

---

46 De hecho, en abril de 1974 se publicó, cantado por él, su único LP, editado por I Dischi del Sole, *Alfredo Bandelli. Fabrica galera piazza* (1039/41).

Después del bienio de la contestación, Bosio escribirá que «el movimiento real nos demostró que, más allá de la coherencia abstracta de nuestras argumentaciones y deducciones, esta actividad [de elaboración de las canciones sociales] tiene gran importancia en el seno del movimiento real».[47] Esta actitud más cauta hacia las canciones tuvo cierto peso en la vuelta del Nuevo Canzoniere Italiano que, sin embargo, sólo en 1973, poco después de la muerte de Bosio ocurrida en agosto de 1971, se dotó nuevamente de una estructura propia y autónoma de promoción, estrechando de nuevo las filas para la vuelta al grupo, primero, de Giovanna Marini, y luego, de Paolo Ciarchi y de Ivan Della Mea. Este último fue quien se ocupó de la organización de los recitales. Entre 1973 y 1977, el Nuevo Canzoniere Italiano hizo, con varios grupos, una media de quinientos recitales al año, es decir, que en cinco años presentó un número de recitales dos veces y medio superior a los de la década precedente, organizados en un 70% por el PCI y en un 30% por el Circoli Ottobre, Avanguardia Operaia y otros grupos. Si el número de recitales fue quintuplicado sin embargo el trabajo del grupo terminó por perder progresivamente su finalidad provocadora. Fragmentada la estrecha relación que había existido en el pasado entre búsqueda y reelaboración, a veces la primera corrió el riesgo de caer en el academicismo; la segunda terminó al menos integrándose. A propósito de esto, recordaría Iván Della Mea: «Nosotros no nos dimos cuenta enseguida de que nos estábamos volviendo cantautores, perdiendo la conexión con aquel hilo rojo que nos había conectado a la investigación. Yendo detrás de una demanda de mercado, aunque fuera un "mercado de izquierdas" —el de la fiesta de la *Unitá* (muy gratificante a nivel de público)—, aceptamos de hecho la dimensión de cantautor. En lo que respecta a la canción de protesta social, nuestra actividad pierde entonces y de manera dramática su elemento de alteridad y de subversión, justamente porque sus modalidades ya son idénticas a las del mercado. En ese momento aceptamos, algunos más, otros menos, cambiar la razón por la cual habíamos comenzado a hacer este trabajo. Sin el sentido de una operación político-cultural integral nos habíamos convertido, nosotros también, en cantautores que obtenían, quizás, en el Festival nacional de la *Unità* de Florencia, su máximo éxito con treinta o cuarenta mil oyentes. Mientras algunos compañeros decían: «Finalmente lo logramos». Yo dije: «Hemos perdido».[48]

---

47 Gianni Bosio, *Dalla canzione popolare...*, p. 284.

48 Entrevista oral de Ivan Della Mea a Fabrizio Borsela, Milán, 23 de julio de 1992.

En aquellos años, al PCI y a ARCI parecía interesarles sobre todo la organización de megaconciertos que permitieran ingresos económicos fáciles. La moda del «cantautor», ya sostenida y sugerida a los consumidores juveniles de la industria discográfica, condicionaba también los Festivales de la *Unità* e incluso la actividad cultural de los grupos extraparlamentarios.

Después, ya en 1977, los recitales comenzaron a disminuir; y desde 1978 mientras la destrucción del «movimiento» conllevaba como reflejo un paralelo y gravísimo debilitamiento del PCI— esta caída se vuelve irrefrenable. Entre el final del «movimiento del '77» —con la policía desalojando Radio Alice justamente cuando se está emitiendo un programa sobre *I Dischi del Sole*— y la posterior «derrota de la Fiat», disminuyen también las actividades de las Edizioni y del Nuovo Canzoniere Italiano, arrastrados por la involución política de la izquierda y por la crisis discográfica.

El área de la contracultura

En los cuentos de Kerouac, en las poesías de Ginsberg, en los textos de Miller había bastante vitalidad y novedad como para producir, incluso en Italia, una fuerte identificación con esos modelos de vida. Y es en torno a estas referencias en torno a las que nace el área de la contracultura en las ciudades italianas. Comienzan los viajes hacia oriente en busca de culturas y de sabidurías distintas de la blanca occidental; se extiende la crítica a las instituciones: de la familia a la escuela y a la transmisión de saberes; del rechazo del mundo del trabajo a la objeción al servicio militar; de la crítica del concepto de «locura» al rechazo de la institución psiquiátrica, del repudio de la «justicia burguesa» a la exigencia de abolición de la cárcel. Sobre esta estela de crítica de las «instituciones totales», los *beat* italianos establecerán amplias alianzas con los intelectuales revolucionarios y democráticos, que en los años sucesivos tomarán en sus manos, de forma directa, el desarrollo de las batallas sobre estas cuestiones.

Las primeras formas evidentes de la existencia de un «movimiento *beat*» se habían comprobado en Milán en 1965. Un grupo de «melenudos» toma en alquiler un negocio de viale Montenero y lo transforma en un lugar de encuentro. Imprime con ciclostilo y con técnicas muy creativas un periódico propio que inicialmente se llamó *Mondo Beat*, y que luego cambiaría con frecuencia de nombre (*Urlo Beat*, *Grido Beat,* etc.) con el fin de escapar a las leyes de prensa y a las obligaciones del director responsable usando la leyenda «número cero a la espera de autorización». La mezcla cultural que contenía esta publicación era una singular fusión entre instancias anarquistas, filosóficas orientales, revuelta existencial y batallas contra el racismo en nombre de Malcolm X, líder de los Black Muslims americanos.

Muchos «melenudos» vienen de provincias y se las arreglan vendiendo collarcitos y otras cosas (según el modelo equivalente inglés y americano). Quienquiera que llegue a la sede de *Mondo Beat* encuentra fraternidad y apoyo comunitario. Los *beat* son «no violentos» y cuando alguno de ellos es detenido por la policía, desfilan delante de la comisaría llevando flores en señal de conciliación, pero también con una marcada ironía. Su primer barrio de referencia es Brera (el barrio de los artistas), pero pronto comienzan a sentir la necesidad de algo más genuino y comunitario, según el modelo del movimiento *hippie*. Los *hippies*, con mayor extendión y más «sociables» que los *beat,* recogieron esta experiencia cultural radicalizándola, poniendo en el centro de su práctica el problema de la «comunidad», de la vida en grupo, dentro del cual experimentar no sólo el nivel político del disenso, sino también la dimensión cotidiana e interpersonal (como se diría poco tiempo después: «Los que hablan de revolución y de lucha de clases sin referirse explícitamente a la vida cotidiana, sin comprender lo que hay de subversivo en el amor y de positivo en el rechazo de las constricciones [...] se han llenado la boca de un cadáver»).

> Como parte del movimiento más amplio de rechazo de la civilización capitalista, los *hippies* se expresaron en un primer momento en una intento de crear dentro de la propia ciudad una realidad *alternativa* a ella, con la forma de la *free city* articulada en sus centros comunitarios, de asistencia y de apoyo mutuo [...] con el porterior abandono del territorio urbano en pos de una apropiación buscaban una dimensión existencial diferente del entorno y de la naturaleza: *back to nature.*

> En cualquier caso, al principio el fenómeno comunitario creció en las calles. A nivel superestructural, la calle es el lugar donde el capital se representa y se manifiesta, y su función alienante anula toda posible relación entre el hombre y el entorno; sin embargo, es posible modificar un hábitat, profundamente incluso, interviniendo sobre sus estructuras físicas, actuando sobre el uso ficticio que impone, y esto es lo que hicieron los «hippies» y, sucesivamente, los «políticos», sobre la base de la consigna: «Tomemos la ciudad».
>
> El redescubrimiento de un acercamiento directo con la comunidad urbana, con la realidad que era expresión de la cultura dominante y por lo tanto de la clase dominante, fue cuando menos el portavoz de las nuevas energías. Vivir en las esquinas de las calles o en las plazas asumió un significado revolucionario: la banalización del territorio enemigo, la ciudad, con el fin de usarla de una nueva manera, más humana. Todo lo que de mítico nos retrotrae a la mente el nombre de ciertas zonas urbanas: Brera, Campo dei Fiori, Village, il Dam, Piccadilly, está ligado a este recuerdo, al hecho de que fueron las primeras comunidades alternativas, las primeras «zonas liberadas».
>
> [...]
>
> La cultura hippie en EEUU, en Italia y en otros lugares fue una cultura oral, puede decirse visual incluso, y las comunidades urbanas surgidas en las calles fueron el medio ideal para propagarla. De ahí el pelo largo, testimonios de un discurso de rechazo; de ahí la ropa andrajosa, modo de exteriorizar el rechazo hacia el concepto de exterior y burgués del decoro [...]. La indumentaria intencionadamente andrajosa es una cosa bien distinta de la indumentaria pobre: mientras esto sólo último obedece a leyes económicas; lo primero, que es la vestimenta hippie, es el testimonio de una presunta riqueza cultural [...]. El aspecto exterior se volvía medio de comunicación que permitía distinguir enseguida el amigo del enemigo, y con esto, el reconocimiento de los miembros de las primeras comunidades temporales alternativas [...]. Si eres sucio y andrajoso, difícilmente frecuentarás una casa burguesa, si tienes el pelo tan despeinado como para no poderlo peinar, difícilmente encontrarás un lugar de trabajo «respetable».[49]

De hecho, en Milán (que es una suerte de punto de referencia regional) y en otras ciudades, los *beat-hippies* trataron de dotarse de sus propios instrumentos de información unificando las siglas desparramadas y la elevada fragmentación de los grupos. Cuando en noviembre de 1966 salió *Mondo Beat*, la primera publicación *underground* italiana, rápidamente se

49 *Vivere insieme (Il libro delle comuni)...*

convirtió en la hoja de conexión y comunicación de los distintos grupos operativos en Italia, entre los que es predominante Onda Verde, sin duda por su espesor cultural y proyectualidad (fundada por Andrea Valcarenghi, posteriormente promotor de *Re Nudo* y durante mucho tiempo uno de los principales exponentes del área de la contracultura). En el primer número se da noticia de la fusión de los grupos *beat provos* con Onda Verde, operativos sobre todo en Milán. «Desde ese momento, *Mondo Beat* se impone como la voz de los melenudos en Italia: extiende y generaliza sus manifestaciones casi cotidianas, sus huelgas de hambre. Índice de las agitaciones en el ámbito nacional (contra el golpe de Estado en Grecia, contra el racismo, contra la guerra de Vietnam, contra la violencia policial etc.), sufre una represión cada vez más fuerte, tanto policial como por parte de la prensa de información. Después de algunos números, se produce una ruptura, causada por la decisión de ciertos redactores de editar el periódico por Feltrinelli (definido por los disidentes como "editor de mis botones" en referencia a la producción de gadget). De este modo muere la cabecera *Mondo Beat* para ser sustituida por *Urlo y Grido Beat*, mientras, en otras ciudades se multiplica la producción de periódicos alternativos».[50]

Metodología provocadora de Onda Verde[51]

A) ¿Por qué *Onda Verde*? El movimiento de la nueva generación en Italia debe afrontar algunos riesgos, que se reúnen en uno solo: la reabsorción. Probemos a enumerar algunos:

1. Elevada fragmentación de los grupos. Esto puede significar escasa capacidad para concentrar las fuerzas, fragmentación de la intervención, confusión y sobreposición de las etiquetas, incomunicación entre los grupos. (Pero es un dato interesante: implica el rechazo de la organización burocrática y de la concentración de poder, el aumento de la responsabilidad directa, la autogestión de las decisiones y una intervención puntual y en situación).

---

50 Del *Mondo Beat*, num. 1, marzo de 1967 en *Ma l'amor mio non muore*, Roma, Arcana, 1971.
51 *Ibídem*.

2. Instrumentación por parte de las fuerzas políticas organizadas. Una operación de este tipo es particularmente apta para el PCI y para las distintas sectas paracomunistas, con la relativa pérdida, por nuestra parte, de la autonomía de los movimientos y la reducción a piezas de maniobra ajenas.

3. Instrumentación por parte de los grupos culturales y del poder económico. Reabsorción *en la cultura* y *en el mercado*: es el peligro que deriva de una burguesía particularmente experta y preparada en operaciones similares.

4. Confusión en los programas y escaso conocimiento de los métodos y de los resultados de la acción social. El riesgo es el de convertirse en un movimiento general de jóvenes que no logra realizar la cesura con el «viejo Mundo» ni aplicar el bisturí sobre sí mismo para una acción continua que desplace las situaciones A para llegar a otras B, y de B a C, etc.

B) Para afrontar estos riesgos, Onda Verde ha asumido la tarea de llevar adelante un *conocimiento general de los métodos y de los resultados; una base común de método para cada tipo de acción.*

La cuestión (véase Marisa Rusconi, *Il Giorno,* «culturales desparramados») es que ha proporcionado súbitamente la definición de «intelectuales», aprovechada rápidamente para crear desgaste entre los grupos. De forma más precisa: por una parte, para todos es cómodo la zoología del melenudo con anillos en la nariz, románticamente contestatario, con un cerebro en desuso; por otro, la atenta búsqueda que trata de absorber en las categorías culturales y filosóficas ciertos elementos con el fin de fundar y lanzar el «*beat* de salón».

Esto nos ha convencido aún más de la necesidad de una conciencia general sobre los métodos. E incluso sobre la necesidad de un movimiento con distintos niveles de acción con el fin de impedir la individualización, la clasificación, el etiquetamiento y el archivo. (Un fantasma que normalmente atraviesa tanto plaza Spagna como la RAI-TV, hay que eludir al zoólogo y a la perrera que le siguen).

C) Nuestro primer paso ha sido tomar contacto con el mayor número de grupos pacifistas, *beat, provos,* con el fin de definir un método común y un programa preciso. Una primera fase de nuestro acuerdo ha sido *el rechazo metodológico de la violencia; mental y física. Paralelamente, nos proporcionamos así el primer objetivo contra el que movernos coherentemente: la violencia en todos sus aspectos, como limitación de la libre elección.*

Estas dos primeras definiciones servían para fundar un diagnóstico: el actual sistema social de los «burgueses» o los «tibios»[52] ha nacido y se asienta sobre la violencia, tanto más mortal cuanto más oculta y habitual.

Se trataba ahora de elegir los MÉTODOS particulares, DECLARADAMENTE asumidos para producir los RESULTADOS que les corresponden.

De todo esto daremos una breve exposición, precisando que hasta ahora se ha registrado una amplia adhesión a nuestras queremos cambiar *enseguida y con urgencia* las situaciones en las que nos encontramos. Para esto, se necesita *actuar y provocar.* Para poder hacerlo unidos —siendo incisivos— y obtener resultados, debemos asumir métodos eficaces, coherentes con los productos de la acción, claros y unívocos.

La vieja generación, que detenta o sostiene o sufre el control social y la represión, *debe morir antes que nosotros*. Es necesario que los «tibios» (sus ideologías, sus aparatos, sus métodos) no sobrevivan después de la muerte natural, que el pasado no vuelva a nuestro futuro. *El inevitable recambio biológico debe convertirse en recambio general. Con este fin asumimos el método de la provocación.*

Esta debe tener dos productos: a) «desprenderse» de la vieja generación. Ésta debe ser desorientada, ridiculizada, obligada a exponer sus trapos sucios y la violencia sobre la cual se sostiene, de forma más o menos oculta. La escisión crea la provocación, la provocación amplia la escisión de la responsabilidad; b) Constituir un *tam-tam* continuo, un transmisor, una señal visible por doquier.

*Todos los j*óvenes deben realizar lo que viviremos después (esto es, es posible construir una situaci*ón radicalmente distinta, nos corresponde a nosotros hacerlo, quererla teniendo clara conciencia de los métodos para producirla o materializarla). Se debe saber que estamos aquí, qué hacemos y cómo; se puede discutir que más se puede hacer o cómo hacerlo mejor.*

Metodología táctica

Antes que nada se trata de disponer de los instrumentos de acción, de bases desde donde partir para provocar y transformar. Por lo tanto cómo se está ya actuando, un medio de información autofinanciando, un barrio con lugares fijos ocupados por nosotros para trabar nuestros objetivos.

52 *Semifreddi* en el original, alusión a la moderación y pacatería de las almas bienpensantes de las clases normalizadas [*N. del E.*].

Operaciones programadas:

A) Manifestaciones de masas mediante desobediencia civil y resistencia pasiva. Métodos de provocación irónica o sarcástica dirigidos a provocar la reacción histérica o violenta. Bastará citar la «manifestación de las flores», en la que la policía cargó contra los jóvenes que les ofrecían flores.

B) Manifestaciones permanentes, manifestaciones-recital como la que tendrá comienzo en pocos días. El centro ciudadano será recorrido minuciosamente en las horas punta por personas con leyendas sobre la indumentaria. Las leyendas tendrán este tono: «Corran a sus casas: dentro de poco habrá una redada», «Moro es divertido y sienta bien a la salud», «Amigo, la guerra es un buen negocio: invierte a tu hijo», «El presidente Johnson les invitan a unas vacaciones gratuitas en Vietnam: Emociones garantizadas».

En otras palabras el «tibio» no puede encerrarse y afrontar el estímulo: debe ser desorientado y atacado por los flancos. Mejor si la cosa resulta divertida (para quien la hace) y se pone de moda.

C) El llamamiento al estrato juvenil se realiza desde dentro de las escuelas, en los lugares de reunión, con métodos nuevos como avisos telefónicos, el manifiesto-encuesta, el *happening* político, la fiesta-congreso.

D) Se programa el sabotaje mediante infiltración provocadora en el interior de las asociaciones juveniles escolares, confesionales y de partido que instrumentalizan a los jóvenes como masa para sus maniobras, castrando su acción propia.

E) Propuesta de «Piani Bianchi» [Libros blancos] para divulgar e imponer la tensión a través de la provocación directa. Estos afrontan cuestiones que de hecho no han sido casualmente interrumpidas. Ej. PB para «la edad blanca», nueva legislación sobre los menores; PB para «los caminos blancos», contra la contaminación; PB para «el hombre blanco», para la difusión de los anticonceptivos y de la libertad sexual; PB para «las bicicletas blancas», prohibición del tráfico en el centro histórico.

1. Cuando una sociedad industrializada alcanza un gran desarrollo económico y tecnológico, el consumo se extiende y cada clase o grupo social se contenta con su porción de la gran tarta de crema.

Quien grita más fuerte y tiene mayor fuerza numérica logra obtener una porción más grande de consumo. Cuando esto sucede son eliminadas las fuerzas que podrían golpear radicalmente la organización social de las actividades mentales y transformadoras. Cuanto mayor es el nivel de los consumos, en mayor medida los obreros y los campesinos se insertan también en el sistema como sus defensores y conservadores.

En esta situación nace el movimiento de los jóvenes. Son los *beat*, es decir, un movimiento estudiantil de tipo americano, ellos constituyen LA ÚNICA FUERZA SOCIAL QUE ACTÚA REALMENTE PARA COMBATIR EN LOS DISTINTOS NIVELES (PSICOLÓGICO, ECONÓMICO, CULTURAL, SEXUAL) CON EL FIN DE COMBATIR LOS GRUPOS DE PODER Y LAS JERARQUÍAS AUTORITARIAS QUE, DE HECHO, SOSTIENEN ESOS ESQUEMAS.

En Italia están presentes al mismo tiempo distintos fenómenos que se diferencian, antes que nada, por el método de acción, por el grado de conocimiento: desde el *ye-ye* al melenudo, al contestatario genérico, al grupo con un método claro y conocido. *Todos estos estadios son necesarios para el movimiento general.*

2. Los métodos de los *beatnik* y los de los *provos* no están muy lejos entre si y *son siempre complementarios en nuestra situación.*

Los *beats* son chicos que escapan de sus casas, los desadaptados que rechazan vivir tal y como prescribe la sociedad de bienestar. *Y esto es necesario*.

Los *provos* se ocupan de mantener alta la «temperatura» social mediante «la provocación». Se impide así que el movimiento de los jóvenes se convierta en un vaso cerrado que la sociedad puede fácilmente aislar, ignorar y digerir. *Y también esto es necesario.*

También Onda Verde asume el método de la «provocación». Pero estando «en situación» tiene otras dos tareas: llevar adelante el discurso sobre los métodos y sobre su conocimiento general, para evitar enfrentamientos estúpidos debidos a diferencias nominales y de «ideas», más que de acción directa y de método; cubrir en las escuelas el espacio libre dejado por la falta de un movimiento estudiantil verdaderamente incisivo y desvinculado de las críticas de partido. *Y esto también es necesario.*

3. Olvidarse de estos puntos fundamentales quiere decir no haber entendido nada, hacer retroceder al movimiento a un fenómeno provincial, a una serie de «hechos personales» sin ningún significado operativo.

Marco Daniele, *Onda Verde Provo*

Naturalmente, los espacios librados que los *beat-hippies* habían tratado de organizar fueron rehenes de la prensa burguesa (*Corriere della Sera*[53] dirigió una batalla enloquecida y vulgar contra los mismos) considerados con desconfianza e intolerancia por los bien pensantes (es famoso el episodio del «rapado» de algunos melenudos en la plaza de Novara de la mano de

---

53 El *Corriere della Sera* es uno de los periódicos decanos de la prensa italiana. Fue fundado en 1876 en Milán. Desde su fundación representó los intereses de las familias industriales de la Lombardía. Tras la dictadura de Mussolini y la subordinación del medio a la dirección fascista, recuperó su antigua orientación como medio de prensa ligado a las necesidades y preocupaciones de la burguesía [*N. del E.*].

algunos paracaidistas entre los aplausos de la gente) en los momentos de represión de la policía (a través de frecuentes apaleamientos, emisiones de centenares de ordenes de repatriación, noches en habitaciones de seguridad y en cárceles). Los *beat* reaccionan con métodos no violentos: ofrecen flores a los policías, se encadenan en las plazas, comienzan a escribirse en las botas y en las camisetas los motivos de su propia protesta (una práctica que mas allá de la comercialización durará hasta nuestros días), elaboran instrumentos cada mas complejos de análisis contracultural, que se cruzan con la naciente protesta estudiantil (una larga entrevista para la publicación del liceo Parini la *Zanzara* es censurada por el Director de la escuela), radicalizan la ya profunda oposición al «sistema de partidos», totalmente incapaz de comprender su revuelta existencial.

Carta al partido[54]

Estimado Partido, es inútil que insista en declarar, a diestra y a sinistra que Usted es la oposición de la derecha, de la izquierda, del centro, del centro derecha, del centro izquierda, de la izquierda izquierda, de la derecha derecha. Usted dirige solo una política, la de la colaboración para la conservación de su puesto jerárquico.

Hace un tiempo, cuando todavía no habíamos nacido, Usted se tiró de cabeza contra nosotros. Incluso Usted, sobre todo Usted, tenía cosas que decir. Entonces éramos sucios, mal olientes, parásitos, exhibicionistas, enfermos, invertidos, vagos. Todo esto era dicho con una abundancia de azul, de rojo, de blanco, de negro, con el tricolor, con la hoz, con el escudo, con la antorcha, con las banderas, con el sol, con el martillo, con la corona. A nosotros no nos interesaba todo esto, y eso que estábamos callados, quietos, quietos. Pero como parece, ni siquiera se pueda estar callado. Burlas, palizas, lavados de cabeza. Los bajo fondos han comenzado a transmitir algunas pulsaciones al cerebro y este a las manos. Y hemos comenzado a pensar. A Usted le parecerá raro, pero hemos comenzado a pensar. Y hemos comenzado, para su sorpresa, a escribir; a escribir sobre las botas y las camisetas.

En este punto, Usted se dio cuenta de que a nosotros nos faltaba una verdadera cultura basada en la experiencia directa, según nuevos criterios. Y así nos llevó a esas habitaciones con rejas para conocer a prostitutas y a delincuentes. Y así aprendimos. Comenzamos entonces a levantarnos de

54 *Ibídem.*

los escalones y a pasear con carteles debajo del brazo o colgados del cuello. Lógicamente hacíamos todo esto después de haber pedido permiso. Pero Usted, malvado, no nos lo quería conceder: por nuestro bien, naturalmente. Nosotros le reconocemos pero, como un hijo, sin obediencia, salimos igualmente con nuestros valientes manifiestos.

Usted, como buen padre, nos ha encerrado como castigo sin comer, sin mear; a alguno estaba en el colegio y entonces Usted, previsor, se ha interesado también por éstos casos. Así, dejó de ser nuestro compañero. Pero Usted, lamentablemente para Usted, no se acordaba de parir de vez en cuando otros hijos. Y los hijos eran cada vez más numerosos y turbulentos. Y Usted ya no podía contenerlos y educarlos según sus esquemas. Ahora los sucios comienzan a parecer menos sucios, ahora los mal olientes no son del todo mal olientes, ahora los parásitos han dejado de existir, ahora los exhibicionistas son menos exhibicionistas, ahora los medio parados no parecen tan enfermos, ahora los invertidos parecen atraídos por su sexo primitivo, ahora los vagos comienzan a moverse. Y cuando después llege el momento de poner una cruz sobre ciertas fichas que permanecerán blancas, todos los sucios, los mal olientes, los parásitos, los exhibicionistas, los parados, los invertidos, los vagos se volverán hijitos buenos, se volverán buenos angelitos. Conclusión: a Usted, estimado partido, le representamos como un barreño; un barreño esmaltado de caca, que huele a caca, lleno de caca. En la práctica queremos decir, dado que Usted es duro de entendederas, que con nosotros no tiene éxito. Usted hace el juego, pero no ha encontrado los jugadores.

The Beatnik's Clan, Monza

En la práctica de los espacios liberados (comunas urbanas, uso de plazas y calles) continúa radicándose sin embargo la represión. Si en Roma en el barrio Tiburtino intentan el experimento de la *Free Shop* (un negocio donde se intercambian libremente los objetos de primera necesidad), en Milán buscan realizar una comunidad al aire libre alquilando un terreno en el fondo de vía Ripamonti (estamos en el verano de 1967). El *Corriere* y los otros diarios la definen enseguida como *Barbonia City* delirando sobre «bodas sacrílegas» entre jóvenes, drogas y orgías, receptáculo de enfermedades y refugio de menores escapados de sus casas. Había motivos suficientes como para movilizar a la policía y así sucedió. En el número de *Mondo Beat* de julio de 1967 se ofrece una larga crónica de los hechos relativos a la experiencia de *Barbonia City* empezando por el clima ciudadano:

Milán en estado de sitio[55]

Golpe de mano del Sid

Puestos de bloqueo sobre las autopistas de acceso a Milán y en la estación central, las panteras patrullan continuamente vía Riapamonti, la calle en la que ha surgido la tiendopolis de *Mondo Beat*, policías de civil, policías uniformados en las esquinas de las plazas dispuestos a caer sobre CUALQUIERA que tenga pelo largo en la nuca y NO lleve corbata, sobre quien tenga minifalda y NO lleve chaqueta, interrogatorios en las aceras, inquisición: —¿Qué llevas ahí? Abre. Sospechan sobre todo si ven LIBROS y PAPELES, hojas, documentos de identidad; carnet: —¿Porque estas dando vueltas? ¿Tienes un MOTIVO PARTICULAR?— MILÁN EN MANOS DE LA POLICÍA HOY ESTÁ SUCEDIENDO E—S—T—O.

GOLPE DE ESTADO DEL *CORRIERE* que provoca a la opinión pública, la predispone para que esté contra nosotros durante meses, nosotros advertimos con carteles en el campamento: GENTE DE BIEN EL *CORRIERE DELLA SERA* DICE MENTIRAS.

(Ingenuos santos puros, nosotros).

Las revelaciones y los artículos sobre las «CRUELDADES» que se comenten «ALREDEDOR DEL IMPÚDICO CAMPAMENTO» continúan los titulares enormes y ridículos sobre la base de IRREVERENCIA PATRIA DECORO DESVERGÜENZA ESTUPROS IMPUDICIA SACRILEGIO ITALIA.

Defiende a las madres de Italia y se presenta como portavoz de su sufrimiento y de su «horror». Las madres declaran junto a los padres y a los hermanos mayores: «Ostentan sus pecados», «Una madre nunca tendrá el alma en paz hasta que siga merodeando gente como ésta». Los que se asomaban a centenares sobre el cerco para verlos jugar a la pelota y con la esperanza de ver la decencia fuera de todo límite con parejas abrazadas todo el día «También entre hombres, sabe... hay que lincharlos, sabe». El Corriere della Seppia pública noticias cada vez más alarmantes sobre «SACRÍLEGAS BODAS DE SANGRE» sobre «ARRESTOS DE PEDERASTAS EN EL INMORAL CAMPAMENTO DE LOS MELENUDOS».

Mientras tanto el aire se calienta. La sociedad de consumo se defiende y expele anticuerpos para expulsarlos destruirlos NO VERLOS. Usa todos los instrumentos de la conservación: opinión pública prensa periodistas esclavos de mala fe o tontos (son útiles quizás más que los esclavos) policías inteligentes que pegan y policías inteligentes que dan cartas de deportación para salir de Milán y policías muy inteligentes que sonríen te tratan de USTED y no HACEN MUCHAS TONTERÍAS.

---

55 *Ibídem.*

Entretanto algunos son golpeados y vuelven al campamento con la cabeza ensangrentada y rota, dicen que en un bar NO LES QUISIERON ATENDER PORQUE TIENEN EL PELO LARGO Y PORQUE SON DEL CAMPAMENTO. Se suceden hechos angelicales.

Y un concejal socialista interpela al señor Alcalde para saber «que medidas va a adoptar para salvaguardar el DECORO y la MORALIDAD de Milán». Los periódicos dan una enorme publicidad al hecho. «LA NOCHE» se vanagloria y escribe que la pregunta salió a la luz gracias a sus servicios y a sus encuestas.

DOS DÍAS ANTES DEL GOLPE DE MANO

Una veintena de panteras llegan poco a poco al campamento al lado de la cruz verde y de los guardias urbanos una madre EXCITADA provoca un considerable follón los policías llegan alarmadísimos violan la propiedad privada sobre la que se asentaba el campamento y que pagamos de forma regular el tráfico está bloqueado las chicas con vestidos de flores la muchedumbre aplaude la pequeña Italia se revela. Es inútil decir que no hay razón para entrar en el campamento y disparar descargas de pistolas para atrapar a un muchacho que se había escapado de casa teniendo en cuenta que vinieron centenares de madres de todas partes de Italia y que siempre se les dejó entrar y que en todos los casos fueron siempre ayudadas EN LA BUSQUEDA DE SUS HIJOS PORQUE EN EL FONDO SE COMPRENDÍA QUE LAS MADRES NO PROVOCAN EL CANCER y que una vez en casa podían escapar de nuevo.

DESPUES DE DOS DÍAS

OPERACIÓN EXTERMINIO EL GOLPE DE MANO DEL SID (servicio DE inmundicias domésticas) ESTÁ A PUNTO DE SALTAR

HORA X:

Cien policías armados, de rodillas en el césped y eternamente fieles esperan conteniendo la respiración rodean el campamento las órdenes son dadas por la radio IRRUMPEN en el campamento tiran abajo las carpas nos maltratan nos registran nos transportan nos insultan patrullas panteras sirenas carabinieri escuadrón de homicidios simpáticos agentes meridionales histeria.

NOSOTROS serafines adormecidos y extrañados les seguimos. Alguno se tira al suelo no siente no ve lo arrastran hasta el coche patrulla

¡A LA CALLE GENTILES HERMANOS!

Gritan los milaneses que habían acudido en bandada para incitar aplaudir bendecir y aconsejar.

Amor a la patría

Aplauden

Moralidad pública

Es la fiesta de la hipocresía de la sexofobia del racismo del fascismo de la mala fe y de la estupidez.

Despues

Cámaras de seguridad habitacionuchas

En fila

Firmes citaciones

Espedientes de arresto

S. vittore beat

Decenas de beat en s. vittore

Llegan cartas desde la carcel a nosotros a la redacción

Los chicos dejan ver sus moratones y los pantalones encrustados y desgarrados por haber sido arrastrados por el suelo

¡Alarma!

¿No es posible vivir fuera de la sociedad mercancía dinero sin consumir sin dejarse chupar el alma e imponer una máscara no humana?

Lo que ha desencadenado los instrumentos de la conservación ha sido la ostentación del rechazo a la norma el desprecio a los falsos valores creados por la sociedad de consumo.

Los diarios exultan «arrasada la vergonzosa tiendopolis de los melenudos el servicio de basuras y la oficina de higiene han hecho tierra quemada de la inmoral tiendopolis».

Reivindicaciones

Quiero poder vivir debajo de una carpa sin que por esto se desencadene una ciudad entera sin que por esto se neuroticen los mas grandes periódicos de Italia, los tribunales la televisión y quizás el ministro del interior.

Quiero ducharme en calzoncillos como lo hice hasta hoy en el campamento Mondo beat.

QUIERO HACER EL AMOR EN LA TIENDA/CARPA sin que por esto miles de milaneses se amontonen en los bordes del campo para sorprendernos a la salida mirarnos excitados por UNA COSA QUE NO ENTIENDO NO ENTIENDO PORQUE IMPRESIONA TANTO A LA MAS GRANDE EVOLUCIONADA PRODUCTIVA MODERNA CIUDAD DE ITALIA LA CIUDAD DEL PAN DULCE Y DE LAS CADENAS DE MONTAJE LA CIUDAD RICA Y TRABAJADORA CON BELLOS MANICOMIOS COMO OFICINAS Y LINDAS OFICINAS CON LOS AZULEJOS COMO EN LOS MANICOMIOS CON JARDINCITOS COMO PATIOS DE PRISIÓN Y PATIOS DE PRISIÓN COMO BAÑOS LA CIUDAD DE LAS RONDAS DE BRAMIERI GINO Y DE GENTE CON LA CARA VIOLETA Y DE INFARTO EN LA LAVADORA Y LOS NIÑOS IDIOTIZADOS POR LAS PLAZAS CERRADOS CON LLAVE EN LOS CUBOS DE CEMENTO LA CIUDAD DE LOS MUCHACHOTES DE ESTUDIO Y TRABAJO IDIOTIZADOS POR LOS ESLOGANS DE LAS MADRES DE LAS NOVIAS DE LAS MUJERES DESNUDAS Y POR LA CINQUECENTO Y POR LA CONDUCTA DEL PIPER Y DEL PUESTO QUE NO HAY QUE PERDER O DE GANAR DINERO LO MÁS PRONTO POSIBLE PORQUE SIN DINERO NO SE ES NADA.

LA CIUDAD DE LOS EDITORES QUE VENDEN LIBROS COMO JABONES Y JABONES COMO PASES PARA LA ETERNIDAD LA CIUDAD DE PINTORES Y DE POETAS Y DE PERIODISTAS CONCENTRADOS EN BRERA O EN CUALQUIER OTRO LUGAR TODOS CON FLORES EN EL CULO LA CIUDAD DE LOS JÓVENES CONTESTARIOS DE LOS JÓVENES REBELDES PERDIDOS EN LAS PALABRAS Y EN LAS INVESTIGACIONES METODOLÓGICAS DE LA LUCHA DE LOS LIMITADOS MENTALES CON EL PIPÍ ENCIMA Y LA PRAXIS Y LA CULTURA QUE HACEN DE BIDET LAMECULOS DE LAS SALAS DE CULTURA.

¿Qué podemos reivindicar nosotros que hemos dejado la escuela y la familia que paseamos por Europa y por el mundo con una mochila una bolsa de dormir y el calzoncillo de recambio de una ciudad como ésta en una Italia como ésta en un mundo como éste? Si no el derecho DE DUCHARSE EN CALZONCILLOS.

El resto no viene más que de NOSOTROS MISMOS: el espíritu está dentro de nosotros dentro de nosotros está la verdadera libertad y fuera no hay más que vacío y OBSTACULOS para alcanzar la claridad. Dado que la sociedad no teme más que a un rival: EL HOMBRE, el hombre raro que hace sólo LO QUE QUIERE y A LA HORA QUE PREFIERE, el hombre libre, el hombre que quiere permanecer fuera del engranaje y que está listo para pagar con la soledad o la pobreza un testimonio interior al cual da un grandísimo valor, el hombre que LLEVA DENTRO DE SÍ LA MARAVILLA DE EXISTIR, EL HOMBRE ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS INCAPAZ DE PRODUCIR Y DE CONSUMIR SEGÚN UNA LÓGICA ABSURDA Y ALIENANTE.

EN ITALIA COMO EN OTRAS PARTES DEL MUNDO SURGEN ESTAS NUEVAS CONCIENCIAS O ESTAS NUEVAS INCONCIENCIAS.

Vinimos al campamento del *Mondo Beat* de Roma de Sicilia de Sondrio de Beirut de Francia de Nápoles de Amsterdam de Berlín de Atenas MUCHOS paraban un día o dos después partían QUIÉN SABE A

DÓNDE EN BUSCA DE ALGO algunos se quedaban mas días con la esperanza de PODER DAR SUS RAZONES porque LOS OTROS los contestatarios culturales de última hora no han dicho más que tonterías sobre su piel no han ESPECULADO sobre sus cojones sudados sobre su cerebro yesificado sobre su desconfianza hacia las palabras sobre sus esposas en las muñecas sobre sus pelo largo sobre las heridas sangrantes de sus culos rotos sobre su fingida ignorancia sobre el gota a gota en el manicomio sobre sus noches en los calabozos de mierda apretados unos sobre otro sobre sus tardes en los tribunales o en las celdas di S. Vittore sobre sus vómitos y sobre su hambre de amor y de autopistas.

ESTE ES EL MOTIVO POR EL CUAL SALE

ESTE NUEVO NÚMERO DE

MONDO BEAT

PORQUE SOMOS MELENUDOS BEAT callejeros corderos ángeles jodidos.

Escalation jóvenes en Italia[56]

*Estos datos son de un archivo que estamos construyendo sobre las actividades de los j*óvenes en Italia; es probable que algún hecho importante no haya sido registrado por nosotros. Estaríamos muy agradecidos si se nos relevasen sus lagunas.

4 de noviembre: (Milán) Provos y beats se dejan ver por primera vez en la calle en una manifestación anti militarista. Vittorio Di Russo destroza públicamente su pasaporte declarándose «ciudadano del mundo». Se le entrega el acta de repatriación.

Primeros días de noviembre: Onda Verde inicia su actividad.

10 de noviembre: en Milán, a la salida de las escuelas se distribuye un provocador manifiesto de Onda Verde. Una encuesta realizada poco después

---

56 *S* num. 3, 1967.

sobre 500 estudiantes señala que el 32% es favorable a una política administrada completamente por los jóvenes.

15 de noviembre: Vittorio Di Russo y «Paolo» Gerbino preparan la salida del primer número de *Mondo Beat*, ciclostilado (Milán).

Finales de noviembre: los tres grupos milaneses Provos, Onda Verde y *Mondo Beat* deciden actuar de forma conjunta sobre la base de métodos no violentos.

En Turín los estudiantes deciden llevar a sus asociaciones fuera de los institutos y pararlos en masa.

28 de noviembre: después del acuerdo, los grupos milaneses se manifiestan en S. Babila encadenándose a las entradas del metro.

5 de diciembre: esos mismos grupos distribuyen flores a policías y peatones. La policía reacciona golpeando a los distribuidores de flores.

17 de diciembre: (Milán) Provos y Onda Verde entran en los tribunales con las manos en alto. Giuliano Modesti de Onda Verde termina en el hospital Fatebenefratelli.

18 de diciembre: los tres grupos milaneses conceden la primera entrevista de prensa a *Paese Sera*.

Noche de Navidad: (Milán) manifestación unitaria por la paz. Cargas de la policía.

Últimos días de 1966: sale el segundo número de *Mondo Beat* en el que participa Onda Verde. Esta hace circular el opúsculo *Metodología Provocadora.*

En Roma la policía comienza su gentil obra en favor de los *beat* de plaza Spagna. Se constituye el grupo-provo Roma 1.

1967

Enero: (Roma) Roma I distribuye el primer número de un diario ciclostilado. El grupo inicia una serie de acciones que culminarán con la llegada de Wilson a Roma. Mientras tanto, el 24 de diciembre un grupo de jóvenes se manifiestan por el cierre del Piper obra de la policía.

8 de enero: (Milán) Provos y Onda Verde se manifiestan contra la agresión americana a Vietnam y declara la guerra a Estados Unidos.

7-11 enero: (Pisa) los estudiantes se constituyen como frente autónomo y ocupan la universidad.

27 de enero: los tres grupos milaneses promulgan sus programas ante centenares de personas en el curso de un debate-flujo en la Casa de la Cultura.

1 de marzo: sale el tercer número (autorizado) de *Mondo Beat*, siempre con la colaboración de Onda Verde. Se publica la *metodología provocadora.* Se agotan cinco mil copias a través de la venta callejera. Los Provos continúan imprimiendo en ciclostil con periodicidad variable.

6-7 de marzo: huelga de hambre de *Mondo Beat* contra la política del Ministerio del Interior y su *longa manus* policial. Todos los grupos desfilan por el centro de Milán.

15 d**e marzo:** Onda Verde realiza una larga serie de intervenciones en sedes políticas y culturales. Sale el cuarto número de *Mondo Beat*-Onda Verde.

Partidos, organizaciones filo chinas, filocastristas, industriales, sociólogos, psicólogos, curas continúan con sus «propuestas» de absorción.

Últimas semanas de mayo: los jóvenes de Onda Verde comienzan a pasear por el centro de Milán todos los días a una hora fija, llevan impermeables transparentes con leyendas provocadoras («que guapo es el presidente Moro es cariñoso y sienta bastante bien a la salud», «W mamá»). Se trata de la llamada a la «manifestación permanente».

8 de abril: todos los grupos milaneses desfilan por las calles del centro para la prohibición de la guerra y la anulación de las leyes fascistas. Quinientos jóvenes se unen durante el recorrido.

Abril: (Roma) después de Wilson y Todgorni, también Humphrey recoge los tomates de los Provos-Roma I. Pinky, animador de Roma I es confinado en Ferrara.

23 de abril: como conclusión de una infeliz serie de intervenciones, *L´Espresso publica el texto reformado de una larga entrevista que Onda Verde había dejado a la Zanzara y que el director habían censurado completamente.*

26 de abril*:*(Milán) manifestación contra la dictadura griega.

El *Corriere della Sera* ha comenzado una serie de intervenciones dirigidas a obtener la destrucción violenta de los grupos pacifistas. Una nota confirma que existen directivas precisas del gobierno de centro izquierda con ese propósito.

6 de mayo: (Milán) Onda Verde y Provos llevan banderas blancas y cadenas por las calles de Milán protestando contra la guerra en Vietnam.

El *Corriere* intensifica su campaña. La policía comienza a intervenir en el sentido auspiciado por el grupo de Crespi.

1 de junio: (Milán) Andrea Valtarenghi de Onda Verde ilustra públicamente los motivos políticos por los cuales rechaza el uniforme militar.

2 de junio: Onda Verde intenta desviar, de forma imprevista, las columnas motorizadas de los jóvenes de fiesta por la liga de fútbol hacia el Arco de la Paz, donde durante la noche se habían concentrado los tanques y las tropas para el desfiles militar. Andrea Valatarenghi, «Ombra», Aligi Gaschera son arrestados y encarcelados por la mañana por la distribuir manifiestos que «exaltan» las virtudes civiles y políticas del ejército

10 de junio: la policía realiza su incursión en la tiendopolis de *Mondo Beat*. Los diarios «independientes» se alegran.

12 de junio: la policía arrasa la tiendópolis a las cinco de la mañana. En los días sucesivos continúa la caza al melenudo. Arrestos, S.Vittore y «expedientes de expulsión» limpian Milán de b*eats*, provos y gente que se hubiera olvidado de obedecer las disposiciones de la policía en favor de los peluqueros.

16 de junio: sólo Onda Verde está aún en condiciones de bajar a la calle. Se llevan grandes carteles en favor de la objeción de conciencia de Valtarenghi y Vassallo a la plaza del Duomo. La policía interviene. Algunos manifestantes entran en la sede del *Corriere della Sera* y distribuyen un «decálogo» del «buen periódico». Andrea Valtarenghi se presenta en el regimiento de Cosenza y rechaza el uniforme. Poco después el y Vassallo son llevados a las cárceles de Gaeta.

Finales de junio: los supervivientes del grupo *beat* intentan poner en pie la publicación.

Underground y oposición

Muchas de las temáticas de la cultura underground están esencialmente enraizadas en las culturas juveniles (piénsese en la cultura punk, en el uso de los espacios sociales urbanos) pero también han tenido una profunda influencia, contribuyendo a consolidar la práctica de la crítica a las «instituciones totales», la rebelión contra el autoritarismo, el rechazo de la comercialización de lo cotidiano, el exceso de ideologización sectaria de los grupitos neoestalinistas. En el período que precede a 1968 los *beats hippies* se encontrarían a menudo lado a lado en las luchas del emergente movimiento estudiantil (sobre todo en lo que respecta a los estudiantes de enseñanza media), haciendo más complejas las dinámicas existenciales de rechazo al «autoritarismo» que estaban en formación. Su elección por una vida «provocadora» y separada del sistema dominante no podía dejar de ejercer una fascinación profunda en el ámbito del malestar juvenil. Su modelo de vida utópico y comunitario proponía, a través de experimentos distintos y complejos, modelos de vida en común, la posibilidad de obtener anticipadamente fragmentos de una sociedad futura, posible y distinta. Trataban de afrontar de manera radical la «miseria de la vida cotidiana» y de la pequeñas reivindicaciones con la necesidad de separación de los poderes y la necesidad de una nueva cultura.

«Hip» significa «curtido», «vivir al borde del riesgo».[57] Los *hippies* americanos lo habían tomado de la jerga de los músicos negros de jazz. «El termino encerraba la experiencia negra en torno al carácter opresivo de la sociedad blanca y la voluntad de luchar, como existencia en los márgenes del sistema, contra la represión en acto: «Yo estoy en el filo de la navaja y terminaré por ser mejor. Los *hippies* lo hicieron y se retiraron del sistema».[58]

Pero la elección de dar vida a una «contrasociedad» y de producir en consecuencia una «contracultura» se cruza también de forma pronfunda con la exigencia de los estudiantes de enseñanza media y con los universitarios comprometidos en la contestación de los contenidos burgueses del saber y de los valores dominantes de la sociedad del capital. Desde esta afinidad de hecho, e incluso en la separación parcial de las trayectorias, nacen continuamente imaginarios comunes y formas de identificación.

Si bien en Italia el atraso del contexto intelectual oficial no había advertido la importancia de esta alianza sustancial entre el área del rechazo y la de la contestación, en el resto del mundo la cuestión era mucho más clara. Hal Draper en su interpretación de la revuelta Berkeley habla de un *underground* que en Estados Unidos se había establecido como una suerte de contra sociedad, Rudy Dutschke (líder de los estudiantes alemanes) quiere «que el campo anti-autoritario se haga cada vez más grande comenzando a dotarse de organización, a *encontrar formas de vida propias en común» (Der Spiegel, 1967)* y los situacionistas franceses, ya en 1966, hablan de la *misère en milieu étudiant* [*De la miseria del medio estudiantil*] con el objetivo de forzar elecciones existenciales mas radicales.

En el breve lapso de tiempo que va desde 1964 hasta comienzos de 1968 los *beat-hippies* se extienden por toda Europa (de una investigación de 1967 se recaba que son 1.200 en Suiza, 2.500 en Austria, 3.000 en Bélgica, 6.000 en Alemania Occidental, 7.000 en Italia, 18.000 en Inglaterra, 20.000 en Holanda, 26.000 en Francia, 30.000 en los estados

---

57 Probablemente el origen de la palabra se encuentre en un particular término del wolof (lengua de África Occidental) *hepicat* que quiere decir el «que tiene los ojos abiertos». De ahí pasaría a las comunidades de esclavos afroamericanos y posteriormente a los músicos negros de jazz en la década de 1920, en una acepción que denotaría la «participación apasionada en una cuestión o tendencia». Más tarde fue recogida por la cultura *beat*, así como su derivado *hipster*, que denominaría a los que participan en una tendencia, normalmente subcultural o *undergorund* [*N. del E.*].

58 Walter Hollstein, *Underground*, Florencia, Sansoni, 1975

escandinavos) y en la frecuente interacción con la rebelión estudiantil representan el primer movimiento revolucionario externo a la tradición del movimiento comunista organizado.

Al mismo tiempo, en Estados Unidos, cualquier separación entre movimiento hippie y revuelta estudiantil es sin duda arbitraria, En Italia la ruptura se sucede rápidamente en el curso de 1968 y es el resultado de la fuerte politización ideológica, tanto del «cuerpo político» que se va formando en las universidades como de la gigantesca ofensiva obrera. La cultura política italiana era demasiado profunda y compleja como para dejar «espacio» a otras formas de revuelta. Podía producir, como de hecho sucedió, una brutal diáspora revolucionaria (m-l, obreristas, anarco-consejistas etc.), pero en esta fase dejaba poco espacio para el seguimiento de una revuelta que se encontraría continuamente en otras trayectorias de la historia durante los años sucesivos a través de la práctica de las mujeres, en el área de la «critica radical», en la de «la autonomía difusa» y en el movimiento del '77.

El área del *undergroud* proseguirá, como una corriente paralela, con sus propias vías de búsqueda (por ejemplo con la publicación *Re Nudo* al menos hasta 1976), pero en su seno, y aun antes del '68, se había generado ya una escisión de notable complejidad que hacía referencia a la experiencia de los situacionistas franceses. De esta corriente, de gran espesor intelectual, se hablará en el capitulo sobre el '68: aquí es necesario observar que después de la conclusión de la experiencia de *Mondo Beat* o a caballo de ésta, muchos miembros de los primitivos grupos underground, como por ejemplo Onda Verde, declararon la muerte del movimiento *beat-provo*, elaborando el proyecto de la revista *S* (Situacionismo) con el objetivo de dar vida a «un solo semanal para los estudiantes de todas las escuelas, que pese porque siempre pesa más el conjunto de los jóvenes tediosos que lo que continua imperturbable a envejecer» y donde se declara: «*S* es un método; el situacionismo no es una ideología; elabora métodos y el conocimiento de los mismos, el objetivo se determina en cada situación».[59]

---

59 *Internazionale Situazionista*, antología compilada por Sergio Guirardi y Dario Varini, Milán, La Salamandra, 1976 [textos completos en castellano: *Internacional situacionista. Textos completos en castellano de la revista Internationale Situationiste (1958-1969)*, III vol., Madrid, Literatura Gris-Traficantes de Sueños, 1999-2004].

Ciertamente en *S* (de la que se distribuyen miles de copias) no hay todavía la complejidad que caracterizará a las publicaciones posteriores del área de la «critica radical» situacionista, sin embargo es evidente el intento de desplazarse del ámbito del rechazo al de la critica irónica y destructiva.

Un ejemplo de este modo de proceder se encuentra en el primer número y se titula *Che cosa é la decultura* [*¿Qué es la de-cultura?*]:

> *S* quiere ahora proporcionar algunas instrucciones de decultura, porque es tarea de *S* ser consciente de sus propias operaciones, de los «fragmentos» de los que nos servimos para hacer un discurso, en nuestro caso un discurso sobre la decultura, o bien en decultura (decultural). ¿POR QUÉ DECULTURA? ¿QUÉ ES LA DECULTURA EN RELACIÓN CON LA CULTURA? Siempre se ha hablado de la Cultura como de un objeto. Ejemplo: la Cultura, la cultura de los países latinoamericanos, la cultura occidental, la cultura es indispensable para la formación del individuo, etc. En estos términos la cultura es una cosa, como un cigarrillo, una mesa, una botella. Si se someten a algunas personas a los objetos mencionados, se encontrará que están de acuerdo en la identificación del cigarrillo, de la mesa, de la botella. ¿Se puede pensar ahora en someter a las mismas personas a uno o mas objetos y que éstos puedan ser identificados como «cultura»? No es posible. Porque la Cultura no es un objeto sino más bien, cuando menos, una categoría, como bello, feo, bueno, moral, etc. Se comprueba lo mismo de nuevo ante una película, que es bella para Tizio y fea para Caio, así como el artículo que estáis leyendo en este momento. Este artículo puede ser considerado como Cultura por Tizio y como no-Cultura por Caio. Son Tizio o Caio más bien quienes entienden lo que está dentro de la Cultura lo que está fuera de ella. Y EL JUEGO NO SE DETIENE AQUÍ. Además de ser un termino categorizador, la palabra Cultura está investida, podríamos decir, de sacralidad, de valores positivos en cualquier caso, de tal modo que nos gusta escribirla con la primera letra mayúscula, como Patria, Moral, Familia etc., nosotros en broma, otros en serio.
>
> De este juego de poder sobre todo es víctima el joven, que continuamente tiene que aceptar como Cultura, LA VERDADERA, LA SANTA, LA TRASMITIDA POR LOS PADRES, en la escuela, en la familia y en otros lugares. Una infinidad de objetos sobre los que nunca se declaran los criterios, aunque sean groseros, o parciales, según los cuales estos objetos son o no Cultura. Así el libro es siempre Cultura, Cultura para pocos y Cultura para todos, Cultura de bolsillo y Cultura para iniciados, Cultura en apuntes y Cultura en enciclopedias; así un profesor «hace» siempre Cultura cualquiera que

sea la estupidez que vaya diciendo, etc. Pero también es cierto que hoy, el joven en la escuela, en la familia, comienza a darse cuenta del continuo engaño al que es sometido, protesta, provoca, quiere saber-que-hay-detrás, los nudos seculares salen así a la luz.

Nace la decultura y lo que aquí proponemos: UNA DECULTURA PARA LOS JÓVENES. El estudiante ya no tiene que ser un explotado cultural, que «se hace» una cultura porque es necesario (en los términos naturalmente de quien detenta el poder en ese momento).

Decultura es fundamentalmente una actitud (actitud decultural). Es al mismo tiempo una forma de defensa y de ofensa.

El primer paso, el mas difícil, es poseer el conocimiento de los mecanismos según los cuales un objeto se vuelve Cultura (y esto es un arma de defensa). Por lo tanto se niega como portadores de Cultura aquellos objetos que generalmente son definidos como tales, o que son impuestos según las reglas de la producción / consumo (el libro de bolsillo periódico, el programa televisivo, el abono al Pequeño Teatro, etc.) o por la tradición (la enseñanza escolar, el libro de poemas, etc.). Indudablemente las vías según las cuales un objeto se vuelve Objeto-Cultura son infinitas: hemos citado las más usadas.

Tercera fase, la mas ofensiva y provocadora: mutar el orden de los valores. Lo que es bello se vuelve feo y viceversa y del mismo modo bueno / malo, útil / inútil, moral / sucio, y así en adelante. Al mismo tiempo mediante el uso de los mismos mecanismos que se dispara para convertir en Cultura un objeto (como una película de Antonioni), se convierte en cultura otro objeto que generalmente no es considerado como tal (una película con Franchi e Ingrassia). El acercamiento público de los dos objetos se vuelve una operación decultural, provocadora. Basta pensar en inversiones análogas de valor en referencia por ejemplo a la enseñanza escolar; y en las consecuencias de las mismas en el ámbito del poder constituido, a nivel de relaciones sociales, interfamiliares (giro de los valores de la unidad familiar etc.). Se trata de un argumento de vasto alcance.

Y así el juego, si lo queremos llamar de este modo, es entre otras cosas divertido. A este propósito proponemos los siguientes ejercicios.

1) Ir al Smeraldo a ver el espectáculo como si se fuera al Piccolo Teatro a ver *Galileo* de Brecht.

2) Ir a ver *Django* con Franco Nero, dirigida por Sergio Corbucci como si se fuera a ver *Ombre Rosse*, dirigida por John Ford.

La corriente situacionista

Con la experiencia del diario *S* aparece en Italia o al menos se vuelve de uso bastante corriente el término «situacionista». En realidad esta corriente cultural revolucionaria existía en Francia desde 1958. Ligada inicialmente a corrientes de las vanguardias artísticas y literarias. como el letrismo, el surrealismo y el dadaísmo, cruza su recorrido con la experiencia de *Socialisme ou Barbarie* dentro la reflexión sobre las experiencias del consejismo alemán, del comunismo de izquierdas (*Linkskommunismus*) y de los comunistas libertarios.

Seguramente fue la corriente más radical y revolucionaria antes y durante el Mayo francés, del cual será un componente de gran relevancia. La Internacional Situacionista es además protagonista de las ocupaciones de Estrasburgo durante las cuales nace el documento *De la Misère En Milieu Étudiant* [*De la miseria del medio estudiantil*] que circulará por toda Europa contribuyendo a desenmascarar las teorías «recuperadoras», que tendían a encerrar la rebelión en curso dentro de la pseudo-categoría de orden natural de la eterna y periódica revuelta juvenil y no, como posteriormente se revelería, «como una señal premonitoria de una subversión más vasta que engloba la imposibilidad de vivir en estas condiciones: el preludio de la próxima época revolucionaria».[60]

En realidad la Internacional Situacionista había sido creada en Italia en Cosio d'Arroscia (Cuneo) en 1957. En ese encuentro estuvieron presentes: Pinot Gallizio, Asger Jorn, Piero Sismondo, Elena Verrone, Walter Olmo del movimiento internacional para una Bauhaus imaginista, Guy Debord y Michele Bernstein de la Internacional letrista y Rulph Rumney del Comité psicogeográfico de Londres.

El documento programático fue escrito por Guy Debord (que se convertirá en uno de los principales referentes de la IS) y está particularmente centrado en la necesidad de «construir situaciones» en el seno de las cuales se realice la superación del arte en una primera fase, para luego situarse en términos mas generales frente a la crítica de la vida cotidiana. Más tarde, en las tesis de Hamburgo se propone:

---

60 *Ibídem.*

- Proyectarse como conjunto separado en su totalidad (rechazo del reformismo).
- Construir bases situacionistas, preparación de un urbanismo unitario y de una vida liberada.
- Restituir a la vida su preeminencia frente a los modos míticos, inmutables, cuantificados.
- Definir nuevos deseos en el campo actual de posibilidades.
- Adueñarse de los medios técnicos que dominan lo posible y les impiden realizarse.

A pesar de su explicación sintética estas tesis, elaboradas a comienzos de 1960, son notablemente anticipadoras de las tendencias y comportamientos futuros. La IS se desarrolla a través de «situaciones», organizando diferentes secciones en Italia, Bélgica, la República Federal Alemana, Argelia, Escandinavia. Si en Italia esta corriente es prácticamente subterránea hasta la vigilia de 1968, en Francia tiene su principal expansión y desarrollo dentro del debate general y de la práctica cotidiana.

Aproximadamente hacia 1967 aparecen de forma casi paralela el *Traité de savoir vivre à l'usage des jeunes générations* [*El tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones*] de Raoul Vaneigem y *La société du Spetacle* [*La sociedad del espectáculo*] de Guy Debord. Estos textos, junto a la revista de la *Internacional Situacionista* que se publicará hasta 1969, tienen una inmediata respuesta dentro del clima de insubordinación que llevará a mayo. Con tiradas de pocos miles de ejemplares están, «según algunas estadísticas», entre los libros mas robados de las librerías de París. Y se agotan rápidamente. Al comentar este episodio Sergio Ghirardi y Darío Varini, editores de una antología del IS publicada por las ediciones Salamandra,[61] dirán: «La prepotente explosión de mayo, precedida por la hoguera de Estrasburgo, no hizo más que revelar este "agotamiento de la teoría" como algo dramático. La teoría se encontraba en su práctica».

La extraordinaria capacidad de análisis de los mecanismos de dominio real del capital, el uso creativo e innovador del joven Marx, la critica radical sin mediaciones de los aparatos burocráticos y de gran parte de la tradición leninista, unidos a una sólida reflexión sobre las experiencias de las tendencias ajenas a la Tercera Internacional, son las características más relevantes de la producción teórica y de la actividad práctica de los situacionistas.

---

61 *Ibídem.*

Esta corriente anticipa también de forma amplia la temática de la correspondencia entre teoría y práctica. He aquí una demostración evidente de la imposibilidad tantas veces repetida de mantener en pie la propia organización de la IS: «Se trata de aplicar a la IS la crítica que ella misma ha aplicado al viejo mundo», escribirán Debord y Sanguineti criticando la posible recaída en la jerarquía política por parte de la IS. El problema se plantea en términos globales. «Su solución práctica sobrepasa a la IS e incluye a todos aquellos que comienzan a enfrentarse a las ruinas de esta sociedad». Se trata de evitar prácticas esquizofrénicas pero también las ilusiones democráticas. «El problema no es que algunos vivan, piensen, hagan el amor, disparen, hablen mejor que otros, sino que ningún compañero viva, piense, haga el amor, dispare o hable tan mal como para encontrarse obligado a disimular sus retrasos, a jugar a las minorías oprimidas y a reclamar, en el propio nombre del plusvalor que acuerda con otros por su insuficiencia, una democracia de la impotencia en la que se afirmaría evidentemente su dominio».[62]

Es difícil imaginar un llamamiento más radical a la crítica de las falsas democracias internas, de la relación entre el productor de teoría y su beneficiario, de los malentendidos recíprocos que lo sostienen. Por lo demás es evidente la indicación de responsabilidad individual de cualquiera que practique la delegación aunque sea sólo en el campo de la teoría.

> Abolición del trabajo asalariado en una época en la que el desarrollo de las fuerzas productivas abre la posibilidad de la total liberación del trabajo asalariado, de la jerarquía, de las clases, sin tener que pasar por la larga tradición en la que un nuevo poder tendría que llevar a término la obra histórica del capitalismo (según el modelo leninista y los modelos tercermundistas entonces en boga). Esta finalidad es ahora inmediatamente realizable en la práctica del movimiento revolucionario, que ya no se propone la construcción de un partido, de una ideología, de un lejano futuro comunista por el que sacrificarse [...]. Estas tendencias han tenido una influencia directa sobre los acontecimiento italianos de ese período y de los años sucesivos y sobre la formación de una corriente afín en Italia [...]. La revolución ahora, no necesita para nosotros de un partido y de un sindicato, no se afirma sobre la base de un rechazo ahistórico del pasado, lo que provoca, por el contrario, la ritualización de todo el recorrido de la lucha de clases.

---

62 *Ibídem.*

> La concepción unitaria de la organización de la lucha y de la gestión apelaba efectivamente a la polémica de la anarquía y del anarco-sindicalismo contra la política y la jerarquía, al mismo tiempo instrumento esencial de la crítica y del análisis teórico de los revolucionarios, pero sólo en la obra de Marx se había ido mas allá de la superficie de las relaciones de gestión y de poder en el capitalismo. A los situacionistas se nos ha caído la razón de ser del conflicto entre Marx y Bakunin.

La corriente situacionista italiana después de la breve aparición con la revista *S* está presente durante gran parte de 1968 dentro del movimiento más vasto de revuelta en las universidades y en la sociedad. En el curso de 1969, sobre todo, se dan también «situaciones» de intervención local —en particular en Génova donde durante el Otoño caliente se publica *El boletín de información, que sucesivamente se transformará en Ludd y posteriormente en Ludd-Consigli proletari— progresivamente dificultadas por la emergencia de las tendencias burocráticas y estalinistas.*

De todos modos, durante años la práctica de la crítica «de la ideología de lo político» será constante anticipando casi siempre los análisis de los «grupos» (como sucede en lo que se refiere al «terrorismo de Estado» y en el juicio sobre el nacimiento del «partido armado»), a menudo vergonzosamente atacados con las tesis más injuriosas producidas por el cierre sectario de los líderes emergentes. Durante el movimiento de 1977 se producirá un importante intento de «recuperación» de masas de la cultura situacionista.

Aquí es casi imposible profundizar en la gran riqueza y complejidad de los situacionistas, sólo podemos indicar en nota una bibliografía las referencias esenciales.[63]

---

63 Bibliografia esencial del «situacionismo» [se reproducen directamente las ediciones en castellano]: *Internacional situacionista. Textos completos en castellano de la revista Internationale Situationiste (1958-1969)*, III vol., Madrid, Literatura Gris-Traficantes de Sueños, 1999-2004; Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*, Valencia, Pre-Textos, 1999 (aunque es preferible una edición no autorizada que es fácil de encontrar en librerías políticas y bibliotecas sociales); Raoul Vaneigem, *Tratado del saber vivir para uso de las nuevas generaciones*, Barcelona, Anagrama, 1997; Raoul Vaneigem, *Trivialidades de base,* Barcelona, Anagrama, 1976. Ya en italiano Mario Perniola, «I situazionisti», en *Agar Agar*, num. 4, Arcana, Roma, 1974; Giorgio Cesarano, Pero Copo y Joe Fallisi, *Cronoca di un Ballo Mascherato*, Milán, Varani, 1974; Giorgio Cesarano, *Apocalisse e Rivoluzione*, Bari, Dedalo, 1976; Giorgio Cesarano y Gianni Collu, *Manuale di sopravvivenza*, Bari, Dedalo, 1977; Giorgio Cesarano, *Critica dell'utopia capitale*, Milán, Varani, 1981; Wolf Woland, «Teoria radicale: lotta di classe (e terrorismo)» en *Terrorismo o Rivoluzione*, Turín, Nautilus, 1982. También es de notable interés la consulta de la revista *Puzz* publicada en Milán entre 1973 y 1977. Entre las revistas más importantes de la tendencia véase el *Maelstrom* editado por la Accademia dei Testardi, Milán, Varani.

3. El nacimiento del obrero masa y la fractura del movimiento comunista

El nuevo sujeto obrero

Si los años cincuenta se caracterizaron por la figura del obrero profesional, de fuerte espesor ideológico, dotado de una memoria histórica ligada a la Resistencia, consciente de una misión política que debía desplegar para transformar la sociedad en un sentido democrático y socialista, desde los años veinte (los años de la introducción del sistema Bedaux[1] en el proceso productivo) existían en las fábricas amplios estratos de obreros descualificados y despolitizados. En los años cincuenta, especialmente en la Fiat de Turín, este componente descualificado adquiere una consistencia propia por medio de los obreros provenientes de la inmigración interna.

Se trata de un sujeto que poco entiende de las proyecciones políticas de las vanguardias comunistas, que no tiene detrás de sí la memoria de la Resistencia, y que durante un largo periodo de tiempo permanece en silencio, despojado de identidad.

En los años sesenta, con la introducción masiva de la cadena de montaje, este sujeto obrero pasa a ser mayoría en la fábrica. Puede decirse que la fase de la Reconstrucción ha concluido, pero ninguna de las previsiones realizadas por las vanguardias del PCI se había hecho realidad: ha aumentado cada vez más la explotación, las condiciones de vida mejoraron pero

---

[1] El sistema Bedaux es un sistema de control del ciclo de trabajo en la industria.

de forma insuficiente y la realización del socialismo estaba cada vez más lejos. En este contexto estallan, de forma cada vez mas frecuente, las reivindicaciones masivas de tipo salarial, basadas en necesidades concretas y materiales. Sin embargo, si por un lado, este comportamiento reivindicativo parece favorecer la «política de rentas» deseada por el capital, por el otro, desintegra la vieja proyección del obrero profesional comunista, que permanece ligado a la perspectiva de una crisis catastrófica del capitalismo y de una transición probablemente indolora hacia el socialismo.

Pero no sólo se verifica esta hipótesis. El nuevo sujeto, que será definido como «obrero masa», no respeta ninguna de las reglas conocidas en relación con la huelga y, más aún, inventa otras. Como la huelga de «silbato» en la que, frente a una señal convenida, el trabajo se interrumpe sin previo aviso (históricamente este método de lucha se ha llamado también *wild cat*[2]). La reacción de los cuadros comunistas, frente a prácticas que consideraban extrañas a su tradición y a su estrategia, es de gran perplejidad.

La burguesía y el sistema de partidos políticos se ven cogidos por sorpresa, a caballo de un proceso que ellos mismos habían contribuido a dar a luz, pero que sin embargo tiende a escapárseles de las manos. Después de haber intentado un giro reaccionario con el gobierno Tambroni, la Democracia Cristiana se ve obligada a iniciar un largo diálogo con los socialistas que llevará a la formación del primer gobierno de centro-izquierda, en un intento de jugar la carta del «reformismo» y de la socialdemocracia para controlar el conflicto social. En los tres años (1960-1963) que preceden el nacimiento del centro-izquierda se entrecruzan complejas maniobras de tipo autoritario, favorecidas por los servicios secretos americanos.

Sale a la luz la estrategia del «partido del *golpe*» y el uso de cuerpos autónomos del Estado (servicios secretos como el SIFAR[3]) con una función antiproletaria y conservadora. Como explicará años después Roberto

---

2 *Gatto selvaggio* en el original. La voz más correcta en castellano sería huelga salvaje, pero la ambigüedad de su significado (que incluye todo paro no reconocido por la mediación institucional o por la patronal, o bien toda huelga que se extienda «de forma excesiva en el tiempo») preferimos conservar la voz inglesa, *wild cat*, mucho más conocida en castellano que la acuñación de «gato salvaje» [*N. del E.*].

3 *Sirvizio de Informazioni Forze Armate*, creado en 1948, dependía directamente del Jefe del Estado Mayor. Fue utilizado más allá del campo militar, en operaciones contra las organizaciones obreras y políticas. Por esta razón fue objeto de importantes escándalos (el más importante el que se menciona en el texto con el comandante De Lorenzo y la intervención de Estados Unidos) que llevaron a su reestructuración y cambio de nombre en 1965 [*N. del E.*].

Faenza en su libro *Il Malaffare*,[4] basado en documentos originales de la biblioteca del Congreso estadounidense, los americanos tenían serias intenciones de impedir el llamado «giro a la izquierda» determinado por el ingreso del PSI en el gobierno. El caso SIFAR, que comprometía al general De Lorenzo (su comandante) y también a ámbitos cercanos a la presidencia de la República, será encubierto y ocultado por el entonces jefe de gobierno Aldo Moro,[5] a través de la técnica ya consumada de las «omisiones» y del secreto de Estado. El presidente de la República Antonio Segni, que había sido elegido por medio del apoyo determinante de los votos monárquicos y de los *missini* (del MSI), cogido por sorpresa, será elegantemente prejubilado. Pero a pesar de todas estas maniobras y complots, las luchas de fábrica continuaron extendiéndose con características y métodos nuevos. La categoría de la «centralidad de la fábrica» se convirtió en el elemento fundamental de todos los análisis revolucionarios.

Plaza Statuto, el inicio del enfrentamiento

A principios de los años sesenta, la centralidad de la fábrica aparece antes que nada, bajo la forma de la tensión y de un fuerte conflicto dentro de los procesos de producción, de forma particular en el sector siderometalúrgico. Aquellos años son testigo de que el esfuerzo de la patronal italiana se concentra en la extracción de plusvalor relativo, es decir, en las inversiones y modificaciones de la organización de la producción tendentes a aumentar, exclusivamente, la productividad por hora del trabajo obrero. Después del salto tecnológico de los años cincuenta, se produce la aceleración

4 Roberto Faenza, *Il Malaffare*, Milán, Mondadori, 1978.

5 Quizás el principal líder de la Democracia Cristiana (1916-1978) durante las décadas de 1960 y 1970. Fue varias veces jefe de gobierno y protagonizó varias alianzas con los partidos socialistas. A partir de 1975 dirigió el acercamiento de la DC al PCI, llevando a cabo una mortífera alianza contra los movimientos sociales de base, bajo la etiqueta y la doctrina acuñada por Berlinguer (secretario entonces del PCI) del Compromiso Histórico. En 1978 fue secuestrado y luego ejecutado por las Brigadas Rojas, en uno de los capítulos más determinantes del marco temporal de este libro [*N. del E.*].

de los tiempos de trabajo y el intento de apoderarse completamente del tiempo de vida y de trabajo de los obreros. Al fordismo de la cadena de montaje y de la innovación tecnológica continua, se aplica el taylorismo de la fragmentación de tiempos llevándolo a su punto más alto.

En las grandes ciudades la degradación del hábitat de la fuerza de trabajo inmigrante acompaña a la descualificación general del trabajo obrero de las grandes fábricas. La centralidad de la fábrica aparece además en los contenidos de la reflexión teórica de aquellos años en cuestiones como la organización del trabajo y el proyecto tecnológico. A partir de los años sesenta las cuestiones de la relación hombre-máquina, clase obrera-innovación tecnológica, que en las teorizaciones precedentes nunca se habían librado completamente de una postura ambivalente con relación a la organización científica del trabajo; se convierten en las cuestiones cruciales de la nueva izquierda italiana.[6] Este vuelco fue introducido por Raniero Panzieri con su lectura e interpretación del «Fragmento de las máquinas» incluido en los *Grundrisse* de Marx.

La cuestión destacada por Panzieri era la de las formas del dominio capitalista sobre la fuerza de trabajo o, tal y como él lo llama, del «despotismo del capital». Panzieri muestra cómo el capital asume la racionalidad tecnológica como forma e instrumento de su propio dominio, de tal manera, que es el propio desarrollo tecnológico lo que determina, en este caso en sus características profesionales, la fuerza de trabajo obrera y lo que sanciona, en consecuencia, la esclavitud política de esta última. Sólo asociándose y reivindicando el control del proceso productivo en su totalidad, los obreros pueden volverse sujetos políticos e ir más allá de los límites del «fatalismo» del sindicato que, considera como algo «objetivo» y «racional» el orden del capital fijo, del que sólo tenía que corregir, sobre todo, las «distorsiones» del sistema. De ahí la necesidad, para Panzieri, de recomenzar el trabajo político de «encuesta obrera», como proyecto de un saber y de un compromiso directos de la clase obrera en la elaboración de su propia estrategia de lucha.

---

6 Sobre esta cuestión y sobre la consecuente aparición de la nueva figura de la clase obrera, véase: Sergio Bologna, *Teoria e storia dell'operaio massa in Italia nelle ricerche di sotira dell'industria dell'auto (dopo la lettura del Daimler-Benz Buch)*, una publicación realizada por la Fundación de historia social del Siglo XX de Hamburgo.

La figura del obrero masa se forma por completo en esos años, en el cuadro de las modificaciones del ciclo productivo y en el surgimiento de un nuevo saber de clase. Después de años de silencio, este toma la palabra de manera explosiva durante la renovación de los convenios de 1962, que cogen por sorpresa incluso a aquellos que en parte habían anunciado este acontecimiento y que tendrían que haberlo conocido, o al menos así parecía.

La renovación de los convenios de 1962 puede ser considerada, desde el punto de vista de las luchas obreras, el momento de separación entre el periodo de la Reconstrucción disciplinaria y el de la reapertura de un conflicto que desembocará, siete años más tarde, en el gran acontecimiento del «Otoño Caliente».

Los acontecimientos vienen anticipados, además, por una fuerte tensión que se había acumulado en las fábricas y en las ciudades y que tiene sus raíces en la sobreocupación, en el movimiento migratorio de masas desde el campo hacia los centros industriales del Norte, en la explotación, ya sin freno, de la fuerza de trabajo que se había ampliado a la sombra de la disciplina productiva de la Reconstrucción. La Fiat había logrado que en sus propios talleres bastara un promedio de dos horas de trabajo para reproducir el valor de la fuerza de trabajo: la tasa de plusvalía era del 400%. A esta situación no le era extraña la ineficiencia del sindicato, más atento a las necesidades del PCI que a las presiones de la clase obrera. La necesidad de reformar el sindicato, que ya no correspondía a las necesidades de la situación, era por otro lado una de las cuestiones recurrentes de los años sesenta, así como la de la transformación de las estructuras políticas que en parte fue realizada por el centro-izquierda.

El año de los convenios se abre en Turín con dos grandes huelgas en la Lancia y en la Michelin. En ellas, al lado de los más viejos, los cuadros comunistas de fábrica, entran en escena con fuerza los obreros jóvenes, muchos inmigrantes recientes; además, las enormes manifestaciones desembocan rápidamente en las calles turinesas, que son recorridas a lo largo y a lo ancho durante los primeros meses de 1962. Ya durante estas huelgas la UIL[7] intenta llegar a acuerdos por separado. Después, la lucha

---

7 *Unione Italiana del Lavoro* nace el 5 de marzo de 1950, en la diáspora de los católicos y socialistas de la CGIL debido a la indiscutible hegemonía de los comunistas. A partir de una serie de grupos de inspiración socialista se constituye a este sindicato con una escasa implantación a nivel nacional pero con una importancia relativa en algunos sectores. Tuvieron siempre una relevante conexión política con los partidos socialistas [*N. del E.*].

contractual se extiende a todas las fábricas metalúrgicas de Turín que inician sus propias huelgas; cien mil obreros el 13 de junio mientras la Fiat todavía no se mueve. Y sus obreros, que se dirigen al trabajo, «atraviesan Turín en huelga sobre los tranvías desiertos».[8] No por mucho tiempo, porque el 19 de junio las vanguardias de la Fiat, después de años de inmovilización, entran en lucha. Es la huelga de los siete mil: en la SPA Stura, en las Fundiciones, en las Auxiliares, en la Lingotto, en el Avio y en la Aeronáutica, en los Altos Hornos. Con este empujón se multiplican por doquier los piquetes obreros y las manifestaciones internas en todas las secciones de la Fiat. De estos movimientos toma impulso la huelga de los sesenta mil de la Fiat, el 23 de junio de 1962.

Ahora bien, entre todos, son doscientos cincuenta mil los obreros en huelga en Turín. De esta gran constelación de luchas surgirán los miles de manifestantes que, en oleadas sucesivas, después del anuncio de que la UIL había firmado un acuerdo por separado con la Fiat, llevarán a la ciudad la huelga por el convenio y vendrán a alimentar durante tres días consecutivos, el 7, 8 y 9 de julio, la Revuelta de plaza Statuto. Las huelgas de 1962 constituyen la primera gran oleada de huelgas obreras después de la Resistencia, pero también, con plaza Statuto, la primera gran revuelta obrera después de la Resistencia y la Reconstrucción, precedida sólo por los acontecimientos de julio de 1960 en Génova que tuvieron el carácter de una gran insurrección popular. ¿Qué sucedió en plaza Statuto?

> Los sindicatos después de los sucesos del 23 de junio, anuncian la huelga por el convenio para los días 7, 8 y 9 de julio dentro de un clima frenético por ambas partes: en el movimiento obrero debido al éxito de las huelgas de junio y porque, después de años de silencio, una ciudad entera se abstiene de trabajar; en la patronal por razones opuestas puesto que, también con gran energía, han realizado maniobras para impedir que sean interrumpidos tantos años de dominio triunfante. El primer golpe lo da la Fiat que durante la vigilia de la huelga firma con la UIL y el SIDA (sindicato de la Fiat) un acuerdo por separado que concede algunos aumentos salariales pero nada en lo que se refiere al horario de trabajo, los ritmos y los tiempos y la revisión de las normas disciplinarias.

---

8 Dario Lanzardo, *La rivolta di piazza Statuto, Turín, julio 1962*, Milán, Feltrinelli, 1979. Este texto es la mejor documentación sobre Plaza Statuto. Contiene una importante serie de entrevistas a algunos protagonistas de las jornadas y un análisis puntilloso de las interpretaciones que fueron dadas.

Dado que en las precedentes elecciones de la fábrica la UIL y el SIDA obtuvieron el 63% de los votos, los estrategas de Valletta piensan que el acuerdo por separado hará caer la huelga del 7 de julio. El sábado por la mañana, en cambio, la huelga es total y general: una ciudad entera se detiene. Hacia el final de la tarde comienzan a agruparse personas alrededor de la sede de la UIL en plaza Statuto, dentro de la cual están atrincherados los sindicalistas que han firmado el acuerdo por separado, protegidos por la policía. Los primeros en llegar y en silbar, algunos cientos, son los propios obreros afiliados a la UIL.

Posteriormente llegan el resto, de los sindicatos y de todas las fábricas. Muchos son obreros jóvenes, los mismos que habían llevado a cabo las huelgas en las fábricas [...]. Cada hora que pasa aumentan, se convierten en miles. También los policías aumentan con la llegada del batallón Padua de la Celere, con su propio cortejo de jeeps y camionetas, desplazado a Turín en previsión de la huelga por el convenio. Hacia las cuatro del sabado 7 de julio comienzan las redadas de la policía, las pedradas, los enfrentamientos cuerpo a cuerpo, los porrazos, los detenidos, los lacrimógenos. Más tarde, por la noche, no tiene éxito el intento del secretario de la Cámara del Trabajo de Turín de hacer regresar a sus propios afiliados con el fin de llevarlos lejos de allí. Ninguno le sigue. También un dirigente prestigioso como Giancarlo Pajetta se declarará impotente, en aquellas horas, en los alrededores de plaza Statuto. Mientras tanto la noticia de los enfrentamientos se ha difundido por la ciudad, muchos de los que estaban allí desde el comienzo se habían apresurado a llamar a otros que no estaban, todos volvieron y desde las seis de la tarde, las calles y las avenidas que desembocaban en la plaza Statuto llegan grupos cada vez más numerosos. Desde las siete hasta las cuatro de la madrugada prácticamente no se detienen los choques, cada vez más violentos, entre la policía y los manifestantes que ocupaban alternativamente la plaza y los alrededores que a su vez habían perdido un momento antes.

A las once de la mañana del domingo 8 de julio miles de personas están de nuevo dando vueltas por plaza Statuto; hay también un enorme despliegue de la policía y de los carabinieri, que habían sido hechos venir desde el Veneto y desde la Emilia, y que cargaron enseguida, muchas veces, con el fin de dispersar a las masas, aunque los manifestantes no se dispersaron. Impresiona este enfrentamiento que perdura en el tiempo y que no quiere detenerse, esta tensión que tiene que expresarse y que no quiere escuchar razones de orden institucional. El lunes, 9 de julio, se produce de nuevo. Tensión delante de las fábricas donde la policía y los piquetes obreros se enfrentan y después miles de manifestantes convergen, otra vez, en la plaza Statuto. Por tercer día consecutivo, desde las once de la mañana hasta las dos de la noche se producen

enfrentamientos ininterrumpidos entre manifestantes y policía, con cargas cada vez más frecuentes, con repetidos cercamientos de la plaza por parte de las fuerzas del orden y con cargas que desde el centro se dirigen radialmente hacia el exterior, sin ahorro de botes lacrimógenos y por medio de una fumigación general de toda la zona.

Pero a pesar de los imponentes medios empleados y de la dureza de la represión, (entre otras cosas, casi todos los detenidos sufrieron el «pasillo»[9] cuando llegaban a la comisaría), la policía y los carabinieri no logran ocupar de forma estable la plaza. Los grupos de manifestantes, después de tres días de lucha, empiezan a parecer coordinados, son muy móviles, se forman continuamente allí donde habían sido dispersados y con obstinación levantan barricadas, utilizan ondas, se baten con la policía. La noche del martes 10 de junio, un ejército de policías y carabinieri logra conquistar la plaza y retenerla. Los enfrentamientos de plaza Statuto han terminado. La represión será muy dura. Y por si fuera poco, habrá que escuchar y leer cosas de todo tipo sobre plaza Statuto.

De los *Quaderni Rossi* a *Classe Operaia*

Mientras los acontecimientos están todavía en curso, todos o casi todos, desde la izquierda y desde la derecha, tienen una explicación infalible, como si estos acontecimientos hubieran sido previstos, esperados y radiografiados, cuando por el contrario cogieron a todos por sorpresa, incluso a muchos de los obreros que fueron protagonistas de los mismos. Una «provocación» perpetrada por la «policía», por la «patronal», por «vándalos», por «facistas», a los que después se agregarán los «grupos extremistas», una explicación muy usada por la izquierda italiana; por otra parte se acusa a los comunistas de haber incitado a los obreros en los duros piquetes frente a las fábricas y de haber manipulado al pueblo turinés en la calle.

---

9 *Galleria* en el original. Los policías o los carabinieri formaban un largo pasillo por el que tenían que pasar los detenidos. Mientras realizaban esta particular travesía eran insultados y golpeados por los agentes. Intolerable práctica revanchista y denigratoria, es todavía frecuente en las detenciones masivas después de manifestaciones y enfrentamientos públicos, como se ha podido comprobar en las jornadas de Génova del año 2000 [*N. del E.*].

En realidad, cada uno explica plaza Statuto con sus propios fantasmas, de tal modo que en las multitud de declaraciones, denuncias y distanciamientos aparecen todos los monstruos de la ideología de cada cual, pero nada o casi nada de los sujetos reales que estaban en plaza Statuto, que estaban en la revuelta con el fin de protestar y luchar, y tampoco sobre la novedad que representan. En este juego de ocultamientos participan también aquellos que denuncian «manifestaciones de un anarquismo lumpenproletario» ajeno a los objetivos de la lucha obrera. Esta última declaración es de Raniero Panzieri que creía en ello de verdad, no así en cambio otros miembros de *Quaderni Rossi*. El primer número de *Cronache dei Quaderni Rossi* hará, posteriormente, un análisis profundo de la huelga de la Fiat, pero será prudentísimo, por no decir distante, acerca de los «hechos de plaza Statuto»,[10] aunque el texto reconozca con cierta claridad la nueva composición de la clase obrera que había protagonizado las huelgas de Turín, que con su propia determinación y necesidad había desbloqueado una situación estancada desde hacía años y había dado un impulso determinante a las luchas.

Sin embargo, en todos los textos que conforman las *Cronache*, la huelga de los obreros de la Fiat era mantenida rigurosamente separada de los acontecimientos y de los sujetos de plaza Statuto. Cuando, en cambio, era lo contrario lo que era cierto: los protagonistas de la huelga de la Fiat fueron los mismos que los de plaza Statuto. Esto era lo que, de repente, no se quería entender ni aceptar y a lo que se oponía el gran baile de máscaras de las figuras que explicaban los hechos. Una parte importante de los obreros había mutado, ya no pertenecía a la tradición comunista que se había formado durante la Resistencia, y no se subordinaba a la disciplina de la fábrica y del partido del período de la Reconstrucción. Movilidad de clase, emigración masiva, desarraigo cultural y condición de vida urbana habían comenzado a ajustar las cuentas a la composición de clase tradicional. Las formas de subjetivación y de lucha en las que se expresaban la insatisfacción de la vida y del trabajo comenzaban a no ser, ya, completamente reducibles a las reglas institucionales establecidas.

---

10 Godoffredo Fofi, «Algunas observaciones sobre los hechos de Piazza Statuto», en *Cronache dei Quaderni Rossi*, num. 1, septiembre de 1962. Pero quien sobre todo sabe recoger correctamente de aquellos días los elementos de la nueva composición de clase y al fin y al cabo el lazo entre plaza Statuto y las huelgas de Turín fue Umberto Segre en «Piazza Statuto e altro», en *Ponte*, julio de 1962, y en un artículo publicado en *Il Giorno* de julio de 1962.

En los tres días de la revuelta de plaza Statuto, con la culminación de la gran huelga de la fábrica y estrechamente conectado con ella, aparece por primera vez la figura del obrero de masa, del obrero descualificado que tiene una alta productividad, arrojado a la producción como pura fuerza de trabajo, que se rebelaba a su destino, llevando la huelga a formas muy altas de tensión y de éxito, con piquetes o dentro de la fábrica, pero llevando, también, el enfrentamiento de la fábrica al territorio urbano. La centralidad de la fábrica significaba también eso: que tenía la ciudad como lugar de articulación.

La composición de clase había cambiado, y con ella también los comportamientos, las prácticas y los tiempos del enfrentamiento de clase, tal y como habían cambiado los modos de acumulación capitalista y de extracción de plusvalor durante el período de la Reconstrucción. Estos últimos cambios eran más fáciles de admitir que los primeros. Es decir, era más fácil analizar las conmociones en la composición del capital fijo y en las formas de su despotismo, que aceptar las formas de subjetivación y de revuelta obreras en relación con condiciones de vida y de trabajo intolerables, sobre todo, si se expresaban bajo la forma de comportamientos anómalos, imprevistos, desconocidos, ingobernables, fuera de la disciplina y de las reglas políticas y sindicales que habían caracterizado la larga Reconstrucción de los años cincuenta.

Plaza Statuto es el anuncio de que los sujetos y las formas del conflicto están cambiando, de que sus tiempos ya no van a ser los de la periodicidad mecánica, sino más bien los de un conflicto permanente que crecerá hasta llegar a la lucha urbana de corso Traiano de julio de 1969. En plaza Statuto se inicia la historia del movimiento de la Autonomía obrera en Italia.

Las investigaciones de Panzieri y la cuestión de la relación hombre-máquina, suscitaron un trabajo de investigación directamente sobre el terreno de las grandes fábricas, especialmente, en la Fiat, y en las fábricas con altas tasas de innovación tecnológica, como la Olivetti de Ivrea. Este trabajo de grupo de los *Quaderni Rossi*, que se desarrolla a partir de entrevistas con los obreros, permite que reaparezca la encuesta obrera, para usar los términos de Marx, como instrumento para el conocimiento de la naturaleza y de la forma del ciclo productivo de la fábrica y como expresión de las demandas de autonomía obrera. Desde los primeros números, publicados

a partir de 1961, los *Quaderni Rossi* dan testimonio de la riqueza de esta relación con la fábrica, particularmente en las investigaciones dirigidas por Romano Alquati sobre la Olivetti, que permiten leer, ya a comienzos de los años sesenta, la naturaleza de la «terciarización» en curso en Italia.

Con estas actividades, el grupo de intelectuales que formaban los *Quaderni Rossi*, ayudado por algunos cuadros obreros, establecen una red de intervención y de búsqueda que comienza a articularse en algunas grandes fábricas del Norte de Italia. Su intervención se desarrolla al lado del sindicato, aunque ya desde muy temprano no podrán evitar dar lugar a formas autónomas de intervención, como sucede en la huelga de la Fiat de 1962, cuando comparecen delante de los portones de la fábrica con un panfletito autónomo: «A los obreros de la Fiat», dando inicio, de hecho, a una intervención en la fábrica y a un discurso sobre la organización de la lucha de los obreros no alineados con las otras instituciones políticas y sindicales existentes.

Sobre estas cuestiones se forman, en el seno del grupo de los *Quaderni Rossi*, posiciones contrarias que llevarán a la ruptura del grupo. En el grupo originario de los *Quaderni Rossi* existía unanimidad sobre la madurez de la tendencia revolucionaria y sobre la necesidad de indicar los pasos organizativos más cercanos a los intereses de clase, pero existían divergencias sobre los pasos determinantes en los que esta organización adquiriría naturaleza política. Panzieri, y con él una parte del grupo, procede con extrema cautela y prudencia en relación con los grupos que comenzaron a hacer intervención en la fábrica. Sobre todo después de la Revuelta de plaza Statuto, en la que se ve atacado desde todos los sectores institucionales y casi llega a mantener posiciones de bloque en la iniciativa práctica. Pero esto era ya imposible. La ruptura del grupo de los *Quaderni Rossi* en 1963, dos años después de su fundación, se da en torno a esta tensión, más por razones de práctica política que de principios. El trabajo de la parte de los *Quaderni Rossi* más cercana a Panzieri será desde entonces una contribución importante a la renovación de los estudios de sociología del trabajo en Italia, profundizando y ampliando las temáticas sindicales.

En cambio, otra parte de los *Quaderni Rossi* se separará editando, desde 1964, una nueva publicación, *Classe Operaia*, dirigido por Mario Tronti. El centro de atención estará puesto en el problema de la organización política de la clase obrera y de la intervención teórica y práctica, con el fin de empezar a realizarla.

La escisión de los *Quaderni Rossi* y las razones teóricas de la ruptura entre Panzieri y Tronti[11]

Sandro Mancini

Los tiempos de crisis de los *Quaderni Rossi*, iniciados en 1962 con el aislamiento de las organizaciones del movimiento obrero, se aceleran en 1963 con la firma del convenio de los metalúrgicos y el consiguiente reflujo del movimiento. En un contexto político caracterizado por el nacimiento del centro-izquierda y el crecimiento económico, la conclusión del convenio por separado de las empresas públicas y de las privadas, suscrito por la CGIL por respeto a la unidad sindical —a pesar de su retraso—, marcaba indudablemente una derrota táctica del sindicato de clase y del movimiento obrero. En la evaluación de las luchas por los convenios y de sus éxitos se delinea una clara ruptura en el seno de los *Quaderni Rossi*, fruto de divergencias más lejanas. El componente del grupo más cercano a Panzieri, que después de la escisión continúa la experiencia de los *Quaderni Rossi*, juzga la derrota del sindicato como un debilitamiento de la clase obrera y corrige las hipótesis optimistas formuladas anteriormente acerca de la tendencia de la lucha de clase. El reflujo de los movimientos es debido a la falta de conciencia de los nuevos contenidos de la lucha de clase, que ha impedido a la autonomía obrera expresar nuevas formas de organización. De forma inversa, la tendencia que encabeza Tronti evalúa la derrota de la gestión reformista del convenio como una victoria de la clase sobre las organizaciones del movimiento obrero; el reflujo del movimiento es sólo aparente, porque fenómenos como la apatía y la pasividad política indican el rechazo de la clase obrera a seguir la estrategia de sus organizaciones y su disponibilidad a la radicalización de las luchas. Existen, por lo tanto, las condiciones necesarias para una dirección alternativa de las luchas obreras, que ya han adquirido un carácter antagonista, y para la construcción de una organización de vanguardia en contraposición a los partidos históricos. La corriente de Panzieri acusa al grupo disidente de tener una visón mitológica de la conciencia de los trabajadores y juzga irrealizable a medio plazo la construcción de una alternativa organizada al reformismo. Confía la formación del partido y de la estrategia revolucionaria a un plazo largo, sin que se excluya la posibilidad de que tal proceso pase por los partidos existentes a través de su recuperación para una línea de clase.

---

11 Sandro Mancini, *op. cit.*

Panzieri y Tronti intentan recomponer la discrepancia interna con la publicación, en septiembre de 1962, de un periódico unitario, *Cronache dei Quaderni Rossi*, del que, por otro lado, sólo se publica un primer número. Fracasada esta iniciativa, la divergencia se hace pública en el tercer número de la revista —el último en el que colabora el componente «trontiano»— en el cual comparecen dos editoriales contrapuestas: «Il piano capitale» [«El plan del capital»] de Tronti, que tenía que abrir el número pero que viene precedido por «Piano capitalistico e classe operaia» [«Plan capitalista y clase obrera»], que expone las posiciones del grupo de Panzieri.

Después de la escisión, los caminos de los dos grupos se separan definitivamente; mientras el grupo de Tronti y Asor Rosa que da vida a *Classe Operaia*, intenta el experimento del partido, los *Quaderni Rossi* retoman los contactos con el movimiento obrero, sobre todo con el nuevo PSIUP,[12] e inician un trabajo de formación de los cuadros salidos de las luchas y de una encuesta sobre el grado de conciencia de los trabajadores. En este segundo periodo los *Quaderni Rossi* atribuyen mayor importancia a la cuestión internacional, en la medida en que madura la convicción de que la revolución en los países capitalistas avanzados sólo puede afirmarse en el plano internacional, en discusión con *Classe Operaia* que cree en la posibilidad de la victoria de la revolución en Italia.

Los acontecimientos políticos de los años sucesivos no confirman la victoria de una posición sobre la otra. De hecho, ambas experiencias fracasan en el plano organizativo: los *Quaderni Rossi* no llevarán a término la encuesta, convertida en el eje principal de su intervención, mientras que *Clase Operaia* se verá derrotada en su tentativa de convertirse en la dirección revolucionaria de las luchas.

En 1966 la experiencia de los *Quaderni Rossi* y de *Classe Operaia* está sustancialmente acabada. Una parte de *Classe Operaia* se orientará, también en el plano organizativo, hacia el PSUIP y el PCI, redescubriendo así la importancia «táctica» del movimiento obrero. Los otros exponentes de *Classe Operaia* y lo que queda del núcleo de los *Quaderni Rossi* confluirán, por el contrario, en el movimiento del '68, que heredará las temáticas elaboradas por los dos grupos y confirmará las tendencias de la lucha de clases anticipadas por Panzieri y por Tronti a comienzos de la década.

---

12 *Partito Socialista Italiano di Unità Proletaria*, recupera el nombre y la inspiración del partido del mismo nombre que unificó a socialistas de izquierda en la lucha contra el fascismo en la II Guerra Mundial. Fundado en 1964, recoge a los militantes de la corriente de izquierda del Partido Socialista Italiano a los que les resultaba intolerable la alianza de los socialistas con la Democracia Cristiana. La experiencia, sin embargo, sólo durará hasta 1972 [*N. del E.*].

La razón teórica de la divergencia entre Panzieri y Tronti reside en el diferente modo de entender la relación entre el capital y la clase, la teoría y el partido. Sin embargo, no es posible formular aquí un análisis en profundidad de los motivos políticos y teóricos de la divergencia, porque la elaboración de Tronti, por su complejidad, no se puede definir en pocas páginas sin caer en afirmaciones esquemáticas y apuradas.

Por lo tanto nos limitaremos a considerar aquellos aspectos que ayudan a comprender mejor la elaboración de Panzieri.

El presupuesto teórico de la ruptura entre Panzieri y Tronti está constituido por la distinta interpretación del nexo capital-clase. Para Panzieri el capital y la clase obrera son dos realidades autónomas, irreductibles la una a la otra, por lo que su relación tiene un carácter paritario. Por lo tanto, la dialéctica capital-clase define la sociedad capitalista como una sociedad dicotómica, compuesta por dos realidades antagónicas e igualmente objetivas. Sin embargo, aunque no es posible reducir la clase obrera al capital y viceversa, la modalidad de su antagonismo es determinada por el nivel del capital; por lo tanto la cualidad política de la lucha proletaria, en un determinado momento histórico, depende del momento de desarrollo del capital y no de la radicalidad de la insubordinación obrera. En *Lotte operaie nello sviluppo capitalistico* [*Luchas obreras en el desarrollo capitalista*] Panzieri dice que «la verificación es siempre a nivel del capital, nunca puede ser exclusivamente a nivel obrero. *Por el contrario el nivel obrero se construye seriamente sólo si esto mismo se ha llevado a cabo a nivel del capital y si ha conseguido dominar, comprender, englobar al propio capital*» [La cursiva es nuestra].

La teorización de Panzieri de la dialéctica capital-clase contrasta con la postura de su análisis del neocapitalismo. Aquí, en efecto, el verdadero sujeto del proceso no es el capital, sino más bien el trabajo vivo, mientras que la osamenta objetiva del capital es vista como la respuesta a la insubordinación de la fuerza de trabajo, como el instrumento para materializar el mando capitalista en la realidad objetiva de la producción, el esfuerzo por crear las condiciones «técnicas» de sometimiento del capital variable al capital constante. La relación capital-clase que contiene la crítica de Panzieri del desarrollo capitalista es explicitada en cambio en la elaboración de Tronti. Tronti niega que el capital y la clase sean dos realidades autónomas y teoriza la dependencia del desarrollo capitalista del desarrollo de la clase obrera, la primacía lógica e histórica de la relación de clase sobre la relación capitalista, concibiendo así el trabajo vivo como el verdadero sujeto del proceso histórico, como el motor móvil del capital.

La diferencia de importancia concedida a la relación capital-clase determina las diversas interpretaciones del papel de la teoría. Tronti, al fundar el capital sobre el trabajo vivo, confía a la teoría la tarea específica de elaborar científicamente la primacía del segundo sobre el primero, de leer la historia del capital en los movimientos materiales de la fuerza de trabajo. Por lo tanto, lo que divide la ciencia obrera de la ciencia del capital sería la reducción objetiva a la subjetividad fundada en el trabajo vivo. Tronti traduce posteriormente este vuelco teórico sobre el plano político, desarrollando la cuestión de la centralidad del trabajo vivo en una nueva concepción de la estrategia y del partido. Identifica la estrategia en la clase y la táctica en el partido, esto es, sostiene que la estrategia preexiste en los comportamientos materiales de la fuerza de trabajo en su rechazo espontáneo del trabajo —que expresa el conocimiento de la autonomía de la clase con relación al capital—, por lo tanto, el partido ya no tiene la tarea de transformar la conciencia espontánea y de elaborar la estrategia socialista sino que sólo tiene que coordinar y organizar en el plano táctico la lucha revolucionaria del proletariado.

Panzieri desarrolla su concepción de la teoría y de la organización en la intervención en el seminario sobre la encuesta. En éste sostiene que la interpretación del capitalismo como una sociedad dicotómica es lo que distingue al marxismo y lo que le confiere un carácter sociológico en antítesis a la concepción escolástica que ha hecho de él una filosofía materialista universal: el marxismo es concebido «como ciencia política, como ciencia de la revolución».

Dado que la teoría revolucionaria debe reflexionar sobre el carácter dicotómico de la sociedad, es necesario que ella misma se articule en el análisis del capital y en el estudio autónomo del comportamiento obrero. La duplicación de los planos de la teoría es el elemento que separa a la sociología obrera de la sociología burguesa, que sólo concibe la fuerza de trabajo como un componente interno del capital, alcanzando inevitablemente una visión unilateral de la sociedad. Sin embargo, una vez se discrimina entre sociología marxista y sociología burguesa, es posible utilizar los instrumentos de investigación de ésta última sin temor a menoscabar la autonomía del marxismo, ya que éste no es entendido como un cuerpo dogmático de principios extrahistóricos.

Panzieri discrimina en la encuesta el instrumento de estudio de la clase obrera. El objetivo principal de la encuesta es el de aceptar, de manera rigurosa y objetiva, el nivel real de conciencia de los trabajadores, a fin de evitar su mitificación. El momento de la encuesta precede a la intervención política y le confiere los datos para realizar las elecciones más idóneas. De este modo, mantiene separados el conocimiento y la transformación, situándolos en una esquemática sucesión temporal; la

escisión entre estos dos niveles es ásperamente criticada por Tronti y por Asor Rosa, que acusan a Panzieri y a los *Quaderni Rossi* de concebir el acierto y la transformación de la conciencia obrera fuera de la lucha. En la intención de Panzieri, la encuesta debe estructurarse como «co-investigación» entre los intelectuales y los propios trabajadores que son objeto de la investigación. La encuesta se convierte así en un método útil de trabajo, un instrumento válido para contactar con cuadros de movimiento y encaminar su formación política.

En el centro de la posición de Panzieri sobre el partido está el problema de la conciencia de clase, considerado, en cambio, como algo ideológico por Tronti. La tarea fundamental de la organización revolucionaria es elaborar la estrategia socialista, de la que el rechazo obrero del trabajo sólo es su presupuesto, e indicar nuevos valores comunistas que sean propuestos como modelo normativo en la transformación de la conciencia de los trabajadores. Sin embargo, no está claro si la conciencia de clase debe desarrollarse en el seno del movimiento de masas o si es el producto de una vanguardia externa. Parece que se inclina hacia la segunda hipótesis cuando afirma que el «movimiento político obrero es el encuentro del socialismo con el movimiento espontáneo de la clase obrera». El retorno a este concepto cardinal del leninismo, que funda el socialismo fuera de la clase obrera, parecería convalidar la interpretación de quien ve la experiencia de Panzieri como una experiencia sustancialmente leninista. En realidad tal juicio no tiene en cuenta su aversión constante a otros aspectos esenciales del leninismo, como la subordinación de la clase al partido y la drástica devaluación de la espontaneidad obrera.

Sea dicho, finalmente, que Panzieri no reelabora estas indicaciones fragmentarias en una teoría sistemática del partido, porque —al contrario que Tronti— piensa que el proceso de su construcción no se puede definir a priori, sino que está determinado por la específica situación histórica del capital y de la clase obrera.

Del *wild cat* a la insubordinación permanente

El 15 y el 16 de octubre de 1963 los obreros de la Fiat realizaron una nueva huelga después de la de los convenios y plaza Statuto en junio-julio de 1962. Comenzaron los 6.200 obreros de las Fundiciones dando,

repentinamente, el puntapié inicial a una huelga que posteriormente se propagó «espontáneamente» en otras secciones de la fábrica a modo de *wild cat*. El martes 15 de octubre para el turno de mañana del taller 4, también de forma imprevista, y comienza el paro del turno «normal» y luego el de la tarde.

La huelga toma la forma de *wild cat*, es decir, de paros repentinos en los puntos nodales del ciclo productivo, «de forma espontánea», declarada por los obreros, por ende minuciosamente preparada por una inteligencia obrera que se sirve para sus propios fines de la articulación productiva de la cooperación capitalista. Es lo contrario de una lucha de protesta, limitada, quizás fuerte, pero desorganizada. Requiere de un alto grado de cohesión y de formas activas de organización autónoma. La huelga de tipo *wild cat* del 15 de octubre es histórica porque muestra el surgimiento en la Fiat de una organización obrera en condiciones de realizar una huelga completamente externa a las históricas organizaciones oficiales. Esto muestra la caducidad de la vieja idea según la cual la lucha obrera no puede ser organizada más que por un núcleo interno particular, que detentaría la conciencia antagonista obrera; esto muestra en efecto como esa lucha ha sido organizada directamente y de forma unida por la «masa social» obrera de cada sector de la fábrica que ha contribuido a su realización.

Lo que los obreros privilegian en el *wild cat* es, en primer lugar, la «imprevisibilidad», ya sea en el momento en el que se realiza ya sea en el espacio en el que aparece. El *wild cat* golpea según la rotación generalizada de todo los puntos nodales del ciclo de la fábrica, según las tácticas y decisiones tomadas por los propios obreros.

Esto requiere, para realizarse, de formas de «organización» invisibles, en el sentido de comunicaciones que circulan dentro de la masa social de los obreros y que se convierten en visibles sólo con la realización de la propia huelga. El alcance político de la huelga de tipo *wild cat* es grande porque en ésta se puede expresar la forma de conflicto específica que reaparece con fuerza en las fábrica, en las luchas de 1962: la insubordinación.

Esto no excluye la huelga de masas ni la lucha en la calle; antes bien, el *wild cat* recorrerá de forma variable aquellas formas de lucha, intensificándolas.

Así como en Plaza Statuto la revuelta obrera de 1962 asume formas de enfrentamiento fuera de las normas y de los tiempos institucionalizados, en el *wild cat* de 1963 dentro de la fábrica, la huelga toma la forma de un antagonismo que expresa los tiempos y la intensidad del enfrentamiento político de clase.

Con el *wild cat,* la insubordinación de plaza Statuto entra en la fábrica.

Estos acontecimientos, que son contemporáneos y están estrechamente conectados, se convertirán en una de las referencias y de los modelos, del antagonismo obrero durante los años que desembocaron en el «Otoño Caliente».

En los años sesenta se agotan los mitos de la Reconstrucción y de la disciplina en la producción y en el imaginario. Y esto no sólo en las fábricas y en las universidades de los países capitalistas. Ya a finales de los años cincuenta, en los países del «socialismo real» comienzan a derrumbarse los mitos que le eran inherentes; estallan movimientos muy fuertes contra el Estado y las dictaduras ejercidas en nombre del proletariado.

La crisis de la ortodoxia comunista

La discusión del mito de Stalin, de la infalibilidad del Estado guía, y la invasión de Hungría por los tanques soviéticos provocaron traumas profundos en el seno de los dos partidos históricos de la clase. Mientras tanto, se había demostrado una fuerte disidencia que había llevado a la salida del PSI de un consistente grupo de intelectuales, que como ya vimos darán origen a la corriente obrerista en el panorama político de los años sesenta. En lo que respecta al PCI, en cambio, el proceso es mucho más lento. En torno a los hechos de Hungría, las bases reaccionaron cerrando filas alrededor del partido y a sus tesis, levantando un muro contra cualquier versión que no fuera la de la maniobra dirigida por los servicios secretos occidentales que habían inducido al engaño a los trabajadores húngaros. Sin

embargo, el extenso debate sobre Hungría durará en las secciones del partido hasta el final de los años cincuenta, sedimentando malestares y contradicciones internas también en épocas sucesivas.

La insuficiencia de análisis del grupo dirigente comunista en relación con la nueva fase de desarrollo capitalista es demasiado evidente. Esto hace patente la necesidad de suministrar nuevos instrumentos de comprensión y de intervención más sinceros. Sin embargo, dentro de las secciones, todo permanece cerrado herméticamente mientras se reanudan las luchas obreras ajenas a la dirección de las vanguardias comunistas. Como escribirá más tarde Victorio Rieser en los *Quaderni Rossi*: «Los años cincuenta y sesenta ponen al movimiento obrero italiano frente a hechos profundamente nuevos. Por un lado, el desarrollo capitalista alcanza una extensión sin precedentes; por otro, en concomitancia con el milagro económico, se da, después de años de parálisis, una reanudación cada vez más fuerte de las luchas obreras que evidencia la inadecuación del análisis que el marxismo oficial daba de la sociedad capitalista [...] Si las raíces objetivas de esta crisis [de identidad] están en la intensificación del desarrollo capitalista, el elemento que la cualifica políticamente está constituido por el desarrollo de las luchas obreras».[13]

La crisis de la referencia al Estado guía, la verdad objetiva del informe de Kruschev sobre las fechorías de Stalin, obligan a la dirección del PCI a intentar una rastrera operación de desestalinización en el inmenso territorio de las secciones de base. Las resistencias son muy fuertes. Las bases militantes habían crecido con el mito del gran capitán. La contraposición entre las dos superpotencias en el periodo de la Guerra Fría (desde la postguerra hasta la era de Kruschev) permitía una fuerte identidad con el militante medio, al mismo tiempo que existía una convicción difusa de que Togliatti practicaba una astuta «doble línea»: por un lado respeto y cumplimiento de las reglas democráticas; por otro, una vez alcanzado el poder, instauración de la «dictadura del proletariado». Desde esta perspectiva, y todavía durante muchos años, muchas formaciones partisanas habían escondido las armas en lugar de entregarlas. La cultura de la «Resistencia traicionada» permanecía de forma subterránea, a la espera del momento favorable, al mismo tiempo que respetaba la línea del partido. Con una perspectiva de este tipo, el sueño imaginario de la llegada de la gloriosa «armada roja» con la ayuda fraterna de los revolucionarios italianos tenía siempre un gran valor como elemento de consolación.

---

13 En *Quaderni Rossi*, num. 3, junio de 1963.

Kruschev parecía haber echado a perder una parte de esta perspectiva. Había elaborado la teoría de la «coexistencia pacífica», del respeto substancial a las recíprocas esferas de influencia de las dos superpotencias. En la cultura política de los militantes comunistas el eslogan «fuera Italia de la OTAN, fuera la OTAN de Italia» no sólo tenía la función de defender la independencia nacional, sino también la de constituir, conscientemente, un elemento del futuro proyecto revolucionario. La posición de Kruschev fue leída por muchos como la revisión de una suerte de pacto histórico no escrito. Se inició así la polémica sobre el «revisionismo». Mientras tanto, el panorama internacional estaba dominado por la reanudación y el desarrollo de las luchas de los países del Tercer Mundo. La Revolución Argelina estaba en curso, la cubana experimentaba una rápida aceleración y se iniciaba el histórico conflicto de Vietnam.

> Sobre la ola del vigésimo segundo congreso, Kruschev pone en marcha la política de acercamiento a Occidente, el desafío técnico-económico y la desestalinización. Tres temas que en plazo tan breve, provocan graves polémicas y, posteriormente, una dramática fractura con la República Popular China. Más allá de los intereses del Estado que inevitablemente alimentan el enfrentamiento, las *querelles* ideológicas adquieren una particular relevancia. Y son justamente éstas, las que contribuyen a difundir, en el lapso de pocos años, el nombre de Mao en Italia. El PCI, tanto bajo la dirección de Togliatti como de Longo, se alinea con las posiciones de la Unión Soviética, alejándose progresivamente de la línea china. Y acreditan, por consiguiente, las interpretaciones que da la URSS de la polémica con China, si bien el PCI asume ya con el Memorial de Yalta una actitud más vaga, menos filosoviética, por ejemplo, que la del PC francés. Para usar el lenguaje de los primeros disidentes marxistas-leninistas, el Partido Comunista es víctima de la «degeneración oportunista y pequeño burguesa» como «inevitable consecuencia de una línea de colaboración y de entendimiento con el imperialismo americano y la burguesía italiana». Las franjas extremistas del PCI, que no aceptan la línea política del grupo dirigente, se dirigirán al ejemplo chino y, por acto reflejo, a Albania […].[14]

---

14 Walter Tobagi, *Storia del Movimento studentesco e dei marxisti lennisti in Italia*, Milán, Sugar, 1970.

Como se puede intuir, las cuestiones teóricas en este enfrentamiento adquieren una enorme importancia en claro contraste con el pragmatismo de compromiso de los grupos dirigentes. Inicialmente, tal y como ha escrito Giuseppe Mai (uno de los protagonistas de la práctica marxista-leninista en Italia):

«Este movimiento de oposición no estuvo en condiciones de contraponer una línea y una acción política justa al grupo dirigente del PCI. En muchos casos la batalla no se llevaba a cabo en el plano ideológico, poniendo bajo acusación la línea política del partido: muchos compañeros abandonaban el partido revisionista movidos por un justo desdén, por el aburguesamiento de sus dirigentes y por los clamorosos episodios de colaboración con la burguesía». Después sobrevinieron las motivaciones del disenso chino y el conocimiento del pensamiento del «gran timonel» Mao Tse-Tung. Y «todos los marxistas-leninistas —escribe Mai— han contraído una deuda de reconocimiento de los partidos y los pueblos de la República Popular China y Albania por la ayuda dada por ellos a las clases explotadas italianas».

Dejando de lado la cuestión de las «ayudas materiales», es necesario destacar que en 1962 comienzan a circular en la secciones del PCI publicaciones anti-revisionistas impresas por el Partido del Trabajo de Albania. En el X Congreso del PCI —en el que un PC occidental critica por primera vez la política china—, siempre en 1962, el delegado de Pekín Ciao I-Min rechaza los «ataques denigratorios» de los revisionistas.

Poco tiempo después el *Quotidiano del Popolo* retoma el argumento con un editorial titulado: *Le divergente tra il compagno Togliatti e noi* [*Las divergencias entre el compañero Togliatti y nosotros*]. En este periodo los comunistas chinos se preocupaban de precisar los puntos de disenso, no sólo con el Partido comunista soviético, sino también con todos los partidos comunistas fieles a la línea de Moscú. En esta tendencia entra también el opúsculo del año siguiente: *Ancora sulle divergente tra il compagno Togliatti e noi* [*Otra vez sobre las divergencias entre el compañero Togliatti y nosotros*].

Desde 1962 a 1964 se produce el fenómeno de las «cartas anónimas». Se trata de cartas difundidas entre los militantes comunistas por iniciativa del PCI, que tratan de desarrollar, de este modo, una «crítica desde la izquierda». Pero los redactores anónimos de las cartas no se plantean la perspectiva de salir del partido; por el contrario, consideran,

> e implícitamente quieren hacer creer, que es posible desarrollar una acción dentro del PCI, desde posiciones de izquierda, para conducir el partido a una política marxista-leninista.[15]

Lo que es cierto, en la polémica entre loschinos y el PCI, es la diferente concepción y lectura de la fase histórica y de las tareas de los partidos comunistas. El PCI, apoyado en la teoría de la «coexistencia pacífica», se proponía una progresiva inserción en el ámbito del gobierno a nivel nacional y esto significaba también una difícil posición en relación con la difusión de las guerras de liberación en el Tercer Mundo, mientras que la elección de la «vía pacífica al socialismo» mediante la aceptación de la dinámica electoral únicamente dejaba espacio a la temática de las «reformas de estructura». Reformas que progresivamente atenuaran el carácter opresivo de los mecanismos de explotación y al mismo tiempo promoviesen la ejecución de disposiciones y legislación en el campo de los derechos democráticos y de representación.

Pero más aún, significaba elaborar una posición diferente sobre el problema de la guerra. En la tradición clásica leninista la guerra es el resultado inevitable de las dinámicas de desarrollo del capitalismo y del imperialismo. Es, por decirlo de forma clásica, «la continuación de la política con otras armas». La tarea de los comunistas es transformar la guerra imperialista en «guerra civil» y por lo tanto en práctica revolucionaria bajo la dirección del partido.

Esta postura teórica rigurosa, aquí necesariamente esquemática, es de hecho irreconciliable con la teoría de la «coexistencia pacífica». En este punto el PCI tiende a utilizar el peligro de las armas nucleares como factor determinante para realizar una notable modificación de las teorías relativas a la guerra imperialista: también en este campo lleva a cabo una «revisión» de los principios marxistas-leninistas. La reacción de los chinos es durísima, pero no es de ruptura, tal y como es característico en la práctica política del pensamiento de Mao Tse-Tung. El enfrentamiento es político-ideológico pero en el seno del campo comunista y, por lo tanto, Togliatti todavía merece ser llamado compañero.

---

15 *Ibídem.*

Las divergencias entre el compañero Togliatti y nosotros (extractos)

El compañero Togliatti y algunos otros compañeros han criticado de forma vigorosa la aseveración marxista–leninista del Partido Comunista Chino de que «el imperialismo y todos los reaccionarios son tigres de papel». En su ponencia en el reciente congreso del Partido Comunista Italiano el compañero Togliatti ha dicho que «es erróneo afirmar que el imperialismo es un simple tigre de papel, que se puede derrocar con una palmada». También hay otras personas que aseveran que el imperialismo tiene hoy dientes nucleares ¿como puede ser llamado así tigre de papel? El prejuicio está más lejos de la realidad que la ignorancia. En el caso de Togliatti y de ciertos otros compañeros, si no son ignorantes, están entonces distorsionando deliberadamente esta aseveración del Partido Comunista Chino.

Equiparando al imperialismo y a todos los reaccionarios con tigres de papel, el compañero Mao Tse-Tung y los comunistas chinos consideran el problema como un todo y desde un punto de vista que se comprende a largo plazo, y desde ahí consideran la sustancia del problema. Lo que se quiere decir es que, en un último análisis, son las masas del pueblo las que son realmente potentes, no el imperialismo y los reaccionarios.

En 1919 Lenin equiparó «el universalmente potente» imperialismo anglo-francés con un «coloso de pies de barro». Lenin dijo: «En aquel tiempo parecía que el imperialismo mundial fuera una fuerza tan tremenda e invencible que era estúpido para los trabajadores de un país atrasado intentar una insurrección contra él» [se refiere a la alianza que el régimen zarista tenía con las potencias occidentales].

Ahora bien […] nosotros vemos que el imperialismo, que parecía un insuperable coloso, ha sido un coloso con pies de barro delante del mundo entero.

Sobre la cuestión de la guerra y de la paz, las divergencias que el compañero Togliatti y algunos otros compañeros tienen con nosotros, encuentran una extraordinaria expresión en nuestras actitudes respectivas hacia las armas nucleares y la guerra nuclear.

El Partido Comunista Chino ha sostenido constantemente que las armas nucleares tienen un poder destructivo antes nunca visto y que sería una calamidad sin precedentes para la humanidad si estallase una guerra nuclear. Precisamente por esta razón nosotros siempre hemos hecho un llamamiento a la prohibición completa de las armas nucleares, es decir, a la total prohibición de los experimentos, fabricación, reservas y uso de las armas termonucleares […]. Sobre la cuestión de las armas nucleares y de la guerra nuclear, la primera divergencia entre

nosotros y aquellos que atacan el Partido Comunista Chino es si los principios fundamentales marxistas-leninistas sobre la guerra y la paz se han «superado» o no desde que aparecieron las armas nucleares. Togliatti y algunos otros creen que la aparición de las armas nucleares «ha cambiado la naturaleza de la guerra» y que «se tendrían que añadir otras consideraciones a la definición del carácter justo de la guerra». En realidad sostienen que la guerra ya no es la continuación de la política, y que no hay ya distinción alguna entre guerras justas e injustas. De este modo, niegan completamente la teoría fundamental marxista-leninista sobre la guerra y la paz. En realidad, las numerosas guerras que han estallado desde que han aparecido las armas nucleares han sido, todas ellas, continuación de la política, y aún tenemos guerras justas e injustas. En la práctica aquellos que sostienen que ya no hay distinción alguna entre guerras justas e injustas se oponen a las guerras justas (en referencia a las guerras de independencia de los países del Tercer Mundo y coloniales pero también a la hipótesis de un enfrentamiento planetario), o rechazan apoyarlas, deslizándose hacia la posición del pacifismo burgués.

Sobre la cuestión de las armas nucleares y de la guerra nuclear, la segunda divergencia entre nosotros y aquellos que atacan al Partido Comunista Chino es si se debe mirar el futuro de la humanidad con pesimismo o con optimismo revolucionario.

Togliatti y algunos otros hablan de forma fluida de «suicidio» de la humanidad y de la «total destrucción» de la humanidad. Creen que «sería vano discutir cual podría ser la orientación de estos fragmentos de supervivencia respecto del orden social». Nosotros nos oponemos firmemente a este tono pesimista y desesperado. Creemos que es posible alcanzar una prohibición completa de las armas nucleares en las siguientes circunstancias: el campo socialista tiene una enorme superioridad nuclear; las luchas de los pueblos en los distintos países contra las armas nucleares y contra la guerra nuclear se han vuelto más vastas y más profundas; habiendo sido privados de su superioridad nuclear, los imperialistas están obligados a comprender que su política de extorsión nuclear ya no es eficaz y que el lanzamiento de una guerra nuclear por su parte sólo podría acelerar su extinción.

Togliatti y algunos otros hacen propaganda de forma escrupulosa de la terrible naturaleza de las armas nucleares y declaran ruidosamente que «está justificado temblar» frente a la extorsión nuclear cuando la ostenta el imperialismo de los Estados Unidos. Togliatti ha dicho también que «la guerra debe ser evitada a cualquier precio». Por lo tanto, según él y cuanto dicen algunos otros en lo que se refiere a lo que hay que hacer con respecto a la política imperialista de amenazas y

extorsiones nucleares de Estados Unidos, la única vía ¿no tendría que ser la rendición incondicional y el completo abandono de todos los ideales revolucionarios y de todos los principios revolucionarios?

Es impensable que «temblar» de miedo pueda conmover al imperialismo de Estados Unidos y convertirlo así en un régimen benévolo que quiera abandonar su política de agresión y de guerra y su política de extorsión nuclear. [...]

No sólo el compañero Togliatti y otros compañeros italianos han llamado, en los hechos, a la colaboración de clase en lugar de a la lucha de clases en el plano internacional, sino que extienden su concepto de «coexistencia pacífica» a las relaciones entre clases oprimidas y opresoras en el seno de los países capitalistas. Togliatti ha dicho: «Toda nuestra acción en el ámbito de la situación interna de nuestro país no es otra que la traducción a términos italianos de aquella gran lucha con el fin de renovar las estructuras del mundo entero». Aquí la frase «toda nuestra acción» significa lo que ellos llaman como la «avanzada hacia el socialismo en la democracia y en la paz», o la vía al socialismo mediante «reformas de estructuras», tal y como ellos la describen. Si bien la línea actual del Partido Comunista Italiano sobre la cuestión de la revolución socialista no es correcta en nuestra opinión, nosotros nunca tratamos de interferir ya que, naturalmente, se trata de algo sobre lo que sólo los compañeros italianos deben decidir. Sin embargo ahora, y debido a que el compañero Togliatti proclama que estas teorías de las «reformas de estructura» son una «línea común en el movimiento comunista internacional», y declara unilateralmente que la transición pacífica se «ha convertido en un principio de estrategia mundial del movimiento obrero y del movimiento comunista», y dado que tal cuestión compromete no sólo la teoría [...] sino también el problema de la emancipación del proletariado [...] no podemos dejar de expresar nuestras opiniones al respecto.

El problema fundamental de toda revolución es el del poder del Estado. En *El manifiesto comunista*, Marx y Engels declaran: «El primer paso en la revolución de la clase obrera es el de elevar al proletario a la posición de clase dominante». Lenin puso el acento sobre la necesidad de fragmentar y quebrar la máquina del Estado burgués y de instaurar la dictadura del proletariado. Dijo:

La clase obrera debe fragmentar, moler la "máquina preconfeccionada estatal" y no limitarse simplemente a adueñarse de la misma»; y que «un marxista [es uno] que extiende el reconocimiento de la lucha de clase al reconocimiento de la dictadura del proletariado.

Pero el compañero Togliatti y algunos otros compañeros del Partido Comunista Italiano sostienen que el análisis de Lenin en *Estado y revolución* «ya no es suficiente».

Según su teoría de las «reformas de estructura», en la Italia de hoy en día no hace falta una revolución proletaria, no hace falta quebrar la máquina del Estado burgués, no hace falta instaurar la dictadura del proletariado; ellos pueden llegar al socialismo «progresiva» y «pacíficamente», simplemente mediante una «sucesión de reformas», mediante la nacionalización de las grandes empresas, mediante la planificación económica y mediante la extensión de la democracia en la estructura de la Constitución italiana. En realidad, asumen que el Estado es un instrumento que se encuentra por encima de las clases y creen que el Estado burgués puede, también esto, emprender una política socialista, asumen que la democracia burguesa es una democracia que se halla por encima de las clases y creen que el proletariado puede elevarse como «clase dirigente» en el Estado, si mantiene la confianza en esta democracia.

La Italia de hoy en día es un país capitalista gobernado por la clase capitalista monopolista. Si bien es verdad que la Constitución italiana incorpora algunas conquistas obtenidas por la clase trabajadora italiana y por el pueblo italiano mediante sus heroicas luchas durante muchos años, sin embargo, se trata de una constitución burguesa que tiene por centro la protección de la propiedad capitalista. Como la democracia practicada en todos los otros países capitalistas, la democracia practicada en Italia es una democracia burguesa, es decir, una dictadura burguesa. Con el fin de mantener su beneficio y su dominio, la clase capitalista monopolista puede adoptar, algunas veces, ciertas medidas de reforma. Es absolutamente necesario para la clase obrera en los países capitalistas llevar a cabo cotidianamente luchas económicas y luchas por la democracia. Pero el fin de estas luchas es conseguir mejoras parciales en las condiciones de vida de la clase obrera y del pueblo trabajador y, lo que es más importante, educar a las masas y organizarlas, elevar su conciencia y acumular la fuerza revolucionaria para la conquista del poder del Estado cuando los tiempos estén maduros. Los marxistas-leninistas, si bien favorecen la lucha por las reformas, se oponen resueltamente al reformismo.

Los hechos han probado que, aunque las reivindicaciones políticas y económicas de la clase obrera y del pueblo trabajador hayan excedido los límites permitidos por los capitalistas monopolistas, el gobierno italiano, que representa los intereses del capital monopolista, ha recurrido a la represión. Hasta ahora, la historia no ha sido nunca testigo de un solo ejemplo de transición pacífica del capitalismo al socialismo. La burguesía no saldrá nunca voluntariamente de la escena histórica. Los comunistas no deben, ni siquiera de forma mínima, relajarse en su preparación para la revolución.

> Esto equivale a decir: los comunistas deben estar preparados para emplear la doble táctica: esto es, mientras se preparan para el desarrollo pacífico de la revolución, deben estar completamente preparados para su desarrollo no pacífico.

La prehistoria del movimiento marxista-leninista

Privados aún de su propia organización, los primeros marxistas–leninistas se reencuentran en círculos culturales de diferentes ciudades (Milán, Padua, Pisa, Roma, sobre todo) sin que se establezca comunicación entre ellos. Estamos todavía en la fase de disenso respecto del PCI sin que existan alternativas precisas. La revuelta contra el poderosísimo padre es preparada en la sombra, con muchas contradicciones edípicas.

> Tal y como hemos visto, en este periodo, de la izquierda socialista salen a la luz los primeros grupos que, abandonando la ideología abstracta, se proponen un estudio serio, meditado del movimiento obrero italiano en búsqueda de nuevas salidas, de nuevas alternativas globales. Los disidentes del PCI, por el contrario, dudan de si rebelarse o no: habituados al centralismo democrático, esperan que la inspiración venga de los jefes reconocidos, de arriba, de China [...]. Pero no por esto los primeros grupitos marxistas-leninistas —sin gran cantidad de seguidores entre los trabajadores— desempeñan un papel menos importante desde la perspectiva de una vasta reestructuración de toda la izquierda tradicional [...]. Y en esto tiene un valor particular el grupo de los marxistas-leninistas de Padua del que forman parte Vincenzo Caló y Ugo Duse: de su iniciativa sale, en 1962, el primer periódico marxista-leninista italiano. Se llama «*Viva el Leninismo*», el mismo título del primer opúsculo chino acerca del disenso con los comunistas soviéticos. Durante los tres números publicados, se da una dura polémica en contra de los dirigentes revisionistas, italianos y soviéticos, que habían traicionado el genuino contenido de la doctrina leninista. Pero la difusión del periódico permanece completamente limitada, es una pulga en la oreja del elefante revisionista, nada más.[16]

---

16 *Ibídem*.

En 1963 nace en Milán la primera verdadera central de propaganda marxista-leninista: las Edizioni Oriente fundadas por Maria Regis. Esta iniciativa produce, sin duda, más fastidio al PCI. Las Edizioni Oriente se proponen como objetivo publicar los documentos de los comunistas chinos y de difundir libros teóricos que puedan formar grupos amplios antirevisionistas. Las ediciones publicarán, hasta mediados de los años setenta, la revista *Vento dell'Est*, los *Quaderni Delle Edizioni Oriente*, antologías de las obras de Mao Tse-Tung, los escritos de los dirigentes revolucionarios vietnamitas y se conectarán además con la editorial en leguas extranjeras de Pekin (que imprime en decenas de idiomas distintos), importando los originales en italiano de sus propias obras y el mítico *Libro rojo* con las citas de Mao Tse-Tung. Durante el gran debate sobre la «Revolución Cultural» en China, las publicaciones de las Edizioni Oriente proveerán los principales materiales de reflexión sobre estos acontecimientos. Con una influencia política que va mucho mas allá de las *querelles* de los marxistas-leninistas, tendían a incidir en todo el debate de la izquierda revolucionaria, convirtiéndose a menudo en un elemento de referencia simbólica y en una fuente de cultura política para los estudiantes y los jóvenes. La función de esta iniciativa editorial es de largo y vasto alcance. El rigor de las selecciones y de las traducciones, la compleja cultura de los promotores, contribuirán a difundir también el pensamiento maoísta en ambientes intelectuales de diferente extracción.

Aunque pertenecen a la prehistoria del movimiento marxista-leninista, las experiencias de *Viva il Leninismo* y de las Edizioni Oriente anticipan los desarrollos sucesivos. En 1964 los principales grupos deciden fundar una publicación mensual que llaman de forma polémica *Nuova Unità*. Se trata de una operación ambiciosa que se inserta en el clima general del redescubrimiento de las corrientes revolucionarias dejadas de lado por la historia y la hegemonía del PCI en la Italia de la postguerra. En esta época comienzan a circular, más allá de circuitos restringidos, las publicaciones trotskistas, las anarquistas, bordiguistas, etc.

El primer número de *Nuova Unità* (que tenía por director a Duse y por vicedirector a Geymonat) sale con las *Proposte per una piattaforma dei marxista-leninisti d'Italia* [*Propuestas para una plataforma de los marxistas-leninistas de Italia*]. La publicación se convierte rápidamente en un punto de referencia para los grupos marxistas-leninistas desparramados por Italia. Además de los cuatro bastiones de Milán, Padua, Pisa y Roma, los marxistas-leninistas están presentes

en Udine, Vicenza, Brescia, Cremona, Pavía, Crema, Génova, Savona, Bolonia, Ferrara, Forlí, Siena y Castel Florentino. Y luego en la Italia meridional e insular en Foggia, Regio Calabria, Lecce, Catania, Cagliari, Sassari.

Las complicaciones aparecen cuando se trata de definir las relaciones con el PCI. La mayor parte de los militantes proviene de las filas de este partido, se han formado políticamente en su seno y se les hace difícil separarse del todo. En esta contradicción nacen dos actitudes distintas que estarán en el centro del debate durante años. Por un lado los más posibilistas, que hablan del Partido Comunista como si se tratara de un «cuerpo sano con una cabeza enferma», por otro los críticos mas radicales se preguntan: «¿Puede un cuerpo sano tolerar una cabeza enferma?». En realidad (escribe Giuseppe Mai) el PCI (a pesar de la buena fe, voluntad y sentimientos de muchos de sus afiliados) por su línea política, por su organización, por su composición, por sus relaciones internas entre los miembros y por las relaciones externas entre el partido y las masas no es el partido marxista-leninista del proletariado, sino el partido de los obreros privilegiados [los obreros profesionales], los empleados y los pequeño-burgueses que constituyen una fracción de la población italiana.

Los marxistas-leninistas (como ya lo habían hecho los obreristas) habían entendido, también, el profundo cambio que se había producido en la organización de la fábrica y el nacimiento de la figura del obrero masa. Sin embargo, las diferencias eran profundas y no cesarían nunca: los obreristas tendían a hacer de la fábrica el centro del enfrentamiento; fuera de cualquier forma de organización externa a la propia fábrica, hacían de las nuevas levas obreras, de su «espontaneidad» (más allá de la conciencia de clase), el eje principal de todos los análisis. Estaban por lo tanto contra el concepto de «vanguardia externa», contra la función del partido y de las burocracias sindicales; eran favorables, táctica y estratégicamente, a las formas de autogestión de las luchas y a la organización autónoma de base que será años después el punto de partida de la «autonomía obrera».

Los marxistas-leninistas sostienen, en cambio, que la composición proletaria transformada determina la exigencia de un partido revolucionario de nuevo tipo que tome la iniciativa en la dirección de las luchas, favorezca la formación de la conciencia de clase en las masas obreras y campesinas a través de las propias vanguardias y las guíe en el proceso revolucionario contra el capitalismo. Más allá de las simplificaciones, se trata de una

diatriba de enorme complejidad que inviste las propias raíces e interpretaciones del leninismo y que representa aún hoy en día la única teoría de la organización del partido revolucionario elaborada en este siglo. El debate sobre el problema de la organización dominará los años sucesivos y a menudo dividirá a los obreristas.

En el área marxista-leninista, se confrontan dos líneas sobre la cuestión de las relaciones con el PCI: por un lado la que empuja hacia la fundación de una nueva organización revolucionaria, por otro la que apunta como tarea histórica la de funcionar como polo y vanguardia externa-interna del propio PCI, con el propósito de influir en su línea y modificar sus orientaciones y sus dirigentes. Esta segunda posición, definida como «entrista», tiene un peso notable entre los militantes que continuaban esperando la fractura vertical del PCI (una tendencia constante en el seno del propio PCI que se prolongará hasta nuestros días) mediante la cual se pretendía recomponer la disidencia y el proceso revolucionario. El debate se vuelca continuamente sobre el órgano de prensa oficial *Nuova Unità* lo que en poco tiempo será fatal para el periódico.

Después de una lenta y recurrente oleada de deserciones, en enero de 1965 el periódico deja de salir. Una parte de sus promotores da vida, con el mismo título, a la segunda serie del periódico; otra parte, la capitaneada por Ubo Duces, inicia la publicación de *Il Comunista*, que combate duramente la tesis de los «entristas», elabora una compleja temática crítica acerca del papel del PCI, denuncia el aburguesamiento sustancial de la clase obrera occidental y proclama la necesidad de apoyar a los grupos verdaderamente revolucionarios, con referencia a las guerrillas de África, Asia y América del Sur (tomando, entre otras cosas, la iniciativa de buscar voluntarios para ir a Vietnam). Además de errores de gestión y de reclutamiento, *Il Comunista* cae en el equívoco de apoyar a los grupos surtiroleses que se baten por la independencia de la provincia de Bolzano en Italia, cayendo en la cuenta, aunque mucho más tarde, que detrás de una parte de ellos se movía la derecha neonazi austriaca. La suma de estos factores lleva al desvanecimiento de la agregación, confluyendo sus militantes en otros organismos.

La suerte será distinta para la segunda serie de *Nuova Unità*. El nuevo grupo dirigente (Pesce, Geymonat, Dinucci), después de haber aclarado los motivos de la ruptura y de haber atacado duramente a los separatistas

por su sectarismo, constituye el Movimiento marxista-leninista que se propone como vínculo y referencia del área de la disidencia agrupando a todos los «entristas» y consiguiendo también reacciones positivas en el seno del PCI (una «carta anónima» expresa aprecio por la nueva línea del periódico). El Movimiento está abierto también a los compañeros «comprometidos en la lucha dentro del PCI» y organiza diferentes reuniones a nivel regional. En enero de 1966 tiene lugar un congreso nacional y comienza a funcionar, prácticamente, como un partido centralizado. Un mes después el periódico publica el *Programa de acción* y en junio un manifiesto titulado *Avanti con la costruzione del partito* [*Adelante en la construcción del partido*]. Ya está en movimiento un mecanismo organizativo que llevará en octubre del mismo año a la fundación del Partido Comunista de Italia Marxista-Leninista.

Sin embargo, este proceso no satisface la exigencia de toda el área marxistas-leninistas: los ex-militantes de *Il Comunista* y los disidentes de *Nuova Unità* y de *Azione Comunista* (un grupo y un periódico nacidos de la escisión-expulsión de militantes del PCI) organizan en Milán, en 1966, un congreso del que nace la Federazione Marxista-Leninista d'Italia, que se dota de un órgano propio de prensa con la cabecera de *Rivoluzione Proletaria*. La Federazione se dota de una organización confederal que responde también «a una persistente heterogeneidad en el plano ideológico y en la línea política».

Los acontecimientos internacionales han influido siempre profundamente en el debate de los marxistas-leninistas y, si la Revolución Cultural tomó desprevenidos a los «entristas» del PCDm-l, la victoriosa revolución cubana llevó a complejas disquisiciones sobre el pensamiento castrista y más aún sobre la figura del Che Guevara. En Castro se aprecia la acción práctica, el uso de la fuerza, aunque no siempre sostenida por una teoría adecuada. Pero en Castro y en el Che está presente la «exigencia correcta, propia del leninismo, de que el partido revolucionario es un organismo de tipo político y militar profundamente ligado a las masas pero organizativamente distinto de las mismas».[17] Esta compleja fusión entre leninismo y castrismo, unida a la referencia a la táctica de la guerrilla urbana en América Latina (sobre todo a los manuales de Carlos Marighella), influirá notablemente en el pensamiento de los primeros fundadores de las Brigatte Rosse.

---

17 *Ibídem.*

Durante un corto período, que precedió al '68, las dos organizaciones monopolizan el debate en los marxistas-leninistas. Estratos juveniles y estudiantiles de origen pequeño-burgués comienzan a acercarse a las dos organizaciones. Se sienten atraídos por la rígida moral de la militancia, por la necesidad de depurarse de los «amenazantes» orígenes burgueses, por el deseo de orden moral, antes que político, de «servir al pueblo». En el curso de 1968 y a caballo de ese año, las organizaciones marxistas-leninistas sufrirán múltiples fragmentaciones y recomposiciones (la más importante es el nacimiento de la Unión de los Marxista-Leninistas) que tendrá una influencia relevante en el proceso de verticalización burocrática del movimiento estudiantil.

Por su intrínseco modo de actuar, la figura de Mao Tse-Tung se prestaba a las más diversas interpretaciones. Gran dirigente político, literato refinado y dotado de un estilo de escritura simple y profundo, en el que el recurso de la metáfora era funcional tanto en la comprensión inmediata como en la reproducción de consignas bajo la forma de eslóganes, Mao se había convertido, y lo sería durante mucho tiempo, en un punto fundamental de referencia internacional.

En realidad las experiencias de la Revolución China (que duraron veinte años, de 1929 a 1949) no habían tenido gran resonancia en Italia a lo largo de los años cincuenta. La experiencia de construcción del socialismo en el país más poblado del mundo parecía no interesar a los comunistas italianos, ocupados en la práctica de la «ideología de la Reconstrucción». Durante los sucesos de la invasión soviética de Hungría, también Mao se había alineado sustancialmente con las tesis comunistas oficiales que mantenían la hipótesis del complot. En efecto, escribía refiriéndose a aquellos sucesos:

> Después del estallido de los hechos de Hungría, algunos se han alegrado en nuestro país. Esperaban que algo similar sucediera también en China, que miles y miles de personas se manifestaran en las calles para oponerse al gobierno popular. Tales esperanzas eran contrarias a los intereses de las masas populares y no podían obtener apoyo. En Hungría una parte de las masas, engañadas por las fuerzas contrarrevolucionarias del interior y del exterior, cometió el error de recurrir a la violencia contra el gobierno popular: el resultado fue amargo tanto para el Estado como para el pueblo.

La disensión con los soviéticos y con la mayor parte de los otros partidos comunistas comenzará más tarde, en torno a las temáticas de la «coexistencia pacífica» (véase *Le divergenze tra il compagno Togliatti e noi* [*Las divergencias entre el compañero Togliatti y nosotros*]) y las luchas revolucionarias, tanto en los países tercermundistas como en las metrópolis capitalistas.

Si de forma muy anticipada la diáspora marxista-leninista en Italia adoptó a China (y a Albania) como referencia, contribuyendo a dar (a través de la Edizioni Oriente) una correcta información sobre ese proceso revolucionario, únicamente a mediados de los años sesenta, mediante los ecos de la Revolución Cultural, China y el «pensamiento Mao Tse-Tung» comienzan a convertirse en un gran elemento de debate, que también en Italia pone muchas cuestiones sobre el tapete. Cuestiones como la edificación del socialismo, la relación entre las masas y el partido, o bien entre movimiento e instituciones, el papel de los intelectuales y de la cultura, de la relación entre democracia y revolución aunque en las diferentes condiciones en las que se plantean tienen valor general, tal y como son resueltas por Mao y por los protagonistas de la Revolución Cultural, representan también un enriquecimiento creativo y profundo de la tradición marxista.

En efecto, Mao Tse-Tung, independientemente de la posición expresada sobre los hechos de Hungría, o quizás partiendo justamente de estos, se había planteado con fuerza el problema de la lucha por la democracia y el socialismo en el proceso revolucionario. Retomando la metodología y los contenidos de uno de sus ensayos más famosos (*Sobre la contradicción,* agosto de 1937) que representa también una de sus aportaciones más importantes al cuerpo teórico marxista-leninista, Mao había anticipado parte de las temáticas que dominarían los sucesos de la Revolución Cultural, y que desarrollaría en *Sobre la justa solución de la contradicción en el pueblo* (febrero de 1957).

Que florezcan cien flores

Mao Tse-Tung

¿Cómo han sido pronunciadas las consignas: «que florezcan cien flores», «que compitan cien escuelas» y «coexistencia a largo plazo y control recíproco»?

Han sido formuladas en armonía con las condiciones concretas de China sobre la base del reconocimiento del hecho de que en la sociedad socialista existen todavía distintos tipos de contradicciones y que el Estado tiene necesidad urgente de un rápido desarrollo de la economía y de la cultura.

La política de dejar «que florezcan cien flores» y «que compitan cien escuelas» promueve el desarrollo del arte y el progreso de la ciencia y constituye un estímulo para el florecimiento de la cultura socialista de nuestro país: en el ámbito del arte, formas y estilos diferentes pueden desarrollarse libremente, y en el campo científico diversas escuelas pueden competir libremente. Consideramos que una intervención administrativa para imponer un estilo o una escuela, y para prohibir otras, sería negativo para el desarrollo del arte y de la ciencia.

El problema de la verdad o de la falsedad en el arte y en la ciencia debe ser resuelto por medio de discusiones libres en los ambientes artísticos y científicos, prácticamente en las obras de los artistas y de los científicos, pero no de un modo simplista.

Para establecer lo que es justo y lo que está equivocado es necesaria a menudo la prueba del tiempo. La historia nos enseña que normalmente, en un primer momento, la mayor parte de los hombres no acepta lo nuevo y lo justo, y que esto puede afirmarse sólo en la lucha, mediante caminos sinuosos.

A menudo ocurre que inicialmente los hombres no reconocen aquello que es bueno y justo como «una flor fragante» sino que por el contrario lo consideran «una hierba venenosa». En su tiempo, la teoría copernicana sobre el sistema solar y la de Darwin sobre la evolución fueron juzgadas falsas y fueron afirmadas sólo después de una larga y difícil lucha. También la historia de nuestro país nos ofrece ejemplos como éstos. En la sociedad socialista las condiciones para el nacimiento de cosas nuevas son radicalmente distintas de las de la sociedad vieja y mucho más favorables. Sin embargo se da que a menudo las fuerzas nacientes son rechazadas y que las opiniones

razonables se ven sofocadas. El desarrollo de cosas nuevas puede ser también obstaculizado no por un deliberado espíritu de represión sino por falta de discernimiento.

Por ello no debemos extraer conclusiones apresuradas sobre las cuestiones de lo verdadero y de lo falso en el arte y en la ciencia, sino asumir una actitud cauta y animar la libre discusión. Creemos que esta actitud permitirá un rápido desarrollo del arte y de la ciencia.

También el marxismo se ha desarrollado a partir de la lucha; en sus comienzos fue sometido a ataques de todo tipo y juzgado como «una hierba venenosa», y aún hoy en muchas partes del mundo se lo combate como «una hierba venenosa». Sin embargo en los países socialistas el marxismo ocupa una posición distinta. Pero incluso en ellos sobreviven opiniones no marxistas o incluso anti-marxistas. Es verdad que en China las transformaciones socialistas en lo que se refiere a la propiedad han sido llevadas a termino y que se han concluido las vastas luchas de masas, similares a un tifón, del período revolucionario, pero persisten aún elementos de las clases vencidas, de los propietarios terratenientes y de los comerciantes, la burguesía existe aún y la pequeña burguesía apenas ha comenzado a reeducarse: la lucha de clases no ha terminado todavía. En el campo ideológico, la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía será aún larga y tortuosa y con frecuencia podría volverse muy aguda. El proletario trata de transformar el mundo según su concepción del mismo, de igual modo que lo hace la burguesía. En este campo no se puede decir aún si se afirmará el socialismo o el capitalismo: los marxistas son todavía una minoría en el conjunto de la población y entre los intelectuales. Por lo tanto el marxismo, como en el pasado, debe desarrollarse de otro modo: así fue en el pasado, así es hoy y así será en el futuro. Aquello que es justo se desarrolla siempre en lucha contra lo que está equivocado. Lo verdadero, lo bueno y lo bello existen siempre en relación con lo falso, lo malo y lo feo, y se desarrollan siempre en lucha contra estos. En el mismo momento en el que la humanidad rechaza universalmente una cosa equivocada y acepta una verdad, una nueva verdad entra, a su vez, en lucha contra nuevas opiniones equivocadas. Esta lucha no tendrá nunca fin: ésta es la ley del desarrollo de la verdad y es ciertamente también la ley del desarrollo del marxismo.

Se necesitará aún mucho tiempo para decidir el éxito de la lucha ideológica entre el socialismo y el capitalismo en nuestro país, porque la influencia de la burguesía y de los intelectuales que provienen de la vieja sociedad todavía sobrevivirá como ideología de clase durante mucho tiempo. Si no se entiende bien esto, o si no se entiende del todo, se corre el riesgo de cometer los más graves errores, de desconocer la

necesidad de llevar la lucha al plano ideológico. La lucha ideológica es distinta de las otras formas de lucha: en ella no se pueden adoptar métodos brutales coercitivos, sólo el método paciente del razonamiento. En la lucha ideológica, el socialismo dispone hoy de condiciones favorables: el poder fundamental del Estado está en manos del pueblo trabajador guiado por el proletariado. El Partido Comunista es fuerte y goza de un gran prestigio. Aunque se mantienen algunos defectos y algunos errores en nuestro trabajo, todo hombre honesto puede ver que somos leales al pueblo, que estamos decididos y somos capaces de construir nuestro país juntos, al lado del pueblo, que ya obtuvimos enormes éxitos y que obtendremos otros aún más grandes. La gran mayoría de los burgueses y de los intelectuales, que provienen de la vieja sociedad, es patriótica: quieren servir a su vigorosa patria socialista y entienden que si se alejan de la causa del socialismo y del pueblo trabajador dirigido por el Partido Comunista ya no tendrán nada en que confiar, ni ninguna perspectiva luminosa para el porvenir.

Alguien preguntará: ¿dado que en nuestro país la mayoría de la población reconoce en el marxismo la ideología guía, se la puede criticar? Ciertamente. El marxismo es una verdad científica que no teme la crítica; si la temiese o pudiera ser vencido, entonces no valdría nada. ¿Quizás los idealistas no critican el marxismo todos los días de todos los modos posibles? ¿Quizás los que están atados a puntos de vista burgues o pequeño burgues, y no desean modificarlos, no critican el marxismo de todos los modos posibles?

Los marxistas no deben temer las críticas, no importa de donde provengan. Por el contrario, deben templarse, desarrollarse y conquistar nuevas posiciones en la crítica, en la tempestad de la lucha. Luchar contra las ideas equivocadas es de algún modo dejarse vacunar: la acción de la vacuna refuerza la capacidad de resistencia a las enfermedades del organismo. Las plantas cultivadas en invernadero difícilmente pueden ser robustas. La realización de la política «que florezcan cien flores», «que compitan cien escuelas», no debilitará sino que reforzará la posición hegemónica del marxismo en el campo ideológico.

¿Cuál debe ser nuestra política en relación con las ideas no marxistas? Por cuanto respecta a los contrarrevolucionarios declarados y a los saboteadores a la causa del socialismo la respuesta es simple: les quitamos la libertad de palabra. La cuestión es distinta cuando nos encontramos en cambio con ideas del pueblo que son erradas. ¿Sería justo condenar estas ideas sin darles la posibilidad de expresarse? Seguro que no. Aplicar métodos simplistas para resolver cuestiones ideológicas en el seno del pueblo, cuestiones ligadas a la vida intelectual del hombre, no es solamente ineficaz, sino extremadamente contraproducente.

Se puede prohibir que las ideas equivocadas se expresen, pero las ideas siempre permanecerán. Y las ideas justas, si se las cultiva en tierra sin exponerlas al viento y a la lluvia, sin inmunizarlas, no lograrán triunfar en el enfrentamiento con las ideas erróneas. Por lo tanto, sólo con el método de la discusión, de la crítica y del razonamiento, podemos realmente hacer progresar las ideas justas, quitarnos de en medio las equivocadas y resolver efectivamente los problemas.

La ideología burguesa y pequeño-burguesa se reflejará sin duda en todas partes. Sin duda, se expresará obstinadamente, de todos los modos posibles, en las cuestiones políticas e ideológicas. No es posible impedirlo: no debemos impedir que esta ideología se manifieste recurriendo a métodos represivos, sino permitirle que se exprese y al mismo tiempo discutirla y criticarla oportunamente, porque es indiscutible que debemos criticar todos los tipos de ideas equivocadas y que no podemos abstenernos de criticarlas y, permaneciendo como simples espectadores, permitir que se difundan sin control y tomen ventaja. Los errores deben ser criticados y las hierbas venenosas erradicadas. Pero en este campo la crítica no debe ser dogmática; no hay que aplicar el método metafísico, sino esforzarse por recurrir al método dialéctico.

La crítica debe fundarse en el análisis científico y ser completamente convincente. La crítica dogmática no resuelve nada. No queremos hierbas venenosas de ningún tipo, pero debemos distinguir, cuidadosamente, entre aquello que es verdaderamente hierba venenosa y entre aquello que en realidad es una flor fragante. Debemos aprender al lado de las masas a hacer esta atenta distinción y con ellas luchar contra las hierbas venenosas aplicando los métodos justos.

Condenando el dogmatismo tenemos que estar atentos también a criticar el revisionismo. El revisionismo, o el oportunismo de derechas, es una corriente ideológica burguesa aún más peligrosa que el dogmatismo. Los revisionistas, u oportunistas de derechas, acercan la flor a los labios del marxismo y también atacan el «dogmatismo»: pero el objetivo real de sus ataques son de hecho las tesis fundamentales del marxismo. Se pronuncian contra el materialismo y la dialéctica, o desnaturalizan su contenido real, se pronuncian contra la dictadura democrática popular y contra el papel dirigente del Partido Comunista, o intentan debilitarlo, se pronuncian contra las transformaciones socialistas y la edificación del socialismo, o intentan debilitarlas. Hasta el momento en que la revolución socialista se ha afirmado en nuestro país, ha habido algunos que han buscado restaurar vanamente el régimen capitalista; han luchado contra la clase obrera en todos los campos, también en el ideológico. En esta lucha los revisionistas son su mejor ayuda.

Como se puede leer en este breve extracto, las cuestiones tratadas van más allá de los problemas internos de China. En realidad abarcan también el duro debate que en Italia contrapuso a la disidencia de izquierdas del PCI con la estrategia de las «reformas de estructura», incluido el papel de los intelectuales y de la cultura. Y es justamente sobre el papel de los intelectuales y de los burócratas dirigentes del partido sobre el que tomó impulso la Revolución Cultural en China. De esta temática Edoarda Masi proveyó una representación ejemplar en un artículo publicado en los *Quaderni Piacentini* de 1967. En este extracto son analizados sus efectos en Occidente.

La Revolución Cultural China en Occidente

Edoarda Masi

Las posiciones de los comunistas chinos no nos interesan ni como «modelo» revolucionario a seguir ni como ejemplo de «vía nacional» hacia el socialismo (extensible eventualmente a regiones del mundo con ciertas características o a continentes enteros). Nos interesan como aspecto de la lucha en una «zona ocupada» por las fuerzas revolucionarias durante y a propósito de la lucha internacional y en relación con la elaboración de una estrategia general válida en cualquier lugar.

Sin embargo, a partir de esta clase de interés hay que evitar el equívoco o la ilusión de asumir consignas o afirmaciones teóricas de los dirigentes chinos «en su significado aparente y literal» y de referirlas «inmediatamente» al aquí y ahora; o peor aún, de atribuir a los comunistas chinos nuestros problemas y opiniones cancelando, de forma más o menos inconsciente, todo lo que en ellos nos contradice.

El punto de partida de la Revolución Cultural es la afirmación de que, después de la toma del poder por parte del proletariado y de la instauración de las relaciones socialistas es necesaria una revolución de las superestructuras con el fin de adecuarlas a las nuevas estructuras, previniendo con esto la restauración del capitalismo y promoviendo el desarrollo de la sociedad socialista. A esta ausencia de adecuación de la superestructura a las nuevas relaciones de producción socialistas atribuimos la involución de la Unión Soviética.[…]

La civilización que ha nacido hoy de la burguesía ha cumplido su ciclo y ha generado (está generando o completando) por sí misma su propia negación en los planos económico, político y teórico, en las estructuras de base y en todos los sectores de la superestructura. Lo que había nacido y se había desarrollado como libertad de iniciativa y autonomía del individuo ha concluido con una planificación cada vez más generalizada (extensible al mundo entero), con la predeterminación del comportamiento de cada cual y con una exclusión radical de la libertad como jamás se haya visto, ya que el condicionamiento se da en el seno mismo de la conciencia individual. El individuo ya no existe, la «personalidad» está explícitamente representada como adecuación a un modelo igual para todos (en la forma, no ya en los contenidos, que pueden ser comunes sin que se hagan idénticos a cuantos los comparten). La propia burguesía como clase dominante tiende a desaparecer, allí donde no ha desaparecido ya. Ésta estaba constituida por una pluralidad de individuos libres (gracias a la propiedad de los medios de producción), en el sentido de que gozaban de autonomía económica (con los únicos límites «objetivos» impuestos por el mercado, esto es, por una necesidad científicamente cognoscible), y por las consecuentes libertades políticas, intelectuales y culturales.

El aspecto mistificador de esta libertad estaba en su condicionamiento por el sometimiento y por la falta de libertad de los proletarios, despojados de los medios de producción y obligados a vender su propia fuerza de trabajo.

La libertad sobre esta base contradictoria terminó por destruirse a sí misma. Hoy la condición de no libertad no es la condición exclusiva de los no proletarios, de la clase inferior desprovista de sus atributos humanos por una clase superior que sólo pretende vivir humanamente y cuya condición de riqueza «efectiva», también cultural, es expresada por pensadores, científicos y artistas. Por el contrario, la condición de la práctica totalidad de los hombres, es la sustancia y la esencia de su vida cotidiana. No existe una zona de feliz privilegio donde una minoría de patrones viva y exprese —también con las voces de su propia y exclusiva cultura clasista— diversos pensamientos, ciencia y arte.

En este sentido —es decir, en las formas de la civilización burguesa— la sociedad de clases ya no existe.

1. Las estructuras actuales mantienen en común con la sociedad burguesa un solo dato fundamental: una minoría somete a la mayoría gracias al control de la producción y a su consiguiente poder político, científico e ideológico. Pero la sociedad burguesa tiene en común este punto con todas las sociedades no igualitarias, es decir, prácticamente con todas las

sociedades históricas. Por otro lado, el propio Marx había vislumbrado, en el límite, cómo las relaciones políticas y de poder tenderían a prevalecer sobre las relaciones con los medios de producción (incluso si permanecían fundadas en estos).

2. El capitalismo en su fase imperialista ha englobado en sí mismo zonas de desarrollo «no europeo» y las ha convertido en zonas atrasadas con respecto al área de desarrollo «europeo».

3. De los dos puntos precedentes se infiere una inversión en el desarrollo del capitalismo (respecto del final «ideal»): resurgen en él, en forma y proporciones radicalmente nuevas, contradicciones de fondo que parecían excluidas por el desarrollo hacia el modelo «ideal»; resurgen como elementos nuevas relaciones que se habían definido como mistificadoras o arcaicas, supervivencias del pasado que había que liquidar. Por lo tanto, hoy nos encontraríamos en una situación «real» que, en cierto sentido, parece «atrasada» respecto de la formulación «ideal» marxista. Esto es, una situación en la que son válidos criterios de subdivisión «de clases» (en sentido parcial) no reductibles inmediatamente a las relaciones referidas a los medios de producción o en las que las relaciones referidas a los medios de producción («principalmente la relación de propiedad») constituyen sólo un elemento, de importancia gradual según las diversas situaciones.

En este punto, para los socialistas son posibles dos líneas teóricas y políticas opuestas:

1. El movimiento real se da desde situaciones «atrasadas» hacia un progresivo acercamiento al modelo «ideal» del capitalismo. Se permanece fiel a la concepción de la línea «europea» como modelo universal de desarrollo. Se trata de conseguir una política que favorezca el desarrollo «capitalista europeo» de las situaciones, con la vista puesta también en el socialismo. Es el lugar en el que, *grosso modo*, los dirigentes soviéticos y del PCI se encuentran hoy con los trotskistas.

2. La situación «real atrasada» es en todo caso más avanzada que una formulación de «desarrollo ideal». Las clases subalternas de las zonas de desarrollo «no europeo» englobadas por el imperialismo encarnan el punto límite del antagonismo del sistema capitalista mundial. No en el sentido de volver a asumir y romper las contradicciones del sistema que habían alcanzado el estado ideal puro sino llevando nuevamente a su seno —y también revelando cómo se han producido en su interior y en íntimo desarrollo— contradicciones más vastas y universales que las que puedan ser clasificadas únicamente como relativas a las relaciones

de producción; en todo caso, «reales» sólo en tanto «no inmediatamente» reconducibles a aquellas relaciones. Se reconocen aquí también formas de dominio económico-político basadas en la «gestión» de la economía del poder más que en la «propiedad» (en sentido jurídico) de los medios de producción.

Y es aquí donde las posiciones actuales de la corriente de los comunistas chinos que encabeza Mao asumen una relevancia general. La lucha revolucionaria es principalmente contra las élites políticas (y de cualquier otro sector del poder) que cumplan ciertas, y no otras, elecciones políticas. Las élites dominantes forman un bloque en el mundo entero (o tienden a formar bloques) contra los dominados (aquí está el sentido metafórico del apelativo de «burguesas» atribuido a las mismas). Se puede ser dirigente revolucionario sólo haciendo cuerpo con los dominados, no distinguiéndose de ellos como un grupo aparte, ningún nivel y ninguna forma, en el ejercicio del poder. Y no distinguiéndose ni siquiera como individuos superiores de alguna forma.

Pero toda la ciencia —también la que nos hace conscientes de la necesidad— está hoy en manos de las elites dominantes, en todos los niveles; y en cada individuo por medio de la fracción que de sí mismo pertenece a las élites dominantes. Ni siquiera las clases subalternas de las zonas «atrasadas» pueden contraponer la recuperación de su pasado a su sometimiento presente: desde el momento en que han sido englobadas en el sistema imperialista, su pasado se ha convertido en algo objetivamente arcaico y toda nostalgia con respecto al mismo es puramente reaccionaria —ayuda a las élites dominantes, en tanto referencia aparente a una libertad inefectiva, como alusión formal a una abstracta igualdad en la diversidad— por eso en la Revolución Cultural china se rechazan los valores del propio pasado.

Ahora bien, las clases subalternas que representan la punta revolucionaria extrema, se encuentran desnudas frente al enemigo en el plano de la ciencia y de los valores teóricos, como lo están de hecho en el plano real del poder y de la propiedad.

Por lo tanto, el momento revolucionario se configura en el pensamiento de Mao como el momento de la antítesis, de la pura negación, de la destrucción. [...]

La grave dificultad de esta condición es que China es también un gran Estado, donde es necesario producir y construir: el énfasis sobre el momento destructivo está inevitablemente en contradicción con la exigencia de construir y —dentro de ciertos límites— de conservar. En estas condiciones, y mientras permanece el estancamiento del movimiento obrero en Occidente, la voluntad de reasumir toda la realidad

> en el momento revolucionario por parte de los comunistas chinos puede también inducirnos a mistificar como revolucionario el momento (conservador) de la construcción. […] Así como es extremadamente difícil que sepan mantener el equilibrio entre los dos momentos, entre la conquista revolucionaria de libertad por parte de las masas y su acción desde arriba.[18]

Los efectos en Italia de este gran acontecimiento que venía «de Oriente» irán más allá de las previsiones de la autora. Cuestiones como «las masas deben hacer la revolución por sí mismas» podían cruzarse bien con la cultura de la «autonomía obrera» (del sindicato y del PCI) y de la «espontaneidad» de las luchas en las fábricas; afirmaciones como que «para derrocar un poder político es necesario adueñarse previamente de la superestructura y de la ideología y preparar a la opinión pública» (como había hecho la burguesía antes de la Revolución fFrancesa), solicitaban en profundidad el ya atormentado debate sobre el papel de los intelectuales; y la tesis según la cual «todos los movimientos culturales revolucionarios» habían comenzado «con los movimientos estudiantiles» no podía sino detonar grandes formas imaginarias de identificación en el movimiento estudiantil emergente. La difusión masiva del *Libro rojo* con las citas de Mao Tse-Tung y la publicación de las obras de E. Show (*Estrella roja sobre China* y *La otra orilla del río) y* de W. Hinton (*Fanshen. Un pueblo chino en la revolución*) por la editorial Einaudi, consolidarían la importancia de este acontecimiento epocal. Poco tiempo después de la elaboración de este artículo de Edoarda Masi, la explosión del '68 y del «Otoño Caliente» desmentirían la afirmación del «estancamiento» del movimiento obrero en Occidente.

---

18 Edoarda Masi, *Note sulle Rivoluzione culturale cinese*, en *Quaderni Piacentini*, num. 30, 1967.

4. De la escuela de clase al antiautoritarismo

El desarrollo industrial y la enseñanza media unificada

La organización de los estudios siempre había estado rígidamente estructurada en función de una sociedad dividida en clases y roles. Durante los años cincuenta los estudios de segundo grado (los que siguen a la escuela primaria) estaban subdivididos en tres direcciones (orientación profesional, comercial y enseñanza media) que aseguraban una selección clasista a priori. Se necesitaba un examen de admisión para pasar de la primaria a la enseñanza media (no en cambio para las otras dos orientaciones); la selección era muy dura y privilegiaba, como es obvio, a los hijos de la burguesía. Sin la selectividad de enseñanza media no se podía acceder a los liceos y por ende a la universidad. El resultado previsto era que a la universidad llegaban, casi exclusivamente, los «hijos del doctor» y los hijos del patrón.

Por otro lado, en el modelo de desarrollo de aquellos años la industria tenía necesidad al mismo tiempo de una mano de obra especializada (que quedaba asegurada por los institutos técnicos) y de una cuota aún mayor de esa fuerza de trabajo descualificada que esperaba en los inmensos campos del Sur y de las otras zonas subdesarrolladas. Un enorme ejército industrial de reserva del mercado de trabajo, en su gran mayoría analfabeto o semianalfabeto, que abastecería la composición social de la figura del obrero de masa. El principio constitucional del derecho al estudio, la llamada «escuela obligatoria» hasta los catorce años, no se había cumplido en gran parte y no lo sería aún durante muchos años.

Un sistema escolar tan discriminatorio chirriaba en la propia cultura institucional de los progresistas, al tiempo que inducía a la inquietud en la parte más auténticamente cristiana de los estudiantes católicos, revitalizados por la

carismática figura de Juan XXIII. Por otro lado, después del intento reaccionario del gobierno Tambroni en 1960, la Democracia Cristiana había sido obligada a ampliar el área de gobierno al ámbito socialista, que tenía en Tristano Codignola[1] la imagen de un apasionado reformista en el campo del derecho al estudio. De forma paralela, el proceso de modernización encauzado por el tumultuoso desarrollo industrial requería una mano de obra más flexible, culta y cualificada, sobre todo en el sector terciario (servicios, empleados, etc.).

Y de la suma de estos y otros factores, nace el proyecto de la «enseñanza media unificada». Éste significaba la eliminación de las otras dos vías de estudio, del examen embudo de admisión y, considerado en perspectiva, la posibilidad de un acceso ágil a la universidad, también en lo que se refiere a los hijos de las clases subalternas. Ciertamente permanecerían las discriminaciones clasistas, favorecidas por el cuerpo de docentes, en gran parte elitista y conservador («las vestales de la clase media», como se llamarían años más tarde, en relación también al fuerte fenómeno de feminización del cuerpo docente). Permanecían las desventajas con respecto a las potencialidades de partida de los hijos de los trabajadores en relación con los hijos de los burgueses, que continuarían incidiendo profundamente en la dinámica de «selección» (entre la enseñanza primaria y el paso a la instrucción superior, continuarían «desapareciendo» del 50 al 60 % de los estudiantes, en su gran mayoría de extracción proletaria). Pero, al menos formalmente, el «derecho al estudio» era sancionado por una ley de estado y los desequilibrios de clase funcionarían posteriormente como «motor» para dar «forma» a la unidad de los estudiantes en términos igualitarios y en la contestación a la cultura de los patrones.

---

1 La biografía de Tristano es quizás ejemplo de lo mejor del socialismo italiano. Líder partisano, tras la constitución de la república entrará a formar parte del partido socialdemócrata de Saragat. Fue uno de los más activos críticos de la ley electoral-fraude de 1953. Promovió la independencia del Partido Socialista frente al PCI y la DC y de una línea política propia y alternativa a la de los partidos mayoritarios. A partir de finales de la década de 1970 fue aislado por la dirección del PSI de Benito Craxi, debido a su incesante crítica de los casos de corrupción. Murió en 1982 [*N. del E.*].

El disenso y los símbolos de la revuelta

Propiamente, un disenso tan profundo no se habría desarrollado en lo años sucesivos sin la aportación determinante de lo que sucedía en el ámbito mucho más vasto del tejido social. Si en el plano nacional las grandes migraciones habían alterado el aspecto de las ciudades —y Luchino Visconti con la película *Rocco e i suoi fratelli* (1960) había representado magistralmente el drama de la urbanización, restituyendo la dimensión trágica y emocional de la cultura campesina del Sur— amplios sectores intelectuales rechazaban, cada vez más, realizar un papel «orgánico» en cualquier institución o partido, fundando revistas (como *Quaderni Piacentini* y *Quindici*, que posteriormente publicarían los documentos más importantes del movimiento estudiantil) u organizándose al margen de las asociaciones oficiales (como el grupo '63, que incluía a Arbasino, Eco, Manganelli, Sanguinetti, etc.).

La producción literaria, artística y cinematográfica recibía, de esta despuntante revolución cultural democrática, inputs profundos caracterizados por una nueva dimensión de «compromiso civil», frecuentemente en una situación polémica con respecto al moralismo de los años cincuenta. A comienzos de los años sesenta se realizaron las primeras películas sobre el problema del divorcio. En 1963 Francesco Rosi filma *Le mani sulla cittá*. Un durísimo acto de acusación contra la especulación inmobiliaria, que ganará el Festival de Venecia, como símbolo de su tiempo.

A nivel internacional llegaban, en cambio, los ecos de las grandes protestas estudiantiles estadounidenses contra la Guerra de Vietnam y sobre todo las guerras de independencia de los pueblos del Tercer Mundo.

Enrico Mattei, genial presidente del ENI (*Ente Nazionale Idrocarburi* [Empresa Nacional de Hidrocarburos]), responsable del aprovisionamiento de petróleo, tanto para la industria como para el «ciclo del automóvil», había fundado (en 1956) el periódico *Il Giorno* con el objetivo de contrapesar la hegemonía del *Corriere della Sera* y de favorecer una modernización del contexto político (de hecho, será el patrocinador oficial del futuro centro izquierda). *Il Giorno* apoyó de manera evidente la Revolución Argelina, probablemente con el claro objetivo de establecer contactos privilegiados para el posterior aprovechamiento de los recursos petrolíferos del Sahara. Esto era lo mismo que golpear los intereses de las «siete hermanas» (las grandes multinacionales inglesas, holandesas y estadounidenses del petróleo: Shell, Esso, BP, etc.) y Mattei pagará con su vida esta elección (una bomba explotaría en su avión personal en pleno vuelo).

Este episodio, además de consolidar el disenso en relación con el colonialismo, hacía visible, a ojos de amplios estratos del público, la existencia de poderes multinacionales ocultos, otorgando una dimensión real y concreta a la estrategia del imperialismo.

Las primeras marchas por la paz (son famosas, sobre todo, las organizadas por el radical Capitini en la calle de Asís) y contra la amenaza nuclear, las referencias a las guerrillas de los pueblos del Tercer Mundo y el surgimiento de las temáticas de la Revolución Cultural en la República Popular China constituirán el *background* en la formación del «internacionalismo proletario».

De todas partes llegaban señales de revuelta y grandes símbolos a los que referirse: de los afroamericanos, Martin Luther King y un Malcolm X más radical (ambos asesinados); de América latina, Camilo Torres, cura y guerrillero que influirá en el largo recorrido del diálogo entre católicos y marxistas. Pero sobre todo con la victoria de la Revolución Cubana, si Fidel Castro es el líder máximo, su comandante Che Guevara sintetiza a partir del *physique du rôl*, la máxima figura del imaginario y de las inquietudes de amplios estratos generacionales. La figura del héroe romántico, fascinante, auténtico y victorioso, siempre en marcha tratando de liberar a otros pueblos y de combatir las injusticias, parece encontrar en el Che su ejemplo vivo. «Duros como el acero, tiernos como las violetas, generosos como el grano maduro»: son emociones que pueden dar un sentido a la existencia y que parecen resumir la vida y la experiencia de Che Guevara. Asesinado en 1967 en Bolivia por un complot de la CIA, se convertirá en un mito colectivo y el póster con la leyenda «Il Che vive» impreso por Feltrinelli, que había sido amigo de Castro y del Che, sería un auténtico *bestseller* que vendería un millón de copias.

La figura del comandante Che Guevara está profundamente entrelazada, en Occidente y en Italia, con el nacimiento del deseo de cambios radicales en la condición juvenil. Junto a Mao Tse-Tung (pero mucho más por sus aspectos simbólicos) el Che representa uno de los más grandes y eficaces símbolos de la revuelta de los años sesenta y setenta.

En realidad, y aún si su vivencia estuvo estrechamente ligada a la victoriosa Revolución Cubana, su figura sólo surgirá con fuerza a mediados de los años sesenta. Hasta ese momento y en las manifestaciones callejeras sobre la cuestión de los misiles en Cuba, la Revolución cubana es vivida y percibida como un todo único, sintetizado por la figura, por los escritos y por los discursos de Fidel Castro. Se sabe que uno de los máximos dirigentes no es cubano, es argentino, es el Che Guevara. Pero sólo más tarde se identifican sus características personales. Sus dos discursos pronunciados

frente a la asamblea general de la ONU en el transcurso de la Conferencia de Comercio y Desarrollo (GATT) el 11 de diciembre de 1964 y a comienzos de 1965 tendrán un gran impacto.

En 1961 las Edizioni Avanti! dirigidas por Gianni Bosio, que posteriormente fundaría el Instituto De Martino, habían publicado *La guerra de guerrillas*, un manual de guerrilla escrito por el Che. La publicación que estaba dedicada a Camilo Cienfuegos, figura extraordinaria de la guerrilla cubana, muerto con posterioridad en circunstancias misteriosas (desaparecieron tanto él como su avión y ya nunca fueron encontrados), representaba una operación de intrépido disenso, típico de la vitalidad polémica de la izquierda socialista de aquel periodo. Pero tanto por su escasa distribución como por la fuerte anticipación de los tiempos históricos (el mismo texto será reeditado por Feltrinelli en 1967 y vendió cientos de miles de copias), no contribuirá de hecho a difundir la figura del Che entre las jóvenes generaciones.

Después de los discursos citados y sobre todo tras la noticia de que el Che había decidido ir a Bolivia a organizar la guerrilla y la revolución; el entusiasmo y la pasión por la figura del guerrillero se volvieron enormes. Eslóganes como «crear dos, tres, muchos Vietnam» o «el deber de todo revolucionario es hacer la revolución» comienzan a gritarse en las manifestaciones y a aparecer en los *graffiti*. El ejemplo del Che que muere combatiendo será durante muchos años más que un referente político, pasará a transformarse en una aspiración existencial.

El paso de la guerrilla es el paso del compañero más débil[2]

Che Guevara

¿Qué es un guerrillero?

El ejército guerrillero, ejército popular por excelencia, tiene que tener en el plano individual todas y las mejores cualidades del mejor soldado del mundo. Debe fundarse en una rigurosa disciplina. Si las formalidades de

2 Ernesto Che Guevara, *La guerra de guerrillas*. La edición italiana de la que se seleccionan los extractos es la de Feltrinelli, Milán, 1967 [varias ediciones en castellano, la más reciente Hiru, 2004].

la vida militar no se adaptan a la guerrilla, si no hay golpe de tacones ni saludo rígido, ni explicaciones de los subalternos al superior, esto no significa que no haya disciplina. La disciplina del guerrillero es interna; viene de la convicción profunda del individuo, de la necesidad de obedecer al superior para garantizar la eficacia del organismo armado del cual forma parte pero también para defender la propia vida […]. Soldado disciplinado, el guerrillero es también un soldado muy ágil física y mentalmente. Una guerra de guerrillas estática no es imaginable. Todo sucede de noche. Gracias a sus conocimientos del terreno, los guerrilleros se mueven de noche, ocupan sus posiciones, atacan al enemigo y se retiran. No es necesario que se retiren muy lejos del teatro de operaciones; sucede simplemente que se retiran muy rápido.

Sobre el papel de la violencia

Nosotros respondemos: la violencia no es sólo patrimonio de explotadores, los explotados pueden emplearla a su vez, es más: deben emplearla en el momento justo. Lenin, en el *Programa militar de la revolución proletaria*, afirmaba: «El que admite la lucha de clases no puede dejar de admitir las guerras civiles que en toda sociedad de clases representan la continuación y el desarrollo natural y en ciertos casos inevitable de la lucha de clases. Todas las grandes revoluciones lo confirman. Negar las guerras civiles u olvidarlas sería caer en un oportunismo extremo y renegar de la revolución socialista». Esto significa que no debemos tener miedo a la violencia en los partos que dan a luz al mundo nuevas sociedades; pero esta violencia tiene que tener un comienzo sólo en el momento preciso en el que los que guían al pueblo hayan encontrado las circunstancias favorables.

Pero después de la victoria de la Revolución Cubana, después de su vagar por el mundo (África, Asia, Europa, Oriente Medio) como embajador y mensajero de los ideales revolucionarios, vuelve a aflorar en él la necesidad incontenible de liberar a otros pueblos latinoamericanos de las dictaduras filoestadounidenses.

Se trata de la cultura del «foco» guerrillero, del pequeño grupo que, aliándose a las masas oprimidas, desencadena un temporal que disgrega las fuerzas del enemigo. Se trata de un compromiso consigo mismo y con Fidel: ¡Exportar la revolución! «Una chispa puede incendiar la pradera», declara Mao Tse-Tung; un pequeño grupo guerrillero experimentado y eficiente puede desencadenar la revuelta de los proletarios explotados. Con estas intenciones parte el Che hacia Bolivia dejando mensajes e indicaciones para la lucha.

Crear dos, tres, muchos Vietnam: ésta es la consigna.

El imperialismo americano es culpable de la agresión: sus crímenes son enormes y están diseminados por todo el mundo. ¡Esto lo sabemos, señores! Pero son igualmente culpables los que a la hora de decidir han dudado de hacer de Vietnam una parte inviolable del territorio socialista, corriendo el riesgo de una guerra mundial, pero obligando a los norteamericanos a tomar una decisión. Son culpables los que alimentan una guerra de injurias y de insidias, iniciada desde hace mucho tiempo por los representantes de las dos mayores potencias en el campo socialista [se refiere aquí a la dura polémica y a la ruptura entre China y la Unión Soviética].

El panorama del mundo muestra una enorme complejidad. La tarea de la liberación corresponde todavía a los países de la vieja Europa, bastante desarrollados como para sentir todas las contradicciones del capitalismo, pero tan débiles como para no poder seguir la dirección del imperialismo o de comprometerse en esta dirección. En estos países las contradicciones asumirán, en los próximos años, un carácter explosivo. […]

Y a nosotros, explotados del mundo, ¿qué parte nos toca? Los pueblos de tres continentes observan y aprenden la lección de Vietnam. Dado que los imperialistas, con la amenaza de la guerra, ejercen su extorsión sobre la humanidad, la respuesta justa está en no temer a la guerra. Atacar dura, incesantemente, en cada punto del frente, ésta debe ser la táctica general de los pueblos. […]

Es necesario llevar la guerra allí donde la lleve el enemigo: en su casa, en sus lugares de diversión. Hay que hacerla total. Hay que impedirle tener un momento de tranquilidad, un momento de respiro fuera y dentro de los cuarteles; atacarlo en cualquier lugar en el que se encuentre, darle la sensación de ser una bestia asediada allá donde vaya. Entonces bajará su moral. Y será aún más brutal, pero se notarán en él las señales de su decadencia.

Otras tierras reclaman mis modestos esfuerzos

Fidel: me acuerdo en estas horas de muchas cosas, de cuando te conocí en la casa de Maria Antonia, de cuando me propusiste ir contigo, de toda la tensión de los preparativos.

Un día vinieron a preguntarnos a quién se tenía que avisar en caso de muerte, y la posibilidad real del hecho nos golpeó a todos. Más tarde sabríamos que era verdad, que en una revolución se triunfa o se muere (si es de verdad). Muchos compañeros se quedaron en el camino que llevaba a la victoria.

Siento haber cumplido la parte de mi deber que me ataba a la Revolución Cubana en su territorio, y me despido de vos, de mis compañeros, de tu pueblo, que ya es también el mío.

Renuncio formalmente a mis compromisos en la dirección del Partido, a mi cargo de ministro, a mi grado de comandante, a mi condición de cubano. Nada legal me ata a Cuba, sólo vínculos de otro tipo, que no se pueden romper, como los que he nombrado.

Otras tierras del mundo reclaman mis modestos esfuerzos. Yo puedo hacer lo que a vos te es negado por tu responsabilidad como cabeza de Cuba y llegó la hora de separarnos.

Se sepa que lo hago con una mezcla de alegría y de dolor: dejo, aquí, la parte más pura de mis esperanzas de constructor y los más queridos entre los seres queridos; esto lacera una parte de mi espíritu. En los nuevos campos de batalla llevaré la fe que me inculcaste, el espíritu revolucionario de mi pueblo, la sensación de cumplir el más sagrado de los deberes: luchar contra el imperialismo allí donde se encuentre; esto reconforta y cura ampliamente cualquier lesión. […]

Tendría muchas cosas para decirte, a vos y a nuestro pueblo, pero siento que no son necesarias: las palabras no pueden expresar lo que quisiera decir, y no vale la pena arruinarlo.

¡Hasta la victoria siempre! ¡Patria o muerte!

Te abrazo con fervor revolucionario

Che

Llamamiento antes de dejar Cuba

Toda nuestra acción es un grito de guerra contra el imperialismo, es un llamado vibrante a la unidad de los pueblos contra el gran enemigo del genero humano: los Estados Unidos de Norte América. En cualquier parte donde nos sorprenda la muerte, que sea bienvenida, con la condición de que nuestro grito de guerra llegue a un oído que lo recoja, con la condición de que otra mano se extienda para empuñar nuestras armas y otros hombres se alisten para entonar cantos fúnebres con el ruido de las ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.

¡Hasta la victoria siempre!

Cartas a una profesora de Don Milani

En este panorama social, cargado de necesidad de democracia y de esperanzas en profundas transformaciones, se publica en 1966 el libro *Lettere a una professoressa*. Lo había escrito un pequeño y extraordinario sacerdote junto con los chicos de su parroquia, en Barbiana del Mugello (un pueblecito muy pobre del Apenino toscano). Se trata de una dura acusación contra la institución escolar, contra la insensibilidad de los docentes, contra la abstracción y la falsificación del «saber de los patrones». Mediante el uso creativo e inteligente de los anuarios del ISTAT [Instituto de Estadística de Italia], desenmascara la dinámica y las cifras de la selección escolar, que favorece a los *pierini* (los hijos de los patrones) y margina a los hijos de los proletarios: no sólo debido a las características de la institución escolar, sino propiamente a los contenidos de los conocimientos transmitidos (que los *pierini* absorben en el seno familiar desde pequeños) y al propio uso de la lengua ya de por sí elitista y clasista.

Escrito en un italiano simple y rico, *Lettere a una professoressa*, impreso por una pequeña librería florentina,[3] se convertirá en un instrumento fundamental de asunción de responsabilidad, tanto para los estudiantes

---

3 Don Milani, *Lettere a una professoressa*, Florencia, Libreria editrice fiorentina, 1966.

como para los docentes. En 1972 había vendido ya un millón de copias, contribuyendo a la reflexión de los intelectuales sobre su propio papel y función. Elvio Fachinelli diría, en los *Quaderni Piacentini,* que se trata «de un libro chino» (en referencia a su impacto revolucionario), y Franco Fortini declaró sentirse «un pierino [...]».[4]

La acción de don Milani no se restringe sólo al sector de la escuela, se extiende también a otras instituciones, como el ejército (favoreciendo la objeción de conciencia) y la propia institución eclesiástica: *L'obbedienza non è più una virtù* [*La obediencia ya no es una virtud*] es el título del segundo libro[5] que también se convertirá en un eslogan retomado de diferentes formas, y en el que se ceba sobre el proceso, más general, de rechazo a la «delegación» y a la «autoridad». Los efectos culturales y políticos de las experiencias de don Milani influirán en el mundo católico y suministrarán un motivo de ejemplo para los «curas obreros» que eligieron ir a la fábrica, y estar al lado de los explotados, y a los barrios degradados (como el Isolotto de Florencia) con el fin de vivir la «Iglesia de los pobres», en clara contradicción con los fastos del «poder temporal» de los obispos y del Papa. Las ACLI (las asociaciones de trabajadores católicos) tendrán también un efecto duradero en el largo camino hacia la izquierda. Éstas acabaron escindiéndose bajo la dirección del secretario Livio Labor a comienzos de los años setenta. Aunque Milani es reducido al silencio por la autoridad de los obispos, la difusión de su obra no se detiene, tanto entre los jóvenes como en el ámbito de las nacientes agrupaciones extraparlamentarias.

La nueva enseñanza media

> Hemos leído la ley y los programas de la nueva enseñanza media. La mayoría de las cosas escritas ahí nos parecen bien. Y, además, está el hecho de que la nueva enseñanza media existe, es única y obligatoria, y no agrada a la derecha. Es un hecho positivo. Sólo da tristeza saber que está en vuestras manos. ¿La convertirán en una enseñanza clasista como la otra? La vieja enseñanza media era clasista hasta en el horario y en el calendario. La nueva enseñanza no los ha cambiado. Permanece

---

4 *Quaderni Piacentini*, num. 31, 1966.

5 Don Milani, *L'obbedienza non é più una virtú*, Florencia, Libreria editrice fiorentina, 1967.

como una escuela hecha a medida de los ricos. De aquellos que tienen la cultura en casa y van a la escuela sólo para conseguir diplomas. Pero hay una luz de esperanza en el artículo 3. Instituye «un después de la escuela» de al menos diez horas semanales. Inmediatamente detrás del mismo artículo se ofrece la escapatoria para no hacerlo: «el después de la escuela» será puesto en acto «previa confirmación de las posibilidades locales». Por consiguiente, la situación está nuevamente en vuestras manos.

Desarmados

Los padres más pobres no hacen nada [contra la selección]. No sospechan ni siquiera que estas cosas existan. Por el contrario están conmovidos. En sus tiempos en el campo sólo existía hasta tercer grado. Si las cosas no van bien, será porque el niño no está hecho para estudiar. «Lo dijo el Profesor. Una persona educada. Me hizo sentarme. Me mostró el registro. Una tarea llena de trazos azules. A nosotros no nos tocó inteligente. Paciencia. Irá al campo como fuimos nosotros».

Inepto para los estudios

El encargo de las estadísticas lo ha tomado Juan Carlos. Tiene 15 años. Es otro de esos chicos que ustedes sentenciaron como inepto para los estudios. Con nosotros carbura bien. Por ejemplo, ahora hace cuatro meses que está inmerso en estas cifras. Ni siquiera la matemática le parece árida. Nosotros le ofrecimos estudiar para un fin noble: sentirse hermano de otros 1.031.000 suspendidos junto a él (suspendidos en la escuela obligatoria del año escolar 1963-64) y gozar del placer de la venganza por él y por ellos.

Política y avaricia

Por ejemplo he aprendido que el problema de los otros es igual al mío. Examinarse todos juntos es política, examinarse solos es avaricia. No estaba vacunado contra la avaricia. En los exámenes tenía ganas de mandar al diablo a los pequeños y estudiar sólo para mí.

No te sabes expresar

Juan. Salió analfabeto de vuestra escuela y con odio hacia los libros. Durante los exámenes una profesora le dijo: «¿Por qué vas a una escuela privada? ¿No ves que no te sabes expresar?» […]. Por otro lado habría que aclararse sobre qué es la lengua correcta. Las lenguas las crean los pobres y después la siguen renovando hasta el infinito. Los ricos las cristalizan para poder joder a quienes no las hablan como ellos. O para suspenderlos. Ustedes dicen que el *pierino* del doctor escribe bien. A la fuerza, si habla como ustedes. Pertenece a la empresa. En cambio la lengua que habla y escribe Juan es la de su padre. Cuando Juan era chico llamaba a la radio *lalla*. Y el padre serio: «No se dice *lalla*, se dice radio». Ahora bien, si es posible está bien que Juan aprenda a decir también radio. Vuestra lengua podría venirle bien. Pero mientras tanto no pueden echarlo de la escuela. «Todos los ciudadanos son iguales sin distinción de lengua», lo ha dicho la Constitución pensando en él. Verdaderamente los honorables constituyentes pensaban en los alemanes del sur del Tirol (Alto Adigio), pero sin quererlo pensaron también en Juan.

Matemática y sadismo

El problema de geometría hacía pensar en una escultura de la Bienal: «Un sólido está formado por una semiesfera sobrepuesta a un cilindro cuya superficie es tres séptimos de aquella…» No existe un instrumento que mida las superficies. Por lo tanto, en la vida nunca puede suceder que se conozcan las superficies y no las dimensiones. Un problema así sólo puede nacer en la mente de un enfermo.

Curas y putas

La maestra es defendida por su desmemoria de madre a medio servicio. Él que falta tiene el defecto de que no se ve. Se necesitaría una cruz o un cajón en su banco para recordarlo. En cambio en su lugar hay un chico nuevo. Un desgraciado como él. La maestra le cogió cariño. Las maestras son como los curas y las putas. Se enamoran rápidamente de las criaturas. Si después las pierden no tienen tiempo de llorar. El mundo es una familia inmensa. Hay tantas otras criaturas a las que

servir. Es lindo mirar más allá de la puerta de la propia casa. Solo es necesario estar seguros de que no echamos a nadie con nuestras propias manos.

Fascistas potenciales

La mayoría de los compañeros (de escuela) que encontré en Florencia no lee nunca los periódicos. Quienes los leen, leen el diario patronal. Le pregunté a uno si sabe quien lo financia: «Nadie, es independiente». No quiero saber nada de política. Uno escuchándome hablar del sindicato lo confundía con el síndico [el alcalde]. De la huelga sólo han escuchado que daña a la producción. No se preguntan si es verdad. Tres son fascistas declarados. Veintiocho apolíticos más tres fascistas igual a treinta y un fascistas.

El tornero

Al tornero no se le permite entregar sólo las piezas que ha hecho. De otro modo no haría nada para hacerlas todas bien. Ustedes en cambio saben descartar las piezas (los estudiantes) a su gusto. Yo les pagaría a destajo. Un tanto por chico que aprende todas las materias. O mejor, multa por cada chico que no aprende ni una. Entonces el ojo iría siempre sobre Juan. Lucharían por el chico que tiene más dificultades, descuidando al más afortunado. Como se hace en todas las familias. Se despertarían por la noche con el pensamiento fijo en él, a la búsqueda de una nueva manera de hacer escuela, hecha a su medida. Irían a buscarlo a su casa si no vuelve.

Ciegos

Quien no lo crea que vaya a la ciudad el día de la fiesta de las matrículas. Los señores se avergüenzan tan poco de su privilegio que se ponen un sombrero para que les reconozcan. Después, durante todo un día, recitan solos como perros en medio de las calles. Obscenidad, infracciones a las leyes, fastidio por el tráfico y por los otros. El agente soporta en silencio. Ha entendido qué quiere el patrón. Se llama desorden solamente a aquello que hacen los obreros cuando hacen huelga. Los señoritos ocupados en recitar no se dan cuenta de que el servilismo de aquel policía es una acusación hacia ellos.

Desaparece

Pierino afortunado porque sabe hablar. Desgraciado porque habla mucho.

Él que no tiene nada importante que decir. Él que repite sólo las cosas que ha leído escritas en los libros por otro como él… Pobre *pierino*, me produces compasión. Has pagado caro el privilegio. Deformado por la especialización, por los libros, por el contacto con gente siempre idéntica. ¿Por qué no vienes con nosotros? Deja la universidad, las obligaciones, los partidos. Ponte enseguida a enseñar. Sólo la lengua y nada más. Indícales el camino a los pobres sin hacerte tu propio camino. Deja de llorar, desaparece. Es la última misión de tu clase.

El malestar de la enseñanza media y el caso de la *Zanzara*

A mediados de los años sesenta, en la sociedad italiana y sobre todo en las grandes ciudades, las señales de malestar producidas por los enormes cambios económicos están colmando de manera profunda las relaciones entre los ciudadanos y el Estado. No se trata sólo de la crisis de las grandes formas de representación (partidos, sindicatos, asociaciones etc.) sino de algo más profundo que pone en discusión la mayor parte de los modelos aparentemente consolidados de la vida cotidiana. El gobierno de centro izquierda comienza a ser considerado más como una operación de normalización, funcional al desarrollo capitalista, que como expresión de una voluntad política de renovación.

La ambigua personalidad de Aldo Moro que lidera en estos años diferentes versiones del centro izquierda, cada vez más moderadas, y la existencia de una situación económica internacional que incide de forma acentuada en los programas de desarrollo nacional, aminorando la producción de riquezas, generan un impás, una crisis que viene resumida con el término de «coyuntura», apto por su indeterminación para ser usado como arma de chantaje frente a las reivindicaciones obreras. La propia esperanza levantada por la «coexistencia pacífica» se fragmenta en la política de las dos grandes potencias, ambas propensas a extender su propia influencia militar y económica sobre áreas cada vez más vastas del mundo, y ahora sacudidas por procesos revolucionarios y por guerras de independencia.

La «coexistencia pacífica» termina por revelarse como un hábil parapeto para ocultar las políticas de dominación. Mientras el líder histórico del PCI Palmiro Togliatti se muere por una enfermedad en Crimea (1964), en la dirección del PCI se vislumbran, por primera vez, una línea de derechas (Amándola) y otra de izquierdas (Ingrao); el bloque del poder burgués parece constituirse mediante una sólida alianza entre la Democracia Cristiana, los grandes empresarios, las empresas públicas, los socialistas y la Iglesia. En esta situación, aparecen en la sociedad civil fenómenos de disenso cada vez más extendidos, de tipo democrático incluso (nace por ejemplo en 1964 la LID, *Lega italiana per il divorzio* [Liga Italiana por el Divorcio]) que se expresan de forma asociativa y externa a los partidos.

Si las revistas autogestionadas (*Quaderni Rossi*, *Quaderni Piacentini*, etc.) de carácter más comprometido y radical tienen dificultades para encontrar su propio público, la atmósfera general de exigencia de cambio se puede observar por medio de todo tipo de señales, grandes y pequeñas. La inteligencia democrática italiana ya había producido, por medio de películas memorables y a través de las nuevas tendencias editoriales, la imagen del compromiso; también de otras naciones llegaban continuamente películas, obras literarias y de ensayo de gran interés y novedad (por ejemplo Kubrik con *Senderos de gloria* y *El doctor Stranamore* y los libros de Frantz Fanon y *Un día en la vida de Iván Denísovich* de A. Solzhenitsin) que contribuían a desenmascarar el clima asfixiante y sustancialmente restaurador, tanto en lo que se refiere al sistema de partidos como a las instituciones en general.

La policía y la magistratura, especialmente, continuan siendo el brazo armado y legal de los intereses gubernamentales y del gran capital. Los episodios represivos son innumerables: la policía sigue asesinando y disparando siempre que se da una manifestación de disenso, la magistratura interviene por medio de un mecanismo de censura preventiva, continuo y opresivo (secuestros de películas, libros, revistas, manifiestos, etc.), al mismo tiempo, las sentencias son constantemente informadas por criterios morales y por el uso fuera de tiempo, creativo incluso, del tristemente célebre Codice Rocco[6] fascista.

---

6 Código penal elaborado en 1925 por el entonces ministro Arturo Rocco, el código preveía un aumento de las penas por delitos menores (siempre justificado por el crecimiento de la peligrosidad) así como medidas «preventivas» que señalaban a sujetos potencialmente peligrosos y reincidentes. El código fue extensamente utilizado y aprovechado durante todo el periodo fascista. Curiosamente el texto ha permanecido vigente hasta nuestros días con leves reformas y modificaciones [*N. del E.*].

En el universo de la condición juvenil todo esto era percibido de forma directamente existencial y prepolítica, pero seguramente manifestaba una continua deslegitimación de las versiones oficiales. La propia reforma de la enseñanza media con sus contenidos aparentemente igualitarios comenzaba a mostrar los objetivos reales que la habían animado. Si el anterior reparto en tres direcciones de estudio diferenciadas había sido eliminado en los niveles inferiores; en lo que concierne a las escuelas superiores (liceos, magisterios, institutos técnicos) la división permanecía y ésta era aún más rígida y selectiva. En esta primera fase de formación de una conciencia estudiantil, especialmente en los liceos, no se comprueban aún formas radicales de contestación. Sin embargo, las señales de malestar están bastante difundidas y son reveladoras de una progresiva fractura entre las situaciones juveniles y las instituciones estatales.

A pesar de su imparcialidad y de sus límites la experiencia del periódico *La Zanzara* del liceo Parini de Milán es, en este sentido, un episodio de gran valor histórico. En febrero de 1966 el órgano estudiantil del liceo milanés publicó un número dedicado al tema «Escuela y sociedad» que contenía además una encuesta interna realizada en el propio liceo titulada «¿Qué piensan las chicas de hoy?».

El liceo Parini había sido siempre el instituto de los hijos de la «buena burguesía» milanesa. Ubicado en el corazón de los barrios residenciales es conocido por ser particularmente selectivo y elitista. Sus estudiantes no son particularmente revoltosos, por el contrario, son famosos por su ejemplar compromiso con el estudio y por el esencial respeto de las jerarquías internas. Los profesores y el propio director están en su gran mayoría dotados de una identidad y una cultura democráticas y la dirección del instituto ve favorablemente la autogestión del periódico. El escándalo *Zanzara* estalla con unas características particularmente atrasadas, si se compara con las formas de contestación que se difundirán en menos de dos años, sin embargo adquiere de golpe una gran relevancia nacional.

Los redactores del pequeño periódico se habían limitado en realidad a entrevistar a un cierto número de mujeres estudiantes sobre problemas concernientes a la enseñanza, tanto de la religión (como se ve una temática sin tiempo y sin historia) como de la educación sexual. En el editorial titulado «Escuela y sociedad» los redactores partieron de la constatación de que «[…] uno de los puntos sobre los cuales todos o casi todos los estudiantes estuvieron de acuerdo, fue en revelar una gran deficiencia pedagógica de

la sociedad, y en particular de la escuela, en relación con estos problemas, con posiciones que por lo demás no tienen en cuenta la realidad efectiva, y sobre todo la libertad del individuo». Y así si el pequeño periódico se había enfrentado en el número precedente al problema de la religión (levantando las críticas internas de los pariniani católicos) en este nuevo número se dirige a afrontar «un debate sobre la posición de la mujer en nuestra sociedad, tratando de examinar los problemas del matrimonio, del trabajo femenino y del sexo, y el modo en el que han sido resueltos por el individuo y por la sociedad».

Como se puede constatar nada particularmente escandaloso y tampoco las reflexiones que se desprenden de la encuesta parecen, leídas hoy, inquietantes y provocadoras. Probablemente las respuestas de las chicas no hacen otra cosa que dar cuenta de un estado de ánimo difundido entre los jóvenes más sensibles del período, que no puede ser otro que el que corresponde con afirmaciones como «en las relaciones pongo límites porque no quiero correr el riesgo de tener consecuencias. Pero si pudiera usar libremente los anticonceptivos no tendría problemas de límites», o bien «los dos sexos tienen el mismo derecho a las relaciones prematrimoniales».

Ciertamente, y teniendo en cuenta el periodo, las reflexiones negativas sobre las relaciones existentes entre religión y felicidad sexual son más precisas y agresivas, pero también son extremadamente liberadoras. Las entrevistadas afirman en efecto que: «La religión en el campo sexual es portadora de los complejos de culpa; cuando existe el amor no pueden y no deben existir límites y frenos religiosos». Y más aún hablando de la familia y del matrimonio: «Si me ofrecieran una vida únicamente dedicada al matrimonio, a la casa y a los hijos, antes que vivir así me suicidaría».

En todo caso la publicación de la encuesta provoca la reacción violenta del grupo Giesse (Gioventú studentesca [Juventud estudiantil]) dirigido por don Giussani (futuro fundador de Comunione e liberazione [Comunión y Liberación]) presente en muchas escuelas milanesas. Con la firma de «Parinianos católicos» en un panfleto, estigmatizan «la gravedad de la ofensa dirigida contra la sensibilidad y la costumbre moral común; la deslealtad con la que, una vez más, se ha abusado de la escuela y de su confianza». La disensión de los futuros *ciellini* viene recogida en la edición vespertina del *Corriere Lombardo* (un periódico agonizante que dejará de publicarse mucho tiempo después), que «tira» literalmente en primera

plana el problema con un título de seis columnas: «Una encuesta publicada en el diario de los estudiantes suscita escándalo en el Parini». El artículo está lleno de afirmaciones durísimas como las «alocadas afirmaciones de algunas estudiantes [...]», de padres perturbados que quieren retirar a sus propios hijos del liceo predilecto del Milán de bien, una opinión pública traumatizada y lista para levantarse en defensa de la «sociedad buena y sana», contra «la oleada de corrupción y de malas costumbres», dispuesta a solicitar la intervención de la policía y la magistratura.

De este modo, el mismo día de la publicación del artículo del *Lombardo* y debido a las presiones de los *Giesse* el magistrado doctor Oscar Lanzi, encarga al magistrado Giovanni Grappone, conocido como «el terror de los criminales más duros», que dirija las investigaciones sobre el periódico estudiantil. Desde este momento, y en el curso de algunas semanas, el caso *Zanzara* estallará primero a nivel ciudadano y después a nivel nacional transformándose en uno de los enfrentamientos más memorables sobre el problema de las libertades democráticas. Los nombres de los tres jóvenes redactores (todos «primeros de la clase» e incluso con diez en conducta): Marco De Poli, Marco Sassano e Claudia Beltramo Ceppi, son rápidamente conocidos por el gran público.

Prácticamente enseguida, se forman posiciones enfrentadas tanto en la prensa como en el sistema de partidos —que después de algunas vacilaciones iniciales están casi todos de parte de los estudiantes a excepción de la DCI y del MSI. De todas maneras la investigación de la magistratura prosigue y los tres estudiantes son interrogados en la comisaría por el «terrible» doctor Grappone quien, entre otras cosas, al rechazar un cigarrillo la chica del grupo, comenta: «¿De verdad que no fumas? Entonces no eres tan viciosa como se podría pensar leyendo tu periodicucho».

Mientras tanto se apela a la ciudadanía para que se posicione en relación con el problema de las libertades democráticas, debido también a que en ese momento llega la noticia del arresto de un grupo de pacifistas ligados al Partido Radical y de algunos militantes del Centro Anti-imperialista Milanés y de la Liga Marxista-Leninista (el arresto de estos militantes hace visible al gran público la disidencia a la izquierda del PCI). Los jóvenes radicales son acusados de haber distribuido un panfleto contra la guerra de Vietnam. Con ellos son arrestados también los tipógrafos que habían impreso los panfletos. Las

órdenes de captura son emitidas por el propio doctor Lanzi que algunos días después enviará de nuevo a juicio por vía directa a los tres estudiantes del Parini, al director Mattalia y a la titular de la imprenta que había impreso el periódico.

Como se ve, las temáticas relacionadas con estos hechos son de vasto alcance: la Guerra de Vietnam, el anti-imperialismo, la disidencia de izquierda, la libertad sexual, la libertad religiosa, los poderes de la magistratura y de la policía, la libertad de enseñanza y, de forma más general, la libertad de prensa y de expresión. Había bastante como para producir un debate y un enfrentamiento que traspasase con mucho la entidad de los hechos.

Posteriormente, para complicar la situación, el magistrado (doctor Carcasio) encargado de interrogar a los tres estudiantes, desempolvando una vieja circular fascista de 1933, pretende efectuar una revisión médica a los tres «imputados» durante el interrogatorio. El objetivo formal de esta disposición fascista era, en el caso de los imputados menores, el de constatar eventuales taras físicas y psíquicas del imputado, y esto evidentemente dentro de una lógica lombrosiana de cuartel.

Los dos estudiantes cogidos por sorpresa se encuentran en la situación de aceptar «desnudarse» en la fiscalía, mientras que Claudia Beltramo Ceppi rechaza con decisión la humillante orden. Este último episodio produce un escándalo aún mayor. La defensa de los estudiantes llega de todas partes: se recogen firmas en solidaridad de centenares de profesores, de intelectuales, los partidos están obligados a posicionarse, mientras en las escuelas de toda Italia el caso *Zanzara* se convierte en un caballo de batalla para los estudiantes. Juristas ilustres impugnan el artículo 13 de la Constitución que sanciona «la inviolabilidad de la libertad personal». También se forma un colegio de defensa, tanto para el caso de los militantes de izquierda y los pacifistas, como para el de los estudiantes. Entre los abogados defensores se encuentran Sergio y Giuliano Spazzalli, que serán protagonistas durante toda la década de 1960 de extraordinarias batallas en defensa de militantes y trabajadores.

El caso *Zanzara* funcionó de hecho como un formidable catalizador de la separación entre la sociedad civil y el Estado que tocaba todos los aspectos y las disposiciones de las instituciones. Partiendo de este pequeño episodio de intolerancia provincial, estas cuestiones llegan a involucrar al parlamento,

a la presidencia de la República y a todas las asociaciones de magistrados y periodistas, en una reflexión crítica, profunda y radical sobre los males de la sociedad italiana.

Los estudiantes, por su parte, dan vida a asambleas muy concurridas, a manifestaciones muy participativas con carteles del tipo: «Terminaremos todos desnudos o todos mudos», «la Constitución es para todos, con mayor razón para los estudiantes», etc.

El proceso de *La Zanzara* (entre los defensores estaban Pisapia, Delitalia, Dall'Ora, los príncipes del foro) se rebeló como un boomerang para aquellas fuerzas que habían montado la operación (fundamentalmente para los *Giesse* de don Giussani) generando un proceso de reflexión sobre los espacios democráticos que arremetería cada vez con más fuerza en la sociedad italiana, pero que contribuyó también a construir alrededor del naciente movimiento estudiantil una serie de alianzas democráticas que proseguirán hasta principios de los años setenta.

Más allá de la absolución jurídica de los protagonistas, toda la polémica del caso *Zanzara* gira entorno a la necesidad de modernización democrática de las instituciones en relación con una sociedad que ya era más avanzada en el plano político. En el seno de esta contradicción se radicalizarán las luchas estudiantiles de los años siguientes. Sólo dos años más tarde los estudiantes del Parini publicarán un opúsculo titulado *Contra la selección de tipo clasista realizada por la escuela, el condicionamiento socioeconómico, cultural y familiar del estudiante.*

En cambio, la prensa no concedió relevancia, de forma voluntaria, al proceso a los antimilitaristas, a pesar de la importancia de las cuestiones tratadas. Comentando la sentencia absolutoria también en relación con ese asunto los *Quaderni Piacentini* escribirán:

Magistrados «independientes», no imputables e inamovibles

Antonio Muratori, abogado famoso desde hace medio siglo, solía recordar la recomendación paterna de cuando era estudiante: «Estudia Tonino, estudia: si no no te convertirás en funcionario público». Para los que hayan seguido la requisitoria «manicomial» —tal y como fue definida por un abogado católico— del doctor Lanzi (proceso *Zanzara*) y la aún más

escuálida del doctor Alma (proceso octavillas pacifistas), no se diría que la situación haya cambiado respecto a hace cincuenta años. Nuestra desconfianza en el ordenamiento judiciario es, de todos modos, total y de principio, y podemos repetir, sin cambiar una sola coma, lo mismo que escribíamos hace tres años (*Quaderni Piacentini*, num. 13, nov.-dic. 1963, pp. 17-18): «Nuestro código es todavía fascista y la propia Constitución no abandona el clasismo, fundada tal y como está sobre el *status quo,* es decir sobre la desigualdad de hecho de los ciudadanos y ese poco y ambiguo progresismo que se encuentra en ella resulta también inadecuado, como lo demuestran veinte años de praxis, por el simple hecho de que está administrada, como el código, por personas que pertenecen a la clase burguesa, que además forman una casta cerrada y privilegiada, como los militares. [...]. No puede haber justicia hasta que no haya igualdad de todos los ciudadanos. La ley no es igual para todos porque no todos son iguales. El único modo de que ya no haya sentencias clasistas es que no existan clases. [...]. El único modo de que no haya una justicia burguesa es que también el proletario pueda administrarla [...] con la posibilidad «soberana» de intervención.

El discurso es, por lo tanto, global e implica otra cosa distinta de la magistratura. Pero, quería detenerme más todavía sobre este instrumento del sistema, ¿qué confianza puede tener el ciudadano común en un ordenamiento judicial, como el nuestro, que puede permitirse cualquier abuso y cualquier error sin que tenga que responder? Nuestros magistrados, para quien no lo sepa, son además de «independientes», no imputables e inamovibles (salvo que sea a través de una promoción). No nos ha sorprendido que el condenado, recientemente liberado después de veinte años de cárcel, porque se le ha reconocido inocente, al ser interrogado en una entrevista televisiva sobre si conservaba rencor por alguien, se apresuró a contestar, y a repetirlo varias veces, que perdonaba a todos. Efectivamente, él puede considerarse afortunado: casos de reconocimiento de error judicial son únicos, más que raros. ¿Cuántos otros condenados sobre la base de vagos indicios cumplirán la pena completa? El Estado les resarcirá con una limosna, pero los magistrados responsables de un error tan desastroso no sufrirán ningún procedimiento, antes al contrario serán promocionados. Estamos de acuerdo con la reciente absolución de Bebawi. ¿Pero si se hubiera tratado de un campesino siciliano, habría bastado la insuficiencia de pruebas para salvarlo de la cárcel? Por cuanto parece hasta ahora, la insuficiencia de pruebas ha servido, sobre todo, para absolver a los asesinos de la mafia.

Los jóvenes del Parini tuvieron demasiados defensores, desde los burgueses liberales hasta comunistas y el *Osservatore romano*, e incluso muchos magistrados además del vicepresidente del Consejo, pero es necesario que nosotros nos ocupemos también. Se trata de un caso cerrado: fue un auténtico infortunio de la fiscalía milanesa. El proceso a los jóvenes que habían difundido panfletos antimilitaristas en cambio no lo está, a pesar

de la absolución. Bien entendido, si el caso *Zanzara* estaba tan atrasado como para provocar una casi unánime toma de postura por parte del público (dejando aislado al doctor Lanzi, aunque con el consuelo de la solidaridad manifestada por el profesor Papi, entonces rector de la Universidad de Roma), también el atraso del proceso a los antimilitaristas, a pesar del interés infinitamente menor de la opinión pública, es conspicuo. Los defensores se han remitido a la carta constitucional, a la resistencia antifascista, al consejo ecuménico (mientras el P. M. doctor Alma citaba como argumentación de su tesis sentencias del tribunal especial fascista). Pero, evidentemente, aquí y ahora, la reclamación de libertad sexual es mucho menos inquietante que la reclamación de salir de la OTAN, e incluso que el reconocimiento de la objeción de conciencia. El caso de los jóvenes antimilitaristas no está cerrado no sólo porque la sentencia absolutoria no sea definitiva, sino porque están solos, porque el movimiento obrero no está dispuesto a apoyarlos en su lucha. Y por citar un único aspecto secundario aunque es gravísimo, la intimidación a los impresores puede considerarse lograda (y no es casual que también en el proceso *Zanzara*, la única condena haya sido pronunciada con cargo a la imprenta).[7]

Efectivamente es verdad que el caso *Zanzara* era el indicador de una situación cultural mucho más atrasada y que la rápida solidaridad «democrática» que se había formado alrededor de los estudiantes del Parini había servido para ocultar los problemas reales en conflicto. Los jóvenes vivían ya en una condición de impaciencia que basculaba entre la revuelta existencial y la necesidad del compromiso político. En el medio de los grandes imaginarios internacionales disponían del gran vehículo de la «nueva música» como instrumento de comunicación unificador del «tiempo vivido».

La revolución cultural de la música

Franco Bolelli

«No hace falta un meteorólogo, para saber por donde sopla el viento», cantaba hace aproximadamente veinte años un poeta-guerrero aún no domesticado. Para prever la metamorfosis del tiempo, estaba entonces

---

7 *Quaderni Piacentini*, num. 27, 1966.

la música. Porque en los años sesenta la música supo expresar, quizás por última vez, aquella función de presagio, de premonición de las mutaciones, que es su propia razón de ser. Mientras Marshall Mc Luhan anuncia el advenimiento de una época de cultura global, la música se propone, por instinto genético, como la primera lengua auténticamente planetaria. El primero en pronunciar el ritmo de los movimientos de rebelión es, en todas partes, la misma columna sonora; que a los movimientos no les sirve sólo de fondo, sino de chispa: porque antes que nada es alrededor de la música como se enciende aquella temperatura ardiente y ese espíritu de rebelión que alimenta después el imaginario político y cultural de los movimientos.

Pero atención: esta música no es una «sola», sino la momentánea e irrepetible conjunción de constelaciones culturales, afectivas y sonoras que son cualquier cosa antes que homólogas. La línea de masas (con los Beatles a la cabeza) enfatiza modernizaciones eufóricas de las costumbres y de los gustos, o como máximo (desde Elvis Presley a los Rolling Stones) quiebra de forma descarada las supersticiones del más provincial sentido común. Hay, también, cantantes rabiosos de la tradición de la *beat generation* (Bob Dylan), bandas radicales de una poética del extremismo más incondicionado (desde MC5 a los Fugs), pero también pacifistas de ese rock más moderado que celebrará en Woodstock su última ilusión. *Surfers*, de energía solar (Beach Boys), conviven con profetas del vicio y del exceso (Velvet Underground) y con exploradores de vibraciones espaciales (Pink Floyd). La misma irresistible sensibilidad vital de la *black music* se divide entre jocosas despreocupaciones (Supremes, Temptations), pasiones y tormentos del alma (Otis Redding), llamaradas incendiarias de un jazz libertario (John Coltrane, Albert Ayler). Incluso la aventurada imprudencia de un rock político y psicodélico, que camina hacia la extensión de la percepción y de las conciencias (de los Jefferson Airplane hasta el propio Jimi Hendrix).

Mientras la temperatura ideal mantiene alto el calor de la época, todo esto concentra en sí mismo una síntesis enérgica que es verdadera y propiamente una revolución cultural. Entre el radicalismo musical y los movimientos de liberación la sintonía es ya electiva, y cuando Ginsberg, Leary y Rubin llaman a reunirse a todas la tribus de la cultura alternativa, son Jefferson Airplane y los Grateful Dead los que dan cuerpo al sonido de este asalto a los cielos. Pero apenas la temperatura disminuye, ahí está la música que continúa actuando como presagio, sólo que esta vez es el presagio de un declive. Ninguna traición, sino más bien un respiro corto del lenguaje que sale a la luz cuando la marea del imaginario colectivo se retira. Gran parte de estas músicas comienzan

a sobrevivirse a sí mismas repitiendo fórmulas cada vez más previsibles y, para quien quiera vivir a la altura del mito, la escena musical de finales de los años sesenta parece no ofrecer más que la cruel *chance* de la muerte (la física para Hendrix, Coltrane, Redding, Jim Morrison, Brian Jones, y la artística para quien elige desaparecer antes que dar el espectáculo de su propia parálisis inventiva). Se abre la época del gran frío con las tribus musicales atareadas en conservar la propia identidad autorizada. Las vanguardias terminan, testarudamente, en una callejón sin salida de una revolución puramente gramatical. El rock, como todos los leguajes transgresivos, está obligado por su propia naturaleza a repetirse para sobrevivir: repetirse, llegando a veces al límite de la trasgresión, la fórmula cada vez más ritual de la trasgresión, hasta desactivarla en un lugar común. Del «queremos el mundo y lo queremos ya» de los Doors se llega a los Stones domesticados de «es sólo rock&roll pero me gusta». Por decir que muy a menudo las declaraciones transgresoras no son más que el extemporáneo adjetivo de una calidad poética muy frágil con el fin de abrir horizontes verdaderamente autónomos, del otro lado de la órbita de lo real.

Si levantamos la mirada más allá del terreno de la historia, aparece claramente que los únicos proyectos musicales de los años sesenta que no se agotaron en esa breve estación son aquellos que experimentaron los más profundos cambios del lenguaje y que osaron poéticas más globales. Miles Davis, por ejemplo, que regala al imaginario de la metamorfosis, alrededor de 1968, la fulgurante visión de una síntesis analógica donde la metrópolis se funde con la jungla, el idioma negro con la electrónica, el placer rítmico con el refinamiento estético. Y los mismísimos Jefferson Airplane, que antes de caer en las arenas movedizas de la costumbre capturan la luminosa intuición de un rock transfigurado y surrealista, proyectado hacia vastos horizontes mentales y emotivos. Lo real como punto de referencia es dejado de lado, con una premonición que llega al corazón no sólo de la música, sino del propio movimiento de liberación. No se trata ya de una cuestión de vanguardias y de transgresiones, sino de prender fuego a nuevas formas de lenguaje y de vida. Como todo arte verdaderamente grande también la gran música de los años sesenta pone en escena el vertiginoso pasaje del mundo como unidad de medida en la proyección de sensibilidad hacia los otros infinitos mundos posibles.

La galaxia Gutenberg y el movimiento

El consumo de libros en Italia en el curso de los años cincuenta había sido privilegio casi exclusivo de las clases medias-altas. Los propios editores basaban su propia programación editorial sobre la base de cálculos bastante pesimistas: bajas tiradas, fuerte atención a los clásicos consolidados, tanto históricos como contemporáneos, etc. Esencialmente se trataba de una programación que daba cuenta de la existencia de un lector culto y bastante tradicional. En el ámbito de la producción de los autores italianos, salvo no muchas excepciones, la atención estaba puesta casi exclusivamente en la literatura «positiva» de la tradición de la resistencia. Muy probablemente, la editorial con mayor proyección cultural en esos años fue la de Giulio Einaudi de Turín que, dotada de un aparato de redacción orgánico, persiguió durante años una línea propia, independiente de las presiones del mercado.

Hacia finales de los años cincuenta el mercado se reactiva por iniciativas editoriales nuevas, más ricas y complejas. Nace y se desarrolla el proyecto de Feltrinelli con dos grandes y desconocidos bestseller (*El gato pardo* y *Doctor Zivago),* Alberto Mondadori se separa de la gran familia editorial para fundar las ediciones Il Saggiatore creando una redacción culta y experimental (publicará a Levi Strauss, Sartre, Simone de Beauvoir, pero también a André Gide, Wright Mills, Teilhard de Chardin, etc.). Las grandes editoriales (Mondadori, Rizzoli, Bompiani, etc.) comenzarán a percibir la existencia de un área más vasta de lectores potenciales, de los que tendrá que interpretar sus exigencias. Habría que hacer un relato aparte para la editorial del PCI: las ediciones Rinascita (posteriormente Editori Riuniti) habían contribuido de manera defectuosa a la difusión de los clásicos del marxismo (textos publicados con criterios de selección sectaria, traducciones incompletas, graves lagunas de información: los *Grundrisse* fueron publicados sólo a finales de los años cincuenta y por otro editor; lo mismo habría que decir para Trotsky casi inédito hasta comienzos de los años sesenta, etc.).

En líneas generales, la lectura había sido hasta ese momento un privilegio de unos pocos y las censuras ideológicas habían incidido de forma fuerte sobre las selecciones. En concomitancia con la expansión económica

y del consumo, la multiplicación de la información (expansión de la TV, nacimiento de nuevos periódicos y de revistas de información y de costumbres, etc.) incidía también en las necesidad de nuevas lecturas y de nuevas reflexiones con las que identificarse.

Lenta y progresivamente, desde comienzos de la década, el consumo de libros comienza a aumentar. Se modifican también las librerías, que ya no son lugares cerrados con mostradores de separación entre el vendedor y el cliente, sino espacios abiertos en los que se puede dar una vuelta y manipular la mercancía libro, lugar de encuentro y de demanda cultural como las librerías Feltrinelli. Las grandes editoriales intentarán comprender durante mucho tiempo las exigencias de formación de nuevos estratos de lectores. Las dinámicas de las selecciones son demasiado rebuscadas y burocráticas, la influencia de *lobbies* intelectuales cerrados y elitistas es demasiado frecuente.

Las nuevas editoriales que aparecen —Lerici, Saggiatore, Samonà e Savelli, Sugar, Guanda, Edizioni Avanti!, etc.— a pesar de la diferencia de medios económicos, de ser más pequeñas y de tener a menudo dificultades de distribución (que permanecerán sin solución), tienen redactores entusiastas y preparados, propietarios con consistentes motivaciones políticas o culturales. Justamente por este motivo, por esta mayor flexibilidad frecuentemente están en condiciones de interpretar mejor las nuevas exigencias. Las tensiones existenciales que agitan a los jóvenes se manifiestan ciertamente en los comportamientos cotidianos pero también en un uso distinto del consumo cultural, en la búsqueda de identificación y de respuestas a través del cine, la lectura y la música.

En el curso de los años sesenta se certifica una revolución subterránea en el consumo cultural que incidirá profundamente en los catálogos de las grandes editoriales. Ciertamente la existencia de formas de disenso intelectual (político y literario) contribuye, a través de la práctica social y el nacimiento de las revistas autogestionadas, a favorecer este recorrido, pero su importancia está más dirigida hacia sectores de élite que a la gran e inquieta realidad juvenil. El proceso se realiza por medio de una génesis propia y a través de etapas difícilmente identificables en un orden cronológico. Cuentan más las sensaciones, las películas, las influencias internacionales, las modificaciones de las relaciones personales entre los de una misma generación, y entre hombre y mujer, la

dificultad en aceptar los estereotipos familiares, etc. El recorrido de las elecciones emocionales se transformará lentamente en adquisición de conciencia que determina acontecimientos, previstos o no en las publicaciones.

Se puede lanzar la hipótesis de que en la postguerra se sucedieron diferentes generaciones en la universidad. Las primeras dos de la inmediata postguerra, que sentían aún las influencias de la guerra y del fascismo vivido en la adolescencia, tenían escasa preparación histórica, política, ideológica. Además el nuevo panorama frente al cual se encontraron (las ruinas no sólo materiales de la catástrofe militar y la irrupción de la libertad en la vida nacional a través de la lucha de partidos, adultos por definición) no podía dejar de intimidar y condicionar a los estudiantes y a los chicos de entonces.

Los pocos predispuestos e interesados en la política se ubicaron en la estela de los partidos y llevaron, especialmente a los dos extremos y al partido católico, el entusiasmo y el fervor de su edad; pero casi siempre subordinados a los ancianos considerados con admiración y reverencia. «A través de esta "iniciación" muchos entraron a formar parte de la "casta" de los políticos. Otros, los que no se habían interesado nunca por la política, produjeron formas difusas de pasotismo. Los episodios de oposición política por parte de las federaciones juveniles son muy raros y ciertamente no tienen que ver con el área comunista» (Ruggero Zangrandi).

Después de 1955 comienza a moverse una nueva generación estudiantil que rápidamente hace suyo el clima de desilusión derivado de los éxitos de la «política de la Reconstrucción», y esto de forma casi paralela a lo que sucedía confusamente en el espacio social más amplio y de forma dramática en el mundo de las fábricas. Una generación del «no compromiso» que, excluidos los que hacían carrera en los organismos universitarios, comenzó a generar preocupación por su actitud de rechazo hacia los valores tradicionales y a los grandes mitos ya embalsamados de la «lucha de liberación». Se trata de una generación contradictoria con continuas oscilaciones de ascenso social y de rebelión extrema (entre 1955 y 1962-63 muchas universidades están controladas por el FUAN de inspiración fascista, lo que también explica la profunda desconfianza obrera hacia los estudiantes).

Una minoría de esta tercera generación, que se mueve en lo social, es probablemente la impensable protagonista de los primeros enfrentamientos callejeros (julio 1960, las manifestaciones por Cuba, etc.) y se acerca a procesos de aculturación individual motivados por fuertes crisis de identidad,

maduradas tanto en la experiencia cotidiana como en el gran consumo de imaginario cinematográfico. Sartre, Camus, Gide, los grandes novelistas del *New Deal* y de fines del XIX ruso, pero también Kierkegaard, las primeras lecturas difíciles de Nietzsche, los tímidos acercamientos a Marx serán la privada e indescifrable «novela de formación» en sus biografías.

A esta generación de transición se superpuso, a menudo confundiéndose con ella, la inmediatamente posterior que nutrida de estas primeras formas de comunicación social comenzó a profundizar aún más en la elección del «rechazo», en la «náusea» en relación con algunos valores consolidados. Se trata de una generación escindida aparentemente en dos segmentos: uno en las plazas, en las calles, en las primeras «comunas» dando vida a una protesta separada y no violenta, la otra en las universidades en la búsqueda permanente de nuevos instrumentos de análisis de sí y de la realidad en movimiento. Se puede decir que ambos segmentos marcan el paso del «no-compromiso» de masas y de las formas minoritarias de «nuevo compromiso» subjetivo e individual, a la práctica generalizada de la protesta separada y de la búsqueda intelectual diferente y antagonista. Si por un lado está el descubrimiento de la cultura *beat* y de los surrealistas franceses, por el otro se descubren con entusiasmo los corrosivos contenidos de la escuela de Frankfurt, Horkheimer, Adorno, Marcuse, Benjamin, y posteriormente, también mediante este paso del Noroeste, del joven Marx de los *Manuscritos* y del gran viejo de los *Grundrisse*; las experiencias heréticas de los consejistas y del comunismo de izquierdas; la dramática grandeza libertaria de los anarquistas y el Lenin de la «espontaneidad» obrera del *Qué hacer*; y aún, el Brecht del riguroso «compromiso militante» con el Lukàcs de *Historia y conciencia de clase.* Se relee la historia de la Revolución de Octubre a través de los escritos del «profeta mudo», Trotsky, y la Guerra Civil Española también desde el punto de vista de los anarco-comunistas.

Los editores se ven continuamente desorientados por la demanda. Decae rápidamente el consumo literario (la colección completa de Medusa de Mondadori terminará en los Remainder's) y se amplía la de ensayo. Si Einaudi tenía un catalogo «equipado» para responder a las nuevas necesidades de información (sobre todo la colección Nue y Paperback), acentúa aún más su presencia editando dos nuevas colecciones (Nuovo Politecnico y Serie Politica) casi a medida del «movimiento». Mientras Feltrinelli, también por el compromiso político de su fundador, cabalga continuamente el tigre de la demanda imprimiendo textos y documentos sobre las luchas de liberación (Argelia, Palestina, Cuba etc.), pero también Ginsberg,

Kerouac y *La revolución sexual* de Reich. Funda un archivo histórico (el instituto Feltrinelli) del movimiento obrero que se convertirá en punto de referencia de los «nuevos historiadores» en años sucesivos.

Las pequeñas editoriales democráticas y «militantes» están muy activas: Samoná y Savelli de inspiración trotskista publican escritos de Castro, Trotsky, análisis del estalinismo, las experiencias de los «espartaquistas», etc.; Sugar publica textos inéditos de Lukàcs y de Korsch pero también todo Burroughs y Reich; Lerici, Roland Barthes y Reich pero también la revista «Marcatré» de vanguardia literaria y artística; Guanda excava inteligentemente dentro del planeta poesía; las Edizioni Avanti!, dirigidas por Gianni Bosio, después de haber publicado a comienzos de 1960 *La guerra de guerrillas* del Ché y los *Ensayos escogidos* de Rosa Luxemburgo, se hacen independientes del PSI y, mediante las Edizioni del Gallo primero y del Instituto De Martino después, profundizan el filón de la cultura popular y proletaria del «otro movimiento obrero y campesino», exterior a la institución «partido», ajeno en la historia de los grupos dirigentes, inventando de hecho la cultura política de la «historia oral» en Italia.

Y es también en las experiencias relativas al cruce entre historia de las pequeñas y medianas editoriales democráticas o militantes y la modificación de los grandes catálogos editoriales, en las que puede leerse el impacto de la revolución cultural desde abajo que atravesó la sociedad italiana de los años sesenta. Por primera vez, la industria de la cultura estaba obligada a modificar su propia producción en función de una demanda consciente y extra-sistemática, de proveniencia externa y a menudo en contra de los *lobbies* académicos e intelectuales.

La crisis de las asociaciones estudiantiles tradicionales

En un primer momento el centroizquierda había generado grandes expectativas. No es casualidad que en el momento de su constitución el periódico del PSI «Avanti!» saliera con el significativo título: *Da oggi ognuno é*

piú libero [*Desde hoy ninguno es más libre*]. En realidad el contexto social es mucho más avanzado que el contexto político: los obreros no aceptan que se tengan que quedar atrapados en la espiral del «más salario = más productividad». Los estudiantes eran cada vez más intolerantes en sus enfrentamientos con cualquier forma de autoritarismo, ponían en discusión cada vez de forma más abierta los contenidos del estudio. Los modelos de vida y los estándares de las costumbres cambiaban mucho más rápidamente de lo que el sistema público era capaz de prever.

Por otro lado, la policía continuaba disparando impunemente en la calle y los desequilibrios económicos se hacían paradójicamente más evidentes por la mayor generalización de la riqueza. El rechazo a la delegación en las formas tradicionales de representación (partidos y sindicatos) y la generalización del tomar las riendas del propio destino (la FIOM, si bien había dirigido las luchas de los obreros del metal, había visto descender su afiliación a mínimos históricos, y la FGCI, el organismo de los jóvenes comunistas, estaba en las últimas). Esencialmente estaba entrando en crisis el sistema de representación democrática que había regido toda la postguerra.

La crisis arremete también contra los organismos asociativos estudiantiles de la «universidad». Estas asociaciones siempre habían sido correas de transmisión de los mayores partidos políticos. Una correa muy útil, que servía para preparar futuros cuadros dirigentes. No sólo permitía experimentar alianzas políticas de diferentes tipos y muy innovadoras: en las universidades se anticipó el encuentro «histórico» entre católicos y socialistas. En las asociaciones estudiantiles, los aspirantes políticos aprendían rápidamente que la política en Italia no sólo es el arte de los compromisos, sino sobre todo el oficio de los pasillos. Con todas las consecuencias que de esto se deriva: comenzando por el alejamiento cada vez más profundo de los problemas y de las necesidades de la masa estudiantil.

> Con la involución cada vez más moderada del centroizquierda, también el aire de la universidad comienza a hacerse irrespirable, al igual que en amplios sectores de la sociedad. Y es en una atmósfera de este tipo en la que se inserta el enfrentamiento entre los estudiantes de la universidad de Roma en la primavera de 1966.

En el alboroto muere, o es asesinado (¿lo tiran desde un muro o cae?), el estudiante Paolo Rossi. En los funerales que siguieron a su muerte, los representantes de los partidos no están en condiciones de hacer ninguna reflexión crítica: «La gran manifestación de notables y militantes que llevó a Paolo Rossi a su tumba en el verano coincidía con algunas tradiciones de conveniencia de la izquierda, entre otras el gobierno soterrado de la universidad».

Las masas estudiantiles y juveniles viven ya con fastidio e impaciencia los rituales que se repitan desde la postguerra: los desfiles del 25 de abril con sus interminables y respectivos discursos sobre la realización de los «ideales nacidos de la Resistencia», el Primero de mayo, etc. La élite de los estudiantes universitarios culturalmente mejor preparada siente de modo muy fuerte el contraste entre una teoría democrática ratificada de palabra y una acción de otro tipo. La disgregación de los organismos asociativos tradicionales favorece la presencia cada vez mayor de «células y grupos, círculos y revistas de la izquierda marxista, que reprenden a los otros componentes de los cismas comunistas. A los grupos consolidados históricamente como los trotskistas y los anarco-comunistas o los bordiguistas, se añaden otros de carácter nuevo como los obreristas y especialmente los marxistas-leninistas relacionados con las enseñanzas de Mao Tse-Tung».[8]

Fuera, en las «comunas al aire libre» en los laberintos metropolitanos y en las «comunas urbanas» de carácter político, ya están maduras miles de inteligencias: intelectuales sociales y proletarios insubordinados, demócratas en crisis y obreros que han acumulado otra memoria a través de las luchas. Florecen las flores de todas las ideologías revolucionarias durante mucho tiempo negadas por los partidos oficiales, pero sobre todo se arraigan comportamientos existenciales inconciliables con los estándares dominantes. Los refinados profesores de los *Quaderni Piacentini* escribirían: «La revuelta autónoma, y anarquista, e individual, y apolítica o impolítica de los obreros, de los estudiantes o de quienquiera que sea individual o colectivamente oprimido por la actual organización de la sociedad y por las actuales relaciones de producción es siempre lícita y va a ser siempre compartida, aunque la revuelta puede tener falsos éxitos y favorecer objetivamente al patrón».[9]

---

8 Walter Tobagi, *op. cit.*

9 *Quaderni Piacentini*, num. 38, 1969.

Se puede decir que en febrero de 1967 nace el movimiento estudiantil, aunque su primera fase sea contradictoria. Estudiantes de diferentes universidades ocupan la Sapienza, formulando una serie de peticiones que serán conocidas como las *Tesis de la Sapienza*. Las Tesis afrontan posiciones muy avanzadas y serán adoptadas por el ala izquierda del UGI (Unión Goliardica Italiana) en el posterior congreso de Rimini. Pero en realidad la ocupación de la «Sapienza», que tiene un carácter decididamente nacional, está hecha desde fuera, en contra sustancialmente de los organismos asociativos universitarios oficiales.

Si la ocupación de la Sapienza tiene en Pisa gran significación por lo que concierne a la esencial deslegitimación de los organismos tradicionales de representación estudiantil, lo que la hace particularmente importante es que con esa experiencia de lucha; y con la experiencia casi contemporánea que se estaba dando en Trento, se puede afirmar que aparece «en la escena italiana un nuevo factor político: un nuevo movimiento estudiantil». Lo que lo caracteriza desde el principio son una serie de novedades: «Ser de masas (sobre todo en el año académico 1967-68); hacer uso de instrumentos directos de acción, esencialmente distintos de los tradicionales de los organismos representativos; asumir objetivamente un valor político general que traspasa la universidad y entra en relación (encuentro o desencuentro) con el sistema político; ser portador de ideas y contenidos de carácter general».[10]

La protesta estudiantil nacía de la oposición a una ley de reforma universitaria (la 2314) que no era compartida por la gran mayoría de los estudiantes. Las ocupaciones se habían extendido por toda Italia —en Cagliari, Camerino, Nápoles, Génova, Trento, etc.— determinando fricciones periódicas con el cuerpo académico y con las fuerzas de orden. Frecuentemente, en la batalla contra las disposiciones concernientes a la universidad se mezclaban temáticas de más amplio espectro, tanto en el plano nacional como internacional. Se dio el golpe de Estado de los coroneles en Grecia, la guerra de los «seis días» entre árabes e israelitas, la muerte del Che Guevara en Bolivia, pero sobre todo la extensión del conocimiento y de los análisis políticos referidos a la Guerra del Vietnam. La resistencia y la guerra de este pequeño pueblo contra el gigante americano suscitaban un enorme interés, además de la solidaridad de los estudiantes

---

10 Walter Tobagi, *op. cit.*

y de amplios sectores de la sociedad. Hubo muchas manifestaciones con episodios fuertemente represivos por parte de la policía. En este sentido la ocupación de la Sapienza no se diferencia de las otras. Su importancia reside en la fuerte politización de los contenidos expresados.

Las *Tesis de la Sapienza* son un manifiesto programático de la futura izquierda marxista universitaria y contienen elementos teóricos relevantes que se refieren a las elaboraciones obreristas. En las *Tesis*, por primera vez, el problema de los universitarios es puesto «en términos de lucha entre capital y trabajo» y por lo tanto el estudiante como «figura social interna a la clase obrera» y, como tal, «fuerza subordinada». Esta concepción teórica, aunque minoritaria, influiría profundamente en las luchas del siguiente período.

Así como en el caso de Trento y Turín, las razones de un giro tan relevante no pueden ser desconectadas de la presencia de organismos políticos de la nueva izquierda, con los que algunos estudiantes se comunican también fuera de las universidades; en Pisa, en particular, es publicado un manifiesto político autogestionado, *Potere Operaio*, de matriz obrerista y con fuertes referencias a las experiencias de los *Quaderni Rossi* y de *Classe Operaia*. Publicado como suplemento del periódico interno de los obreros de la Olivetti de Ivrea, «Il Potere Operaio» apoya decididamente las luchas obreras de la zona, desde la larga lucha de la Saint Gobain a las de la RIV de Massa y de las fábricas de Piombino. Entre sus promotores están Cazzaniga, Della Mea, Campioni y Sofri, que será uno de los líderes de la ocupación de la Sapienza. Con las *Tesis de la Sapienza* se verifica el primer cruce político-cultural y operativo entre uno de los filones de la izquierda revolucionaria en formación y el nuevo movimiento estudiantil.

Teniendo en cuenta la fuerte representación de los estudiantes de los otros ateneos en el curso de la ocupación pisana, las *Tesis* constituirán, más allá de los éxitos, una fuerte referencia en la reproducción de las luchas en las otras universidades. En Trento, donde pocos años antes había sido creada la primera facultad de sociología, se consumará una experiencia que tendrá efectos duraderos y determinantes en el transcurso de los años siguientes.

El laboratorio de Trento y la Universidad Negativa

Es necesario reconocer que la exigencia de los democristianos de modificar el contexto político y gubernamental «abriéndose» a los socialistas no era exclusivamente, al menos no sólo, una operación táctica para mantener la hegemonía de poderes. El centroizquierda era también el producto de un duro enfrentamiento interno en la Democracia Cristiana: por un lado, los notables que habían dirigido el partido desde finales de los años cincuenta hasta el aventurado intento Tambroni; por otro, el surgimiento de una «izquierda» interna capitaneada por el honorable Aldo Moro que apuntaba no sólo a generar posiciones propias de poder, sino también a interpretar las exigencias del naciente neocapitalismo, las dinámicas de modernización que provocaban, la necesidad de nuevas figuras sociales útiles para su consolidación.

Y es justamente de esta última consideración de la que probablemente nace, por primera vez en Italia una universidad de ciencias sociales. La sociología en Italia no había tenido hasta entonces ninguna difusión particular. Existían las Edizioni Comunitá, por voluntad de Adriano Olivetti (un industrial «ilustrado» que teorizaba sobre una posible alianza entre productores, obreros y empleadores, para la creación de una sociedad del capital, por así decir, de «rostro humano» o hacer compatible el conflicto de clase con el desarrollo de los derechos democráticos), pero circulaba sólo entre los pocos adeptos a estos trabajos. Figuras de pensadores y sociólogos como Weber y Mannheim, grandes escuelas de pensamiento como la de Frankfurt (Adorno, Horkheimer, Marcuse etc.), habían sido en su gran mayoría excluidas del horizonte cultural italiano. La sociología, como el psicoanálisis, eran vistos con sospecha por la izquierda ortodoxa que las consideraba inherentes a la cultura burguesa. Por otro lado, durante la década de los sesenta la sospecha en relación con las ciencias sociales proseguirá largo tiempo y las tesis que representan a Marx como el primer «sociólogo» de la historia serán consideradas aberrantes y «pequeño burguesas».

Lo cierto es que al fundar el ISSS (Instituto Superior de Ciencias Sociales) en Trento en 1962, el ala progresista de la DC quería contribuir a la creación de una nueva figura de «arquitecto social» muy útil en la nueva fase de desarrollo industrial. El debate que llevará al nacimiento de la universidad es muy interesante para entender sus orientaciones y contradicciones.

En el verano de 1962 por medio de una votación casi unánime (diecinueve votos afirmativos, una abstención y uno negativo, del PCI, comprensible e indicativo) el Consejo provincial de Trento crea el Instituto Universitario de Ciencias Sociales (desalojando una escuela primaria y desviando fondos destinados a edificaciones populares). El promotor de la iniciativa es Bruno Kessler, presidente del consejo provincial y exponente de la izquierda de la DC local (partidario de Moro), que logra hacer callar a la oposición de izquierda y obtener el apoyo de Flaminio Piccoli y del ala conservadora del partido con argumentaciones chovinistas y con razonamientos acerca de la contribución de los futuros sociólogos a la gestión de la sociedad industrial.

En este sentido, son significativas las declaraciones formuladas en el Adigio por el profesor G. Braga, docente libre de sociología de la Universidad Católica y vice-director del instituto trentino: «Él ha admitido, en primer lugar, el peligro de que el sociólogo se transforme en político [...]. Pero también, ha expresado la opinión de que los técnicos de la sociología están hoy en condiciones de ofrecer servicios de alta significación económica, tanto dentro las organizaciones productivas como dentro de los grupos sociales organizados». Y el periódico *Il Tempo* de Roma escribía: «La obtención del título en sociología ofrecerá un sólido instrumento para la formación de la nueva clase dirigente, adecuada a las muchas obligaciones de una sociedad insita en un escenario de competencia internacional».[11]

La sede de Trento había sido elegida considerando también su carácter geográfico lejos del centro y tranquilo, por la amplia hegemonía política y cultural que los católicos ejercían allí y con el objetivo no secundario de acabar con el carácter provinciano de una realidad en los confines de la nación. Algunos exponentes políticos locales dirán que «¡la universidad será como una estufa, o un hogar, en un salón, calentará todo el ambiente!». Y Bruno Kessler, «que muchos jóvenes estudiosos de nuestra tierra, que ahora están obligados a emigrar, podrán frecuentar los estudios universitarios en su suelo natal».

Pero la importancia de la universidad trentina no reside sólo en el carácter innovador de sus estudios. «Con Trento, se abre la primera brecha en la fortaleza clasista del sistema universitario italiano; de hecho son admitidas las solicitudes de los estudiantes provenientes de los institutos

---

11 Citado en Alessandro Silj, *Mai più senza fucile*, Florencia, Vallecchi, 1976.

técnicos (antes sólo admitidos en la facultad agraria y de economía y comercio)». Al lado de la fascinación con la nueva materia y el nuevo título, la apertura a los estudiantes de los institutos técnicos golpea el imaginario de miles de jóvenes de toda Italia. De las grandes provincias meridionales a las regiones centrales, de las zonas industriales a las campesinas el «mito» de Trento corre entre las inteligencias de muchos estudiantes. «A Trento se va porque hay sociología, porque los métodos de estudio son distintos», porque «se abre» a los hijos de los proletarios (condenados por el reparto en tres caminos de las escuelas superiores con sus diplomas predeterminados). Se trata de estudiantes que cansados de las desgastadas universidades italianas buscan algo nuevo. Demasiado respecto de las intenciones de los fundadores: en efecto, al cabo de pocos años los estudiantes provenientes de la provincia del Trentino serán menos de un cuarto del total.

En este sentido Trento es, también en lo que se refiere al cuerpo estudiantil, la primera universidad verdaderamente «nacional». En la somnolienta provincia trentina la llegada de tantas subjetividades y culturas, tan ricas y diversas, produce una suerte de terremoto. La ciudad se cierra rápidamente como un puercoespín contra este cuerpo extraño. Los estudiantes encuentran enormes dificultades para encontrar alojamiento, «hasta el punto de que un día, como signo de protesta un grupo de estudiantes monta un poblado de tiendas de campaña delante del episcopado. Y en la facultad, donde se suceden las reuniones para estudiar la forma de resolver el problema, se hace la propuesta de pedir a la administración de los ferrocarriles del Estado que ponga a disposición de los estudiantes algunos vagones en desuso para que sean utilizados como alojamiento [...]».

A menudo, los estudiantes intentan entablar un dialogo con los habitantes, usando métodos originales. Se mezclan en los paseos vespertinos o dominicales tratando de entablar conversación: «Quisiéramos tener un conversación con usted, explicarle nuestras razones». Pero la mayoría los rechaza y se va. Intentan construir alianzas yendo a manifestaciones en favor de los pequeños comerciantes contra los supermercados, pero el prejuicio hacia ellos es esencialmente irreversible a pesar de los intentos de mediación del obispo y de algún cura progresista. De todos modos, los estudiantes se las ingenian, crean comunas llenas de gente, ocupan establecimientos abandonados contribuyendo a construir dinámicas de sociabilidad y comunicación entre clases, culturas y experiencias diversas.

El componente proletario proveniente de los institutos técnicos aumentará continuamente y en el año académico 1968-69 los datos son significativos:[12] sobre un total de 2.813 matriculados, 2.230 provienen de los institutos técnicos, 360 del liceo clásico, 223 del liceo científico.

Sobre la cuestión del componente «proletario» de la universidad trentina, se dijo mucho y quizás de manera exagerada. Por ejemplo el *Corriere della Sera* de la época establecía una correlación entre «carencia estudios clásicos / entusiasmo improvisado estudios humanísticos y la consiguiente frustración frente a la verdadera naturaleza del acercamiento sociológico. Frustración desde la que se desarrollaría la espiral de la rebelión». Esto equivaldría a decir, paradójicamente, que podría existir una «correlación negativa entre actitudes revolucionarias y estudios "humanístico-científicos"».[13]

Lo que es cierto es que los redactores del volumen *Brigate rosse, che cosa hanno fatto, che cosa hanno detto, che cose se ne è detto* [*Brigadas Rojas, que han hecho, qué han dicho, que no han dicho*] a cargo del Soccorso rosso[14] (único texto atendible sobre el nacimiento de las Brigadas Rojas en Italia) sostienen que: «Sin embargo, con el fin de aumentar el número de matriculados, son admitidos por primera vez en una facultad distinta de las de Economía y Comercio y de la Facultad Agraria también los estudiantes provenientes de los institutos técnicos, un error imperdonable que el sistema pagará muy caro, porque estos últimos llevarán pronto todo el peso de su origen clasista». Esta afirmación está motivada no solo por el hecho de que en Trento crecieran políticamente Mergherita Cagol y Renato Curcio (más tarde entre los fundadores de las Brigadas Rojas), sino también por haber producido personalidades políticas bastante complejas (por ejemplo Marco Boato y Mauro Rostagno) que serían protagonistas de la formación de una nueva «clase política» revolucionaria en los años sucesivos.

De todos modos el movimiento estudiantil de Trento, por su correlato con luchas análogas en otros países europeos (es muy fuerte por ejemplo la influencia de la *kritische Universität* alemana) y por su carácter fuertemente

---

12 Los fragmentos citados son de Alessandro Silj, *op. cit.*

13 Aldo Ricci, *I giovani non sono piante*, Milán, Sugar, 1978.

14 *Brigate Rosse, che cossa hanno fatto, che cosa hanno detto, que cosa se ne è detto,* editado por el *Soccorso rosso,* Milán, Feltrinelli, 1976.

anticipatorio (en lo que se refiere a las temáticas y a los contenidos radicales), permanece como un ejemplo para todo el movimiento estudiantil italiano y en lo que se refiere a sus orígenes. Y es la originalidad precursora de los contenidos y de las estrategias de la contestación lo que hace que las luchas estudiantiles de Trento sean un modelo de referencia en el rápido desarrollo de las luchas en otras universidades. Por otro lado, muy pocas universidades, si se excluye la ocupación de Palacio Campana en Turín, llevarán adelante con igual ritmo y profundidad cultural y política las estrategias de los «contra-cursos», de las «contra-lecciones» y de las «ocupaciones blancas».

El comienzo de las luchas está caracterizado por objetivos corporativos.

> La universidad tiene apenas un año de vida cuando en mayo de 1965, el senado aprobando el diseño de ley para el reconocimiento del instituto devalúa el titulo de sociología con el titulo de «ciencias políticas y sociales, con orientación sociológica». Los estudiantes se oponen. El 24 de enero de 1966 reunidos en asamblea general (una instancia casi inédita para esos tiempos) deciden la ocupación de la universidad. La ocupación durará dieciocho días y se concluye con una victoria: la «reconquista» del titulo de sociología. […]
>
> La lucha, que concluye con una victoria en lo que se refiere al objetivo corporativo del titulo, es relevante porque vacía de cualquier legitimidad al «pequeño parlamento» estudiantil anterior (el ORUT, ya en crisis al igual que todas las asociaciones estudiantiles tradicionales), da a los estudiantes la conciencia de su propia fuerza, valoriza una fuerza de lucha casi nueva, la ocupación, hasta entonces practicada solo en algunas ocasiones y con objetivos mucho más limitados. […]
>
> Sin embargo, una vez conquistado el titulo de sociología, no quedan resueltos todos los problemas que conciernen a la estructura de poder dentro del instituto, la postura científico-cultural, la organización académica y la finalización profesional de la facultad (impreso del movimiento estudiantil en Trento). La situación está madura para la segunda ocupación, siempre con objetivos corporativos (se pide que durante la redacción del estatuto participen los estudiantes de forma paralela), que concluye con una nueva victoria. […]
>
> Se trata de una fase que se cierra en 1966, con un documento del Movimiento estudiantil (titulado *Osservazioni sullo statuto e il piano de studio nella diversa elaborazione della direzione dell'istituto e della commissione estudiantile* [*Observaciones sobre el estatuto y el plan de estudios en las distintas elaboraciones de la dirección del instituo y de la comisión estudiantil*]) en el que se afronta el problema de la multiplicidad de papeles del

> sociólogo, con el fin de rechazar la «neutralidad» […], en la misma medida en la que el sociólogo actúa sobre una realidad, que no puede más que ser política, el sociólogo es necesariamente «político». El sociólogo no puede ser, no debe ser un filósofo y un tecnócrata al servicio del poder sino que la «ciencia social aparece como una suerte de órgano de la inteligencia pública, volcando su labor en los problemas públicos y en las dificultades privadas y con las tendencias estructurales implícitas en esos problemas y en esas dificultades […]. Se trata de una visión, observará Rossana Rossanda, ilustrada y optimista, de la que quedará bastante poco en las posteriores elaboraciones. La asamblea general (pero ésta también acabará por ser contestada) sobrevivirá como instrumento apto para promover la participación directa. Pero, desaparecerá el sueño de cambiar la universidad desde dentro. La universidad es un instrumento que la sociedad modela e instrumentaliza. Desaparecerá también, por lo tanto, el mito del «buen sociólogo». La universidad podrá modificarse sólo en la medida en la que se pueda crear una nueva sociedad. Las ocupaciones significan también el rechazo del estudiante a aceptar la «reducción de la población universitaria de sujeto a objeto». Y ahí resurge la figura del estudiante, pero no solo en su papel de estudiante sino de protagonista y contraparte. La otra contraparte ya no será solamente el *stablishment* universitario, sino también las otras estructuras de la sociedad capitalista.[15]

En la primavera de 1967 se da un salto cualitativo. Los estudiantes «salen» de la universidad y organizan, abarcando toda la ciudad, una semana de luchas sobre la cuestión del imperialismo. Es la semana del Vietnam, del 12 al 18 de marzo de 1967. En la universidad se proclama una huelga política de dos días. Durante una concurrida asamblea, en el primer día de la huelga, el director del instituto llama, por primera vez, a las fuerzas policiales. Los estudiantes conocen así su primer enfrentamiento masivo con las instituciones. Uno por uno los estudiantes son arrastrados, fotografiados, fichados y denunciados, con el resultado de provocar un salto enorme de conciencia política. El siguiente año académico 1967-68, de hecho no puede ni abrirse: la asamblea general proclama una huelga «activa» que tiene, entre otras cosas, el merito de barrer definitivamente al Orut. Durante esta fase el Movimiento estudiantil madura su vuelco radical. El fruto más emblemático y más discutido de esta toma de conciencia es la propuesta de una «Universidad negativa». En un manifiesto[16] del Movimiento por una universidad negativa (otoño 1967) se lee entre otras cosas:

---

15 Los fragmentos citados son de Alessandro Silj, *op. cit.* y de *Brigate Rosse... op. cit.*

16 *Ibídem.*

Universidad y sociedad

Hoy la universidad se plantea estructuralmente como una organización cuya función es la de satisfacer las diversas necesidades técnicas de la sociedad. La universidad provee los instrumentos actualizados (técnicos) para poner cada vez más a punto la organización del dominio de una clase sobre las otras. El aparato tecnológico, así potenciado, puede sustituir finalmente al «Terror» de domar las fuerzas sociales centrífugas y proveer a la clase social dominante de una superioridad inmensa sobre el resto de la sociedad…

Universidad como instrumento de dominio

La universidad es un instrumento de clase. A nivel ideológico tiene la función de producir y transmitir una ideología particular —la de la clase dominante— que presenta como conocimiento objetivo y científico, y algunas aptitudes —comportamientos particulares—: los de la clase dominante que muestra como necesarios y universales.

Universidad y represión

A veces, los instrumentos técnicos no son suficientes para mantener el *status quo*. Éste es el caso en el que franjas no integradas perturban la quietud manipulada del universo político. En la universidad les es negado a los estudiantes el derecho a expresarse sobre los problemas fundamentales (o no) de la política nacional e internacional… REPRESIÓN Y VIOLENCIA son el tejido conector de nuestra sociedad. Pero nosotros formulamos la hipótesis general de que aún existe la posibilidad concreta de una inversión radical del sistema capitalista maduro a través de nuevas formas de lucha de clase interna y externa (nacional e internacional). Lanzamos así la idea de una UNIVERSIDAD NEGATIVA que reafirme en las universidades oficiales, pero no de manera antagónica a ellas, la necesidad de un pensamiento teórico, crítico y dialéctico, que denuncie aquello que los exagerados mercenarios llaman «razón» y que ponga las premisas de un trabajo político creativo, antagonista y alternativo.

Contestación política

[…] Sólo el giro del Estado permitirá una reestructuración real del sistema de enseñanza… El estudiante debe, por consiguiente, más allá de su *status*, actuar bajo una perspectiva a ángulo abierto, por la formación (estimulación) de un

movimiento «revolucionario» de las clases subalternas, que exprese en la forma organizativa más adecuada el nuevo tipo de lucha que se debe conducir. Nosotros consideramos la Universidad negativa como un lugar de integración política y de análisis critico del uso de los instrumentos científicos propuestos por el estrato intelectual de la clase dominante en nuestras universidades.

Frente al uso capitalista de la ciencia hay que oponer un uso socialista de las técnicas y de los métodos más avanzados.

Formas de contestación ideológica

1. […] La contestación ideológica se explica de diferente maneras: a) Contra-lecciones y ocupaciones blancas. Las contra-lecciones se realizan, por regla general, a la misma hora que las lecciones oficiales, sobre los mismos argumentos de enseñanza universitaria, y tienden a sustraer de aquellas la totalidad de su auditorio, cuando se considera oportuno. b) Contra-cursos: formas más orgánicas de contestación, con finalidades menos inmediatas y espectaculares, que consisten en una mayor profundidad y socialización política de estudiantes ya anteriormente sensibilizados.

Contestación sindical

[…] quisiéramos agregar finalmente […] que nuestro interés por el movimiento estudiantil no implica, evidentemente, una sobre valoración del mismo. El cuerpo estudiantil no puede, a nuestro parecer, ser considerado de ningún modo según un criterio de «clase», cuyos intereses son objetiva y potencialmente antagónicos a la actual formación económico-social […]. Por lo tanto, consideramos la universidad en sí como un centro de lucha, pero no como el único escenario, ni el principal, de todos modos tampoco la minusvaloramos dado que en ella toma cuerpo la operación niveladora programada por el capital […].

Una forma de oponerse a esta operación es el intento llevado adelante con los instrumentos determinados por nosotros, de «sustraer» al flujo tecnocrático fuerzas potenciales antagonistas (ANTIPROFESIONALES) para acercarlas de forma no esporádica a las otras fuerzas antagonistas de nuestra sociedad.

Por ello, con el proyecto de una UNIVERSIDAD NEGATIVA, que se expresa de forma nueva en las universidades italianas, avanzamos aquella tendencia revolucionaria que sólo podrá llevar nuestra sociedad de la «prehistoria» a la HISTORIA.

Así se encaminaba la contra universidad de la cual inicialmente participaron algunos docentes. En las aulas empiezan a entrar nuevos textos, que se acercaban a aquellos de Marx, Lenin, Mao: *Lettere a una professoressa*, los informes del Tribunal Russell (sobre los peligros de la ciencia nuclear y sobre las aberraciones y los crímenes del imperialismo), Marcuse, Malcolm X, etc.

> El manifiesto programático del Movimiento por una universidad negativa es rico en referencias político-culturales. Se cita a Ortega y Gasset (la enseñanza universitaria es responsables de la formación de los «nuevos bárbaros», hombres cada vez más instruidos y cada vez más ignorantes), Rathenau (sobre la «invasión vertical de los bárbaros»), Wright Mills (sobre la racionalidad sin razón, una racionalidad que no acrecienta, creciendo, la libertad, sino que la destruye). Siempre citando a Mills el manifiesto denuncia la actual tendencia de la enseñanza universitaria: La IMBECILIDAD TECNOLÓGICA como condición intelectual y la ROBOTIZACIÓN de los individuos como comportamiento social difundido. El documento cita la afirmación de Marcuse según la cual «el suceso más característico de la sociedad industrial avanzada es su capacidad de integración de los opuestos, pero para negar su validez.» Y «la iniciativa de los contra-cursos es arrastrada por los acontecimientos: las luchas que estallan casi al mismo tiempo en toda Europa y sobre todo en Francia, Italia, Alemania, aplican un multiplicador político al movimiento de Trento».

En cualquier caso, el manifiesto programático del Movimiento por una Universidad Negativa había sentado las bases, las tácticas y la estrategia para el paso desde el antiautoritarismo a la contestación global del sistema capitalista, había puesto como objetivo indispensable la necesidad de una sólida unión de masas entre los obreros y los estudiantes que dominará todo el debate del ‘68.

Mientras, en Trento se desarrollaba la experiencia de la Universidad Negativa, en toda Italia se difundía el movimiento de ocupaciones. En Turín, Pisa, Nápoles, Milán, Venecia, Bari etc., los estudiantes hacen análisis cada vez más complejos, se dotan de instrumentos de información y conexión, comienzan a plantearse el problema de una teoría política que de consistencia y espesor a sus luchas. Si en Pisa los militantes del Potere Operaio son frecuentemente estudiantes y vanguardias políticas y en Turín en la ocupación del Palacio Campana (la universidad) es relevante la presencia de los

intelectuales de los *Quaderni Rossi*, en Trento el Movimiento para una Universidad Negativa (que obviamente no es el único componente de las luchas) está entre los fundadores de la revista *Lavoro Politico*.

Publicado por primera vez con apariencia de revista en octubre de 1967, *Lavoro Politico* había nacido en 1962 en Verona, por iniciativa de Walter Peruzzi, como órgano mensual del Centro de Información. De origen católico, se irá desplazando progresivamente hacia la izquierda. Su transformación en 1967 y el encuentro con los estudiantes trentinos sella esta evolución. Después del primer número, acusado de pecar de dogmatismo, el colectivo de *Lavoro Politico* se defiende y declara en el segundo número: «La adhesión al pensamiento de Mao Tse-Tung es integral» en tanto éste «es el único modo correcto de oponerse no solo al revisionismo sino también al dogmatismo». Y continua: «El problema del partido revolucionario es de la mayor importancia práctica, porque es el instrumento con el que traducir en la práctica de la lucha de clase la teoría revolucionaria, esto es, su uso real […]».[17]

Renato Curcio está entre los militantes más activamente comprometidos tanto en el Movimiento por una Universidad negativa, como en la redacción de *Lavoro Politico*. En realidad, el documento programático de la Universidad Negativa fue en gran parte redactado por Mauro Rostagno que, además de ser uno de los líderes carismáticos de las luchas (es conocido como el «Che» de Trento), carga con complejas experiencias existenciales (fue obrero en Italia y Alemania) y con un notable bagaje cultural («parece que hubiera leído todo», dirán algunos). Rostagno es portador de una estrategia política más diversificada y libertaria que el severo marxismo-leninismo de *Lavoro Politico.* No obstante, Curcio y Rostagno (que viven largo tiempo juntos) a pesar de las frecuentes contradicciones (Rostagno llega a amenazar a Curcio con el alejamiento de la universidad) se encontrarán a menudo colaborando en el curso de las luchas. Por otro lado, hasta el vuelco de *Lavoro Politico* y de la Universidad negativa, Curcio pasó lentamente, como muchos otros, de una rica reflexión de tipo existencialista a un progresivo compromiso ideológico. Vivió durante muchos años en un ambiente familiar y social de cultura campesina (en Torre Pellice con su madre), y encontró en Trento a Marco Boato, que en ese tiempo dirigía una asociación estudiantil de tendencia católica. Entró

17 *Ibídem.*

a formar parte de ella, atravesando así su primera experiencia militante. Pero posteriormente el clima de búsqueda y la complejidad social de la universidad trentina le llevaron a un estudio sistemático de los clásicos del marxismo y de las contradicciones en curso dentro del movimiento comunista internacional (la polémica del revisionismo), mientras que la fascinación por la Revolución Cultural China creaba nuevas referencias y exaltaba la figura revolucionaria de Mao Tse-Tung. Y precisamente el editorial del primer número de *Lavoro Politico* (*Senza teoria niente rivoluzione* [*Sin teoría no hay revolución*]) está dedicado a la Revolución Cultural China. En éste se ataca duramente el ultra izquierdismo, el trotskismo y el revisionismo del PCI pero también el «criptorevisionismo» de la disidencia de la izquierda. También en el editorial, se puede leer una desconcertante (bajo la óptica de hoy) condena de la hipótesis de una «guerrilla» en Italia. El que piense que en Italia la revolución puede reducirse a la consigna de la guerrilla, escribe el editorial, «es un pequeño burgués en busca de emociones, no un revolucionario proletario».

Muy probablemente al expresar estas posiciones Curcio y sus compañeros tenían también como objetivo la polémica que oponía las distintas formaciones m-l en aquel momento (véase el capítulo sobre las formaciones marxistas-leninistas) en torno al juicio que merecía la discusión de tendencias filo castristas y guevaristas en Italia, pero esto no quita para que la condena sea muy precisa como lo demuestra el siguiente pasaje: «El aventurismo táctico, la simulación de un ultra izquierdismo que llega a proponer el inmediato desarrollo de acciones armadas en Italia, se resuelve así en un oportunismo estratégico y ofrece al revisionismo una ayuda determinante, impidiendo desenmascararlo no como simple error táctico en el que caen algunos dirigentes revolucionarios, sino como estrategia contrarrevolucionaria sostenida por agentes de la burguesía». En los dos próximos años, Curcio cambiará radicalmente de posición pero, mientras tanto, mucho habrá sucedido y los ritmos y los tiempos de la historia imprimirán signos indelebles en las conciencias individuales.

Mientras tanto, en ese tumultuoso otoño de 1967 se preparan las premisas del gran conmutador del sesenta y ocho tanto a nivel nacional como internacional. Si en Pisa los estudiantes experimentaban las primeras formas de alianza con los obreros de la Saint Gobain, en Trento los estudiantes se unen a la lucha de los obreros de la Michelin, y en Turín una representación de los obreros de la Fiat está presente en la ocupación de Palacio Campana.

Y, es en el feudo de la Fiat de los Agnelli, en la ciudad que tiene la más alta concentración de «obreros masa», en el que se desarrolla otra etapa de alto espesor político-teórico en la toma de conciencia revolucionaria de la población estudiantil.

Palacio Campana: los estudiantes y los talleres Putilov

La ocupación de la Universidad de Turín (noviembre de 1967) acontece en un clima caracterizado inicialmente por la contestación a la autoridad de los «barones» de las cátedras y de sus métodos de enseñanza. Pepino Ortoleva —uno de los protagonistas de aquella ocupación, apodado «Peppeus» por su gran competencia en el pensamiento de Marcuse— escribirá, muchos años después, que la pregunta que atormentaba a los estudiantes era ésta: «¿Quién enseña a quién?», y que el enfrentamiento con los «barones» no se dio porque éstos no se dejaran ver haciéndose pasar a menudo por enfermos (una practica muy difundida en aquel período).

Las ocupaciones iniciales se dieron con frecuencia en colaboración con las asociaciones estudiantiles tradicionales (UGI, UNURI, etc.) pero de forma muy rápida se volvieron autónomas y en conflicto abierto con las mismas. Esto rebatía las dinámicas de otras situaciones. La ocupación de Palacio Campana asumió rápidamente una gran importancia, justamente porque se daba en el corazón de una ciudad símbolo del desarrollo económico de los años sesenta.

Turín es una ciudad-fábrica ejemplar dominada por el coloso de la Fiat que ha erigido el «ciclo del automóvil», principal eje del desarrollo industrial nacional. En Turín nació el «obrerismo» de los *Quaderni Rossi* que continúaron interviniendo pero, sobre todo, era la más alta aglomeración obrera a nivel nacional. Concentrada en los históricos talleres Mirafiori, Rivalta, Lingotto, etc. que el movimiento denominará «talleres Putilov» por inmediata referencia a las históricas fábricas de San Petesburgo, principal eje de la Revolución de Octubre.

El clima en la ciudad está permeado por la cultura obrera y el movimiento de los estudiantes buscaría rápidamente formas de participación enfrente de los portones de las fábricas, invitando a los obreros a ir a la universidad. En Turín como en Trento, pero aquí de manera menos ideológica y dentro de las dinámicas de clase, el análisis del papel clasista de

la universidad se desarrolló rápidamente. Guido Viale, uno de los líderes de la contestación, posteriormente entre los fundadores de Lotta Continua, escribió:

La primera obligación del movimiento estudiantil es realizar algunas distinciones de clase en el seno de la población escolar. Si es verdad que en el periodo de su formación todos los estudiantes están absolutamente privados del poder y están sometidos a las manipulaciones de las autoridades académicas, es también verdad que, para algunos, insertarse en la estructura de poder de la universidad no es sino un primer paso de su inserción en las estructuras de poder de la sociedad, mientras que para la mayoría de los estudiantes la subordinación al poder académico no es sino la anticipación de su condición socialmente subordinada en las organizaciones productivas en las que están destinados a entrar [...] La universidad funciona como instrumento de manipulación ideológica y política encaminado a destilar [...] un espíritu de subordinación respecto del poder (cualquiera que sea) y a cancelar, en la estructura psíquica y mental de cada uno [...] la dimensión colectiva de las exigencias personales y la capacidad de tener relaciones con el prójimo que no sean de carácter puramente competitivo [...].[18]

Entre los líderes estudiantiles están también entre otros, Marco Revelli (hijo de uno de los más grandes historiadores «orales» italianos) y Luigi Bobbio (hijo de uno de los padres de la constitución). Esto provoca un gran escándalo en los periódicos locales. Aquí, como en otras ciudades y para otros estudiantes, su presencia hace evidente, según la prensa bien pensante, la existencia de una gran «traición» por parte de los hijos de la burguesía a la obligación de reproducirse como clase dirigente. Pero estos estudiantes que a menudo son los «primeros de la clase» están también dotados de excelentes argumentaciones y de notable madurez intelectual, y al conectarse entre las diversas sedes están en condiciones de elaborar estrategias comunes. Comentando las ocupaciones de Turín, Luigi Bobbio escribía:

El movimiento estudiantil se mueve a partir del rechazo de la condición de predeterminación que el sistema asigna a los estudiantes y por lo tanto tiene como única contraparte real las fuerzas económicas que atribuyen a la universidad esta función.

Por otra parte las decisiones tomadas por los grupos económicos se vuel-

18 Guido Viale, «Contro l'Università» en *Quaderni Piacentini*, num. 33, 1968.

ven operativas pasando a través de distintas mediaciones, llevadas a cabo por centros de poder inferiores, es decir, en distintos niveles, desde el poder político y desde las jerarquías académicas.

Si bien no es ahora el momento de detenerse aquí sobre la función que desempeña el Estado en el campo de la política escolar y en que medida el mismo se presenta como una contraparte efectiva del movimiento estudiantil, es importante subrayar en cambio el papel que desempeñan los profesores universitarios. En la estructura universitaria italiana, a diferencia de la de Estados Unidos, la función del docente y del administrador de la universidad se localiza en la misma persona en virtud del principio de la autonomía universitaria; se añade a que los docentes constituyen el último nivel de decisión y que por debajo de ellos ninguno (profesores encargados, asistentes, estudiantes) tiene poder alguno y que por otra parte la autonomía de los profesores está severamente limitada por las competencias que corresponden al parlamento y al gobierno. En este contexto la autonomía de la universidad significa simplemente que se permite la existencia de un estrato de feudatarios que si bien tienen poco poder para imprimir a la universidad una dirección distinta, tienen bastante para controlarla según sus intereses. Entre los docentes se constituyen grupos de poder fundados sobre importantes intereses no solo de prestigio, sino sobre todo económicos que ellos tienen como catedráticos. Basta pensar en los réditos de la profesión para los médicos y los abogados o en los asesoramientos industriales de los profesores de materias científicas. El único fin común verdadero de estos grupos de poder es la misma conservación del poder. De este modo tienen una influencia real sobre la política escolar del gobierno: es más se puede decir que el proyecto de reforma presentado por el gobierno es esencialmente un punto de encuentro entre los intereses del poder de los catedráticos y las exigencias de racionalización de la producción.

Existe por consiguiente una línea claramente definida aunque contradictoria, que reune a los distintos centros de poder que inciden en la escuela. Es natural que el movimiento estudiantil se encuentre en lucha, de forma más fácil, con el último anillo de la cadena, es decir, con las jerarquías académicas, pero está también claro que tal enfrentamiento propone nuevamente y de forma inmediata problemas más generales, con tal de que sea comprendida correctamente su limitación y parcialidad y se ponga en situación de superarla en el transcurso de la lucha.

Los estudiantes rechazan sus condiciones de explotación y la predeterminación profesional. Reclaman el control sobre su formación, entendida como rechazo de la disponibilidad. Para obtener este control se lleva adelante la consigna del poder estudiantil. Con esto no se pretende sólo la inclusión de los estudiantes en los órganos con poder de decisión de la universidad, porque esto significaría bien poco si se dejara inalterada la organización integral de los estudios. Poder estudiantil implica, en cambio, una reestructuración integral de la universidad, en la que tal poder (y por lo tanto el control sobre la formación) pueda ser efectivo. Se quiere así

que se supere la consigna de la democratización de la universidad, que desde hace años está llevando a delante el movimiento estudiantil, porque la exigencia mantenida por los estudiantes no es la democracia (que normalmente quiere decir colaboración) sino el poder, que evidentemente implica un antagonismo. Por otra parte, hablando de democratización se pone el acento sobre la subordinación de los estudiantes a los profesores, hablando de poder estudiantil se pone el acento en la subordinación social. [...].

En todo este discurso, los límites del movimiento estudiantil deben ser claros: la no autonomía de la universidad implica la no autonomía (la subordinación) del movimiento estudiantil respecto de la clase obrera: en ella el movimiento estudiantil ve su punto de referencia y de verificación. La acción de los estudiantes no tiene significado alguno si la organización política del movimiento obrero no esta en condiciones de recibir las experiencias y unificarlas en una estrategia revolucionaria. Los problemas que se abren en este punto arremeten contra la situación general de la izquierda italiana. Por otra parte el movimiento estudiantil no puede limitarse a actuar en su ámbito sectorial sin mirar más allá, sino que desde un juicio sobre la situación política general puede asumir la función de ofrecer estímulos y pautas, aunque sea de alcance marginal, para la radicalización de la izquierda italiana y para la superación de la crisis existente en ella.[19]

19 Luigi Bobbio, «Le lotte nell'Università. L'esempio di Torino», en *Quaderni Piacentini*, num. 30, 1967.

5. El estallido del ‘68

Un vuelco planetario

Se podría empezar este capitulo con una vasta descripción-representación del estallido de las luchas en el planeta: Berkeley, Tokio, Londres, Berlín, París, Praga, Varsovia o incluso, de significación distinta pero dentro del mismo proceso, «las venas abiertas de América latina» y la gran madre África. Pero un libro entero no alcanzaría para contener todas las dinámicas, aunque sea de forma sintética.

La década 1980-90 no fue solamente un período de restauración, el «espíritu del tiempo» que lo penetró está recorrido por las típicas figuras del oportunismo, del cinismo y del miedo. Dentro de estas tres dinámicas se han fragmentado las inteligencias y las carreras ya formadas, se han corrompido las conciencias y se han reconstruido los poderes.

Paradójicamente, la década se cierra con tres grandes centenarios históricos: el aniversario de la Constitución inglesa, el aniversario de la Revolución americana y el aniversario de la Revolución francesa. Es decir, los tres grandes pilares sobre los cuales se debieron fundar las democracias occidentales. Los tres grandes episodios que marcaron la emergencia en la historia del «derecho de representación». La *citizenship*, la *membership*, las figuras del *bourgeois* y del *citoyen* esperaban una revolución social que restituiría los derechos a la complejidad de las figuras de una sociedad moderna. Durante tres siglos el conflicto entre la «constitución formal» de los Estados y la «constitución material» de las clases ha marcado, para bien y

para mal, la evolución de las democracias. Las élites burguesas en el poder siempre aseguraron «sobre el papel» algunos derechos fundamentales, para luego negarlos casi siempre en los hechos. Lo que fue obtenido por los movimientos extra sistémicos siempre fue conquistado al precio de duras luchas, a menudo sanguinarias, no siempre victoriosas.

El gran conmutador[1] planetario del '68 fue interpretado de diferentes maneras. Alain Touraine lo definió como «el último día revolucionario del siglo XIX»; otros en cambio lo consideran la culminación de un grandioso proceso de emancipación, el inicio de la época de la modernización. Ninguno tiene una opinión definida y acabada, tal y como sucede a menudo frente a episodios históricos que hacen mutar en profundidad el rostro de la sociedad.

Hasta este momento, hemos intentado narrar el proceso unitario que en su diversidad ha caracterizado la época de los «magníficos» años sesenta en Italia. Hemos tratado de representar todas las líneas finas y profundas que al contribuir a formar la cultura del «deseo disidente», confluirán en el '68. Desde este momento en adelante todo se vuelve más difícil. Efectivamente, la tendencia unitaria durará muy poco, fragmentándose después, reformándose, agigantándose o reduciéndose dentro de la complejidad y la subjetividad de los protagonistas. Descomposición y recomposición de los movimientos; espontaneidad y organización; deseo de poder y rechazo del poder; ideología y experiencia cotidiana; serán las categorías dialécticas, a menudo irreconciliables, siempre irresueltas, que dominarán los años siguientes.

Apuntes interpretativos del '68

Sergio Bianchi

El elemento peculiar, que permite al '68 inscribirse en aquellos escorzos cruciales que marcan los vuelcos de la historia de la humanidad, está constituido por el hecho de haber sido el momento en el cual llegaron a coincidir y a sintetizarse numerosas y diferentes crisis sociales. Lo que le confiere la calidad de punto de inflexión de la época, no es

[1] Dispositivo de redistribución de flujos (por ejemplo electricidad o gases) o líneas de materiales por medio de unos puertos de entrada y de salida [*N. del E.*].

tanto haber producido algún éxito revolucionario parcial y efímero a nivel institucional, sino haber incidido de manera irreversible sobre la generalidad de los códigos de las relaciones sociales.

La revuelta atravesó países tanto del Este como del Oeste, del Norte como del Sur y, dentro de esos países, atravesó el centro y la periferia logrando establecer relaciones de comunicación cultural y política entre situaciones sociales muy desiguales. Por lo tanto, un fenómeno por un lado planetario y por otro extremadamente diferenciado, articulado país por país, ciudad por ciudad, estrato social por estrato social, capaz de dar voz a los localismos, a los regionalismos, a las especificidades étnicas, a las diferencias sexuales.

A pesar de las inevitables contradicciones, universalismo y particularismo constituyeron, así, el rasgo unificador, específico e innovador de la revuelta. Se trató de un movimiento transnacional y «policéntrico» capaz, durante un breve período de tiempo, de construir un proceso de identificación fundado en el sentido de pertenencia de todos los hombres a la misma «especie» y capaz de descubrir, al mismo tiempo, en el seno de esta común pertenencia, la contradicción existente en la división entre opresores y oprimidos. A la construcción de este proceso de identificación contribuyó, de manera relevante, el condicionamiento ejercido sobre el imaginario social por el medio televisivo que, activado a finales de los años cincuenta y con un extraordinario crecimiento en los años sesenta, había logrado, por primera vez en la historia de los medios de comunicación, dar al mundo una visión, una imagen global, en la cual la humanidad, más allá de sus diferencias étnicas, religiosas y culturales, podía leerse e identificarse justamente y ante todo como «especie».

En el ámbito de los países occidentales con las mas altas tasas de desarrollo, una parte de este movimiento planteó además, y por primera vez, la problemática de una propuesta de inversión de la realidad social no a partir de la escasez, de la penuria, sino a partir de la abundancia de los bienes económicos consolidados. Planteó el problema de ir «más allá de la época del pan» dado que la nueva miseria invasiva, que generaba una angustia consciente y apelaba a la necesidad de la acción, era la misma que despotenciaba las cualidades culturales e intelectuales de la humanidad entera.

Dondequiera que sea, el movimiento tuvo entre sus máximos protagonistas a los estudiantes de todas las disciplinas. Una función particularmente importante fue llevada a cabo por los estudiantes de sociología. Su crítica teórica y práctica se concentró en el ataque al papel desarrollado por los científicos sociales, al papel que en un futuro tendrían que realizar ellos mismos.

Esa crítica expresaba, por un lado, la necesidad impostergable de un vuelco en todos los ordenamientos institucionales de la sociedad y, por otro, la necesidad de experimentar la construcción de espacios comunitarios autónomos de la sociedad misma. Una necesidad de separación, de secesión, que llevaba al cumplimiento de todos los recorridos segmentados, practicados por las minorías de las contraculturas *underground* en el curso de los años sesenta. Estos dos elementos —la inversión del poder constituido a través de la lucha ininterrumpida y la construcción de espacios separados— encontraron su síntesis en la práctica de las ocupaciones en cadena de las facultades universitarias.

Durante toda esta fase, el movimiento logró, a pesar de sus diferencias internas, materiales e ideológicas, permanecer cohesionado contra el enemigo común, que además de definirse con los rasgos genéricos de la «sociedad de los adultos» supo asumir las semblanzas bien concretas de la jerarquía académica y del funcionariado estatal propenso a la represión de las luchas. Esta cohesión extraía su alimento real del cruce de intensas prácticas racionales y comunitarias. Todos los que se encontraron implicados en esa rebelión pudieron experimentar creativamente la superación de las claras divisiones que en la historia, y también en sus contingencias revolucionarias, habían caracterizado a la esfera personal, política, privada y pública. La noción de la «gratuidad» de la acción política contrapuesta a la de la especialización y la reivindicación de la plena legitimidad del empleo, en las luchas, de los aspectos existenciales más íntimos, como los sentimentales y emotivos, constituyeron la invención de una nueva manera de hacer política, que formaba una unidad con la invención de una nueva forma de vivir.

El conocimiento de los riesgos de una autoguetización estimuló al movimiento a reflexionar sobre la búsqueda de instrumentos comunicativos adecuados para la puesta en circulación de las novedades sobre los contenidos de las luchas. En este contexto se desarrolló el debate sobre el peligro inscrito en el uso de los instrumentos de comunicación a disposición del propio sistema, el peligro de la integración de los contenidos de las luchas en los planos neocapitalistas de la modernización de las estructuras de dominio. Así, al dar cuerpo a la circulación internacional de las novedades de las luchas y a las relaciones de comunicación entre las diferentes situaciones del movimiento, principalmente se contribuyó a la puesta en marcha de instrumentos alternativos a los tradicionalmente usados, tanto por el sistema como por el movimiento obrero oficial. Más allá de la producción, de la lectura, de la difusión de materiales gráficos, el movimiento hizo del «viaje» de la circulación física de los cuerpos, del uso «contrainformativo» de los medios audiovisuales, radiofónicos y gráficos, los

instrumentos nuevos y eficaces de una comunicación alternativa. En la base de este uso estaba el método de la interrelación de estos instrumentos, su denso «diálogo» que reproducía de manera socialmente ampliada el principio democrático de la asamblea.

Algunos elementos situados en la base de su génesis, recurrentes posteriormente a lo largo de todo su desarrollo, contribuyeron a connotar al movimiento con un carácter extremista. Además de lo ya señalado, y con referencia a los sentimientos de la urgente necesidad de cambio social —como si se tratara paradójicamente de la última ocasión ofrecida a la historia— y del método del conflicto ininterrumpido, es necesario subrayar también su fuerte carga anti-institucional, antinormativa, su completa aversión por los proyectos de transformación fundados en el uso de los instrumentos de reforma graduales. No es casual que entre los principales eslóganes estaba aquel que recitaba «sean realistas, pidamos los imposible». La acusación al movimiento de un extremismo congénito irreal no consideraba el hecho de que se trataba de una intencionalidad seriamente revolucionaria que, puesta frente a un «sistema» como el capitalista avanzado, había comprendido la infinita potencia recuperadora, la capacidad de alimentarse, de modernizarse, de reforzarse a través de la recuperación y la fagocitación de aquellos que debían ser sus elementos no solo críticos sino destructivos incluso. La revolución de tal «sistema» capaz de colonizar las mentes, de corromper las conciencias, de crear conformismo y apatía, era sólo posible yendo más allá de la radical transformación de sus formas económicas e institucionales. Aquel «sistema» no irradiaba su poder desde un solo corazón, desde un solo cerebro, el poder era más bien difuso y se reproducía en forma de metástasis. Contra él no podían valer las teorías revolucionarias clásicas, que sostenían la necesidad de concentrar la práctica sobre el objetivo de la conquista del punto neurálgico, es decir, del aparato estatal. No bastaba la toma del poder político, la revolución debía ser total, es decir social e ininterrumpida, no debía concentrarse sólo en las estructuras sino también en las personas, en su integridad, complejidad y contradicción; sólo así se habría podido generar verdaderamente al «hombre nuevo», a la nueva humanidad.

Junto a este sentimiento espontáneo, ampliamente mayoritario, durante toda la fase de las ocupaciones de las facultades universitarias, convivía también un componente que contenía en su interior el vasto repertorio de las «herejías» históricas de la izquierda: anarquistas, consejistas, marxistas-leninistas, filo maoístas, obreristas, etc. En el movimiento confluyeron también todas estas culturas de la tradición de la izquierda heterodoxa que, lenta pero inexorablemente, condicionaron, de manera considerable, la formación de los liderazgos.

Agotada la fase del desmantelamiento del autoritarismo académico en los países europeos, los estudiantes se fijaron el objetivo de salir de las universidades para involucrar a toda la sociedad. Del intenso debate que se abrió sobre la estrategia más oportuna a adoptar, emergieron dos orientaciones distintas. Por un lado, se formuló la propuesta de ejercer una lenta y paciente penetración de los contenidos contestatarios y de las propuestas alternativas en el seno de todas las formas en las que se definían las relaciones sociales; esta propuesta se sintetiza en la formula de la «larga marcha a través de las instituciones». Por otro lado, la propuesta exteriorista,[2] criticando la inversión de las energías del movimiento en una generalización social indiferenciada, se concentró en determinar con precisión una relación específica entre capital y trabajo, que contuviera la suma de todas las contradicciones sociales, una relación materialmente central en la determinación de los equilibrios de poder. La formalización de estas dos distintas propuestas estratégicas ponía definitivamente de relieve las diferencias existentes entre las dos componentes que hasta ese momento habían convivido dentro del movimiento.

A que divergieran después estas diferencias contribuyeron los enfrentamientos callejeros que el movimiento, una vez fuera de los recintos universitarios, tuvo que sostener frente a los aparatos represivos de las instituciones. Las expresiones de violencia, con fines defensivos u ofensivos aunque permanecieran circunscritas a una representación simbólica de la guerra, contribuyeron a redimensionar la credibilidad de un proyecto como el de la «larga marcha» que preveía la táctica de tomarse un tiempo para crecer evitando la degeneración del conflicto en la forma abierta del enfrentamiento. En este sentido, el fuego del Mayo francés marcó el vuelco definitivo del movimiento hacia una aceleración del enfrentamiento que, para ser fuerte, pareció necesitar de un marco de referencia teórico y práctico que pertenecía al bagaje de las culturas revolucionarias tradicionales. Se dio así una inversión en las proporción de influencia ejercida sobre el movimiento por las dos componentes: la que hasta ese momento era minoritaria se convirtió rápidamente en mayoritaria. Se explica así la imposición de todo el repertorio del «clasicismo» revolucionario, desde el más ortodoxo marxismo-leninismo al más renovado del obrerismo, que apuntaba al encuentro entre estudiantes y obreros, como condición fatídica y resolutiva del destino de la revolución. Se explica así, además, la reedición completa, en el curso de pocos meses, de todas las estructuras organizativas de carácter partidista que en las décadas anteriores habían sido paridas por la diáspora de la izquierda heterodoxa.

---

2 *Fuoriuscita* en el original [*N. del E.*].

La toma de conciencia

Después de las ocupaciones de 1967, los estudiantes comenzaron a tejer una amplia serie de conexiones entre las distintas universidades. La tensión en el mundo universitario es altísima, pero prácticamente no tiene repercusión sobre los medios de comunicación burgueses al mismo tiempo que la protesta se extendía a los liceos y a las enseñanzas medias. Sólo la rúbrica periodística TV 7 registró tímidamente el fenómeno de la protesta estudiantil mientras, el resto del país parecía extraño a las luchas obreras y estudiantiles en curso. Este silencio de los medios durará también los primeros meses de 1968, al mismo tiempo que a nivel internacional se da una serie continua de noticias clamorosas. Bob Kennedy y Martin Luther King son asesinados, llegan noticias de la tragedia americana de My Lai en Vietnam, prosigue la Revolución Cultural en China y la guerrilla en América latina. En Ciudad de México, mientras transcurren las Olimpiadas y los atletas negros americanos Tommy Smith y John Carlos saludan la bandera de estrellas y franjas con el puño cerrado (una imagen famosa en todo el mundo), la policía dispara, hiere y asesina en la plaza de las Tres Culturas.

China, Argelia, Cuba y sobre todo Vietnam son los grandes referentes internacionales de las luchas estudiantiles. «En este marco, los estudiantes eran los auténticos representantes del Tercer Mundo en el interior de la ciudadela capitalista donde, según un desarrollo coherente de esta lógica, todas las minorías subdesarrolladas y marginadas del Primer Mundo se volvían sus aliados naturales».[3]

Pero también las generosas elecciones existenciales de los *beat* eran barridas por esta aceleración internacional, por la presión de nuevos niveles de compromiso. Si en Chicago los *hippies* son masacrados durante la Convención de los demócratas a los que les habían propuesto presentar a un cerdo como candidato; en Italia, después de la destrucción de Barbonia City, se dispersan momentáneamente, mientras su protesta multicolor y pacífica es recuperada por la moda, contribuyendo a hacer nacer al «imperio Fiorucci». La Italia televisiva, burguesa y consumista

---

3 Alberto Asor Rosa, *Perché tutto il mondo insieme*, suplemento a *L'Espresso*, num. 3, 1988.

tiene continuos motivos para maravillarse y sorprenderse: Barnard hace los primeros transplantes de corazón, la nave espacial *Surveyor* envía imágenes mágicas del suelo lunar mientras estalla en la prensa el escándalo por el intento de golpe del SIFAR y las transmisiones del sábado por la noche continúan atrayendo a millones de telespectadores. En Italia ya hay una TV por cada dos familias.

Pero también en la producción cinematográfica, musical y teatral hay señales incisivas de cambio: cada vez más a menudo las bandas de rock estadounidenses graban canciones contra la Guerra del Vietnam, emerge el genio teatral del Living y de Carmelo Bene, el Piccolo Teatro pone en escena el *Marat-Sade* de Weiss y los jóvenes acuden en masa a ver *La Cinese* de Godard a pesar de las críticas despiadadas de los *Quaderni Piacentini*, que habían contribuido a llevar *La Cina è vicina* de Bellocchio a los primeros lugares del ranking de recaudación. Dos dinámicas divergentes están por lo tanto en curso en la sociedad, una relativamente satisfecha con su propio *status,* la otra tendente a nuevas formas de conocimiento con el fin de dar sentido a lo vivido y completar la toma de conciencia.

El nuevo movimiento estudiantil comienza el año 1968 con la mitad de las treinta y seis universidades italianas implicadas en el movimiento de ocupaciones, al mismo tiempo se acentúa el ataque represivo. En Turín, particularmente, se verifican ataques de la policía, heridos y arrestos de estudiantes además de expedientes disciplinarios académicos que desde entonces estuvieron a la orden del día. La televisión del Estado, que hasta ese momento había regalado algunas noticias relativas a la contestación estudiantil en pequeños espacios de los noticiarios semanales, comienza a avivar el fuego de la alarma social y de la falsificación de los hechos, obligando a menudo a los estudiantes a darse formas de expresión y de respuesta también en ese campo, ayudados frecuentemente por las revistas producidas por los intelectuales disidentes formados en los años sesenta.

Es el caso de *Quindici*, que publica el manifiesto *Contra el autoritarismo académico* de Palacio Campana, un número entero de *S* dedicado específicamente a la cuestión, o de los *Quaderni Piacentini* que alcanza tiradas muy elevadas y es distribuido en las universidades. Es relevante, también, el papel desarrollado por los opúsculos de las librerías Feltrinelli que se

imprimen de forma tempestusa y hacen circular a precios muy bajos los documentos de las distintas ocupaciones. Los estudiantes encuentran aliados, algunos «compañeros de calle», también en sectores democrático-progresistas que no aprueban los métodos policiales y represivos. De hecho la oleada contestataria desplazaba y amenazaba con hacer saltar el papel que la planificación había asignado al mundo de la escuela.

La necesidad de planificación del nuevo capitalismo (el «neocapitalismo» afirmado dentro el complejo desarrollo industrial durante el transcurso de los años sesenta), esta necesidad que había determinado la llamada «economía planificada», delegaba en la escuela, en la formación intelectual en la cualificación de la fuerza trabajo obligaciones complejas. Como frecuentemente sucede en las fases de gran transformación, las exigencias de reformas democráticas que provienen de la sociedad civil pueden ser también funcionales para el desarrollo económico.

En este sentido los objetivos que las inteligencias neocapitalistas asignaban a la reforma escolar de los primeros años sesenta (la escuela media unificada) estaban cargados de proyecciones futuras. Sustancialmente se trataba de extender «mediante el impulso a la escolarización de masas el mito tecnocrático de la gran industria en las instituciones formativas: una idéntica ideología de la cualificación tendría que funcionar tanto en la producción a corto plazo como en la formación de la futura fuerza de trabajo. La instrucción escolar tendría que encontrar su propia lógica de desarrollo “planificado” en la formación de aptitudes genéricas para el trabajo [...]» casi exclusivamente funcionales a la producción de un sujeto trabajador que fuera al mismo tiempo más flexible (con más instrumentos para adquirir tareas), con mayor disponibilidad (a través de la transmisión de un «saber» basado en la mitología de la eficiencia capitalista), de tal modo que pudiera ser opuesto a la proyectualidad política y a la rigidez del «obrero» profesional que constituía el «hueso duro» de la fábrica.

Un sujeto concebido naturalmente podía ser utilizado tanto en la fábrica taylorizada como en su terciario (empleados internos y externos a la propia fábrica), llegando a constituir un «capital humano disponible» y una oferta de trabajo «dependiente» exclusivamente de la demanda y de las exigencias de los ofertantes de trabajo. La «fábrica del consenso» de los *mass media*, por su parte, tendría que funcionar como un gran reproductor compensatorio de los modelos propuestos (no por casualidad son propios de aquellos años los pri-

meros fenómenos de concentración editorial o de monopolios de la información). Una estrategia concebida de este modo tenía un alcance vasto e inteligente. En la práctica, el capital (los capitalistas) se apoderaban del tiempo vivido fuera del ámbito de trabajo, invadían la esfera de la elección individual, ponían en funcionamiento, por citar a Marx, el proyecto «de convertir el tiempo social disponible en tiempo productivo, poniendo las condiciones institucionales de la apropiación "gratuita" no sólo de la formación (la instrucción) financiada por el gasto público sino también de las capacidades individuales que se constituyen en el tiempo libre de las relaciones de trabajo».[4]

Paradójicamente, la política del PCI, que se había formado en el filtro de la ideología de la Reconstrucción y que en consecuencia estaba basada en la ideología del trabajo no podía más que favorecer una proyectualidad de este tipo, al igual que era partidaria del progreso, o dicho de otro modo, del desarrollo de las fuerzas productivas. Si el obrero profesional debía competir con el patrón en la capacidad de hacer funcionar la fábrica, el derecho al estudio para los proletarios significaba, bajo esta óptica, que «la reapropiación de los medios de producción estaba ligada a la posibilidad por parte proletaria (también en una estrategia de nuevos valores y nuevos ideales) de adquirir aquellas competencias técnico-científicas que la burguesía ha madurado en sí misma y que el proletariado (en este sentido) tiene simplemente que heredar».

De igual modo, en esta simplificación, una cultura política de esta clase nunca fue abandonada de hecho por la dirección del PCI (por ejemplo la política de los sacrificios o la línea del Eur propuesta por el PCI en el bienio 1975-77). Se trata en buena medida de una línea política que prevé una continua lucha competitiva en los proyectos de planificación y de desarrollo del «capitalista colectivo». Una lucha continuamente suspendida entre la cooperación y el conflicto «democrático» (el uso de formas de lucha «legales») donde la primacía se disputa sobre la base de categorías como la eficiencia, la competencia, la capacidad de programar el desarrollo, de hacer productivos los recursos humanos, etc. Así se explica la constante polémica del PCI sobre las disfunciones del sistema político, escolar, económico, su búsqueda de «hegemonía» dentro las instituciones, su incomprensión de los movimientos sociales de base, la dificultad de perci-

---

4 Roberta Tomassini (ed.), *Studenti e composizione di classe*, Edizioni Aut Aut, Milán, 1977.

bir el nuevo carácter de la subjetividad del ciclo de luchas del obrero de masa en el curso de los años sesenta. Pero precisamente en la década que precede al ‘68 estas estrategias paralelas de las inteligencias neocapitalistas y de los partidos obreros históricos habían sido desgastadas lentamente por los comportamientos colectivos de las nuevas generaciones.

Si, como hemos visto, las luchas del obrero de masa (que se convertirían en memoria y proyecto político en el curso de 1969 y del Otoño Caliente) adquirían cada vez más la capacidad de poner en discusión no sólo el modo de producir mercancías sino también el orden social completo, «el impulso a la escolarización masiva, a la generalización del acceso a la instrucción, había constituido desde el comienzo (fuera de las intenciones de sus legisladores) un instrumento en la continua fuga de la perspectiva de la fábrica, una necesidad proletaria de rechazo del trabajo asalariado dependiente». Continuamente suspendidos entre el deseo de emancipación y el del rechazo (y unidos en esto con los jóvenes de matriz pequeño-burguesa que veían como se derrumbaban los privilegios de la «instrucción»), habían producido ya formas de protesta radicales de carácter pacífico pero que contenían la elección del rechazo, tanto del mundo del trabajo como de la instrucción, expresando existencialmente la necesidad de experiencias y valores opuestos e irreconciliables con los dominantes: las imágenes de su participación masiva con ocasión del aluvión de Florencia (1966) deberían haber sido como mínimo una distorsión de la lectura consolatoria que se llevó a cabo.

La propia presencia de docentes progresistas y de izquierdas en la universidad a menudo tan autoritarios y clientelares como los burgueses e incapaces de comprender la transformación en curso, el conservadurismo generalizado del cuerpo de profesores de la escuela superior e inferior, el hecho de ser consciente o inconscientemente cómplices del mandato general asignado a la escuela (en este sentido es magistral la revelación de *Lettere a una professoressa* [*Carta a una profesora*]) eran elementos no secundarios en el nacimiento del rechazo del rol y de la autoridad.

Si en una primera fase no se «limita» a contestar las tradicionales formas de representación asociativa estudiantil ligadas a los partidos tradicionales, en realidad aquello que mueve a la protesta es la conciencia alcanzada de la mistificación insita en la institución escolar, en su capacidad de ocultamiento de los procesos reales que mueven a la sociedad, en su carácter funcional respecto del proceso más general de dominio del poder

sobre la propia existencia, y no ya por las «ineficiencias y retrasos», por la «incapacidad de sostener la confrontación con las condiciones transformadas del mercado de trabajo» como dicen el PCI y los reformistas, sino justamente por su carácter funcional con respecto de las propias exigencias del desarrollo capitalista: «La crítica de los contenidos formativos, de la ideología de la cultura burguesa y de las formas de identificación que ella induce, se manifiesta, en los comienzos de la revuelta estudiantil, en el rechazo de una socialización del saber que es fruto de la conciencia de los contenidos reales de la realidad».

Se ataca a la figura del docente con el fin, en realidad, de contestar los contenidos del saber del cual es portador, con el fin de negar la autoridad y la proyección del poder capitalista del cual es cómplice y terminal. En el movimiento de los estudiantes se viene delineando un uso y una socialización del saber ajenos a la tarea asignada a la institución escolar por parte de los proyectos de las elites neocapitalistas, una «desescolarización real», en el sentido de Ivan Illich la búsqueda de un saber contra el poder del capital. Así como el obrero masa elaboraba la demanda del «salario como variable independiente de la producción»: más salario menos horario, descenso de los ritmos productivos para recuperar tiempo vivido en las fábricas y en lo social, para dar valor a la propia vida y al propio cuerpo (autovalorización), atacando las raíces del proceso de acumulación y de explotación, igualmente los estudiantes tendían a vaciar la institución universitaria de las funciones productivas asignadas a ella. «Tal tendencia a plantear necesidades cognoscitivas autónomas respecto del proyecto de formación y cualificación capitalista, llega progresivamente a expresarse no sólo en la búsqueda de una pregunta ideológica de conciencia alternativa de la realidad social, que sea posible satisfacer en los límites de la institución»,[5] sino que llega también a extenderse a lo social, a los barrios y a la búsqueda de modelos de vida distintos, delante de las fábricas y en los lugares de trabajo, en la búsqueda de la alianza entre los obreros y los estudiantes.

La necesidad de realizar un análisis de clase en el seno de la población estudiantil estaba de todos modos presente en la mente de los nuevos líderes emergentes del movimiento estudiantil, tal y como vimos en los documentos citados con motivo de la ocupación de Palacio Campana en Turín. Pero este problema que de hecho amenazaba con ocultar las diferencias de

5 *Ibídem*.

clase había sido menospreciado inicialmente y algunos contenidos radicales de las *Tesis de la Sapienza* no habían sido totalmente percibidos. En realidad en los tres polos principales (al menos en lo que concierne a la elaboración teórica) de la protesta (Trento, Pisa y Turín) la urgencia de un análisis político global se cruzaba continuamente con los aparatos teóricos y políticos de las formaciones de la nueva izquierda.

En este sentido es ejemplar el panorama del debate que se recabó de la discusión de la redacción de los *Quaderni Piacentini*, que en 1967-68 había ampliado el núcleo originario a otras colaboraciones. Tenemos por un lado a Luca Meldollesi, Nicoletta Stame, Cesare Pianciola, Giorgio Backaus que se desenvolverán con tiempos y éxitos distintos, en la Unión de los marxistas-leninistas, por otro, a Luigi Bobbio y Guido Viale (exponentes de Palacio Campana) que fundarán Lotta Continua y finalmente a Sergio Bologna que estará entre los fundadores de Potere Operaio. Lo que equivaldría a decir que estaba, por un lado, la teoría marxista-leninista de la vanguardia intelectual de los cuadros políticos que «deben» dirigir alas masas y, por otro, el intento continuo de conciliar espontaneidad y organización. En cada caso la complejidad de este debate era poco clara en términos generales para los propios protagonistas, a menudo «adversarios terribles», al mismo tiempo, la urgencia de una línea unificadora produjo un documento que según Bellocchio (fundador de los *Quaderni Piacentini*) había «inventado prácticamente el movimiento estudiantil». El documento, publicado en forma de artículo en los *Quaderni Piacentini*, con el fin de realizar una tirada de 20.000 copias difundidas en todas las universidades, se titulaba *Contra la universidad* y había sido escrito por Guido Viale.[6] Más allá del énfasis de Bellocchio es cierto que muchos se identificaron con aquel artículo-documento, teniendo a menudo el mismo efecto que antes había obtenido *Lettere a una professoressa y* que continuaba siendo uno de los textos básicos de seminarios y contra cursos.

El largo artículo-documento de Guido Viale es un intento de sistematizar el trabajo y las elaboraciones culturales producidas en los contra cursos y en los seminarios de los estudiantes que ocupan la universidad de Turín. En este sentido se presta a ser un balance integral de una primera fase de lucha y de las problemáticas que quedan por resolver.

---

6 *Quaderni Piacentini*, num. 33, 1968.

> *La universidad como instrumento de integración:* la universidad es individualizada como un instrumento de manipulación ideológica y política que produce subordinación en relación con el poder, está diseñada para cancelar en la personalidad de cada uno la cultura de la solidaridad y de la colectividad a través del mito de la competitividad individual y de la selección entre sujetos privilegiados y desaventajados. El objetivo es la cooptación selectiva hacia la clase dirigente y el poder. Los estudiantes pueden así estar divididos en tres estratos: 1) aquellos que usan la universidad (como base de lanzamiento para el poder); 2) aquellos que sufren la universidad (como momento inevitable para ocupar una posición cualquiera en la jerarquía social); 3) aquellos que solamente están oprimidos por la universidad (lo que no hace más que legitimar su posición social subordinada). En el caso de Turín se ha hecho evidente una lucha dirigida por el segundo estrato contra el primero, con el objetivo de desenmascarar la mistificación instalada en el concepto de formación profesional y de «profesionalidad».

Efectivamente, escribe Carlo Donolo: «Uno de los espacios más interesantes de la revolución cultural de los estudiantes es la contestación del papel profesional no sólo por sus contenidos autoritarios sino también porque a través de ellos y su pseudo-cientificidad el capital prepara tanto a sus propios esclavos como a sus futuros opresores».

El documento de Viale prosigue con el análisis de los mecanismos de selección, desde aquellos más tenues como el coste de los estudios, a aquellos más finos ligados a una cierta manera de estar en la universidad, que divide en dos grupos a los estudiantes, los destinados a la carrera académica y a los puestos de liderazgo y los otros para los que el título es un pedazo de papel utilizable en la caza de cualquier puesto de trabajo. En este sentido, es de enorme importancia analizar la condición de los estudiantes trabajadores.

Después de haber analizado y rebatido el rol del autoritarismo académico las distintas comisiones de estudios han comprobado como los libros pueden ser tan autoritarios como los docentes. La orientación que ha prevalecido ha sido, por lo tanto, la de una crítica radical al culto del libro y a la «veracidad» libresca, privilegiando el recurso a la discusión y la confrontación con los «expertos».

La universidad y la ciencia: de la investigación científica sale a la luz, sobre todo, el aspecto de la organización burocrática (sometida a líneas precisas de dirección política) sobre la cual se apoya. Se critica duramente la función ideológica de la investigación científica, tanto como instrumento para garantizar a los miembros de la organización una colocación privilegiada, que como medio para imponer a la sociedad la ideología de la inevitabilidad de la división de clases (la necesidad de los expertos). El movimiento estudiantil de las facultades técnico-científicas tiene que encontrar, mediante el contacto con las fábricas y las clases obreras, un terreno de estudio para sus decisiones: en el sentido de preparar a los técnicos para que no sean «funcionarios» del capital.

Las luchas, la base y las direcciones estudiantiles: según Viale, las direcciones han mostrado un constante retraso con respecto de la voluntad de lucha de la base estudiantil. Esto se da debido a tres errores: 1) «considerar que es tarea del "líder" interpretar las actitudes «de la base», en lugar de presuponer que el líder sólo puede cumplir las decisiones con mayor claridad y determinación que el resto; 2) considerar que la asamblea es libre sólo cuando está en condiciones de realizar una elección entre distintas alternativas; en una sociedad basada en la opresión, la libertad no se realiza en el ejercicio de la elección; las alternativas no son nunca diferentes y la asamblea realiza su propia cohesión y encuentra unidad solo cuando encuentra el camino que le permite sustraerse a las condiciones que caracterizan la «normalidad»; 3) creer que es posible extraer de la asamblea un sector más maduro, aislándolo de la masa que todavía no está «iniciada», dividir a los dos sectores y tener con cada uno de ellos discursos diferentes («revolucionarios» primero, «reformistas» segundo).

Como se puede constatar, el documento ponía en movimiento muchas temáticas —a pesar de esta rápida síntesis— y sirvió de base para muchas discusiones y asambleas. Pero se afirmaba un principio general: ya no se luchaba «dentro» de la universidad, sino «contra» la universidad y sus estructuras organizativas.

«Ya no nos escapamos»: la batalla de Valle Giulia

El compromiso de los jóvenes líderes surgidos del nuevo movimiento estudiantil es frenético, apasionado y a tiempo completo. Largos y extenuantes viajes, en tren y en vehículos de pequeña cilindrada, de una universidad ocupada a otra con el fin de asegurar la información y la socialización de las luchas. Las inteligencias agitadoras de la contestación son perfectamente conscientes (lo escriben también en noviembre de 1968: *Materiali per una universitá crítica* [*Materiales para una universidad crítica*] en los *Quaderni Piacenti*) de que los problemas puestos sobre el tapete están ligados al desarrollo y a la coordinación de las luchas, al posible «exceso» de intervención ideológica de los grupos externos a la universidad que determinan, de nuevo, una fractura entre dirigentes y militantes de base; el riesgo de una institucionalización reformista de la contestación.

En la universidad de Roma las luchas comenzaron en la Facultad de Letras y fueron hegemonizadas inicialmente por los grupos marxistas-leninistas preexistentes. Los ecos de las elaboraciones teóricas de Trento, Pisa y Turín contribuirán a modificar la situación. Las intervenciones de enero de 1968 de Bobbio y Rostagno rompen la lógica vertical y parlamentaria, subrayan la necesidad de priorizar el crecimiento del movimiento antes que la especificación de una ideología abstracta que inevitablemente desarrollaría una acción de freno con respecto de la agitación. También en este caso la contradicción entre espontaneidad y organización permanece irresuelta. El análisis de Franco Fortín definía la cuestión como «un problema de nuevo tipo en nuestro país en el curso de los últimos veinte años. La contradicción entre una visión política de minorías (no limitada por el conflicto con las autoridades académicas ni a una vaga protesta) y el instrumento necesario para iniciar la intervención»,[7] continuará manteniendo toda su validez.

En todo caso en la situación romana, como en muchas otras, se supera la práctica de la asamblea. Los estudiantes se articulan en consejos o grupos de trabajo. Se plantean así los motivos de la autogestión de la lucha y del rechazo del poder, que comportaba la superación de los propios grupos

---

[7] Franco Fortini, *Il dissenso e l'autorità*, en *Quaderni Piacentini*, num. 34, 1968.

ideológicos externos radicados de forma fuerte en la realidad estudiantil romana. Por extensión, la crítica a los partidos de la izquierda tradicional se califica como una profundización ulterior del principio del rechazo del poder, que asume una precisa connotación de método revolucionario, después de la necesaria travesía a través del rechazo de la «autoinstrumentalización», identificada como una forma de poder interno opuesta a la línea de masas.

La «línea de masas» será también la cabeza de puente de una serie de documentos políticos de Potere Operaio que serán publicados sucesivamente.

El 28 de febrero el consejo de la Facultad de Letras acepta hacer exámenes en la facultad ocupada; los estudiantes imponen los «exámenes a la par», caracterizados por la publicidad, por la posibilidad de rechazar la nota, por la firma del libro de actas con la nota asignada, por la discusión publica de la nota con los examinadores y con los estudiantes presentes. Este tipo de exámenes dura una mañana: el rector D'Avack les niega legitimidad y llama a la policía, que expulsa a los estudiantes de la ciudad universitaria; el 30 los estudiantes deciden volver a ocuparla y se concentran en los alrededores de la universidad. Al primer intento de movimiento en la manifestación se desencadena el enfrentamiento entre la policía y los estudiantes. Un enfrentamiento violento, imprevisible en relación con los comportamientos estudiantiles precedentes.

El enfrentamiento pasará a las crónicas como la «batalla de Valle Giulia», convirtiéndose en punto de referencia para los estudiantes de todo el país. «Este día no sirve para nada» comentaron dos observadores atentos del movimiento, Oliva y Rendi, «no conduce a nada, las personas más responsables del movimiento son las primeras en reprobarlo, sin embargo ofrece una nueva dimensión de la realidad: es la primera vez desde 1960 que la larga mano armada de la opresión gobernativa [...] se ve enfrentada, y no por el brazo de los obreros, ni tampoco por la organización de los partidos».[8]

Así recuerda aquel episodio Oreste Scalzone que estuvo entre los protagonistas del movimiento romano:

---

8 Carlo Oliva y Alberto Rendi, *Il movimento studentesco e le sue lotte*, Feltrinelli, Milán, 1969.

El '68 fue para nosotros el final del minoritarismo, la salida de las catacumbas. La libertad de representación de una cuasi revolución. Antes éramos marginales subalternos, obligados a buscar el enfrentamiento con el Estado por medio de la interposición personal, encontrándonos siempre frente al Estado-PCI, el Estado-sindicato, sin poder llegar nunca a autogestionar luchas independientes y autónomas.

La libertad eran las asambleas de masas en la universidad. La libertad era decidir hacer una manifestación y encontrarnos miles en la calle. La libertad, era no tener un cuartel general al que obedecer, o desobedecer.

La libertad comenzó una mañana de febrero, una manifestación interna que se desparramaba por la Facultad de Letras y una gran asamblea al final, en el aula magna, donde se discutía de todo, el poder estudiantil y la Guerra del Vietnam, el gobierno Moro y la reforma 2314 y la ofensiva del Tet […].

Cuando salimos como una riada atravesando las puertas de nogal, la facultad estaba ocupada. La ocupación era como un hormiguero misterioso, como si todos circularan sin una aparente construcción común pero en la que todos juntos constituían un gran laboratorio, una colmena tomada por una feroz laboriosidad.

No recuerdo si comenzamos enseguida los contra-cursos. Recuerdo que el pretexto de la asamblea había sido el vaciamiento del ateneo de Florencia reclamado y obtenido por el rector Devoto. Como suele suceder, aquella decisión había colmado el vaso, el movimiento se transforma en marea.

Recuerdo que esto fue, para mi y para Lucia —estábamos juntos desde hacía unos meses—, el inicio de una vertiginosa fiesta. Se sucedían una asamblea tras otra, colectivo tras colectivo. Seguíamos el hilo rojo y los recorridos de las ocupaciones, como un juego de Monopoli. La universidad era al mismo tiempo ágora y cruce de vías, en cierto sentido extraterritorial. La universidad ocupada era también punto de agregación de los nuevos inmigrantes —los pendulares, los que estaban fuera de casa como nosotros […].

Había comenzado a ser uno de los que más hablaban en las asambleas, había tomado la palabra en un enorme *meeting* en el Palacio de Deportes.

¿Qué se pretendía? Que cambiara todo —que las universidades fueran autogestionadas, que no hubiera selección […] que los vietcong ganaran, que los contenidos de la cultura cambiaran, que quedara en pie este extraordinario movimiento que trasformaba radicalmente nuestra cotidianidad.

La libertad era la mañana de Valle Giulia. Habían cerrado la facultad de arquitectura que estaba por lo tanto en manos de la policía. Durante la noche, en la reunión del comité de agitación de la universidad decidimos que iríamos a recuperarla. Nos despertamos temprano y fuimos, orgullosos

> de haber puesto en pié un embrión de servicio del orden (tenía como contraseña el distintivo de la Roma, que había ganado aquella mañana). Llegamos a esa escarpada verdosa y comenzamos a tirar huevos contra policías malvestidos, sorprendidos, acostumbrados a barrer las manifestaciones sin encontrar resistencia. Cuando cargaron, no nos escapamos. Nos retirábamos y contraatacábamos, piedras contra botes lacrimógenos, arriba y abajo por los senderos y los prados de la zona, armados con objetos ocasionales, piedras, listones de madera de los bancos y cosas similares. Algún coche de policía acabó incendiado, y hubo arrestos y golpes para todo el mundo. Un grupo guiado por mí y Maximiliano Fuksas logró entrar a un corredor de la facultad, pero allí estábamos acorraladados, entre dos fuegos, los policías que mantenían una resistencia alocada desde el interior, y los carabineros que llegaban por nuestra espalda. Salimos entre dos alas de carabineros que repartían golpes girando las porras. Una chica se me colgó de la solapa del abrigo, resbalamos sobre la espuma de los camiones botijo, rodamos por la escalera y finalmente salimos de la pesadilla. Cargas y contracargas se siguieron durante toda la mañana y al final, golpeados, sucios, cansados reorganizamos una manifestación hasta Palacio Chigi [...]. Recuerdo que subí al obelisco de plaza Colonna, que después se convirtió en uno de nuestros podios naturales, diciendo: «¡Compañeros, sólo cuatro hileras de policías nos separan de nuestros enemigos!» Los policías abrazaron las ametralladoras, nadie se movió, posteriormente la tensión se disolvió cuando algunos diputados comunistas que vinieron de Montecitorio nos invitaron a ir a la delegación a discutir con ellos. Saliendo, vimos escrito en los diarios de un kiosco: *Batalla en Valle Giulia* [...].

En el transcurso de los incidentes hubo ciento cincuenta heridos entre los policías y muchos cientos entre los estudiantes, pero la policía se había «retirado» muchas veces y la presión de la base estudiantil había guiado el enfrentamiento sin escaparse, oponiendo una resistencia activa.

Algún tiempo después Vitavisia y Pietrangeli compondrán una canción sobre los hechos de Valle Giulia que permanecerá largo tiempo entre los fragmentos cantados en la alegría de las grandes manifestaciones.

Valle Giulia

Piazza di Spagna esplendido día
el tráfico parado la ciudad atascada
y cuanta gente cuanta había
carteles alzados todos gritaban
«No a la escuela de los patrones
fuera el gobierno dimisión» eeh

Y me mirabas con ojos cansados
mientras estábamos todavía ahí delante
pero si tu sonrisa parecía apagada
había verdaderamente cosas más importantes
«No a la escuela de los patrones
fuera el gobierno dimisión» eeh

Once y cuarto delante de Arquitectura
no había todavía razones para tener miedo
y éramos verdaderamente muchos
y los policías enfrente de los estudiantes
«No a la escuela de los patrones
fuera el gobierno dimisión» eeh

Empuñaron las porras
y pegaron como siempre hacían
de improviso después sucedió
un hecho nuevo un hecho nuevo un hecho nuevo
ya no nos escapamos
ya no nos escapamos

El primero de marzo lo lamento
seríamos mil quinientos
y cargaba la policía
pero los estudiantes la echaron fuera
«No a la escuela de los patrones
fuera el gobierno dimisión» eeh

Y me mirabas con los ojos cansados
había verdaderamente cosas más importantes
—Pero que hacés aquí vete
no ves que llega la policía—
«No a la escuela de los patrones
fuera el gobierno dimisión» eeh

Las camionetas los policías
nos dispersaron nos agarraron y nos pegaron
pero que quede claro se sabía
que no es verdad que ahí terminó

ya no nos escapamos
ya no nos escapamos

El primero de marzo lo lamento
seríamos mil quinientos
y cargaba la policía
pero los estudiantes la echaron fuera
«No a la escuela de los patrones
fuera el gobierno dimisión» eeh

«No a la clase de los patrones
no pongamos condiciones» no.

Los efectos de la batalla de Valle Giulia animaron una oleada de entusiasmo y de luchas en todas las universidades italianas (Bari, Nápoles, Cagliari, Milán, Turín, Pisa etc.) y tuvieron también fuertes repercusiones sobre el emergente movimiento de los estudiantes de enseñanzas medias (en febrero, en Milán habían sido ocupadas quince escuelas superiores). Bajo la presión del movimiento y de sectores democráticos, el gobierno liberó a los estudiantes arrestados en el transcurso de los enfrentamientos y dio el encargo al rector D'Avack de reabrir la universidad y de negociar con los estudiantes.

De las misas a las masas: las luchas de la Universidad Católica

La Universidad Católica del Sacro Cuore de Milán es una de las más prestigiosas instituciones educativas nacionales. En sus aulas se formaron personajes que luego fueron ilustres en el panorama político del país. Cuna de la clase dirigente católica, tuvo entre sus estudiantes a «políticos de raza» como Fanfani, De Mita, Gui, economistas como Prodi y Lizzeri, juristas del calibre de Tiziano Treu y Roberto Ruffilli. Gestionada de manera tenaz y autoritaria por docentes de rigurosa moral («las estudiantes tenían que llevar guardapolvo negro y no podían circular en pantalón; en verano a los estudiantes les estaba prohibido mostrar la cintura, así que todo jersey o camisa tenía que ser llevado por fuera de los pantalones»).[9]

---

9 Claudio Rinaldi, *Pater, ave e storia*, *Panorama*, 22 de noviembre de 1987.

Los estudiantes provenían de toda Italia, atraídos por el hecho de que un título obtenido en la Católica era una sólida garantía en el mercado de trabajo. Muchos de ellos eran de familias pobres y llegaron al ateneo gracias a los sacrificios de las familias y de las recomendaciones de los párrocos locales. Las agitaciones estudiantiles se iniciaron el 17 de noviembre de 1967 y tomaron su motivo en la decisión adoptada por el consejo de administración de aumentar las cuotas en un 54%. Para muchos ésta era una obligación insostenible, pero los más privilegiados se solidarizaron también y de inmediato con la protesta. En el clima general de aquel final de 1967, la ocupación de la Católica tiene un lugar de gran relevancia debido a los rasgos de gran originalidad que la distinguen. Efectivamente, en esta situación de lucha se repite la dinámica de contestación a la autoridad académica común a las otras universidades, pero hay además un componente que es relativo a la autoridad y al magisterio de la Iglesia, y que sirve como parada final estudiantil del largo recorrido de los «cristianos del disenso», que se visibilizaron a nivel de masas con Don Milani y sus *Lettere a una professoressa* [*Cartas a una profesora*].

Los líderes de esta contestación son casi todos muy religiosos. Lo es Nello Casalini (que entrará más tarde en la orden de los Frailes menores), lo son también Francesco Schianchi (autor del eslogan «de las misas a las masas»), Luciano Pero y Mario Capanna (que en 1967 escribe un tratado de setenta páginas para convencer a su novia de que las relaciones sexuales prematrimoniales son compatibles con la enseñanza de santo Tomás de Aquino), y es quizás dentro la radicalidad existencial del cristianismo disidente dónde tiene que ser buscada la motivación de algunas de las paradójicas elecciones posteriores.

Durante todo el año académico de 1967-68 se pueden corroborar tres ocupaciones de la Católica (5 de diciembre 1967, 21 de marzo y 24 de mayo de 1968). En las luchas participan la gran mayoría de los estudiantes y en cada ocupación las autoridades académicas reaccionan con el «cierre». Se inaugura así el Largo Gemelli delante de la universidad, la práctica de la ocupación externa: «Se instalaron numerosas carpas en la placita; centenares de estudiantes las presidían día y noche alentados incansablemente por Mario Capanna».[10] Pero la Católica tiene también reglamentos internos muy particulares que promueven la expulsión de sujetos indeseados o amonestados

10 *Ibídem*.

con una suspensión. Entre estos reglamentos el más famoso es el artículo 47 (que fue abolido posteriormente): «El estudiante que, después de una sanción verbal o escrita, persistiera en el interior o fuera de la universidad en una conducta contraria al espíritu en el cual se conforma la Universidad Católica, puede ser invitado por el rector a declarar a que universidad quiere ser transferido [...]. En caso de que el estudiante no declare a que universidad quiere ser transferido, el rector le expedirá la carta de transferencia para la universidad más cercana». Con este dispositivo fueron suspendidos ciento cincuenta estudiantes y de hecho fueron expulsadas algunos militantes de las vanguardias como Pero, Spada y Capanna, que aterrizaran en la Universidad Estatal.

Pero a pesar de esta acciones represivas, las luchas en la Católica prosiguieron en el transcurso de 1968, precisando y tematizando cada vez más los objetivos de la contestación y el papel particular que esta universidad cumple en el panorama cultural italiano. Después de la tercera ocupación los estudiantes publican un largo análisis sobre estas temáticas:[11]

1. Ambigua cualificación de la UC: ¿Institución apostólica o institución cultural?

La actual UC en las estructuras esenciales y como lo quiso todavía el padre Gemelli: una universidad como lugar en el que se pueda construir un sólido edificio de la cultura «católica» (cfr. el manifiesto de la fundación de la revista «Vita e Pensiero», *Medievalismo*). Y la cultura católica, inspirada en los valores de la fe, tendría que haber sido, para los cristianos, el instrumento apostólico capaz de penetrar en la ciudadela laica y convertirla.

A distancia del cincuentenario, las líneas programáticas del profesor Franceschini (actual rector), que aparecieron hace tres años, reproponían mediante un acercamiento muy significativo las mismas preocupaciones. En las líneas programáticas, la UC era parangonada con AC (Acción Católica) y por lo tanto concebida como obra apostólica en sentido estrecho, implícitamente se adosaba a la UC una suerte de «mandato» jerárquico y por consiguiente legitimaba la intervención inmediata de la jerarquía. La UC es obra de la iglesia y como tal debe permanecer; así se viene repitiendo y sabemos que estas palabras quieren decir: «La Universidad Católica

11 *Università Cattolica,* Sapere edizioni, Milán, 1968.

debe permanecer estrechamente subordinada a las voluntades de la jerarquía» (cfr. las distintas cartas polémicas del rector y cuanto escribió el *Osservatore Romano*[12] en los días de la primera ocupación).

Nos parece que el dato fundamental que condiciona las estructuras del la UC es la ambigua cualificación que le es atribuida: tener que ser a su vez institución apostólica e institución cultural.

2. El integrismo cultural como límite de la justa libertad de búsqueda y de la pureza del mensaje religioso

Efectivamente, la convicción gemeliana de un cultura católica a construir y a contraponer a las otras y, aún más, los mandatos apostólicos a las cuales la UC ha sido confusamente destinada, han legitimado la presencia de un riguroso control jerárquico, control que ha revelado gran daño en dos direcciones:

a) Ha impidido sustancialmente, y especialmente en los últimos años, todo intento de búsqueda y de expresión de argumentos considerados «comprometedores» y ampliamente susceptibles de opinión (carta sobre el divorcio, Vietnam, censuras y «Diálogos» etc.)

b) Ha conectado el mensaje religioso a elecciones histórico-culturales precisas, extrayendo del mismo el espíritu universal (cfr. «Gaudium et Spes», n. 58). La reflexión sobre la fe y sobre las relaciones con la realidad mundana peligra con convertirse […] en objeto de fe.

El control jerárquico es más opresor cuando menos están definidas las formas de su intervención. La jerarquía (se ha dicho claramente) es el «dueño de la casa» y el dueño de la casa interviene cuando, cómo y dónde quiere. Ahora bien, no son tantos los casos de represión (si bien se han vuelto numerosos, cfr. n. 3) a pesar del balance cultural de la UC, cuando la *difundida, general y oculta inhibición* consigue un control jerárquico constante, y más que iluminado. Hasta ahora, la jerarquía ha nombrado en el cargo de rector a personas «seguras», es decir, siempre dispuestas a obedecer. Padre Gemelli era un fraile; los dos rectores sucesivos son miembros de la Opera della regalitá, un instituto secular: todos ligados por el *voto* de obediencia. La jerarquía controla todo el aparato administrativo de la UC,

12 Periódico del Vaticano creado en 1861. Es el portavoz público del pequeño Estado pontificio [*N. del E.*].

confiando en sus centros de decisión a los miembros de la Regalitá, los cuales se sienten casi obligados, más o menos inconscientemente, a vigilar el orden constituido y a individualizar a los posibles «candidatos a la herejía», funcionando así, se quiera o no, como un canal articulado de delación. Tampoco hay que olvidarse de que la jerarquía posee canales directos de control: patronato de S. em. G.B. Colombo, arzobispo de Milán, presencia de Mons. C. Colombo, obispo de Vittoriana, presidente del Instituto Toniolo, Sacra Congregazione para la enseñanza católica. Pero sobre el resultado de este control inhibitorio hablaremos en los puntos 4 y 5. Retomemos ahora el discurso sobre el integrismo cultural; que no es sólo causa de esterilidad.

3. El integrismo cultural como instrumento de represión.

El integrismo cultural es un arma cómoda para quien detenta el poder académico. Es fácil dilatar los confines del espíritu cristiano y posteriormente agitar el espantapájaros de la ortodoxia traicionada para liquidar el disenso. Se puede así distinguir, en palabras del rector, entre disenso cristiano y disenso no cristiano. Ahora bien, la ocupación es disenso no cristiano, por consiguiente —concluye— quien la practica o la incita o la aprueba no posee el espíritu cristiano y tiene que ser alejado de la universidad. El rector se ha convirtido en maestro de silogismos. ¿Y por qué la ocupación es una forma de disenso no cristiano? Fácil, porque la ocupación es violencia y el cristianismo repudia la violencia o el disenso violento. Y el rector se apura en citar, casi como dogma de fe, una carta escrita por el arzobispo G.B. Colomba (es la carta del 23 de abril de 1968, sobre la base de la cual fue explícitamente justificado el último acto de represión tomado hasta ahora: la amonestación oficial al presidente del Orsuc, Andreoni, y a los estudiantes Casalini y Dente. Finalmente, gravísimas, las expulsiones de Schianchi y Marchetti).

Pero, se olvida decir que los estudiantes que ocuparon la universidad nunca quisieron ejercer violencia sobre persona alguna; sólo pusieron cadenas en las puertas y atascaron algunas sillas para defenderse de la violencia, mucho más grave, de los grupos fascistas que querían realmente recurrir a la violencia física sobre las personas. El rector se olvida de que la violencia más grave es la violencia contra la justicia; y tal violencia la han ejercido ampliamente las AA. El rector olvida que no se puede basar semejante acusación de heterodoxia (a partir de la cual se deciden las expulsiones de Capanna, Pero y Spada o el alejamiento del Domus del doctor Natoli) con argumentos tan opinables y discutibles en toda la producción teológica actual. Y finalmente, el rector olvida que la ocupación se ha revelado como el *único* instrumento de agitación estudiantil lo que ha obligado a las AA a tomar posición. ¿No ha hablado el propio rector de una «saludable sacudida»? Lamentablemente una

gestión fracasada, como lo es la actual, recurre a esta injuria capaz de enmascarar una incapacidad política sustancial; la libertad de las personas y la vida universitaria pagan las consecuencias.

a) La Universidad Católica debe estar abierta a todos.

Actualmente el que quiera ser admitido en la UC está obligado a presentar una serie de documentos (certificado de bautismo, certificado de buena conducta moral y religiosa, una declaración con la que nos comprometemos a observar las normas del estatuto de la UC), que por medio de unas frases tendrían que calificar nuestra adhesión a la fe católica y por medio de otras nos comprometen en una actitud de vida respetuosa con una «moral católica» no bien definida.

Tales documentos son una insulsa forma de control burocrático, que mientras no prueban bajo ningún aspecto la adhesión de una persona a la fe, en la práctica obstaculizan a quien quiera realizar su compromiso en el mundo según modalidades responsablemente elegidas, pero no compartidas por una parte o eventualmente por toda la jerarquía.

Pedimos, por lo tanto, la abolición de tales documentos y de aquellos obstáculos que se plantean a la posibilidad de acceder a la enseñanza en la UC también a los no creyentes.

Esta reclamación está dirigida a favorecer el ingreso a la Universidad Católica de hombres insignes en la cultura y en la investigación científica, incluso si no son creyentes. Su presencia permitirá el desarrollo la UC como instituto de investigación, por otro lado favorecerá la experimentación de las posibilidades de diálogo entre fe y cultura en la medida en que estará garantizada la presencia de un mayor número de posiciones culturales, es decir, de interlocutores reales, evitando así la contradicción de la actual estructura de nuestro ateneo, que pensando en este diálogo en su interior, impide la presencia personal de exponentes de aquellas culturas con las cuales también debería realizarse el diálogo.

b) La autonomía de la Universidad Católica respecto de la jerarquía.

Ésta es un requisito indispensable en el actual momento histórico, para que se de la libertad de investigación y expresión de la que se ha hablado. En este sentido se dirige la reestructuración del poder de nuestro ateneo: éste debe ser dejado en manos de los laicos a todos los niveles.

Por lo tanto, reivindicamos:

- autonomía del instituto universitario de la jurisdicción de la Sacra Congregazione para la enseñanza católica;
- abolición de los poderes de censura sobre las actividades libres de aquellos que operan en el interior de la UC;
- revisión total del actual estatuto de la UC y, en particular, abolición del artículo 47 del cual se ha visto en varios casos su opinable y equívoco aprovechamiento ideológico.

Como se puede notar ágilmente, la contestación de los estudiantes católicos es sensiblemente más «moderada», se enfrenta con las producciones teóricas análogas de Turín, Trento y Pisa, sin embargo golpea en profundidad la estructura de un feudo católico como el del ateneo de Largo Gemelli.

Mientras se daba la redacción de este documento y la Católica realizaba el enésimo cierre, Mario Capanna coordinando la protesta de otros ateneos ocupados o en lucha, guió una manifestación de miles de estudiantes en Largo Gemelli, en la que estalló una violenta batalla con las fuerzas del orden.

Capanna, que en aquella ocasión fue definido por el *Corriere* como «el héroe de Largo Gemelli», se había insertado ya de forma estable en la Universidad Estatal y gozaba de un amplio prestigio por su habitual habilidad para dirigir las asambleas. En Largo Gemelli contribuye de manera «quijotesca» a calentar los ánimos con la frase, lanzada por megáfono, «Policías, tienen cinco minutos para dispersarse». En el espacio restringido de la placita, los enfrentamientos fueron durísimos, con muchos contusionados, pero también, en aquella ocasión, como en Valle Giulia, los estudiantes lograron, por un cierto período de tiempo, sostener el enfrentamiento.

1968, Milán mágico[13]

Andrea Valcarenghi

Marzo en Milán, después de un desalojo violento de la Estatal, los estudiantes se juntan en la Católica. Este día pasará a la historia como «la masacre de Largo Gemelli». Más de cinco mil estudiantes rodeados por la policía. La tensión a mil. La organización a cero. Pero la fantasía está en el poder, y Capanna el católico empuña el megáfono:

---

13 Andrea Valcarenghi, *Underground a pugno chiuso*, Arcana, Roma, 1973.

¡Policías, tienen cinco minutos para dispersarse!

Nunca cobramos tanto como aquella vez. O bien, no siempre la creatividad y la fantasía van a la par de la preparación militar. Los marxistas-leninistas de los distintos grupitos de los llamados marxistas-leninistas tomaron al vuelo esta estupidez para tratar de aislar a la Católica. Las luchas en la universidad continúan, continúan las acampadas rojas.

Un día girando por la Estatal: entro por el primer piso superior en un aula donde me recibe un olor nauseabundo y asqueroso. Me quedo paralizado.

¡Es hachís!

Nunca entendí si los que estaban en el ángulo fumando eran *hippies* estudiantes o provocadores del *Specchio*. El hecho es que se inicia toda una campaña difamatoria sobre la universidad transformada en una horrenda Babilonia y otras guarradas. Pero como dice el tío Mao: «La burguesía levanta pesadas piedras que están destinadas a caérseles más tarde sobre los pies». Y efectivamente, la propaganda en los diarios amarillistas dio nuevo vigor y fuerza a las ocupaciones: «[…] y los dos maoístas, rompiendo el crucifijo del aula, se nos acoplaron envueltos obscenamente en una bandera roja […]». Bonito, ¿no? Lástima que nos apareásemos poco a pesar de la propaganda del *Specchio* y similares. Lástima.

En compensación había un enorme follón de banderas rojas. También pan caliente por la mañana, a las siete, para el piquete decaído por la velada nocturna. Lo que empezaba a faltar era una línea política. Justamente mientras las cosas languidecían y las asambleas se reducían a doscientos o trescientos aficionados llega, expulsado de la Católica, el trío de copas que hará que todo reviva: ¡Pero, Spada y… Capanna!

Pero Capanna no se hace notar, antes que nada elabora, todo lo contrario de Spada que con su bufandota roja está destinado a cumplir el papel de presidente-moderador en las asambleas. Pero es Capanna, el guapo tenebroso, quien con su carisma natural abre paso. Su manera de hablar «proletaria» barre todos los prejuicios hacia Mario «el católico». En la primera asamblea de la Estatal, toma la palabra y en toda el aula magna se escucha murmurar: «Llega el cruzado prófugo». Pero cuando termina su discurso, hay dos mil personas de pié haciendo plas plas.

El 8 de junio en una reunión reducida, el Movimiento estudiantil decide anunciar un proceso público y una manifestación durísima contra *Il Corriere della Sera* reo de haber organizado una campaña difamatoria contra el movimiento y la contestación. Nos encontrábamos en la casa de Marina, estaba Falce martillo, el PCD'I, el Movimiento estudiantil, el

Sisso, con su fijación militar: una docena en total. Era necesario decidir la modalidad del asalto [...] había que abandonarlo, porque el anuncio del ataque al *Corriere* [...] había llegado ya a la prensa y había sido difundido públicamente en el curso de una asamblea general. La comunicación fue recogida incluso por el *Gazzettino Padano*. Por lo tanto, decidimos escoger un plan que previera un método de ataque distinto del tradicional. Y éste permaneció en secreto hasta el último momento. La policía y el *Corriere* esperaban: concentración-marcha-ocupación. Así mientras la dirección del *Corriere* se reunía para decidir como impedir la ocupación y la prefectura mandaba telex para pedir refuerzos, nosotros decidíamos bloquear el paso de las camionetas de reparto del diario, se iría a la escena con palos. Todos los compañeros encargados deambularon durante algunos días por los alrededores de vía Solferino, mapas a mano para señalar las calles adyacentes al *Corriere*, y para señalar las comisarías, los trabajos posibles para crear depósitos de piedras, el recorrido de las camionetas que se dirigían a la central y al aeropuerto de Linate. Estaba a punto de comenzar lo que los diarios llamaron la «Batalla de vía Solferino»: tres mil estudiantes contra cinco mil policías.

El comicio-proceso de la Lavaggi dura dos horas. Desde las 21:00 a las 23:00 aproximadamente. La plaza del Duomo está completamente rodeada por cascos azules y por policías. Son muchos los que creen que no se hará nada más. De los tres mil presentes buena parte renunciará a la manifestación. Hasta el último momento no se sabe la decisión de los grandes jefes, pero al final Marina termina con una previsible condena: *¡Cerrarle la boca al Corriere della Sera!* Nos movemos en columnas, parecemos poco convencidos cuando pasamos entre dos alas de caribinieri maliciosamente sonrientes, con una completa disposición para la guerra. Se marcha hacia vía Solferino con un nudo en la garganta. De hecho, por primera vez los eslóganes son raros y poco seguidos. De esto se dio cuenta hasta la policía que a través de la radio (captada por un compañero) se expresa así: «Central estamos siguiendo la manifestación, parecen indecisos [...] entramos ahora en vía Turati [...] están divididos [...] a distancia [...]».

Efectivamente, se marcha en cuatro columnas distanciadas unas de otras por doscientos metros aproximadamente; la policía había interpretado esta división como una escisión política dentro de la manifestación. En efecto, cuando se llega a Largo Treves, frente a vía Solferino una columna desemboca en vía Statuto, otras dos se dirigen a Plaza San Marco y a Largo La Foppa, la última se detiene en Largo Treves. Mientras la radio de la policía exultaba «[...] se dispersan, se dispersan [...] renuncian a atacar» [...] *NOSOTROS ESTÁBAMOS RODEANDO al hermanito de Springer, el coloso de la información mistificada alemana.* Yo estoy

en la columna que por la calle Statuto se estrecha en Largo La Foppa. Debíamos tener de todo: las cadenas para unir los coches en medio de la calle, bengalas de señalización, canicas para obstaculizar las cargas de los maderos. La cuestión es que a pesar de la buena voluntad no somos todavía verdaderos militares.

Poco antes de la operación Saracino es «atrapado» en la plaza del Duomo con un coche cargado de material: gasolina y de todo. Este imprevisto hace, por ejemplo, que nuestro grupo permanezca sin bengalas de señalización y el grupo de San Marco sin cadenas para poder hacer barricadas [...] éste será el eslabón débil de la cadena. A las 23.20 horas un rayo luminoso sale de Largo Treves y estalla en el cielo: es la señal. Cinco o seis comenzamos a poner coches en medio de la calle. Alguno de los que no sabe nada del plan no está de acuerdo, no entiende. Un idiota me llama por el apellido. En poco tiempo todos se ponen en situación y los carabinieri alineados a veinte metros parecen sorprendidos, pero no intervienen. Un funcionario de civil habla por radio, probablemente pide instrucciones. Pero en unos minutos la barricada está hecha: cinco coches encadenados por los parachoques y nosotros detrás preparando las botellas. La orden era NO tirar a los policías. Las botellas tenían que servir para incendiar las barricadas y retardar las cargas de los maderos, cubrirnos la fuga y tener tiempo para reconstruir una segunda barricada con los coches que estaban detrás y así sucesivamente. DE LA VÍA SOLFERINO HASTA EL CENTRO, TODO DEBÍA SER PASADO POR HIERRO Y FUEGO, ASÍ EL *CORRIERE* NO SALDRÍA A LA CALLE. Y en ese momento la carga: justo mientras un correo en moto nos comunica que habían sido abiertos todos los frentes de lucha menos el nuestro, se ve avanzar a la pasma girando las bandoleras. Son pocos, unos cincuenta y quizás por esto dudaban. Detrás de los coches sale una ráfaga de piedras salidas quien sabe de donde.

Viva la espontaneidad de las masas.

Así ganamos al menos diez minutos: los carabinieri se repliegan a la espera de lacrimógenos, estamos obligados a abandonar la primera barricada en llamas. Cuando los primeros policías logran sortear el obstáculo se encuentran aún en una zona caliente: el primer pelotoncito tropieza con un mar de canicas de vidrio desparramadas por el piso. Son tres o cuatro minutos preciosos que nos sirven para construir una segunda barricada en la entrada de la calle con los bastiones. Los coches tienen todavía cadenas y después detrás de nosotros hay una obra con toda clase de cosas. Aquí también la creatividad de las masas hace que cuando asoman los primeros cascos gris verdoso, partan desde la obra una salva de ladrillos y similares. Un correo motorizado que viene desde la plaza de la República nos comunica que el «S. Marco» está en dificultades por falta

de armas y que en cambio el «Vía Moscova» había recibido una carga a sus espaldas y que se había desviado por la calle Brera donde desde Largo Treves habían retrocedido radialmente, hasta alcanzar Corso Garibaldi. Los focos del incendio en ese momento son seis: Solferino, Brera, San Marco, Moscova, Garibaldi, Vía Legnano. Pero se trata de una continua multiplicación de barricadas y de enfrentamientos. La policía ya no sabe donde ir, como poner freno. La defensa del *Corriere* que había sido tan cuidadosamente preparada, iba a ser superflua desde el momento en que no se trataba de un asalto, sino de cercarlo a distancia. *¡Astucia de guerra!* En la práctica, la policía y los carabinieri, estaban obligados a mantener una posición defensiva en el intento de romper el cerco.

Efectivamente *il Corriere della Sera* está ya listo en las camionetas. Es la una y media, estamos bloqueando la edición destinada al centro de Italia. Ciertamente, no puede durar mucho, de hecho las columnas de los boinas azules que estacionaron en el Duomo convergen hacia nosotros. Pero nuestra ventaja es que estamos divididos en muchos frentes en pequeños grupos mientras que ellos se mueven todos juntos y obviamente son más lentos. Estamos descubriendo la guerrilla urbana, la lección del Mayo francés. La batalla dura casi cinco horas. Hasta las cuatro de la mañana estuvimos combatiendo al batallón de Padua, el Terzo Celere de Alessandria, los mejores, especializados en el apaleamiento de los obreros.

Ciertamente no fue una victoria completa. *Il Corriere della Sera* recubierto por telones de gasa plástica anti piedras, que la dirección había adquirido después de la declaración de guerra, no había sido conquistado. Y los diarios, en camioncitos anónimos cubiertos por una mano de barniz sobre la leyenda *il Corriere della Sera*, salieron a las cinco de la mañana, reconocibles por el inhabitual despliegue de fuerzas que los acompañaban a lo largo del trayecto. Pero por lo menos habíamos logrado procurarle CUATRO HORAS DE RETRASO. Después pagaríamos la inexperiencia, la falta de madurez que teníamos entonces. Después, al alba, extinguidos los enfrentamientos, los compañeros en lugar de irse a la casa se quedaron vagando y curioseando. Una curiosidad que, como el 11 de marzo de 1972, se pagó cara. En efecto, entre las seis y las siete de la mañana hubo más de trescientos cincuenta detenidos: en las redadas callejeras, buscados en bloques de viviendas, capturados eufóricos, en el rectorado de la Estatal. No sabíamos aún demasiado y tendrían que pasar cuatro años más para que todos los compañeros aprendieran la lección, es decir, cuando el 12 de diciembre de 1972, por primera vez después de cuatro horas de enfrentamiento, la policía detuvo sólo a dieciocho compañeros.

¿Los diarios de derecha? ¡Están bien, nos parecen bien! Al día siguiente la prensa arma un lío sin precedentes. Los diarios moderados hablan de manifestación estudiantil de protesta atacada por la policía, los diarios de derecha nos llaman estudiantes extremistas, filo chinos, guerrilleros urbanos. GUERRILLA, MOTÍN, REVOLUCIÓN. ¡Estas son las palabras justas! Los moderados en cambio minimizan. ¿Piedras? ¿No? ¿Bengalas de señalización? ¡Pero venga si son unos chavales! *Los moderados no nos satisfacen.* Y nosotros nos quedamos molestos.

«Los diarios de derecha con su estupidez a menudo son nuestros mejores aliados» (Jerry Rubin)

La manifestación en la «Scala»

Llovía a cántaros. Desde la Estatal nos movíamos casi setenta personas con Mario a la cabeza, siempre cubierto de negro. Llegamos a la plaza Scala y nos encontramos con una barricada de maderos que hubiera desanimado hasta al loco temerario que osó atacar a la policía en Largo Gemelli. La cosa se resolvió con un lanzamiento abundante de huevos frescos y con un discurso de efecto de Capanna que con el megáfono en la mano se dirigió a los policías alineados, impávidos bajo la lluvia: «[…] Os preguntáis porque estamos aquí protestando contra esta exhibición del lujo, de desprecio de la miseria en la cual está la mayor parte del pueblo italiano […] porque los estudiantes son vecinos y solidarios con el proletariado que sufre y trabaja […] pero ahora somos nosotros los que os pedimos a vosotros, arrancados de vuestras casas, que estáis obligados a abandonar la tierra donde nacisteis para servir al gobierno que os hace pasar hambre y que ahora estáis obligados a estar aquí delante de este templo del lujo, bajo la lluvia defendiendo a estas cuatro putas enjoyadas […]». No se veía bien hasta que punto era lluvia el baño que humedecía los ojos y las mejillas de muchos agentes alineados a pocos metros nuestros. Yo no logro entender porque un oficial de los carabinieri viene hacia nosotros y nos intima a irnos. Capanna será denunciado por instigación e incitación a la rebelión.

El estudiante proletario

Naturalmente como hemos visto en los capítulos anteriores, el recorrido de la toma de conciencia en temáticas tan complejas fue mucho más que simple y lineal; las contradicciones internas en el movimiento de los estudiantes no cesaron nunca de existir, dando lugar a éxitos contradictorios.

Es indudable que si se excluye la radicalización teórico-metodológica de la experiencia de Trento y Pisa, lo que caracteriza la primera fase de las luchas del movimiento estudiantil (las ocupaciones de 1967 y en parte las de comienzos de 1968) «es la reivindicación de autonomía, la temática antiautoritaria. El problema de los contenidos del estudio y de la didáctica es visto como un problema de "respeto" a la autonomía de los estudiantes y a la propia institución universitaria por la ingerencia de la industria [...]. El nexo formación cultural-relación de producción capitalista es visto como una pura y simple "ingerencia", como una "violación de la autonomía"».

Como hemos visto en los documentos de la ocupación de Palacio Campana, aunque esto valga para muchas otras universidades, los estudiantes rechazan el papel «predeterminado» que les asigna el sistema. Contestan que «la salida típica del licenciado sea la de técnico industrial» y por lo tanto la sustancial colaboración con el sistema dominante sin poder incidir en su propio derecho de elección. De alguna manera piden ser «desenganchados» de una programación de su existencia realizada completamente desde «arriba», una reforma profunda de los contenidos y de los métodos de enseñanza, teorizando el derecho a luchar por la «construcción de una sociedad socialista aunque sea limitada a un sector particular».

No hay duda de que temáticas de este tipo, tanto más disruptivas en la medida en que estaban relacionadas con el atraso del cuadro político, podían ser «recuperadas» en un breve período de tiempo, ya sea por las fuerzas reformistas ya por las inteligencias neocapitalistas transformándolas en un «motor» apto para la modernización y la «revolución» exclusivamente cultural del mundo universitario. El rechazo inicial por parte de la mayoría estudiantil de «considerarse fuerza de trabajo en formación»,

parte material del proletariado, y la incapacidad para organizar un discurso acabado sobre la fuerza de trabajo técnico-científica son componentes orgánicos de los inicios del movimiento estudiantil y en cuanto tal representan el alma burguesa y reformista de este movimiento.

Pero una hipótesis rica debe contrastarse, y ésta está representada por otra historia, subterránea, clandestina, agotadora. Arrancó de julio de 1960, con los «chicos de los jerseys a rayas», atravesó el gran episodio de ruptura de los «hechos de plaza Statuto», se cruzó frecuentemente con el ciclo de luchas del obrero de masa y con su búsqueda de estrategias «autónomas de clase». Minorías de masa habían luchado en la calle en solidaridad con los pueblos coloniales oprimidos y por medio de revueltas dentro de las ciudadelas del capital. Habían expresado formas de rechazo radical a los modelos dominantes a través de las experiencias *beat* y *underground*. Se habían hecho más complejas y se habían dotado de un eficaz bagaje teórico a través de las experiencias de los *Quaderni Rossi*, *Classe Operaia* y *Quaderni Piacentini*, contribuyendo a la formación de los cuadros militantes obreristas en el Véneto, Piamonte, Toscana, y de los marxistas-leninistas, especialmente en Milán y en el Sur.

En los grandes *hinterland* metropolitanos y en la inmensa y desconocida provincia italiana había crecido una generación de comportamientos espontáneos tendencialmente transgresores, de los que «hasta ese momento, nunca se había evaluado la presencia política y la pertenencia social al proletariado: jóvenes marginados por el desarrollo, obligados a una condiciones de miseria en lo que se refiere a las perspectivas de vida, a menudo también en lo que refiere a las condiciones materiales; éstas últimas tanto más insoportables cuanto más tiende a solicitar el desarrollo del neocapitalismo la expansión de la demanda interna y la extensión de las necesidades».

Este sector proviene tanto de familias proletarias como de la pequeña burguesía empleada, proletarizada. Ha llegado a la universidad a costa de enormes sacrificios humanos y económicos, o está a la espera de entrar en la universidad, poblando las aulas de los institutos técnicos y comerciales.

> [En 1967-1968 es cuando] comienza a aparecer la figura del estudiante-proletario, obligado a aceptar relaciones de trabajo temporal y mal pagado con el fin de poder sobrevivir en la gran ciudad, alojado en los barrios lum-

pen proletarios del centro junto con los emigrantes del sur o en los barrios obreros de la periferia, comienza a experimentar formas colectivas de existencia, de vida en común, de división de la habitación y del salario (en este caso como «condición» material y no como elección por el «rechazo» típica de las experiencias de los *beat*) que aceleran la homogeneización del movimiento y su proletarización subjetiva.

Estas dos historias paralelas desembocan aparentemente en el movimiento estudiantil, en el estallido de las luchas del '68.

El componente estudiantil mayoritario en las luchas del '68 determina los contenidos explícitos del movimiento pero, en aquellos contenidos y bajo la superficie de las motivaciones explicitas del movimientos estudiantil presiona todo un conjunto de reivindicaciones y de tensiones.

En la base de la revuelta de los estudiantes antiautoritarios, sobre todo en la primera fase de las agitaciones, está el terror a las fábricas. La fábrica es percibida como el destino inminente que la planificación capitalista prepara para la fuerza de trabajo técnico-científica. Frente a este destino el intelectual reacciona invocando, antes que nada, los valores humanísticos que la fábrica pisotea y destruye, y los reduce a lo que son en realidad: formas vacías útiles solo para ocultar la subordinación real de los hombres al proceso de acumulación. La reacción de los estudiantes frente al proceso inminente de proletarización es una respuesta sustancialmente democrática y humanística. Pero perdedora. La fábrica va engullendo inexorablemente a la sociedad, y con ella al trabajo intelectual.

En la base del comportamiento de los estudiantes-proletarios, de los jóvenes desocupados, de los estudiantes fuera de casa, coexiste de hecho un idéntico rechazo de la fábrica que está materializado en una memoria de clase, en la constatación de que ni siquiera la escuela, la universidad son instrumentos de emancipación de la propia condición de clase y de la condición subalterna. Esta tendencia lleva dentro de sí las luchas estudiantiles la propia miseria material, las necesidades de clase, la violencia de las exigencias, el rechazo de las mediaciones culturales.

«A esta tendencia le cuesta tomar forma y sobre todo tener una expresión clara, una voz homogénea. La única forma en la que se manifiesta parece ser —durante la primavera del '68— la permanente búsqueda de radicalización en el plano del enfrentamiento. Esta tendencia que no se deja reducir al proyecto "contestación —cultura, crítica— renovación de

la institución" aparece en la calle, acepta los enfrentamientos con la policía, construye los primeros y rudimentarios molotov, realiza actos destructivos en el interior de las aulas universitarias que a los estudiantes contestatarios les gustaría renovar en lo que se refiere a su orden y limpieza, rechaza a menudo la lógica democrática de la asamblea para realizar acciones aparentemente minoritarias pero capaces de provocar saltos decisivos en el movimiento». Frecuentemente encuentra su soporte teórico en la práctica y en la cultura política de los intelectuales, obreristas y marxista-leninistas, si bien cruza su propia experiencia con la revuelta existencial y antiautoritaria.

«Estas dos tendencias no se pueden identificar mecánicamente con representaciones organizadas (aunque el ala reformista a menudo se refiere o busca un diálogo con las fuerzas democráticas y los grupos reformistas ligados al PCI, o a la izquierda católica, mientras que el ala extremista se refiere frecuentemente a los embriones de los grupos revolucionarios), estas tendencias se entrecruzan durante todo el '68». A menudo se mezclan en el curso de las ocupaciones contribuyendo a modificar las posiciones de los líderes contestatarios. Seguramente el empujón ejercido por el componente radical contribuye a hacer imposible el proyecto capitalista de recuperación de las luchas con una función modernizadora. Contribuye a hacer real, ya nunca «oculta», la verdadera cuestión puesta sobre el tapete: «El problema de la formación de un movimiento global de lucha en el cual fuerza de trabajo obrera, fuerza de trabajo técnico-científica, fuerza de trabajo en formación se mueven en un único proyecto de luchas salariales y en contra de la organización del trabajo. En este sentido el proceso de asimilación subjetiva del movimiento de los estudiantes en las luchas obreras es provocado y favorecido por la existencia de aquella tendencia estudiantil que, aún siendo inicialmente minoritaria y escasamente capaz de expresarse, hace inútiles todos los esfuerzos de la tendencia oficial reformista y contestataria de dar una salida positiva a la crisis de la universidad».[14]

---

14 Las citas están tomados de «Lotta di classe a Milano: Operai, studenti, impiegati», *Quaderni Piacentini*, num. 38, 1969.

«Un puñal en el corazón de la ciudad capitalista»

El 28 de noviembre de 1968 partía de la casa del estudiante de Viale Romagna una manifestación de estudiantes de la Ciudad de Estudios que se unía en el centro de Milán con otras manifestaciones provenientes de la Estatal, de la Católica además de miles de estudiantes de enseñanza media». El objetivo de la manifestación era ocupar el establecimiento del ex hotel Commercio en plaza Fontana «detrás del Duomo, frente al Episcopado, cerca del teatro Scala, el palacio comunal, la prefectura, la comisaría [...] en el corazón del centro histórico de la ciudad». Los motivos de la ocupación eran citados con claridad en un panfleto distribuido por los manifestantes. En éste se explicaba la grave situación de los estudiantes trabajadores y de los fuera de casa y en particular el hecho de que trescientos de ellos habían sido reexpedidos de la casa del estudiante de Viale Romagna por falta de espacio.

Con la ocupación del ex hotel Commercio toma forma visible y se proporciona contenidos propios al componente proletario del Movimiento estudiantil. En la crónica que hará Giuseppe Natale (más tarde comprometido sindicalista de la escuela) en *Quaderni Piacentini* se analiza el funcionamiento de la ciudad capitalista: «El plan regulador prevé racionalizar el centro histórico en lo que ya es: centro de dirección política, administrativa, cultural: el cerebro de la ciudad capitalista. [...] El plan es la racionalización clasista de la ciudad. Se da la misma lógica que en la fábrica: la ciudad es dividida en sectores: chabolas, monstruosos bloques populares, viviendas respetables, las de lujo, tantos vestidos distintos para los paria, para la clase trabajadora explotada, la clase media, la alta burguesía: todo está urbanísticamente "bien" distribuido, todo debe girar en torno al centro que debe ser habitación de los botones y paraíso burgués. [...] Todo esto lo "hemos descubierto" el 28 de noviembre. Estábamos en Viale Romagna, en la Ciudad de los Estudios, nuestro sector de la Milán-fábrica, pero no conocíamos, al menos no muchos de nosotros, otros sectores, y mucho menos el sector central: el cerebro y el corazón de este organismo monstruoso. La política de marginación de las casas de estudiantes, la división de los estudiantes entre los de las facultades científicas y los de las de humanidades, etc., todo esto había ya sido comprobado durante las luchas de 1967, en la casa de Viale Romagna, pero se permanecía en los

límites del corporativismo, de la reivindicación sindical, sin salida política. Este año, por el contrario, no proyectamos hacia fuera, *se ponía la mano sobre la ciudad*».

Un análisis sobre la ciudad de este tipo está claramente influido por los contenidos de las luchas de la Facultad de Arquitectura que, desde 1967 y en la búsqueda de una maduración política propia fuera de la universidad, se movía con el fin de conectarse «con los problemas del territorio (problema de construcción, urbanístico, de planificación territorial y por consiguiente —en superficie y en conclusión— el problema de la vivienda obrera en el ámbito de una metrópolis como Milán)». Una temática típica del «reformismo avanzado», que por lo tanto es hecha suya por parte de los «estudiantes proletarios» y los fuera de casa, pero con un salto político cualitativo que anticiparía algunas decisiones futuras. «En efecto, en el panfleto de la ocupación se denuncia: "En Milán hay 2.300 camas para más de 20.000 estudiantes fuera de casa. Más de 1.800 tienen rentas superiores a las 60.000 liras al mes y algunas llegan incluso a las 110.000 liras; de las 2.300 camas sólo 900 son estatales". En 1967 la lógica de la lucha era todavía legalista, la reclamación. Pedimos una nueva casa y un nuevo comedor [...]. Desde el 28 de noviembre de 1968 el principio justo de la lucha es el de *TOMAR*, no pedir, *AQUELLO QUE NOS CORRESPONDE POR DERECHO*. Hoy se ha adquirido el principio de que *REBELARSE ES JUSTO*, y que todo puede y debe ser criticado [...]. La lucha de nuestros 300 compañeros es la lucha de todos los estudiantes.

Las reacciones de las autoridades municipales fueron desconcertantes, cogidas desprevenidas, acabaron por adoptar una política de la espera. La prensa burguesa, incluso la menos progresista, se limitó a constatar la opinión de algunos (!) universitarios "descontentos", mientras el alcalde socialista prometía ir al encuentro de sus más urgentes necesidades».[15]

El ex hotel Commercio se convirtió rápidamente en la mayor «comuna urbana» de la ciudad y probablemente de Europa. A los estudiantes se les unieron rápidamente muchos jóvenes trabajadores inmigrantes, pero también muchos exponentes del área de la contracultura. Los espacios internos se hicieron habitables con la contribución y la colaboración de

---

15 Las citas están tomadas de Giuseppe Natale, «L'occupazione dell'hotel Commercio a Milano», *Quaderni Piacentini*, num. 37, 1969.

cooperativas comunistas del UDI (Unione donne italiane, del área del PCI) y de los organismos de base del ATM. El Commercio se convirtió, también, en un importante punto de referencia y de agitación política con las inevitables contradicciones derivadas del «exceso» de riqueza de los distintos componentes. Sin embargo, durante una larga fase (las ocupaciones durarán hasta finales de julio de 1969) el componente de «masas» se esforzará en extender el modelo de lucha y de intervención en muchas otras situaciones. Tomando contacto con la naciente Unión de inquilinos, con los desalojados del barrio Isola-Garibaldi, interviniendo en el gueto-dormitorio de Cinisello Balsamo, complejizando el contenido de la lucha de la casa del estudiante de Viale Romagna y relacionándose con el nacimiento de los Comités Unitarios de Base en las fábricas.

La riqueza de esta situación determina, también, una sólida profundización de carácter teórico en el seno del movimiento estudiantil. En un documento producido durante la ocupación se afirma: «La acción de plaza Fontana tiene como protagonista central a los estudiantes-trabajadores y a los trabajadores-estudiantes. Ésta es la nueva figura que está eliminando, de hecho, las distancias y la exterioridad del mundo del trabajo con respecto del mundo del estudio. Mientras los estudiantes a tiempo completo toman sobre todo conciencia de la alienación cultural, el estudiante trabajador y el trabajador estudiante experimentan la explotación y la alienación del trabajo y del estudio. Los organismos represivos de la escuela […] tienen la tarea de reducir al estudiante a mercancía en venta en el mercado capitalista. El estudiante a tiempo completo experimenta ese proceso de "mercantilización". El estudiante trabajador y el trabajador estudiante son ya mercancías. […]. Sobre la potencialidad subversiva de la masa, cada vez más numerosa, de estudiantes disconformes es sobre lo que se decide la suerte del Movimiento estudiantil y no sólo de él».

Las contradicciones internas de la ocupación de plaza Fontana y de la lucha de la Casa del Estudiante de Viale Romagna fueron determinadas por una tendencial ideologización y por las diferencias entre las «líneas políticas» de los sectores del Movimiento estudiantil. En particular por la imposibilidad (que se iba a repetir continuamente en los años sucesivos) de conciliar la necesidad de organización con la riqueza y la «espontaneidad» de la composición social propia de los movimientos. La práctica de la vanguardia externa a las masas sostenida en este caso por el PCD'I (m-l) no podía dejar de enfrentarse con la práctica política tendencial de base

mayoritaria que se inspiraba más que nada en las tesis del Potere Operaio de Pisa. Ésta sostenía la teoría de la vanguardia dentro de la masa y por lo tanto, implícitamente, una crítica de la forma-partido vertical.

Fuera de estas *querelles* ideológicas, que sin embargo no serán resueltas de forma dramática, el enfrentamiento interno en las ocupaciones no podía sino debilitar la gestión de masas de las mismas. Al mismo tiempo que se daba el crecimiento de la campaña de prensa y de los enormes intereses inmobiliarios en cuestión, el problema de la «comuna» en el ex hotel Commercio se había convertido, para el poder y la administración municipal, en una cuestión caliente, constantemente debatida. La existencia de un centro de agitación subversiva en el corazón de la ciudad era claramente irreconciliable, en una fase en la que prácticamente cada día el centro era atravesado por manifestaciones de estudiantes y de obreros en continua agitación. Los análisis de los ocupantes, su fuerza de agitación en relación con la extensión de las luchas reducían las últimas esperanzas de los burgueses y los reformistas de poder recuperar el alma positiva de la contestación estudiantil.

Si bien era minoritario, el nuevo sujeto estudiante-trabajador se dirigía y se integraba directamente con las luchas de masas: «[…] se terminaron los tiempos», decía un panfleto del ex Commercio, «en los que las masas aceptaban pasivamente las condiciones de vida que otros les imponían […]». La lucidez de este análisis había encontrado bien pronto confirmación en la realidad: el 2 de diciembre se sucedían los hechos de Avola, el 8 del mismo mes la dura contestación en el teatro Scala y la contestación a las grandes tiendas, y a finales de diciembre los incidentes en la Bussola en Versilla; el 16 de enero los incidentes en la Pirelli Bicocca.

En las paredes de plaza Fontana se podía leer: «La CASA DEL ESTUDIANTE Y DEL TRABAJADOR es nuestra, un puñal en el corazón de la ciudad capitalista. Por su posición estratégica en el centro ciudadano nuestra casa es sede de información política: los muros externos son nuestros diarios. Es hora de comenzar en la práctica el ataque al monopolio burgués de la información. Hemos verificado en la praxis que las viviendas, los transportes, los comedores son términos dramáticos que unen a los estudiantes disconformes y a los trabajadores […]. La Casa del Estudiante y del Trabajador de Plaza Fontana está al servicio de los estudiantes disconformes, de los trabajadores, de los inmigrantes, de los explotados […]. El comité de base, estudiantes, trabajadores, debe ser nuestro».

En julio de 1969 inaugurando una práctica que se convertirá en constante, en pleno verano, con las universidades cerradas y los estudiantes ausentes, centenares de agentes dispuestos para la guerra asediaron la «Casa», la reocuparon y la entregaron directamente a las cuadrillas de demolición del ayuntamiento de Milán. Gesto rudo e inútil del cual el alcalde dio explicaciones pueriles, mientras la prensa patronal se restregaba las manos sin prever que el nivel de enfrentamiento en el otoño sucesivo, el ya histórico Otoño Caliente, sería otro.

Apuntes de representaciones en los márgenes

Giuliano Scabia

La noche del 5 de diciembre de 1968, saliendo del Piccolo Teatro donde se iba representar un extraño espectáculo del cual era dramaturgo y en parte autor, me encaminé poco a poco hacia el ex hotel Commercio en plaza Fontana y entré allí. El viento tramontano era seco, el frío cortaba la piel. El hotel —abandonado y listo para ser derrumbado— había, sido ocupado por jóvenes y no tan jóvenes que estaban en habitaciones desordenadas, colchones y camastros, entre paredes con verdín, hablando y soñando tal vez delirando.

En una habitación cerca del último piso, sin otra cosa que un pequeño espejo rectangular y dos sillas, sentado sobre un camastro, estaba Giancarlo Celli, de cuarenta años, que había fundado el grupo de teatro Dionisio Milano: me esperaba.

El director del Piccolo Teatro, Paolo Gras, me había hablado algunas noches antes de esos okupas. Estuve, me invitaron. ¿Los has visto? Puro Dostoievski.

Con Celli estaba un joven delgado con la pierna derecha defectuosa, un representante de los inquilinos en huelga por los alquileres (quizás él mismo un inquilino), un activista filo marxista-leninista y un militante veneciano que iba y venía entre Milán y Frankfurt para organizar ocupaciones de casas. Discutimos largo rato y me pidieron que escribiera un esbozo para una acción sobre la cuestión de los alquileres y de su encarecimiento, con el fin de interpretarla en la calle, en Quarto Oggiaro y en otros barrios donde el Instituto Autónomo de Casas Populares (IACP) era objeto de contestación. Hecho el borrador, probamos en las vidrieras que daban a la calle en la planta baja (de noche) —y después, un sábado, Celli y su pequeña tropa se fueron a interpretarla. Él personificaba al presidente de la IACP que iba a anunciar la

disminución del canon —y tenía como escenario un cajón de fruta. Empezaron delante del supermercado con un grupo de personas alrededor (nunca se habían visto allí acciones teatrales), pero después de unas pocas palabras el cajón se rompió y se desfondó bajo el peso del cuerpo y de los gestos, y el presidente se rompió la pierna. No se continuó la acción. Se retomó después de que se curara la pierna.

He aquí los márgenes. Lugares de agregación semi-espontánea a menudo mediada por la politicidad. Centro y margen (de la ciudad). Búsqueda de lugares radicalmente distintos, que a menudo eran aquellos desde los que provenían (algunas veces se escondían por pudor). Probar aquel lenguaje de los márgenes que era, además, la cotidianidad emergente. Entrar con el teatro en espacios inexplorados —o quizás en la propia casa. Romanticismo de fugas ilusas. Métrica y ritmo. La métrica (en Milán) de la circunvalación externa. Poesía / teatro más allá de la Baggina o San Donato. Romanticismo lingüístico. El horizonte (límite) de forma imprevista cambia de lugar y cada lugar (de forma imprevista) parece animarse, aparecer y plantear preguntas. Por todas partes parece haber pequeños grupos de escritura, política, teatro, animación, discusión, amistad, iniciativa, predicación, afectividad, ilusión.

Muy en los márgenes:

Gusto por los cajones de fruta, cajas de cartón, residuos, cañas, telas pobres muy coloridas, papeles / mucho viento / fuegos pequeños y grandes / globos de papel / manifestaciones con muñecos grandes y pequeños, durante días y días: encuentros con grupos, familias, párrocos, habitaciones llenas de enfermos, clases de escuela: un hablar que se liga y se expande, forma un paisaje y una ciudad ampliada: márgenes habitados por pueblos conectados: pero casi todo precario.

Esto fue, para muchos, un largo viaje de reapropiación del propio yo, de autoformación en el campo, en lugares institucionales y no institucionales: miríadas de núcleos en explosión puestos en funcionamiento por imágenes hermanas / hasta el punto de que muchos perdían la cabeza y se iban «fuera», con dogmatismo, reproduciendo el núcleo cerrado en el encierro de la imagen política determinante. Los muñecos, los títeres, las máscaras, los gigantes, el hombre salvaje y las bestias se quedaron perplejos y tomaron parte cuando vieron las armas y la represión posterior. Pero nunca dejaron de bailar.

Champán y tomates: la noche de la Bussola

Los ecos de la «contestación en el Scala» de Milán con sus contenidos críticos de la vulgaridad consumista y del exhibicionismo descarado de la burguesía, tienen un fuerte efecto de reproducción en los imaginarios de todas las situaciones de movimiento.

Estamos a finales de 1968 y el movimiento estudiantil ha recorrido un largo camino desde sus inicios en la dura contestación del papel «productivo-capitalista» del sistema escolar y universitario. A menudo se han formado alianzas con las luchas obreras; han existido confrontaciones y fusiones con vanguardias políticas revolucionarias en formación; han comenzado ya las divisiones ideológicas entre las diferentes élite dirigentes nacidas de las ocupaciones. Un proceso sustancialmente contradictorio que tiende a buscar estrategias que vayan más allá del terreno de la universidad.

En el transcurso de un año se han sucedido los grandes episodios de Valle Giulia, la revuelta de los obreros de Valdagno, el asalto al *Corriere* de Milán, las grandes manifestaciones de Turín, la contestación a los grandes supermercados de Padua y Milán (también en solidaridad con las dependientas explotadas con sueldos de hambre), los disparos de la policía sobre los obreros de Avola. El movimiento de las ocupaciones se ha extendido por toda Italia (Florencia, Bari, Nápoles, Cagliari, Roma, Bolonia etc.) y está como apremiado por la necesidad de intervención en todos los ámbitos de las dinámicas sociales.

Tradicionalmente, el mes de diciembre es el mes de las mercancías, el mes en el que millones de italianos queman el aguinaldo en compras y regalos, pero es también el mes de los grandes ritos de la burguesía: la inauguración de las temporadas teatrales, las vacaciones de lujo, las grandes fiestas de fin de año. Ocasiones, todas, para la nueva y la vieja élite capitalista de exhibir su propio poder y su propia riqueza. En este último mes de 1968, el movimiento se mueve atacando esos ritos de poder. La contestación en el Scala da comienzo a un proceso en cadena que culmina con los enfrentamientos de la Bussola.

El Bussola es un enorme y famoso local nocturno en Versilla entre Viareggio y Forte dei Marmi, una zona siempre considerada como playa de élite de la burguesía y en particular de la burguesía milanesa. Aquí, en los estupendos pinares al pie de los montes Apuanos, los industriales del Norte tienen magnificas villas y playas reservadas, aquí los empresarios locales han apostado a lo grande por el turismo de lujo con el fin de desarrollar la economía local.

A lo largo del litoral existen decenas de locales nocturnos (La Capannina, Da Oliviero, etc.) que en verano trabajan a tiempo completo para abrir después, periódicamente, en la temporada invernal con grandes fiestas, citas con huéspedes prestigiosos (Frank Sinatra, Mina etc.). Los precios son obviamente prohibitivos, la clientela exclusiva. Todas estas circunstancias hacen de la fecha del 31 de diciembre una fecha simbólica a la que la contestación del Scala le confía un mayor espesor político que a cualquier otra fecha.

Los militantes de Potere Operaio y del Movimiento estudiantil de Pisa deciden, por lo tanto, organizar una manifestación de protesta frente al Bussola para la noche de fin de año. En los días anteriores se distribuyen panfletos, tanto en Pisa como a lo largo del litoral. En la intención de los organizadores, la manifestación tendría que haberse caracterizado por una contestación relativamente pacífica a la arrogancia grosera y exhibicionista de los patrones:[16]

Champán y tomates

Cuando los niños tienen un cuaderno nuevo, con las páginas en blanco, imaginan mil proyectos para tenerlo ordenado, para escribir en él con la mejor caligrafía. En el calendario de los patrones, la noche de fin de año tiene la misma función: ofrece a quien es cotidianamente explotado, sometido a la miseria e idiotizado por el dominio capitalista, la estafa final. El año viejo te ha dado miserias, despidos, sobre-explotación, servilismo: pues bien, puedes deshacerte de todo esto, como de los viejos trapos tirados por la ventana; tienes por delante un año nuevo, un lindo cuaderno en

[16] Los textos sobre los hechos de la Bussola están tomados de *Quindici*, num. 16, marzo de 1969.

blanco para escribir en él. Este es el discurso que conviene a los patrones: suspendamos las hostilidades, total lo que haya pasado ya pasó, ahora todo es distinto, es otro año. Pero en nuestro cuaderno ellos ya han escrito, con el idioma de siempre: miseria, despidos, sobre-explotación, esclavitud.

Pero el asunto más monstruoso es justamente éste: el intento de hacernos cómplices de nuestra explotación, de hacernos esclavos y felices. El gran espectáculo del fin de año está listo. Protagonistas y explotadores, los poderosos, los parásitos, están listos para ostentar la riqueza acumulada sobre la miseria y el trabajo ajeno, para malgastar en una noche lo que bastaría para que miles de familias viviesen un año entero. Su diversión no es suficiente, es necesario también que sea pública, es la necesidad de aquellos a los que se les roba cotidianamente la riqueza y el poder. Los estrenos de teatro, las noches en vela en la Bussola, en el hotel Golf, en St. Vicent, tienen que llegar a la casa de todos, proyectadas por la televisión, por los periódicos repletos de fotografías y de crónicas de mundo, por las revistas que muestran desfiles de modelos preciosos para amas de casa que nunca se los pondrán.

Sin embargo no está escrito que este juego les salga bien. A quien hipócritamente se pregunta: «¿Que nos deparará el nuevo año?», como si se tratara de prever eventos naturales, terremotos o sequías, hay una sola respuesta.

El nuevo año nos traerá aquello que sepamos conquistar.

Los patrones quieren resolver sus viejos y enormes problemas sobre un cuaderno en blanco. Nos toca a nosotros completarlo con una historia distinta.

Dejemos el champán a los patrones: nosotros tenemos tomates.

Potere Operaio (29.12.68)

Felices fiestas, dicen los patrones

Feliz fin de año, felices fiestas te dice tu patrón entregándote un paquete de regalo. Felices fiestas te dicen los anuncios publicitarios, feliz año te dice la vidriera de la UPIN, que te invita a gastar las últimas liras del aguinaldo (sobre el que la dirección ha retenido ya algo, como en la S. Gobain, por motivo de la huelga); felices fiestas nos ha dicho el Apolo 8, varios millones de dólares tirados alrededor de la Luna en nombre del progreso de la humanidad, mientras en Estados Unidos hay millones de hombres que mueren de hambre y de frío; pero para las fiestas tenemos el espumoso y el pan dulce.

Felices fiestas te dicen los arbolitos iluminados, cargados de lamparitas, en todas las plazas: felices fiestas, quédense tranquilos: las fiestas son iguales para todos, para el patrón y para el obrero y para el obrero que cobra seguro de desempleo, para el doctor Fabbri en el Grand Hotel de Cortina y para el obrero de la Marzotto despedido, para los patrones Montedison y para la vendedora de la UPIN que tiene que sonreír dos veces para vender el triple.

«Felices fiestas, obreros, trabajadores, estudiantes», dicen los patrones, «piensen en beber, comer, divertirse; olvídense de que 1968 es el año del Mayo francés, de las luchas de masas de los estudiantes y los obreros, de Checoeslovaquia, de la intensificación de la revuelta de los pueblos del Tercer Mundo. Olvídense que hace solo algunas semanas la policía masacró a dos peones en Avola, apaleó a proletarios en lucha en centenares de manifestaciones».

«Felices fiestas», repiten los patrones, «gasten su aguinaldo, compren mercancías navideñas, regálenselas entre sí: es necesario que nuestros negocios vendan, que nuestros productos sean consumidos».

Y bien, compañeros, festejemos a nuestros patrones, vayamos todos a la Bussola, a la Capannina, a de Oliviero, a verlos desfilar con sus señoras con vestidos nuevos de medio millón, a consumir una cena de cincuenta mil liras, regada por cincuenta mil liras de champán.

A los gordos patrones y a sus mujeres embutidas en piel queremos darles personalmente nuestras felicitaciones este año.

Será solo un pequeño y simbólico homenaje hortofrutícola, para prepararlos para un 1969 lleno de otras emociones.

Potere Operaio (30.12.68)

La noche de fin de año llegan delante de la Bussola centenares de militantes y estudiantes, armados únicamente con tomates y hortalizas varias. Protegiendo el local hay un solo y pequeño grupo de carabinieri (unos cincuenta) que inicialmente parece tolerar la contestación, pero a partir de algunos episodios marginales, de forma imprevista, la situación se precipita de manera dramática. De este modo, lo han contado los protagonistas:

La acción promovida por nosotros, sin la intervención violenta, imprevista y sin motivación aparente por parte de los carabinieri, no habría ido más allá de los límites y del fin que nos habíamos prefijado.

> En el momento de la primera carga, ocasionada por un incidente banal con un fotógrafo, nuestra manifestación de protesta se habría prácticamente agotado. Fue la violencia de los carabinieri y de la policía lo que sistemáticamente empujó las cosas más allá de los límites que nos habíamos propuesto.
>
> A la primer carga le sucedió una segunda, durante la cual, según resulta de casi todos los testimonios, se hizo uso repetidamente de armas de fuego por parte de las fuerzas de orden. También por eso, la mayor parte de los presentes no creyó con sus propios ojos cuando veían salir relámpagos de los caños de las pistolas y pensó que se trataban de disparos de salva. Las pedradas, las barricadas vinieron después.
>
> A la segunda carga le sucedieron choques aislados, mientras los carabinieri continuaban disparando. En ese momento cayó Ceccanti, al mismo tiempo que una bala perforaba de refilón los pantalones de otro joven. En este sentido vale la pena subrayar como la prensa patronal, la RAI-TV, todavía hoy, continúa afirmando que Ceccanti había sido golpeado por la espalda o de forma más simple tiende a obviar este elemento, cuando en realidad está comprobado que la bala entró por la base del cuello desde el frente, probablemente mientras Ceccanti, que se encontraba en la primera barricada, estaba inclinado hacia delante.
>
> A este episodio le siguió una carga con coches y furgones, mientras, continuaban los disparos, poco después se dispersó el grupo de manifestantes.

La crónica prosigue con muchísimos testimonios en primera persona, firmados, y con una puntual y dura contestación de las tesis de la policía y de los diarios burgueses.

El *shock* derivado de los hechos de la Bussola es muy grande e induce a reflexiones políticas bastante más complejas. En los panfletos de convocatoria se había subrayado (Baldagno, Avola, etc.) la violencia premeditada que había caracterizado a las «fuerzas de orden» en el curso del año, se había indicado con claridad el límite del nivel de enfrentamiento que se quería alcanzar (hortalizas y tomates): la provocadora respuesta de los carabinieri no podía más que ser fruto de un plan preconcebido y obligaba al análisis político de una fase, como escribe Potere Operaio en un documento titulado *Dopo Viareggio: devoluzione culturale e organizazione* [*Después de Viareggio: lectura cultural y organización*]:

«No esperábamos que la policía disparara»: se trata de un juicio unánime de los compañeros que estaban presentes en la Bussola. Se insultaría a la inteligencia de los compañeros de Potere Operaio si se les atribuyera, tal y como se hizo por parte del coro de cerdos de la prensa patronal y gubernamental, la intención de llegar a un enfrentamiento duro, armado, incluso, con la policía.

Efectivamente, la manifestación había sido organizada, preparada y abundantemente difundida durante los cinco o seis días previos al 31 de diciembre. Se habían distribuido algunos panfletos con las indicaciones de los horarios y de las distancias para quien tuviera la intención de participar en la manifestación delante de la Bussola lanzando o no tomates y otras hortalizas, perfumados o no, pero en cualquier caso nunca «contundentes». Y como, en su preparación y ejecución pretendía ser, y fue, una manifestación de masas, es inconcebible pensar que los compañeros de Potere Operaio quisieran anteponer sobre la masa que participó y se adhirió, acciones de tipo terrorista o insurreccional: en ese caso se habría transgredido de forma clamorosa lo que resulta ser un principio de su orientación política.

Pero como hubo disparos, esto significa que los análisis y las previsiones políticas realizadas por Potere Operaio estaban equivocadas o que eran de todos modos insuficientes. La hipótesis de una salida reaccionaria, después de lo que ha sucedido en cierto sentido en Francia y de otro modo en Grecia, no ha faltado ciertamente en las discusiones políticas de Potere Operaio: si es verdad, tal y como lo es, que no existen en esta fase márgenes para la concesión de reformas sustanciales, ya que el capitalismo compromete todos sus recursos en la gigantesca lucha concurrencial que arrastra a todos los complejos económicos, grandes y pequeños, hacia nuevas dimensiones, combinaciones, reestructuraciones tecnológicas y empresariales, organizaciones del mercado o hacia la quiebra, o la desaparición, o la fagocitación por parte de los más fuertes; si, por lo tanto, se carece de la posibilidad de reformas sustanciales, o se logra controlar por las buenas las reivindicaciones de las masas en sus distintas articulaciones (reivindicaciones de dinero, de tiempo, de poder), o bien el control deberá ser impuesto de alguna manera; en caso contrario, habrá caos y lo que sigue al caos, la revolución o la guerra destructora.

Avola fue el antecedente que, si bien ha dado aliento a los clamores democráticos, debía demostrar sin embargo que el tiro al jornalero puede ser todavía un deporte nacional impune. Se permanece por lo tanto en los márgenes de la tradición que ve, tanto en la guerra como en la paz, en el campesino y en el jornalero muerto, asesinado, un evento casi natural y fatal: y si no es ahora carne de cañón, al menos del calibre 9, debe serlo de cuando en cuando; ésta es la única manera de resolver la contradicción agraria o, y es casi la misma cosa, la cuestión meridional.

En Bussola, sin embargo, se sobrepasó el límite, con un intento de mayor significación política. Hay un aspecto en los hechos de Bussola que no fue puesto en evidencia tal y como tendría que haber sido oportuno y

necesario. En esta zona, las acciones de Potere Operaio fueron seguidas con particular atención por las comisarías y por los mandos de los carabinieri. En Pisa, de forma particular, en cada movimiento o sospecha de movimiento, que tuviera como protagonistas a los de Potere Operaio, se registra una gran movilización de fuerzas de la policía, a menudo con desplazamientos masivos de destacamentos de ciudades también lejanas a Pisa. Fuerzas imponentes para el empleo directo o al menos como reserva; fuerzas que no estaban en Bussola con motivo de una manifestación que había sido anunciada por un amplio despliegue de propaganda durante los días precedentes.

En Bussola había unos cincuenta carabinieri al mando de un conocido «duro». Una pequeña fuerza, que si se hubiera visto superada, se hubiera visto *obligada* a reaccionar con las armas, demostrando así al país que era hora de terminar con las fuerzas subversivas, con los vándalos, con los anarquistas y así sucesivamente. Pero la manifestación en Bussola tenía límites bien precisos, al menos en lo que concierne a Potere Operaio de Pisa; ninguno quería ser derrotado; y el eslogan y los tomates no hirieron nunca a nadie al menos corporalmente. Sin embargo se disparó a mansalva, en una continua repetición de cargas que, confiando en los testimonios, no sucedieron según los procedimientos reglamentarios. Se disparó y se golpeó, pero no se ha podido decir: «Sí, nosotros carabinieri, nosotros los policías de la calle, estuvimos obligados a disparar frente a la muchedumbre enfurecida». Por el contrario, el ministro Restivo ha declarado que no se disparó; se ha asumido una actitud con la que los testigos oculares se han sentido intimidados (en Viareggio, en los bares, se dice que la policía disparó pero que uno no puede presentarse a testificar delante de los jueces); fueron arrestadas cincuenta y cinco personas. Se ha hecho un montaje reaccionario, pero privado del elemento quizás más importante: la posibilidad de decir que las «fuerzas de orden» dispararon por necesidad. Es un verdadero pecado que, frente a la pequeña fuerza comprometida, los de Potere Operaio no hayan agredido alegre y alocadamente a la policía, felices de verse en enfrentamientos o en choques en los que se encontraron contra y delante de fuerzas a las que rebasaban.

Se han apresurado, naturalmente, a cubrirse las espaldas trazando una auténtica «crónica amarilla» que ha tenido amplio eco en la prensa. Hacía falta que se creyese que habían sido los manifestantes quienes, armados hasta los dientes, dispararon, y quizás hirieron al propio Ceccanti, y atentaron contra la vida del propietario de Bussola. Se ha hablado de maleteros de coches convertidos en arsenales; y un coche de Potere Operaio que habría sido graciosamente abandonado a dos pasos de Bussola con una carga de artefactos ofensivos.

Partiendo de esta base, en un clima oportunamente cargado por la prensa, la reacción ha buscado salidas políticas validas, poniendo en juego a personajes honorables como el general Aloja, ex jefe del ejercito, que ha reivindicado la autoridad de un Estado fuerte, el procurador general de

> Florencia Calamari que ha reivindicado, como obligación de ley, la autoridad de padres y rectores, de directores de instituto y profesores fuertes; aquí y allá han surgido comités de salud pública, aquí y allá ha habido manifestaciones y provocaciones fascistas, actos terroristas; Randolfo Pacciardi ha intentado hablar en Pisa, mientras algunos dirigentes fascistas locales disparaban en Livorno sobre el coche de algunos jóvenes del PCI y del Movimiento estudiantil.

Podría parecer excesivo que en la economía general de este libro se de un espacio tan acentuado a esta manifestación, pequeña pero ejemplar, de «revolución cultural» contra el sistema y sus valores, pero a nuestro juicio este episodio se inserta como una cuña relevante en el mosaico general de los hechos que llevarán al enfrentamiento generalizado del Otoño Caliente. En el análisis de Potere Operaio hay ya elementos para la lectura de muchos de los acontecimientos posteriores: el uso instrumental de las fuerzas del orden, las maniobras de las cúpulas reaccionarias, la falsificación consciente de la gran prensa patronal, la institución de la posible existencia de fuerzas ocultas relacionadas con los sectores conservadores del aparato estatal, la necesidad, de formación de «nuevos organismos políticos de masas y revolucionarios»:

> Por eso consideramos oportunista y contrarevolucionaria la reclamación de desarme de la policía, y la de confiar a los alcaldes las funciones de tutela del orden público. El Estado burgués usará todavía, al menos a corto plazo, la violencia armada para reprimir los movimientos de masas. Y el aparente desarme de la policía, si llega —y sólo podrá llegar después de que el régimen haya superado los próximos ciclos de lucha—, requerirá como contrapartida necesaria el desarme político e ideológico de las masas, que las equivocadas propuestas de hoy sólo sirven para prepararlo, y un control mucho más rígido de sus movimientos a nivel económico y social, logrado quizás a través de la colaboración directa y de la definitiva inserción de las llamadas organizaciones obreras en las instituciones del Estado burgués. Ante esta perspectiva de desarme, las vanguardias revolucionarias obreras y de base socialista deben oponerse hoy unidas a las masas, para tratar de evitar la derrota de las luchas obreras y estudiantiles de los últimos años, midiendo los tiempos de crecimiento del movimiento de masas con los tiempos y los plazos impuestos por el adversario de clase, encontrado nuevas formas de conexión entre ellos, y sobre todo reforzando sus conexiones con las masas explotadas, con el objetivo de contribuir a la formación de nuevos organismos políticos de masas revolucionarios.
>
> Este es nuestro programa de acción para los próximos tiempos.

Leídas hoy, puede parecer que estas reflexiones se dan por descontadas, pero en aquella fase —y mientras el PCI bajo la dirección de Longo creía todavía en una posible solución reformista— demostraban una notable madurez de análisis.

La noción de totalidad en cuestión

La génesis filosófica y cultural del ‘68 está todavía toda por escribirse.

Se puede intentar identificar los trazos posibles de este trabajo a realizar. En general el ‘68 representa un interrogante colectivo sobre el destino del «sentido» en la época de mayor despliegue de las tendencias tecnocráticas del sistema capitalista.

La apasionada búsqueda de instrumentos de conocimiento que señalamos hasta aquí buscaba la respuesta a un interrogante fundamental. Un interrogante que tiene como sujeto una figura social (¿clase?, ¿sector?, ¿función? ;o bien estudiante, intelectual, técnico) que encarna la fuerza productiva del saber, es decir, del trabajo intelectual en formación, los estudiantes.

Más allá de los métodos políticos que influyeron en el comportamiento de los movimientos revolucionarios de aquellos años en Europa y en el mundo (leninismo, maoísmo, consejismo libertario, foquismo guevarista etc.), este interrogante se puede retrotraer, aún más allá, al contenido filosófico que motiva las elecciones políticas, que explica los nuevos usos de la «cultura» y que constituye campos problemáticos y contradictorios en el seno de aquel movimiento. Se pueden trazar por ahora algunas notas de síntesis bibliográfica que sirvan de introducción a este entrelazamiento de cuestiones.

El debate filosófico de los años sesenta está dominado por la búsqueda continua de un horizonte humanístico, en el que puedan confluir tanto el marxismo renovado de forma crítica, como la sensibilidad existencialista

comprometida históricamente. Texto de referencia esencial para este período son los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, publicados en las *Obras filosóficas juveniles* (junto a la *Crítica de la filosofía hegeliana del derecho público*). La reivindicación de originalidad del pensamiento del joven Marx, respecto del presunto economicismo del Marx maduro, tiene una importancia esencial para el pensamiento que atraviesa los movimientos anticapitalistas y los empuja a asumir los caracteres de los movimientos antiautoritarios.

El *shock* de los hechos de Hungría de 1956, la cuestión del estalinismo, la crisis del papel del «intelectual orgánico» que pliega su propia subjetividad a la verdad-autoridad del Partido, son todos ellos problemas que requieren una reflexión profunda, que exigen ir al origen de su producción y formación. Todo esto, y mucho más, produce una mutación en el escenario filosófico, que es importante para comprender el desplazamiento en una dirección antiautoritaria del movimiento revolucionario de los años sesenta. En este sentido, es de gran relevancia la crítica desarrollada por Sartre al materialismo dialéctico (sobre todo en *Cuestiones de método*).

La atención y el énfasis puesto en el texto marxista de 1844 permitió al emergente marxismo crítico asumir la problemática de la alienación como algo central. Alienación es la perdida de sí y de los propios derechos, el extrañamiento progresivo de los medios y de los fines de la civilización industrial, es no reconocerse en las mercancías que se producen (alineación de la «cosa»), es el extrañamiento de la propia actividad (trabajo alienado), es la fractura de la propia personalidad. Este proceso es interno al dominio totalizante capitalista, que subsume (reconduce a su propio seno como una parte del todo) la existencia dentro de su propia esfera:

> El obrero es más pobre cuanto más riqueza produce, cuanto más crece su producción en potencia y extensión. El obrero se convierte en mercancía de mercado cuando crea más mercancías. Con la puesta en valor del mundo de las cosas más crece en proporción la devaluación del mundo de los hombres. El trabajo no sólo produce mercancías, se produce a si mismo y al trabajo como una mercancía […]. El objeto, producto del trabajo, surge frente al trabajo como una instancia extraña, como una potencia independiente del productor.

La alienación es la condición que el hombre sufre dentro de su condición capitalista, la división entre trabajo manual y trabajo intelectual y la fragmentación especializada del trabajo intelectual. Este conocimiento constituye el fundamento humanístico más general de la mutación que conlleva el '68.

El descubrimiento y la relectura del joven Marx llevaron a reevaluar todo el filón teórico-crítico en el que confluyeron las lejanas reflexiones del *Linkskommunismus* y de la Escuela de Frankfurt. El elemento en común con el joven Lukács (el Lukács de *Historia y conciencia de clase*, de 1922) y los otros autores que se habían reagrupado alrededor del *Instituto für sozialforschung* de Frankfurt es en último análisis la reevaluación de la continuidad entre el idealismo hegeliano y el marxismo crítico. Ciertamente, el idealismo hegeliano era reelaborado de una forma bien distinta del sistemismo hasta entonces dominante en el ámbito de los estudios hegelianos. La relectura de Hegel, su reelaboración el ámbito del pensamiento revolucionario fue posible por la acentuación del carácter negativo de la dialéctica.

Así escribe Herbert Marcuse en *Razón y revolución*[17] editado por primera vez en 1941:

> Este libro fue escrito con la esperanza de ofrecer una contribución al renacimiento, no de Hegel, sino de una facultad mental que corre el riesgo de desaparecer: el poder del pensamiento negativo. Según la definición de Hegel: «El pensamiento es en realidad esencialmente la negación de aquello que tenemos inmediatamente delante».

Esta afirmación se une con lo que Lukács había escrito en *Historia y conciencia de clase:*[18]

> El fin último es esa relación con el interior a través de la cual cada momento singular de la lucha mantiene su sentido revolucionario.

---

17 Herbert Marcuse, *Ragione e rivoluzione*, Il Mulino, Bologna, 1966 [ed. cast.: *Razón y revolución*, Madrid, Alianza Editorial, 1971].

18 Gyorgy Lukács, *Storia e coscienza di classe*, Sugar, Milán, 1967 [ed. cast.: *Historia y conciencia de clase*, Editorial Magisterio Español, Madrid, 1987].

El interior, la totalidad en la que, para Hegel, sólo se da la verdad de la historia, es puesto así en el centro de la búsqueda teórica del movimiento real. Por cuanto se ha dicho, pudiera parecer que el '68 nace y se forma en el ámbito neoidealista; pero ciertamente esto sería una forma unilateral de abordar la cuestión.

De hecho es necesario recordar la importancia que tuvo la otra torsión del propio problema de la totalidad. Mientras el pensamiento negativo la concibe como el destino dialéctico e histórico, Jean-Paul Sartre en *Crítica de la razón dialéctica*[19] sustituye la totalidad por otro concepto, el de «totalización». Insiste así sobre el carácter proyectual no determinado dialécticamente, pero dado y presente existencialmente como «elección».

> Sólo el proyecto, mediación entre dos momentos de la objetividad, puede dar cuenta de la historia, es decir, de la creatividad humana. O se reduce todo a identidad y se hace de la dialéctica una ley celeste que se impone al universo, una fuerza metafísica que genera por sí misma el proceso histórico, o se le reconoce al hombre singular el poder de superación por medio del trabajo y de la acción. Sólo esta solución permite fundar lo real, el movimiento de totalidad.

La totalización está, por lo tanto, en trance de verse «en situación»; la singularidad de la elección pone su ser el mundo como horizonte histórico intencional.

La libertad de «elegir elegir» es un proceso subjetivo e intencional que presupone un movimiento de la mente, una dinámica del pensamiento que niega el dato dominante de la realidad, que detona un rechazo de las condiciones dadas, tanto internas como externas al sujeto, que pone en acción una revolución del sí mismo como elemento determinante para la revolución de la realidad. Es la tormentosa conquista de la espontaneidad consciente, de la subjetividad negadora, como pensamiento liberado de los condicionamientos históricos, sociales y militantes tendentes a la relación continua con el todo.

---

19 Jean Paul Sartre, *Critica della ragione dialettica*, Il Saggiatore, Milán [ed. cast.: *Crítica de la razón dialéctica*, editorial Losada, Buenos Aires, 2004].

A través de la obra de Sartre la fenomenología husserliana se abre a hacerse al mismo tiempo pensamiento libertario, antidogmático y antidialéctico. Pero, la crítica más radical al neoidealismo de izquierda derivado de la Escuela de Frankfurt y de tintes consejistas viene de la vertiente de un renovado materialismo que podemos identificar en la escuela italiana de la «composición de clase». El ámbito teórico de este pensamiento puede ser situado en el seno del campo problemático definido por Lukács como «ontogénesis de la conciencia social» (motor de desarrollo o regresión de los movimientos sociales, ciclos de luchas, dinámicas internas y externas, subjetivas y colectivas que determinan las fases).

El pensamiento de la composición de clase (y con esto nos referimos a las obras de Raniero Panzieri, Mario Tronti, Toni Negri, Romano Alquati, Sergio Bologna y otros) contesta radicalmente la posibilidad de fundar la conciencia en la «nostalgia idealista» de lo humano y formula la concepción por la cual el proceso revolucionario nace de la dinámica social y material (sin presuponer ninguna originalidad ideal, ni ninguna autenticidad alienada): la dinámica que encuentra su motor en la esfera del trabajo y más precisamente en el rechazo obrero del trabajo (en el rechazo de prestar tiempo a la actividad expropiada y dirigida por el capital). En este sentido el ciclo de luchas del «obrero masa», el continuo y «espontáneo» motor conflictivo que rompía las «obligaciones» históricas que se había dado el movimiento obrero organizado, determina la teoría con la que leerse a sí mismo y no viceversa.

La lectura de los *Grundrisse*[20] (particularmente el «capítulo sobre las máquinas» y la «Introducción» de 1857) hace posible una nueva noción de totalidad, comprendida como totalidad en situación (desde el punto de vista del trabajo y de la lucha) y al mismo tiempo como subsunción del individuo en el proceso (total en tanto totalitario) del capital:

> La totalidad tal y como se presenta a la mente, como totalidad del pensamiento, es un producto de la mente que piensa, que se apropia del mundo de la única manera que le es posible. El sujeto real permanece firme en su autonomía fuera de la mente, al menos mientras la mente se comporta sólo especulativamente.

---

20 Karl Marx, *Grundrisse*, Florencia, Nuova Italia, 1957 [ed. cast.: *Grundrisse. Comentarios a la crítica de la economía política*, Madrid, Siglo XXI...].

Aquí se deben considerar dos aspectos distintos: por un lado la totalidad es un proceso indiscernible de la subjetividad, de la parcialidad histórica, social y militante («el todo sólo puede ser comprendido por la parte», escribe Mario Tronti). Pero, por otro lado, la subjetividad capitalista constituye un proceso totalización (que podemos llamar totalitacionalidad) articulado como subsunción, como asunción despótica de las existencia real dentro su funcionamiento. Es el reino del trabajo abstracto, que Marx dibuja así:

> La indiferencia hacia un género determinado de trabajo presupone una totalidad muy desarrollada de los géneros reales de trabajo. Así las abstracciones más generales surgen sólo donde se da el más rico desarrollo de los concretos. Entonces cesa de poder ser pensada de una forma particular.

El trabajo abstracto es la condición de la indiferencia, de la identidad vacía del tiempo de todos los hombres, de la insensatez del proceso cognoscitivo y de la fragmentación especializada del trabajo intelectual. La contribución más decisiva a la comprensión de este nexo viene quizás de un pensador alemán que participó en el movimiento del ‘68, H. J. Krahl, *Tesis sobre la inteligencia técnico-científica y la conciencia de clase proletaria.*[21]

La totalidad opresora de la subsunción capitalista del tiempo y de la homologación imperialista del mundo, es el polo negativo del movimiento del ‘68. Por lo tanto, éste se manifiesta desde nuestro punto de vista, como crítica de la totalidad idealista y del totalitarismo real —y como proceso de singularización que asumirá la forma explicita de la autonomía.

---

21 Hans Jurgen Krahl, *Tesi sul rapporto generale di intellighentzia scientifica e coscienza di classe proletaria*, *Quaderni Piacentini*, num. 43, 1971.

6. El ‘69: el otoño caliente

Los CUB: la clase obrera como sujeto

En los últimos dos años las luchas de fábrica habían estado caracterizadas por una fuerte autonomía de los comportamientos obreros, ya sea respecto a la política de los partidos de izquierda ya respecto a la del propio sindicato. La FIOM había intentado, a veces con éxito, liderar las luchas pero la persistente división sindical (UIL, CISL, CGIL) y la subordinación de las direcciones a las exigencias de los partidos impedían la plena comprensión de las nuevas tensiones y exigencias expresadas por la base obrera.

Por otro lado, entre 1965 a 1967, aunque el PCI está en la oposición y gobierna el centro izquierda, continúa teniendo fe en la posibilidad de elaborar una «política planificada», una política que permita «programar», «planificar» el desarrollo económico, productivo y político del neocapitalismo. En continuidad con la línea trazada desde la postguerra por medio de la «Ideología de la Reconstrucción», sólo diferencia su propia acción de la del centro izquierda a través de la reivindicación de la «planificación democrática», es decir, de la participación de los comunistas y de los sindicatos en la elaboración de las estrategias del desarrollo capitalista.

En las inteligencias sindicales y políticas comunistas permanecía la línea —que de hecho no desaparecerá jamás, antes al contrario se acentuará desde mediados de los años setenta—, el mito, de la «clase obrera que se hace Estado», que se emancipa a través del desarrollo de las fuerzas productivas. Con un bagaje teórico de este tipo resulta incluso obvio que toda

la estrategia sindical vincule las reivindicaciones de salario al crecimiento de la productividad. De hecho, desde los comienzos del centro izquierda, el PCI había demostrado una actitud de benévola oposición con respecto de esta estrategia, asegurándose unas relaciones privilegiadas con el PSI y considerando la política de «planificación» como un terreno en el que «la clase obrera debe y puede dirigir su lucha para hacer de la "política de plan" el instrumento para distintos objetivos» y en la que «la eficiencia productiva no es y no puede ser un aspecto indiferente a la clase obrera, que debe establecer una amplia zona de convergencia sobre este terreno».

Como se puede entender con facilidad, una estrategia política concebida de este modo supone exactamente lo contrario de la tendencia obrera —fracturada y subterránea durante mucho tiempo, pero a la vez presente y operativa— que a la vez tendía a despedazar las rígidas reglas del pacto colectivo, a separar el salario de la productividad, a elaborar formas de lucha fuera de los esquemas tradicionales. Y esto a pesar de que, desde principios de los años sesenta, la enorme masa de obreros de fábrica había elegido como referente al PCI y a pesar también de la ausencia de alternativas políticas válidas.

Por otro lado, el joven proletario, inmigrante o no, que debía defender sus derechos dentro del universo autoritario de la fábrica, no tenía otra opción que la de confiar en los sindicatos, que padecer *de facto* su hegemonía y su capacidad de «mediación» sobre sus propias exigencias en relación con las de la dirección empresarial. «Ya que la lucha de clases que se desarrolla en la fábrica es por sus características intrínsecas esencialmente sindical y, en las fábricas, la única estructura organizada operativa cotidianamente es la sindical».[1]

Esto no quiere decir que la nueva composición obrera no advirtiera continuamente la contradicción entre sus exigencias y las políticas de quien las representaba (partido y sindicato). Los continuos episodios de insubordinación proletaria con el fin de decapitar a las direcciones sindicales son la demostración más evidente de esta contradicción. También son un incómodo problema teórico para los refinados intelectuales obreristas

---

1 *Comitati unitari di base: origini sviluppi prospettive*, en *I quaderni di Avanguardia operaia*, Sapere edizioni, Milán, 1970.

que hablaron frecuentemente del «uso obrero del partido» o del «uso obrero del sindicato». Y en efecto, todas las nuevas formas de lucha (*wild cat*, huelga por turnos y paros intermitentes) están fuera de la tradición sindical, corresponden a la lenta formación de los «comportamientos autónomos de clase».

A partir de 1965 la presión obrera es cada vez más fuerte y a menudo desemboca en enfrentamientos abiertos con las «fuerzas del orden». El gobierno envía a la policía contra los trabajadores en Milán, Roma, Nápoles y en otros muchos centros industriales. En 1966, en la Alfa Romeo de Milán, se asiste a episodios de auténtica guerrilla entre los trabajadores y la policía (al final se consigue una tregua por medio de un intercambio de «prisioneros» entre las partes); con ocasión de la inauguración de la Feria de Milán, y a pesar de las apaciguadoras presiones de los dirigentes sindicales, miles y miles de obreros van a la huelga y se acercan a la feria con el fin de abuchear a Saragat[2] (entonces presidente de la República) que, advertido como es obvio, permanece prudentemente en Roma.

«Con ocasión de los convenios de 1966 surge la primera experiencia nueva de un organismo obrero democrático de base, el primer consejo de fábrica de los años sesenta en la Siemens de Milán, con la forma de un “comité de huelga” compuesto por delegados de sector. El “comité” no duró mucho, entre otras razones a causa del duro sabotaje sindical tras la conclusión de la negociación, pero continuó siendo una señal relevante de que las exigencias obreras comenzaban a orientarse de acuerdo a nuevas indicaciones organizativas».[3] Y es también en estos espacios del disenso obrero en los que se sitúan las primeras formas de intervención de los grupos de la emergente izquierda revolucionaria. La agitación a través de temáticas igualitarias y antiproductivas, sin exagerar la importancia de éstas, influirá notablemente en algunos sectores de las vanguardias obreras y de los cuadros sindicales.

---

2 Histórico dirigente socialista ya desde la década de 1920. Como tantos otros participó en la lucha de liberación contra la República de Salò. En 1947 fundó, entre otros, el Partido Socialista Italiano. Fue presidente de la República entre 1964 y 1971, partidario del gobierno con la DC y de la alianza atlántica, se cuenta también entre los partidarios de la represión de las luchas de base del Otoño Caliente. Se le puede achacar, cuando menos, una patente connivencia con el terrorismo de Estado [*N. del E.*].

3 C*omitati unitari di base*... op. cit.

Por otro lado, la estrategia política del PCI, completamente dirigida a la búsqueda de formas de participación en el gobierno de la sociedad, exigía también que el sindicato, concebido como «correa de transmisión» de las exigencias del partido dentro de la fábrica, se erigiese como un «actor social» fuerte en la negociación con el gobierno y con las «élites neocapitalistas»; en este sentido, la necesidad de unidad sindical (en su diversidad de componentes políticos: cristianos, socialistas y comunistas) era interpretada casi únicamente como una operación de altos vuelos, como una anticipación en lo social de la futura participación del PCI en el gobierno.

En esta dinámica, el elemento de colaboración con el sistema capitalista se volvía predominante y, en nombre de la «unidad sindical», la CGIL protagonizó continuas retiradas hacia posiciones ultracolaboracionistas con respecto del resto de sindicatos. Esto explica, por ejemplo, por qué la FIOM, a pesar de haber intentado dirigir la luchas de 1965-66, cae al mínimo histórico de su número de afiliados. Las directivas sindicales no habían entendido, o no habían querido entender, la profunda modificación de la composición obrera, la nueva subjetividad de los jóvenes obreros, su forma de ser, en su mayoría desligados de la tradición obrera que provenía de la resistencia, su indiferencia respecto de los criterios meritocráticos en la estratificación interna de la fábrica, que su condición era a menudo la expresión de la atmósfera más general de transformación igualitaria y antiautoritaria que se daba fuera de la fábrica.

El obrero masa es el protagonista de la nueva y enorme onda de luchas obreras, que tuvieron comienzo en los años sesenta, y en las que destaca como la nueva figura política del proletariado, con nuevas características, con nuevos objetivos y que impone nuevas formas de lucha. Esta figura ha sido definida como «el típico meridional, es decir, el meridional pobre en una franja de edad que va de los 18 a los 50 años, dispuesto a hacer cualquier tarea, sin ningún perfil profesional aunque pueda tener un diploma, perenne candidato a la emigración, sin ocupación estable y frecuentemente desocupado u obligado a prestar servicios de lo más variados y cambiantes».

Una figura que nace políticamente de una manera completamente espontánea: ajeno a los canales organizativos tradicionales, al partido y al sindicato. Una figura nueva que se mueve por sí sola, espontáneamente, fuera de toda tradición política anterior y que refunda realmente en las hechos, en la materialidad de las cosas y de la luchas, toda la práctica política.

Es esta nueva figura política del proletariado la que ha protagonizado el desarrollo capitalista de los últimos veinte años en toda Europa, emigrando desde la Italia del sur: de la Fiat a la Volkswagen pasando por la Renault, de las minas de Bélgica al Ruhr. Quien protagoniza las grandes luchas obreras de los últimos años. Quien ha desfasado todo, quien ha puesto a Italia en crisis. Quien hoy determina la desesperada respuesta del capital, tanto a nivel de fábrica como a nivel institucional. Quien hoy obliga al patrón a usar el arma extrema, la de la crisis. Quien le obliga incluso a destruir su propia riqueza con tal de asestar el golpe definitivo al enemigo que le acosa.

El enemigo es este proletario del sur: el de los mil oficios porque no tiene ninguno, «el desarraigado, el parado, el aparcero expulsado, el jornalero sin porvenir, el campesino, el diplomado sin trabajo; esta fuerza de trabajo móvil, disponible, intercambiable con un nivel bajo o medio de cualificación». Que no encuentra trabajo en el sur y lo busca en Turín, en Milán, en Suiza, en Alemania, en cualquier sitio de Europa. Que a cambio de renta, de dinero, acepta el trabajo más duro, más cansado, más inhumano, aquél que ya nadie está dispuesto a hacer.

Por supuesto, en esta fase, su comportamiento político no es todavía un comportamiento determinado por la conciencia de clase. Se trata sólo de estar dentro del proyecto capitalista, es decir, dentro de las leyes capitalistas de la acumulación. Todos dentro, juntos, completamente dominados por el capital.

Pero el hecho fundamental es el siguiente: entre los años sesenta y setenta el dominio del capital sobre esta figura del proletariado, sobre esta figura de obrero masa, tal y como ha sido definida, se rompe, se despedaza. Y no se rompe a partir de una adquisición de conciencia, por medio de la inyección de nueva ideología sobre la necesidad de poder de esta figura, de esta nueva composición de clase. Se rompe, en cambio, en la materialidad del enfrentamiento, en las exigencias materiales de esta figura obrera, de este proletario. El dominio del capital es despedazado en la luchas, es despedazado en la Fiat de 1969, es despedazado en toda Italia gracias al formidable impulso de las luchas de esos años.

Las luchas de 1969 tienen características del todo diferentes a las anteriores, y también a las de hoy. Eran luchas que nacían en el centro del desarrollo. Nacían en un momento en el que el capital usaba la fuerza de trabajo, esta figura de la fuerza de trabajo, dentro de su proyecto de desarrollo, dentro de su plan de acumulación. Y de repente, la que se había convertido en una ley fundamental del capital —el uso de esta fuerza de trabajo del sur y garantizándose así un salto en su propio desarrollo— se revela, en el propio desarrollo del capital, como una contradicción irreversible. Porque este proletario que ha determinado la riqueza, que ha construido la riqueza, no tanto y no sólo en las ciudades del norte de Italia sino de toda Europa; este tipo de proletario, dentro de su relación con el capital, logra establecer un comportamiento político nuevo, basado completamente en sus propias necesidades materiales.

Este obrero, el obrero-masa, no tiene efectivamente ninguna relación con la vieja tradición comunista: no la tiene porque se trata de una composición de clase completamente diferente de la que había creado el Partido Comunista.

El PCI había nacido en el norte, había nacido en Turín, a partir del movimiento de los consejos de fábrica, había nacido en la estela de la Revolución de Octubre, de la experiencia de los soviet. Se basaba en el obrero profesional, con una fuerte composición especializada, que reivindicaba poder en nombre de su capacidad profesional. Era el obrero que sabía construir perfectamente por sí solo una Balilla[4] y que en nombre de su saber producir riqueza, exige la gestión de esta misma riqueza.

La vanguardias de aquel momento fueron de hecho los consejos de gestión obrera, y lo fueron bajo la influencia de las ocupaciones de fábrica, en las que estos consejos intentaron sustituir a la propia dirección patronal. Pero la necesidad de combatir la ofensiva de esta composición provocó la respuesta capitalista de los años sucesivos. Esta respuesta frente a la experiencia de los soviet y al movimiento de los consejos determina la destrucción y absorción, desde un punto de vista objetivo, de la figura del obrero profesional como principal figura del proceso productivo.

La derrota del obrero tradicional es realizada por el capital por medio de diferentes instrumentos: fascismo, salto tecnológico, la crisis económica de 1929. El resultado debía ser necesariamente la destrucción y sustitución del obrero profesional por una figura diferente de la fuerza de trabajo, de productor.

Por lo tanto, en lugar del obrero especializado, aparece un nuevo tipo de obrero que tiene, respecto de la relación productiva, respecto de la propia organización de la producción, un papel totalmente diferente. El obrero de la cadena de montaje: no profesionalizado, no especializado, móvil, intercambiable. Es el obrero de los grandes saltos tecnológicos de los años veinte y treinta, de la institución de la cadena de montaje de la Ford y del taylorismo. Es el obrero que tiene, como ocurre hoy en día, una relación completamente diferente con la máquina y la fábrica.[5]

Una cultura subjetiva de este tipo, en la medida en que es todavía confusa y no tiene proyección, supone exactamente lo contrario de la política de productividad y del mito ligado al salario. Una cultura que encontraba

---

4 Balilla, auto *balilla,* modelo de automóvil de los primeros años de la Fiat [*N. del E.].*

5 Nanni Balestrini, *Vogliamo tutto*, Feltrinelli, Milán, 1973 [ed. cast.: *Lo queremos todo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006].

incomprensibles ejemplos como las tesis de Trentin[6] (histórico dirigente de la FIOM) según las cuales «los aumentos salariales iguales para todos son pruritos igualitarios de naturaleza pequeño-burguesa». Auténtica estupidez por parte de un dirigente sindical que todavía hoy goza de gran prestigio, incluso entre los intelectuales de izquierda, y que fue duramente desmentida por las victoriosas luchas del «Otoño Caliente».

Además no se trata sólo de una rápida transformación de la «composición política obrera», sino también de los técnicos, los empleados y los trabajadores de servicios (correos y teléfonos, hospitales, transportes, etc.) que experimentan modificaciones consistentes de su estatus y de sus funciones. Los empleados y los técnicos, en particular, habían experimentado durante los años sesenta transformaciones relevantes de su tradicional situación en el ciclo productivo. En relación a los procesos de reestructuración tecnológica, el sector de los técnicos se había ampliado enormemente al tiempo que se reducía drásticamente el de los empleados administrativos.

Acostumbrados desde siempre a unirse a los sindicatos (blandos), social y psicológicamente inclinados a diferenciarse de la condición obrera y tendencialmente subalternos con respecto del mito de la eficiencia y del prestigio patronal, «pequeño burgueses» en lo privado y en el consumo cotidiano, los empleados estaban cultural y políticamente desarmados para comprender las dinámicas del nuevo ciclo capitalista. A menudo regalan sus votos a formaciones centristas o conservadoras; sufren las presiones del PCI decidido en su conquista de las clases medias y en la socialdemocratización de sus propias estructuras; ven paulatinamente reducida su propia capacidad adquisitiva con la consiguiente pérdida tendencial de estatus y prestigio; desplazados por las innovaciones técnico-administrativas (procesos de automatización e instalaciones mecanográficas) sufren un amplio proceso de modernización orgánica al mismo tiempo que son contratados miles de empleados jóvenes y combativos.

---

6 Bruno Trentin secretario de la FIOM (la federación del metal de la CGIL) entre 1962 y 1977, y posteriormente entre 1988-1994 secretraio general de la CGIL. A diferencia de otros dirigentes sindicales, Trentin tuvo una esmerada educación en Harvard y Francia y también un intenso pasado partisano (tanto en Francia como en Italia), lo que no le impidió defender posturas «muy por debajo» de las exigencias políticas y salariales del movimiento obrero real en el largo ciclo de luchas de los años sesenta y setenta [*N. del E.*].

Para unos y para otros es evidente por lo tanto que el proceso de «proletarización» de sus propias condiciones tienden a llevarlos directamente hacia el centro de la lucha de clases. El eslogan «obreros y empleados unidos en la lucha» comienza a circular en las manifestaciones, rompiendo una separación que se había dado siempre. Por supuesto, muchos técnicos desarrollan en las fábricas funciones de «jefecillo», encargados del control de los «tiempos y ritmos», al tiempo que una minoría semiprivilegiada de empleados desarrolla funciones parciales de gestión. Estos componentes están dispuestos a hacer frente a la rabia y a la insubordinación obrera.

En este contexto, mientras fuera de la fábrica explota la contestación estudiantil, la base obrera toma conciencia del hecho de que la estructura sindical es el principal protagonista de la política de colaboración con el adversario de clase. La lucha se desarrolla desde entonces contra la política sindical, tal y como se manifiesta concretamente en la fábrica, y la crítica al PCI es un simple reflejo de la crítica a la CGIL, sólo en la medida en que es evidente que ésta hegemonizada por el PCI.

La lucha contra la política colaboracionista de los sindicatos adopta varias formas. Desde los intentos de luchar solamente «en el seno de la estructura sindical», para corregir lo que a veces se entiende como errores en el marco de una estrategia válida en su conjunto, hasta los intentos de crear «estructuras organizativas independientes» con las que desarrollar las bases de clase de una acción de masas que realmente no es posible a través de las organizaciones sindicales. Gracias a esta segunda alternativa surgieron pequeños sindicatos, surgieron los Comités Unitarios de Base.

La constitución de los primeros CUB en la primavera de 1968 se produce tras las grandes huelgas contra las «jaulas salariales» y por las pensiones. Ambas luchas demostraron el elevado grado de madurez alcanzado. Las «jaulas salariales» eran un instrumento de división de la clase. Salarios diferentes según las zonas geográficas del país, diferentes contratos y luchas separadas entre sí hacían el juego a los patrones: la lucha debía ser una, nacional y por categorías. Pero no sólo, los obreros exigían también saber que futuro tendrían tras una vida de trabajo y explotación. Tenían la experiencia personal, como condición de clase, frente a sus ojos, las imágenes de padres, parientes, madres y amigos obligados a una vida miserable con

pensiones miserables tras 30 ó 40 años de duro trabajo en la fábrica, sabían de los cientos de miles de muertos («muertes blancas») y de inválidos por el trabajo, y exigían que todo esto cambiase.

Las «jaulas salariales» fueron abolidas y desde entonces empezó el proceso de reforma del régimen de pensiones. Centenares de miles de obreros habían salido a la calle, a menudo hubo violentos enfrentamientos con la policía: en Valdagno —feudo industrial de los condes de Marzotto— los obreros derrumbaron la estatua del fundador de la dinastía que reinaba sobre la plaza, los estudiantes se unieron frecuentemente a estas manifestaciones y los diarios patronales (y a menudo también del PCI) hablaban y deliraban continuamente contra las provocaciones de los «grupúsculos chinos». La violencia de la policía y la incontrolable amplitud de las manifestaciones obreras sacudieron al gobierno y obligaron al sindicato y al PCI a tratar de liderar el malestar obrero proponiendo, entre otras cosas, el desarme de la policía y la delegación en los sindicatos de la tarea de garantizar el orden público.

Esta posición había creado una fuerte inquietud en las cúpulas policiales y en los aparatos de los servicios secretos que, se podría decir, comienzan entonces a experimentar técnicas de lo que más tarde se llamó «la estrategia de la tensión». De hecho, el 30 de agosto de 1968 (y la cosa se repite en diciembre) se coloca en la sexta planta de los almacenes Rinascente de Milán una bomba que no llegó a explotar. El jefe de policía Allegra (que se hará famoso después de la época del terrorismo de Estado) escribe en un documento reservado que «los explosivos han sido depositados por anarquistas en la medida en que la colocación de las bombas estuvo precedida por el envío de una carta dirigida a la jefatura de policía, mecanografiada con letras mayúsculas bajo la firma Brigada Anarquista Ravachol».

Es inútil decir cuan extravagante puede llegar a ser la tesis de que un eventual atentado sea advertido con anterioridad a la policía. En cualquier caso no se volverá a hablar de las bombas en los Rinascente, salvo en el intento, igualmente torpe, de atribuírselas a la compañera de Gian Giacomo Feltrinelli un tiempo después. Lo cierto es que el episodio de las «bombas en la feria» fue rebatido (mientras en el Parlamento se debía discutir, precisamente, del desarme de la policía) y que desde 1968 se delinea una trama de los cuerpos separados del Estado dirigida a contrarrestar cualquier transformación democrática.

Volviendo a la cuestión de los CUB se puede observar que en sus inicios el fenómeno es muy heterogéneo según cada situación y cada sector obrero, y alcanza su máxima extensión en el verano-otoño de 1969. Los CUB surgieron sobre todo en el norte, gracias a la presencia de extensas concentraciones obreras en estas regiones, que habían experimentado el complejo enfrentamiento-relación con las estrategias sindicales. Las zonas que vivieron en mayor medida el fenómeno fueron Milán, Pavía, Trento, Porto Marghera y Bolonia. No faltaron sin embargo experiencias análogas también en el centro de Italia (Florencia, Pisa, Roma) y en Cerdeña (Porto Torres). En el sur los CUB no se formaron más que en Nápoles. Durante 1968 se intentaron también formas de coordinación horizontal entre los CUB que funcionaron más bien poco, entre otros factores a causa de los fuertes componentes estudiantiles ideologizados, que en algunas situaciones tenían además la hegemonía en los propios CUB.

Una de las experiencias más interesantes de la historia de los CUB es sin duda lo ocurrido en el CUB Pirelli (Bicocca) de Milán. El CUB Pirelli se forma en la primavera de 1968 tras la firma de un acuerdo empresarial después de 72 horas de huelga. Un grupo de obreros, en el que también hay activistas sindicales afiliados al PCI, a la CGIL y a la CISL, se posiciona en contra de la firma del acuerdo mediante un pasquín. El CUB se constituye sin hacer referencia a ninguna ideología en particular (como núcleo de organización de la lucha, y no como órgano de dirección política de la clase obrera).

En la Pirelli el proceso de cambio de la composición obrera había sido muy fuerte y muy prolongado. Concretamente, la edad media de los obreros contratados después de 1967 era considerablemente inferior a los treinta años y muchos de ellos eran trabajadores-estudiantes; estos obreros tenían las mismas características que miles de jóvenes proletarios contratados en los últimos dos años en la mayor parte de las fábricas italianas. A diferencia de los jóvenes inmigrantes contratados a comienzos de los años sesenta, casi todos tenían un título de estudios de mayor grado, una experiencia metropolitana mayor y exigencias subjetivas complejas. Estaban caracterizados además por una escasa experiencia política y sindical, por una pronunciada alergia al burocratismo y al colaboracionismo sindical al tiempo que una mayor sensibilidad hacia las luchas de los estudiantes. De hecho fueron estos jóvenes obreros, en

la Pirelli como en otras fábricas, quienes establecieron los primeros contactos con los estudiantes que llevaban a cabo la actividad de agitación frente a la fábrica.

El CUB, que se reúne fuera de la fábrica, acoge en su interior tanto a obreros como a estudiantes y a menudo se da la presencia de algún técnico o de algún empleado. Los primeros objetivos de lucha están dirigidos tanto a la exigencia de nuevas contrataciones como a la reducción del horario de trabajo con el mismo sueldo. «Los sindicatos no pueden [...] emprender un ataque a fondo contra el plan económico» porque, afirma el CUB, se encuentran objetivamente limitados debido a su papel de gestor de las negociaciones. «Los objetivos no pueden venir desde arriba sino que deben crecer y concretarse en el debate de base», «la lucha es la única arma obrera». En el documento publicado por la revista *Quindici* en marzo de 1969, que reproducimos aquí, los fundadores del CUB resumen los inicios de su propia experiencia. En estos se encuentran todos los elementos cruciales de la madurez obrera alcanzada en su enfrentamiento contra el plan capitalista y muchas de las temáticas recogidas aquí funcionarán como «motor» de las luchas del Otoño Caliente del '69.

Documento del CUB Pirelli

La lucha en una nueva dirección, organizarse

El malestar que ha dejado la firma unitaria de la negociación ha sido en seguida muy fuerte. En un primer momento se trataba de la rabia obrera contra el sindicato (no fueron pocos los obreros que entonces rompieron sus carnés sindicales), entre otras cosas porque los activistas sindicales competían entre sí atribuyéndose los contenidos del acuerdo. Posteriormente una lluvia de autocríticas por parte de los sindicatos acabaron sustancialmente en una invitación a renovar la confianza, tal vez a través de una presencia más asidua, «de control», en las asambleas sindicales. Pero para algunos obreros la lección había sido definitiva: el convenio timo era el resultado de la falta de visión política de los problemas obreros, de la falta de una conciencia de lucha continua y frontal contra el patrón, era el resultado de la búsqueda del compromiso, según la línea llevada a

cabo por las centrales sindicales (sólo atentas a las maniobras de altos vuelos y nunca al clima «político» creado en la base obrera) dispuestas a sacrificar cualquier exigencia de base en nombre de la unidad por arriba.

Han echado a andar las primeras propuestas obreras con el fin de dar una solución *política* al malestar, se vuelve a pensar la cuestión de la lucha de la clase obrera, se discute con el fin de reconsiderar las formas mediante las cuales se pueda expresar. Fuera de la fábrica, obreros *afilados a distintos sindicatos* y decididos a comenzar un nuevo trabajo en la fábrica, comienzan a encontrarse, a discutir qué hacer. Se constituye, en este clima, el Comité Unitario de Base de la Pirelli.

Los primeros meses del CUB son duros: de hecho las secciones sindicales presionan para que los activistas vuelvan a un trabajo dentro, y no fuera, del sindicato. Pero gracias a las discusiones con los dirigentes sindicales, que participaban inicialmente en las reuniones del CUB, y a la confrontación directa con la línea del sindicato, y también del partido, se han clarificado los términos en los que emprender el trabajo que será una acción cualitativamente diferente de la acción sindical.

En Milán, mientras tanto, se habían desarrollado luchas estudiantiles que habían avanzado, aunque de forma algo confusa, la idea de unidad entre obreros y estudiantes. En la Innocenti, en particular, el Movimiento Estudiantil, introduciéndose en el momento de la lucha, ha contribuido a elevar la tensión y la combatividad y por lo tanto ha ayudado a concluir con un acuerdo inesperado.

Los obreros del Comité Pirelli han vislumbrado ahora la posibilidad de un trabajo político con los estudiantes. Han hecho algunos contactos personales con quienes parecen tener mayor disponibilidad para un compromiso continuo. El CUB toma así la forma de un organismo constituido por obreros y estudiantes.

Sobre la conexión obreros-estudiantes

El CUB ha realizado un nuevo tipo de unión respecto del realizado o practicado por el Movimiento Estudiantil. Lógicamente, la superación por parte del ME de la lógica corporativista y sectorial, el significado decididamente anticapitalista de sus luchas, habían llevado a muchos estudiantes al trabajo político de fábrica, el lugar en el que nace el capital y manifiesta sus contradicciones más evidentes, siempre con el fin de conectarse con la clase obrera y con la perspectiva de erosionar el sistema. Pero el papel puramente instrumental desarrollado por los estudiantes

durante las luchas obreras milanesas de 1968 (p. ej. Innocenti y Marelli) carecía claramente de perspectiva, en la medida en que se encontraba reducido a una simple función de servicio: el estudiante que distribuía panfletos y era miembro del piquete. En el CUB los estudiantes ya no tienen una posición subordinada, sino que participan en primera persona en el trabajo obrero, que es un trabajo político, y en cuanto tal no admite divisiones de categoría. Además la presencia de los estudiantes es continua, tal y como requiere el objetivo anticapitalista de las luchas estudiantiles y el reconocimiento de que *la fábrica es el lugar de nacimiento del capital*.

Una relación correcta dentro del comité de fábrica exige por lo tanto una responsabilidad equiparada, lo que quiere decir elaboración y decisión colectiva de la táctica, de las herramientas y de los tiempos de lucha. Para llegar a esto, han sido decididamente eliminados del CUB: a) el obrerismo, que a través del mito del «obrero en tanto que tal» condiciona al estudiante a una prudente posición de inferioridad y limita su intervención y acción; b) la autonomía entre ME y movimiento obrero, formulada por el PCI y la CGIL para conservar su «hegemonía» sobre la clase obrera y evitar que la unidad estudiantes-obreros dentro de un organismo pudiera desbancarles.

Además, en lo que respecta al ME «oficial», hay que decir que se ha intentado la colaboración con éste aunque la mayor parte de las veces con escasos resultados y sólo con éxito en momentos concretos (manifestaciones o piquetes), dado que la estructura del ME y su fluidez ideológica (por no hablar de la incomprensión y del esnobismo con el que los «líderes» estudiantiles han considerado la experiencia Pirelli; para luego llenarse la boca con el eslogan de la «unidad obreros-estudiantes»), no habría permitido lo que se quería en el CUB: que estudiantes y obreros tuvieran la misma función política, de análisis y decisión, y sólo secundariamente se repartieran las tareas por razones de oportunidad; los primeros tienen, de hecho, una mayor disponibilidad de tiempo y una mayor movilidad de acción, y por lo tanto aseguran mejor la eficiencia organizativa, los segundos están mejor informados de la situación de la fábrica y consecuentemente gozan de una mejor posición para analizar los hechos y hacer propuestas concretas.

Por otro lado, el comité siempre ha estado abierto a los estudiantes y en general a las «fuerzas externas» (obreros de otras fábricas y militantes de izquierda) dispuestas a aceptar los contenidos del CUB y a trabajar para desarrollarlos y realizarlos.

Método de trabajo del CUB

No teniendo una ideología preconstituida, el CUB ha partido de un análisis del plan del capital, no en relación con su dinámica general sino con su concreción en la fábrica. *El análisis de la explotación en la fábrica* es la base del discurso político del comité. Y a través de la discusión sobre la condición obrera en la Pirelli se intenta comprender en que momento político se puede iniciar la movilización.

Se trata de demostrar que los elementos presentados como componentes esenciales e inevitables del trabajo, los ritmos, el cronómetro, los ambientes nocivos, etc., no son otra cosa que elementos de explotación. Explotación no es sólo una palabra, sino una realidad que el obrero experimenta en la fábrica bajo formas muy precisas. Por eso el CUB parte siempre del análisis de la condición obrera concreta para ir más allá de la simple expresión de malestar y para alcanzar un compromiso de lucha frontal contra la explotación y sus causas.

Desde que comenzó el fenómeno de la formación de pequeños grupos a la izquierda del PCI, muchos de éstos han realizado intentos de intervención en la fábrica (*Quaderni Rossi*, Avanguardia Operaia, Potere Operaio, *Classe Operaia*, marxistas-leninistas, PCD'I, etc.).

La crítica que el CUB ha hecho al tipo de intervención de estos grupos, entre los que nunca ha sido comprendido, parte del hecho de que éstos actúan *desde fuera,* a pesar de sus intenciones, dado que parten de análisis teóricos acabados o de exigencias ideológico-políticas irrenunciables, que luego tratan de traducir en líneas de lucha o en plataformas reivindicativas que en su mayoría encuentran escasa audiencia entre los obreros.

A juicio del CUB, el motivo de la falta de respuesta a las intervenciones externas por parte de la clase obrera, puede deberse a que el punto de partida real (no el simple pretexto) debe ser la condición particular y concreta en la que los obreros conocen la explotación capitalista. Ni la acción ni la teoría pueden prescindir de esto, so pena de ser irreales y dogmáticas.

Reivindicaciones económicas y objetivo político de la lucha

El CUB intenta desarrollar su línea política apoyándose en la condición obrera de la fábrica, verificando los contenidos y los instrumentos de lucha en los distintos niveles de la conciencia obrera. Esto no significa que «se viva al día» o que se apoye un sindicalismo a toda costa: está claro que el discurso es político.

La lucha que el CUB intenta mantener es una lucha por el «poder obrero». El ataque al patrón, si quiere ser general, puede y debe pasar por diferentes momentos; las contradicciones en el plano patronal sólo estallan cuando el obrero comprende que cada uno de sus deseos económicos sólo son un momento de un fraude más amplio y que sus deseos económicos pueden satisfacerse a través de una lucha general por la toma del poder. La perspectiva es obvia y elemental: se cuestiona el poder de decisión del patrón en cada uno de los puntos concretos en el que éste actúa.

Practicar una lucha únicamente reivindicativa es fracasar desde el comienzo. Los contenidos políticos son los únicos capaces de generar un rechazo general de las condiciones económicas. La perspectiva política se llena de contenidos reivindicativos pero no se identifica con éstos.

En cambio es fundamental *buscar de vez en cuando contenidos reivindicativos, necesidades económicas capaces de resumir en lo concreto el significado político.*

Por ejemplo: no se lucha por una regulación del trabajo a destajo ni por una mejora del ambiente de trabajo, pero a través de la protesta por el trabajo a destajo o en contra del ambiente nocivo se *cuestiona el poder de decisión del patrón* (antes de las luchas era Pirelli quien decidía los ritmos o establecía el límite de lo nocivo; en la lucha el obrero es quien decide ritmos, quien rechaza el trabajo si comporta un daño para la salud, etc.).

Cualquier reivindicación es integrable, pero si la perspectiva de la lucha es política, es posible rechazar las luchas subversivas y crear momentos y lugares de lucha revolucionaria. En la actual situación asistimos, como se sabe, a una división entre el momento económico de la lucha, gestionado por los sindicatos, y el momento político, gestionado por los partidos obreros.

Sin embargo es precisamente la *unidad* de la lucha económica y de la lucha política lo que puede provocar la crisis de la sociedad capitalista. De hecho, la lucha económica es fecunda sólo si combate el plano general de la política y, por otra parte, el momento político no se

puede separar de las luchas económicas, sin empobrecerse. Además, la conciencia obrera de los propios intereses y derechos sobre el lugar de trabajo es lo que lleva a la lucha general en la sociedad, y viceversa.

Cuando, como ocurre ahora, se confía el momento político a los dirigentes del partido y el momento económico a los dirigentes sindicales, existe el riesgo de que la clase obrera se vuelva extraña a ambos procesos. Sin contar con que los dirigentes se transformen en burocracias del partido y del sindicato.

El CUB es un intento de *devolver a la clase obrera su papel de sujeto, tanto en la lucha económica, como en la lucha política.*

Relaciones con los sindicatos

De lo escrito hasta ahora se desprende claramente que el CUB *nunca ha querido proponerse a sí mismo como estructura organizada alternativa al sindicato,* ni siquiera se ha propuesto hacer un análisis o una crítica puntual de lo que hace el sindicato, sino que por el contrario cuestiona el papel objetivo del sindicato y en su documento programático se puede leer: «Por lo tanto, la inserción de los organismos sindicales dentro de este plano (del capital) supone enjaular las luchas a través también del instrumento sindical. De hecho, los sindicatos deben funcionar cada vez más *objetivamente* como gestores de la negociación, deben estar cada vez más dispuestos a negociar *primero,* y sólo *después* a luchar (este es el sentido del *marco acordado del que* se habla tanto *y sobre el que* escribiremos más tarde en otro documento). La propia comisión interna debe estar subordinada al sindicato central y éste tiene que encontrarse activamente insertado en la programación. Las comisiones paritarias, que por otro parte ya no funcionan, son armas de chantaje anti-obrero, por cuanto pueden intervenir sólo en los casos de abuso evidente y éstas están casi siempre en manos del patrón ya que la mitad de las mismas está formada por dirigentes y la otra mitad (aunque sabemos que siempre es posible comprar a algún rufián) por representantes de los obreros».

El sindicato gestiona la negociación y siempre propone la lucha para llegar a las negociaciones, o después del inicio de las negociaciones. De hecho, el sindicato está insertado en la lógica del sistema capitalista, porque tiende a reducir y a limitar la combatividad obrera entre el inicio y la conclusión de las negociaciones.

El CUB no ha buscado ni el enfrentamiento ni el encuentro con el sindicato ya que actúa en otro plano: en la formulación política de los problemas y en la dirección política de la lucha, superando de hecho la gestión puramente sindical.

Pero aunque no busque el enfrentamiento, el CUB muestra sus divergencias respecto del modo en que los sindicatos pretenden dirigir la lucha en la Pirelli y denuncia que la huelga meramente demostrativa, la huelga como amenaza para realzar la negociación, al igual que la huelga programada, son formas estériles, incapaces de provocar la crisis del sistema patronal.

El CUB se convierte en el transmisor de la idea de la *huelga de lucha, es decir, la huelga como expresión de la combatividad obrera y de su capacidad de hacer mutar las relaciones de fuerza en la fábrica.*

Esta concepción de la huelga tal vez permita a la clase obrera de la Pirelli superar la fase actual en la que la lucha se ha desarrollado casi siempre como reacción a las iniciativas provocadoras del patrón. Por lo tanto, estamos todavía en una fase defensiva pero que se va orientando hacia una lucha de ataque, como se puede ver en la llamada «huelga de producción» cuando los obreros, fuera de las fases de lucha y sin querer sumarse a ninguna negociación inmediata, deciden la disminución de la producción.

El CUB, por lo tanto, aunque se encuentre forzosamente al lado del sindicato en la intervención en la fábrica y lleve a cabo una formulación diferente, cuando es a menudo atacado y rechazado por éste y cuando otras veces es, en cambio, recuperado por el mismo, no acusa a los sindicatos de ser «traidores de la clase obrera» sino que por el contrario pone de relieve *el límite intrínseco del discurso sindical* y señala a *la gestión política autónoma de la lucha como el instrumento capaz de superar este discurso y sus límites internos.*

Los sindicatos, a parte de los ataques oficiales, se repliegan sobre ataques esporádicos y personales contra miembros concretos del comité, tanto obreros como estudiantiles, intentando disminuir las simpatías de los obreros, por lo menos de su componente estudiantil. Tras estos intentos, siempre en vano, se ven obligados a reconocer la realidad del comité.

Es significativo, en este sentido, que en las críticas de la *Unità*, durante meses, no haya habido ninguna mención respecto a la existencia del CUB; sólo se reconoce la existencia del CUB en un suplemento especial sobre las huelgas de la Pirelli, pero reduciéndolo a la categoría de «impulsor». En cambio, el *Gazzettino Padano* destaca en sus críticas de tono alarmista la ausencia del sindicato en estas huelgas, en las que menciona al CUB, presentándolo sobre todo como «fuerza externa», y refiriéndose a las supuestas tensiones que había creado dentro de la fábrica. Ésta es también la posición del *Corriere della Sera* en los artículos dedicados al CUB (de los días 12 y 17 de diciembre de 1968).

El '68 en la fábrica[7]

Sergio Bologna

El '68 en la fábrica fue sobre todo milanés, simbolizado particularmente en el CUB Pirelli. La Fiat arrancaba un mes más tarde, mientras que fábricas como la Montedison de Porto Marghera, la Fatme de Roma o la Saint Gobain de Pisa dependieron sobre todo de la mayor o menor suerte de los respectivos grupos llamados externos, que resultaron aun más recalcitrantes. El '68 del CUB Pirelli es el '68 que perdura, que configura los movimientos y el sindicalismo de base de los años setenta, mientras el '68 de Valdagno —por poner un ejemplo— se parece más a una explosión tardía de una «Company Town» que hubiera permanecido bajo un anacrónico despotismo de tipo feudal.

En 1965 estuve en Valdagno durante algunos días. El recuerdo del viejo Marzotto, que mandaba a sus jefes a recoger a las chicas de los sectores, estaba todavía presente. Los hijos, apasionados de los coches, recorrían la corta autovía que iba del pueblo a la fábrica como si estuvieran en Monza.[8] En la salida de la fábrica había una garita con un corpulento guardia. Los obreros/as debían mirarlo atentamente a los ojos, porque decidía quién debía ser registrado con un leve, casi imperceptible, gesto de cabeza. Hombres por un lado, mujeres por el otro. No recuerdo si las mujeres habían conseguido que al menos quien las cacheara fuera otra mujer. Valdagno no tenía otro ritmo social, fisiológico, que no fuera el de la fábrica. Por la noche el pueblo estaba desierto, oscuro y ya entonces se hablaba del torrente Agno, irremediablemente contaminado por la Marzotto.

Cuando algunos meses después, al relevar a Umberto Segre en su puesto de la Universidad de Trento, coincidí allí con Mauro Rostagno, que había conocido en algún grupillo operaísta de Milán en 1963, y a su compañera de entonces, Marianella, a Checco Zoi, Paolo Sorbi y a algunos otros del grupo «histórico» trentino y les conté estas historias, les costaba creerme. La explosión de rabia de Valdagno ocurrió sin los estudiantes. Llegaron a Trento cuando terminaron. En cambio fue otra historia lo que más tarde se dió, ya que anticipó las actuales historias de la Farmoplant y allí los estudiantes tuvieron un papel determinante. Se trata de la historia de la Sloi, una fábrica cancerosa que producía mangueras de gasolinera. En el grupo «histórico» de los trentinos había por

---

7 Del suplemento para *il manifesto*. *Autunno operaio*, Roma, 1989.
8 Se refiere al famoso circuito de carreras de Monza [*N. del E.*].

aquel entonces un compañero, cuyo padre trabajaba en la Sloi y que acababa de morir de cáncer precisamente en aquellos años. La intervención de los estudiantes y de algún que otro valiente sindicalista local creó el «caso Sloi» que terminó con el cierre de la fábrica.

Aquellos años, 1965-66, habían sido los últimos años de la intervención en la fábrica que nació con los *Quaderni Rossi*. En Milán esta intervención había sido más sistemática que en otros lugares porque las fábricas eran muchas y ninguna ejercía una hegemonía como podía hacer la Fiat en Turín o la Montedison en Marghera. Nuestra intervención producía poquísimos resultados organizativos. Eran los años de *Classe Operaia*, la única publicación que, en aquel periodo de violenta reestructuración y represión, daba datos sobre la situación en las fábricas. Más importantes que la revista *Classe Operaia* eran las octavillas, los opúsculos, los panfletos de los grupos locales, sobre todo los de los lombardos. Creo, espero, que se conserven en la biblioteca de la Fundación Feltrinelli. Sin embargo contribuimos a remover las aguas. Recuerdo una huelga espontánea con una manifestación hasta la cComisaría dell'Innocenti de Lambrate en mayo de 1965, recuerdo las luchas de taller en la Siemens de la plaza Lotto, en la Autobianchi de Desio, en la Farmitalia, en la Alfa Portello. Teníamos compañeros en Como, Varese, Pavia, Monza y Cremona que intervenían en las otras grandes fábricas lombardas. Pero en la Pirelli no conocíamos a nadie.

¿Cuál fue el resultado de este trabajo de topos? Atesorar un «saber» sobre las fábricas en todas sus articulaciones como nadie tenía en Italia por aquel entonces, ni los turineses, abrumados por la monocultura del coche, ni los vénetos, ni los genoveses. El panorama industrial del área milanesa era más variado, más sensible a la innovación, más abierto a la industria extranjera.

Con la clausura de *Classe Operaia* acaba también la intervención en la fábrica. Mi empeño político-intelectual lo dirigí entonces a la enseñanza en Trento, a la colaboración en *Quaderni Piacentini* y al intercambio de contactos con grupos de EEUU y Alemania.

En septiembre de 1967 —en la atmósfera de la explosión estudiantil— Toni Negri comenzó un seminario en Padua para celebrar su reciente nómina de profesor titular. Era el seminario en el que se puso a punto la teoría del obrero-masa. Allí recojo el fruto de mis años de estudio sobre la organización consejista y presento el ensayo sobre la figura del obrero profesional y sobre la figura del obrero masa que será publicado cinco años después por Feltrinelli en *Operai e stato*. En el invierno de 1967-68 explota la revuelta estudiantil que en sus comienzos tiene un sesgo de negación de las teorías obreristas. En las universidades

políticamente más maduras, donde los grupos estudiantiles han tenido un pasado influido por Panzieri, deben liberarse de él para reafirmar su propia identidad nueva y abrazar plenamente las teorías anti-autoritarias del poder estudiantil. Esta negación es particularmente violenta. El grupo «histórico» de los piacentinos rompe así violentamente la asociación que habíamos establecido. Los *Quaderni Piacentini* están obsesionados con la escuela de Frankfurt y con Berlín, desde Krahl a Dutschke, e ignoran, como lo ignora todo el movimiento italiano, la importante contribución a las luchas de las facultades ténico-científiicas en Alemania, la crítica de la ciencia y la tecnología que produjeron una reacción en cadena a través del llamado «movimiento de los ingenieros» y del rechazo de la profesión. En definitiva, fueron ignoradas todas aquellas semillas que en los años setenta germinaron en el pensamiento ecologista.

A mí me llegó el eco de estas cosas por los contactos que mantenía con la RFA, que eran fruto de viejos conocidos de Lelio Basso, situados en el ámbito de la izquierda del SPD y de la izquierda sindical. En 1967 había hecho otro viaje a Alemania que me había llevado a ampliar estos contactos. Fue en esta ocasión cuando en Frankfurt conocí a Angela Davis, que entonces vivía en un *loft*. La izquierda sindical seguía con mucha atención «el movimiento de los ingenieros», porque les interesaba directamente la fuerza de trabajo cualificada de la futura producción.

El ‘68 empezó por lo tanto provocándome una extraña sensación: por un lado advertía un cierto aislamiento, como si el movimiento estudiantil y sus ideología tuvieran necesidad de «deshechar» la cultura con la que me identificaba; por otro lado advertía que se había creado un gran espacio en el que poder volar. Era como si se hubiera constituido una nueva y anhelada *res publica* y también ésta, al igual que la vieja, me hubiera dejado de lado.

Prevalecía de todas formas la sensación de que el futuro estaba de nuestra parte. Del viejo grupo de *Classe Operaia* podía esperar poco. Algunos se habían dispersado, otros se estaban reactivando como ciudadanos de la nueva *res publica*, una parte importante había sido absorbida por el PCI. Sólo Toni Negri continuaba pensando a lo grande. Creo que estaba obsesionado por la idea de que hacía falta conquistar para la causa obrerista una cuota «visible» del movimiento estudiantil; por lo tanto, por un lado le seguía y por otro perseguía el objetivo de alianzas tácticas con algunos de sus líderes más relevantes.

Yo tenía una actitud diferente, que se podría resumir en que dejemos que los estudiantes hagan su propio camino. Si deben matar al padre que lo maten. Si quieren hacer referencia a la clase obrera que lo

hagan, pero si no quieren da lo mismo. En cualquier caso han hecho mucho, demasiado incluso. La cuestión clave no estaba en llevar a los estudiantes frente a la fábrica —en términos generales, ya lo habían pensado. En Trento el trabajo en la Sloi o en la Michelin habían precedido al '68; en Turín, tanto en el Palazzo Campana como en la Molinette, los médicos se habían preguntado cómo relacionarse con la Fiat. El problema era diferente. No hacía falta llevar a los estudiantes delante de la fábrica, sino llevar a la clase obrera desde la fábrica hacia posiciones de «rechazo del trabajo», entendido como rechazo de los mecanismos más sucios de la explotación. Hacía falta colaborar en la creación de un nuevo estrato de dirigentes obreros capaces de sustituir las estructuras sindicales existentes. En definitiva, estaba convencido de que aunque en todas las universidades de Italia los muros se hubieran llenado con la pintada de Potere Operaio nada hubiera sucedido en la fábrica. Más bien, lo que había que hacer era evitar que en el movimiento estudiantil, que para entonces ya era aceptado por la cúpula del PCI y de la CGIL como una «nueva institución», tomase fuerza una visión de los problemas asentada en lo peor del togliattismo y por lo tanto se asentase en una cultura de clase obrera que ignorara toda la contribución llevada a cabo por el obrerismo y considerándolo como algo herético.

Ya estaba harto de que, cada vez que iba a distribuir un panfleto de *Classe Operaia* frente a una fábrica de Sesto San Giovanni los comunistas de su Comité de Empresa me dijeran que era un «provocador, pagado por los americanos». Casi prefería que se ocuparan de todo excepto de *Classe Operaia*.

El Mayo francés cambió radicalmente las cosas.

Desde aquel momento la «cuestión obrera», dejada a un lado o considerado como algo secundario en el movimiento estudiantil, volvía al primer plano. Me puse manos a la obra nada más escuchar en la radio las noticias de los enfrentamientos de Nanterre y la Sorbona. El tiempo de recoger algo de dinero y de hacer un trato con la radio suiza. Giaro Daghini y yo salimos juntos hacia París en un coche con tanta gasolina de reserva que parecía una bomba. Nos acompañaba el hijo de Alberto Savinio, Ruggero. Fue un viaje de entusiasmo y de duchas frías. Llegar a la frontera preocupados por las posibles preguntas de los policías y encontrarlas vacías, con una gran pancarta de *La douane aux douaniers* [*La aduana para los agentes de la aduana*] nos llenó de entusiasmo. Después, en cambio, desde la aduana a las puertas de París, no vimos ni rastro de la revolución, nada extraño, insólito; la Francia profunda continuaba con su tranquila existencia.

Habíamos aterrizado. Pero llegar al barrio latino con las barricadas todavía humeantes y pasar una noche psicodélica paseando por la Sorbona nos volvió a llevar a las estrellas.

Permanecimos en París hasta el final. Luego escribimos para *Quaderni Piacentini* un artículo que tal vez sirvió para volver a proponer al movimiento las categorías obreristas de análisis.

El Mayo francés supuso una ruptura en el imaginario colectivo. Pero no podía ser tomado como ejemplo concreto de relación entre obreros y estudiantes. Había demostrado que la clase obrera era un sujeto presente, nada más. Nuevamente había dotado de vigencia a la «cuestión obrera» en las universidades y en las estructuras de base del movimiento, pero nada más. ¿Cómo se podía hacer entender que los recorridos de la memoria obrera eran tortuosos y complejos, que la historia de las derrotas, de las desilusiones y traiciones es muy dura? ¿Cómo se podía hacer comprensible que los lenguajes, los códigos de comunicación, los símbolos y el imaginario eran otra cosa?

Para poder dialogar con este universo de clase hacía falta conciencia y saberes que sólo los miembros de los laboratorios obreristas de los sesenta habíamos empezado a ordenar sistemáticamente.

En los primeros meses del '68, antes del Mayo francés, ya se había abandonado completamente el debate sobre el movimiento estudiantil debido a los motivos antes mencionados. Me puse a trabajar sobre los técnicos, es decir, sobre ese estrato de la nueva fuerza de trabajo, de las «nuevas profesiones industriales», que especialmente se habían ido desarrollando en Lombadía en las industrias *high tech* (electrónica, telefonía, química fina, ingenierías, etc.). En este sentido, tenía a mis espaldas una pequeña experiencia personal: durante dos años había trabajado en la Olivetti en el sector eléctrico (oficina de prensa y publicidad) y había asistido a las primeras luchas de un grupo de «nuevos técnicos»: los encargados de la manutención de los por entonces escasísimos ordenadores Elea Olivetti. En aquel contexto nació la hipótesis, descartada por la Cámara de Comercio de Milán, de hacer un sindicato de técnicos. El terreno de análisis de las «nuevas profesiones industriales» se había contaminado ya de las primeras teorías postindustriales, según las cuales los *blue collars* estaban en vías de extinción, siendo sustituidos por *white collars*. Estas teorías postindustriales tenían mucho eco en el movimiento obrero, en el movimiento estudiantil y en la cultura de izquierdas en general. No era fácil oponer a estas teorías un análisis de la situación centrado, en cambio, en la complementariedad de *white* y *blue collars,* es decir en la unidad política e histórica de la fuerza de trabajo por encima de su división y exclusión recíproca. En aquel momento vencimos nosotros, menos

famosos que los Mallet y los Wright Mills, conseguimos retrasar una década el mito de las teorías postindustriales en nuestro país. Vencimos por nuestra capacidad de crear iniciativas y movimiento, la otra interpretación creaba sólo parálisis y parloteo sociológico. La universidad de Trento era una reserva inagotable de tipos humanos y sociales. Era una universidad en la que todos los que habían visto negadas sus ansias de formación por las reglas del sistema escolar universitario italiano podían encontrar una satisfacción, aunque fuera parcial, a esta necesidad.

Había así muchos trabajadores-estudiantes. La primera onda de contestación los había marginado un poco. No habían podido participar en todas las asambleas, en las ocupaciones, es decir, en la fase «a tiempo completo» del movimiento y por lo tanto estaban menos influidos por el carisma de ciertos líderes aunque tuviesen estima y respeto por ellos. Su problema era doble, verificar si el «poder estudiantil» se había traducido en un mayor o menor poder como trabajadores-estudiantes y tratar de reproducir en sus lugares de trabajo algunos de los espacios de libertad, discusión y negociación que habían sido creados en la universidad. Pero para hacer esto, sus teorías del poder estudiantil servían de poco, necesitaban más bien de las teorías sobre los nuevos técnicos.

Yo había hecho circular algunos *papers* con tal propósito, y algunas de las ideas contenidas en ellos se publicaron en los *Quaderni Piacentini* de marzo de 1969, en un artículo escrito junto a Ciafaloni.

Estos *papers*, que retomaban temáticas ya afrontadas en otras ocasiones en mis cursos universitarios de Trento, circularon y contribuyeron a la discusión que entonces ya se estaba desarrollando por cuenta propia en las fábricas *high tech*.

De esta manera, nació la alianza con un grupo de trabajadores de la Snam, que habían venido de San Donato Milanese, algunos de los cuales estaban matriculados en sociología en Trento y habían escogido mi asignatura en sus planes de estudio. Estos constituyeron uno de los primeros comités de base del '68 en este sector de las fábricas de alta tecnología.

En Milán, a pesar del continuo pulular de los grupillos durante todos los años sesenta, no eran muchos los que podían presumir de situaciones obreras consolidadas. Más allá de nosotros sólo quedaban los restos del PCD'I (m-l) que contaba con algunos cuadros obreros sólidos y luego estaba el grupo del PSIUP que hacía entrismo en la CGIL, dando vida más tarde a Avanguardia Operaia y que constituyó después el prmitivo cuadro de la DP.[9] Nosotros no estábamos de acuerdo con su

9 Democrazia Proletaria, plataforma electoral de los grupos de la izquierda comunista creada a medidados de la década de 1970, véase nota 8 del capítulo 7 [*N. del E.*].

entrismo trotskista y teníamos mayores simpatías por los m-l porque en la fábrica eran un poco kamikazes como nosotros. Sin embargo, con el grupo del PSIUP, luego AO, luego DP, existía una solidaridad completamente «milanesa» que se hizo patente cuando finalmente comenzó el verdadero '68 obrero, es decir, en septiembre de 1968. Tenían compañeros en las fábricas *high tech* y tenían un discurso sobre los técnicos con evidentes puntos de conexión con el nuestro. Cuando empezaron a extender su influencia sobre el movimiento estudiantil del Politécnico de Milán, la experiencia de los técnicos, que ya estaba en marcha, fue importante para los futuros ingenieros, los químicos y los físicos.

Pero aquí es necesario hacer una importante precisión.

La gran novedad en el movimiento estudiantil tras la extinción de la primera onda contestataria del invierno de 1967-68 fue el ingreso, de forma cada vez más consciente, de las facultades tecno-científicas (Física y Medicina en Padua, Medicina en Turín, Física e Ingeniería en Roma, Ingeniería Química y Agraria en Milán, Física en Pisa, el laboratorio experimental de Biología en Nápoles y demás). Los documentos producidos desde estas facultades tenían una enjundia diferente y leerlos hoy es realmente instructivo. La densidad provenía del hecho de poner en segundo plano la temática de la *Öffentlichkeit,* propia del primer movimiento estudiantil, y privilegiar la temática de la ciencia, de la tecnología y por lo tanto de la producción. Entre otras, entre las temáticas de las facultades técnico-científicas encontramos las grandes cuestiones de los años setenta y ochenta: la cuestión de la salud, del papel del médico, la cuestión de la expropiación de los saberes incorporados a la maquinaria por parte del capital y muchas más. Algunos de los documentos de entonces son pobres y traslucen una gran ingenuidad, otros (piénsese en los documentos, en cuya realización participó Franco Piperno, de las facultades científicas de Roma publicados en el opúsculo de Linea di Massa *Escuela y desarrollo capitalista)* conservan todavía hoy su frescura y lucidez.

En agosto Daghini y yo nos tomamos unas buenas vacaciones y nos fuimos de pesca al archipiélago de las Kornati, convencidos de que en septiembre habría mucho que hacer para los que como nosotros teníamos una formación obrerista. El verdadero '68 todavía no había empezado en la fábrica.

Ninguno de nosotros contribuyó de manera directa o indirecta en la fundación del CUB Pirelli. Éste último representó un viraje repentino en la medida en que creció, maduró y se desarrolló completamente dentro de la memoria de clase. La influencia externa de grupos ideológicos,

teóricos individuales y activistas parece inexistente. Sus líderes habían sido dirigentes sindicales de fábrica con un pasado en la CGIL o en el PCI, no eran «hombres nuevos», jóvenes inmigrantes. La Pirelli Bicocca no tenía la movilidad de la fuerza de trabajo de la Fiat. Era una fábrica «milanesa», del todo y en todo, tan cercana a Sesto San Giovani que casi le pertenecía, pero lo suficientemente lejos, en su periferia, como para ser una fábrica metropolitana, como la Siemens, la Alfa de Portelo o la Borletti.

El CUB Pirelli fue una obra maestra de la autonomía obrera, que duró por desgracia menos de un año ya que se disolvió en el otoño del '69 al abrirse la contienda en un nivel demasiado alto e insostenible.

El CUB Pirelli y las luchas a las que contribuyó a dirigir, coordinar y poner en marcha se reveló enseguida como un último instrumento para la guerrilla de taller, pero no como un instrumento capaz de regir una fase de enfrentamiento nacional.

Como se sabe, en sus inicios el CUB Pirelli no buscó aliados ni entre los estudiantes, ni en el movimiento obrero, los fue a buscar cuando se manifestaron las primeras divisiones internas, fruto según algunos de personalismos, causadas en realidad por visiones diferentes. Gracias a la contribución de los técnicos de la Snam, establecí una relación de confianza con uno de los fundadores del CUB Pirelli, Raffaello De Mori, y escribimos a dos manos el opúsculo de Linea di Massa, *Luchas en la Pirelli*, que contiene una reconstrucción en profundidad del '68 en la Pirelli y del CUB de Bicocca.

Justo después, empecé junto a los compañeros de S. Donato Milanese la escritura del otro opúsculo de Linea di Massa, *Luchas de los técnicos,* sobre la experiencia de la Snam. Considero que estas experiencias de «escribano» son comparables a las de cualquier historiador oral; en la medida en que estos opúsculos sirvieron entonces para dar a conocer en toda Italia el '68 en la fábrica y a conservarlo posteriormente en la memoria. Estoy muy orgulloso de haber colaborado en ello y considero la calidad de esa experiencia al mismo nivel que la hecha con los artículos de los *Quaderni Piacentini*, de *Classe Operaia* o de *Classe*.

La experiencia del CUB Pirelli fue contagiosa pero su reproducción en otras fábricas resultó difícil. Existían muchos otros «comités de base» que sólo lo eran sobre el papel. Lo que hay de grande y duradero en lo que había conseguido el CUB Pirelli no se medía por el nivel de la formulación organizativa, sino por el nivel de la estrategia contenida en un particular tipo de rechazo del trabajo encerrado en la reivindicación / realización de la abrogación del salario incentivado, en haber indicado el camino hacia el igualitarismo contra los aumentos por mérito y

el sistema de promociones / exclusiones de la patronal, en haber encontrado la clase de objetivos que se podían practicar sin pasar por una negociación. Se reafirmó así la capacidad obrera de realizar un sistema diferente de organización del trabajo, un clima diferente de organización en la fábrica que no pasaba por la mediación sindical. Desde los tiempos de la Resistencia —como ha recordado Battista Santhi en 1974 en una entrevista a Marco Revelli— no se ponían en marcha formas tan complejas de auto-reducción de la producción, formas que requerían una participación en una unidad extraordinaria de todos los trabajadores, técnicos incluidos.

Hoy, a veinte años vista, he llegado a la conclusión de que el mayor mérito del CUB Pirelli fue el de no haber erigido monumentos de sí mismo. Y por esto mismo se tiende hoy a olvidarlo; tal vez, porque no ha creado ideologías posteriores, ni ha tenido la suerte o la fama de algún personaje.

Como ya he recordado, en febrero de 1968, había estado en la Siemens durante la primera huelga de los empleados y técnicos. Desde aquel momento las agitaciones, las iniciativas (la constitución de los llamados «Grupos de Estudio»), habían vuelto a circular en todas las fábricas. Era la primera vez, desde la postguerra, que los estratos de la fuerza de trabajo que habían sido tradicionalmente usados con una función antiobrera y que habían sido el vehículo social de la disciplina patronal en la fábrica rompían sus lazos de dependencia y escogían el camino de la solidaridad de clase. Esto no habría sido posible si dentro de estos estratos no hubieran surgido «las nuevas profesiones industriales».

Las luchas de sector en la Pirelli que habían comenzado antes de las vacaciones se reanudaron en septiembre. La lucha en la Snam, incluida la ocupación de las oficinas, estalla a mediados de octubre y se prolonga hasta mediados de noviembre, cuando los estudiantes ocupan el Politécnico de Milán.

Estos tres meses, septiembre, octubre y noviembre, muestran el ‘68 obrero milanés en toda su complejidad. Todas las energías acumuladas, los cambios en el imaginario, las reflexiones teóricas, los nuevos códigos de comunicación se fundan en una única tesis que sólo puede ser definida como «nueva composición política de la clase», en donde están todos, estudiantes y obreros, técnicos y empleados, en el corazón de la producción industrial, en el corazón de la formación de la fuerza de trabajo cualificada para la industria.

Éste es el verdadero ‘68 milanés, sin líderes carismáticos, ya sean estudiantiles u obreros, sin fábricas que tiraran del carro, sin facultades de vanguardia y sin ninguna tensión hegemónica por parte de

nadie. Se trata de un complejo sistema de sinergias, una cultura articulada, difícil de entender en ciertos aspectos en cuanto a sus conexiones internas, profundamente diferente de la cultura turinesa. El CUB Pirelli da un potente salto adelante y después desaparece, se convierte en patrimonio colectivo y lo mismo ocurre con los Grupos de Estudio de la Siemens, con la Asamblea Permanente de la Snam, con la ocupación de Arquitectura, etc.

Dos meses y medio después, el 15 de febrero de 1969, tendría lugar en Milán la primera manifestación nacional de técnicos y empleados de las grandes industrias.

Se cerraba así de manera tan bella, mientras estaba ocupado en dar los últimos retoques a los opúsculos de Linea di Massa, un año que había comenzado con una sensación de marginalidad.

Tenía claro lo que debíamos hacer los meses siguientes: hacer explotar la lucha de la Fiat, dotarla de un significado distinto a todas las luchas precedentes. Solo así cambiaríamos las relaciones de clase en este país. Debíamos hacerlo, debíamos conseguirlo, aunque fuese sin los estudiantes, sin la Pirelli e incluso sin los técnicos. Debíamos, como buenos obreristas, saldar cuentas con nuestro pasado.

En la reunión del Politécnico, había participado como observador un enviado de confianza del grupo dirigente del movimiento estudiantil, el romano Lanfranco Pace. Era la primera vez que me encontraba con uno de estos extraños animales romanos, que contemplaban la asamblea con la misma mirada de conquistador con la que cortejaban a una bella joven.

Desde hacía un tiempo Toni Negri había vuelto al movimiento y hacía de puente entre Padua, Roma y Milán y pretendía convencer al movimiento estudiantil romano de Piperno y Scalzone, de que se uniera conyugalmente a los obreros de Marghera para sellar después una alianza con nosotros, los de Milán.

Por eso, a nosotros nos decía que en Roma había preparados 100 ó 200 cuadros, dispuestos a intervenir en la fábrica, y a ellos les decían que nosotros controlábamos la Siemens y la Pirelli, Eni y Alfa Romeo, y cuando estaba de viaje añadía también la Feria de Milán.

Yo era bastante desconfiado y sabía que los obreros de Marghera tenían su propio pensamiento. A partir de noviembre-diciembre de 1968, me había vuelto a meter de lleno en el movimiento, es decir, había retomado los contactos con todos los grupos lombardos y piamonteses que tenía apuntados o que conseguía recordar de memoria. A todos ellos les predicaba la necesidad, la urgencia de hacer algo en

la Fiat o, por lo menos de tener claro que el '68 había sido sólo el prólogo, que lo más fuerte estaba por venir y que sólo podía suceder en la Fiat. Encontré desconfianzas, un cierto escepticismo y la tendencia general a inclinarse hacia el '68, estabilizar algunas formas de acción o algo así. Entre otras cosas me recriminaban mi incoherencia: «¿cómo puede ser que precisamente tú que has teorizado sobre la autonomía obrera pretendas ahora organizar una intervención externa?»

Las desilusiones producidas por esta campaña de reclutamiento me llevaron a aceptar la propuesta de Toni Negri aunque no fuera muy atractiva: un periódico. Así acabé por creer y por hacer creer que todo lo que contaba sobre el resto de Italia era verdad.

El periódico fue *La Classe*. Gracias sobre todo a Scalzone, a quien todavía no había visto nunca, el periódico estuvo listo para que saliese por primera vez y se repartió en Piazza Duomo el primero de mayo con el título *¡LA FIAT!*

Enseñábamos así las cartas, pero nadie nos quería creer. Nos consideraban como los típicos fantasmones. Entre otras cosas, el hecho de que algunos viejos obreristas se hubieran vuelto a poner de acuerdo para sacar un periódico provocó ciertas desconfianzas que, en poco tiempo, me separaron de ciertos ambientes milaneses con los que tenía confianza desde hacía tiempo. Volví a repetir muchos de los viajes que ya había realizado en la primera campaña de reclutamiento, sobre todo en la provincia. El hecho de que volviera con el periódico, en lugar de ser un elemento que me diese mayor credibilidad, como yo creía, provocaba mayores desconfianzas. Se trataba del síndrome del partido, lo que creo que provocaba bromas de mal gusto. De hecho, incluso si se quería considerar a Negri y a Piperno como Lucifer y Belcebú no había ninguna razón válida a priori para descartar un proyecto de movimiento, no de peso, en la Fiat.

Todo el mundo conocía que las luchas de sector en la Fiat comenzaban a extenderse, a dar pruebas de una continuidad insólita. Por lo tanto, a pesar de los fracasos, mi obsesión aumentaba.

La razón por la que creí que era posible y necesaria una organización externa que interviniese en la Fiat derivaba de convicciones maduradas durante el otoño milanés, cuando me pareció que tanto por parte de los estudiantes, como por parte de las fábricas, estaban superadas ciertas barreras culturales y se había llegado a una línea de intereses comunes. Me parecía, en definitiva, que en pocos meses el '68 había posibilitado un enorme salto cualitativo. En segundo lugar me parecía que, en el momento en el que en la Fiat se verificase alguna novedad desde el punto de vista cualitativo, sería necesario

un instrumento político-cultural que actuara de correa de transmisión de la memoria, que tradujera el acontecimiento en un lenguaje, una cultura y una opinión, que se insertara en la amplia onda de la *Öffentlichkeit.* Lo «nuevo» sólo podría ser descodificado por quien conociera bien el pasado. Una vez más vino en nuestra ayuda la enorme reserva humana de la Facultad de Sociología de Trento, y esta vez no bajo la forma de trabajadores-estudiantes, sino bajo la forma de un personaje que parecía que el destino nos hubiera puesto allí: Mario Dalmaviva, estudiante en Trento, natural de Bérgamo, trasplantado a Turín. Nos vimos un par de veces, tal vez fui capaz de seducirle una vez en una reunión de la redacción de *La Classe*, pero nada más. A Mario le bastó tener 4 ó 5 conceptos básicos en la cabeza sobre la clase obrera en la Fiat como para lanzarse a actuar como agitador en las verjas de la Mirafiori. Provocamos una situación explosiva, en una semana ya había asambleas cotidianas de 70 ó 100 obreros —todos los que cabían en el bar cercano— al final del turno. A Mario le acompañaban aquellos días un par de amigos personales, tal vez matriculados en sociología en Trento, gente que nunca había visto una fábrica y tal vez nunca había leído una línea de los sacrosantos textos obreristas.

Pero tenían dentro algo más importante: debido a razones personales, familiares, culturales tal vez, sentían que la liberación de los obreros de la Fiat pertenecía a su propia historia. Por lo tanto, en las puertas sabían hablar y comunicar mucho mejor que la mayoría de los filo obreristas, yo incluido, claro. Nada más comenzar, este grupo de compañeros, un poco asustados por la responsabilidad que recaía sobre sus espaldas, intentaron ver si quienes les habían empujado a hacer aquello, les seguían. Pero resultaron decepcionados. Yo mismo caí casi diez días más tarde de que la cosa hubiera empezado, precedido por Giairo.

Para dar apoyo político y organizativo al gran Mario en Turín, sólo estaban Alberto Magnaghi y otros compañeros apenas salidos del PC, como Franconi.

El movimiento entre tanto se había trasladado al hospital de Molinette, uno de los espacios liberados por los estudiantes de la facultad científica. Imprimí la primera serie de octavillas, las que lanzaron la consigna de «Lotta Continua» y que en parte fueron republicadas en el *Vogliamo Tutto* de Balestrini.[10] La galería de personajes producidos por aquel primer núcleo de obreros de la asamblea mixta era realmente peculiar. La riqueza de las experiencias políticas de aquella gente que antes de aterrizar en la Fiat habían visto medio mundo —eran todos

[10] Ed. cast. *Lo queremos todo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006.

del sur— no tenía parangón con mis encuentros y alianzas de los años anteriores. Sólo tuve estrecha amistad con Alfonso Natella, pero era el más genial, el más suelto. Recuerdo una de sus frases «¡caos y libertad!».

A nuestros amigos y compañeros no se les veía en el horizonte ni con catalejos. El Véneto, sin embargo, nos mandó otro personaje extraordinario, que también había ingresado recientemente en el movimiento sin más equipaje que su profunda vocación redentora y sus grandes dotes comunicativas: Emilio Vesce.

Sorprendidos y un poco molestos, el movimiento y el coto de intelectuales turineses, al principio se echaron para atrás, casi esperando nuestro fracaso.

Después llegó Sofri, que enseguida entendió la situación, lo que le llevó a implicarse y a asumir la gestión de los acontecimientos. Los últimos en llegar fueron los romanos, cuando ya casi se estaba agotando la hospitalidad de la Molinette y nos acogió la Facultad de Arquitectura. Hicieron una contribución muy importante y de hecho asumieron la gestión de la asamblea de obreros y estudiantes junto a los futuros cuadros de Lotta Continua.

Yo me retiré con Vesce para seguir la intervención en Rivalta y escribí, la relación de Rivalta para la reunión de los comités, de las vanguardias y de no se qué más, ya en julio.

La crítica podría continuar, pero en realidad nos tendríamos que preguntar muchas cosas sobre aquellos meses en la Fiat. Realmente sería una lectura muy pobre considerar esto, únicamente, como la prehistoria de los grupos, aunque la preeminencia de algunos problemas de *gesti* acabó por desnaturalizar la iniciativa y trasladarla del terreno de la autonomía de la clase obrera al de los conflictos internos entre bandas.

Los intereses que prevalecieron y que acabaron por emerger no fueron los de un nuevo sujeto colectivo, sino los de una clase política en formación, que se postulaba como candidato para dirigir la clase.

Comprender esta contradicción determinó mis posteriores obsesiones. Tuve una participación determinante en la constitución de Potere Operaio, en el que traté de hacer creíble la propuesta de «dirección obrera para la organización». Pero no supe ir más allá de la enunciación de un deseo. Me costó bastante tiempo reconocer la derrota, la impracticabilidad de una simple propuesta dentro de una estructura como PO. Pero habría ocurrido lo mismo si hubiera militado en LC o en AO. Por lo tanto, me fui de PO sólo un año más tarde. Hubiera sido mejor reconocer la historicidad de mi propuesta en septiembre del ‘69, cuando todavía me obstinaba, escribiendo el editorial del primer

número del periódico *De La Classe a Potere Operaio,* en persecución de la imagen del movimiento que me había quedado en el corazón durante el otoño milanés de 1968.

¿Me arrepiento por lo tanto de haber fundado Potere Operaio? No, reconozco que fue un error pensar en convertirlo en un instrumento de la dirección obrera.

Además no era practicable, mi línea no fue efectivamente mejor que la del resto, probablemente contribuyó más a la parálisis del grupo que a su desarrollo durante aquel primer año. Tanto es así que, cuando me fui, se fueron también muchos compañeros que habían compartido la experiencia del ‘68 milanés —PO empezó a crecer, a encontrar su identidad y un impulso diferente.

No, mi línea no era para nada mejor que la de Toni o la de Franco, es más, tenían razón cuando decían que el terreno de la lucha de clases había avanzado tanto que pararse a valorar que contenidos del ‘68 no se habían desplegado era del todo inútil. Una vez reconocido esto, sigo creyendo que mis preocupaciones estaban justificadas, no por PO, sino por toda la clase política de los grupos. Una vez fuera, un poco perdido al principio, creí poder contribuir a la realización de mis propósitos trabajando a nivel de base, ofreciendo mi experiencia y conocimientos al servicio de grupos locales.

El trabajo no nos hace libres

Paolo Virno

La renovación de la negociación colectiva nacional de 1969 *concluye* un ciclo de luchas formidable, que se había propagado durante los años sesenta. Lo que vendrá después es ya otra historia. En primer lugar, en los años setenta se da la crisis del fordismo, el agotamiento del orden productivo sobre el que había madurado *aquella* revuelta de los asalariados. Para los obreros, ya no se trata de expresar la potencia política de la organización específica en el trabajo, de la que son parte, extrayendo de cada recoveco de ésta un puntal para la insubordinación, sino de imprimir su propia marca en la «nueva frontera» capitalista, de contaminar lo máximo posible los ríos desconocidos sobre los que comienza a navegar la gran empresa. Para entendernos: para guardar el mono azul del otoño fueron necesarios otros diez años. Pero lo

que siguió al '69, aunque con una extraordinaria radicalidad, fue sin embargo el perdurar, el resistir o, en los casos más interesantes, un intento de mantener la fuerza acumulada dentro de un episodio social y productivo que estaba mutando a toda prisa.

El otoño del '69 fue el apogeo y, como sucede a menudo, el apogeo coincide con el final del trayecto. Se estaba ante una gigantesca recapitulación de los años sesenta, ante la réplica de mayor escala de cada una de las etapas, ante la generalización de los objetivos y las experiencias. Como una síntesis concentrada en el tiempo, el '69 ofrece una perspectiva privilegiada para reconsiderar en su progresión una secuencia completa de conflictos, para ver de una sola mirada el origen y la meta, la incertidumbre inicial y la seguridad de la victoria. Con una mirada semejante al menos se puede obtener un criterio de orientación con el fin de esquivar las estupideces más evidentes respecto a la imprevista «disparidad» de la clase obrera de los años ochenta.

Como es sabido, el protagonista del '69 fue el obrero de la cadena de montaje, descualificado, intercambiable, desenraizado. Desde entonces la idea de la clase obrera ha coincidido sin reparo con esta figura. Todavía hoy es válida la sinonimia impuesta en aquel trance. Se entiende, por lo tanto, que el actual declive del obrero de cadena se ha combinado con el declive de la clase obrera *tout court* (y poco importa si esta constatación se acompaña de euforia o de lamento). ¿Pero es sensata una presuposición de este estilo? Precisamente la parábola culminada en el '69 nos hace creer que no.

De hecho el obrero masa, protagonista de aquella época, apenas diez años antes, casi no era considerado «clase obrera» de pleno derecho. A finales de los años cincuenta, al obrero descualificado se le consideraba el talón de Aquiles del mundo del trabajo, el punto de menor resistencia, un sector marginal y poco fiable. Y hay que añadir que con razón, que cuando irrumpe en escena el «que no tiene oficio» no tiene muy buena pinta: es ajeno, está alejado de las tradiciones industriales, un despolitizado recatado, contratado por la mediación del párroco, tutelado por el sindicato amarillo, a menudo esquirol. Brevemente, la fuerza de trabajo que nosotros, todavía hoy, por el eco persistente del '69, identificamos con la «clase obrera» y de quien constatamos atónitos su drástico redimensionamiento, no mucho tiempo antes del '69 ocupaba a su vez una posición periférica, de escaso peso específico.

En los análisis y programas de la izquierda, la *verdadera* clase obrera fue durante mucho tiempo la clase obrera «profesional», en cierto modo distinguida (aunque residualmente) por el control del ciclo productivo, por la cualificación que todavía le suponía un saber-hacer

específico, por su orgullosa convicción de poder administrar la producción mejor que el patrón. Después, por supuesto, las cosas cambiaron. En los primeros años sesenta, los *marginales* comenzaron a ser centrales, fundamentales en cada conflicto laboral; y viceversa, el obrero «autentico», ése que tenía orgullo de «oficio», se convierte en elemento de freno, partidario de los compromisos. El Otoño Caliente supone un cambio conceptual. La nueva fuerza de trabajo que encarnaba de forma inmediata el concepto marxiano de «trabajo abstracto» (puro desperdicio de energía psicofísica mesurable en tiempo), se presenta como el epicentro telúrico de las sociedades occidentales. El anterior oportunismo y el miedo pasado, fueron rescatados por los más duros navajazos anticapitalistas de la postguerra.

Son demasiados los hechos, los discursos, los datos y las anécdotas que afloran durante los meses del otoño del '69, como para tratar de agotarlos: «el catálogo es éste». Se podría hacer, claro está, pero al precio de saturar la atención de cualquier paciente lector. Y además resulta imposible, si se va al detalle, aislar el otoño del año y medio que lo precede, del mosaico de luchas de fábrica que había disuelto cualquier pesadilla de paz social, enfrentándose sobre todo a la estructura del sindicato. La renovación de los convenios sólo puede ser narrada si se concentra la atención en algunos acontecimientos sobresalientes. Intentando tal vez, en algún raro caso, un *zoom* que ponga en primerísimo plano un detalle, hasta convertirlo en una *pista ejemplar.* Otras veces se podría insinuar un contrapunto a través del cual reflejar el día de hoy con las lentes del '69 (o viceversa).

En abril del '69, la FIOM, la FIM[11] y la UILM[12] deciden someter en las asambleas obreras algunas de las primeras hipótesis de su plataforma reivindicativa. Los tres sindicatos de categoría tienen orientaciones muy diversas: casi una torre de Babel. La FIM pone en primer lugar el objetivo de la paridad normativa entre obreros y empleados, declarándose dispuesta en cambio, a sacrificar salario y horario (pero aceptando el principio del igulitarismo respecto a los aumentos salariales). La FIOM está centrada en la paridad de obreros y empleados y es favorable a un

---

11 FIM, Federazione italiana metalmeccanici, ferderación del metal de la CISL, a su vez confederación sindical de inspiración cristiana, producto de la escisión de los sindicatos y militantes católicos de la CGIL a finales de la década de 1940 [*N. del E.*].

12 UILM, Unione italiana lavoratori metalmeccanici, federación del metal de la UIL, a su vez confederación socialista, producto de la diáspora de la CGIL en 1948. Su implantación en un principio estaba prácitacamente reducida a la Fiat de Turín. A partir de mediados de la década de 1960 experimentó una importante expansión apoyada tanto en el descontento con la línea moderada de la CGIL-FIOM como en la formación de los gobiernos de centro-izquierda [*N. del E.*].

fuerte aumento de los salarios, aunque porcentualmente fraccionados en base a la cualificación. Bruno Trentin, secretario de la federación, habla claro: «La cualificación es una conquista obrera, no estamos dispuestos a renunciar a ella a la ligera; el igualitarismo es demagógico». También la UILM propone un sólido aumento, pero diferenciado. (Gino Giugni, en una declaración, ya pasado el otoño, sintetiza así la ambigüedad de una buena parte del sindicato a propósito del «igualitarismo», es decir, de una instancia típica del obrero de cadena y extraña al obrero de oficio: «Esta propuesta, muy discutible en términos de técnica contractual, ha conseguido un notable vigor como "símbolo político" de la participación y, hechas las cuentas, hay que reconocer que ha satisfecho también a quien la consideraba, y no de manera equivocada, una concesión a ingenuos igualitarismos y a la veleidad del comunismo chino»).

La situación del sindicato es delicada. La negociación de 1966 se había cerrado a la baja. Desde mediados de 1968, en todas partes se habían desarrollado luchas autónomas que habían desbancado a los hombres y a la línea de las federaciones. Los «comités de base» podrían ser presentados en lo sucesivo como el duro interregno que ha regenerado al sindicato: en realidad son estructuras políticas alternativas a las reformistas. Gestionaron conflictos, abrieron y cerraron conflictos laborales. A menudo obteniendo sólidas conquistas. Es más, en aquella primavera del '69 se produce la lucha de la Fiat en la que el sindicato vale menos que el dos de picas. No nos equivoquemos, cualquier directriz desde arriba corre el riesgo de no ser atendida, la consulta de masas es necesaria. La renovación contractual, precisamente por su dimensión nacional, general, institucional es la gran ocasión para retomar las filas del movimiento. Los comités de base, si consiguen lo mejor de cada sector difícilmente pueden regir un enfrentamiento de vastas dimensiones, que exige coordinación y centralización. El sindicato puede reconquistar su papel, pero hace falta mucha ductilidad.

La consulta en las fábricas no es indolora, más bien al contrario. Mezcla las cartas, las desplaza y las vuelve a lanzar. Al final, sale esta plataforma de reivindicaciones: aumento retributivo de cantidad fija (75 liras por hora a los obreros, 15.000 mensuales a los empleados); 40 horas semanales; paridad normativa entre obreros y empleados; afirmación de los «derechos sindicales» (empezando por el fundamental, el de la asamblea durante el horario de trabajo). Un boletín interno de la UILM sintetiza bien lo ocurrido: ha habido una «escalada demagógica en la que se ha desarrollado la contestación a la plataforma propuesta por los sindicatos, con soluciones que en la práctica han llevado al desmantelamiento de las reivindicaciones». Ciertamente, las

asambleas obreras han acumulado lo que en los borradores de los diferentes sindicatos se presentaba como alternativa. Igualitarismo, pero también fuerte aumento salarial: paridad normativa pero también reducción del número de horas.

El 26-27 de julio en la conferencia unitaria FIOM-FIM-UILM, en Milán, se aprueba definitivamente la plataforma. Y se ponen a punto las tácticas opuestas a la Cofindustria,[13] por supuesto, pero también a las de la izquierda revolucionaria. Frente a la contestación —afirma una «promemoria para la negociación», durante las negociaciones, y en los fenómenos de desbordamiento o menosprecio del sindicato es necesario un mecanismo que, durante las negociaciones, convoque cada cierto tiempo a los trabajadores para discutir, debatir, decidir. En caso contrario, otras soluciones podrían legitimar a los trabajadores en la convicción de que el sindicato no recoge las demandas de participación al proponer, por el contrario, soluciones burocráticas y verticalistas al conflicto laboral.

Por su parte, el presidente de la Cofindustria, Angelo Costa, recién salido de muchas derrotas, criticado por los «jóvenes leones» (Agnelli y Pirelli), en las entrevistas y en las reuniones sigue repitiendo: «Haced que los italianos no pierdan las ganas de trabajar». A cada cual sus tradiciones: para el viejo Costa, *Arbeit macht frei.*

En sus inicios, el Otoño Caliente tiene como emblema, una palabra clave que hoy suena un poco para iniciados, pero que entonces era un verdadero best seller: negociación articulada. ¿Qué significa? Fuera de la jerga, en realidad es la lucha continua, es decir, los miles de conflictos laborales y sindicales por empresa o por equipo de sector, que se han sucedido entre una negociación nacional y otra. ¿Son lícitos o no estos conflictos sindicales? Los patrones privados, representados en la Cofindustria, hacen un juicio previo: si al convenio a estipular le siguen otras reivindicaciones y nuevas «agitaciones» no vale la pena ni siquiera comenzar la discusión.

Este punto es verdaderamente crucial. Los convenios nacionales tienen la formidable función de circunscribir el conflicto social, dosificándolo y limitándolo a ciertos periodos. Uno de cada tres años se hace huelga (la empresa, previsora, puede acumular recursos abundantes para hacer frente a la caída de la producción y luego basta esperar hasta la nueva fecha prefijada). Cofindustria quiere garantías al respecto. Y se entiende: en el último año ha habido más horas de huelga que

13 Principal organización patronal italiana [*N. del E.*].

durante toda la lucha por los convenios de 1966. Cada empresa ha tenido que conceder dinero, pausas, relentización de los ritmos, procesos de recualificación, revisión del destajo. Se ha anticipado la negociación y así, en buena medida, se ha vaciado una parte del rito de la política económica. Y no sólo. Lo que es peor es que ya no hay ninguna seguridad respecto al control que el sindicato pueda ejercer sobre las luchas que se den en las empresas. Los empresarios ya no se fían del respeto obrero a las convenios: la experiencia reciente los ha vuelto escépticos. Lo que ha pasado se repite: los obreros han mostrado su intención de luchar también contra la periodicidad de las luchas. Ahora los patronos quieren saber si los sindicatos están dispuestos o no a cubrir la conflictividad «salvaje». Sobre la mesa de negociación planea la siguiente cuestión: ¿quién se las va a ver con la autonomía y la espontaneidad obreras? ¿Sólo el patrón o también el sindicato?

El 8 de septiembre se rompen las negociaciones con la Cofindustria. La primera huelga nacional en la industria privada está fijada para el 11 de septiembre. El 10 de septiembre, se produce el encuentro de los sindicatos con la Intersind (de la industria metalúrgica pública) que parece adoptar un comportamiento decididamente más *soft*: ningún juicio previo sobre la «negociación articulada», disponibilidad de entrar enseguida en la plataforma. No es que Glisenti y el resto de representantes de las empresas con participación estatal piensen de modo diferente de sus colegas «privados»: simplemente pesa a sus espaldas la política del gobierno de centro izquierda y en particular la posición del ministro de trabajo Donat Cattin. El gobierno trata de suavizar al mínimo el enfrentamiento social en marcha, y sobre todo trata de no poner al sindicato entre la espada y la pared. Con dificultades en las fábricas, para el sindicato es necesario ofrecer una imagen razonable con el fin de recuperar su prestigio, su representatividad y su autoridad. En cualquier caso, el encuentro con la Intersind es también concluyente: el 16 de septiembre se convoca una huelga de 24 horas en la industria.

Angelo Costa, presidente de la Cofindustria repite: «Haced que los italianos no pierdan las ganas de trabajar». *Arbeit macht frei.*

El inicio material del Otoño Caliente demuestra que la «guerrilla de fábrica», esto es, la lucha desmarcada de cualquier programación, es el auténtico punto débil de la patronal. Todo comienza poco después de la vuelta de las vacaciones, el 3 de septiembre. Agnelli es quien hace la inauguración: nobleza obliga.

La Fiat ha soportado ya demasiado durante la primavera: dos meses de luchas espontáneas, que progresivamente han repercutido sobre todo el ciclo productivo desde la periferia (las Auxiliares) al corazón

(las Carrocerías). El mito tecnológico de la Mirafiori se ha agrietado. Esta fábrica, proyectada para eliminar los gastos de almacenaje y permitir el flujo continuo de la producción, ha funcionado de un modo ejemplar durante treinta años, pero ahora está revelando su naturaleza «peligrosa», esto es, su rostro obrero. La continuidad del ciclo productivo se erosiona con las luchas. La interdependencia perfeccionada de la producción induce la propagación de las huelgas. Se difunden objetivos salariales (100 liras de aumento por hora igual para todos) y normativos (segunda categoría para todos) poco corteses, formas de lucha ciertamente groseras (asedio a los empleados esquiroles encerrados en el edificio de la dirección, manifestaciones internas). Para colmo, el 3 de julio, una manifestación convocada por la «asamblea de obreros-estudiantes» con el objetivo de conectar las luchas de sector con la autorreducción de los alquileres en curso en el barrio de Nichelino, desemboca en violentos enfrentamientos con la policía, que duran hasta bien entrada la noche. Y esta vez, en Corso Traiano, a los obreros no fue a quien les tocó la peor parte.

Con estos precedentes, la vuelta a la huelga después de las vacaciones es simplemente intolerable para la dirección. El 1 de septiembre, nada más entrar en la fábrica, los obreros del taller 32 paran la producción (un grupo por otro lado nada homogéneo: encargados de las soldaduras, del estampado, del acabado de discos y frenos, de los hornos de soldadura de latón). Durante una asamblea piden la aplicación del acuerdo de junio respecto a los ascensos de categoría. No se eligen delegados y además se cuestiona vigorosamente a los miembros de la comisión interna. La duración de la huelga es desde las cuatro de la tarde hasta las seís. Al día siguiente, 2 de septiembre, son suspendidos de empleo y sueldo 7.400 obreros con el pretexto de que los huelguistas del 32 han provocado la falta de abastecimineto de piezas en el taller de montaje de motores. (Una nota al texto. Apenas llega la noticia de las suspensiones, el sindicato convoca un paro de dos horas pero les sale mal. Este episodio, a la vista de la combatividad de aquellos días parece incomprensible. En cambio es sintomático: el gesto sólo simbólico y la protesta genérica —en definitiva, nada que tenga pinta de provocarle un verdadero daño al patrón— no son apreciados por los obreros. No se trata de ninguna Pellizza da Volpedo con su *quarto stato* en marcha y sin frenos, sino de una atención muy pragmática a la inocuidad de las iniciativas. Además, los obreros no están atraídos por la perspectiva de un «enfrentamiento abierto» cuyos tiempos sean dictados por el patrón).

El 3 de septiembre los suspendidos ascienden a 20.000, después a 30.000, al final son casi 40.000. El 4 la huelga del taller 32 continúa pero los del 5 vuelven al trabajo. Y enseguida vuelven las suspensiones.

La Fiat quiso mostrar que a esas alturas cualquier lucha parcial encontraría reacciones generales, que la microconflictualidad sería obligada a medirse en un terreno que no le pertenece. Con esta «provocación», Agnelli anticipa a su vez la apertura del conflicto por el convenio. Y no es casualidad que, como se ha dicho, el primer escollo a la negociación estuviese constituido por el juicio previo a la «negociación articulada»: episodios como la lucha del taller 32 no se debían repetir o al menos debían ser denunciados por el sindicato.

En ese periodo, funciona un sólido eje entre la Fiat y la Pirelli: estos dos colosos son quienes «marcan la línea» y el ejemplo a toda la patronal. El 2 de septiembre, en la Pirelli Bicocca, se da una huelga de 24 horas por los incentivos de producción y los derechos sindicales (entre los que se encuentra el reconocimiento de los delegados de taller). La respuesta de la empresa es precisamente idéntica a la de los turineses: el 24 de septiembre un cierre patronal parcial, suspensión de 12.000 obreros durante tiempo indeterminado. Las cosas, de todas maneras, no resultan fáciles: la reacción obrera es muy dura, se llega al bloqueo total de los establecimientos. El procedimiento se revoca.

Una amonestación por parte de Angelo Costa: «Haced que los italianos no pierdan las ganas de trabajar». Está claro, ¿no? *Arbeit macht frei.*

Las luchas se extienden rápidamente como una mancha de aceite. Y no sólo entre los metalúrgicos. El 12 y el 13 de septiembre hacen huelga los albañiles. El 16 es el turno de los químicos: 48 horas de cierre contra el «regateo» de la contraparte, que retrasa con distintos pretextos el inicio de las negociaciones. Un mes después, a mediados de octubre, entran en lucha otros sectores: los trabajadores de hospitales, de los transportes públicos, de correos, telégrafos y teléfonos, de los entes locales, los forjadores.

Que se den al mismo tiempo no significaba necesariamente unificación. Las vanguardias de fábrica intentaban hacer coincidir los días de huelga entre las empresas de los diferentes sectores: pero no siempre lo conseguían. Los sindicatos sectoriales establecen los calendarios de lucha con recíproca y celosa autonomía. Es en extremo clamoroso lo que ocurre en Porto Marghera, en donde la Petroquímica y la Chatillon tienen, para colmo, una entrada común. En más de una ocasión, la comisión interna de la Chatillon pone en marcha un «contrapiquete» para evitar una «impropia» generalización de la lucha. En cualquier caso, la simultaneidad de los conflictos laborales y la adhesión masiva a las huelgas, cambian el rostro de la ciudad. Una vez más hacen de ella un lugar más humano y civilizado.

Desde septiembre y cada vez más, surge otra de esas cuestiones de aparente aire bizantino, pero decisivas en realidad: ¿qué formas de lucha adoptar? Se equivocaría quien hoy pensara que esto fue un mero problema de «técnica de conflicto». La alternativa entre un paro articulado durante el horario de trabajo y una huelga hasta el final del turno, es una alternativa política. En el primer caso, el daño inflingido al patrón es máximo, ya que permanecen bloqueados también los talleres consecutivos en el ciclo productivo, pero sin que los obreros pierdan salario; en el segundo caso, la eficacia de la huelga es menor; desperdigándose los obreros hacia sus casas resulta más difícil discutir en asamblea o «espantar» a los esquiroles.

Otro ejemplo, en lo que se refiere a las fábricas químicas: para tener en funcionamiento las instalaciones de ciclo continuo, la empresa pide que entre a trabajar un cierto número de «servicios mínimos». En general suelen ser concedidos, pero a veces no, sobre todo en la incorregible Petroquímica de Marghera. También sobre esta cuestión pesa una discriminante política, sin duda más política que las que dividen a los partidos de izquierda. Por un lado, se restablece una idea de la clase obrera siempre dispuesta a hacerse cargo de los problemas objetivos del «desarrollo económico»; por otro, se afirma un sujeto que se ríe de los herederos de Menenio Agrippa, además de las fábulas sobre el «interés general», que se ríe más bien a la cara, *de parte de.* Generalmente, en el microcosmos —la puesta a punto de una huelga— brilla un macrocosmos de gran envergadura.

Las discusiones sobre las formas de lucha atraviesan el otoño de cabo a rabo y son, si es posible, casi más importantes, ciertamente, que las de los objetivos. Porque en los *modos* en los que se expresa el conflicto, se define una relación de fuerzas duradera, que está en vigor también «después», cuando se apagan las luces. Porque en el «cuándo» y en el «cómo» interrumpir el trabajo, conviven hipótesis diferentes y contrapuestas sobre qué organización obrera hay que construir. Consideremos de nuevo la «lucha articulada», taller a taller, equipo a equipo. Ésta impacta en la cotidianeidad de la explotación, en su «zócalo duro»: los ritmos, las pausas, la actitud del encargado o del cronometrador; se decide entre todos, cada hora y sin delegación; es el terreno predilecto de la autonomía obrera con «a» minúscula. Y viceversa, la huelga de 24 horas se parece de forma maldita a *una tantum*, y depende en buena medida de las centrales sindicales.

Entendámonos: estas consideraciones sobre la lucha articulada tienen un valor relativo, mutable en cada periodo. Es lo que ocurre en filosofía al evaluar el «escepticismo»: hay épocas en las que el escéptico expresa una crítica despiadada al orden constituido, otras en las que se

adapta con resignación. Lo mismo vale para las formas de lucha. En los primeros años sesenta, la «articulación» había sido una decisión defensiva, inspirada por la cautela; durante el Otoño Caliente, en cambio, ésta representa la variante subversiva. Habría que añadir, sin embargo, que en aquel contexto especial, la lucha general (huelgas provinciales, nacionales o de todo un sector) y la lucha articulada fueron juntas, potenciándose mutuamente. Es más, por primera vez, en el '69, se abandona la sórdida costumbre de interrumpir las huelgas mientras se negocia: en ese año, cuando los dirigentes sindicales van a Roma las cadenas de montaje se cubren de polvo.

El 25 de septiembre en Turín, se realiza una manifestación regional contra la política de la Fiat. Y precisamente en la Fiat el porcentaje de huelguistas bate todos los records: 98%. Pero sólo algunos pocos obreros van a la manifestación de plaza S. Carlo. Este desfase entre la abstención del trabajo y la participación en las huelgas y en los convocatorias será una constante en el comportamiento de los trabajadores de la Mirafiori. Queda claro que prefieren, en plan «vietnamita», una guerrilla reducida a su propio territorio, escondida entre las prensas, en la jungla de la maquinaria. Siguiendo con la cuestión: el 6 de octubre, una serie de paros espontáneos del taller 54 de la Mirafiori da un gran golpe al sindicato, todavía indeciso acerca de las modalidades de la lucha. Desde aquel momento se decide articular las huelgas por grupos de talleres con paros durante las horas de trabajo. Más tarde, el 28 de octubre, un episodio se convierte rápidamente en símbolo: en la Mirafiori corre el rumor de que la Fiat una vez más hipersusceptible a las garras del *wild cat*, tiene la intención de no pagar las horas que se vuelven improductivas a causa de las huelgas de otros sectores. Es la primera vez que se amenaza con un procedimiento de este tipo: los obreros se exasperan. En una manifestación interna el 29 de octubre, vuela algún que otro rodamiento, alguna que otra máquina resulta destrozada, alguna que otra cadena de montaje es dañada. Al día siguiente, los titulares de la *Stampa* recitan: Grave violencia durante las huelgas articuladas —son destrozados los reflectores y el sector de carrocerías en Mirafiori y en Rivalta— cien coches rayados y golpeados con mazas de hierro —daños en las cadenas de montaje del 600 y del 850. El 31 de octubre la Fiat denuncia a 70 obreros por la devastación de las instalaciones. En los días siguientes se les unieron otras 52 denuncias y, sobre todo, el procedimiento de suspensión por tiempo indefinido a 85 obreros considerados responsables de los hechos más graves. El sindicato organiza el «juicio a la Fiat», que se desarrolla en el Palacio de Deportes el 18 de noviembre.

El 15 de octubre, huelga general en Milán contra el aumento del precio de la vida y de los alquileres. El 16, gran manifestación en Nápoles de los obreros del centro-sur. Antes de medidos de octubre, huelgas generales en Palermo, Matera y Terni.

Mientras tanto, se eleva otra vez una voz dolorida: «Haced que los italianos no pierdan las ganas de trabajar». *Arbeit macht frei.*

En octubre, decenas de empresas privadas piden al sindicato la firma de un «convenio de anticipo». ¿De qué se trata? Muchos capitalistas de pequeño y mediano calibre, asustados por la caída de la producción y bajo la presión de los empleados y del exterior, no se ven capaces de seguir la línea dura de la Cofindustria. Les gustaría que cesaran enseguida las hostilidades, concediendo ya mismo un anticipo sobre el convenio nacional. Como diciendo: paz social y producción, *über alles.* El sindicato rechaza sin aspavientos la oferta, a pesar de que las cajas de resistencia comienzan a quedarse cortas. Es evidente que la forma de «convenio de anticipo» en miles de empresas provocaría drásticamente la debilidad de todos los demás obreros en huelga.

Pero echemos un ojo al Ministerio de Trabajo, en donde el «infatigable» Donat Cattin está protagonizando su pequeña epopeya a base de reuniones maratonianas entre las «partes». El 10 de octubre, el Ministerio envía una carta a los sindicatos y a las organizaciones patronales, animando a retomar las negociaciones interrumpidas en septiembre. La Intersind acepta enseguida la invitación, la Cofindustria la elude. El encuentro sucede el 15 de octubre. Los «privados» retiran la tristemente célebre «negociación articulada», pero piden que ésta se incluya entre los puntos de negociación. Además, anticipan sus primeras contrapropuestas reales: un aumento del 10 % en los salarios, dos horas de reducción en el horario semanal, una disponibilidad genérica para avanzar hacia la paridad normativa.

«Irrisorio: este es el seco juicio del sindicato respecto a los aumentos ofrecidos por la Cofindustria. Está confirmado, además, el rechazo a limitar de cualquier forma la «negociación articulada», ya que, de otra manera, se «modificaría cualitativamente la praxis contractual vigente, sancionada por la experiencia reivindicativa de 1968-69». A pesar del resultado negativo, hay un resquicio de esperanza. Por insistencia sobre todo de la UIL, se fija otra cita para el 23 de octubre: también ésta acaba en disquisiciones metodológicas. El encuentro con las patronales públicas, la Intersind, da un mejor resultado. Donat Cattin continua haciendo hincapié en la empresas con participación estatal como posible bisagra entre los sindicatos y la Cofindustria: pero por el momento debe resignarse a una situación de punto muerto.

Frente al impás en Roma, los sindicatos del metal —FIOM, FIM y UILM— deciden la extensión de la lucha articulada, la convocatoria de asambleas en todas las fábricas y la organización de una gran manifestación para el 28 de noviembre, en Roma. Mientras tanto, el 8 de noviembre se firma el convenio de la construcción con resultados más bien modestos: aumento del 13% sobre los mínimos retributivos, reducción gradual de la jornada a 40 horas, derecho de asamblea. Este primer acuerdo tiene un cierto eco optimista en los obreros del metal: el 10, se encuentran los sindicatos y la Intersind en un atmósfera de este tipo: «De aquí no se va nadie hasta que no se llegue a algún acuerdo». *Non stop*, reuniones plenarias, consultas a expertos, encuentros por separado de ambas partes con el ministro, en definitiva un poco de todo. Donat Cattin alaba «la autodisciplina demostrada por los sindicatos», pero se muestra preocupado porque la prolongación del conflicto podría dar lugar «a un aventurismo peligroso para el orden público». En resumen: «Señores, es hora de cerrar».

El 12 de noviembre Donat Cattin presenta un borrador de mediación, cuyo principio consiste en dejar sin juicio la ya muy famosa «negociación articulada». Para los sindicatos es un buen punto de partida. En una carta al ministro, Angelo Costa, en nombre de la Cofindustria, se muestra perplejo y concluye con un gesto de orgullo: «[...] le confirmamos que lo que no haremos en ningún caso es reconocer como derecho ninguna práctica adquirida o adquirible que esté enfrentada a los acuerdos que libremente han firmado las partes». Entre línea, bien entendido, retorna a su punto preferido: «No hagáis que los italianos pierdan las ganas de trabajar». *Arbeit macht frei.*

El Otoño Caliente es la gran estación de la izquierda sindical. Adherisrse al movimiento real, ésta es su consigna. Se trata de reconstruir pieza a pieza el desarrollo de la conflictividad, la dilucidación de los objetivos, la propensión por las formas de lucha más radicales: pero reconduciendo todo esto a la estructura del sindicato, a la figura institucional del representante de la fuerza de trabajo. Sólo así, con una red extensa y capilar en las fábricas, fruto genuino de las nuevas luchas, el sindicato puede incidir sobre la acción gubernativa, reconquistando la autoridad en la programación del desarrollo económico. Las federaciones de los metalúrgicos, a menudo en fricción abierta o latente con sus respectivas confederaciones, invocan esta vía de forma recurrente.

La tradición reformista da ahora lo mejor de sí misma, en lugar de hacer como los gobernantes de Berlín Este que en 1953, frente a una revuelta obrera, parecieron inclinados (por decirlo como Brecht) a «escoger, desdeñosos, a otro pueblo», la izquierda sindical en el '69 acepta sin reservas a su «pueblo», tal y como realmente era, se pliega a

muchas de sus exigencias e intenta recuperarlo para una política reformista y contractualista. Esta extraordinaria permeabilidad constituye en Italia, un caso poco menos que único. De hecho, las demás instituciones se encerraron en sí mismas frente al gran movimiento social, bloquedas por un delirio que les hizo parecerse demasiado al Estado-máquina analizado por Lenin. Los miembros de la cúpula del sindicato tuvieron mucho mérito, se dejaron modificar, incluso a veces arrollar, por el «nuevo» actor que había irrumpido en escena. Que quede claro: semejante ductilidad responde a una urgente prioridad, no perder el control del movimiento, desacreditar a las vanguardias revolucionarias. El Otoño es también una operación de «recuperación» (así se decía entonces) del empuje subversivo, principalmente obrero, de 1968-69. Pero, como todo truco reformista, también éste salió a medias, o al menos fue ambivalente: el sindicato reconquistó fuerza y representatividad, pero sólo en la justa medida en que aceptaba acoger en su seno, o en sus cercanías más inmediatas, a los hombres y a la luchas de una insistente y poco controlable radicalidad.

En el Otoño, como bien es sabido, nacen los «consejos de delegados»: delegados de equipo, o de sector, elegibles aunque carezcan de carnet de afiliación sindical. En realidad, los primeros delegados habían surgido en la Mirafiori durante las luchas autónomas de la primavera, pero entonces eran una figura híbrida, de perfil incierto. Y también es cierto que la mayor parte de los consejos se formaron ya entrado 1970. Dicho esto, lo relevante es la decisión sindical de poner en marcha este mecanismo precisamente durante el periodo de renovación de los convenios; el 13 de septiembre, por primera vez, se reúne en Turín el consejo de delegados de la Fiat. En el momento de su constitución, los únicos delegados regularmente elegidos son los de las cadenas de montaje; en realidad, los puntos de la fábrica en donde la lucha había sido más intensa. A éstos, poco a poco, se les unen otros, elegidos en asambleas o elegidos por miembros de la comisión interna. Las primeras reuniones del consejo de la Fiat ofrecen un espectáculo de admirable desorden: muchos obreros participan a título individual, militantes sindicales, miembros de la comisión interna, miembros de los «grupos extraparlamentarios», algún estudiante. La presencia varía de una reunión a otra, son muchos los delegados «intermitentes». Esta rotación de los primeros tiempos es, sin embargo, síntoma de una gran riqueza. Basta comparar los albores del consejo con la deprimente situación en la que se encuentra el PCI en la Fiat: 250 afiliados en la Mirafiori, 200 en Ferrerías; 150 en Stura. Casi un club privado.

También en Porto Marghera se vislumbran los primeros signos de la nueva estrategia del sindicato: rápida radicalización a la izquierda, asunción de gran parte de las reivindicaciones obreras. Además precisamente

en Marghera, aparece con claridad la otra cara de la moneda: la expulsión de las vanguardias autónomas. Vayamos más despacio. En agosto, el sindicato había expulsado a algunos obreros del Comité Obrero disolviendo al mismo tiempo la comisión interna de la Petroquímica en la que, de siete miembros de la CGIL, cinco eran además miembros del comité. Sin embargo, la maniobra no da los resultados esperados: las elecciones son un desastre para el sindicato, la CGIL pierde más de mil votos. Un poco más tarde, en septiembre, el Comité Obrero propone anticipar la huelga de la Petroquímica para hacerla coincidir con el inicio del conflicto laboral de los metalúrgicos: pero en una asamblea improvisada el sindicato desaconseja a los obreros la participación en la «huelga anarcoide». La disuasión obtiene el éxito deseado, y es juzgada como una grave agresión a destacados miembros del comité. Habrá muchos episodios de este tipo; sobre todo en las grandes fábricas. No hay que sorprenderse: mientras el sindicato se abre al movimiento (más aún, precisamente por eso) se embarca en una batalla sin cuartel para conseguir la hegemonía.

Estas luchas internas, llevadas a cabo con la intención de que prevalezca uno u otro proyecto organizativo, no tienen nada que ver, por supuesto, con quien continua repitiendo, con cierta monotonía: «Haced que los italianos no pierdan las ganas de trabajar». *Arbeit macht frei.*

Noviembre es el mes más salvaje. Al menos en el año de gracia de 1969. Es entonces cuando las luchas por el convenio alcanzan su punto más alto, a menudo pasando por encima de los mecanismos de contención previstos. Los obreros de fábrica están obligados a enfrentarse a los «últimos elementos» de un moderno contencioso de clase: el Estado, la cuestión del poder político. Una cierta «ilegalidad de masas», percibida como absolutamente legítima, encuentra su reflejo en el «monopolio estatal de la violencia», en definitiva, en la represión. En los talleres se percibe, siniestro y amenazante, el perfil del Estado capitalista. Y surge por lo tanto la exigencia de «socializar la lucha» (como se decía entonces) extendiéndola a los barrios, a los desocupados, a los estudiantes. «Salir de la fábrica» no es una diversión facilona en la ardua tarea de agitación en los talleres, sino su coherente continuación.

En esta coyuntura del Otoño, se delinea una situación paradigmática, analoga al Mayo francés, a la Comuna de París de 1871, al 1905 ruso, en definitiva, a todos aquellos episodios en los que una determinada «composición de clase» expresa el ápice de su propia energía subversiva, rozando el terreno del poder. Desde este punto de vista, 1969 nos vuelve a plantear un problema que nunca se ha resuelto: ¿Cuál es la forma de la revolución anticapitalista en los países desarrollados que

se da como culminación de una larga ofensiva obrera? No es el asalto al Palacio de Invierno, de acuerdo. Ni tampoco un cambio en la mayoría parlamentaria: faltaría más. Pero ¿qué es entonces?

Una primera respuesta, vista a día de hoy, podría ser ésta: la frase leninista «ayer era demasiado pronto, mañana puede ser demasiado tarde» mantiene, en el ‘69, su pequeño valor metafórico. Incluso en las sociedades más complejas y articuladas parece mantenerse la exigencia de los tiempos revolucionarios: bien entendida, no es una cuestión de días o meses, sino de aprovechar el lapso de tiempo en el que la fuerza obrera —en este caso específico, crecida dentro y en contra de la organización fordista del trabajo— no está aún desligada o es ajena a la reestructuración, a la mutación profunda de la base productiva. Ésta es, sin embargo, una observación banal o parcial, todavía anclada a los esquemas de la tradición socialista. Al mismo tiempo en el ‘69 se apuntan, bien visto, los primeros rasgos de una transformación radical de esta misma tradición. Tal vez la pregunta pertinente es ésta: la lucha contra el trabajo asalariado, a diferencia de la que se realiza contra la pobreza y el paro, ¿está todavía conectada al modelo de la «revolución política», a la enfática perspectiva de la toma del poder? ¿O más bien se configura en virtud de sus características avanzadas, como una revolución íntegramente social, que se enfrenta de cerca al «poder», pero sin que se sueñe con una organización alternativa al Estado, sino más bien tratando de extinguir cualquier forma de dominio sobre la actividad de las mujeres y los hombres? Probablemente se trata de interrogantes etéreos. Cada vez menos, sin embargo, respecto a lo etéreo de los proyectos reformistas sobre la «nueva forma de hacer automóviles», o las más recientes resplandecientes teorías sobre los «derechos de ciudadanía». La cuestión del poder, aludida en el movimiento del ‘69, está todavía a la espera de pensamientos realmente consistentes y de respuestas no conformistas. Que quede claro, en cualquier caso, que una reflexión sobre la revolución en Occidente ha tenido su última «base empírica» en el Otoño Caliente; y por supuesto, no en 1976, año recordado por un significativo avance electoral.[15]

Decíamos que en noviembre la «socialización de las luchas» (expresión fea para definir algo bello) se convierte en una necesidad vital. Se multiplican las iniciativas, imprevisibles tan solo unas semanas antes. En sus barrios de residencia, los obreros se esfuerzan en obtener una

15 Se refiere a los resultados de Democrazia Proletaria, compleja plataforma electoral liderada por Avanguardia Operaia, y a la que más tarde se incorporaran casi todos los partidos y agrupaciones de la izquierda comunista. La DP, que se mantuvo hasta principios de la década de 1990, cumplió un singular papel como reflejo electoral de algunos componentes del movimiento durante la década de 1970. Con el fin de completar esta información se puede leer el capítulo 7 de este mismo libro [*N. del E.*].

prórroga en el pago de los servicios públicos básicos (alquiler, luz, gas, transporte) hasta tres meses después de la conclusión del convenio. Si no se concede el aplazamiento, a menudo y de buen grado, no se paga: punto y final. El empuje, ya mencionado, de «salir fuera de la fábrica» no se limita a dar paseos con pancartas por el centro histórico. También se siente un profundo rencor. En Milán una importante manifestación de 100.000 obreros rodea la «casa de los patronos», la Assolombarda; en Turín el salón del automóvil, escaparate de la ciudad, es asediado por miles de huelguistas.

Se llega así a la huelga nacional por la vivienda, convocada por las confederaciones el 19 de noviembre. La movilización general no parece, por una vez, nada parecido a un ritual. La abstención del trabajo consigue lo que nunca antes se había conseguido: ciudades paralizadas, manifestaciones por todas partes, una enorme tensión. En Milán, mientras el secretario general de la CISL, Bruno Storti, está terminando un discurso en el teatro Lírico, situado en pleno centro de la ciudad, fuera, en Via Larga, las furgonetas de la brigada de antidisturbios cargan sobre un grupo de obreros y estudiantes. Los enfrentamientos son breves y muy violentos. Muere el agente Antonino Annarumma. La reacción de las instituciones es asquerosa y necia: las luchas de fábrica son acusadas por lo ocurrido, el «gran desorden» estaría pervirtiendo el suelo patrio. Hay odio de clase en los telegramas que el presidente de la República, Giuseppe Saragat, envía a ráfagas, hablando de los «crueles asesinos». En el movimiento circula una pésame no oficial por la suerte de Annarumma, proletario meridional como millones de sus hermanos, que sólo por casualidad acabó en un batallón de antidisturbios en lugar de en la Alfa o en la Pirelli. Pero circulan también cifras descarnadas: de 1947 a 1969 la policía ha matado a 91 obreros durante manifestaciones políticas y ha herido a 674. Más aún: en veinte años, las «muertes blancas», por accidentes de trabajo, han sido más de 44.000, un caso cada media hora.

En la mañana del 26 de noviembre es arrestado Francesco Tolin, director del semanal *Potere Operaio* (organo de prensa del homónimo grupo extraparlamentario). La acusación es sorprendente: «Incitación a la subversión contra los poderes del Estado». Tolin sería condenado a un año y ocho meses de prisión. En aquellos días se producen cientos de arrestos y miles de denuncias. Se habla de una inmediata ilegalización de las organizaciones de la izquierda revolucionaria. También el 26 de noviembre, el comité central del PCI expulsa del partido al grupo de Il manifesto.

La manifestación nacional de los metalúrgicos en Roma, fijada para el 28 de noviembre, da un poco de miedo a todo el mundo: al gobierno, a la Cofindustria (bajo cuya sede, es dónde al parecer acabará la

manifestación), a las propias confederaciones sindicales. Se asiste a un frenético intento de Donat Cattin, dirigido a concluir a toda prisa las negociaciones para que de tiempo a desconvocar la «invasion»: pero el *pressing* fracasa. El 28 de noviembre es una jornada plomiza con el cielo hinchado por la lluvia, agitado por un viento tremendo. A la estación Tiburtina llegan los obreros de Milán y del sur. A la Ostiense los piamonteses. A Termini, los del Veneto e Italia central. Centenares de autobuses alquilados por la FIOM, la FIM y la UILM a través de colectas en las fábricas. Las escuelas romanas, en huelga, se unen a las concentraciones obreras. El recorrido de la manifestación es larguísimo: apartados de via Nazionale, del Quirinale, de Plaza Venezia, de via del Gesù —en definitiva, de los diferentes centros del poder— los obreros desfilan sobre la rivera del Tevere hasta llegar a la Piazza del Popolo. La intervención final corresponde a los tres líderes de las confederaciones del metal: Trentin, Macario y Benvenuto. Los secretarios de las confederaciones, aunque presentes en el escenario, no toman la palabra. Al final, mientras se está disolviendo la manifestación, algunos helicópteros de la policía pasan a baja altura sobre las cabezas de los obreros. Por un momento la tensión se dispara, los policías que rodean la plaza cierran filas, se elevan los gritos de rabia y los puños cerrados. Pero no hay ningún incidente. El 29 de noviembre se traza un borrador para el entendimiento entre los sindicatos y la Intersind. Son aceptadas la mayoría de las reivindicaciones contenidas en la plataforma obrera. Está claro que los industriales públicos no saltan de alegría, a sabiendas de que el ministro Donat Cattin los ha utilizado como rompehielos para desbloquear la negociación con la Cofindustria. Las declaraciones del jefe de delegación de la Intersind, Glisenti, alimentan la polémica: «Nos hemos visto obligados a conceder aumentos no justificados por el incremento de la productividad sino por las carencias de nuestra sociedad. La industria se ha hecho cargo de compensar el malestar por las condiciones de vida de los trabajadores. Dicho de otro modo, la industria italiana ha pagado lo que en otros países es asumido por la colectividad».

Angelo Costa repite trastornado su *spot*: «Haced que los italianos no pierdan las ganas de trabajar». *Arbeit macht frei.*

Noviembre es el mes más movido. Pero no sólo y no tanto por los eventos más clamorosos, que han encontrado su espacio en el armario de la memoria colectiva. También y sobre todo, gracias a la conjura de hechos diminutos, más difíciles de medir, que marcaron los comportamientos y las biografías de millones de asalariados. Ningún cutre homenaje según la moda de las «microhistorias». Mencionando sucintamente la radicalización extrasindical de la lucha en la Fiat de noviembre, se quiere señalar la gran «corriente del golfo» de la historia con mayúsculas.

Apenas un par de apuntes para hacerse una idea. El 10 de noviembre en la Fiat no había huelgas convocadas, pero los obreros del segundo turno de la Mirafiori sorprenden a todo el mundo: salen de la fábrica a las siete y media de la tarde en lugar de a las once con el propósito de no perder el tranvía (en realidad, la huelga de los trabajadores del transporte público comenzaba a las 21:30). Es una simple prueba de buen sentido común: pero los encargados enloquecen y los propios sindicalistas están confundidos. Al día siguiente, en la Spa Stura los obreros del taller 2 se ponen en huelga sin previo aviso, no soportaban que dos jefes de equipo se dedicasen a obligarles a hacer horas extras: dan comienzo a una manifestación interna que se desplaza por el establecimiento hasta que consiguen el alejamiento de los dos jefes, cesa el escándalo. Martes 11 de noviembre en la Fiat de Lingotto, una manifestación se dirige al edificio de oficinas: los obreros intentan irrumpir en ellos para sacudir a los «cuellos blancos» reticentes a hacer huelga, pero encuentran las puertas y las verjas atrancadas. Entonces se decantan por una represalia guasona: impiden que los empleados salgan a la hora del almuerzo. Para resolver el problema de la comida de los «conejos», la dirección intenta colar en la fábrica una ambulancia repleta de pan y bebidas. Los manifestantes se dan cuenta y la paran: ¡qué los esquiroles pasen hambre para que puedan meditar sobre sus pecados! El asedio prosigue hasta las seis de la tarde, cuando 200 agentes de policía entran en la fábrica para liberar finalmente a los infelices.

El 12 y 13 de noviembre, en la Mirafiori y en Rivalta se suceden violentas manifestaciones contra los empleados. El 14, la oficina de prensa de la Fiat comunica que han sido denunciados 50 obreros y se ha suspendido a otros doscientos. El 27, otra manifestación de masas desfila por los talleres de las carrocerías de la Mirafiori invitando a la huelga a ultranza para conseguir el bloqueo completo de la producción. El 28 y 29 de noviembre las carrocerías prosiguen con la huelga a «ultranza». La mayor parte de los delegados se declara contrario al paro en las asambleas internas y trata de convencer a los obreros de que depongan en su actitud. Pero en la reunión del consejo son estos mismos delegados quienes piden formas más duras de acción: típica contradicción de esta «conciencia infeliz» que pulula por ambientes diferentes y que es propia del delegado.

El «jaque» de los obreros de la Fiat, que se evoca aquí con un ritmo tan acelerado y que se parece una película de Ridolini, es una vez más decisivo. Desde entonces comienza la cuenta atrás. El 7 de diciembre se consigue el acuerdo para la renovación del convenio de los químicos: 40 horas, vacaciones de tres semanas, aumentos globales de 19.000 liras al mes. El 10 de diciembre se concluye el convenio de las

empresas del metal de participación estatal: 40 horas semanales, aumentos iguales para todas las categorías de 65.000 liras, paridad normativa entre obreros y empleados, derecho a hacer asambleas en la fábrica durante el horario de trabajo, de hasta diez horas retribuidas al mes.

Faltan las empresas privadas del metal, los *ragazzi terribili* y en su camino hacia el acuerdo, se interponen las lágrimas y la sangre de la masacre de Piazza Fontana de Milán, el 12 de diciembre. Los sindicatos, tras haber suspendido las huelgas en señal de luto, encuentran la sangre fría como para mantenerse firmes y retomar las agitaciones, tanto como para aguantar hasta el final de la negociación romana. Por fin, el 21 de diciembre, se firma también este convenio, con los mismos resultados que se habían obtenido en el sector público del metal.

Se acabó. Angelo Costa enmudece. Italia es un país que ha perdido las ganas de trabajar para el patrón. El trabajo no nos hace libres.

El piquete revisado

Paolo Virno

Que la historia es un botín a conquistar, siempre objeto de razias y violaciones, es una verdad especialmente aplicable a las luchas de fábrica. Lo que el sentido común entiende como razonable mientras las huelgas están en la cresta de la ola, se considera un delirio y una bajeza apenas los índices de productividad vuelven a galopar de nuevo. Como en las mediocres *ghost stories,* un espíritu amoroso no tarda en convertirse en un fantasma sanguinario. El revisionismo histórico trabaja deprisa cuando se trata de los obreros: goza de la agilidad de una *task force* y de la falta de prejuicios de un agente de Bolsa. Registra con meticulosidad cada modificación de las relaciones de fuerza materiales. Siempre está dispuesto a pedir la salida de los esqueletos escondidos en el armario.

Las montañas rusas con las que se suele comparar la valoración histórica de los «conflictos industriales», ofrecen un modelo limpio y vistoso respecto de otras reescrituras del pasado. Son el prototipo secreto. Pensemos en el año de gracia de 1969, Otoño Caliente y alrededores. A pesar de la política del avestruz, los historiadores han debido tener durante mucho tiempo aquella piedra en el estómago antes de poder digerirla. Durante más de un decenio, hasta los 35 días de la Fiat en 1980. Las cosas fueron más simples en lo que respecta al sesenta y ocho estudiantil: desde el principio se estableció la frontera entre el Edén

festivo de las asambleas espontáneas y el secano de las sectas extremistas, una clave interpretativa que ha prevalecido también con ocasión del vigésimo aniversario. La atención puesta sobre los «malvados» que habían abusado de la inocencia de las primeras ocupaciones universitarias, justamente los estudiantes, militantes y grupos que confluyeron en el '69 obrero, potenciando su radicalidad extrasindical. Siempre es el '69, por lo tanto, quien marca la línea divisoria en la que la historia *prêt-à-porter pone los ojos.*

El piquete es un adecuado papel de tornasol. En el '69, el piquete no fue una cena de gala, ni siquiera un aperitivo en McDonald's. Su violencia *obvia* era directamente proporcional a la presión chantajista que la empresa ejercía sobre cada uno de los trabajadores, el constante *mix* de amenazas e incentivos. Se trataba de poner sobre la mesa una autoridad paritaria y antagónica a la autoridad atávica e introyectada del jefe de sector. Que el piquete «sólo» se hiciese para convencer y repartir panfletos es una solemne falsedad; una fábula inmoral de los arrepentidos. Más bien era un órgano de «poder», aunque fuera informal. El poder de «los otros», de los obreros refractarios al régimen de fábrica. Y como tal era relatado e incluso «respetado» por la gran prensa. Cuando menos, se lo consideraba como un elemento ineliminable del paisaje urbano, su lógica y su necesidad se entendían inmediatamente. La explícita animadversión a los «oficiales» insubordinados no impedía entender la profunda «legitimidad» del recurso a la fuerza.

En el '69, ni siquiera se plantea traspasar los portones. Los esquiroles buscan vías alternativas: siempre hay quien intenta saltar la verja. La patrulla obrera, que no va desarmada, da con ellos, los baja y los aleja a empujones. A ciertas horas, cuando aún es noche cerrada, se vislumbraba por la carretera el coche de algún jefe o de algún empleado: con el motor bajo de revoluciones para no llamar la atención, los samuráis de la productividad y de la entrada-como-sea, «los de siempre». Se trata rápidamente de interponer un obstáculo en su camino: un contenedor o lo que sea. El esquirol motorizado acelera y se dirige como un bólido sobre los hombres del piquete. Si lo pillan, harán pedazos su coche, acabará sin parabrisas y con la carrocería modelada por las patadas y los golpes. Y Stajanov no siempre sale ileso.

Si además la huelga se mantiene durante el horario de trabajo la función del piquete es asumida por la manifestación interna. Los compañeros indecisos los esperan como una garantía de socorro, como *otro* gobierno que dicta las leyes durante algunas horas. A menudo, en la siguiente ocasión, los últimos (los cazados *a la fuerza*) serán los primeros (en ir a la huelga). La manifestación elimina a su manera la jerarquía de la fábrica: vuelve recatados a los jefes, a los cronometristas cortatiempos,

incluso cuando va bien algún jefe se pone en la cabecera de la manifestación. Sin duda, los sagrados derechos de la persona son dañados de alguna manera: aunque poca cosa en comparación con lo que les ocurre a los obreros en una hora cualquiera de la jornada laboral.

El giro drástico, rumiado durante mucho tiempo, tuvo lugar en la manifestación de los 40.000, de Turín, en octubre de 1980. Todos los medios entrevistaron al jefe de los jefes, Arisio. El discurso se desliza rápidamente sobre los años que siguieron al '69, sobre la larga etapa de los repentinos atropellos, de la violación de las leyes penales, de la incivilidad generalizada. La jerarquía de la fábrica, en los comienzos de su reconquista, parece una asociación de supervivientes de Vietnam: se las han visto y deseado. Se trata de los jefes de sector del tormentoso triángulo Mirafiori-Rivalta-Stura, guardianes de las esencias liberal-democráticas. Pagando con su persona, nunca suficientemente protegidos, a menudo vilipendiados por los mismos medios de comunicación que ahora dependen de ellos.

Y el piquete es el principal acusado. Ya no se le considerará nunca más como la punta del iceberg de una comunidad obrera, de la red de relaciones políticas en la que está entretejida, sino como una banda de forajidos. No hay empleado de carrera o dirigente abatido que no tenga una historia que contar: me han escupido en la cara, me han rasgado la chaqueta, me han humillado envolviéndome con una bandera roja, había un paleto que se inclinaba, mirándome como diciendo «cuidado con tus rodillas...». Políticos, creadores de opinión y sociólogos del trabajo hablan de un «clima intolerable» finalmente superado. Les habéis consentido demasiado, dicen encarándose con el sindicato: habéis encubierto a los jóvenes obreros del grupo Chen Po Ta que en 1973, durante la ocupación espontánea de la Mirafiori, se cubrían el rostro con un pañuelo en el momento en el que se «cepillaron» la fábrica. No, se esfuerzan en responder los interpelados, gracias a nosotros se han evitado muchas violencias: de todas maneras es cierto, ha habido excesos.

Quién sabe el porqué, los conflictos en la fábrica pasan a menudo por la micro-historia, cuando no por el chirriante ruido de un «mundo aparte».

Además, si tenemos en cuenta la repentina mutación de la perspectiva con la que se analizan estos conflictos algo se aprende. Por ejemplo, cuál es la lógica que inspira las grandes revisiones históricas a gran escala. Así como a sorprenderse menos e indignarse más, no en nombre de la «objetividad», sino por las exquisitas *razones de la parcialidad.* De estar de parte del piquete.

La estrategia de la tensión[16]

A partir de los primeros meses de 1969 la insubordinación obrera y estudiantil atraviesa toda la península. Generalizada e incontrolable, particularmente en las áreas del centro-norte, repercute también en el sur, aunque por causas y necesidades diferentes. Las fuerzas policiales, habían intervenido frecuentemente y con brutalidad durante 1968, apoyadas y cubiertas tanto por el gobierno como por los periodistas. Por otro lado, la magistratura casi siempre había legitimado la actuación policial y en poco más de año y medio, entre octubre de 1966 y junio de 1968, casi diez mil obreros, estudiantes y campesinos habían sido condenados o estaban a la espera de serlo por agitaciones sindicales o estudiantiles.

«La policía parecía actuar con impunidad y del mismo modo en cualquier situación. En junio de 1968 había agredido a los participantes en el festival de cine, arrestando a veinte y denunciando a más de trescientos. El mismo día en Lanciano (en Abruzzo) asaltan a los obreros en huelga. El 10 de julio en Palermo, atacan a la población de Belice, víctimas del terremoto, durante una manifestación que se dirigía al palacio de la región. Un oficial ordena el ataque al grito de: "¡Démosle su merecido a estos canallas!". Hombres, mujeres y niños son brutalmente apaleados. En Avola, el 2 de diciembre de 1968, la policía dispara a los campesinos, matando a dos e hiriendo a muchos». El 9 de abril de 1969 en Battipaglia la policía dispara contra los manifestantes. En toda Italia hay manifestaciones de protesta con enfrentamientos violentos y prolongados. Desde un punto de vista técnico, la policía se pertrecha de mejor equipamiento represivo. De hecho, en Battipaglia aparecen por primera vez los escudos transparentes (llamados «escudos romanos»). El presidente de la República Saragat, interviene indirectamente sobre estos episodios y en Florencia lanza «un mensaje» a una convención de los conservadores: condena el «milagrismo de la violencia» y declara que «cada paso dado en el camino del progreso cuesta trabajo, fatiga y dolor».

---

16 El periodo de la «estrategia de la tensión» suele situarse entre 1969 (Atentado en el Banco de los agricultores de la Piazza Fontana en Milán, 16 muertos y 88 heridos, el 12 de diciembre) y 1974 (atentado en el tren *Italicus* en Emilia-Romagna, 12 muertos y 105 heridos el 4 de agosto) pero hay otros episodios brutales y fundamentales con las mismas características (participación de servicios secretos italianos o de países de la OTAN) acaecidos con posterioridad, como el atentado de la estación de Bolonia en 1980 (85 muertos y 200 heridos el 2 de agosto) [*N. del E.*].

Los periódicos del sistema se hacen eco inmediatamente del mensaje presidencial interpretándolo como «una clara advertencia del presidente a todas las fuerzas de contestación nazi-maoístas, contra el inquietante acuerdo secreto de los "extremismos opuestos"».[17] La temática de los «extremismos opuestos» será durante mucho tiempo el caballo de batalla de la Democracia Cristiana mientras los socialistas, que también participan en el gobierno, adoptan una conducta totalmente subalterna y cómplice de la ofensiva reaccionaria.

> Y es en este tipo de atmósfera en el que el 25 de abril (el histórico aniversario de la Resistencia[18]) explotan dos bombas en Milán, una en la Estación Central y la otra, que provoca veinte heridos, en el stand de la Fiat en la Feria. El 12 de mayo explotan tres artefactos, dos en Roma y uno en Turín, y poco después, también en Turín, una manifestación de obreros y estudiantes se transforma en una dura batalla entre manifestantes y policía que se prolonga hasta bien entrada la noche: el balance es de 70 heridos, 29 arrestados y 165 denunciados. En julio, la revista *Panorama* publica un artículo acerca de los rumores de un golpe de Estado de la derecha. Grupos y asociaciones neofascistas hacen un llamamiento a la movilización y el PCI pone en guardia a sus secciones. El 24 de julio un artefacto explosivo similar a los detonados en Turín y Roma se encuentra sin explotar en el Palacio de Justicia de Milán. En agosto, la noche del 8 al 9, se contabilizan ocho atentados ferroviarios (en esa misma noche otros dos artefactos no llegan a explotar) que provocan numerosos daños y algunos heridos.»[19]

Tras el misterioso episodio de las bombas en la Rinascente, del que ya hemos hablado, durante los primeros meses de 1969 se hace necesaria una transición estratégica por parte del poder. Las líneas maestras de este plan consisten en un uso cada vez más masivo y violento de las fuerzas policiales, aunque la mayor novedad está en el uso instrumental de los grupos neofascistas, el empleo de los «cuerpos separados» (servicios secretos, etc.), el empleo masivo por parte de la magistratura del código fascista (el

---

17 Domenico Tarantini, *La maniera forte,* Bertani, Verona, 1975.

18 El 25 de abril se conmemora en Italia el Día de la Liberación, conmemoración de la victoria de la Resistencia frente a las tropas nazi-fascistas [*N. del E.*].

19 Domenico Tarantini, *op. cit.*

Código Rocco que nunca se abolió) con el fin de limitar la libertad de expresión y asociación (así son procesados militantes y dirigentes de Lotta Continua, Potere Operaio y de los marxista-leninistas), el recurso a atentados con el propósito de que recaiga la responsabilidad sobre los militantes de izquierda y la creación de un clima de tensión funcional que permita reprimir cualquier tipo de lucha y conflicto.

Los hechos de las bombas en la Feria de Milán es *de facto* la confirmación de una tendencia programada. La «pista» anarquista, lanzada como hipótesis a raíz de las bombas de la Rinascente casi un año antes, recibe ahora el respaldo judicial. Rápidamente se incrimina a los anarquistas Braschi, Faccioli, Della Savia, Pulsinelli, Norscia y Mazzanti, y son interrogadas decenas de compañeros entre los que se encuentra Pietro Valpreda.

Las investigaciones de este atentado son llevadas a cabo por la jefatura de Milán, a cargo particularmente de Calabresi, Panessa, Pagnozzi y Mucilli, coordinados por el jefe de policía Guida. Se define a los anarquistas incriminados como «conocidos dinamiteros» sin ninguna prueba que sostenga tal afirmación. Para los policías de la brigada política, la ecuación anarquista / dinamitero es un hecho históricamente probado, una dimensión casi genética que no requiere pruebas. A los arrestados se les imputan también casi todos los atentados ocurridos en los meses anteriores, presentándolos como una suerte de esforzados militantes de la dinamita. En este sentido, resulta esclarecedor un telegrama enviado a las jefaturas de Livorno (lugar de nacimiento de Paolo Braschi) y Pisa, informando acerca de Braschi, Faccioli y Della Savia: «Se ha comprobado que Braschi Paolo es un activo dinamitero que bajo las órdenes precisas Vincileone Eliane se ha trasladado a varias ciudades italianas para cometer atentados terroristas y que él mismo es autor del atentado contra este mismo Palacio de Justicia de diciembre del año pasado. Él mismo acompañado de Faccioli Paolo nacido en Bolzano, y de haber cometido algún atentado terrorista en aquella ciudad y es estudiante universitario en Pisa. Procédase oficio de detención e investigación de Braschi Paolo y eventualmente también de Faccioli Paolo refiriendo el éxito a esta oficina. Procédase además a requerir al mencionado Braschi si conoce actualmente el paradero de Della Savia Angelo Pietro señalado también como dinamitero y amigo de los mencionados».[20] ¡Conocido «dinamitero», señalado, definido! ¿Por quién? ¿Por qué? ¡Nadie lo explicará jamás!

20 Giuliano Spazzali, *La Zecca e il Garbuglio,* Machina Libri, Milán, 1881.

El proceso judicial por los hechos de la Feria se prolongará durante mucho tiempo y en su seno comenzará a consolidarse una nueva figura de abogado defensor que se sitúa conscientemente de parte del imputado político: entorno al '69 nace la figura del abogado-compañero, o mejor dicho el compañero-abogado. Naturalmente, los anarquistas imputados eran ajenos a los hechos, pero esta operación policiaco-judicial significó un nuevo paso al servicio de la estrategia general de la tensión. A pesar de todas estas maniobras, las luchas obreras y estudiantiles no parecían disminuir.

El 26 y el 27 de julio, en Turín, en el Palacio de Deportes, se desarrolla el encuentro nacional de las asambleas y de los comités de base. Era el primer intento de dotar de una centro unitario a aquel proceso de autoorganización desarrollado durante el último año. Pero no se consigue. La asamblea escondía, de hecho, el despliegue de decisiones tácticas y organizativas que maduraban a gran velocidad y que a comienzos del otoño llevarían a los grupos organizados por Lotta Continua y Potere Operaio a diferenciarse de manera clara a través de centros organizativos diferentes y distintos órganos de prensa.

El anuncio de que el otoño comenzaba y de que las hostilidades estaban abiertas se encontró también en Turín a comienzos de septiembre. Los obreros de los talleres más combativos, particularmente el 54, retomaron las huelgas escalonadas internas con objetivos particulares de cada taller. En respuesta, Agnelli deja sin empleo y sueldo a varios miles de obreros de los otros talleres, con el pretexto de que se había interrumpido el ciclo productivo. En relación a estas suspensiones dio comienzo el primer pulso. Pocos días después empiezan las primeras luchas por los convenios. La situación es muy tensa y se desatan incidentes por todas partes. El 19 de octubre los chabolistas romanos de Vía Latina incendian sus propias chabolas en protesta; el 27 de octubre en Pisa, en el transcurso de unos enfrentamientos, se produce un muerto y 125 heridos.

La principal dinámica del otoño dentro de los movimientos se construye a través del cruce, así como de la contraposición, de dos lógicas diferentes de generalización del conflicto, la sindical y la revolucionaria.

El sindicato trata de reducir el impacto de las vanguardias obreras en las grandes fábricas del norte por medio de la organización de grandes manifestaciones (en el Arena de Milán participan 50.000), además de aislando los

intentos de radicalizar el movimiento: como ocurre el 10 de octubre, cuando los grupos obreros de Lotta Continua llevan a cabo, durante un breve lapso de tiempo, la ocupación de las Carrocerías de Mirafiori.

Durante los meses de octubre y noviembre se suceden las huelgas, piquetes duros y el bloqueo de mercancías. Las fuerzas políticas, el aparato policial y la magistratura se vuelven absolutamente impotentes para intervenir sobre el proceso de autoorganización de masas dirigido por los obreros que, ciudad a ciudad, barrio a barrio, ponen las bases estructurales y culturales de una red de poder difuso, que estaría operativa durante gran parte del decenio siguiente y transformaría profundamente la sociedad italiana.

El clima político se calienta, las calles son continuamente invadidas por obreros y estudiantes en lucha. Los sindicatos comienzan a asumir, aunque sea con fines tácticos, una parte consistente de las reivindicaciones obreras y los sectores gubernamentales tratan de dar una nueva legitimidad a las reglas del conflicto elaborando una plataforma de Estatuto de los Trabajadores que, independientemente de la función política que le fue asignada, se mantendrá en cualquier caso como una de las mayores conquistas obreras a nivel europeo.

Está claro, por lo tanto, que, incluso a nivel del gobierno, se mantienen espacios de contradicción entre las decisiones autoritarias y la tendencia reformista aunque, de facto, los aparatos de poder parecen incapaces de afrontar el «empuje obrero y popular» recurriendo con frecuencia a métodos intimidatorios. En tan solo tres meses son denunciadas más de trece mil personas: jornaleros, obreros, estudiantes, empleados municipales y guardias urbanos. «Una gigantesca red represiva cubre todo el país y por medio del auspicio de los órganos de prensa y la televisión, atrapa en sus mallas a hombres, mujeres, jóvenes y ancianos, trabajadores y sindicalistas, pensionistas y subproletarios».[21] La «atmósfera de caza al rojo» unifica los aparatos de gobierno, los medios de comunicación de masas y a amplios sectores de la burguesía. El semanal *Epoca*, que ya había apoyado de hecho el intento de golpe de Estado de 1963, sale con la portada tricolor y con un titular de fuerte carga: *Qué puede pasar en Italia.*

---

21 Domenico Tarantini, *op. cit.*

El 19 de noviembre tiene lugar una huelga general por la vivienda: se producen violentos incidentes en Milán, en donde la policía carga violentamente y sin motivo contra los manifestantes que salen de una reunión en el Teatro Lírico. En el transcurso de los incidentes muere el agente Annarumma, a buen seguro durante el transcurso de un enfrentamiento con otra camioneta de policía. Las fotos y los testigos lo demuestran claramente pero, a pesar de ello, la responsabilidad recae en los manifestantes. Se da el nombre de Annarumma a la nueva comisaría de la PS[22] de la plaza de San Ambroggio. Al mismo tiempo el Presidente Saragat escribe un telegrama que dice: «El bárbaro asesinato del joven PS de veintidós años Antonio Annarumma, muerto en servicio defendiendo la ley democrática [...] ofende la conciencia de los italianos [...]. Este odioso crimen debe animarnos a todos a aislar y a anular la capacidad de hacer daño de los delincuentes cuyo objetivo es la destrucción de la vida».

Las luchas por el convenios, que es el mismo para todas las fábricas, dominan el debate general, pero a esas alturas las vanguardias obreras empiezan a considerar que la cuestión de los convenios es un límite, un obstáculo a su crecimiento autónomo, fábrica a fábrica. Sienten la necesidad de cerrar la cuestión a toda prisa y de evitar la dispersión. Una octavilla difundida en Turín el 28 de noviembre firmada por Lotta Continua dice así: «Los obreros quieren acabar con esta lucha por los convenios que ya ha durado demasiado, y que ha sido demasiado manipulada [...]. El sindicato está completamente fuera de juego. El eslogan de los obreros es "basta de convenios"».

Pero cuando fueron estipulados los primeros convenios, la respuesta de los grupos revolucionarios fue crítica. Con ocasión de la firma del convenio de la construcción hacia finales de noviembre, Potere Operaio distribuyó un panfleto con el título: *Aquí tenéis el primer camelo.* Las vanguardias revolucionarias minusvaloraban, prejuiciosa y coherentemente, la institución de los convenios. Cualquier resultado que mejorase la definición de la condición obrera en la fábrica parecía una estafa: en cualquier caso sería demasiado poco; porque no iba a la raíz, y no bastaría para hacer saltar la esclavitud del trabajo asalariado, ni la prestación de vida a cambio de dinero.

---

22 *Polizia di Stato,* equivalente al Cuerpo Nacional de Policía en España [*N. del E.*].

Esta radicalidad no disminuyó en el curso de esta controversia: permeó el tejido de la cultura obrera, alejándola del progresismo industrialista, de la ética socialista del trabajo, de la sumisión cultural al destino de la civilización occidental. Durante aquel otoño tropical, los obreros se volvieron algo salvajes. Y esta fue la revolución cultural de aquel momento. La utilidad del trabajo, su necesidad histórica, fue al fin cuestionada. Los obreros empezaron a sentirse diferentes respecto a la historia de la civilización blanca occidental.

También durante el otoño los grupos revolucionarios se transforman, o mejor dicho, definen mejor su propia identidad. Lotta Continua y Potere Operaio se separan definitivamente, dando vida a dos cabeceras diferentes y a dos estructuras organizativas separadas. Turín era el lugar en la que las dos formaciones se entrecruzaban de forma más provechosa, en la polémica y en la investigación común. Pero en otros lugares la situación estaba más fragmentada: en Roma el movimiento estudiantil se había adherido casi completamente a Potere Operaio, al igual que en Padua o Florencia. Lotta Continua, en cambio, era mayoritaria en Trento, en Pisa y en Pavía y estaba consolidando su presencia en muchas fábricas milanesas.

La situación milanesa fue tal vez la más compleja de ese otoño. Por más que la importancia política de la clase obrera industrial fuera en aquellos años completamente relevante, la voz de las vanguardias obreras de la Pirelli, de la Sit-Siemens o de Alfa Romeo no consiguió penetrar verdaderamente en el movimiento estudiantil, que permaneció encerrado en las lógicas sectarias y en las disputas dogmáticas dentro de la ciudadela de la Universidad Estatal.

La burguesía democrática de Milán, aunque vivía de modo dramático su participación en el '68 y en el otoño obrero (como demuestra todo lo que se ha publicado en los años setenta en el mundo periodístico milanés) sin embargo no supo expresar una propuesta propia, una cultura propia. Permaneció a remolque de un proceso que la transformó pero que ella misma no supo transformar.

Strage de Stato[23]

Estamos a día 12 de diciembre de 1969; a primera hora de la tarde en plaza Fontana se desarrollan los tradicionales tratos entre los agricultores de la Baja Padania y de las provincias limítrofes. En la plaza se encuentra la antigua Banca dell'Agricoltura que permanece abierta también por la tarde. Exactamente a las 16:37 explota una bomba de gran potencia en el atrio del banco provocando dieciséis muertos y ochenta heridos. Al mismo tiempo, explotan las bombas en Roma: a las 16:55 en la Banca Nazionale del Laboro provocando dieciséis heridos, dos de ellos muy graves; a las 17:21 en el pendón del Altar de la Patria; a las 17:30 cerca de la entrada del Museo del Risorgimento. Mientras tanto se desactiva una quinta bomba en un complejo de la Banca Commerciale de Milán en la plaza de la Scala.

La conmoción es enorme tanto en las formaciones de la izquierda revolucionaria como en las fábricas y en general en la opinión pública. La sensación difusa es que se está frente a hechos de consecuencias imprevisibles, los primeros análisis son confusos y paralizantes, mientras Saragat aviva las llamas de la violencia y declara: «El atentado de Milán es un nuevo eslabón en la trágica cadena de actos terroristas que debe ser despedazada a cualquier precio para salvaguardar la vida y la libertad de los ciudadanos». Bien diferente es la opinión de los observadores extranjeros que ya en el mes de enero escribirán: «El partido del presidente italiano, Saragat, ha actuado con pánico, del mismo modo que los industriales, frente a la perspectiva de una clase obrera unida. En ese contexto han explotado las bombas de Milán, que parecen un acto político, una expresión de miedo directo a una sociedad que se está renovando por medio de un proceso natural».

Pero también en Italia, las minorías inteligentes comprenden de inmediato que está en juego una maniobra estatal dirigida a frenar las luchas. Aunque en pocos meses la izquierda revolucionaria se dará cuenta de que las bombas de plaza Fontana son terrorismo de Esado, iniciando una

---

23 *Strage di Stato*, literalmente matanza o masacre de Estado. Conocida expresión utilizada para referirse tanto al terrorismo de Estado como a la estrategia de la tensión anteriormente mencionada. En este capítulo, aparece traducida según las ocasiones como terrorismo o masacre de Estado [*N. del E.*].

memorable batalla de «contrainformación», ya desde el 19 de diciembre de 1969 se podía leer sobre los muros de Milán un pasquín firmado como «Los amigos de la INTERNACIONAL (Situacionista)» titulado *¿Arde el Reichstag?* en clara referencia al episodio que había contribuido a la ascensión al poder de Hitler en 1933: el incendio instrumental, precisamente, del Reichstag (la sede del Parlamento Alemán). La lucidez de análisis de aquel pasquín es sorprendente aunque al principio pocos lo tomaron en consideración. Los situacionistas escriben:

Compañeros,

El movimiento real del proletariado revolucionario italiano le está conduciendo hacia un punto de imposible retorno al pasado —para sí mismo y para sus enemigos. Mientras se disuelven una tras otra todas las ilusiones sobre la posibilidad de reestablecer la «normalidad» de la situación precedente, madura en ambas partes la necesidad de arriesgar el propio presente para ganarse el futuro.

Frente al auge del movimiento revolucionario, a pesar de la metódica acción de recuperación de los sindicatos y de los burócratas de la vieja y nueva «izquierda», para el Poder es fatal volver a sacar a relucir la vieja comedia del orden, jugando esta vez la falsa carta del terrorismo, en el intento de desconfigurar la situación que le obligará a descubrir su juego frente a la claridad de la revolución.

Los atentados anarquistas de 1921, los gestos desesperados de los supervivientes a la derrota del movimiento revolucionario de entonces, proveen un cómodo pretexto a la burguesía italiana para instaurar, con el fascismo, el estado de excepción sobre toda la sociedad.

Consciente —en su impotencia— de la lección del pasado, la burguesía italiana de 1969 no necesita vivir el gran miedo del movimiento revolucionario, ni esperar la fuerza que sólo de la derrota del mismo le puede todavía derivar. Hoy ya no necesita de los errores de los viejos anarquistas para encontrar un pretexto para la realización política de su propia realidad totalitaria, sino que tal pretexto se lo fabrica sola, encerrando a los nuevos anarquistas en un montaje policial, o manipulando a los más desprevenidos en una enorme provocación. Los anarquistas, en efecto, cuentan con los mejores requisitos para las exigencias del poder: una imagen anquilosada e ideológica del movimiento, su «extremismo» espectacular permite golpear a través de ellos el extremismo real del movimiento.

La bomba de Milán ha explotado contra el proletariado

Destinada a herir a las categorías menos radicalizadas, para que se alíen al poder, y hacer un llamamiento a la burguesía para la «caza de brujas»: no es casualidad, que el atentado sea sobre los agricultores (Banca nazionale dell'agricoltura) y sólo se proyecte miedo sobre los burgueses (Banca commerciale). Los resultados, directos e indirectos, de los atentados son sus propios fines.

En el pasado, el acto terrorista, como manifestación primitiva e infantil de la violencia revolucionaria en situaciones atrasadas, o como violencia perdida en el terreno de las revoluciones perdidas, nunca ha sido más que un acto de rechazo parcial y, por eso mismo, viciado de raíz: la negación de la política misma. En cambio, en la situación actual, frente al ascenso de un nuevo periodo revolucionario, es el propio Poder quien, para facilitar su propia afirmación totalitaria, muestra espectacularmente la negación terrorista.

En una época en la que se asiste al renacimiento del movimiento que suprime cualquier poder separado de los individuos, el propio Poder está obligado a descubrir, incluso en la práctica consciente, que todo lo que no consigue matar lo hace más débil. Pero la burguesía italiana es la más miserable de Europa. Incapaz hoy de producir terror en el proletariado, no le queda otra que comunicar a la mayoría de la población su propio terror pasivo, el miedo al proletariado. Impotente y pérfida en el intento de bloquear de este modo el desarrollo del movimiento revolucionario y de crear artificialmente y al mismo tiempo la fuerza que no posee, se arriesga a la vez a perder ambas posibilidades. Así es como han fallado las facciones más avanzadas del Poder (internas o paralelas —gubernativas o de oposición—). El exceso de debilidad traslada a la burguesía italiana al terreno del exceso policial, ésta comienza a entender que su única posibilidad de salir de la agonía pasa por el riesgo del fin inmediato de su agonía.

Así el Poder debe jugar hasta la última carta política antes de la guerra civil o de un golpe de Estado del que es incapaz: la doble carta del falso «peligro anarquista» (para la derecha) o del «peligro fascista» (para la izquierda), con el objetivo de esconder y hacer posible su ofensiva contra el verdadero peligro, el proletariado. Es más, el acto con el que hoy la burguesía intenta exorcizar la guerra civil es en realidad su primer acto de guerra civil contra el proletariado. Por lo tanto, al proletariado no le toca ni evitarla ni empezarla, sino vencerla.

> Y éste ha comenzado ya a entender que no es por medio de la violencia parcial como puede ganar, sino con la autogestión total de la violencia revolucionaria y el armamento general de todos los trabajadores organizados en los consejos obreros. Éste sabe, por lo tanto, que debe rechazar definitivamente, por medio de la revolución, la ideología de la violencia junto a la violencia de la ideología.
>
> Compañeros, no os dejéis detener aquí: el poder y sus aliados tienen miedo a perderlo todo; nosotros no debemos temernos a nosotros mismos: «No tenemos nada que perder excepto nuestras cadenas y tenemos todo un mundo por ganar».
>
> ¡Viva el poder absoluto de los consejos obreros! [24]

En esta octavilla de los situacionistas se encuentran muchas de las indicaciones e intuiciones políticas que parcialmente se convertirán en patrimonio colectivo en los siguientes meses. Mientras tanto, sobre todo en las grandes ciudades, las fuerzas políticas se decantan por opiniones muy definidas. Los partidos oficiales están inclinados en su gran mayoría, aunque de diferentes maneras, hacia posiciones de rigor en lo que respecta a la cuestión del orden público y a la «defensa de las instituciones», al mismo tiempo amplios sectores de la burguesía apoyados por órganos de prensa y de la TV reclaman «mano dura».

Pero incluso dentro de la propia burguesía hay minorías inteligentes que se posicionan de parte de la izquierda revolucionaria, contra la represión y la falsificación sistemática de los hechos. Nace así, y durará algunos años, una alianza entre los «antagonistas de dentro de las instituciones y los antagonistas de fuera de las instituciones». A partir de esta dinámica de colaboración se consolida un componente de desacuerdo en el seno de la magistratura, Magistratura Democrática, que tendrá una enorme relevancia al renovar y criticar las categorías clásicas del «derecho burgués» y al introducir en nuestro país las temáticas de la «criminología crítica» de origen anglosajón. Y así se multiplica el número de los abogados-compañeros, se forman minorías periodísticas democráticas que mantienen una digna batalla para romper la hegemonía reaccionaria dando vida a la experiencia del BCD (Boletín de Contrainformación Democrática) que, publicado por

24 *Internazionale Situacionista, op. cit.*

primera vez en mayo de 1970, continuará su actividad durante algunos años contribuyendo a desenmascarar las desviaciones de los servicios de seguridad, las conexiones internacionales de los poderes, de los abusos policiales, etc.

De estas dinámicas de alianza informal nace también el libro *La strage di Stato* [*Terrorismo de Estado*]. Anónimo, publicado por la editorial Savelli, venderá un millón de copias y constituirá la base de una contra-instrucción paralela a la de la magistratura. Los contenidos de *La strage di Stato* vehicularon una batalla colectiva en defensa de los detenidos y contra la involución reaccionaria que sentó las bases de la formación de las temáticas del «antifascismo militante» y de la construcción de infraestructuras de defensa de los espacios de acción del movimiento.

La experiencia de Socorro Rojo puede ser considerada como la síntesis de estas dinámicas. Formado a iniciativa de abogados, intelectuales, artistas (es de gran relevancia la participación de Dario Fo y Franca Rame), militantes revolucionarios, estudiantes y obreros, desarrollará en la primera mitad de los años setenta un papel de gran relevancia, tanto en el plano de la defensa legal como en el apoyo a las luchas carcelarias y sociales. En todo caso, conviene no confundir o asimilar los dos niveles de la respuesta: el democrático y el militante. En el primer caso, se trata de un generoso intento que realizan las fuerzas democráticas en defensa de la supuesta «legalidad» del Estado burgués; en el segundo, de una decisión política concreta contra el propio ocultamiento clasista que sustenta la arquitectura del Estado «liberal-garantista». Los compañeros, abogados o no, que dan vida al «Socorro Rojo», no hacen más que continuar en sus propios campos específicos la reflexión y la posición política de rechazo del papel y de la profesión de técnico que ya se había iniciado en la época de los *Quaderni Rossi*. Tras el posicionamiento del «rechazo del rol» se encuentra de nuevo la certeza del «saber del capital» como «ciencia hostil a la clase», como «revelación» de las raíces del dominio y de la opresión. De esta manera y sobre estas bases, nace en Italia el área de la «contrainformación».

El Comité Nacional de Lucha contra la Represión y el Terrorismo de Estado es el apoyo fundamental para el área de la contrainformación que coordina y recoge a la mayor parte de la fuerzas de la izquierda extraparlamentaria. En los días posteriores al atentado, la policía sigue decididamente

la «pista anarquista», registrando desde la misma tarde de los hechos de plaza Fontana, la sede anarquista de via Scaldasole en Milán, en donde es «detenido» Pino Pinelli (un trabajador ferroviario anarquista conocido por todo el movimiento) y después a su compañero Sergio Ardau (que en seguida se refugiará en Suecia para sustraerse de la persecución policial). El comisario Calabresi (que será el gran artífice de la provocación) les dice a los dos libertarios: «Sé que no tenéis nada que ver. Pero es por aquel loco de Valpreda». Por lo tanto, sólo dos horas después de las bombas, para la policía el culpable es Valpreda.

El 15 de diciembre, basándose en el testimonio del fascista Merlino (infiltrado entre los anarquistas), es arrestado en Roma Pietro Valpreda, mientras en Milán continúan los «severos interrogatorios» de Pino Pinelli y aparece la extraña figura de un taxista, Cornelio Rolandi, que asegura haber transportado en taxi al autor y cuando le enseñan la fotografía de Valpreda cree reconocerlo. Mientras la prensa desata toda su gama expresiva («arrestado el desecho humano», «la furia de la bestia humana», etc.), a las 0:04 del 16 de diciembre el cronista de la *Unità* Aldo Palumbo, cuando está saliendo de la sala de prensa de la jefatura de policía de Milán, oye ruidos y un gran golpe en el patio interior. En el suelo, ya muerto, yace el cuerpo destrozado de Pino Pinelli, que ha llegado allí tras un trágico «vuelo» desde el cuarto piso.

Los hechos relativos a la *strage di stato* son demasiado conocidos como para resumirlos aquí brevemente. Valpreda y muchos otros anarquistas permanecerán en la cárcel durante años siendo inocentes, mientras todavía hoy se desconoce a los verdaderos ejecutores y no hay responsabilidad por el «asesinato de Estado» de Pino Pinelli. De hecho, Valpreda y el resto de militantes anarquistas serán liberados gracias a la fuerza y a la unidad del movimiento en una memorable batalla democrática y militante. El comisario Calabresi, responsable según el movimiento de la muerte de Pino Pinelli, será asesinado por unos desconocidos algunos años más tarde.

El área anarquista y libertaria —la más duramente golpeada por la trama del *strage di stato*— imprimirá desde el inicio su huella de radicalidad a la batalla por la contrainformación; frecuentemente, por lo tanto, en claro desacuerdo con la recuperación democrática de los contenidos antagonistas del conflicto con el Estado. Testimonio de estas diferencias son las diferentes versiones de la *Balada de Pinelli* que circularán en aquel periodo. Más

moderada, aunque militante, la versión de Lotta Continua; decididamente más radical, e incluso «profética» en algunos versos, la del área anarco-situacionista. Esta última versión se publicó por el Circolo Giuseppe Pinelli e incluye en el vinilo la frase: «Esta canción puede ser libremente interpretada, reproducida o adaptada por todos aquellos que no sean recuperadores progresistas o falsos enemigos del sistema».

La balada de Pinelli
(música y letra del proletariado)

Aquella tarde en Milán hacía calor
Qué calor qué calor que hacía
Sargento, abra un poco la ventana
Y de repente Pinelli cayó.

«Comisario ya se lo he dicho
Le repito que soy inocente
Anarquía no quiere decir bombas
Sino igualdad en la libertad».

«Menos historias, imputado Pinelli
Tu amigo Valpreda ya ha cantado
Él es el autor del atentado
Y sabemos que su socio eres tú».
«Imposible —grita Pinelli—
Un compañero no hace esas cosas
Buscad entre los patrones
A quien ha puesto las bombas».

«Explotarán tal vez otras bombas
Para frenar la lucha de clases
Los patrones y burócratas saben
Que ya no estamos dispuestos a negociar».

«Ya basta imputado Pinelli
—gritaba nervioso Calabressi—
Tú, Lo Grano, abre un poco la ventana
Cuatro pisos no se hacen fácilmente».

En Diciembre en Milán hacía calor
Qué calor qué calor que hacía
Ha bastado abrir la ventana
Un empujón y Pinelli cayó.

En pocos días éramos tres mil
Tres mil en tu funeral
Y nadie podrá olvidar
Lo que juró junto a su féretro.

Te mataron partiéndote el cuello
Al caer ya estabas muerto
Calabressi vuelve a la oficina
Pero ya no está tranquilo.

Te han matado para callarte
Porque habías entendido el engaño
Ahora duermes ya no puedes hablar
Pero los compañeros te vengaremos.

Progresistas y recuperadores
Escupimos en vuestros discursos
Para Valpreda, Pinelli y todos nosotros
Ya sólo hay una tarea.

Los obreros en las fábricas y fuera
Están firmando vuestra condena
El poder comienza a temblar
Se hará justicia.

Calabresi con el fascista Guida
Se recordará que los años son largos
Antes o después algo sucederá
Que nos recordará a Pinelli.

Aquella tarde en Milán hacía calor
Qué calor qué calor que hacía
Sargento, abra un poco la ventana
Y de repente Pinelli cayó.

7. Los grupos extraparlamentarios

El tiempo de los grupos extraparlamentarios

El problema del nacimiento y evolución de los grupos políticos organizados de la izquierda extraparlamentaria requeriría de un análisis y de una investigación mucho más profunda de cuanto se pueda hacer aquí. Muchas son, de hecho, las causas que contribuyen a su aparición en el panorama político post-68. Desde luego, las memorias publicadas por algunos ex líderes a finales de los años setenta (los escritos de Viale, Bobbio, Boato[1]) no contribuyen a clarificar la cuestión. Sin embargo, se pueden ofrecer aquí algunas líneas interpretativas a la espera de que aparezcan testimonios mas fidedignos de los protagonistas.

Es preciso volver de nuevo al ‘68 y a la convulsa emergencia del sujeto estudiantil, en una dinámica de conflicto en la que una amplia presión social (obreros, estudiantes, trabajadores, intelectuales), inscrita en la búsqueda de nuevos equilibrios y poderes en la sociedad, se oponía a un dispositivo institucional (partidos históricos, industriales, instituciones estatales) decididamente incapaz de afrontar los problemas planteados por esta gran presión de masas. Naturalmente, la situación internacional fue fuente

---

1 Provenientes del Movimiento estudiantil de Turín (Guido Viale y Luigi Bobbio) y de Trento (Marco Boato) participaron en la fundación de Lotta Continua, organización de la que fueron dirigentes. Sobre el 68, Guido Viale ha publicado *Il Sessantotto tra rivoluzione e restaurazione*, Feltrinelli, 1978; Luigi Bobbio, hijo del prestigioso filósofo italiano, publicó *Storia di Lotta Continua*, Feltrinelli, 1988; Marco Boato, en la actualidad dirigente y diputado de Los Verdes, ha publicado *Sinistra storica e nuova sinistra davanti al fenomeno del terrorismo*, Milano, 1982 [*N. del E.*].

de influencias y sugestiones. Los pueblos oprimidos, tanto de Occidentes como del Este, estaban en una continua y aparentemente imparable revuelta. Los grandes aparatos militares imperialistas acumulaban derrotas memorables, tanto políticas como militares, por parte de pequeñas naciones y pequeños pueblos que salían de las profundidades de la historia con una fuerza y una identidad revolucionarias.

El imaginario posible «atreverse a luchar, atreverse a vencer», en una crisis generalizada del sistema capitalista, contribuía a encender convicciones profundas y procesos de ideologización todavía más rápidos, especialmente entre las vanguardias estudiantiles. Por otra parte, ya hacia el final de 1968, el gran impulso antiautoritario y contestatario de los movimientos estudiantiles parecía debilitado y, en cierta medida, replegado sobre sí mismo mientras la tan aclamada unidad entre estudiantes y obreros se realizaba solo parcialmente y a través de canales subterráneos, sobre todo fuera del ámbito universitario, y más propiamente en las dinámicas de lucha de los estudiantes-trabajadores y de los técnicos que, a su vez, provenían de la misma experiencia.

Ni las propias vanguardias universitarias ni los intelectuales de extracción obrerista eran capaces de dar una interpretación convincente (si es que era posible darla) sobre la naturaleza del movimiento de los estudiantes. A lo sumo, era definido como «detonador de la lucha obrera» o, parafraseando a Régis Debray, como el «pequeño motor estudiantil» que puede poner en movimiento el «gran motor» de la clase obrera. Interpretaciones, seguramente insuficientes o limitadas cuando no ideológicas, de una presión de masas que, en sus exigencias difusas y «de base», era una formidable mezcla de revuelta existencial radical y de rechazo de cualquier modelo político preconstituido. En este sentido, el extraordinario éxito de los escritos de Marcuse, Laing, Cooper etc., el esfuerzo de conciliar la liberación individual con la lucha contra las «instituciones totales» y la esclavitud del trabajo asalariado (Marx, Bakunin, Rosa Luxemburgo y el Lenin de la «espontaneidad obrera»), el deseo, la elección de poner en discusión el propio cuerpo en el combate contra el poder (el Che, pero también Reich y los hermanos Jackson), eran indicadores de una tensión utópica y subjetiva difícilmente simplificable — tampoco bajo las líneas indicadas aquí.

Necesidades y exigencias de tal profundidad probablemente exigían ritmos de maduración y desarrollo más lentos en el tiempo; etapas de lucha y enfrentamiento con el Estado y con la represión menos apremiantes y

determinadas que los procesos reales. Pero esto no ocurrió y de hecho no era posible que ocurriera. La respuesta del sistema de partidos, de la magistratura y de la policía se hizo cada vez más dura y sorda a estas exigencias de cambio. La burguesía neocapitalista, con la «estrategia de la tensión» —la política de las bombas y de los atentados[2]— optó por situar el conflicto en el plano del combate militar.

Y es principalmente debido al *shock* provocado por la represión generalizada, por las decenas y decenas de proletarios asesinados por la policía, por las oscuras tramas de Estado, por lo que nace la necesidad de la organización y por lo que se comienza a discutir la necesidad del «partido revolucionario». Naturalmente, en esta fase es de gran relevancia la existencia de grupúsculos y organismos marxista-leninistas, obreristas, filo-trotskistas, que hacía tiempo se habían planteado el problema de la organización y de la teoría-ideología, pero el encuentro con el movimiento solamente se producirá en ese momento, ahora y no durante su surgimiento y desarrollo.

Durante el '69, ante una vasta ofensiva obrera generalizada, las vanguardias estudiantiles comenzaron a verticalizar e ideologizar las estructuras de contrapoder estudiantil de las universidades. Aquí, tuvo lugar un fenómeno que está lejos de haber sido analizado en todas sus futuras consecuencias y resultados: la formación de una nueva «clase política».

En efecto, las luchas en las universidades habían formado ya una clase política pero su papel había sido, como mucho, el de desarrollar la función de liderazgo en las asambleas, en los contra-cursos y en la elaboración de los documentos teóricos. Con la apuesta por la organización, su papel se formaliza, por así decir, según cánones clásicos. La propia «clase política» se identifica rápidamente con la función de la «vanguardia revolucionaria» aspirando, según un modelo ya repetido en la historia, a la asunción del mando y a la dirección política de los movimientos de clase, sustituyendo (con la aspiración de auto-sustituirse) a aquella otra clase política (la

---

2 El periodo de la «estrategia de la tensión» suele situarse entre 1969 (atentado en el Banco de los agricultores de la *Piazza Fontana* en Milán, 16 muertos y 88 heridos, el 12 de diciembre) y 1974 (atentado en el tren *Italicus* en Emilia-Romagna, 12 muertos y 105 heridos el 4 de agosto) pero hay otros episodios brutales y fundamentales con las mismas características (participación de servicios secretos italianos o de países de la OTAN) acaecidos con posterioridad, como el atentado de la estación de Bolonia en 1980 (85 muertos y 200 heridos el 2 de agosto) [*N. del E.*].

mayor parte, también burguesa e intelectual) que se había formado durante los años del fascismo y que detentaba todavía el poder dentro de las instituciones del movimiento obrero italiano».[3]

Este giro organizativo, aún cuando estaba determinado por un proceso de constricción real, tuvo como consecuencia inmediata la eliminación y marginación de todo el área creativa-existencial (libertaria-beat-underground-situacionista) del territorio de las universidades, a la vez que contribuyó, de manera determinante, a la división del movimiento en grupos y «partiduchos», a menudo como patética imitación de los modelos mayores.

Ciertamente, estaba la experiencia del PSIUP, nacida en los inicios de los años sesenta como escisión del PSI, pero también en este caso, a pesar del indudable encuentro de esta organización con los movimientos de clase y juveniles, antes y durante el ‘68, los modelos organizativos se habían mantenido en marcos de tipo tradicional y no habían estado a la altura de las nuevas necesidades impuestas por el combate de clase.

Dentro del PCI, el sector sin duda más inteligente estaba representado desde finales de los años sesenta por un grupo de intelectuales organizados en torno al periódico *Il Manifesto*. Este grupo (Rossanda,[4] Pintor, Magri, Castellina, Caprara, etc.) había intentado constituirse de alguna forma como «corriente interna», rompiendo las rígidas leyes del centralismo democrático y de las decisiones tomadas por unanimidad. Una herejía como ésta resultó inconciliable para el tradicional grupo dirigente del PCI y los intelectuales de *Il Manifesto* fueron expulsados en 1970, constituyéndose durante un breve periodo en partido organizado y situando en el centro de su reflexión las temáticas de la organización de nuevo tipo. Referimos a propósito la parte final del importante ensayo de Rossana Rossanda *Classe e partito*:

---

3 Sergio Bologna, en *Dieci interviste sulla storia sociale*, Rosenberg & Sellier, Turín, 1981.

4 Todo un mito de la izquierda comunista italiana, Rossana Rossanda fue miembro de la resistencia partisana durante la Segunda Guerra Mundial y dirigente del PCI desde el final de la misma. Tras su expulsión del partido y la experiencia en *Il Manifesto* (del que sigue siendo directora honoraria) ha desempeñado un importante papel como intelectual y periodista comprometida. Su última intervención en el Estado español fue precisamente en unas jornadas en las que, entre otras actividades, se presentaba el libro del ex-dirigente de las Brigadas Rojas Mario Moretti (Brigadas Rojas, Akal 2002) organizadas por la Universidad Nómada en Madrid, en octubre de 2002 [*N. del E.*].

[...] Solo uno de los países socialistas, China, ha replanteado en el curso de su revolución y sobre todo en el intento caótico, tumultuoso, de la Revolución Cultural, un cambio en los términos teóricos de la cuestión partido-masas, en el sentido de un recurso permanente a las masas y a la objetividad, no sólo de sus necesidades sino de sus formas más inmediatas de conciencia (el campesino pobre, el más deseado, como eje de la construcción del movimiento, dondequiera que llegue el ejército rojo o su propaganda) como vara de medir de toda la justicia del proceso político y, por consiguiente, como elemento que debe necesariamente subordinarse a la organización. Pero este acento puesto sobre la materialidad de las condiciones está garantizado por el carisma del «pensamiento justo» de Mao, padre de la toma de conciencia, garante del proceso subjetivo. En esta dualidad hay una irrepetible potencialidad explosiva que, una y otra vez, hace pedazos las formas concretas de la organización política o de la administración del Estado, pero con el fin de reproducir una nueva organización, con su momento rígido de centralización y sus formas específicas y externas a las masas. Más que de una dialéctica, creemos que deba hablarse de una antinomia no resuelta —manteniéndola abierta como sistema práctico, empírico de corrección recíproca; quizás el único que, en condiciones de inmadurez de las fuerzas productivas y en parte sociales, como es dramáticamente el caso de China, permite que la relación clase-partido no se encierre en una verticalidad, a la que le empujaría la propia enormidad de los problemas a resolver en una ilimitada extensión humana. El punto teórico queda así sin solución pero vivo todavía, mientras que en las otras sociedades socialistas, éste se ha cerrado en la pobre repetición de la fórmula leninista, verificada por la experiencia estalinista.

Hasta estos últimos años, la discusión había quedado abierta en grupos periféricos a la vida del movimiento obrero. Pero allí donde ha sido afrontada —en Italia en las discusiones sobre los consejos, en Francia en la polémica contra Sartre abierta en 1954 por Merleau-Ponty y Claude Lefort, y continuada después en el seno de la revista *Socialisme ou Barbarie*— ha revelado un límite de fondo. No sólo en el perfil teórico, en el sentido de una atenta revisión filológica, o de una aportación también interesente —especialmente en Francia— sobre algunos cuestiones de Lukács, sino en un perfil político que es el que después imprime fuerza a los momentos álgidos de la discusión teórica, ya sea en Marx, en Lenin, en Luxemburgo o en Gramsci. En Europa, estas discusiones sobre la teoría del partido han tenido siempre, entre los años veinte y los setenta, un signo «de izquierdas». Han sido siempre el reflejo de una constatación real, el retraso o la latencia del movimiento revolucionario en Occidente. De un modo u otro, todas han intentado una solución que fuera un «retorno a los orígenes», marxianos o gramscianos, como intento de reencontrar una relación «pura» entre la clase y su expresión política dentro del mecanismo de explotación y solamente de éste. Todas las posiciones que, contra el empobrecimiento de las fuerzas institucionales del partido

o del sindicato, reclamaban en este periodo la prioridad de la clase como sujeto político, aceptasen o no la necesidad de una organización, dejaron abierto un flanco a la crítica que Lenin dirigía contra el economicismo de su tiempo, es decir, contra una reducción de la clase, o de la relación de explotación, a la relación capital-trabajo, lo que evitaba todas las implicaciones políticas, nacionales e internacionales de la lucha de clases.

Precisamente las instituciones de la clase indicadas como pura negatividad se hacían garantes de estas implicaciones con una capacidad más rica y por lo tanto, de elaboración y recepción. Una relectura de la polémica consejista revela la ahistoricidad, la subdivisión de la propuesta política, un retorno curiosamente «insurreccional», justamente allí donde se quería reencontrar a Marx, en toda su dimensión que representa el límite, la imposibilidad, ahora sí, de un discurso de clase que prescinda de la organización total del capital como sistema total de las relaciones sociales. Así, en la discusión de *Socialisme ou Barbarie*, Lefort, y no por casualidad —que, sin embargo, con no pocas buenas razones criticaba la total reducción que Sartre realizaba, en aquel momento, de la clase al partido—, considera irrelevante que la clase obrera francesa se enfrente o no al general Ridgeway, un asunto que no es suyo. La densidad y totalidad del hecho representado por las expresiones del movimiento obrero en siglo XX, como la socialdemocracia o el leninismo, así como la versión estalinista del partido leninista; la existencia de la Unión Soviéica y de las relaciones de fuerza que de ello derivaban a escala mundial; la repetición de revoluciones en zonas «inmaduras» y por consiguiente su estructuración, si no en partidos comunistas, en formas todavía más verticalizadas (siempre justificadas, precisamente, por la inmadurez objetiva y por la significación subjetiva de la revolución). Todo esto permanece ausente y hace de esta polémica algo sustancialmente infructuoso.

Frente a ella, el movimiento comunista, en su concreción, rinde cuentas fácilmente de su operatividad histórica real. Es también verdad que haya a menudo problemas para encontrar en ésta justificación completa, una suerte de exención de cada nuevo examen crítico. Y también es verdad que la institución —una institución hecha de la militancia y del sacrificio de miles de hombres, convertida en protagonista del siglo XX— se encuentre, con frecuencia, tentada de ver su finalidad en su propia conservación como órgano político, antes que en una verificación permanente en la clase que quiere representar. Pero en el lenguaje de los hechos, y cuando éstos asumen estas dimensiones, solo pueden arguirse los propios hechos.

Sobre el terreno práctico y teórico, la razón de ser de los partidos comunistas no podía plantearse debido a una «reflexión» sobre la clase, y mucho menos como ésta, viciada por los límites que hemos indicado. Podía plantearse debido a una mutación fundamental de las relaciones «reales», que bruscamente requieren de una vanguardia, no tanto que

> tenga los papeles en regla con la teoría, sino que esté a la altura de las potencialidades del movimiento, ya sea anticipándolas o padeciéndolas. Elaborado a principios del siglo XX, como instrumento de una revolución fuera del corazón del capitalismo más avanzado, el esquema leninista de las relaciones entre partido y clase vuelve a la discusión sólo cuando se replantea el problema de la revolución en las sociedades avanzadas [...] Queremos subrayar sólo dos puntos para concluir estas notas. El primero es que, si es verdad que la cuestión clase-partido tiene un valor teórico, sólo lo tiene en la medida en que la primera está políticamente madura —que es un modo distinto de decir que la única teoría en un cierto sentido es la que se desarrolla dentro de una praxis y de un desarrollo histórico— ninguna de sus soluciones es posible si no se vuelve a partir de un análisis atento de las distintas contradicciones de clase en la sociedad avanzada, de las formas de lucha concretas y de las necesidades que la crisis del Capitalismo prefigura «hoy en día». Queremos decir, en definitiva, que una teoría de la organización está extremadamente vinculada a una hipótesis de la revolución, de la que no puede ser separada. El segundo punto es que la tensión que atenaza a las instituciones históricas de la clase —partidos y sindicatos— no proviene solamente de un límite subjetivo de los mismos. Proviene del crecimiento de una dimensión política cada vez más estrechamente ligada al ser social, cada vez más celosamente interna a su toma de conciencia, cada vez menos delegable. Se percibe, en definitiva, esa distancia entre vanguardia y clase que estuvo en el origen del partido de Lenin. La hipótesis de Marx apremia en los movimientos de mayo en Francia y en las convulsiones que recorren nuestras sociedades y que tienden a evitar el encuadramiento, más dúctil y atento, de una dimensión puramente política. Y es sólo de esta constatación de la que se puede volver a plantear el problema de la organización. De Marx, estamos volviendo a Marx. [...].[5]

Naturalmente y más allá de las cuestiones indicadas sobre la «clase política», la cuestión de los grupos no ha sido exclusivamente negativa, y dentro de los mismos sería necesario hacer muchas diferencias en lo que se refiere a la práctica política, al estilo de trabajo y a las relaciones con el movimiento real. En todo caso, su mejor periodo, que coincide con la práctica de la solidaridad de base entre grupos ideológicamente divergentes, concluye bastante rápido bajo la presión de la conflictividad obrera y por la incapacidad —intrínseca al modelo organizativo adoptado— de dar una respuesta a la escisión entre actividad política y vida privada. La emergencia imperiosa y radical del movimiento de las mujeres dará, además, un

5 *Il Manifesto*, 4 de Septiembre, 1969.

espaldarazo determinante a la disgregación de las organizaciones verticales. Dentro de este proceso, las elites dirigentes se encontrarán cada vez más separadas de las instancias de una base que radicaliza cada vez más sus comportamientos, que rompe los muros de la militancia y los límites ideológicos, que intenta una recomposición desde la base de su proceso de liberación, enfrentándose con un aparato represivo estatal cada vez más violento y totalizador. En su libro *La tribu delle talpe* [*La tribu de los topos*], Sergio Bologna describe así esta fase:

> [...] Si elegimos continuar el camino de la subjetividad, debemos distinguir dos grandes fases en el periodo que va desde el ciclo del '68 hasta hoy. Una primera fase en la que, a todas las operaciones ya advertidas sobre el cuerpo central de la clase obrera, se añade el empleo terrorista de los servicios secretos y un nuevo nivel de clandestinidad por parte del Estado con abundante empleo de «peones» fascistas. En la respuesta a la llamada «estrategia de la tensión» se consume la última generación de militantes formada en el '68 que, después del «paréntesis obrero», replantea la relación entre programa y organización según los viejos esquemas de partido. Así, la lucha por el poder se articula entre táctica de antifascismo militante y conquista de niveles políticos formales, electorales. Es la fase en la que el «sistema de partidos» no se presenta todavía bajo la forma-Estado sino bajo la figura conflictiva de la violenta oposición entre un ejecutivo que ha desencadenado la guerra sucia del Estado (desde los servicios secretos hasta el silencio cómplice de la magistratura) y una oposición que reivindica los valores democráticos de la Resistencia. Y una segunda fase de reabsorción parcial de la forma autónoma del «sistema de partidos», de recuperación de la tradición ideológica y organizativa del movimiento obrero, de introyección, podríamos decir, del «sistema de partidos» por parte del propio movimiento revolucionario.
>
> Desde el punto de vista de la relación entre subjetividad y modelos organizativos, en este periodo que comienza con Piazza Fontana y concluye con la derrota de la «estrategia de la tensión» (aún cuando sus estribaciones se alargan hasta el 20 de junio), se asiste a un rechazo de las hipótesis creativas del 1968-69 y a una reedición de modelos ultra-bolcheviques o, para grupos como el MLS, *Il Manifesto*, AO, PDUP, de modelos togliattianos en el mejor de los casos barnizados de maoísmo. Se asiste a la revalorización de figuras y épocas históricas del movimiento comunista italiano, de Gramsci a la Resistencia, marginando violentamente a todo el sector obrerista clásico, al sector anarquista, a los situacionistas y a los grupos marxistas-leninistas más intransigentes.

Los núcleos centrales del sector obrerista, Potere Operaio y el Collettivo Politico Metropolitano, tras determinar los límites político-institucionales de la marcha a través del salario en la fábrica, apuestan drásticamente por la batalla de la militarización del movimiento, que también pasa, no obstante, por claves del estilo de «hacer combatir a la autonomía y construir el partido armado» dirigiendo todo sobre los niveles de militancia, sobre la organización de cuadros etc. Será una batalla perdida, pero ahora éste no es el problema principal, sino comprender cómo se va erosionando todo margen de «movimiento» y sólo sobreviven las hipótesis «de partido» [...].

[...] Modelos históricos asumidos acríticamente asumen gran importancia y validez normativa. Así, tras el vendaval de hipótesis «postcomunistas» de 1968-69, se recupera completamente la tradición tercer-internacionalista. El problema central está representado por el terrorismo de Estado. El problema del poder, entendido como ruptura de la máquina estatal, acentuará ulteriormente el carácter leninista de la organización. En el periodo que comprende la lucha por derribar al Gobierno Andreotti-Malagodi,[6] se produce quizás la mayor convergencia entre la estrategia organizativa de los grupos y las fuerzas antifascistas institucionales,[7] de modo que los primeros vienen reabsorbidos en el «sistema de partidos» hasta el punto de pisar los umbrales del terreno parlamentario y dar vida a la experiencia de Democrazia Proletaria[8] o entregar los votos al PCI como Lotta Continua.[9] Pero aquí estamos ya en la segunda fase, que examinaremos después [...].

---

6 La oposición del PCI al Gobierno de centro-derecha Andreotti (DC)-Malagodi (Partido Liberal Italiano) y el PSDI de Tanassi en 1972, provocó efectivamente un cierto clima de empatía con la izquierda institucional. Ésta es la época de las acciones propagandísticas (sin homicidios) y simbólicas de las Brigadas Rojas que no eran vistas con malos ojos por los sectores del comunismo institucional en el movimiento obrero [*N. del E.*].

7 La noción de «antifascismo institucional» puede dar pie a confusiones entre los lectores de lengua castellana y en particular en España. Hay que recordar que el desenlace de la Segunda Guerra Mundial supuso para Italia la constitucionalización del antifascismo y el reconocimiento público de un conjunto de entidades de la sociedad civil (en particular las asociaciones de ex-partisanos) más o menos hegemonizadas por el PCI, que garantizaban el pedigrí republicano de los comunistas oficiales [*N. del E.*].

8 Plataforma electoral de la nueva izquierda italiana surgida en 1975 compuesta por el Partido de Unidad Proletaria por el Comunismo (PdUP), Avanguardia Operaia (AO), el Movimiento de Trabajadores por el Socialismo (MLS), la organización Comunista Marxista-Leninista, la Liga Comunista Revolucionaria-IV Internacional y la Liga de los Comunistas, integrándose con posterioridad LC. A pesar del escaso éxito electoral, DP fue una referencia en los setenta y en los ochenta para la izquierda crítica al PCI. Tras la mutación/disolución del PCI (89-91), DP formará parte, con los sectores de izquierda provenientes del ex-PCI, del Movimiento por la Refundación Comunista que dará origen al actual Partido de la Refundación Comunista (PRC). Este partido cuenta con porcentajes de voto de en torno al 5-6 % en las elecciones a la cámara de diputados italiana [*N. del E.*].

9 Efectivamente, como se verá a continuación, en 1975 LC pedirá el voto para el PCI. La clave táctica de la decisión de LC, tras no adherirse a la candidatura de Democrazia Proletaria, era que entendía que la eventual presencia del PCI en el Gobierno Italiano podría facilitar la apertura de escenarios idóneos para la intervención de las fuerzas políticas a su izquierda [*N. del E.*].

> Es decir, en este periodo funciona una suerte de sistema *togliattiano* imperfecto. De un lado, la práctica de la movilización, del antifascismo militante, de las manifestaciones de masas y de las movilizaciones promovidas por los grupos. De otro, la acción de presión parlamentaria —aunque sobre todo dentro de las instituciones a través de la prensa— por parte del PCI y del PSI, para destruir el chantaje terrorista de la DC y sus aliados. Incluso las iniciativas de las Brigadas Rojas, en este primer periodo, mantienen una ambivalencia objetiva, entre una radicalización del antifascismo militante (son vistas con tolerancia por ciertos sectores de ex-partisanos) y una construcción del partido armado, dirigida a la re-cualificación de la autonomía obrera [...].
>
> Ahora podemos aislar fácilmente los rasgos del «militante medio» que se forma y se construye en esta fase de la lucha política: un militante de partido con grandes dotes ejecutivas, activista y presente en todos los niveles para los que se le requiera, que efectivamente crece dentro de la propia situación de lucha pero que recibe de las escuelas de partido y de los mitos de la propia organización los esquemas políticos para encuadrarla. Decir que aquí se ha formado el militante alienado, expropiado de su propia subjetividad, resultaría injusto. Las características positivas del periodo, el ritmo incesante de la movilización, el activismo a veces ciego pero a la larga eficaz, la práctica nueva y calculada de la movilización, la respuesta puntual a las provocaciones, terminan por imponer y sedimentar un terreno de práctica política que se convierte en estructura social y composición de clase. Los signos de su fragilidad se harán evidentes sólo cuando se inicie el segundo periodo [...].[10]

Evidentemente, los conceptos de partido y de organización, tal y como fueron heredados del comunismo ortodoxo o del comunismo de izquierdas y consejista, no contenían en sí mismos la capacidad de representar la complejidad del conflicto en una sociedad de capitalismo maduro, y la tesis de Rosa Luxemburgo según la cual la clase se mueve espontáneamente y crea ella misma sus propios instrumentos de lucha, representaba un límite y una contradicción insuperable para las organizaciones extraparlamentarias.

El periodo que siguió al Otoño Caliente y al nacimiento de los grupos es muy confuso. Las organizaciones, por su propia dinámica intrínseca, se vieron llevadas a desarrollar una amplia intervención aunque

---

10 Sergio Bologna, *Le tribù delle talpe*, Feltrinelli, Milán 1978. [Ed. cast.: *La tribu de los topos, Monthly Review, num. 4,* Barcelona, 1978].

con modalidades típicamente verticalistas y opuestas a las de los colectivos obreros que tendían a fundir la fábrica y «lo social» en un único proyecto. El violento retorno a esquemas tercer-internacionalistas hizo que las organizaciones perdieran una visión lúcida del combate que se desarrollaba en las fábricas.

Los grupos no tenían una estrategia de fábrica. Sus militantes estaban continuamente expuestos a la depuración, eran a menudo despedidos (frecuentemente por absentismo), se auto-despedían o se escondían en el sindicato. En el Norte, en algunas grandes concentraciones obreras, sólo la fracción clandestina mantenía una fina red organizativa.[11]

Los grupos, engañados por la jaula organizativa y el espejo deformante de la relativa hegemonía sobre las luchas sociales, no se terminaron de dar cuenta de que el periodo comprendido entre 1969 y el verano de 1973 «no es un periodo de estancamiento reivindicativo, sino que, por el contrario, está marcado por una punzante actividad contractual, probablemente la más intensa de la postguerra».[12] Presionados continuamente por los calendarios de lucha de la «estrategia de la tensión», concentraron continuamente las fuerzas en grandes batallas democráticas (ejemplo típico, la del referéndum sobre el divorcio[13]) y por los derechos civiles, mientras que pocos se dieron cuenta «de la lenta marcha del sistema de partidos dentro de la fábrica, ya que ésta se oculta tras una espesa cortina de conflictos».[14] A lo sumo, los sectores organizados más inteligentes se concentraron en la batalla contra la reestructuración productiva que, aún cuando necesaria, se mantuvo a la defensiva y no permitió capturar la dinámica fundamental que consistía en la transferencia tendencial de todas las propiedades políticas de clase a la organización oficial (sindicato o partido), mientras la clase volvía a ser un elemento subalterno, materia de partido, fuerza de trabajo.

---

11 *Ibídem.*

12 *Ibídem.*

13 La presión católica en Italia provocó la convocatoria de un referéndum abrogativo contra la primera ley del divorcio (mayo de 1974). A pesar de que la ley se mantuvo, los partidarios del no a la abrogación apenas llegaron al 60 % en un referéndum que casi alcanzó un 90 % de participación [*N. del E.*].

14 Sergio Bologna, *Le tribù delle*... op cit.

En el otoño de 1973, cuando estalla el «partido de la Mirafiori»[15] y en la ocupación de la Fiat ondean las banderas rojas, los grupos ya habían concluido, de hecho, su breve ciclo, mientras las vanguardias de masa de la «autonomía obrera» producían el último gran intento de recomposición.

«[...] La victoria sobre la estrategia de la tensión se canjea por la crisis de la forma-Estado, el abandono forzoso por parte de la DC del lumpen fascista (desenmascarado por el movimiento) se canjea por la crisis de régimen [...]» y los grupos hablarán cada vez más de la «definitiva putrefacción del sistema»,[16] mientras la forma-Estado del sistema de partidos estaba preparando, en realidad, una recomposición todavía más autoritaria.

Si Potere Operaio se disuelve coherentemente después de la ocupación de la Mirafiori en 1973, también Lotta Continua (el grupo con una identidad más fuerte y mayor seguimiento de masas) entrará rápidamente en una larga crisis que también le conducirá a su disolución. Mientras, Avanguardia Operaia iniciará una larga alquimia qué, a través de salidas, fusiones y escisiones llevará al nacimiento de Democrazia Proletaria. Los marxistas-leninistas de Servire al Popolo, la organización más rigurosamente burocrática y vertical de los años setenta, que había tenido un cierto seguimiento proletario (sobre todo en el Sur), se romperán también ante el impulso de la «subjetividad militante» y se descubrirán actuando en el área de la más amplia «autonomía organizada».

Elogio de los *grupistas*[17]

Rossana Rossanda

El verano de 1968 fue una gran transmigración. Para los estudiantes que habían ido a Paris a ver la revolución y habían vuelto meditabundos por su prematuro reflujo, las razones de la experiencia italiana se

---

15 En marzo de ese mismo año se habrían iniciado las ocupaciones obreras de la fábrica Fiat de Turín (Mirafiori) [*N. del E.*].

16 Sergio Bologna, *Le tribù delle*... op cit.

17 Suplemento del periódico *Il manifesto*, *Dal movimento ai gruppi*, Roma, 1986.

representaban a sus ojos bajo una luz diferente, quizá más fuerte que la repentina llamarada francesa y, sobre todo, todavía abierta. Todo estaba aún en pie cuando sobrevenieron aquellas humillantes vacaciones que, se quisiera o no, vaciaban las universidades de estudiantes y las ciudades de adultos.

Los jóvenes decidieron entonces, por primera vez de forma masiva, quedarse o marcharse según lógicas no personales. Para quien se quedó, cada casa se convirtió en una etapa de llegada desde Berlín, París, Londres o Ámsterdam, de una población provista de pocas maletas, gran curiosidad y experiencias emocionantes —además de guitarras y canciones. Decididos a vivir juntos día y noche, se duerme en las camas, en las alfombras, en los pasillos e incluso en la bañera de mamá, quien a la vuelta habrá de lavar todas las sábanas de la casa y encontrarse multitud de cacharros. Por las ciudades del Centro pasaban también los que desde Milán o Turín iban al descubrimiento del Sur, con un misión en realidad, poco bucólica y poco industrial, huidiza, del *mezzogiorno*.

Campamentos, encuentros... fue una salida del lugar y de los horizontes donde se había nacido hacia la política y un encuentro con otros del todo parecidos; verse en una transmutación común. *Times are changing* en todas partes. Antes, se había producido un crecimiento sobre sí mismos; en primavera los colectivos de los ateneos habían tenido unos prudentísimos contactos entre sí, culminados a principios de junio en una asamblea en Venecia que había vuelto a convocar un nuevo encuentro en septiembre.

Cada facultad tenía una historia que contar, incluso en aquel momento de transición. Una cosa es verdad, y es que después del verano vendría la historia que de las divisiones por grupos de edad y por colectivos, en el otoño de 1967 y el invierno de 1968, se articularía en diferencias que en menos de un año, a lo largo de 1969, llevarían a la constitución de los partidos o de los grupos de la nueva izquierda, con extensión nacional y separados localmente de las matrices unitarias del movimiento.

En el primer '68 había dominado la autonomía local en consonancia con la indeterminación para poder pasar del análisis a la propuesta, temiendo que cristalizasen unas potencialidades del movimiento

que parecían infinitas y completamente abiertas —pienso en la suerte de Università negativa y en la igual y recíproca mala suerte de Palazzo Campana, de una de tantas y provisionales plataformas. Se temía, sobre todo, al éxito, con la consecuente reabsorción del impulso contestatario por parte de la astuta elasticidad del sistema. Los objetivos eran «justos» en la misma medida en que eran incompatibles, esto es, no absorbibles, no domesticables. Pero la única incompatibilidad verdadera estaba en el movimiento. Ésta fue seguramente la mayor debilidad teórico-política de los estudiantes, y la prueba de la madurez del movimiento obrero del '69 que no temía a plataforma alguna, considerándolas terrenos a conquistar y, por lo tanto, pistas de lanzamiento y relanzamiento consolidadas a la fuerza. Sea como sea, la lógica del puro movimiento en los primeros meses de 1968 entiende como superfluo todo contacto permanente y recela de toda «construcción horizontal». El movimiento, como la gracia divina, estaba donde tenía que estar. El verano y sobre todo el otoño con las primeras luchas obreras modificaron esta conciencia de sí y consumaron la percepción del movimiento como esencia del antagonismo. La «razón de masas» detuvo el impulso originario. El concepto de masa había sustituido al de clase en el PCI, pero con una connotación opuesta, en la que «masas» amplificaba las alianzas de la «democracia avanzada» a categorías y grupos de naturaleza «nacional», «nacional-popular» o en contradicción con el recurrente autoritarismo clerical, etc. Por el contrario, el '68 ve en las masas la mezcla de sujetos nuevos y más radicales: estudiantes, jóvenes, marginados, incluso mujeres, que alargaban la idea de clase pero hacia la izquierda. «Las ideas justas de las masas» fueron asumidas como homónimo de las «necesidades» y las necesidades como alternativa fluida y radicalizada a la inmovilidad sociológica y al progresismo de la clase obrera, objetivamente explotada, pero ideológicamente corruptible. Así, las «necesidades» obreras podían ser similares a las «necesidades» burguesas (más salario, más viviendas, más asistencia, más escuela, etc.). Las de las nuevas «masas» en ningún caso.

En la reanudación otoñal del movimiento y en el magma de documentos que aparecían, la cuestión de un vínculo entre los diferentes colectivos se plantea, acompañado de las prudencias de las primeras reuniones o discusiones —todas ellas horizontales, todas de coordinación informal, todas dirigidas a manifestar más las diferencias que las

razones de la unidad. Y, de hecho, aquel movimiento nunca se unificó, ni siquiera con una forma consultiva o provisoria, no sabría decir si por su profunda naturaleza o/y por el impedimento derivado del carisma de sus líderes, percibido como siglas de la diferencia y como pertenencia simbólica. Viale, Rostagno, Sofri,[18] Bobbio, Boato, Curcio, Mordenti, Flores, Capanna[19] —por señalar a los primeros que se me vienen a la mente pero podrían ser otros tantos retratos no homologables, salvo por el hecho de que jamás un líder nacía debido a sus propias virtudes, ni siquiera eran todos grandes tribunos, característica que había unificado a los líderes en el pasado.

Para custodiar la autonomía de los focos de movimiento hubo dos razones específicamente enunciadas —propias de todos salvo de los m-l, ya estructurados antes del ‘68. Por una parte, la aparente incompatibilidad entre movimiento e instituciones; la institución siendo por su propia naturaleza una realidad cristalizada y por lo tanto que relentizaba (cfr. esencial para la experiencia francesa de la izquierda proletarista, la conversación entre Jean-Paul Sartre y el manifiesto sobre movimiento y partidos). Por otra parte, la crítica del movimiento revolucionario a la forma-partido clásica (leninista) que no había impedido, favoreciéndolo incluso, el «revisionismo» de los comunistas históricos.

El florecimiento del discurso sobre los «consejos», el descubrimiento de Rosa Luxemburgo —hasta entonces sólo conocida en Italia por los trabajos de personalidades singulares con Lelio Basso o Luciano Amodio)—, o la propia revalorización de Pannekoek (al lado del silencio o la distracción respecto de los consejos gramscianos e incluso respecto de aquel superconsejo que fue la Comuna de

---

18 Adriano Sofri, carismático líder de *Lotta Continua*. Abandonó la política en los años ochenta y en 1988, tras la dudosa confesión de un arrepentido, fue acusado y condenado por haber ordenado la ejecución del comisario de policía Luigi Calabresi. Desde entonces estuvo en prisión, y sólo en 2005 accedió a una situación se semi-libertad. A propósito de las manifestaciones de Génova en 2001, originó una polémica con los desobedientes en una carta abierta en el diario *La Repubblica* a Luca Casarini en la que criticaba la agresividad de las protecciones y la actitud de los *tute bianche* [*N. del E.*].

19 Mario Capanna, también carismático líder del Movimento Studentesco de la Universidad Estatal de Milán. Tras su paso por el PdUP entrará en Democrazia Proletaria siendo su máximo exponente hasta 1988. Diputado europeo y nacional por esta formación en varias ocasiones, fundara un partido ecologista (I Verdi Arcobaleno) que, con aceptables resultados electorales, se fusionará con otras federaciones verdes italianas. En la actualidad, además de ser escritor, preside el Consejo de los derechos genéticos, organismo de investigación sobre biotecnología ligado a movimientos ecologistas [*N. del E.*].

París, extrañamente ignorada en Italia al tiempo que se exaltaba la Revolución Cultural China) fueron la consecuencia de la única «forma» en la que el movimiento sabría reconocerse: la democracia directa fundada sobre el sistema asambleario y el mandato directo, provisional, vinculante y revocable.

Esta elección anti-institucional, en el sentido de contraria a toda formalización, debía contar con dos premisas analítico-teóricas. Antes que nada, la expresión directa e inmediata de los sujetos debía considerarse madura, sin necesidad de otra mediación cultural, e integramente alternativa. En segundo lugar, esta madurez de los sujetos hacía innecesarios tanto la dictadura proletaria como su corolario, el partido como guía superpuesta al movimiento, en tanto que minaba, en su misma afirmación y en su propio ser, la base de los poderes constituidos. El comunismo se convertía directamente en la explicitación de sí sin mediaciones, el fruto de una sociedad capitalista avanzada, en la que la revolución social podía desmerecer incluso a la revolución política. Extracto y esquematizo un breve trabajo mío de 1969: «De Marx a Marx» (véase *Il Manifesto* revista, num. 5 de 1969), cuando además se había convertido en una posición completamente minoritaria. El conjunto de movimientos se verá empujado, en cambio, al problema de la organización, de la forma-partido, la llamen así o no. Se sentían difusos en el mundo, portadores de valores como jamás se habían dado a escala mundial. Sin embargo, en ninguna parte del mundo el movimiento en sí había sido capaz de sustituir lo existente; todo lo más, en Italia o en la Freie Universität de Berlín, habían ocupado un terreno, el de la universidad —en el otoño del 68 hubo también una breve pero desbordante tentativa, también en las enseñanzas medias.

El poder se había retirado de la escuela, dejando al movimiento a su suerte, en una jugada casi genial. Las universidades y los liceos del '69 vivieron con fatiga un contra-mando asambleario y pronto replegaron sus objetivos tan estruendosos como modestos: el sobresaliente asegurado o después la mini-reforma, temáticas que en la óptica del '68 se habrían podido definir ágilmente como sindicales, y que de hecho, las practicaba, sobre todo, Potere Operaio, junto a la idea del salario como palanca desquiciante de

los equilibrios del Capital. (Por no hablar del salario mínimo garantizado, que hoy en día reaflora en el ala derecha de la socialdemocracia europea[20]).

Así pues, en aquella época del año los líderes del movimiento sintieron que era necesario salir de la escuela, y para hacerlo era preciso pasar de la fragmentación de los ateneos a un horizonte más amplio, so pena de no perturbar algún equilibrio de fondo (el «gueto de oro en un mundo de mierda» de Rostagno). Esta historia de cómo constituirse en frente y proyecto habría demorado las temáticas de la asunción de sí como sujeto revelador del sistema homologante —que había sido la experiencia fundamental del primer '68. La historia de estas etapas va desde el otoño de aquel año hasta 1969 cuando, frente a un cuadro social explosivo por la insurgencia del nuevo movimiento obrero, el movimiento no confluye, sino que se divide y muta en los grupos de la nueva izquierda. Y por cada uno de sus recorridos, esta historia tiene elementos comunes. En esta ocasión sólo examinamos algunas problemáticas comunes.

Muy sumariamente se puede decir que fueron esencialmente las siguientes:

a) La necesidad de salvarse de una fragmentación internamente destructiva a través de una operación de elaboración política; un anclaje teórico. El movimiento no lo era todo, debía ser interpretado, situado, analizado y en cierta medida ordenado y dirigido, para no perecer sobre sí mismo. El paso a los grupos salvaría mas que haría perder. El proceso revolucionario obligaba a un diálogo entre movimiento y organización que superase los límites de uno y otro.

b) Organización significaba, antes que nada, pasar del subjetivismo puro a la «línea», a inventar previamente las reglas de la convivencia interna. Este punto será siempre el elemento distintivo entre los partidos y

20 Unos años después de la valoración de Rossanda, podemos encontrar ejemplos de salario mínimo garantizado en algún que otro lugar del Estado español (Comunidad Autónoma Vasca por ejemplo) con gestores administrativos que responden bien a ese perfil de derecha socialdemócrata [*N. del E.*].

el movimentismo o los movimientos emergentes o reemergentes, incluso durante toda la década de 1970, cuando éstos reclamaron periódicamente el «modo de ser», «el modo de hacer política» como determinante, más o menos visible, de la línea y de su formación y modificación. En efecto, muchas rupturas políticas se plantearon con respecto al «modo», la feminista la primera, sometiendo la propia existencia de la línea a una crítica radical. Con todo, en el tardo '68 y en el '69, la cuestión de la línea se planteó como momento creativo de elaboración, como «forma» de crecimiento de las potencialidades manifiestamente distintas del movimiento. Naturalmente, tendría que tratarse de una línea libre de las trampas de las líneas precedentes, una línea radical, anticapitalista, altamente conflictiva, la forma más madura del conflicto incluso. La mediación se presentaba igualmente execrable para los grupos, de la misma manera que en las fases más espontáneas del movimiento, a la que los grupos opondrán la «línea revolucionaria». De las exigencias debían proceder naturalmente las estructuras y reglas organizativas en sentido propio, y no al contrario.

A su vez, la línea se legitimaba en tanto la situación era objetivamente revolucionaria, una forma inédita de conflicto estaba ya en acción con el Sistema y el Estado. Bajo este esquema los grupos se dividieron, por decirlo en palabras simples, en la premisa del *¿Qué hacer?* leniniano, esto es, en la línea como conciencia inducida desde fuera a las masas o a la clase, por parte de la *intellighentzia* más astuta, una vanguardia, si no ya preparada, al menos más formada. Los reagrupamientos más novedosos, desde Potere Operaio hasta Lotta Continua, no aceptaron la exterioridad de la vanguardia respecto del movimiento (si se quiere, no tuvieron la sinceridad de Lenin) aún cuando fue siempre una vanguardia la que los dirigía repitiendo sin decirlo las vías del *Qué hacer*. Y cada vez más, las masas parecían responder a la ampliación revolucionaria, por lo cual la «línea correcta» volvió a ser patrimonio de unos pocos y, para el caso de los grupos armados, de unos pocos en la clandestinidad (unidos por vínculos emotivamente potentes pero numéricamente frágiles). El leninismo no fue jamás admitido por los jefes carismáticos de los grupos que durante largo tiempo habían defendido la informalidad del rechazo, como Lotta Continua, grupo en el que, por lo que yo se, la vanguardia tuvo realmente con el resto de la militancia relaciones menos rígidas.

c) La línea podía representar también el regreso a las verdaderas fuentes del pensamiento revolucionario. En esto se produjo la mayor división, no tanto entre movimiento y grupos, sino entre los propios grupos. No admitiendo ni utilidad ni validez alguna al retorno a los orígenes que habrían sido traicionados, los grupos que privilegiaron la novedad de los sujetos —como en el caso de Lotta Continua— o la novedad de la situación en la que los antiguos sujetos se encontraban —como en el caso del clasismo de Potere Operaio que como bagaje no asumía nada salvo una cierta lectura de Marx—, condenan a Lenin como vínculo con el progresismo ignorando del todo, creo yo, tanto a Rosa Luxemburgo como a Mao. Por el contrario se enfrentarán a la cuestión, eligiendo referentes que, en general proviniendo del Partido o de la Juventud Comunista, buscaron entre las fuentes pre-togliattianas y pre-estalinistas. Fue este el caso de la expansión trotskista del '68, más fuerte en Francia que en Italia, o de grupos como Avanguardia Operaia y, naturalmente, de todas las ramificaciones del movimiento marxista-leninista o derivado de los m-l, como el Movimento Studentesco de Milán.[21] Más soterrado fue el retorno, en algunos casos, al luxemburguismo; que como tal no definió a ningún grupo aunque atravesó fuertemente a *Il Manifesto*, sin llegar a cubrirlo completamente.

d) De la línea derivaba la organización, como sistema de transmisión, continuidad y eficacia. La organización había tenido en el movimiento una fama todavía peor que la línea: no parecía expresar nada, desenredar nada, se contraponía a su más íntima naturaleza. Organización quería decir fin de la asamblea soberana, delegación, mandato menos provisional y menos revocable, dirección en cierta medida centralizada, comités centrales, congresos, mayorías y minorías, centralismo democrático o corrientes —todo ya visto. Todo desechado.

Y sin embargo, se iban redescubriendo sus razones. Antes que nada por motivos internos. Hacia el final del '68 el movimiento había experimentado procesos de dispersión y desorganización. En las asambleas se corría el riesgo de no empezar nunca, a fuerza de discutir la presidencia,

---

21 Como se verá a continuación, el nombre Movimento Studentesco hacía referencia en Milán a la organización política encabezada por Mario Capanna, no pudiéndose traducir mediante el genérico movimiento estudiantil [*N. del E.*].

el orden del día o el relator, todo recomenzaba cada vez desde el principio, los resultados eran escasos ya que las decisiones finales estaban sometidas al mismo cuestionamiento de legitimidad del inicio.

Los menos fuertes o menos capaces de vociferar se escabullían desilusionados, terminaban menos de los que empezaban las asambleas. Y si no intervenía el encanto del líder carismático[22] o algún tipo de empuje externo, cada vez se comenzaba con menos gente. Así muchos contra-cursos murieron de agotamiento. Se puede decir que esta es la muerte que acaba con el asamblearismo puro. De ahí la necesidad de organizarse para dotarse, no ya de un «mando», sino de un esqueleto, una red, una estructura de continuidad, menos frágil y febril.

e) Línea y organización eran necesarias para salir de la propia especificidad. Para ampliar el movimiento allí donde podría haberlo y no lo había o donde nacía y era preciso vincularse a él. ¿Cómo se desenmascaraba la universidad revelándose como creadora de consenso, fábrica de figuras del mando capitalista y la mismísima fábrica, corazón de la explotación y la alienación, no se movía? Y cuando empezó a moverse, ¿acaso no era preciso vincularse a esta vieja pero decisiva clase de la que aprender y a la que llevar la frescura de otras fuerzas y la maravillosa experiencia de la subjetividad vencedora? Pero, ¿cómo podría ir el movimiento a la fábrica sino estructurándose en comisiones de estudio para la misma, creadoras de un análisis, de una idea, de una línea en definitiva y mediante grupos de intervención a la entrada de las fábricas, en instancias de coordinación donde referir y elaborar una relación que ya no tenía origen en la comunidad de la experiencia universitaria? El movimiento es a la vez totalizador e inherente al terreno donde nace, si se difunde son muchos movimientos, si debe ser difundido y busca comunicación debe dotarse de alguna «forma», de organización. Línea y organización se convirtieron pues en premisas del crecimiento, del salir de sí mismo donde se había ocupado fácilmente un terreno que de golpe aparecía cercado.

---

22 La cuestión del carisma no era ni mucho menos baladí en los movimientos italianos (tampoco lo es en la actualidad). En su excelente opúsculo histórico-irónico *68. C´era una volta la rivoluzione* (Feltrinelli, Milán 1997) Jacopo Fo, hijo de Dario y Franca Rame, y Sergio Parini señalan tres condiciones necesarias para ganar una asamblea: conquistar la presidencia, colocar a los dirigentes en turnos estratégicos de intervención y contar al menos con un líder carismático. De entre las vías de acceso al carisma, refieren la escuela Capanna, la escuela Scalzone (Potere Operaio) y la escuela Toni Negri (Fo/Parini, 1997, pp. 35-36) [*N. del E.*].

f) Línea y organización para golpear al poder o defenderse de él. Del movimiento a los grupos se desarrolló una percepción de la complejidad social y, con algo más de confusión, de los poderes. También aquí la especificidad directa de los movimientos parece un límite (y cuando éstos quisieron reafirmarse como algo prioritario rechazaron el mismo principio del análisis o de la intervención «general», reivindicaron las parcialidades que en general asfixiaban). En los años setenta, éste fue un punto crucial de crisis. Pero en el último periodo del '68, después del verano, el problema de la sociedad fuera de los ateneos se presentaba todavía como un gran campo de intervención, un universo que contenía, todavía durmiente, el germen maduro de su transformación. Pero no podía esperarse a que despertara por sí solo, era necesario acelerar los tiempos aún a riesgo del aislamiento y la corporativización —todavía no se había dicho esta palabra, pero el sentido era éste.

O todavía peor, la derrota. Desde luego el tema de la «recomposición de clase» que se habría hecho dominante desde 1969 tenía como contrapartida la constatación de la fuerza del adversario, elemento sangrante en el pensamiento del movimiento y después de los grupos. Los poderes se consideraban, alternativamente, o bien frágiles —¿no habían desaparecido en Francia al primer relámpago de *l'imagination au pouvoir*?— o bien por omnipotentes y omnipresentes, férreos autoritarismos, moles fascistas. Muy pronto algunos grupos vivirían la contradicción, para nada dialéctica, entre la fineza de ciertos análisis del poder y la pobreza de las claves que de ellos derivaban. La militarización —que será objeto de las abusivas criminalizaciones de las fiscalías de los ochenta, porque la apuesta militar la hicieron muy pocos y, en todo caso, estaban más «armados» que «militarmente organizados», si es que las palabras tienen algún sentido— fue una simplificación extrema de la idea y de los lugares del conflicto en una sociedad, en la que sin embargo se podía ver la novedad de los sujetos y de las situaciones. El Movimiento Estudiantil romano fue, en este aspecto, el más tosco, pero en todas partes el enfrentamiento callejero con la policía fue sobrecargado con las mismas facilidades simbólicas que le daría la contraparte.

Solamente una historia de los años setenta pudo seguir el crecimiento o la involución del problema que se le plantea al movimiento del '68 y que formó u ocupó a los grupos. Pero en el origen no hubo nadie que no captase el sentido, la preocupación de una restricción intrínseca de aquellas organizaciones que, sin embargo, parecía necesaria para no morir de saturación de sí mismas. Los nuevos grupos o partidos desearon ser sincera y generosamente «distintos». No formalistas, no burocráticos, no autoritarios —espectro de una nueva clase cuando era preciso vivir todo en común. Carisma no es autoridad, quizás pueda ser peor, pero entonces fue mejor porque fue entendido como prueba de la persona posible que está en todos nosotros, crisálidas de inmaduras mariposas. La organización tendría que exaltar las singularidades: no había necesidad de gregarios sino de individuos, sus instituciones deberían ser flexibles. La adhesión al movimiento del que habían nacido les liberarían de la osificación y la burocratización y, en efecto, un cierto «movimentismo» fue recurrente en los grupos a medida que se estructuraban. Todos creían realmente en el carácter rotativo de las responsabilidades, en la revocación del mandato, se daban con gran facilidad dimisiones que no funcionaban, pero que no por ello eran falsas. Eran, ahora podemos decirlo, notable e inocentemente ignorantes de los mecanismos psicológicos —además de los políticos y sociológicos— del grupo. Se querían distintos y lo fueron, al menos en un aspecto fundamental. Ni siquiera imaginaron una separación posible de lo político: la política como profesión o «técnica». Parece que han pasado cien años... Este cuadro se había modificado ya en 1975, siete años después. Lotta Continua ya no existía, Potere Operaio fue el primero en disolverse, los m-l ni siquiera tuvieron actos de disolución. La geografía política de la nueva izquierda había cambiado radicalmente. Pero en el Otoño del '68 la cuestión movimiento-línea-organización fue repensada —quizá por última vez desde sus orígenes— y llevada a cabo con problemas y contradicciones, a caballo entre el pasado y el presente. Después sería consumada incluso y no siempre con lucidez. Pero hace veinte años todavía había una sensación de flujo. Llegados a este punto, es preciso desinfectar nuestra memoria mal cicatrizada para oír de nuevo el ritmo.

Los principales grupos

Andrea Colombo

Lotta Continua

En la primavera del '69, grupos de militantes de Potere Operaio toscano y del Movimiento Estudiantil turinés acuden a las puertas de Mirafiori, donde se está produciendo una durísima ofensiva obrera, que nace y crece completamente fuera del control sindical. El semanario *La Classe*, realizado por un grupo compuesto fundamentalmente por elementos del Potere Operaio véneto-emiliano y del movimiento estudiantil de Roma, estaba interviniendo en la Fiat ya desde algunas semanas antes. En junio se convertiría en el órgano de prensa de la asamblea permanente de obreros y estudiantes que reunía a los cuadros obreros dirigentes de las diferentes luchas de los sectores y a todas las agrupaciones estudiantiles.

Después de la batalla de Corso Traiano —con ocasión de una huelga sindical por la reforma de las pensiones— a comienzos de julio, la asamblea convoca para finales de mes una reunión nacional de las vanguardias de fábrica. En la reunión, el grupo *La Classe* y el formado por el Potere Operaio toscano, junto a los estudiantes turineses, se dividen. La línea propuesta por *La Classe* es juzgada como «economicista» para una estrategia que quiere identificar objetivos capaces de desarticular el plan del Capital y dirigir el rechazo obrero del trabajo. Los toscanos y los turineses oponen un proyecto que apunta esencialmente al crecimiento de la conciencia antagonista obrera a través de una movilización continua y cualificada. En el verano y en torno a esta segunda posición, se configura una formación que comprende también a una parte integrante del movimiento de Trento y de los cuadros estudiantiles de la Universidad Católica de Milán. El grupo decide la publicación de un periódico nacional, que retoma en forma de título el eslogan que aparecía en los folletos de la asamblea de obreros y estudiantes de Turín: *Lotta continua.* En noviembre aparecen dos números cero y después, de forma regular, el número uno del nuevo semanario. La mayor parte del espacio está ocupada por un boletín de las luchas obrero-estudiantiles. En el segundo número aparece, en la página central, un largo documento teórico, *Troppo e troppo poco* [*Demasiado y demasiado poco*] que aclara el punto de vista de LC sobre la cuestión de la organización: «(...)Lo que se está claro es que las organizaciones tradicionales han podido traicionar los intereses de la clase sólo porque han logrado apagar la iniciativa directa de las masas [...]. Por lo tanto, la nueva organización debe garantizar, en primer lugar, lo siguiente: que no se reproduzca un

mecanismo de poder fundado sobre la inercia y la pasividad, sino que apremie, con el máximo de disciplina colectiva y de solidaridad, el máximo de emancipación real de los explotados [...]. Pero no todos los explotados tienen el mismo grado de conciencia [...]. Una minoría, que es más activa y combativa en la lucha de masas, que sabe expresar mejor las exigencias y dirigir las fuerzas, esta ya dispuesta a ejercitar su compromiso, incluso más allá de la situación particular de lucha en la que se ha formado [...]. Esta minoría, que constituye la vanguardia interna a las luchas en el enfrentamiento de clase global, tiene la necesidad de vincularse con todas el resto de vanguardias y de organizarse [...]. No existe una teoría de la revolución proletaria definida de una vez para siempre. Ninguna estrategia revolucionaria puede ser «inventada» así como tampoco se puede minusvalorar la experiencia práctica y teórica de la historia pasada y presente del movimiento revolucionario. Pero no es menos cierto que ninguna teoría puede crecer ajena a las ideas que las masas expresan en las luchas, el modo en el que la lucha de masas revela el funcionamiento de la sociedad y las posibilidades reales de superación revolucionaria[...]. La respuesta a la cuestión de la organización está siempre en la relación entre el crecimiento de la lucha de clases global y su dirección política. No existe una línea política «correcta» independiente de la fuerza del movimiento de masas. Si esto es verdad, si la organización no es una etapa sino un proceso en sí misma, entonces no tendría que existir un momento determinado en el que la organización se adquiere, en el que la vanguardia organizada cristaliza, destacándose del movimiento de masas, arriesgándose a anteponer su propia lógica interna —e inevitablemente burocrática— a la de la lucha proletaria. Si el *partido* significa esta cristalización, estamos contra el partido».

Inicialmente, Lotta Continua será fuerte sobre todo en el Centro-Norte. En Turín estaba la heredera genuina de la asamblea obrero-estudiantil. Pero en Milán, LC será incapaz durante mucho tiempo de contrapesar la hegemonía del Movimento Estudiantil de la Universidad Estatal. El periódico nacional empieza a publicarse en abril de 1972. A comienzos de 1975, LC realizará su primer congreso con vistas a transformarse en partido. En las elecciones administrativas de Junio, LC preferirá, sin embargo, no adherirse a la lista de Democrazia Proletaria, compuesta por el PDUP y AO, y dará la indicación de votar por el PCI. En cambio, en las elecciones políticas del junio siguiente, tras extenuantes negociaciones, el grupo entrará a formar parte de esta candidatura (DP), que saldrá derrotada de la prueba electoral. Pocos meses después, en el segundo congreso nacional de Rimini, la revuelta de las mujeres y de los

jóvenes, por un lado, y de los servicios de orden, por otro[23], llevará a los dirigentes de LC a decidir de facto la disolución de la organización. El periódico pemanecera como «órgano de movimiento».

Potere Operaio

A finales de julio del 1969 se celebra en Turín el encuentro de comités y vanguardias obreras. El objetivo, tras el gran ciclo de luchas autónomas en la Fiat de primavera, es la construcción de una organización revolucionaria nacional. El encuentro lo organiza el semanario *La Classe*, en circulación desde mayo, que había jugado un papel determinante en la coordinación a nivel ciudadano de las luchas de las diferentes secciones de la Fiat.

Sin embargo, el proyecto unitario fracasa y las dos principales corrientes que habían posibilitado la asamblea obrero-estudiantil de Turín —centro organizativo de las luchas autónomas en los meses precedentes— salen divididas de la reunión. Por un lado, el grupo de *La Classe*, por otro los militantes del grupo toscano de Potere Operaio y el movimiento estudiantil turinés. Los motivos de la división no estuvieron exentos de personalismos, pero se referían también cuestiones más sustanciales. *La Classe* apuntaba al carácter político de los objetivos salariales, a la dirección obrera del combate social, a la lucha contra el trabajo.

Durante el verano el grupo de *La Classe* dará origen a Potere Operaio, con centros fuertes en Roma y en el Véneto, donde confluyen en el grupo los cuadros que ya desde años atrás venían interviniendo en las fábricas de Porto Marghera.[24] El primer número del periódico sale en septiembre; el editorial se titula «De *La classe* a Potere Operaio» e ilustra las posiciones del grupo:

[...] Se ha dicho claramente que existe un salto del discurso llevado a cabo con *La Classe* hasta el que se plantea con *Potere Operaio*. No es un salto que se determine en abstracto sino que está provocado por el nivel de las luchas y, en primer lugar, por las urgencias de organización[...].

---

23 La revuelta de las mujeres refiere un episodio de diciembre de 1975 en Roma. Tras un bochornoso intento por parte de militantes (hombres) de Lotta Continua de intervenir en una manifestación feminista, las mujeres de la organización ocuparán la sede central de su propio partido como protesta. La crisis abierta será una de las claves de la disolución de LC a pesar de la reflexión de Sofri a propósito de la ocupación de la sede: «Esto es intolerable para un partido que se pretenda disciplinado pero imprescindible para un partido que se pretenda revolucionario». Por otro lado, los problemas con los servicios de orden eran habituales a muchas organizaciones. Para el caso de LC, buena parte de los miembros de su servicio de orden formarían después la organización armada Prima Linea [*N. del E.*].

24 Zona industrial a pocos kilómetros de Venecia [*N. del E.*].

[...] Digámoslo claramente: Agnelli ha descubierto las limitaciones de la «lucha continua», del bloqueo de la producción, a pesar de que esta perspectiva le aterrorice hasta el punto de hacerle perder la cabeza [...] es necesario, entonces, ir más allá de la gestión obrera de la lucha de fábrica, más allá de la organización de la autonomía, para plantear una dirección obrera sobre lo inminente, sobre el presente y el futuro ciclo de luchas sociales. La simple coordinación ya no basta, la unificación de los objetivos ya no es suficiente [...] ¿Qué significa dirección obrera sobre este ciclo de luchas? Significa, ante todo, asegurar en los hechos la hegemonía de la lucha obrera sobre la lucha estudiantil y proletaria.

[...] El fin de la autonomía del movimiento estudiantil, como organización específica articulada en varias tendencias (obrerista, m-l, anarquista) ha sido sancionado precisamente por la experiencia turinesa de la asamblea permanente obrero-estudiantil. [...]

[...] Resulta incluso superfluo decir que Potere Operaio rechaza presentarse como órgano de las presentes o incluso de las futuras asambleas obrero-estudiantiles, tanto por lo absurdo de la propuesta como por la incorrección que supondría un proyecto de este tipo. La batalla de línea por la creación de una dirección obrera del ciclo de luchas es otra cosa. Ante todo, requiere un punto y un radio de acción de los cuadros obreros que no esté limitado a la organización de la lucha en la fábrica. No es, sin embargo, una teoría de los cuadros lo que puede garantizar una dirección política. El problema que se afronta es el de la relación entre autonomía y organización y el papel de las vanguardias de clase; la compleja relación que vincula luchas obreras y luchas populares en general. [...]

[...] organización del rechazo del trabajo, organización política obrera [...]. Ayer el problema era el de la lucha continua, hoy es el de la lucha continua y organizada. [...]

[...] ¿Por qué entonces Potere Operaio? En ningún caso para recoger una clave o una denominación de los grupos minoritarios de los años sesenta. Al contrario, Potere Operaio para tomar la dinámica de la lucha de masas de la clase obrera en los sesenta, para conquistar este formidable impulso a la organización obrera global, entendiendo como central la lucha de masas para la organización de la subjetividad, para planificar, guiar y dirigir las luchas obreras de masas. [...]

[...] La urgencia de la dirección obrera del combate revolucionario, contra la organización capitalista del trabajo, es pues la piedra angular para interpretar nuestra asunción del grito Potere Operaio como construcción efectiva dentro de la lucha de clases, a través de la lucha de masas, de la dirección política, de la organización obrera de la revolución. [...]

La revista *Potere Operaio* continuará saliendo hasta la disolución del grupo a finales de 1973, con una periodicidad primero quincenal y después mensual. En septiembre de 1971, tras el fracaso de un proyecto de unificación con *Il Manifesto*, a la revista mensual, ya exclusivamente de carácter teórico, se le añade un semanario «*Potere Operaio* del lunes» que entrará de manera efectiva en circulación a partir de febrero de 1972.

Il Manifesto

El proyecto nace en el verano de 1968 como una revista capaz de ofrecer, también a nivel teórico, una respuesta adecuada al nivel del enfrentamiento de clase madurado en Occidente y en el mundo a finales de los años sesenta. El primer número saldrá realmente en el verano de 1969. La redacción está compuesta por un grupo de militantes de la izquierda del PCI, entre ellos tres diputados. La apuesta es ambiciosa pero arriesgada en la medida en que se sitúa entre dos frentes. De un lado, los grupos de la izquierda extraparlamentaria, que se están formando precisamente en el mismo periodo, son más bien recelosos respecto a una iniciativa proveniente del interior del PCI, más aun cuando la explosión de la autonomía obrera en la primavera precedente, parece confirmar las hipótesis más radicales. De otro lado, el peligro principal procede, sin embargo, del interior del PCI y de la previsible acusación de fraccionalismo. A pesar de las presiones, el grupo decide aguantar y en junio de 1969 sale el primer número de la revista con periodicidad mensual.

En el editorial el grupo expone su propio proyecto de vinculación entre izquierda histórica y nuevos movimientos revolucionarios:

> [...] Esta publicación nace de un convencimiento que no pensamos sea sólo nuestro: el convencimiento de que la lucha del movimiento obrero y la propia historia del movimiento ha entrado en una fase nueva; de que muchos esquemas consagrados de interpretación de la realidad y muchos modos de comportamiento han fallado sin remedio; de que la crisis social y política que nos rodea no puede ser vivida y afrontada mediante las formas de gestión habitual. [...]
>
> Los problemas que tenemos enfrente no son particulares y menores, sino generales y esenciales. Se trata de percibir la naturaleza de la crisis que sacude al Capitalismo maduro; las razones de la fractura del movimiento obrero y comunista; las vías de una transición al Socialismo en una sociedad «avanzada» como la nuestra; las posibles condiciones de una vinculación entre los impulsos madurados en estos años y una tradición de medio siglo. [...]

Ni el repliegue dogmático, ni la confianza en la espontaneidad, ni la indulgencia para con los propios hábitos, ni el orgullo de grupo, pueden ayudarnos. El camino que las cosas sugieren es más bien el de una dialéctica abierta a todo el movimiento, de la mayor circulación de las ideas por modestas que sean, de un verdadero trabajo colectivo sin otra limitación que la impuesta por la responsabilidad y la conciencia de cada cual. [...]

Se ha venido perdiendo el sentido de la revolución como ruptura y derribo del orden de cosas existentes. ¿Es abstracto e intelectualista reproponerse esta perspectiva en toda su amplitud? O, en cambio, ¿No es cierto que lo que sucede en el mundo y las propias conquistas del pasado inducen a creer que están presentes las condiciones para qué el discurso teórico de Marx se transfiera al terreno de la concreción histórica y de la actualidad política, con toda la fuerza de su radicalidad originaria? [...]

En un terreno más directamente político, avanza con fuerza el problema de una verificación y una renovación valiente de los esquemas estratégicos, de la práctica política, de los modelos organizativos del movimiento obrero [...]. La izquierda revolucionaria occidental es todavía víctima de su debilidad histórica frente al capitalismo desarrollado. Su crítica al sistema no ha afrontado la naturaleza del Capital, sino las insuficiencias productivas. Sólo raras veces sus plataformas de lucha han superado el horizonte reivindicativo. Sus estructuras internas han permanecido centralizadas y jerárquicas. [...]

Nuestro país goza de un privilegio quizás único: el de ser teatro de experiencias, luchas e impulsos originales no muy diferentes de los que recorren tantos lugares de Occidente, generando nuevos y auténticos protagonistas de la lucha social; y, al mismo tiempo, el de ser el lugar con el más robusto movimiento de masas del mundo capitalista, con un partido comunista no limitado a un esfuerzo de superación de sus propios límites y condicionamientos históricos. Un diálogo entre pasado y futuro está, de esta manera, abierto a la realidad, antes incluso que en las intenciones. Una vinculación no superficial entre lo que la historia y la lucha de la clase obrera han producido ya y lo que la lucha de clases esta produciendo ahora se presenta, de nuevo, como piedra angular y resorte de una salto cualitativo, y como condición de la victoria [...].

Sin embargo, el PCI no recoge la invitación y los miembros de la redacción serán expulsados en octubre. Il Manifesto se transforma en grupo político organizado. La revista continúa saliendo hasta 1971 cuando es sustituida por el primer diario de la izquierda extraparlamentaria. En el mismo año, fracasa un proyecto de unidad con Potere Operaio.

En 1972, Il Manifesto se presenta a las elecciones con Pietro Valpreda como cabeza de lista, pero no obtienen el quórum suficiente. En 1975, la unificación con una parte del PSIUP y del católico MPL

dará origen al PdUP, que se presenta a las elecciones administrativas de 1975, en algunas circunscripciones en solitario y, en otras, junto a Avanguardia Operaia. La candidatura de Democrazia Proletaria será repropuesta nuevamente en las elecciones políticas del año siguiente, esta vez incluyendo también a los candidatos de Lotta Continua, en cualquir caso el resultado no será satisfactorio, aun cuando la lista obtiene 5 escaños. Después, una parte del PdUP, entre ellos algunos fundadores del Il Manifesto, volverán al PCI.

Avanguardia Operaia

El CUB (Comité unitario de base) de la Pirelli Bicoca se forma en la primavera de 1968. En el curso de una huelga finalizada con la firma de un convenio corporativo, un grupo de obreros, incluidos algunos militantes sindicales, hacen circular un documento en el que se critica y se rechaza el acuerdo. El CUB reúne a los obreros más combativos, estudiantes e incluso a algunos técnicos y empleados. Representa el nivel de organización autónoma obrera más avanzado que se alcanza en el '68. El peso del CUB Pirelli y de los otros comités de base que se forman en muchas empresas, aumentará todavía más durante los años siguientes y quedará como una de las formas más avanzadas de autonomía obrera aun cuando, a diferencia de cuanto sucede con las vanguardias obreras de Turín y en particular de la Fiat, buscará siempre evitar una ruptura abierta con el sindicato.

Sobre la ola de la experiencia de la Pirelli Bicocca[25] se forma en otoño Avanguardia Operaia, organización que será siempre mayoritaria en los CUB. Los dirigentes tenían a sus espaldas una larga experiencia de militancia en la IV Internacional (trotskista) primero y de intervención en las fábricas después. El grupo se presentará oficialmente con un largo documento, publicado por Samonà y Savelli:

Por el relanzamiento de una política de clase

[...] El opúsculo que sigue —se lee en la introducción— expresa las opiniones de un grupo de militantes revolucionarios milaneses, obreros en su mayoría, algunos de los cuales llevan ya años dedicados a intentar vincular grupos de vanguardia compuestos casi exclusivamente por intelectuales

25 Las experiencias de lucha en el 68 en esta fábrica milanesa supondrán la consolidación de los CUB respecto a las estructuras sindicales dominadas por el PCI [*N. del E.*].

con sectores de los cuadros y militantes obreros; un intento no sólo práctico, sino también de investigación en el curso del cual hemos enriquecido o abandonado ciertas hipótesis y determinado una línea global de trabajo que, sin embargo, no creemos definitiva. [...] Una tarea política central, en la fase política actual, consiste en vincular viejas y nuevas vanguardias revolucionarias, militantes de grupos minoritarios de más o menos larga tradición y de nuevos grupos de estudiantes y de obreros en una línea común de intervención política para la dirección de la clase obrera y de las masas estudiantiles. Desde este punto de vista, hay que combatir las tendencias sectarias, los patriotismos de grupo y las barreras ideológicas abstractas [...].

El terreno fértil del trabajo obrero por parte de las minorías de vanguardia viene dado por la crisis, cada vez menos latente y anunciada por más datos, de las relaciones entre las organizaciones oficiales burocratizadas y reformistas por un lado y los amplios estratos de los cuadros militantes proletarios y de las masas proletarias por el otro. Tal crisis, en ausencia de una intervención sólida y cualificada, puede conducir a la rendición de toda la clase obrera italiana y de sus cuadros frente a la Socialdemocracia y el Neocapitalismo. Sin embargo, no somos pesimistas, pues entendemos que actualmente en Italia, una parte consistente de los grupos revolucionarios y sus cuadros tiene suficiente madurez para llevar a cabo las tareas de una intervención política dirigida a las amplias masas estudiantiles y obreras. [...] La lucha de las masas estudiantiles ha sido el papel de tornasol de varios grupos, más allá de las ideologías. Han dirigido toda su actividad para integrarse en el movimiento que ha expresado como propios a los mejores cuadros estudiantiles de tales grupos. Sin embargo, son marginados a la par que los partidos tradicionales y se disgregan, según una lógica oportunista de pequeño partido, cuando entienden que están frenanando al movimiento, debido a sus propios esquemas, sin quererse llevar enseñanza alguna, convencidos de su propia predilección por los suyos y del propio papel carismático. [...] Nosotros esperamos que este opúsculo [...] pueda contribuir a orientar en la dirección del trabajo obrero también a grupos y cuadros de las nuevas vanguardias estudiantiles. Es inútil resaltar la importancia de este fin para el objetivo central de formación de un nuevo partido, marxista y revolucionario. [...]

En diciembre comienzan las publicaciones de la revista Avanguardia Operaia, que habría debido ser mensual pero que en todo el año siguiente se limitará a una periodicidad ocasional (solo dos números, uno en mayo y otro en diciembre). Entre 1969 y 1971 confluyen una serie de círculos y grupos de varias ciudades, mientras se extiende el radio de acción de los CUB. El grupo cruza así los límites milaneses y se impone como organización a nivel nacional. Milán queda, en cualquier caso, como base principal, incluso si el propio CUB Pirelli se

divide en junio de 1969 en una formación mayoritaria ligada a AO y en otra más «movimentista» en la que tendrán una presencia especial el Grupo Gramsci[26] y el Colectivo Político Metropolitano. En octubre de 1971 sale un periódico quincenal de agitación que poco más de un año después se transforma en semanal y hereda la cabacera de *Avanguardia Operaia*. El semanario prosigue regularmente las publicaciones hasta la salida del *Quotidiano dei lavoratori*. La producción de opúsculos teóricos sobre temas específicos será muy rica: unos 25 en los primeros años setenta. Tanto en las elecciones administrativas de 1975 como en las políticas de 1978, AO se adhiere a las candidaturas de Democrazia Proletaria.

Movimento Studentesco

Además de los grupos principales, entre 1969 y los primeros años setenta, nacen y mueren una serie de formaciones menores, muchas de las cuales están presentes en una sola ciudad. Con poca incidencia en el plano nacional, representaban a menudo realidades consistentes en situaciones singulares.

De la organización de Pisa de Potere Operaio provienen, además de Lotta Continua, algunas de las organizaciones más interesantes, sobre todo desde el punto de vista del análisis teórico. El grupo había sido fundado en Pisa en 1967. Entre sus líderes estaban Adriano Sofri, Gian Maria Cazzaniga, Vittorio Campione o Luciano Della Mea. Potere Operaio interviene activamente en algunas fábricas, entre la cuales destaca en primer lugar la Saint Gobain,[27] y está masivamente presente en las luchas estudiantiles del '68. En el año de las luchas estudiantiles, Pisa es probablemente la ciudad más golpeada por la represión. En otoño, la lucha vuelve a la fábrica con las huelgas de las fábricas Marzono y Saint Gobain. En nochevieja, Potere Operaio organiza la contestación frente a la Bussola que concluye trágicamente con un estudiante, Soriano Ceccanti, gravemente herido.[28]

Los incidentes de la Bussola provocan la primera escisión en el grupo. Salen Cazzaniga y Campione que poco después fundarán el círculo Karl Marx. En primavera también Della Mea abandona Potere

---

26 Como curiosidad señalaremos que, entre sus militantes, el Gramsci contó nada menos que con Giovanni Arrighi, uno de los economistas marxistas más reconocido a nivel mundial en la actualidad [*N. del E.*].

27 En esta fábrica pisana se producirán importantes huelgas en septiembre y octubre del 68 [*N. del E.*].

28 Como ya se sabe por el capítulo 4 de este libro, la policía disparó sobre un estudiante que quedó postrado para siempre en una silla de ruedas [*N. del E.*].

Operaio y, junto al grupo de la revista *Nuovo Impegno*, funda la Liga de los Comunistas. En los primeros años setenta, Della Mea[29] se acercará a Lotta Continua. El resto de la Liga no le seguirá y en cambio se unificará con el grupo de Roma Unità Operaia. Casi al mismo tiempo, el círculo Karl Marx y varios Círculos Lenin se unirán en la organización de los Trabajadores Comunistas.

En Roma nacen los Núcleos Comunistas Revolucionarios, guiados por Franco Russo que, sin llegar a una verdadera unificación, actúan coordinados con Lotta Comunista, una organización no sólo local y con centros de actividad particularmente fuertes en Calabria.

En Milán el grupo local más fuerte era seguramente el Movimento Stundentesco de la Universidad Estatal, dirigido por Mario Capanna, Turi Toscano y Luca Cafiero. A pesar del nombre, el Movimiento está organizado como una organización en sí, con servicio de orden propio. Cuenta con una supremacía no cuestionada en la Universidad Estatal. A diferencia de todas las demás organizaciones, el MS de la Estatal no busca incluir cuadros obreros ni interviene directamente en las fábricas. Apunta por el contrario sobre la especificidad del componente estudiantil en una formación lo más amplia y compuesta posible. Con las otras fuerzas sociales se organizan encuentros, contactos y seminarios en la Estatal. El MS mantiene la supremacía en Milán rivalizando seriamente con Avanguardia Operaia que agrupa a la mayor parte de los cuadros de fábrica en los primeros años setenta.

En 1971, una fracción del MS dirigida por Popi Saracino[30] se escinde y forma el Gruppo Gramsci. Los militantes del Gramsci crean contactos con el resto de la izquierda extraparlamentaria rechazada por el MS —enrocado en la Universidad— y publican una revista teórica mensual, *Rasegna Comunista*.

El MS de la Universidad Estatal cesa toda actividad en 1973. Una parte de sus militantes darán origen después al Movimiento de Trabajadores por el Socialismo.

---

29 Luciano Della Mea: veterano partisano en la II Guerra Mundial, había sido miembro tras la guerra del Partido Socialista. Se escindió a la izquierda con Vecchietti en 1964 fundando el PSIUP. Murió en 2003 [*N. del E.*].

30 Pasquale Saracino, jefe de los «Katanga», el servicio de orden del MS que tomaba el nombre de los ex-mercenarios congoleños que se habían puesto del lado de los estudiantes en las manifestaciones parisinas del 68 haciendo estragos entre las fuerzas del orden durante los enfrentamientos, representaba el sector «maximalista» del Movimento Studentesco frente al sector «reformista» de Capanna [*N. del E.*].

Unione dei Comunisti (m-l)

Entre todos los grupos m-l, la UCI es el que consigue ejercer mayor atracción sobre el movimiento estudiantil. Es la más organizada, coordinada y la más madura en términos de propanganda entre las formaciones filochinas. Tan dogmática, sectaria y grandilocuente como las otras contaba, sin embargo, con componentes más sofisticados, provenientes sobre todo del movimiento estudiantil romano.

El grupo se formó en octubre de 1968. Los dirigentes provienen, por una parte, de Falce e Martello [Hoz y Martillo], un grupo milanés que había estado ligado a la IV internacional pero que se pasó al marxismo-leninismo tras el inicio de la Revolución Cultural China y, por otra parte, del movimiento estudiantil de Roma. La Unión se presenta en las manifestaciones con una coreografía que la encuadraba de forma evidente, impone a sus militantes una disciplina rigidísima que no concierne sólo a la política sino también a la vida privada, exige que los militantes ofrezcan la mayor parte de su salario y crea «organizaciones sectoriales» delegadas para ocuparse de los jóvenes, de las mujeres, de los ex-partisanos y de la propaganda.

El periódico de la UCI, *Servire il popolo* era de periodicidad semanal En el editorial del primer número se especifican las «relaciones correctas» entre proletariado, masas populares y partido:

[...] El partido marxista-leninista está al servicio del pueblo, es el partido del proletariado que lleva al pueblo las propuestas revolucionarias del proletariado para la solución de sus problemas. La dirección de la lucha revolucionaria está en las manos de la clase proletaria, pero la causa por la que se combate es la causa de todo el pueblo, excluido el puñado de ricos explotadores del pueblo y el grupo de sus servidores. [...] Es tarea del partido marxista-leninista hacer que la línea revolucionaria proletaria sea aplicada correctamente de manera que responda a los intereses generales de la causa del pueblo. [...] Servir al pueblo, esto es, llevar a sus elementos conscientes la línea de masas, hecha de ideas correctas, formas organizativas apropiadas y llamamientos a la lucha adecuados para que se transmitan en todo el pueblo a fin de que sea el propio pueblo, en su inmensa creatividad, el que realice la transformación de la sociedad en el modo indicado por la línea revolucionaria proletaria. [...]

La estrella de la Unión brilla durante pocos meses. Ya a comienzos de 1969 comienzan los clásicos procesos internos y el primero en pagar es Luca Meldonesi, dirigente romano y representante del componente

menos dogmático y estalinista. El líder Aldo Brandirali[31] le acusa de la acostumbrada lista de maldades, le excluye de la dirección en febrero de 1969 y le manda a re-educarse «dentro del pueblo». Re-educación fallida dado que, después de algunos meses, Meldolesi terminará, de todos modos, expulsado.

En 1972 la UCI, reducida ya a un adorno insignificante, decide que el momento está maduro para su transformación en partido. Transforma el semanal en diario y se presenta a las elecciones, donde sólo obtiene 85.000 votos, iniciando así el camino de su definitiva desaparición.

---

31 El lector se sonreirá al saber que el gran líder maoísta Brandirali pasó por el partido político racista Lega Nord para terminar, en la actualidad, en el partido de Silvio Berlusconi Forza Italia [*N. del E.*].

8. Lucha armada y Autonomía obrera

Los posibles orígenes de la «tendencia armada»

En 1976 un escritor anónimo escribía en la maqueta de la contraportada del libro de *Brigate Rosse*: «Así el horror hacia las Brigate Rosse ha avalado el intento de criminalizar el disenso radical y ha favorecido en Italia, a partir del ejemplo alemán, que nos encaminemos hacia una severa legislación represiva y hacia la anulación de toda discriminación entre prevención y represión […]». En otro lugar: «El libro del Soccorso Rosso es un intento honesto (de lectura) en este sentido (reconstruir un acontecimiento en sus términos reales). La publicación de este libro, en este momento particular, quiere ofrecer al público el servicio que otros no le han ofrecido y que en cambio debería ser una peculiaridad del escritor moderno».[1]

De manera aún más precisa, el editor aclara su pensamiento en una nota interna. Se rechazan todas las acusaciones de «provocadores y espías» dirigidas a las Brigate Rosse reconociéndoles que han combatido por «una causa que ha apremiado a generaciones enteras de militantes». Aquí se traza un breve análisis (elaborado por Francesco Ciafaloni en los *Quaderni Piacentini*) sobre los orígenes del problema: «En los años 1969-72 (y también posteriormente) una parte no minoritaria de los jóvenes, protagonistas de las luchas en la fábrica y en la escuela […] ha organizado su vida en función de una radical transformación a corto plazo […]», pero posteriormente

[1] *Brigatte Rosse*, *cit.*

«[…] no se ha realizado una transición consciente, argumentada, racional, desde la vieja posición a la nueva, que permitiera conservar coherentemente parte de la carga psicológica e ideológica presente a nivel de masas. La mayoría volvieron a formar filas. Simplemente, descubrieron que la política cuesta, se dieron cuenta de que no estaban dispuestos a pagar ese precio. Otros aceptaron la práctica de la doble verdad. Otros decidieron llevar su camino hasta sus máximas consecuencias […]».[2]

Estas palabras fueron escritas durante la fase extrema de disolución de los grupos extraparlamentarios, al tiempo que se daba una reestructuración vasta y autoritaria de las fábricas (caja de integración,[3] despidos «políticos» etc.), mientras el gobierno y el parlamento comenzaban a elaborar el giro legislativo-autoritario que pasaría a la historia como el «período de emergencia».

El libro sobre las Brigate Rosse se agotó rápidamente y nunca fue reeditado. Permanece —junto a *Mai piú senza fucile* [*Nunca más sin fusiles*] de Alessandro Silo— como uno de esos raros intentos no fraudulentos, cuando no vulgarmente difamatorios, de ir a los orígenes del fenómeno de la lucha armada en Italia.

El problema de las Brigate Rosse y de las acciones clandestinas armadas y violentas había sido materia continua de debate en los años precedentes. El clima de provocación instaurado por la «estrategia de la tensión» elaborada por el Estado había creado montañas de dietrólogos, no solo en la prensa burguesa sino también en la del movimiento. El BCD (Bollettino di controinformazione democratica), aún cuando se posicionó con el movimiento, nunca había cesado de acusar a las Brigate Rosse de ser «agentes provocadores»; y el propio periódico *Il manifesto* había informado durante años sobre las BR definiendo sus acciones como «las presuntas» o «las así llamadas» sosteniendo, de hecho, su complicidad con los poderes ocultos del Estado.

---

2 *Ibídem.*

3 *Cassa integrazione*, institución central del *welfare* italiano, garantizaba de forma casi indefinida un subsidio de desempleo prácticamente igual al salario recibido antes del despido. Durante toda la década de 1970, multitud de experimentos colectivos e individuales hicieron un uso consciente e instrumental de estas formas de renta con el fin de promover formas de autoorganización y de relación social trabados por el rechazo al trabajo. Evidentemente, a partir de la derrota del '77, la *cassa integrazione* fue mucho más generosa, utilizada de forma precisa y eficaz como instrumento de control y desmovilización. [*N. del E.*].

En realidad, las Brigate Rosse en sus comienzos eran mucho menos «oscuras» de cuanto uno pueda imaginar. Se podría decir que en su nacimiento eran un ejemplo perfectamente logrado de la teoría movimentista del «ser claros para el movimiento y oscuros para el poder».

Las primeras acciones de las Brigate Rosse se desarrollan dentro de las fábricas, en particular en la Sit-Siemens y en la Pirelli de Milán. En sus inicios no tienen una gran repercusión porque sus acciones se confunden con acciones análogas desarrolladas por otras fuerzas políticas o por la reacción espontánea obrera. Hay que subrayar que, tanto durante el «Otoño Caliente» como en el transcurso de 1970, la práctica del sabotaje, del apaleo a los jefes, de la destrucción de los coches de jefes y directores, del uso de un contrapoder interno, se convierten en prácticas generalizadas y usuales. Así cuando informaba sobre el clima en las fábricas, el quincenal *Lotta Continua* escribía:

> Después de cada acción, manifestación, bloqueo de mercancías […], cada sector se transforma en un tribunal proletario: aquellos que aun pudiendo no han participado (de las acciones) son sacados de la fábrica. Un ejemplo significativo: en el sector de un taller, se toma conocimiento de que 7 personas han trabajado el domingo, 4 obreros y 3 jefes. Se discute y los «rompehuelgas» son «suspendidos», 2 días para los obreros y 3 para los jefes; 3 días porque son jefes y porque durante la discusión uno de ellos les faltó el respeto a los obreros diciendo que le importaba un carajo […]. No se trata solo de la defensa de la unidad: los obreros aprenden a ejercer el poder y le cogen gusto.[4]

En este tipo de atmósfera se insertan las primeras acciones de las Brigate Rosse. La primera acción firmada con el símbolo de la estrella de cinco puntas y la leyenda Brigate Rosse es del 17 de septiembre de 1970 y consiste en el incendio del coche del director de la Sit-Siemens, Leoni. No se acompaña de ningún panfleto. Durante la noche, en cambio, se deja un mensaje escrito en el limpiaparabrisas del Ferrari del ingeniero Giorgio Villa de la Sit-Siemens. El tono es entre irónico y amenazante: «¡Cuánto durará el Ferrari! Hasta que nosotros decidamos que ha llegado la hora de terminar con los vándalos. BRIGATE ROSSE.[5]

---

4 *Ibídem.*
5 *Ibídem.*

Con anterioridad a estas acciones «ejemplares», las Brigate Rosse habían realizado, frente a oyentes sorprendidos y curiosos, un encuentro independiente en el barrio obrero milanés de Lorenteggio, y habían lanzado varios panfletos frente a la Sit-Siemens.

El 20 de octubre de 1970 en un pasquín de lucha de *Sinistra Proletaria* se da noticia de la aparición de las Brigate Rosse en la escena política:

El otoño rojo ya ha comenzado

El otoño que tenemos por delante se presenta […] como el término de una lucha decisiva en el enfrentamiento con el poder […]. Contra las instituciones que administran nuestra explotación, contra las leyes y la justicia de los patrones, la parte más decisiva y consciente del proletariado en lucha ha empezado ya a combatir con el fin de construir una nueva legalidad, un nuevo poder; con el fin de construir su organización. Ejemplos de ello son el *secuestro* y *el encadenamiento* en Trento de los obreros de la Ignis contra los fascistas provocadores que habían acuchillado premeditadamente a dos de ellos; *la ocupación y la defensa de las casas ocupadas*, como único modo de tener finalmente una vivienda […]; *la aparición de organizaciones obreras autónomas* (Brigate Rosse) que señalan los primeros momentos de autoorganización proletaria para combatir en su terreno y «a la par» a los patrones y a sus siervos, con los mismos medios que ellos utilizan contra la clase obrera: medios directos, selectivos, encubiertos como en la Siemens.

Organicemos la resistencia de las masas populares...

Es tiempo de organizarnos en la línea de fuego para radicar en las luchas los contenidos de la nueva práctica revolucionaria: la estrategia de la guerrilla del pueblo. Es tiempo de avanzar en el enfrentamiento general con el fin de:

- arraigar en las masas proletarias en lucha el principio de «no se tiene poder político si no se tiene poder militar»;
- educar a través de la *Acción partisana* a la izquierda proletaria y revolucionaria en la resistencia y en la lucha armada;
- desenmascarar la estructura opresiva y represiva del poder y de los aparatos de desorganización de la unidad de clase.[6]

6 *Ibídem.*

¿Pero que es *Sinistra Proletaria*? Es una revista de la que salen dos números en el transcurso de 1970. Anteriormente habían salido varios *Fogli di lotta della sinistra proletaria* que llevaban la leyenda de «editados por el CPM (Collettivo Politico Metropolitano)». Como ya vimos el CPM era el resultado organizativo del debate que se había llevado a cabo en el área de los CUB (Comitati Unitari de Base) de Milán en el transcurso de 1968 y de 1969. Este organismo había nacido para extender su propia acción desde la fábrica a lo social y con el fin superar las contradicciones presentes en la separación entre el universo de las luchas de fábrica y las luchas sociales y estudiantiles. En un documento del CPM (enero de 1970) se sintetiza así la necesidad de nuevas formas organizativas:

> Tenemos que plantearnos el problema de forma concreta. ¿Qué nivel de organización es hoy posible y necesario? […]
>
> CUB, GDS, movimientos estudiantiles de base, etc. han tenido una función: ser los instrumentos del renacimiento del movimiento autónomo del proletariado, a través de luchas autodeterminadas y autogestionadas. El ámbito político de esa lucha estaba planteado fundamentalmente en la escuela y en la fábrica, es decir, en el seno de las instituciones […]. En el momento en el que las luchas se generalizan, y en el que son adquiridos muchos de los contenidos políticos de la autonomía […], el instrumento organizativo sectorial ya no tiene una función política real y es propiamente rebasado por las propias luchas que ha generado.
>
> Desarrollar la autonomía proletaria hoy significa superar las luchas sectoriales y los organismos sectoriales. Esta superación no puede desarrollarse más que a través de la lucha contra las tendencias «conservadoras» presentes dentro del movimiento, que confunden la autonomía, con su primer nivel de expresión organizada: justamente el CUB, el GDS, el MS.[7]

La polémica que estalló en el seno de los CUB entre la «línea de masas» y la «línea de partido», fundamentalmente entre la tendencia de base y el intento de la vanguardia obrera de reubicar el papel de los CUB dentro de una estructura organizativa partidista, está aquí presente de modo específico y se especifica aún más en el siguiente documento:

---

7 *Ibídem.*

> La dimensión social de la lucha requiere organismos de base a nivel social [...]. No se trata por lo tanto de hacer un salto de la organización de base a un organismo de dirección [...], sino de construir organismos políticamente homogéneos para intervenir en la lucha social metropolitana.
>
> La superación del obrerismo y del estudiantismo [...] no puede realizarse a través de la unión espontánea, esporádica y apolítica de los obreros y los estudiantes [...], sino a través de la creación de núcleos organizativos que se planteen en su totalidad al nivel de unos problemas sociales complejos.[8]

El CPM se convierte rápidamente —sobre todo en Milán— en un organismo de masas presente en decenas de fábricas y escuelas. Es visto con una simpatía y un interés cada vez mayor por parte de los militantes de Potere Operaio que ven en el mismo, a pesar de su diferencia, un ejemplo acabado de organismo de la autonomía obrera.

El documento citado es el producto de un congreso que el CPM había realizado en Chiavari a finales de 1969, en medio de los ecos del terrorismo de Estado. En el centro del encuentro se habían planteado las temáticas de la organización, de la línea política y de la violencia. No cabe duda de que tanto el clima de durísima represión estatal desarrollada en el curso de 1969, como la impresión suscitada por la «violencia» espontánea de masas practicada por los obreros en el curso del Otoño Caliente, así como también el análisis de la estrategia que los dos principales grupos políticos (Lotta Continua y Potere Operaio) habían realizado en el curso de las luchas, tuvieron una enorme influencia sobre sus elaboraciones y sus elecciones.

El CPM, que reconoce en su seno a Renato Curcio y a otros militantes que provenían de la experiencia de la Universidad Negativa de Trento, retoma una parte del concepto de lucha de larga duración ya teorizado en la experiencia trentina para criticar las posiciones de Lotta Continua y Potere Operaio:

---

8 *Ibídem.*

En la lucha de clases se distinguen tres elementos: los objetivos, las formas de lucha y la organización. A la clase obrera le corresponde radicalizar la lucha sobre objetivos unificadores, pero la organización es el resultado de las luchas [...].

La lucha es considerada, por lo tanto, como elemento avanzado o retrasado en la medida en que expresa objetivos unificadores y formas radicales. La organización emerge después, como exigencia de «conservar» los resultados conseguidos durante la lucha, en el nivel de conciencia [...].

La hipótesis es, por lo tanto, la de una larga «guerra de posiciones», en el transcurso de la cual la clase obrera se refuerza en la medida en que se organiza.

Las posiciones analizadas pertenecen, aunque de manera distinta, a Lotta Continua y a Potere Operaio. Para ambas organizaciones la autonomía es la condición preliminar para que se desarrolle la propia lucha. La autonomía es entendida como «independencia» del sindicato y del partido. [...].

El desarrollo de la autonomía es entendido como desarrollo organizativo que se contrapone a las organizaciones tradicionales. Nosotros consideramos restrictiva y superficial esta concepción de la autonomía que, así considerada, se convierte únicamente en instrumento y condición para desarrollar las luchas [...]. Dentro del movimiento obrero coexisten dos actitudes fundamentales respecto a las luchas autónomas de masas de 1968-69:

- quien no entiende el aspecto de ruptura e intenta recuperar y explotar la potencialidad, con el fin de una suerte de «restauración política»;
- quien, aun siendo de distinta derivación y tendencia, ha comprendido que la autonomía proletaria es el punto nodal desde el cual partir para el trabajo político futuro [...].

Nosotros, que nos ubicamos en este ámbito, sostenemos que ésta es la única posición fecunda, la única capaz de desarrollar la lucha revolucionaria en la metrópolis europea.

Porque de esto se trata. No tanto de vencer inmediatamente y de conquistar todo (los eslóganes fáciles de los aprendices a manipuladores), sino de crecer en una lucha de larga duración, utilizando los potentes obstáculos que el movimiento encuentra en el camino para realizar un salto desde el movimiento espontáneo de masas a un movimiento revolucionario organizado.[9]

9 *Ibídem.*

En el transcurso de 1970 el CPM se dota justamente de un instrumento de formación y coalición, entre luchas y situaciones, llamado Sinistra Proletaria. Dirige y apoya con este nombre muchas luchas en las fábricas y algunas grandes ocupaciones de casas en el barrio Gallaratese y en la calle Mac Mahon de Milán y más tarde lanzará la campaña de luchas en los transportes con los eslóganes «tomemos los transportes» o «el transporte se toma el abono no se paga».

En la métrica y en el significado estos eslóganes retoman la campaña de Lotta Continua —a la cual *Sinistra Proletaria* se había unido— de «tomemos la ciudad» o «la casa se toma y el alquiler no se paga».

El CPM desarrolla además una acción sistemática de intervención sobre los técnicos y los trabajadores estudiantes, identificando así uno de los filones más relevantes para comprender la ampliación de las luchas en la fábrica y en lo social.

La cuestión de los «técnicos» ya había sido planteada con fuerza e inteligencia por los militantes y por los intelectuales obreristas. En Milán, en noviembre de 1968, se había desarrollado una gran encuentro nacional de las facultades técnico-científicas en lucha, que había producido importantes análisis sobre la reestructuración tecnológica en curso y sobre las tareas que el neocapitalismo asignaba a los técnicos y a la formación de los técnicos por parte de la escuela y de la universidad. En un largo informe presentado por Franco Piperno de Potere Operaio se analiza, entre otras cosas, el problema de la relación entre «fisión» y «fusión» nuclear, anticipando análisis que se pondrán «de moda» algunos años después. Pero, no son sólo la inteligencia y la competencia técnico-científica revolucionarias lo que hace importante el recorrido de los técnicos, sino sobre todo su posición en el enfrentamiento de clase en curso.

En el citado documento, después de haber analizado las dinámicas de innovación tecnológica puestas en marcha por el neocapitalismo en Italia en los sectores del sector petroquímico, nuclear, del automóvil, aeronáutico-aeroespacial, hasta el sector de la electrónica y de la automatización, Piperno analiza la nueva función del «técnico» en la sociedad del tardo capitalismo:

La fundación de este Estado como Estado planificador comporta una enorme expansión de los servicios generales que aseguran y coordinan el empleo de los factores productivos (investigación, programación, transporte, asistencia, escuela); y su asunción en manos públicas.

Por otro lado la regularización del ciclo postula la capacidad institucional del Estado de restablecer, en el plano de la violencia social, las relaciones de fuerza entre clases —o bien que la organización estatal del capital social, que sea capaz de representarse como simple aparato represivo cada vez que la emergencia de las luchas obreras, que se resuelven en un ataque político contra la relaciones de producción, imponga la crisis como terreno de enfrentamiento.

A nivel de organización social, esta característica del tardo capitalismo necesita del refuerzo y de la extensión de los servicios improductivos destinados específicamente al control del comportamiento de la fuerza-trabajo (aparatos de vigilancia, represión, manipulación, etc.).

Ya se ha observado como estos movimientos de capital, esquemáticamente examinados por sectores, requieren de profundas innovaciones tecnológicas en el proceso de trabajo.

Desde el punto de vista de la estratificación social podemos afirmar que en general el «salto tecnológico» transforma la distribución de la población activa condensándola alrededor del papel de los técnicos empleados y reduciéndola alrededor de las tareas agrícolas manuales.

Más aún: este modelo de transición capitalista descrito más arriba atrae las inversiones hacia sectores que estructuralmente requieren de trabajo técnico, no sólo en el proceso de fabricación propiamente dicho sino sobre todo «de principio a fin» del mismo.

Se trata de una nueva circunstancia con efectos rupturistas. Tradicionalmente, en efecto, el desarrollo de la industria italiana se ha concentrado sobre una tecnología que, si bien, por un lado dejaba amplio espacio a la habilidad del simple obrero, al oficio —y en general a los procedimientos empíricos elaborados directamente en la práctica laboral (son ejemplos típicos las industrias siderúrgicas, textiles, del cuero, etc.)— por otro presentaba características de una enorme monotonía y repetición, que demandaban, como máximo, mucha fuerza de trabajo con instrucción básica y una rápida preparación extra escolar realizada primordialmente en los institutos profesionales (con este propósito nos podemos remitir a la industria del automóvil y de los electrodomésticos).

En cambio, la transición capitalista a la que está obligada la economía italiana no puede tener lugar sin inversiones importantes y a largo plazo en la investigación, el estudio, la proyección y la puesta a punto de nuevas instalaciones […].

La relación entre el obrero y el material a transformar está cada vez más mediada por una serie de procedimientos científicos objetivados en la máquina automática, paralelamente la presencia de los técnicos como estrato profesionalmente cualificado de la fuerza-trabajo se vuelve poco a poco predominante.

Así, figuras sociales en los márgenes del proceso de valorización, o con funciones improductivas de control y disciplina sobre el trabajo-vivo, atraen hoy hacia sí nuevos significados productivos. Si el ingeniero tradicional estaba caracterizado por la delegación de algunas funciones patronales, el ingeniero de la moderna unidad productiva automatizada asume generalmente un papel productivo de investigación, de proyección y de coordinación del trabajo, aunque a menudo continúe detentando algunos poderes disciplinarios sobre la fuerza de trabajo de menor cualificación. Obviamente esta afirmación conlleva el abandono de la identificación tradicional y semi marxista entre transformación de la materia y trabajo productivo; y funda, más allá de las diferencias mistificadoras de renta y de la jerarquía de la cualificación, una identificación sustancial entre las distintas articulaciones de la clase obrera.

En efecto, si consideramos el trabajo productivo como actividad que elabora y transmite al material en bruto las informaciones para que dicho material, ensamblándolo, se transforme en mercancía, estamos obligados a concluir que el trabajo productivo, más allá de la fase de fabricación, se ejerce tanto en la investigación y en la proyección como en la coordinación y en la distribución.

Tenemos, entonces, que de la definición de trabajo productivo únicamente quedan excluidas las actividades laborales completamente dedicadas al control y a la disciplina del comportamiento de la fuerza de trabajo.

Pero la afirmación que representa a los técnicos como un momento de la composición política de la clase obrera no puede ser verificada definitivamente por un análisis del proceso de trabajo ni por una nueva manera de mirar retrospectivamente el proceso de valorización. La incorporación de los técnicos a la clase obrera tiene significado en la medida en que son las propias luchas las que los coordinan y los funden. Por ello, en realidad, considerando a los técnicos como trabajadores productivos, se formula una hipótesis de intervención política apuntalada sobre la posibilidad de comunicar en este estrato de la fuerza de trabajo cualificada los ritmos y los objetivos de la insubordinación obrera.

Seguidamente veremos que, si los movimientos del capital requieren, para su práctica efectuación, el ejercicio de la violencia social sobre el trabajo-vivo que viene con el nombre de «reforma de la escuela», la lucha

> contra la escuela, correctamente entendida, pone en el tapete el intento de involucrar a los técnicos en el enfrentamiento de clase que se aproxima con los vencimiento de los convenios de 1969-70, realizando así un primer paso hacia la reunificación política vertical de la clase obrera.[10]

Una parte de estas elaboraciones son retomadas por el Collettivo Politico Metropolitano, sobre todo después de la huelga nacional de los técnicos a comienzos de 1969 y por la fuerte presencia tanto en el CUB Pirelli como en el GDS Sit-Siemens de técnicos y empleados. También debido a esta trayectoria teórico política se forma el Grupo de Estudio IBM, en una empresa que al lado de la Olivetti está entre la vanguardia de la producción tecnológica.

El CPM-Sinistra Proletaria, en su decisión estratégica de unificar las luchas de fábrica con lo social, encuentra vastas alianzas con Potere Operaio y con Lotta Continua en lo concerniente al problema de la vivienda y de los transportes, y elige, como consecuencia creativa de la experiencia de los CUB —en los que los trabajadores estudiantes habían desarrollado un papel en coalición—, empezar a intervenir de manera sistemática en el circuito de los institutos técnicos y profesionales, donde es más alto el número de los estudiantes trabajadores y donde se siente más el problema de la futura ubicación laboral en el sector de los técnicos.

En Milán se encuentra la más alta concentración de trabajadores estudiantes de Italia (80.000 aproximadamente en 1970). Por el carácter industrial de la ciudad, las agitaciones de los trabajadores-estudiantes crean un puente natural entre las luchas de las escuelas y las de las fábricas. En los primeros meses de 1970 el movimiento y las luchas de los trabajadores-estudiantes están hegemonizadas casi completamente por el CPM, que elabora el análisis teórico más completo sobre la función de ésta figura social. El Movimiento de Trabajadores Estudiantes,[11] constituido como organismo en el que confluyen militantes de otras experiencias (cuadros del Cub pirelli, estudiantes de Trento etc.), tiene su punto fuerte en

---

10 «Ristrutturazione capitalistica, proletarizzacione dei tecnice e riforma della scuola», *Linea di massa*, Roma, 1969, num. 3.

11 No se debe confundir con las siglas análogas que aparecen en 1975 con el fin de designar un organismo estudiantil de la Universidad Estatal de Milán.

el instituto técnico Feltrinelli, dentro del cual se pone en función hegemónica y como punto de referencia para otras experiencias. En los análisis del CPM elaborados junto al MTE (Movimiento de Trabajadores Estudiantes) la escuela nocturna es definida como una fábrica:

> La escuela nocturna es uno de los institutos productivos […] produce al hombre como mercancía. Los suspensos, los abandonos, el estrés nervioso, las interrupciones […] se deben considerar como modos concretos con los que la fábrica nocturna decide eliminar del proceso de elaboración una parte conspicua de su material en producción. Por lo tanto, la «selección» no es otra cosa que «un control de calidad» del producto. Según tenga la necesidad de muchos o pocos trabajadores, el sistema desarrolla las escuelas nocturnas o comienza a cercenarlas con los suspensos.
>
> Pero la escuela nocturna tiene también una función ideológica: el control de calidad presupone que la producción sea «homogenea» con respecto del propio sistema, de ahí la necesidad por parte de los patrones de construir el «consenso político e ideológico de las masas proletarias». En definitiva la «explotación que en las fábricas se expresa como aspecto predominante en la forma económico-estructural, en la escuela se manifiesta justamente de forma predominante como opresión político-ideológica.
>
> Para nosotros estudiar es un verdadero trabajo porque produce algo bien preciso y tangible: una fuerza de trabajo con una creciente capacidad productiva. La escuela nocturna equivale a 4 horas extraordinarias. Surge una objeción y es que la ley obliga a pagar las tasas. Pero ¿qué ley? Como la escuela la ley también pertenece a los patrones.
>
> La lucha es la ley de los explotados
>
> Nosotros tenemos una sola ley que observar y practicar: la lucha continua contra la explotación que las leyes del Estado burgués tratan de hacer justas y por lo tanto legales.[12]

---

12 *Brigatte Rosse*, *cit.*

El nacimiento de las Brigate Rosse

Las luchas del otoño de 1969 y las de la primavera de 1970 produjeron, como resultado más relevante, una verdadera crisis del régimen. Los patrones y los aparatos ocultos del Estado, que habían pensado refrenar la conflictividad obrera y social ya sea con una mayor legitimidad del sindicato ya sea con la «estrategia de las bombas» y de la represión violenta, se ven obligados a buscar nuevas mediaciones. Agnelli llega incluso a augurar que «sindicatos y empresarios deben llegar a una defensa común de ciertos objetivos quizás incluso el mismo poder político [...]».

La concesión del Estatuto de los Trabajadores y de los consejos de fábrica es también un intento de frenar el movimiento con nuevas formas de representación, dentro nuevas reglas de juego. Pero el conjunto de los comportamientos de la autonomía obrera continúa sin respetar ninguna regla de juego y usa también los nuevos organismos representativos, casi siempre en términos de autonomía y de independencia de las centrales sindicales.

Entre los militantes de Potere Operaio, de Lotta Continua y del CPM (ya convertido en Sinistra Proletaria), los análisis sobre la posibilidad de un giro reaccionario y autoritario de los aparatos del Estado se hacen cada vez más precisos y ejercen cada vez más presión. La necesidad de dotarse de estructuras de defensa, de organismos políticos-militares no solo defensivos sino tendencialmente ofensivos, es cada vez más sentida.

El editor Giacomo Feltrinelli publica en el verano de 1969 un escrito en el que expresa su temor acerca de los peligros de un «golpe de Estado». El opúsculo titulado: *Estate 1969. La minaccia incombente di una svolta radicale e autoritaritaria a destra, di un colpo di stato all' italiana* [*Verano de 1969. La inminente amenaza de un cambio radical y autoritario hacia la derecha, de un golpe de Estado a la italiana*], había creado un enorme ruido, también, porque en el apéndice reproducía el escrito del novelista griego Vassili Vassillikos titulado: *Anche noi non credevamo che in Grecia fosse possibile* [*Tampoco nosotros pensábamos que fuese posible en Grecia*] refiriéndose al sanguinario golpe de Estado que había aplastado los movimientos en su país y puesto en el poder a «los coroneles» con la complicidad de los servicios secretos estadounidenses.

Pero no era simplemente, o no sólo, el temor a un golpe de Estado lo que empujaba al movimiento a dotarse de estructuras militares. Con el terrorismo de Estado, la decisión de la burguesía de situar el enfrentamiento en el plano militar dominaba muchos análisis e influía en las fuertes aceleraciones teórico-ideológicas. Las referencias a la guerrilla metropolitana latino-americana (sobre todo los tupamaros uruguayos), a la metrópolis como centro de mando del proceso capitalista, son cada vez más frecuentes. En el documento de Chiavari, el CPM había escrito:

> La dimensión social de la lucha es el punto más alto de su desarrollo: la lucha contra la represión generalizada, constituye ya un momento de la revolución. […] La burguesía ha elegido la ilegalidad. La larga marcha revolucionaria en la metrópolis es la única respuesta adecuada.
>
> Ésta debe comenzar hoy y aquí. […]
>
> Aún no se ha entendido suficientemente que significa desarrollar un proceso revolucionario en un área metropolitana de desarrollo tardo capitalista. Los modelos revolucionarios del pasado o de las áreas periféricas son inaplicables. […]
>
> a) En las áreas metropolitanas norteamericanas y europeas existen ya las condiciones objetivas para el paso al comunismo: la lucha está esencialmente dirigida a crear las condiciones subjetivas […];
>
> b) La transformación de la relación entre estructura y superestructura, que tiende cada vez más a coincidir, provoca que hoy el proceso revolucionario se presente al mismo tiempo como global, político y «cultural». Esto significa que sustancialmente las relaciones entre movimiento de masas y organización revolucionaria deben mutar, y que en consecuencia también deben mutar radicalmente los principios de organización.
>
> La ciudad es hoy el corazón del sistema, el centro organizativo de la explotación económico-político, el escaparate en el que se expone «el punto más alto», el modelo que debería motivar la integración proletaria. Pero es también el punto más débil del sistema: en el que las contradicciones aparecen de forma más aguda, en el que el caos organizado que caracteriza la sociedad tardo capitalista parece más evidente.
>
> Y aquí, en su corazón, es donde el sistema debe ser golpeado.

> La ciudad debe convertirse para el adversario, para los hombres que ejercen hoy un poder cada vez más hostil y extraño al interés de las masas, en un terreno dudoso; cada gesto suyo puede ser controlado, todo arbitrio puede ser denunciado, todo acuerdo secreto entre poder económico y político puede ponerse al descubierto.[13]

Por otro lado, la lucha armada, vista con unos ojos cargados de utopía, parece difundirse por doquier: en algunas situaciones estadounidenses, en las metrópolis latino-americanas, en la lucha cada vez más dura de los palestinos y, sobre todo, en el corazón de Europa, en Alemania, donde había comenzado a actuar con gran eficacia la Raf (Fracción de la Armada Roja). El último número de *Sinistra Proletaria* que sale publicado en octubre de 1970 escribe:

> La guerrilla ya ha salido de su fase inicial [...] ya no parece un puro y simple detonador [...] sino que ha conquistado la amplitud de la única perspectiva estratégica que puede superar históricamente la insurreccional, ahora inadecuada y [...] penetrar en las metrópolis, unificando en una forma común de lucha y en una estrategia común al proletariado mundial. El Capital unifica el mundo en su proyecto de contrarrevolución armada; el proletariado se unifica en la guerrilla a nivel mundial.
>
> Italia y Európa no son excepciones históricas.[14]

En febrero de 1971 termina así la breve vida de *Sinistra Proletaria*. Los compañeros que la habían promovido quemaban en pocos meses esta experiencia legal, cuya salida parecía ya la clandestinidad.

Por otro lado el análisis de otros grupos también parece confirmar que es necesario elevar el nivel del enfrentamiento. Particularmente Lotta Continua, que junto a Potere Operaio están masivamente presente en las fábricas turinesas, parece privilegiar una tendencia hacia el uso generalizado de la «justicia proletaria» para oponerse a la burguesa, mientras se

---

13 *Ibídem.*
14 *Ibídem.*

plantea con fuerza el problema del contrapoder obrero. En este periodo comienzan también a nacer canciones de lucha que son coreadas en las manifestaciones, tanto para dar ritmo a los manifestantes como para resumir el significado de las luchas:

La balada de la Fiat
(A. Bandelli)

Señor patrón esta vez para ti
seguramente la cosa terminará mal
estamos cansados de esperar
de que nos hagas matar
Continuamos trabajando
y los sindicatos nos vienen a decir
que hay que razonar
y nunca se habla de luchar

Señor patrón nos hemos despertado
y esta vez daremos batalla
y esta vez lucharemos
lo hemos decidido solos
Mira al esquirol como se escabulle
escucha el silencio en los talleres
quizás mañana sólo sentirás
¡el ruido de la metralla!

Señor patrón esta vez para ti
seguramente la cosa terminará mal
de ahora en adelante si quieres negociar
tendrás que darte cuenta de que no se puede
Y esta vez no nos compras
con cinco liras de aumento
si nos ofreces diez queremos cien
si nos ofreces cien, queremos mil

Señor patrón no nos engañas
con la invención de los delegados
tus proyectos se han esfumado
y nosotros luchamos contra ti
Y las cualificaciones las categorías
las queremos todas abolidas
las divisiones se han terminado
¡en la cadena todos somos iguales!

Señor patrón esta vez
hemos aprendido a luchar
en la Mirafiori se ha demostrado
en toda Italia se demostrará
Y cuando bajamos a la calle
esperabas un funeral
pero le ha ido mal
a quien nos quería hacer dormir

Hemos visto verdaderamente tanto
porras y escudos romanos
pero también se han visto tantas manos
que han comenzado a buscar piedras
Todo el Turín proletario
a la violencia de la policía
responde sin miedo
¡hay que hacer una lucha dura!
No a los burócratas y a los patrones
¿Que queremos? ¡Lo queremos todo!
¡lucha continua en la Mirafiori
¡y el Comunismo triunfará!
No a los burócratas y a los patrones
¿Qué queremos? ¡Lo queremos todo!
lucha continua en la fábrica y fuera
¡y el Comunismo triunfará!

La hora del fusil
(Pino Masi y Piero Nissim)

El mundo está explotando
desde Angola hasta Palestina
América Latina está luchando
la lucha armada vence en Indochina
en todo el mundo los pueblos
adquieren conciencia
y bajan a la calle
con la justa violencia y por lo tanto
¿Que más quieres compañero
para entender
que ha sonado la hora
del fusil?

La América de los Nixon
de los Agnew y MacNamara

aprende una lección
en las junglas del Vietnam
la civilización del napalm
no le gusta a los pueblos
mientras haya patrones
nunca habrá paz
la paz de los patrones
es cómoda a los patrones
la coexistencia es engañosa
para que seamos buenos por lo tanto
¿Qué más quieres compañero… ?

En España y en Polonia los obreros
nos enseñan que la lucha nunca se ha detenido
contra los patrones unidos contra el capitalismo
aunque enmascarado por un falso socialismo
los obreros polacos que han hecho huelga
gritaban en la manifestación policía-gestapo
gritaban Gomulka acabarás mal
marchaban cantando la Internacional por lo tanto
¿Qué más quieres compañero… ?

También en Europa las masas ya no se quedan mirando
la lucha explota por doquier y no se la puede detener
barricadas por doquier de Burgos a Stettino
y también aquí entre nosotros de Avola a Turín
de Orgosolo a Marghera de Battipaglia a Reggio
la lucha avanza los patrones tendrán la peor parte por lo tanto
¿Qué más quieres compañero… ?

Con sus primeras acciones, las Brigate Rosse que habían comenzado a actuar en el otoño de 1970 no tienen una particular resonancia. A nivel nacional, la atención se dirigirá hacia ellas con el incendio de la pista de pruebas de Lainate en enero de 1971.

La noche del 25 de enero de 1971 un comando coloca 8 bombas incendiarias debajo de otros tantos auto-trenes estacionados en la pista de pruebas (la instalación sirve para experimentar los neumáticos de la Pirelli). Tres son destruidos completamente, los otros cinco, por un defecto de fabricación de los dispositivos y sobre todo a causa de la

> humedad permanecen intactos. Delante de la entrada a la pista, se deja un papel con la leyenda: DE LA TORRE-CONVENIO-RECORTES EN LA PAGA-MAC MAHON-BRIGATTE ROSSE.

Con este mensaje telegráfico se hace referencia a un obrero de la Pirelli despedido durante la lucha en curso en aquella fábrica y durante la gran ocupación de viviendas.

El *Corriere della Sera* da gran importancia a este episodio, dedicándole artículos de 5 columnas en los que, quizás por primera vez, las BR son definidas como una «fantasmagórica organización extra-parlamentaria».

El PCI y la *Unitá* que hasta entonces habían callado en relación con las acciones precedentes, minimizan y condenan ésta en un minúsculo artículo de una columna: «Quién ha realizado (este atentado), aun enmascarándose detrás de panfletos anónimos con fraseología revolucionaria, actúa por cuenta de quién, como el mismo Pirelli, está interesado en hacer aparecer la responsable lucha de los trabajadores por la renovación del convenio como una serie de actos vandálicos, a los ojos de la opinión pública».[15]

Según un comunicado del PCI los obreros, en primera persona, deben desembarazarse de estos provocadores: «Cuando suceden estos actos, los trabajadores tienen que tomar, antes que nadie, la iniciativa de quitarles de en medio de las *manera más idónea, la que corresponda a la naturaleza de los actos realizados* (la cursiva es nuestra)».[16] La invitación a mantener el orden de manera violenta, no podría ser más explícita sobre todo si unido a la precedente declaración sindical definían a las BR como «francotiradores y provocadores al más puro estilo fascista».

Pero también Lotta Continua reacciona de forma negativa definiendo la acción como «ejemplar», no de masas y objetivamente provocadora. En su comunicado dice: «Precisamente, porque las masas proletarias no tienen necesidad de comprender que se necesita la violencia, no son necesarias por lo tanto las acciones ejemplares […] la organización militar de las

---

15 *Ibídem.*
16 *Ibídem.*

masas no se construye porque algunos grupos comiencen a realizar acciones militares […]. Se construye a partir de la construcción de organismos políticos de masas estables y autónomos».[17]

En cualquier caso, las acciones de las Brigate Rosse continúan multiplicándose, sobre todo en Milán, al tiempo que después del final de *Sinistra Proletaria* el periódico que más las representa y defiende es *Nuova Resistenza*. La cabecera toma el nombre y la expresión de un documento de la Gauche Proletarienne, la organización política más radical del Mayo francés, que había practicado formas de lucha clandestina antes aún de ser puesta fuera de la ley. En el documento programático de la Gauche Proletarienne se identifican las profundas afinidades con la nueva práctica de Sinistra Proletaria: «Nuestra política tiene un nombre NUEVA RESISTENCIA: LA LUCHA POPULAR VIOLENTA DE LOS PARTISANOS [...]. Ha llegado la hora de la guerrilla».

Nuova Resistenza comienza a publicarse en 1971. Bajo la cabecera, la consigna, «Proletarios de todo el mundo uníos», al lado del símbolo de Sinistra Proletaria: la hoz, el martillo y el fusil cruzados. El periódico, que se define como «diario comunista de la nueva resistencia» suscita finalmente una suerte de atracción en ambientes de base del PCI. Y en efecto, como ya hemos observado, toda una corriente política de expartisanos y de militantes nunca había dejado de cultivar, tanto en el transcurso de los años cincuenta como posteriormente, una posición política fuertemente crítica en relación con los éxitos de la Resistencia, que debería haber proseguido con un enfrentamiento de clases generalizado hasta la instauración de un Estado socialista. De acuerdo a estos objetivos, muchos partisanos no habían entregado las armas después del final del fascismo, y durante los años cincuenta los carabinieri y la policía habían encontrado (en localidades de montaña y también en subterráneos de algunas fábricas) centenares de fusiles, morteros y revólveres. Naturalmente, estos ex-partisanos se habían vuelto algo míticos e imaginarios, pero no hay dudas de que al menos en julio de 1960 habían reaparecido armados en la calle. Danilo Montaldi, en su *I militanti politici di base* [*Los militantes políticos de base*], definía esta tendencia como «sottovoce» [en voz baja], con un creativo juego de palabras propio del argot obrero. «Sottovoce» en efecto era llamado el clásico carajillo[18] que los obreros tomaban por la mañana antes de ir a la fábrica y del cual estaba prohibida la venta antes de las 8.

---

17 *Ibídem.*

18 *Grappino* en el original [*N. del E.*].

Como es obvio, este imaginario se había sedimentado también en las nuevas oleadas de militantes de base, y este proceso era ampliamente favorecido por el progresivo desvelamiento de la línea «colaboracionista» de los cúpulas del PCI en relación con el emergente neo-capitalismo y con los gobiernos de centroizquierda.

También se transmitían oralmente los hechos de Volante Rossa que había actuado en Milán y en el norte de Italia como grupo paramilitar en la inmediata postguerra. Se conocían fenómenos similares a los de Volante Rossa en otras zonas del Norte, sobre todo en las de más fuerte tradición partisana y comunista como Liguria y Emilia. Y es precisamente en Regio Emilia donde se producirá una escisión del PCI y del FGCI que confluirá en las Brigate Rosse.

Entre los escisionistas está Alberto Franceschini (presente en la redacción de *Sinistra Proletaria*) que pertenece a una de las familias históricas de la tradición comunista reggiana (la abuela había sido jefa de sección en 1922; el abuelo, antifascista, había pasado buena parte de su vida «confinado»; el padre después de haber estado en Auschwitz y de haber escapado de allí, formó parte de las Squadre di Azione Partigiana). También estaban Fabricio Pelli (que morirá en la cárcel) y Próspero Gallinari. Otros como Azzolini, Roberto Ognibene y Franco Bonisoli formaron parte del «Gruppo dell'appartamento», donde se reúnen tras su salida de las organizaciones de la izquierda oficial. El grupo tiene también un nombre propio oficial (Collettivo Politico Operai e Studenti) pero se convierte rápidamente en el conocido «Gruppo dell'appartamento» precisamente porque no tiene una sede oficial.

En el curso de 1970, el grupo intensifica sus relaciones con Curcio y *Sinistra Proletaria*, hasta confluir en la experiencia de la fundación de las Brigate Rosse (si bien no todos los que frecuentan el Gruppo toman esta decisión). De experiencias análogas dentro de la tradición comunista provienen otros militantes tanto del Novarese como, sobre todo, de los barrios obreros de Milán y Turín.

Durante su breve vida, *Nuova Resistenza* (dos números en tres meses) tiende a situarse como portavoz de todos los grupos espontáneos o clandestinos que reconocen la necesidad de oponerse con violencia a la contra-revolución armada de la burguesía. En este marco son

publicados los comunicados de las BR y también los de otros grupos y siglas entre las cuales, ya desde el primer número, están los GAP (Grupos de Acción Partisana).

Los GAP y Feltrinelli

Entre finales de 1970 y comienzos de 1971 se señalan una serie de acciones violentas de grupos clandestinos que a menudo se remiten a las BR. Hay algunos episodios más oscuros o más provocadores, que fascistas y policías tratan de atribuirles. Se trata generalmente de atentados con «plástico» acompañados por panfletos que celebran a las BR. Pero éstas repudian el uso de explosivos, tal y como se puede deducir de este documento: «Es fácil verificar como el uso de la dinamita generalmente consigue el efecto de asustar a las masas indiscriminadamente, no solo al enemigo, y se presta a las más disparatadas interpretaciones por parte de la izquierda y de la derecha, considerando también el uso difundido que ha hecho de esto la reacción».

Sobre la cuestión de los atentados con «plástico» las BR difunden un extenso comunicado en el cual se define esta práctica como de clara impronta fascista además de inspiración policial. En el mismo comunicado se precisa la lógica de las acciones realizadas y de sus objetivos:

> Hemos atacado a los déspotas, a los siervos de los patrones, a aquellos más odiados por la clase obrera *en las fabricas,* y esto se ha convertido en necesidad porque estaban atacando a los compañeros;
>
> Hemos atacado a *los fascistas* porque ellos son el ejercito armado que el capital usa hoy contra las luchas obreras y la exigencia proletaria de poder.
>
> Siempre hemos atacado a los *enemigos del pueblo* y siempre los hemos atacado dentro de vastos movimientos de lucha.
>
> Por ello, si por un lado estamos convencidos de que ningún compañero caerá en la trampa tendida por estas acciones fascistas, «firmadas» con nuestra siglas, por otro lado avisamos a las fuerzas de la reacción:

El que bromea con fuego se

quema los dedos...

nada quedará impune!

A los policías y a los fascistas les decimos claramente una cosa: no habrá piedad alguna hacia vosotros, el puño de la justicia proletaria caerá con una fuerza tremenda sobre quienes tramen, agiten y actúen contra los intereses de nosotros los proletarios.

Leer, hacer circular, pasar a la acción

Comando unificado de las Brigate Rosse[19]

En cambio otras acciones firmadas como BR son aceptadas. Es el caso del grupo que surgió en Roma y que el periódico *Nuova Resistenza* llamará «las BR de Roma». Los principales episodios y las acciones de este grupo, que actúa hasta mediados de 1971, están conectados todas ellas a atentados contra fascistas o sedes fascistas (tiene particular relevancia la realizada contra Junio Valerio Borghese que será implicado en un intento un poco grotesco de «golpe de Estado»). También las reivindicaciones están fuertemente acentuadas por el problema de la batalla antifascista. Y aun desde la diversidad de posiciones, las BR aceptan las acciones de los GAP.

Los GAP aparecen clamorosamente el 16 de abril de 1970, a sólo cuatro meses de la «masacre de Estado», mientras el país está conmovido por las polémicas, y las formaciones fascistas cada vez más arrogantes son «cubiertas» continuamente por la policía. Son las 20:33 horas cuando una voz se infiltra en el canal de audio de la televisión que está transmitiendo el telediario. En Génova, donde se da la interferencia, la impresión es enorme. Sucesivamente habrá otras «transmisiones del pueblo» también en otras zonas (por ejemplo en Trento y en Milán). Los comunicados de Radio GAP son publicados tanto en *Potere Operaio* (que por otro lado publica también los de las BR) como en *Nuova Resistenza*. En este periódico además se precisa la diferencia de enfoque político entre BR y GAP.

---

19 *Ibídem.*

De hecho, entre las distintas siglas que aparecen en el período, los GAP son la única formación, junto a las BR, que adquiere cierta consistencia. Saben escapar con habilidad a las invesitigaciones de la policía y apremian el debate político, ya sea con acciones o con transmisiones «piratas» (también Lotta Continua da cada vez mayor importancia a sus acciones).

Además de las transmisiones, la actividad de los GAP consiste principalmente en una serie de ataques contra algunos centros de poder burgués (consulados de EEUU, sede del PSU, fábricas, depósitos Ignis, refinería Garrone, etc.). De sus comunicados se recaba que su enfoque es esencialmente defensivo y calca los esquemas de la lucha partisana durante la Resistencia: lo que tienen en perspectiva no es una guerrilla urbana, sino una guerrilla de tipo cubano en zonas de montaña, donde se puede defender mejor y durante mucho tiempo. Para los GAP el peligro mayor es la hipótesis de un golpe de Estado de derechas. A los militantes de los Gap les causa gran impresión el episodio del intento de «golpe» del 7 de diciembre de 1970.

En aquella ocasión Junio Valerio Borghese (príncipe y ya comandante fascista de la tristemente célebre Decima MAS[20]) a cargo de un grupo de conjurados fascista penetró dentro del Ministerio del Interior con el fin ocuparlo. Esto debía ser el camino para el golpe de Estado. En cambio, y de forma imprevista, los conjurados recibieron una contraorden. Algo no debió funcionar en los niveles más altos. En las investigaciones posteriores al «intentado de golpe» se entrecruza con otro «complot» de derecha denominado «Rosa de los Vientos», que compromete a algunos importantes oficiales del ejercito y lleva al arresto del general Vito Miceli, jefe durante tres años del USPA, oficina de seguridad del pacto atlántico y durante cuatro años del SID (el más importante servicio secreto nacional).

En este episodio se evidencian, particularmente, las diferencias entre las BR y los GAP. Para las BR el golpe militar no es visto como un peligro inmediato y Valerio Borghese vale como el «dos de copas». «Lo que en cambio es muy importante es el uso que quisieron hacer el gobierno y los

---

20 La Decima MAS era una unidad de la armada italiana formada a principios de siglo. Durante los últimos años de la II Guerra Mundial fue dirigida por Borghese, y fue acusada de realizar numerosas acciones contra los partisanos, asesinando a muchos de ellos. Borghese estuvo, por ese motivo, algún tiempo en la cárcel, siendo dejado en libertad poco después. Llegó a ser presidente del neofascista MSI. En 1970 protagonizó este episodio en clara línea de continuidad con su anterior trayectoria. Su fracaso le obligó a refugiarse a España, donde murió en 1974 [*N. del E.*].

revisionistas de estos sueños. Desde hace tres años la clase obrera está en una ofensiva continua. El poder cogido por un conjunto de dificultades irresolubles tiene que esconder, a los ojos de las masas, la lepra que lo descarna cada día de forma más profunda e inventa la fábula del "príncipe negro" (golpista) con el fin de venderla a la opinión pública».[21] Para las BR, los revisionistas (PCI y sindicatos) se sirven de esto para inducir que las vanguardias de clase acepten el juego parlamentario y contengan su voluntad de lucha.

En cambio, la evaluación de los GAP es diferente: «El golpe de Estado es inminente». En un documento publicado por Potere Operaio y Lotta Continua se subraya «el rol cada vez más preeminente de las fuerzas militares del Estado y de las fuerzas paramilitares fascistas […] sólo una fuga de información ha permitido evitar en el último momento un golpe de Estado planificado con cuidado meticuloso […] por centenares de oficiales de las fuerzas armadas, por los mandos superiores y periféricos de los carabinieri, por los representantes de las finanzas y de la industria capitalista italiana, así como del imperialismo americano».[22]

También en el juicio, y como su lógica consecuencia, acerca de los revisionistas las dos organizaciones se diferencian. Según los GAP, «también la izquierda tradicional representada por el PCI […] ve día a día con mayor preocupación, su cada vez más restringido campo de maniobra». De ahí el llamamiento a los militantes del PCI: «La clase obrera, los trabajadores, todos, reclaman y exigen una política y un frente amplio contra el fascismo, contra la patronal capitalista y contra el imperialismo. […] ¿Quieren los compañeros afiliados al PCI formar parte de este frente revolucionario y antifascista?»[23]

Dentro de este breve extracto suenan las temáticas históricas del movimiento obrero organizado: desde la estrategia del «frente amplio» mediada por la Tercera Internacional, a la intrínseca necesidad del uso de la fuerza para defender la democracia, como durante la Resistencia partisana. Las diferencias con las BR son profundas y reflejan, también, la personalidad del que posteriormente se descubrirá como el principal animador de los GAP: Giangiacomo Feltrinelli.

---

21 *Ibídem.*

22 *Ibídem.*

23 *Ibídem.*

Feltrinelli había sido protagonista del debate cultural a partir de finales de los años cincuenta. Su editorial, las librerías, eran un gran ejemplo de renovación cultural y política de la sociedad italiana. Desde 1950 había fundado el Instituto Feltrinelli para la historia del movimiento obrero: un acontecimiento de gran importancia que colmaba una grave laguna en la cultura de la izquierda marxista. Afiliado al PCI, Feltrinelli se había alejado progresivamente para dirgir su atención sobre las luchas revolucionarias del Tercer Mundo.

Los «opúsculos de las librerías Feltrinelli» informaban con extraordinaria tempestividad sobre las luchas de liberación y sobre las luchas estudiantiles en curso. Feltrinelli se había acercado cada vez más a la izquierda revolucionaria. Había apoyado la escisión de Falce Martello (un grupo de 1.500 afiliados al PCI en la zona de Sesto S. Giovanni que posteriormente darían vida a la Unione dei Comunisti Italiani marxisti-leninisti más trade convertida en Servire al Popolo), pero sobre todo buscaba distinguir en la historia del PCI aquel filón de resistencias revolucionarias, que nunca había cesado de pensar en la toma del poder. Y, es probablemente, en este recorrido en el que se cruza con algunos ambientes de ex-partisanos, sobre todo en Liguria donde se puede suponer que se construyeron las primeras bases de los GAP.

Durante el '68 Feltrinelli intensifica sus viajes a América latina por motivos editoriales (había publicado las obras del Che Guevara y de muchos grandes novelistas latinoamericanos), pero también, para llevar un apoyo concreto a las guerrillas en curso. Es arrestado en Bolivia y en aquella ocasión se dirige incluso a la presidencia de la república para obtener su liberación. Amigo de Castro y de Régis Debray (que había estado con el Che en Bolivia), se convence cada vez más de que la burguesía italiana no está en condiciones de sostener el enfrentamiento social en curso y que estará obligada (también por su ubicación en la alianza militar occidental) a recurrir a soluciones autoritarias.

Para Feltrinelli ésta es la fase de «golpe de Estado y guerrilla». Expone sus ideas en una serie de opúsculos: *Italia 1968: guerrigla politica* [*Italia 1968: gerrilla política*]; *Persiste la minaccia di un colpo di stato* [*Continúa la amenaza de un golpe de Estado*]; *Estate 1969* [*Verano de 1969*]. Publica también *Sangue dei leoni* de Edgard Marcel Simbu, sobre la guerrilla del Congo, que contiene en el apéndice un eficaz manual de guerrilla urbana que se convertirá en una especie de *cult-book* del movimiento.

Esta continua agitación y propaganda sobre cuestiones y prácticas revolucionarias pone a Feltrinelli en la mira de la prensa conservadora, que no deja ocasión para insinuar su complicidad con cualquier cosa que suceda. También, la policía y la magistratura acentúan progresivamente investigaciones e interrogatorios en relación con él. A partir de comienzos de 1970, Feltrinelli está cada vez más fuera que dentro de Italia. Desde diferentes lugares envía entrevistas y documentos a revistas italianas, en los que comunica sus decisiones. En la revista *Compagni* expone algunas de sus reflexiones políticas:

> La ofensiva reaccionaria sólo se puede detener con una lucha en la que las vanguardias del proletariado bajen al campo de batalla. Si en el pasado mi intervención en la política siempre había estado mediada por la actividad editorial, desde hoy mismo prometo una intervención más directa en el curso y en el desarrollo de los acontecimientos.[24]

En 1971 Feltrinelli es sospechoso de complicidad en el homicidio del cónsul boliviano en Hamburgo Roberto Quintanilla. El ex jefe de la policía secreta boliviana (uno de los responsables del asesinato del Che) fue asesinado a golpes de pistola por una mujer que posteriormente abandona el arma, una Colt Cobra 38, que resulta ser propiedad de Feltrinelli, quien declara haberla perdido.

El 15 de marzo de 1972 el cadáver de Giangiacomo Feltrinelli es encontrado por un campesino debajo de una torre de alta tensión de Segrate, en la periferia de Milán, al lado de algunas cargas de explosivo preparadas. La muerte de Feltrinelli y las conjeturas que la acompañaron señalan un episodio crucial en el debate de aquellos años. Se comienza a romper el tejido de colaboración entre demócratas y movimentistas, nace la paranoia del «enemigo interno».

En una primera fase, los «demócratas» interpretan la muerte de Feltrinelli como el enésimo episodio de la «estrategia de tensión», como un «homicidio de Estado». Florecen las suposiciones y las contra-investigaciones. El área

---

24 VV. AA. *L'affare Feltrinelli*, Milán, Stampa Club, 1972.

demócrata y los propios grupos extraparlamentarios no tienen dudas de que se trata de una provocación. Potere Operaio es el primero en romper el hielo de las suposiciones y en un número de su diario revela la pertenencia de Feltrinelli a los GAP con el nombre de batalla de «comandante Osvaldo».

En las formaciones de la izquierda extraparlamentaria la muerte de Feltrinelli enciende de nuevo el debate sobre las formaciones clandestinas, Lotta Continua toma partido en defensa de los ataques a Potere Operaio. Avanguardia Operaia irrumpe, junto a otras áreas demócratas, del Comitato Nazionale di Lotta contro la Strage di Stato, acusando a Potere Operaio y a Lotta Continua de hacer un «alocado análisis de la situación italiana y de las tareas del movimiento que les lleva a tratar como compañeros a los GAP y a las BR».

Más allá de estas polémicas, el tejido de colaboración entre demócratas y movimentistas se rompe definitivamente. También entre las formaciones extraparlamentarias se fragmenta esa solidaridad de base que había nacido con el fin de desenmascarar «los misterios del Estado» después de plaza Fontana, basada en una identidad radical democrática.

Las reacciones entre los compañeros son de dos tipos: la primera, en lo que se refiere a la organización, trata de acentuar las formalidades democráticas (participación en las elecciones, referéndum etc.); la otra individual, pero muy extensa, se encierra en sí misma o refluye hacia los partidos tradicionales; renegando en uno y en otro caso de su propio pasado. Pero hay quien si bien permanece en las organizaciones y se pone en sus márgenes, acentúa cada vez más la atención hacia los grupos armados clandestinos, avivando un debate amplio y subterráneo sobre la necesidad de la «lucha armada», un debate que durará mucho tiempo y que fragmentó segmentos de base completos de las organizaciones extraparlamentarias.

Verano del '69 (extracto)[25]

Giangiacomo Feltrinelli

Es oportuno examinar —aunque sea brevemente— las razones y las motivaciones que inducen a las fuerzas de derecha (grandes empresas italianas, militares y fuerzas internacionales) a imponer en una operación política y militar conjunta un giro autoritario hacia la derecha. Francamente las razones que incitan a los grupos reaccionarios a estas elecciones coinciden, en parte, con la crítica a las superestructuras del sistema realizadas por la izquierda: la oposición radical reside en las finalidades perseguidas respectivamente. Las fuerzas de la derecha, cuando critican las superestructura del sistema tienden a modificarla para acomodarla a sus propias exigencias de explotación y de incontrastable dominio sobre la cosa pública y privada. Nosotros apuntamos en cambio a transferir las críticas desde la superestructura a la estructura misma, comprometiendo a todo el sistema capitalista y solicitando su vuelco y abolición.

Por parte de los grandes grupos industriales, políticos y militares italianos e internacionales las razones que militan a favor de un golpe de Estado son:

a) El funcionamiento del aparato estatal, del gobierno y de la partitocracia italiana —basada aún sobre el viejo esquema clientelar— funcionamiento que contrasta con las exigencias de una moderna industria capitalista, italiana e internacional. Se habla desde diferentes lugares —y hacen explícita alusión a los dispositivos del Progetto 80 del ministerio de economía— de lo obsoleto de las instituciones (en el Progetto 80, después de haber revelado el impedimento fundamental que éstas representan en un ulterior desarrollo capitalista, se procede a la elaboración de una fantasmagórica hipótesis de desarrollo capitalista sin detenerse ya sobre la forma de superar el escollo del carácter «obsoleto» del aparato estatal y gubernamental. ¿Esto significa quizás dar por descontado el golpe de Estado?

Y este carácter obsoleto del aparato administrativo, jurídico y político del Estado y del sistema de gobierno es tanto más grave por el hecho de que no sólo se concreta en una exasperante lentitud del proceso legislativo, precisamente en un momento en el que la rapidez

25 Milán, Edizione Libreria Feltrinelli, 1969.

de la intervención legislativa, sobre todo en materia económica, es condición esencial para el funcionamiento del sistema mismo, sino también, en una progresiva parálisis política y financiera del Estado y de los entes públicos a causa de la complicación y lentitud del *iter* burocrático, parálisis que oprime pesadamente el normal desarrollo económico de las empresas, ya sean privadas o públicas. Finalmente hay que contar con un estado de descontento generalizado en las altas esferas militares por la incertidumbre de la política militar del gobierno italiano y por la insuficiencia de las asignaciones al Ministerio de Defensa. Es obvio, según la izquierda, que este carácter «obsoleto» no puede y no debe ser evitado, instaurando en Italia una nueva forma, moderna e internacional, de fascismo: ésta está en cambio insita en el sistema y por lo tanto puede resolverse eliminando exclusivamente el mal de raíz.

Hoy para la gran industria y para el imperialismo internacional el sistema político actual, prescindiendo de la mala gestión que ha hecho la DC, y de los límites, sustancialmente de clase, de la Constitución sobre los cuales se funda, es un obstáculo objetivo para el desarrollo del capitalismo de tipo colonial que se prevé en Italia para los próximos años.

b) El perfil —a escala internacional— de una grave crisis económica determinada por la concomitancia en Estados Unidos de dos fenómenos. Una progresiva y rápida inflación y, al mismo tiempo, la aplicación de las medidas anti-inflacionistas que determinan una relativa parálisis y bloqueo del desarrollo del proceso productivo. Los síntomas de tales crisis son ya hoy claramente visibles en el mercado financiero internacional dominado por la crisis del dólar. En esta situación la industria no quiere, evidentemente, encontrarse entre la espada (es decir el desarrollo impetuoso y generalizado de reivindicaciones obreras que en cualquier momento podrían traspasar el límite puramente sindical para asumir una más precisa caracterización política) y la pared representada, en un país que exporta el 25% de su producto nacional bruto, por una crisis económica de Estados Unidos y de las consecuentes repercusiones que ella tendría sobre el comercio internacional.

c) La búsqueda, entre un sector de la DC y del PCI, de una nueva «mayoría» que comprenda, directa o indirectamente, al PCI, viola los precisos compromisos internacionales tomados en el ámbito del Pacto Atlántico y de la OTAN, por lo cual se impone (como ha sucedido en Grecia) un golpe de Estado preventivo o un giro autoritario a la derecha.

d) Finalmente, la imposibilidad de contener, con las fuerzas y las leyes actualmente disponibles, las reivindicaciones obreras, campesinas y estudiantiles y la acción de los grupos políticos de extrema izquierda. Estas reivindicaciones y agitaciones no sólo tienden a una modificación del reparto de la renta a través de los aumentos salariales sino que inciden sobre la propia productividad de las instalaciones en el momento en el que se exige el desenganchamiento del salario respecto de la productividad, la reducción de los ritmos masacrantes de trabajo y la semana de 40 horas. En este sentido son sintomáticos el rechazo por parte de la Fiat de tratar estos problemas, la imposibilidad, a pesar de la complicidad de las cúpulas sindicales, de contener estas reivindicaciones, el consiguiente giro a la derecha del gran monopolio turinés. A quienes se preguntan cual es el interés que los grandes grupos monopolistas italianos tendrían en un giro a la derecha basta recordar la naturaleza de las reivindicaciones obreras que, incidiendo sobre la productividad, *atacan justamente las empresas con mayor composición de capital fijo.*

Concluyendo: en un momento como el actual en el que asoma el espectro y la amenaza de una crisis financiera y económica internacional, el desarrollo capitalista italiano encuentra un obstáculo para su desarrollo tanto en la superestructura del sistema como en las reivindicaciones obreras.

El recurso al golpe de Estado o a un giro radical y autoritario a la derecha serían, por lo tanto, plenamente conformes a las exigencias del sistema y a su necesidad de resolver, en su propia ventaja aun cuando sea transitoriamente, las más agudas contradicciones del momento.

Para favorecer tal diseño y tales ambiciones está la halagadora perspectiva de obtener un éxito sustancial. Esta esperanza de las fuerzas de derecha está conformada por la falta de una estrategia revolucionaria de las clases oprimidas y explotadas y por la propia política del PCI, comprometida en la búsqueda de una «nueva (efímera) mayoría». Dispuesta, con tal de llegar a tal fin, a ignorar no solo la sustancial debilidad del actual o futura alianza gubernamental, sino incluso las ya patentes tramas y maniobras de los que preparan el giro a la derecha. El PCI, al que las masas miran a menudo bajo el impulso de una tradición revolucionaria como una guía segura, descuida también, y no importa si deliberadamente o no, la preparación de un correcto análisis de la situación que extraiga las consecuentes conclusiones. La historia enseña que no es sólo por medio de la aquiescencia o por

medio de la sustracción a una lucha, que parece ya inevitable, como se evita el enfrentamiento: el único resultado es que se llega con falta de preparación.

Hay otros síntomas generales que anuncian un próximo golpe de Estado o un radical y autoritario giro a la derecha. Frente a las experiencias de los países en los cuales, en tiempos recientes, se han dado golpes de Estado o sobresaltos reaccionarios destacamos, en general, las siguientes «constantes»: 1) la martillante denuncia de la anarquía en la cual ha caído el país y la producción industrial a causa de las agitaciones y de las reivindicaciones obreras; 2) la difundida y generalizada denuncia de la crisis del Estado, de la insuficiencia de los partidos y de la expansiva corrupción en todo sector de la vida pública; 3) el estallido de un escándalo que incluye un parlamentario de centro democrático o de altos funcionarios del aparato estatal; 4) el arresto de personalidades del mundo de la cultura y del mundo editorial de la izquierda (periodistas, editores); 5) la paralela criminalización y arresto de centenares de personas que durante el curso de las agitaciones precedentes de épocas diferentes se distinguieron por su combatividad política; 6) el arresto de exponentes sindicales; 7) la intensificación de agresiones por parte de grupos extremistas de derecha contra organizaciones y personalidades de izquierda; 8) la disolución del parlamento después de que algunos sectores del mundo parlamentario rechazaran respetar el mandato formal parlamentario.

En este paréntesis en Italia, se han revelado muchos de estos síntomas, de estos hechos. Muchos ya se han verificado o están en pleno curso, mientras que otros, en particular la disolución de las Cámaras, son explícitamente recurrentes en los discursos y en las voces que circulan en los ambientes oficiales.

La clandestinidad, la ideología, la organización

Después de la muerte de Feltrinelli, una parte de los militantes del GAP confluyeron en las BR, ya totalmente clandestinas y despojadas, después del cierre de *Nuova Resistenza*, de una de sus formas de representación semi-legales. En septiembre del 1971, con el fin de comunicar sus decisiones, hacen circular un opúsculo clandestino en el que se da cuenta de la primera de una serie de «reflexiones teóricas» que saldrán en años posteriores.

En este texto, que está concebido bajo la forma de auto-entrevista, las características de involución del sistema democrático están fuertemente acentuadas y sobredeterminadas. El pensamiento político de las BR parece sufrir una imprevista y profunda aceleración. Patrones y burgueses son situados en una atmósfera milenarista: la historia está dando la vuelta a la página y la revolución es la fuerza de la naturaleza que golpea prepotente a sus puertas.

Esta aceleración ideológica está profundamente influida por el clima represivo y por la impresión suscitada por el «golpe de Estado» informal que se da en Francia por obra de De Gaulle. El error de fondo consiste, probablemente, en creer «que el proletariado, como clase (todo el proletariado, y no sólo las partidas más avanzadas —si bien de masas— de la autonomía) sentía este clima de represión en la misma medida que lo sentían los ambientes de la izquierda revolucionaria contra los que la represión era el principal, constante, asfixiante objetivo».[26]

Este análisis, completamente ideológico, de la composición de clase y la infravaloración de la capacidad de respuesta de los poderes, hace abandonar a las BR la elaboración teórica de la larga época en la que le fue propia desde sus orígenes. Paradójicamente, retoma y potencia las inquietudes de Feltrinelli y de los GAP sobre la inevitabilidad del «giro reaccionario».

En la auto-entrevista citada, a la pregunta: «¿Piensan por consiguiente en una reedición del fascismo?». Las BR responden:

> El problema no está planteado en esos términos [...] En Francia el «golpe de Estado» de De Gaulle y el actual «fascismo gaullista» viven bajo la apariencia de la democracia. A corto plazo éste es ciertamente el modelo menos incomodo. Pero sería ingenuo esperar una estabilización moderada de la situación económica y social ante la presencia de un movimiento revolucionario combativo [...]. Teníamos dos caminos, además de la vía reformista que rechazamos al lado de la izquierda revolucionaria desde hace muchos años: repetir la experiencia histórica del movimiento obrero según las versiones anarco-sindicalistas o tercer internacionalistas, o por el contrario empalmar con la experiencia revolucionaria metropolitana de la época actual.[27]

---

26 *Brigate Rosse*, *cit.*
27 *Ibídem.*

Por lo tanto, las BR se plantean según esta elección como punto de referencia y de agregación para la formación del partido armado, «que no es entendido como brazo armado de un movimiento de masas desarmado, sino como el punto de unificación más alto. No se trata de dar comienzo a la lucha armada, porque la misma, lamentablemente, ya ha sido comenzada de forma unilateral por parte de la burguesía».[28]

Naturalmente «sin teoría nada de revolución» y las BR tiene como referencia «el marxismo-leninismo, la revolución cultural proletaria, la experiencia en curso de los movimientos guerrilleros metropolitanos».[29] Se inicia así el largo período de la «propaganda armada». Una larga serie de acciones ejemplares, sobre todo contra «jefecillos» y fascistas, con el objetivo de obtener la adhesión de las masas.

En el transcurso de 1972 y mientras el clima político está entre los más «calientes» de los últimos tres años, las BR efectúan el primer secuestro político de la historia de Italia: el secuestro del ingeniero Hidalgo Macchiarini, definido como uno de los dirigentes más odiados de la Sit-Siemens de Milán. La acción se inserta en un clima de enorme enfrentamiento social. En enero, los obreros bloquearon durante dos días Porto Marghera; en febrero comenzó el proceso de «piazza Fontana» que enseguida se transformó en un duro acto de acusación contra las «tramas de Estado». La minuciosa obra de contra-información, junto a la campaña masiva con las consigna de «¡Valpreda libre! El terrorismo es el Estado», derrumbaron el castillo de mentiras construido por los cuerpos separados del Estado apoyados por algunos sectores de la magistratura. El 11 de marzo en Milán, en una de las más violentas manifestaciones callejeras que se recuerdan, la ciudad es «retenida» por los compañeros durante varias horas. Un violento ataque, a base de «champagne molotov», es desencadenado contra el *Corriere della Sera*.

El ingeniero Macchiarini es secuestrado, con las armas en la mano, por una camioneta en la que durante unos veinte minutos sufrirá un «proceso político» antes de ser dejado en libertad. Las BR usan el mismo lenguaje de los aparatos estatales cuando comunican su acción: «proceso», «arresto», «libertad condicional». Seguramente el uso de este lenguaje está determinado también por un componente de ironía, pero corresponde a una tendencia que

28 *Ibídem.*
29 *Ibídem.*

se acentuará cada vez más en la práctica armada. La tendencia a ponerse como «contraste», como organización autoritaria y vertical, como «forma-partido» burocrática y vertical que en su evolución llevará a las «prisiones del pueblo», a la práctica del «proceso-justicia proletaria», incluso a verdaderas «ejecuciones» como resultado inevitable de la «clandestinidad», que prevé reglas férreas y militantes duros y obedientes que ejecuten sin discutir mucho.

Una dinámica que, con el tiempo, hará de las BR, cada vez más, una confirmación especular del Estado y las volverá más difíciles de descifrar por parte del movimiento.

En todo caso, este primer secuestro es visto con una simpatía generalizada entre las vanguardias obreras, y también entre algunas organizaciones extraparlamentarias. Potere Operaio en un comunicado hace un análisis sustancialmente positivo:

> Un comando obrero ha realizado, por primera vez en la historia de la clase obrera italiana, un secuestro. Sólo anotamos que la recepción de esta acción a nivel de la clase obrera, ha sido positiva. El salto de cualidad en la gestión de la lucha que esta acción demuestra ha sido positivo [...]. Parece que en la clase obrera milanesa, que hoy es la vanguardia del conjunto del movimiento, la articulación entre la acción de masas y la acción de la vanguardia resulta ya un hecho adquirido [...].[30]

La propia Lotta Continua, que se había expresado negativamente sobre la acción de Lainate, difunde un comunicado de solidaridad: «Sostenemos que esta acción se inserta de forma coherente en la voluntad generalizada de las masas de llevar también la lucha al terreno de la violencia y de la ilegalidad».[31]

Contemporáneamente al secuestro Macchiarini, se verifica también en Francia un episodio similar. Robert Nogrette, dirigente de la Renault es secuestrado el 9 de marzo de 1972 por Nouvelle Resistence Populaire, organismo armado de la disuelta Gauche Proletarienne. El secuestro se concluye de manera incruenta después de 48 horas y es recibido de forma entusiasta por Lotta Continua que en un título de

30 *Ibídem.*
31 *Ibídem.*

media página se expresa así: «*El secuestro de dirigentes de la Sit-Siemens y de la Renault*: la justicia revolucionaria comienza a dar miedo. Viva la justicia revolucionaria».[32]

Entre finales de 1972 y comienzos de 1973, se encienden muchas discusiones en torno a las BR y al problema de la «espontaneidad armada», pero no cabe duda de que alrededor de las BR se forma un aura de romanticismo y de simpatía generalizada. A los militantes, pero también a sectores obreros de base, les golpea su competencia sobre los problemas de la fábrica, su «encuesta obrera» con métodos rápidos y eficaces, el uso limitado de la violencia (hasta junio de 1974 las BR no realizan ninguna acción mortal, y en ese caso —el asesinato de dos fascistas en Padua— harán autocrítica definiéndola como «un incidente de trabajo») y un lenguaje que todavía no es espeso ni se ha hecho críptico por la ideología. 1973 es también el año de la radicación de las BR en el tejido obrero turinés. En ese año son secuestrados el sindicalista Labate (de la CISNAL[33] fascista) y el caballero Ettore Amerio, jefe de personal de la Fiat. Ambos secuestros son significativos porque se insertan en la dura polémica que opone a los grupos extraparlamentarios con la dirección Fiat, después del descubrimiento de una amplia documentación que demostraría la complicidad bajo pago de las fuerzas de policía y de «agentes fascistas» en la tarea de «fichaje», control y represión de las vanguardias internas de la fábrica, propiamente organizada por la Fiat.

La base obrera acoge con una ironía divertida la difusión de las «actas» del «interrogatorio» Amerio y en la más total indiferencia dejan al sindicalista fascista Labate encadenado a un poste frente a la Mirafiori, a la espera de que llegue la policía a liberarlo.

La gran ocupación de la Fiat de 1973, las luchas del «partido de la Mirafiori» redefinen todo el panorama de la izquierda revolucionaria, dando vida por un lado al proyecto de la «autonomía organizada», y por otro a las BR como proyecto político autónomo y partidista, y no ya únicamente como polo de referencia y de agregación de las tendencias radicales. Un proceso que todavía no es inmediatamente visible, pero que se consolidará con el tiempo.

---

32 *Ibídem.*

33 Confederazione Italiana Sindacati Nazionali dei Lavoratori fundada en 1950 como sindicato del MSI. En 1966 adquirirá el nombre de Unione Generale del Lavoro (UGL) [*N. del E.*].

Los NAP y las luchas de los presos

El 31 de octubre de 1974 aparecen en las paredes de Florencia algunos manifiestos escritos a mano y firmados como «Autonomia Proletaria-Collettivo Autonomo Santa Croce e Collettivo Jackson». Anuncian los funerales de Luca Mantini, «proletario revolucionario, militante comunista», asesinado junto a Sergio Romeo durante un robo fallido en la Caja de Ahorros de Florencia.

Luca Mantini es un militante reconocido de Lotta Continua, mientras que Sergio Romeo pertenece a la línea de los presos comunes. En principio, este hecho suscita alguna perplejidad, que en ambientes de la izquierda extraparlamentaria se esfuma tras el posterior mensaje en una cabina telefónica por el que se reivindica también la identidad de otros dos arrestados (Pietro Sofia y Pasquale Abatangelo):

> La mañana del 29 de octubre en Florencia han caído cinco militantes en la premeditada emboscada que les habían tendido los carabinieri […]. Los compañeros fusilados en plaza Alberti eran militantes de los NAP y como tales los reivindicamos. La finalidad de su operación: una expropiación con fines de autofinanciación. Sus vidas han sido destrozadas por las ráfagas de metralla. Dos compañeros han muerto; dos están heridos uno de gravedad, mientras que otro ha logrado escapar y ahora está en un lugar seguro.[34]

Los NAP no eran unas siglas desconocidas, pero con este episodio aparecen trágicamente a la luz de la gran prensa. Las precedentes acciones de los NAP se habían desarrollado en Nápoles, Milán y Roma. Todos estos episodios habían tenido por objetivo las cárceles: en Milán, S. Vittore; en Nápoles, Poggioreale y en Roma, Rebibbia. Fundamentalmente, consistían en transmitir mensajes grandilocuentes que incitaban a la lucha de los presos comunes y políticos. La temática carcelaria y de las instituciones totales correlativas (cárceles para menores, manicomios criminales) es el principal objetivo de lucha de los NAP.

---

34 Alejandro Silj, *op. cit*.

Los NAP nacen en las cárceles del encuentro entre centenares de militantes de izquierda incriminados y el vasto circuito de los presos comunes dedicados a actividades extralegales. Son los herederos del movimiento llamado Dannati della Terra (*Los condenados de la tierra*, título de un famoso texto de Frantz Fanon sobre los pueblos oprimidos de los países del Tercer Mundo[35]) que había sido apoyado desde comienzos de 1970 por Lotta Continua. Son también la continuación de las vicisitudes de uno de los detenidos más famosos ya desde los años sesenta, Sante Notarnicola (un militante del PCI turinés, autor, al lado de otros, de decenas de robos y cuya experiencia es contada en el libro *L'evasione impossibile* [*La evasión imposible*][36]) aun hoy esta encarcelado por aquellos sucesos.

En el panorama de las organizaciones clandestinas armadas italianas, los NAP representan una variable extremadamente original y difícilmente sintetizable en una ubicación metodológica clara y definida.

Una característica original de los NAP es la de haber nacido en el territorio de clase del Sur, por lo tanto, dentro una situación social y productiva que estaba caracterizada (y en parte aún lo está) por una fuerte producción de comportamientos marginales y extralegales. En una situación de este tipo se determina una fuerte diferenciación de las elecciones de vida y de lucha, entre los «garantizados» (trabajadores con ocupación estable a menudo obtenida a través del clientelismo político) y los «no garantizados», los proletarios expulsados del tejido productivo y obligados a poner en tela de juicio todos los días su propia fuerza de trabajo a cambio de renta.

Estos estratos populares definidos de cuando en cuando como «subproletariado», «clases marginales», «no garantizados», «proletariado extra legal», además de sus condiciones de supervivencia que continuamente les llevan a los márgenes de la mala vida organizada, tienen la perspectiva de la cárcel como recorrido obligado, como regulador de sus existencias. Y es en esta compleja dinámica de una condición humana violenta y forzada en la que, desde comienzos de los años setenta, se forman los primeros colectivos de presos comunes en las cárceles, que habían madurado una conciencia política de su condición. Este movimiento que será definido como

---

35 Ed. cast.: *Los condenados de la tierra*, México, FCE, 1963 (y sucesivas reimpresiones) [*N. del E.*].

36 Sante Notarnicola, *La evasione impossibile*, Milán, Feltrinelli.

los Dannati della Terra está fuertemente influido por las teorías de Frantz Fanon y de los hermanos Jackson (los famosos hermanos Soledad) y recibe una consistente legitimidad por parte del área de Lotta Continua.

Son también los años en los que las Brigate Rosse llevan a cabo la parte más relevante del proyecto de propaganda de «lucha armada» y de la inevitabilidad de construir la «forma partido clandestina». El movimiento de presos experimenta una fuerte sugestión de este complejo aparato de culturas políticas y decide autolegitimarse no solo como elemento político, sino también como auténtica organización de choque. Nacen así los NAP de la necesidad extrema de representarse y de luchar contra el conjunto de la sociedad que los determina al tiempo que los destruye. El núcleo histórico original está formado, por lo tanto, por los «extralegales» más duros y decididos ya sea dentro las cárceles como fuera de las mismas. «O rebelarnos o morir en las cárceles y en los guetos», escribirán en un panfleto, una vez constituidos en organización. Y en su dramática alternativa existencial, están sintetizadas la maceración y la rabia que cada una de ellos recorrió como proletario extralegal encarcelado, hasta la «reencarnación» en el desafío «estratégico» de la lucha armada.

Los NAP habían tomado de las BR el concepto de lucha armada y de organización clandestina, pero estaban privados de los grandes modelos tercer-internacionales típicos de la composición obrera de aquellos años. Su idea fuerte se concentraba en la necesidad absoluta de «destruir la cárcel», precisamente porque sólo desde la cárcel puede nacer la conciencia política del proletariado «extralegal». Su breve estación de luchas se desarrolla, por lo tanto, bajo la insignia del temor subjetivo que pone en discusión las exigencias de cada uno de ellos. Se trata de un modelo que crea grandes simpatías entre el proletariado meridional. Una historia rápida, trágica, densa en significados ocultos y removidos en y para la propia conciencia de los demócratas. El profundo Sur, inagotable reserva de explotados y de explotación, territorio de conquista para todas las mafias políticas continuará pesando, con todas sus historias ocultas, en la conciencia civil de los italianos. Aún hoy nuestros gobernantes, después de haber destruido cualquier tendencia de transformación, se preparan para usar nuevamente al proletariado meridional como laboratorio de experimentación y de consenso a través de la categoría de la «criminalidad organizada» con el fin de afirmar las legislaciones de «emergencia».

Después de las sacudidas de los años setenta, después de la ausencia de una reforma carcelaria, la cárcel volvió a ser el principal regulador del conflicto social. Al proletariado extralegal no le quedaba otra salida: o el dominio de las organizaciones criminales y la cárcel, o la humillación del sotobosque político que le asegura la supervivencia. Pero lo extralegal no puede ir a caballo de su propia posición: o es revolucionario hasta el final, subjetiva o románticamente, o no es nada.

Durante su breve experiencia los NAP sufren una represión tremenda a base de homicidios fríos y premeditados, de torturas, de dura cárcel y de destrucción psicofísica. Después de los hechos de Florencia donde los carabinieri, sin ningún aviso previo y sin ninguna aparente necesidad, habían abierto fuego sobre el grupo de Mantini, muere en Nápoles, victima de su propio artefecto, Vitaliano Principe y es herido Alfredo Papale, que a pesar tener un ojo reventado y el cuerpo desgarrado por la explosión, será interrogado durante catorce horas. En 1975, Giovanni Taras morirá lacerado por una explosión, mientras prepara un atentado contra el matrimonio «lager» de Aversa. También en 1975 es asesinada Anna Maria Mantini hermana de Luca por la policía (que dirá que fue un «trágico error»). En junio de 1976 ya son 23 los militantes de los NAP encarcelados y muchos otros se agregarán en los años sucesivos. Entre estos Alberto Buonconto que enloquecerá por las durísimas condiciones carcelarias, suicidándose después de su excarcelación. El padre de Buonconto, comentando el tratamiento reservado a su hijo, emitirá este testimonio:

> Soy el padre de Alberto. No puedo y no quiero expresar aquí sentimientos que deben permanecer en lo personal. Sólo quiero hablar de aquello que ofende mi sensibilidad como hombre y como ciudadano, más allá de como padre.
>
> Sólo quiero comunicar las dudas, las angustias que siempre acompañarán mi recuerdo cotidiano de Alberto.
>
> Alberto era una persona profundamente sensible, un hombre sincero y leal.
>
> Y aún hoy me pregunto el porqué de tanta crueldad, de tan despiadado encarnizamiento hacia él, el porqué de las torturas que le infligieron después del arresto, durante y después del largo encarcelamiento, aquel largo calvario que día tras día determinó la destrucción de Alberto.

A estas preguntas ninguna persona singular puede dar respuesta. Quizás aquello que pueda confortarme un poco es la esperanza de que cuanto le sucedió a mi hijo Alberto y que lamentablemente sabemos bien que hoy, al menos en parte, le sucede a otros muchachos, no siga continuando y repitiéndose mañana.

Por eso yo también quise participar en la redacción de este libro, recopilación de testimonios sobre la trágica experiencia de Alberto.

No se si otros jueces sabrán un día juzgar, o quizás condenar, a quien mató a mi hijo.

Las primeras horas de la tarde del día anterior al arresto de Alberto, vinieron carabinieri y varios digos[37] de civil a hacernos una investigación domiciliaria. Son siete y calificándose como agentes dicen estar ahí por el artículo 80 —investigación sin registro— e inspeccionan entre nuestras cosas, arbitrariamente se llevan algunas fotos en las cuales se entrevé a Alberto con un grupo de amigos. Mi mujer protesta porque dice que por el artículo 80 no se deben requisar fotos, sólo con una acción de fuerza podremos hacérnoslas restituir. ¿Pero a qué precio?

Después de una investigación muy cuidadosa, pero prácticamente nula, me piden ir con mi hija Paola y con ellos a comisaría. Mi mujer se queda en casa.

A Paola, que cansada por las emociones pide montarse en el ascensor, le dicen de forma provocadora que en las cárceles no hay ascensores, casi dándole a entender que también ella está bajo acusación.

Nos dejan varias horas en una habitación y cada tanto viene un funcionario a preguntarme que sé de mi hijo. ¿Por qué no le llamo a casa? ¿Desde hace cuanto no está en Nápoles? Hipócritamente, insisten conmigo con el fin de saber si sé algo de mi hijo. Son preguntas trampa porque Alberto ya está en sus manos: le están pegando y maltratando. Yo soy el que lo ignora.

Posteriormente llego a saber, por los abogados y por la prensa, que Alberto está herido. Las denuncias realizadas son archivadas por que están dirigidas contra desconocidos. ¡Desconocidos! Las heridas que le infligieron fueron hechas en una oficina pública, donde habría sido fácil, si lo hubieran querido, identificar a los responsables.

---

37 DIGOS, siglas de la Divisione Investigazioni Generali e Operazioni Speciali, cuerpo de policía del Estado italiano, especializado en la represión e información de actividades terroristas y políticas [*N. del E.*].

Desde ese día comenzó la desesperación para todos nosotros. Mi hijo pagó con la vida su lucha contra la desigualdad y la injusticia. Un día, mi hijo, mi Alberto y tantos otros como él, presentarán «la cuenta» a todos aquellos, poderosos e indiferentes, que reprimen, aplastan, matan.

Y la «cuenta» será salada.[38]

Liberar a todos
(Pino Masi)

Hay tantos compañeros
de los cuales estamos privados
porque esta justicia
los quiere encarcelados
Pero están codo con codo
con otros proletarios
que se pasan la vida
dentro de la penitenciaría
Se están organizando
para hacer de las prisiones
una base de lucha
contra los patrones
por eso necesitan
también de nuestro escudo
si nosotros luchamos fuera
para ellos será una ayuda
Liberar a todos
quiere decir luchar todavía
quiere decir organizarse
sin perder una hora.

Cerdos patrones
os habéis ilusionado
no tenéis cárceles
como para mantenernos encerrados
Hagámosles ver
a nuestros explotadores
que por cada uno dentro
mil luchan fuera
Todos somos delincuentes
sólo para el patrón
todos somos compañeros

---

38 Franca Rame, *Non parlarmi degli archi, parlami delle tue galere*.

para la revolución
Y todos los reformistas
que hacen de delatores
junto a los patrones
nosotros los eliminaremos.
Liberar a todos…

Problemáticas del movimiento obrero de los años setenta

A finales de 1969 las cuestiones fundamentales que agitan al movimiento obrero son las de la organización y de la perspectiva estratégica, la imaginación de nuevas formas sociales y la generación de un método de interpretación centrado entorno a las nociones de composición de clase y de rechazo al trabajo.

El primer problema es el de las formas de organización en la fábrica. Desde el primer nacimiento del nuevo movimiento de autoorganización, la crítica al sindicato fue parte del patrimonio de la conciencia generalizada entre los obreros. La crítica al sindicato tenía diferentes aspectos, casi podríamos decir que tenía diferentes estratos: el primero era el más simple e inmediato, consistía en la contestación puntual y sistemática del papel de mediación desarrollado por las organizaciones sindicales sobre aspectos específicos del conflicto contractual con los patrones.

El segundo estrato era más significativo y complejo: se trataba de la crítica radical al sindicato como institución de mediación y por lo tanto, implícitamente, como institución interna a la dinámica capitalista en tanto instrumento de contratación del precio de venta de la fuerza-trabajo.

El tercer estrato era el que veía en el sindicato un instrumento de control y de división introducido en las luchas obreras por la organización política del capital. En distintos grados, estos tres motivos de hostilidad contra la institución sindical estaban presentes en un sector consistente de la vanguardia obrera. De aquí, entonces, que las nuevas

formas de organización naciesen desde fuera del sindicato y, en cierta medida, como alternativa respecto al sindicato, desarrollando en su confrontación una crítica radical y destructiva.

Por otro lado, detrás de esta actitud había toda una investigación teórica desarrollada por las revistas obreristas, y sobre todo por *Classe Operaia*. La posición de *Classe Operaia* era clara en su propósito: dividiendo las luchas obreras en una dimensión económica (gestionada por el sindicato) y una dimensión político-democrática (gestionada por el partido) el movimiento obrero había ofrecido a la patronal y al Estado capitalista la posibilidad de cancelar la potencia transformadora de las luchas obreras, y había reducido a las vanguardias de fábrica a la impotencia y a la división, durante todo la postguerra.

Para esto era necesario hacer del vencimiento de los convenios un gran vencimiento político, para ello era necesario retirar la dirección al sindicato. También era necesario hacer del movimiento de otoño una lucha contra los convenios, una lucha contra la institución de contratación del precio de la fuerza de trabajo. El precio de la fuerza de trabajo, y también su uso —el salario y las condiciones de trabajo— no debían ser resueltos una vez cada tres años por medio de una negociación entre las cúpulas, entre los sindicatos y las organizaciones patronales, sino que debían convertirse en objeto de una movilización constante, de una contestación ininterrumpida. A partir de los contratos, había que desestabilizar a perpetuidad el sistema de fábrica, la división capitalista del trabajo, el despotismo patronal. En definitiva a partir del conflicto contractual se debían construir las condiciones del poder obrero en la fábrica.

Los consejos de fábrica fueron el intento de recoger estas diferentes posiciones y de restituir a la crítica obrera del sindicato a una forma organizada unitaria, capaz de expresar la voluntad de la base. El otoño de 1969 hizo posibles la difusión y la generalización de la experiencia consejista en las fábricas; pero desde el primer momento los consejos fueron una realidad contrastada y contestada. Contrastada, naturalmente, por la burocracia sindical, que veía en estos organismos electivos y ampliamente representativos un elemento de expropiación de su específica función de contratación y mediación entre obreros y capital.

Además los consejos fueron acosados de diferente formas por los patrones, sobre todo en las situaciones más atrasadas, ya que la patronal veía en estos organismos la fuerza capaz de coordinar los impulsos rebeldes, que hasta ese momento no habían encontrado canales de organización permaneciendo dispersos en su espontaneidad.

En tercer lugar los consejos eran contestados por la izquierda obrera, sobre todo por los obreros y por los militantes cercanos a las posiciones de Lotta Continua y Potere Operaio y también por las asambleas autónomas y los comités de base. Este componente criticaba sobre todo dos cosas en los consejos: en primer lugar la reintroducción de un criterio de delegación que podía disminuir la tensión autoorganizativa y la presión desde abajo, desde las secciones, los talleres. (Lotta Continua respondía a la elección de delegados obreros con el eslogan: «Todos somos delegados»). En segundo lugar, se criticaba la sustancial dependencia de los consejos respecto de su papel sindical de mediación.

El principio sobre el cual estaban repartidas las luchas, desde el '68 en adelante, era el de la rígida separación entre el momento autónomo de lucha y el momento sindical de negociación. Este principio dejaba el máximo de libertad a la acción obrera, a la prefiguración de nuevos modelos organizativos y productivos. Este principio permitía no ligar la suerte de la organización obrera a los acuerdos con la patronal y permitía mantener la mano libre cada vez que los acuerdos sindicales parecían insatisfactorios para la mayoría de los obreros. Ahora bien, con el consejo, se reintroducía un principio de conexión entre el momento de lucha y el momento de negociación. En ese sentido se reinstauraban las condiciones para un control sindical sobre la organización obrera.

Sobre la cuestión de los consejos, el debate fue áspero y nunca llego a concluir. La mayoría de los obreros de vanguardia consideró a los consejos como un organismo importante de autoorganización y participó en los mismos. Una parte de los obreros de vanguardia participó manteniendo una posición crítica. Y una minoría más radical se opuso, continuando con la testaruda construcción de estructuras de base que oponer frontalmente a la gestión sindical. Para comprender el sentido de la crítica obrera a los consejos reproducimos una parte de un documento de los organismos autónomos milaneses de la Alfa Romeo, Pirelli y Sit-Siemens, publicado en 1973:

> Las organizaciones sindicales están en una fase en la que deben comprometerse a cara descubierta con un papel de colaboración con el plan de reestructuración capitalista y de desarrollo reformista. El actual y fuerte ataque de las fuerzas patronales tiene el objetivo de desfondar en la izquierda cuanto de rebeldía exista todavía y de obligar a la clase obrera a una posición de pasividad en relación con el plan del capital.
>
> La hipótesis de que el consejo de fábrica es el instrumento de organización de base que la clase obrera ha sabido imponer como expresión del crecimiento de su propia autonomía no es exacta. Es obvio, en cambio, que frente al impulso de base, frente al desarrollo de la autonomía obrera, que a menudo escapa al control de las cúpulas sindicales, éstas se han visto obligadas a ceder en un modelo de organización más de base, que al mismo tiempo pudiera darles mayor posibilidad de control. Haciendo un balance desde la constitución de los consejos hasta hoy, no podemos sino constatar que éstos han estado controlados, siempre y de forma suficiente, por los sindicatos. Los sindicatos los hacen funcionar cuando sancionan aquello que ha sido establecido en su propia línea y los bloquean si en cambio prevalecen instancias de base.

En efecto, la práctica consejista siempre estuvo en el centro de diferentes tensiones: por una parte los consejos representaban, en las intenciones de los obreros combativos que participaban en ellos, un instrumento de prefiguración social, más que una organización política y de lucha. Pero, por otro lado, constituían también la articulación sindical dentro de la fábrica. A esta articulación se contrapone un impulso muy fuerte que va en una dirección radicalmente política y que reivindica el carácter revolucionario de los organismos de organización obrera.

Pero en este punto es necesario ir más allá de este nivel formal del análisis y entrar en el mérito de los contenidos. ¿En qué consistía la hipótesis teórica y analítica propuesta por los grupos revolucionarios y por los organismos autónomos de base? Ya hemos trazado los objetivos que cualifican la oleada de luchas obreras que comienza con la primavera del ‘68 y que llega a su culminación en el otoño del ‘69. Los objetivos más importantes son el igualitarismo salarial, la lucha contra los ritmos y las cargas de trabajo, el salario garantizado, la lucha contra la nocividad, la auto-reducción de los precios en el conjunto social.

Pero este conjunto de objetivos no constituye por sí mismo, todavía, un cuadro estratégico totalizador, un proyecto revolucionario pleno y orgánico. Por lo tanto queremos desplazar la atención sobre un concepto

que fue central en aquellos años y aún más durante todos los años setenta —pero en torno al cual se sembraron muchos equívocos, muchas incomprensiones, muchas formulaciones distorsionadas e insuficientes: el rechazo al trabajo.

El rechazo al trabajo

En la propia fórmula del «rechazo al trabajo» es necesario subrayar dos significados distintos y dos perspectivas diferentes de funcionamiento teórico-práctico.

Rechazo al trabajo significa: a) un esquema interpretativo de todo el proceso en el cual se entrecruzan las luchas obreras y el desarrollo capitalista, la insubordinación y la reestructuración tecnológica; b) una conciencia generalizada, un comportamiento social anti-productivo, una defensa de la propia libertad y de la propia salud: una conciencia que se ha vuelto muy fuerte y que prácticamente constituye la base inatacable de la resistencia obrera contra los intentos de reestructuración capitalista hasta mediados de la década de los setenta.

Veamos más analíticamente el sentido de estas dos diferentes perspectivas en las que se puede comprender la fórmula del rechazo al trabajo. Antes que nada el rechazo al trabajo es una forma de comportamiento inmediato de los proletarios que, insertos en el circuito de la producción industrial avanzada, sin haber sufrido la larga y deformante reducción perceptiva, existencial y psicológica que constituye la historia de la modernización industrial, se rebelan casi instintivamente.

El piamontés educado en considerar el trabajo en la Fiat como un destino familiar, criado en el culto de los valores del industrialismo, podía soportar quizás el constante aumento de la explotación que se demostraba en aquellos años del *boom* de la producción automotriz. Pero para un calabrés criado al borde del mar y a la luz del sol aquella vida de mierda le parecía enseguida

insoportable. La percepción del calabrés era naturalmente la justa, recogía la posibilidad de emancipación de aquel embrutecimiento. Desde esta perspectiva, el rechazo al trabajo era una reacción inmediata, pero también la conciencia refinada y previsora de quien decía: no sólo esta esclavitud es inhumana para los obreros, también es inútil para la sociedad.

Y aquí pasamos a la otra perspectiva del rechazo al trabajo, es decir, al horizonte del rechazo al trabajo como modelo de interpretación de las dinámicas sociales y de la transformación histórica. Toda la historia del devenir científico, tecnológico, productivo, puede ser leída como la historia del rechazo de los hombres a prestar su atención, su esfuerzo, su habilidad y su creatividad en la reproducción material. Este rechazo ha producido la división de clases (algunos rechazan el trabajo y hacen trabajar a otros en su lugar, esclavizándolos). Pero el principio del rechazo al trabajo, controlado y dirigido por la inteligencia social colectiva podría realizar en cambio un uso de la técnica y de la maquinaria capaz de liberar a los hombres de la esclavitud del trabajo asalariado.

La reflexión sobre la técnica, sobre su uso determinado para el beneficio, sobre su finalidad como control político o agresión militar —sobre la estructura del saber científico— deviene central en el debate político y filosófico de los primeros años setenta. Esta reflexión se liga a la problemática del salto tecnológico y de la composición de clase, dos expresiones sustancialmente nuevas en el pensamiento revolucionario y en el ámbito del marxismo.

La noción de composición de clase expresaba las formas sociales, políticas, organizativas a través de las cuales el proletariado construye su propia identidad subjetiva y su propia conciencia en función de la estructura determinada del sistema productivo, en función de la relación entre trabajo vivo y trabajo muerto, en función de las condiciones tecnológicas y organizativas del proceso de trabajo. En definitiva, con la expresión composición de clase se hacía referencia a la elaboración subjetiva y consciente de las condiciones objetivas de la relación productiva.

En cierta medida, la noción de composición de clase encuentra su raíz filosófica en el pensamiento de la izquierda marxista de los años veinte y en particular en la noción de Luckács de «ontogénesis de la conciencia social». ¿Cómo se forma la conciencia social? ¿Cuáles son los procedimientos a través

de los cuales una masa de personas individualizadas, separadas, fragmentadas en el proceso productivo y en su condición económica y social logra transformarse en un movimiento activo, que produce un punto de vista político común, que elabora estilos de comportamiento y horizontes de conciencia que son sustancialmente comunes, aunque respetuosos con las diferencias de sensibilidad y de formación?

¿Cómo se produce este milagro por el cual la fuerza-trabajo se transforma en clase obrera, la disciplina de fábrica se transforma en rebelión organizada, y la separación de los ámbitos sociales se transforma en movimiento revolucionario, una onda incontenible que sumerge y arrastra el estado de cosas presentes?

Se buscaba una respuesta a estas preguntas con la formulación del proceso de «recomposición de clase» a partir de determinadas condiciones tecnológicas del proceso de trabajo. De ahí entonces que la noción de composición de clase, como subjetividad consciente y organizada de los comportamientos colectivos de una comunidad implicada en el proceso laboral masificado, conlleva una consideración profunda del sistema tecnológico, de la relación entre tecnologías y actividad social productiva, actividad consciente, atención, percepción, memoria, imaginación.

Por ejemplo, ¿cómo se da que ciertas condiciones tecnológicas y organizativas del proceso productivo correspondan con una cierta conciencia, una cierta organización política, una cierta ideología y una cierta imaginación social? ¿Por qué la estructura tecno-productiva de las primeras décadas del siglo daba forma a modelos de tipo consejista? Es necesario comprender el proceso de recomposición de clase dentro de las condiciones de la fábrica mecánica pre-taylorista, es necesario comprender las características del trabajo individualizado y cualificado del obrero profesional. Es necesario comprender las condiciones de socialidad posibles en la fábrica de 1920, una fábrica en la que los obreros tenían una esfera de socialidad y de autonomía productiva, en la que la relación hombre máquina estaba individualizada y relativamente personalizada, en la cual la habilidad estaba diferenciada.

Y entonces comprenderemos también porque los obreros de aquel período reivindicaban con orgullo su función productiva, reivindicaban el derecho a gestionar, controlar y organizar el trabajo, su destino

social, su utilidad. Pero en los años sesenta nada de esto existía ya en las grandes fábricas. El taylorismo y la introducción de las técnicas automatizadas, la cadena de montaje, la estandarización de los ritmos y de las cadencias de trabajo, todo esto, había convertido la fábrica en un lugar absolutamente asocial, en el que las comunicaciones entre un trabajador y otro eran casi imposibles debido a la distancia, al rumor, a la separación física. Y el lugar de trabajo era despersonalizado y estructurado de manera despótica, repetitiva, concebido para imponer tiempos, movimientos, gestos, reacciones a un operador cada vez menos humano, cada vez más mecánico.

La recomposición de clase de los obreros de las líneas de montaje parte justamente de esta deshumanización. La revuelta del obrero masa es la revuelta del hombre mecanizado que toma al pie de la letra su mecanización y dice: si debo ser completamente inhumano, si no debo tener alma, pensamiento, una individualidad, lo seré hasta el fondo, decididamente, ilimitadamente, impúdicamente. Ya no participaré con la mente al proceso de trabajo. Seré extraño, frío, distante. Seré brutal, violento, inhumano como el patrón ha querido que lo sea. Pero lo seré hasta el punto de ya no conceder siquiera un miligramo de mi inteligencia, de mi disponibilidad, de mi intuición al trabajo, a la producción.

Lo que los filósofos habían descrito como la alienación sufrida por el obrero se transforma, aquí entonces, en una extrañamiento deseado, organizado, intencional, creativo. Extrañamiento quiere decir: ni siquiera un gramo de humanidad hacia la producción. Toda la humanidad hacia la lucha. Ninguna comunicación y socialidad para la producción. Toda la comunicación y la socialidad para el movimiento. Ninguna disponibilidad para la disciplina. Toda la disponibilidad para la liberación colectiva. Recomposición de clase, por lo tanto, quería decir, simple y consecuentemente: sabotaje, bloqueo, destrucción de las mercancías y de las instalaciones, violencia contra los controladores de las cadencias esclavistas

La inteligencia obrera rechazó ser inteligencia productiva y se expresó completamente en el sabotaje, en la construcción de ámbitos de libertad anti-productiva. La vida comenzó a florecer precisamente allí donde más había sido radicalmente cancelada y extinguida, entre las líneas, en las secciones, en los baños, donde los jóvenes proletarios comienzan a liarse porros, a hacer el amor, a esperar a los carroñeros, a los jefes de sección con

el fin de tirarles a la cabeza algunas tuercas. La fábrica estaba concebida como un lugar inhumano y comenzó a convertirse en un lugar de estudio, de discusión, de libertad y de amor. Éste era el rechazo al trabajo. Ésta era la recomposición de clase.

Pero al lado de la cuestión de la recomposición y del rechazo al trabajo se plantea, ya lo hemos dicho, la problemática de la re-estructuración productiva y del salto tecnológico. ¿Qué significa reestructuración? Significa reorganización de un sistema, readquisición de la funcionalidad y de la performatividad final de un sistema, en respuesta a algunos factores distorsionadores (internos o externos al sistema mismo) que perturbaron, trastocaron o convulsionaron completamente el funcionamiento y la estructura.

A finales de los años sesenta la lucha obrera había trastocado completamente el sistema disciplinario de la fábrica social y el sistema económico de beneficio; dentro de este terremoto, precisamente en aquellos años, la gran patronal, los economistas, el cerebro organizativo del capital buscaba reactivar algunas funciones fundamentales de la reproducción capitalista. Sobre todo se debía reactivar la productividad —puesta en crisis drásticamente por la insubordinación, el absentismo— y la disciplina, a su vez puesta drásticamente en crisis por el igualitarismo y el clima anti-autoritario. Pero para hacer esto, el cerebro capitalista sabía bien que no podía contar con la fuerza bruta. Si se recurría a la fuerza bruta, en aquellos años, se obtenía una respuesta terriblemente dura y adaptada. Lo había demostrado Corso Traiano, lo había demostrado vía Larga, lo demostraban centenares de piquetes y fuertes manifestaciones en todas las ciudades italianas.

Era necesario, por lo tanto, dar vida a una reestructuración de amplias proporciones, capaz de reducir sustancialmente el peso cualitativo de la fuerza de trabajo en la producción (es decir modificar la composición orgánica del capital, aumentando el peso de la maquinaria, de las tecnologías *labor-saving*) y por consiguiente capaz de reducir el peso cualitativo de la clase obrera consciente. La inteligencia planificadora del capitalismo internacional (y particularmente la italiana) se aplicó seriamente a este proyecto durante toda la primera parte de la década —y a mediados de los años setenta, en efecto, los primeros resultados de esta ofensiva y de esta reestructuración comienzan a hacerse ver, para manifestarse posteriormente de manera rupturista en la segunda mitad de los años setenta y a lo largo de todos los años ochenta, pero este es otro capítulo.

Mientras tanto, en 1969, se empezaba a percibir la perspectiva desde la que el proceso debía desarrollarse, se comenzaba a hablar de salto tecnológico, se comenzaba a delinear la posibilidad de una transformación postindustrial de la sociedad entera, de la producción. El capital debía aprovechar el rechazo al trabajo, debía transformar el rechazo obrero en ahorro organizado mediante la automatización. El pensamiento revolucionario comenzó a reflejar estas cuestiones y formuló la categoría de salto tecnológico, preparando las modalidades culturales necesarias para hacerle frente.

El salto tecnológico constituye una de las fecundas obsesiones que perseguía la corriente «obrerista» revolucionaria en el bienio 1968-69. «El propio capital es quien nos ofrece los plazos. En la medida en que la preparación del salto tecnológico reproduce en su totalidad la realidad de la clase, no puede dejar de representar para nosotros las condiciones de un enfrentamiento general. El progreso tecnológico, como violencia de los patrones y de su Estado, no es y no puede ser un elemento negociable. Sobre esta base queremos una ruptura anticipada, con el fin de batir al patrón y construir la unidad que consolide y relance nuestra organización política».[39] Organización política contra salto tecnológico. ¿Pero qué significaba salto tecnológico, en la imaginación y en la previsión de los revolucionarios y en las vanguardias obreras? ¿Y por qué era necesario oponerse al mismo como el peor enemigo?

En realidad aquí encuentra su origen y su raíz una bifurcación que se definirá en la teoría y en la práctica de los movimientos obreros en el transcurso de los años ochenta, de una forma predominantemente inconsciente. Aquí toca fondo la ambivalencia irresuelta de los movimientos en relación con la innovación capitalista, la continua revolución tecnológica y simbólica que el capital introduce en la sociedad, manipulando continuamente los contornos y las identidades, descomponiendo las formas organizadas y trastocando las identidades sociales y políticas.

El rechazo al trabajo estaba concebido como un resorte fundamental del desarrollo capitalista. Sin luchas obreras, sin sustracción obrera a la explotación, sin sabotaje, sin absentismo, no habría ningún desarrollo. El desarrollo es esencialmente el hurto de la innovación obrera, hurto capitalista de la

39 *La Classe*, 24 de mayo, 1969.

invención del obrero que por fumarse tranquilo un cigarrillo encuentra la manera de hacer su parte lo más rápido posible. La innovación tecnológica es esencialmente la forma necesaria de ahorrar trabajo, es la respuesta patronal al rechazo al trabajo. Pero entonces ¿debe ser considerada la reestructuración, la innovación, el salto tecnológico, como un enemigo? ¿No está quizás en la reestructuración la premisa de la libertad, la condición para reducir la dependencia de la vida al trabajo? La cuestión es vista en toda su complejidad. Efectivamente, la intención del patrón, cuando transforma un taller o automatiza un segmento de trabajo, es la de maximizar el beneficio en su totalidad, eliminar bolsas de insubordinación, realizar un control mecánico más estrecho sobre el trabajo humano. El uso capitalista de la tecnología se puede resumir así: plegar la estructura de la máquina, del instrumento de trabajo y también la estructura cognoscitiva, científica necesaria para producir la máquina; plegarla a una finalidad de control, de sumisión cada vez más perfecta, cada vez más total, cada vez más sofocante. El uso capitalista de la tecnología —y la reestructuración como revolución capitalista de la maquinaria, del sistema tecnológico— permea las propias estructuras, la forma y la función de los objetos, e indirectamente permea las mentes, las relaciones sociales, el mundo productivo.

El pensamiento y la práctica obrerista revolucionaria se encuentran rápidamente frente a una contradicción. Y en cierta medida permanecerán presa de la misma. La intensa revolución tecnológica que se despliega en el curso de los años setenta y que alcanza su madurez a finales de esta década manifestándose en auténticas oleadas de despidos en masa, es la causa de la crisis de la autonomía obrera; pero en realidad es también la causa de la tendencial disolución de la clase obrera de fábrica y de la industria como sistema de producción predominante. La reestructuración y la innovación tecnológica son la respuesta al rechazo al trabajo, pero son también su realización. Mediante la reestructuración, en efecto, se realiza el objetivo obrero de reducir el trabajo necesario, pero las condiciones sociales y políticas dentro las cuales se determina este desplazamiento están dominadas por el interés capitalista, destinadas al dominio y al beneficio, no a la utilidad social.

Y es aquí, entonces, donde el efecto de la reestructuración es una mayor explotación, una mayor dependencia, una división políticamente ruinosa entre ocupados y desocupados. Pero esto se comprueba en el curso de los años setenta, porque el movimiento revolucionario no logra llevar

hasta el fondo su programa de dirección obrera sobre todo el proceso de transformación productiva, porque sobre este punto, la mediación sindical y el extremismo se enfrentan sin que se logre encontrar un punto de salida: la reducción generalizada del horario de trabajo, la redistribución social del tiempo de trabajo socialmente necesario. En definitiva, el poder obrero sobre las condiciones de transición postindustrial, sobre las condiciones de la reindustrialización y de la transformación del mundo de la producción en su conjunto.

Pero aquí no es el lugar para desarrollar este tipo de argumento. Aquí nos ocupamos de reconstruir las líneas generales de un proceso que se inicia con el estallido de las luchas espontáneas del '68, con la confluencia entre movimiento estudiantil y organismos obreros de base y que alcanza su generalización en el otoño de 1969. En este proceso se preparan los elementos que reencontraremos, con un grado bien distinto de densidad y de mezcla, durante el estallido de la autonomía obrera, en el transcurso de los años setenta.

La ocupación de la Mirafiori y la emergencia de la autonomía como proyecto político

1973 señala un giro importante en la historia del movimiento proletario en Italia y también en la configuración organizativa de la izquierda revolucionaria. El evento central fue sin duda la dramática conclusión del conflicto por los convenios, con la ocupación de la Fiat Mirafiori, que señaló el episodio culminante de todo el ciclo de luchas autónomas iniciado con el '68.

Los años precedentes, 1971 y 1972, habían estado caracterizados por la crisis de los grupos de la izquierda extraparlamentaria y por un reflujo de las luchas de fábrica. Al mismo tiempo y de forma paralela, aparecían grupos sociales activos en el territorio metropolitano de las grandes ciudades. El baricentro del movimiento se estaba desplazando de la dimensión de fábrica a la de apropiación social. Precisamente en esa transición, la

ocupación de la Fiat señala un momento de conjunción esencial. Además, la ocupación de la Mirafiori determina el colapso de la función desarrollada por los grupos revolucionarios, vaciando su función de vanguardia.

Durante el mes de marzo, se crean las condiciones en Turín para dar la palmada final a las resistencias patronales en la conclusión del acuerdo; la plataforma sindical pedía un encuadramiento único, paridad de tratamiento en lo que respecta a las vacaciones, semana de 40 horas sobre cinco días (sábado libre), reducción de las horas extraordinarias obligatorias. En marzo se estaba delineando un acuerdo insatisfactorio, el sindicato estaba sometido a una intensa crítica obrera. Los obreros de la Fiat iniciaron formas de lucha autónoma, hasta conseguir, hacia mediados de mes, lanzar una huelga a ultranza que se generalizó en poco tiempo a todos los talleres de Mirafiori, y también a otras factorías.

Las manifestaciones internas barrían cotidianamente los talleres, pero a pesar de esto, el 27 circuló la voz de un acuerdo inaceptable en lo que se refiere al número de horas de huelga (más de 170) ya utilizadas por los obreros. La mañana del 29, los grupos revolucionarios —en particular Lotta Continua y Potere Operaio— se presentaron en los portones de la fábrica con algunos panfletos que volvían a lanzar la huelga a ultranza. Pero cuando los obreros entraron aquella mañana, el clima era más duro de lo previsto. Y, poco después de la entrada del turno comenzaron a llegar las noticias sobre el hecho de que dentro se estaba decidiendo la ocupación. Más tarde, mientras *La Stampa* anunciaba que se había llegado al acuerdo, los obreros salieron para plantar las banderas rojas en los portones.

Las formas de organización de la ocupación permanecieron como un misterio para todos, quizás incluso para los propios obreros. Pero, ciertamente, allí adentro estaba sucediendo algo muy importante: la nueva composición social de los obreros llevaba dentro de la fábrica modelos de comportamiento que ya no tenían nada que ver con la tradición del movimiento comunista. Estos modelos de comportamiento se originaban en la vida cotidiana de los proletarios de nueva contratación. Ya no se trataba de inmigrantes meridionales privados de raíces en las metrópolis, sino de jóvenes turineses y piamonteses escolarizados, formados en la atmósfera de las luchas estudiantiles y de las experiencias de agregación de los barrios. La ocupación de la Mirafiori constituye la primera manifestación de liberación del proletariado juvenil, el retículo social que llevó a cabo las luchas de los años siguientes, hasta la explosión de 1977.

En la experiencia de la ocupación de Mirafiori apareció la radicalidad de un rechazo consciente de la prestación laboral. El rechazo al trabajo se había hecho movimiento consciente, pero no podía constituir su sistema de organización dentro de la fábrica. En los días de la ocupación, la Mirafiori era una ciudadela inexpugnable y el Estado se cuidó bien de intervenir de cualquier modo. Sin embargo esta ciudadela era un gesto del todo inútil. El patrón estaba plegado, los obreros habían reafirmado su extrañamiento a cualquier acuerdo, imponiendo un sustancial paso adelante sobre cuestiones fundamentales del igualitarismo (días de fiesta, encuadramiento, reducción de las horas extras).

Pero el problema se desplazaba a un ámbito más amplio. El movimiento tenía que expresar otra dirección y nuevos horizontes. Los primeros síntomas de la crisis, acelerada con el crecimiento de los precios del petróleo, traían a la escena nuevos actores: la inflación, la desocupación, la marginación de sectores enteros, la expansión del circuito de trabajo negro: éstos eran los perfiles de un proceso de urbanización que estaba dibujándose. Los gritos sin sentido, sin eslóganes, sin más amenazas ni promesas de los jóvenes obreros con el pañuelo rojo atado en la frente, los primeros indios metropolitanos, aquellos gritos anunciaban que se estaba abriendo una nueva estación para el movimiento revolucionario en Italia. Una fase sin ideologías progresistas ni confianza en el socialismo, sin ninguna afección por el sistema democrático, pero sin respeto también por los mitos de la revolución proletaria, mostraba sus propias perspectivas. Fue en esta transformación del escenario en la que tomó forma el nuevo fenómeno político-cultural de la autonomía obrera.

Autonomía obrera era una expresión ampliamente usada en el lenguaje sindical y de los grupos. Era una formulación subordinada a la de autonomía sindical; la independencia de la organización sindical respecto del juego de los partidos políticos había sido un principio importante en los años sesenta, pero contenía elementos de ambigüedad, de contractualismo subalterno, de despolitización de la lucha obrera. Autonomía obrera quería decir algo más: significaba autoorganización de las luchas fuera de la gestión sindical y de las lógicas políticas.

Pero en 1973 la expresión «autonomía obrera» empezó a significar algo nuevo, algo más radical. Empezó a significar que la existencia obrera, la comunidad solidaria proletaria puede organizar condiciones sociales de intercambio, producción y convivencia autónomas de la legalidad burguesa.

Autónomas de la ley de intercambio, de la ley de la prestación de tiempo, de la ley de la propiedad privada. El principio de autonomía asumió su pleno significado etimológico: la socialidad proletaria define sus propias leyes y su practica en el territorio ocupado militarmente por la burguesía. Este principio se difundió rápidamente, y determinó la crisis y la residualidad de los grupos extraparlamentarios.

Entre los grupos revolucionarios, algunos percibieron el sentido de esta crisis. El Gruppo Gramsci (presente en Milán, con intelectuales, profesores y obreros de la zona Norte y de Varese) criticaba desde hacía algún tiempo la forma del grupo organizado, del dirigismo leninista y buscaba formas de organización de base que prefiguraran un recorrido de socialidad liberada. Potere Operaio puso a prueba la lección de la Mirafiori y algunos meses después del marzo turinés decidió la disolución del grupo. También en el seno de Lotta Continua comenzó un proceso de diáspora y disgregación que culminará en octubre de 1976.

El número del periódico *Potere Operaio* que en noviembre comunica la disolución del grupo, parte de la lección de la Mirafiori: «El 29-30 de marzo en la Mirafiori, Rivalta, en todas las secciones de la Fiat, la huelga a ultranza se transforma en ocupación armada. De esta forma, se les revela a los obreros la efectividad de un ejercicio directo del poder contra el conjunto de condiciones represivas puestas en marcha por los patrones y los sindicatos desde septiembre de 1969 a hasta estas jornadas. El partido de la Mirafiori se forma para mostrar la imposibilidad capitalista del uso de los instrumentos de represión y de reestructuración […]».

Un paso adelante y dos atrás: el fin de los grupos[40]

Toni Negri

Hagamos historia de los apuntes del texto, no en general, sino en lo que de la experiencia de estos años nos apela inmediatamente. Terrorismo y «larga marcha a través de las instituciones», implícitamente neo-reformista, se

40 VV. AA., *Crisi e organizzazione operaia*, Milán, Feltrinelli, 1974.

dijo, como doble rostro de la crisis teórica del movimiento revolucionario nacido en el '68. Pero la crisis no es solo teórica, es práctica. Los grupos están implicados en un duro mecanismo de disolución, la única salida parece consistir en la recuperación de los vínculos institucionales o, por el contrario, en la determinación terrorista individual. Nacen los partiditos y se forma un sotobosque móvil, inestable y peligroso. La consigna de la construcción del partido y de la organización de la insurrección se deshilacha dentro de elecciones minoritarias incapaces de una reproducción política de masas. El problema no concierne sólo al movimiento italiano sino a todas las situaciones (europeas y americanas) en las que estalló el '68.

Y todos estos compañeros, este personal político, han vivido una fase real de acción política revolucionaria. Sólo el prejuicio sectario de los burócratas del movimiento obrero oficial puede negarlo. En realidad miles de compañeros saben que quiere decir producir agitación revolucionaria y gestionar espacios de poder obrero: 1968-69 fue eso mismo. Pero mientras la clase obrera y algunos sectores del proletariado han continuado moviéndose en este terreno, el personal político de los grupos se ha fragmentado. La crisis práctica se entrelaza con la crisis teórica: el camino parecía confuso, se atenuaba el reflejo —fuerte hasta aquí— de la unidad obrera sobre la solidaridad política de los grupos, se estaban desarrollando tentaciones opuestas.

Es demasiado fácil responder que el contra ataque de los reformistas y la incierta capacidad y vitalidad del sindicato restringieron y bloquearon los márgenes de expresión y de lucha de los grupos —además de haber mistificado la relación entre vanguardia y masas. Es demasiado fácil reconocer que allá donde hubo resistencia y progreso del movimiento político, la represión golpeó duramente sobre amplios estratos de los cuadros políticos. Ni la utilización capitalista de la crisis, ni la falta de uniformidad organizativa existente entre los medios y los fines, justifican la fase actual de disolución de los grupos. No basta: hay algo más. Y es la carencia de una teoría que arrastre, es la ausencia de un análisis revolucionario que permita a las vanguardias marchar con el movimiento de masas.

Sí, porque a nosotros nos parece que el movimiento de masas, en cualquier caso, había marchado y había resuelto, por su cuenta, en la lucha, los problemas en torno a los cuales, en cambio, se disolvió el movimiento político nacido en el '68 —ya sea interno o externo a las fábricas. *Una recuperación política unitaria y ofensiva debe hoy por lo tanto tomar de nuevo conciencia de cuan lejos ha ido el movimiento real, debe reabrir una encuesta de masas en las fábricas y entre todo el proletariado,* reestructurarse según el ritmo de la relación entre vanguardia y masas que el movimiento de clase ha definido. Pero todo esto más adelante.

Primero tenemos que ver algunos pasajes críticos en torno a los cuales se ha visto determinada históricamente la recesión del movimiento, y sobre todo se ha disgregado la relación vanguardia-masa sobre la cual había nacido. *Tres son las fases* que hay que tener presentes: *la primera* es la que va desde las primeras insurgencias del Valdagno, de Valle Giulia, de Porto Marghera, de la Pirelli, hasta la primavera Fiat de 1969. *La segunda* fase va desde el contra ataque de Agnelli el 3 de septiembre de 1969 y desde julio-agosto de 1970 (insurrección de Porto Marghera), hasta marzo de 1972. *La tercera* fase es la que se abrió en la Mirafiori en marzo de 1973. En esta última fase parece definirse una nueva perspectiva de la organización, un nuevo salto hacia adelante.

En la primera fase llega a madurar un largo proceso de insubordinación obrera contra el plan capitalista, contra el socialismo del capital, contra el mando capitalista sobre el desarrollo. La relación entre movimientos de clase y la posición de las vanguardias es total y espontánea. En la autonomía del comportamiento obrero se funda completamente la fuerza de tracción del movimiento. *Desde el punto de vista de los objetivos* la ruptura del nexo salario-productividad (tanto en el plano empresarial: lucha contra los incentivos, igualitarismo, etc.; como en el plano general: lucha por el salario social, etc.) se transforma muy pronto en lucha contra el trabajo. *Desde el punto de vista de la forma de la lucha* se asiste a un proceso de identificación tal con el objetivo, que lo hace masivamente unitario con el proyecto: el objetivo es igualitario, la organización de la lucha es también de base igualitaria, el rechazo de la contratación y el rechazo al trabajo se vuelven sinónimos. El rechazo al trabajo es en definitiva un estilo de trabajo político, el odio hacia las organizaciones del trabajo es sostén e impulso del proyecto. *Desde el punto de vista de las articulaciones estratégicas del proyecto*, aquí la espontaneidad tiene la mejor parte. La anticipación más aventurada no dura más que algunas semanas, los niveles de masas están dotados de una fuerza de invención tal que arrastran todo rápidamente. *Se asiste a una suerte de achatamiento del problema de la organización (y de la insurrección) sobre los niveles de masas.* La vanguardia es completamente intercambiable con el movimiento global, los tiempos y las formas de la circulación de las luchas son también articulación del proyecto insurreccional; objetivos, tiempos, formas de lucha son elementos fungibles. En esta primera fase de luchas se realiza un enorme paso hacia delante de la conciencia revolucionaria.

Con el contra ataque de Agnelli, las suspensiones de septiembre de 1969 y la apertura de la lucha por los convenios, se abre un proceso contradictorio y sustancialmente negativo. *La necesidad de integrar en el movimiento espontáneo de las masas una conciencia de las articulaciones*

tácticas y estratégicas del proceso insurrecional se pone en el primer plano. Sólo con esta condición es posible librarse de la mordaza con la que está atrapado el movimiento, por un lado los primeros golpes del contra ataque de Agnelli, por otro la maniobra de cercamiento de los sindicatos. Estos problemas son planteados por el movimiento en el orden del día y se hace evidente el conocimiento de que el mantenimiento y el ensanchamiento de los espacios de poder conquistados sólo puede darse a condición de rearticular organizadamente lo que el movimiento de masas, aprovechándose de su fuerza y de la sorpresa, había achatado de forma entusiasta. Pero plantear el problema en el orden del día, no es solucionarlo. Es justamente aquí donse se abre una profunda *crisis*. Las primeras experiencias no son sin embargo negativas: de Turín y de Porto Marghera el terreno de la experiencia se traslada a Milán, es decir a una metrópolis en la cual, antes que en la conexión directa con la fábrica, se expresa de manera eminente un mando del capital extremadamente articulado y complejo. El problema es asumido a nivel de esta complejidad: las luchas milanesas sobre la vivienda representan quizás el nivel más alto de conciencia. *En el plano militar* también está desarrollándose la articulación del discurso entre vanguardias y masas —la insurrección de Porto Marghera y de los otros centros del Veneto el primero de agosto de 1970 muestran una articulación entre los grupos de choque y el movimiento de masas, en el plano ofensivo y en un amplio territorio, hasta el punto de perfeccionar los modelos de la guerrilla urbana e incluso de superar el más formidable ejemplo de revuelta de masas en el Turín del 3 de julio de 1969. Lo mismo vale para la generalización de las luchas milanesas sobre la vivienda. Pero lo que fracasa es el posterior intento de adecuar la forma de la organización a estas nuevas y urgentes tareas. El proceso se realiza a lo largo de todo 1971, a través de la constitución sectaria de los grupos, mediante la usurpación burocrática de la dirección contra las instancias organizadas de la autonomía obrera. *Aquello que era la tarea verdadera, rearticular desde su interior la coherencia de la fuerza obrera unificada, se transforma en una tarea externa de guía, de dirección abstracta.* Triunfa el más grosero tercer internacionalismo. Mientras, en ese mismo lapso de tiempo, la lucha obrera avanza, extendiendo y consolidando la destrucción de la jerarquía de la fábrica y lanzando la consigna del salario garantizado, iniciando con este propósito las primeras luchas — los grupos consolidan su propia capacidad de ataque que es ya sin embargo abstracta porque no muerde a nivel de la masas, y porque se vuelve impotente en un ataque que se quiere directo contra el Estado. La «bajada al Sur» —con la que en esta fase actúan los grupos— está lejos de representar una nueva articulación del discurso organizativo entre las luchas obreras en las metrópolis y las luchas

obreras en el subdesarrollo, un proyecto de movimiento entre acción de las vanguardias y comportamientos de masas. Por un lado recupera la ideología espontánea del '68, por otro —de forma aún más errónea— la carga de una desproporcionada acentuación de violencia subproletaria contra el Estado (simple proyección, en realidad, del subjetivismo y de la centralización de los grupos). El proceso organizativo que quiere la continuidad articulada de los pasajes organizativos dentro de la discontinuidad del movimiento de masas, se ve roto brutalmente. Hacia finales de 1971 y hasta marzo de 1972, los grupos van solos al enfrentamiento. Cuando, el 11 de marzo de 1972, los grupos tienen la impresión momentánea de la victoria militar, en el plano metropolitano y nacional, en realidad sufren inmediatamente el más extremo y duro golpe, debido a su existencia separada. Serán duramente vencidos, la represión los encontrará aislados y podrá ensañarse sobre ellos. Además, la separación respecto de la clase es total: desde los convenios de finales del 1972 los grupos estarán completamente ausentes.

Es aquí donde *la crisis organizativa se encuentra con sus consecuencias teóricas.* Es aquí donde la bifurcación de los niveles de masa —ya realizada en los hechos es teorizada y mistificada en la ideología de la «autocrítica», de la nueva organización, de la continuidad de una generación de cuadros políticos, etc. Es aquí donde las dos vías de la ideología —la neo reformista que expone la necesidad de reabrir una relación con las masas pero que no sabe situarla sino en la reapertura de la colaboración con el sindicato y la terrorista que apunta a la ejemplaridad de las acciones de ataque como momento de coagulación del movimiento de masa— realizan dos pasos hacia atrás. *El uso capitalista de la crisis* —que mientras tanto se acentúa— no es analizado: la crisis es asumida en términos catastróficos, tanto por los neo-reformistas que fundan allí sus esperanzas de unidad institucional y de coordinación frentista con el movimiento de masas, como obviamente por los terroristas. En cuanto a los problemas de la organización, en ambos casos se destaca la necesidad de sustituir la continuidad del proyecto obrero por la coherencia de una línea de vanguardia y una iniciativa en cualquier caso burocrática —bien, todo esto lleva a exaltar las funciones del grupo, la cohesión y la homogeneidad ideológica de la dirección, su verticalidad, etc. Y la insurrección —también incluso cuando no se habla de ella— vuelve a ser «arte», ¡momento imprevisto que «alguien» decide! ¡Cuán increíblemente duros resultan los pasos realizados hacia atrás!

Pero la clase obrera y el proletariado avanzan. No solo en la consolidación de los objetivos, en el mantenimiento de los espacios de poder, en la determinación de la definitiva irreversibilidad del poder obrero y proletario. Sino también *en el plano de la organización.* El conocimiento

de que la insurrección no es «arte» sino «ciencia», capacidad de articular minuciosamente todo el camino de la subversión en movimientos de masas y en operaciones de vanguardia —en definitiva, que el capital, en este nivel de desarrollo, no deja vientres blandos sobre los que golpear, anillos débiles que romper, detonadores con los cuales provocar explosiones, sino que sólo *una relación política consciente, continua y organizada puede hoy identificar lo que se puede abatir con una fuerza de masas*— este conocimiento es todo para la clase obrera.

La tercera fase del proceso organizativo de clase obrera se abre en la Mirafiori, en marzo de 1973. *La dirección está completamente dentro la autonomía de clase, la articulación del ataque es también su función unificadora, comienzan a vislumbrarse los nervios de un modelo organizativo adecuado.* En el actual nivel de la lucha de clases, la autonomía obrera comienza a escribir así su *¿Qué hacer?* El subtitulo es *La insurrección como ciencia*. Si probáramos a movernos en este terreno, reenganchando la teoría al movimiento de masas, quizás esta vez no deberíamos esperar un largo período, tal y como sucedió en los años sesenta, entre la prueba de fuerza de plaza Statuto y la insurrección del 3 de julio.

Pero todo esto es igualmente insuficiente si la transición a la lucha contra el Estado no está mediada por la *teoría (conciencia crítica desde el punto de vista de la clase) de la crisis.* El intento capitalista de reabrir en el seno de la composición de clase algunas rupturas —en esto consiste «la crisis» desde la perspectiva del capital— y la articulación de los instrumentos de represión de masas y de ataque represivo puntual (la anticipación provocadora), utilizados para esta finalidad, son asumidos en la concepción obrera de la organización y asumidos por funciones distintas y articuladas del proyecto revolucionario. Aquí se comprende hasta el fondo que no vamos predicando una búsqueda proustiana del tiempo perdido: los niveles de clase a los que hoy nos referimos son los definidos por el potente surgimiento del obrero-masa, por la nivelación de masas de su figura organizativa, pero con el conocimiento de que ellos fueron, y serán, atravesados por la crisis. Lo que el capital rearticula con la crisis, se rearticula objetivamente: *nuestra tarea continua es la de transformar en función subjetiva la materialidad de la articulación obrera deseada por el capital con la crisis.* La conciencia total de que el salario es poder pasa a través de la articulación organizativa de las instancias de ataque contra la capacidad capitalista de bloquear la exigencia obrera de salario y de poder.

Pongamos un ejemplo. Supongamos que en algunas grandes fábricas se acepta la reclamación obrera de *salario garantizado*. El aparato de poder capitalista usará esta victoria obrera para diferenciar los distintos estratos obreros, la fábrica del barrio, para obtener treguas diferenciadas,

etc. El deber inmediatamente asumido por las vanguardias de masas será en cambio el de generalizar inmediatamente esta conquista. ¿Pero es suficiente esta presión de masas? No, no es suficiente. La conmoción revolucionaria del proyecto capitalista de contención de las luchas sobre el nivel del salario garantizado será posible sólo si al mismo tiempo se desarrolla la *lucha de apropiación*, es decir, la lucha sobre la garantía de la variedad de bienes conquistada por el proletariado, y esto no sólo por las vanguardias, sino de manera ejemplar y pujante en todos los terrenos de la lucha proletaria. *El único modo de mantener, ensanchar, consolidar el espacio de poder es el de aludir a niveles más avanzados, cada vez más directamente avanzados de poder: éste es el único gradualismo que conocemos.*

Y nuevamente se trata de una función que radica inmediatamente en la composición de la clase obrera. Entre 1968 y hoy las vanguardias se han modificado y han profundizado la intensidad de su voluntad de ataque en relación con la respuesta capitalista y con la crisis. ¡Sólo los grupos han hecho ideología del '68 y de los cuadros políticos que de ahí salieron, han congelado la «continuidad de una generación»! No la clase. Aquí, en la lucha, *la autonomía ha representado un terreno de innovación constante de la iniciativa política y sobre todo ha abierto el horizonte de la lucha armada.* El joven obrero —que había entrado en la fábrica después del '68— trajo a la organización una conciencia nueva de la relación entre lucha salarial y lucha por el poder, entre lucha de fábrica y lucha de barrio, entre lucha articulada y lucha totalizadora. El nuevo joven obrero —verdaderamente multinacional— no arrastraba consigo ningún fetiche polémico. No había tenido que alcanzar la victoria, había vencido antes de entrar a la fábrica, en la que se presentaba como *producto socializado de la lucha*. En su estructura de proletario no estaba, materialmente, ni la resignación, ni el cálculo cómplice de las posibilidades burocráticas, sino más bien la frescura de una serie de necesidades satisfechas y de un nuevo odio hacia la explotación. Hoy la lucha de clases y la nueva organización se miden en términos de esta formidable y fresca realidad. Aquí los grupos no tienen nada que agregar.

Miles de militantes de los grupos en fase de disolución se insertaban dentro de colectivos, comités, asambleas autónomas, centros sociales, casas ocupadas que en los años siguientes proliferaron en todas las ciudades de Italia dando vida a una verdadera escena social del movimiento de liberación. La propia expresión «movimiento de liberación» nació como nueva identidad de un proceso que ya no se limitaba a la esfera de la reivindicación o a la del conflicto, para elegir la de la auto-constitución.

Pero la génesis de la autonomía no fue para nada un proceso lineal y unívoco. La autonomía constituía un área tan amplia como una galaxia, dentro de la cual se reconocían algunas constelaciones, algunas subredes dotadas de historias políticas distintas, formaciones culturales diversas, imaginaciones diferentes y también con distintos periódicos, instrumentos de comunicación, sedes.

Sería inútil describir aquí la geografía de aquellos grupos. Se podrían indicar algunos polos: los comités autónomos romanos, agregados en torno a la gente de via dei Volsci, desarrollaban una temática fuertemente espontánea, herederos de una impostación luxemburguesa, y consolidaban su arraigo sobre todo entre los trabajadores de algunos servicios (hospitalarios, ferroviarios, telegráficos, obreros de la energía), además de los estudiantes, más allá de su sede de Roma, y de los jóvenes proletarios de los barrios romanos. Los militantes provenientes del Grupo Gramsci y una parte de los provenientes de Potere Operaio construyeron en Milán una estructura de intervención metropolitana en la cual participaban obreros de la Sit-Siemens, de la Alfa Romeo, y más tarde de muchas otras fábricas del cinturón Norte.

De la fusión de una parte del disuelto Potere Operaio y de la diáspora de los militantes obreros de Lotta Continua nacieron, además, los Comitati Comunisti Rivoluzionari. Pero estas anotaciones no dan cuenta para nada de la idea de un hormigueante proceso de organización difusa que tenía sus verdaderos protagonistas en los jóvenes proletarios, marginales respecto de los grupos autónomos organizados, pero insertos en dinámicas de agregación espontáneas, magmáticas, incontrolables. Sobre esta realidad social se constituyeron dos sensibilidades políticas diferentes, dos elecciones de fondo, que recorrieron toda la historia posterior de la autonomía. Sería una simplificación identificar estas dos almas en torno a las temáticas espectaculares de la violencia y de la organización.

Se podría decir que desde 1973 emergió una tendencia neoleninista y militarista que se configuró como Autonomia Operaia Organizzata —con todas las letras mayúsculas— y una tendencia creativa-deseante que privilegió la difusión social de los comportamientos a su organización política. Pero sería una simplificación inadecuada. En realidad la raíz de la ambigüedad constitutiva de la autonomía la encontramos en la frase de Potere Operaio citada anteriormente, en la que se dice, a propósito de la ocupación de la Mirafiori, «el partido de la Mirafiori se forma para demostrar la imposibilidad capitalista del uso de los instrumentos de represión y de reestructuración [...]».

Esta evaluación, que está en la base de toda práctica de resistencia anti-reestructuración, de la recuperación de toda la mitología tardo comunista de la guerra civil y de la justicia proletaria, esta evaluación es equivocada y está limitada. El movimiento de la autonomía está así diseñado como movimiento de resistencias: resistencia contra la reestructuración capitalista y sobre-evaluación de la capacidad de mantenimiento de la composición social proletaria proveniente del movimiento de luchas de 1968-73.

La defensa de la identidad político-cultural del movimiento ha concluido con la rigidez de la composición social de la fuerza de trabajo y el rechazo a adecuarse a las nuevas formas tecnológicas de la organización del trabajo.

En realidad, desde 1973, la contra ofensiva patronal apuntó justamente a golpear las bases estructurales de la composición de clase. Antes que nada el bloqueo de las contrataciones y del *turn over* en todo el ciclo Fiat. Después, lentamente en un primer momento y seguidamente cada vez de una manera más vertiginosa, la introducción de tecnologías *labor-saving*, la separación de las grandes unidades productivas. A partir de este giro daba comienzo la profunda redefinición de toda el orden productivo italiano (aunque se trata de un proceso internacional) con la marginalización del trabajo industrial, la expansión de los ciclos de trabajo inmaterial: los años ochenta.

La autonomía no preconstituyó para nada las condiciones culturales para atravesar esa transición productiva y social, esa descomposición; trató de subrogar histéricamente un proceso de recomposición social que debía ser seguido desde dentro, renunciando a forzamientos subjetivos y a hipostasis de partido. Pero esta historia maduró en los años siguientes, en el período que prepara el '77, en la que faltó la ocasión para predisponer las cartas para un nuevo proceso de recomposición, en la que faltó la ocasión para comprender las líneas de mutación del trabajo humano, que siguió a la oleada del rechazo al trabajo, en la que faltó la ocasión para determinar los nuevos terrenos sobre los que se desplazaría el dominio, y sobre los que debía desplazarse también la acción crítica, la autoorganización, la invención revolucionaria.

Entre el final de Potere Operaio, el nacimiento de los consejos y la crisis de los grupos políticos organizados, se constituyen las primeras asambleas autónomas en las fábricas. El mayor impulso para su nacimiento viene dado, más que por una compleja serie de cuadros políticos formados en las grandes luchas de la Fiat de 1972-73, por aquel complejo cuadro político obrero que será definido como el «partido de la Mirafiori».

La actividad de las asambleas autónomas obreras (que publicarán periódicos como *Senza Padroni* en la Alfa Romeo, *Lavoro Zero* en Porto Marghera, *Mirafiori Rossa* en Turín, etc.) se conecta con los nacientes CPS (Collettivi Politici Studenteschi) y los colectivos autónomos que nacen en muchos barrios proletarios metropolitanos, dando vida a una vasta red informal de conflictividad en el terreno social, en la escuela, en la fábrica, que por las características de sus objetivos y contenidos puede definirse como el nacimiento del área de la Autonomía. En este «área» confluyen muchos componentes. En el área milanesa, de la crisis de Potere operaio, nace el periódico *Rosso* en el que confluyen, por otro lado, componentes provenientes de otras organizaciones en crisis. También en Milán, la salida de Lotta Continua de la «corriente operaia» llevará al nacimiento de Senza Tregua y más tarde, en un complejo intercambio de experiencias, a los Co.co.ri. En el Veneto el conjunto de las áreas autónomas se recogerán en torno a los colectivos y al periódico *Potere Operaio per il Comunismo* que, después del '77, tomará el nombre de *Autonomia*.

En Roma, desde la deriva de *Il manifiesto*, se produce Rivolta di Classe que desde 1978 se convertirá en los Volsci constituyendo una de las áreas más importantes de la Autonomía en el Centro-Sur. También en Roma, a partir de las complejas experiencias de descomposición de Potere Operaio y de otros organismos, nacerán en 1978 las revistas *Metropoli* y *Pre-print*.

El «movimiento del '77» es el punto más alto en la generalización de masas de los comportamientos autónomos que producen decenas de periódicos inspirados en *A/traverso* que, creado en el 1975, alcanzará las 20.000 copias en 1977. En realidad el movimiento del '77 se caracteriza para la aparición en el mercado del trabajo de un sujeto proletario de elevada intensidad de conocimientos y con buen nivel de estudio, que se diferencia del «obrero-masa» porque rechaza la inserción «obligada» en la fábrica y delinea una suerte de «obrero social», teorizado anteriormente desde algunas áreas de la autonomía que afirmaban la necesidad tendencial de abandonar el terreno de la fábrica.

La autonomía, las autonomías

Lucio Castellano

La historia de la «autonomía» está constituida por un arco de experiencias políticas articuladas y deformes que se desanudan a lo largo de todo el arco temporal de los años setenta y cuya identidad gira alrededor de la idea-fuerza del «rechazo al trabajo». No se trata sólo de una ideología de la emancipación, sino de un modo de lectura de la sociedad capitalista, de sus protagonistas, del modo de distribución del poder en la misma, de la dinámica de su desarrollo y de su fin, que constituye el esquema de orientación y el tejido conectivo hegemónico que atraviesa diez años de enfrentamiento político con el movimiento obrero organizado.

Sobre esta base se puede definir la continuidad que transcurre entre el «conflicto salvaje» del '68 y los comité obreros de base (que son gran parte de la ascendencia común de Potere Operaio y Lotta Continua), las luchas «sociales» y la «resistencia a la reestructuración», que señalan la culminación y el final de tales organizaciones, y las temáticas de las nuevas necesidades y del «obrero social» que estallarán entre 1976 y el '77. No se trata de una conexión extemporánea que salta a partir de las diferencias, si bien profundas, y que desconoce la pluralidad de las aportaciones y la discontinuidad de las orientaciones. Se trata de la revelación de un recorrido unitario de problemas y de modos de solución dentro una práctica de la organización que busca identificar política y economía y que reconoce en la emergencia de necesidades conflictivas la constitución de la autonomía social y política del sujeto revolucionario.

«Rechazo al trabajo» quiere decir que dentro la estructura y de la jerarquía de las relaciones sociales dirigidas por el trabajo asalariado vive siempre un tejido de comunicación y organización, que detenta información, conocimiento, «saberes», que se contrapone a aquellas y de las cuales es su alternativa. Es una estructura social que nace en la lucha, por la lucha —por más dinero, menos trabajo, por un trabajo menos nocivo, o duro, para «estar mejor», o de todos modos para no morir a causa de la fábrica— pero que es ya poder, «sobre» producción y «de» producción, porque está hecha exactamente de los mismos elementos que componen la prestación de trabajo, sencillamente tiene el signo contrario, el de la no colaboración, el de la sustracción de recursos y la disponibilidad. El conocimiento del ciclo productivo por parte obrera, la capacidad de pararse, sustraerse, sabotear es la ciencia de la resistencia, siempre con capacidad de impacto sobre la distribución de la riqueza y la organización del trabajo. Cómo decir que el poder

social, el conocimiento social, están divididos entre mando y resistencia, y las relaciones sociales están fragmentadas, organizadas unidas desde el trabajo y desde la lucha contra aquél, y que la producción no es un dinámica neutral, «economía», sino lugar de enfrentamiento y mediación entre estos dos poderes enemigos. En esta sociedad no hay sólo explotación, sino también autonomía y lucha. *Cuántos recursos sociales están dirigidos dentro de la jerarquía construida por la relación de trabajo asalariado y cuántos se ordenan de forma inversa en torno a la emergencia de las necesidades autónomas de clase, nunca es algo definitivo de una vez por todas, pero constituye el objeto de la lucha política que viene bajo el nombre de desarrollo y crisis.*

En esta acepción, el discurso está todo él contenido en los *Quaderni Rossi* de Panzieri y Tronti. Aquí ya están presentes las grandes rupturas teóricas con la tradición socialista del movimiento obrero. Porque ya no hay autonomía en lo «económico» ni objetividad en la crisis sino enfrentamiento de intereses y organizaciones en todas partes. Porque el poder no está de un solo lado y no hay una clase de «productores» contrapuesta a los «explotadores», sino una relación que es productiva porque hay enfrentamiento de intereses en lucha; por lo tanto no hay posibilidad de liberación que pase por la simple «eliminación de los explotadores», es decir por la «socialización de la relación», el socialismo: no hay superioridad de la planificación del mercado, sino sólo la posibilidad de mando sobre la relación de desarrollo, constricción a producir más clase obrera y menos capital.

Son rupturas importantes, a través de las cuales se atraviesa un complejo de diferentes orientaciones sobre las temáticas emancipadoras. Antes que nada el redimensionamiento del papel de la conquista del poder político dentro del proceso de liberación y, dentro de éste, la reevaluación de la historia de la clase obrera occidental. Después, el anclaje firme de todo discurso a la organización del sistema de necesidades materialmente expresado, que es el nivel dado de autonomía de la clase.

Se trata de un discurso que nace en términos de autonomía política de clase, es decir, autonomía del sistema de necesidades, autonomía del poder obrero: participación conflictiva en el desarrollo y amenaza de bloqueo, es decir contratación consciente con la vista puesta en la consecución de los intereses de la parte obrera. Se trata de un discurso que crece rápidamente pero porque sus bases son ricas.

En efecto, que se ha leído la sociedad capitalista ya no como el lugar de mando incontrastable del interés del capital, de la jerarquía que se expresa en la relación con el trabajo asalariado, sino como el

lugar de enfrentamiento entre trabajo y rechazo al trabajo; una vez que se reconozca que como lucha se organizan los mismos recursos que son sustancia del desarrollo del capital y que las necesidades sociales poseen una autonomía del mando sobre el trabajo; que la jerarquía construida en torno al tiempo de trabajo se contrapone a otra construida en torno al tiempo de la lucha, al tiempo libre de trabajo, y que también ella contiene conocimiento, que es tejido de comunicación y organización social, que es fuerza productiva; reconocido todo esto, el problema se convierte en el del crecimiento y el del enriquecimiento de los recursos que se presentan como «no capital, el problema del bloqueo de la síntesis social de parte capitalista, de la posibilidad de una síntesis diferente en el terreno, no tanto de la organización del poder político, como de la estructura de las fuerzas productivas». Es decir, el problema es la desestructuración de la relación de capital.

Si la sociedad ya no es vista como el teatro de un solo actor, los intereses de la parte capitalista, sino más bien como la relación de capital, como la fatigosa síntesis de los intereses de dos partes enemigas; si, al lado del principio regulador del valor de intercambio, aparece el motor potente de la producción social el interés obrero por el valor de uso, si el poder social está dividido; entonces la dinámica del poder obrero —no el poder «político», que quisiera gobernar el Estado, que no está y del cual no se siente la falta, sino del «social» que está y participa de forma potente en el gobierno de este mundo— la dinámica del crecimiento del poder obrero y de su subordinación, los términos incesantes de su lucha-negociación, son investigados y recorridos con los ojos de quien busca las leyes y el principio de estructuración, es decir, la capacidad de ser organización social postcapitalista, comunismo.

«Más salario, menos trabajo», «salario desenganchado de la productividad»: estas potentes consignas de masas que estallaron en el otoño obrero del '69 aparecen en la base política sobre la que se constituyen las primeras experiencias autónomas de organización. No sólo y no tanto por su capacidad de trastocar los aparatos organizativos tradicionales, ni por su «valencia extremista» de inducir la «crisis» económica y política, sino porque en ellas se lee un posible emergente, un programa de poder; en el sentido que con ellas parece quebrarse la relación entre mando capitalista sobre la producción de la riqueza y la producción de las necesidades sociales. La jerarquía que se expresa dentro del proceso productivo, las divisiones funcionales en torno a las cuales éste ordena el cuerpo obrero, parecen impotentes para dirigir los requerimientos sociales, los canales en torno a los cuales éstos se estructuran. Entre composición de clase —es decir entre la estructura de

roles, la forma de la circulación de las capacidades productivas, de las informaciones, de las necesidades obreras— y organización productiva aparece un hiato profundo que ya es duplicidad de las jerarquías, enfrentamiento abierto de poderes y de criterios en torno a los cuales se ordenan. Porque el contraste entre necesidades y producción no es como el que tiene lugar entre «sueño» y «realidad»: expresa el enfrentamiento entre canales de comunicación social, entre organizaciones humanas; expresa la incapacidad por parte de la jerarquía social que ordena la producción de dirigir toda la sociedad, esto es, expresa el hecho de ser una parte demasiado pequeña de la misma, en la que no confluyen una cantidad suficiente de recursos sociales. Comienza a formarse un punto diferente de agregación.

«Autovalorización» y «nuevos sujetos»

Las temáticas de las «nuevas necesidades», del «obrero social», de la «autovalorización», que son el punto de aterrizaje de la «autonomía», son el desarrollo directo de este acercamiento. La divergencia entre producción del capital y organización social se profundizó hasta el punto de que a un individuo social rico en capacidades, información, conocimiento, necesidad, deseos, corresponde una producción pobre, que ya no sólo no logra organizar una parte crecientemente reducida de su tiempo, sino sólo la parte más mísera y vacía. Una producción que constituye sólo una parte de las interacciones sociales de quienes participan, que es un fragmento y no la síntesis de toda la cooperación social; sobre todo, una producción que ya no logra dirigir y ordenar dicha cooperación en su conjunto. De modo creciente y relevante, la circulación de los roles y de los conocimientos ya no se ordenan según los criterios del trabajo productivo del capital, según las reglas de la prestación de trabajo. Estas reglas dirigen una cantidad de recursos que ya no son suficientes para ordenar el conjunto de la reproducción social. Los puntos de dispersión y desorden se han multiplicado de forma desmedida y ya se entreven los primeros signos evanescentes de un principio posible y diferente de ordenación: valor de uso contra valor de cambio, concreción de las necesidades del «rico individuo social» que se contrapone al universo serial, capaz sólo de determinación cuantitativa; necesidad de reproducción de la fuerza de trabajo contra necesidad abstracta de la «necesidad», de la «escasez natural». No se trata ya, solamente, del salario contra elbeneficio, es decir, de la autonomía de los intereses contrapuestos en la unidad del mecanismo social, sino de la determinación de una oposición posible entre dos modos de producción, dos universos de relaciones sociales.

Lo que define el pasaje de la primera articulación del discurso —la salarial— de la segunda —el «movimiento del valor de uso»— es en definitiva la crisis del concepto de desarrollo: la capacidad de síntesis capitalista de la dualidad de poderes que viven en el modo de producción. Desde este punto de vista, la larga alternancia de crisis y estancamiento que se abre con los años setenta, en Italia y en todo Occidente, es para la autonomía incapacidad de los intereses de la parte capitalista para llegar a ser la síntesis de toda organización, comunicación, conocimiento social; la incapacidad de organizar dentro del tiempo de trabajo todos los recursos sociales en la jerarquía que dirige el tiempo social. Cómo no decir que la síntesis productiva y política que la relación del capital ofrece parece pobre frente a la riqueza creciente del tejido social que se construye entorno a las luchas. Alrededor de esto gravita una cantidad extremamente elevada de recursos productivos en términos de capacidad de cooperación social, intercambio y elaboración de informaciones y conocimientos, mando sobre el tiempo social. La comunicación social parece ensancharse de forma desmedida, desvinculándose en gran parte del principio de prestación que regula la relación salarial, y éste ya no es capaz de dirigir de forma plena la jerarquía social: una cuota creciente de la riqueza social está destinada a financiar, a través de las más diversas formas de asistencia, ya no la prestación laboral sino la rigidez que existe frente a ella y su rechazo, al mismo tiempo lo que se hace socialmente irrelevante es su propia exclusión, cada vez menos marginal.

Por otro lado, la fábrica ya no dirige, a través del mercado de trabajo, el conjunto de los comportamientos sociales. La cooperación social parece más extensa y rica que lo que anima el trabajo productivo del capital. Grupos sociales en gran medida expulsados de la relación de trabajo, como los jóvenes y las mujeres, conquistan una nueva fuerza de expresión y poder social. Y mientras, el tiempo de trabajo de cada uno no sólo es subjetivamente vivido como expropiación de la vida, como condena y miseria, sino que objetivamente se vacía de conocimiento y fuerza creativa. En medida creciente, el tiempo libre, cesa de ser el tiempo subalterno de la reproducción de la fuerza de trabajo para convertirse en unos tiempos ricos en intercambios y relaciones sociales, capaces de comunicación, de elaboración, de coordinación, de detentar recursos y conocimientos ingentes. En definitiva, una fuerza productiva, que no es equivalente al trabajo y que tiene un régimen social más vasto, está habitada activamente por la lucha contra el trabajo. Todo este tejido de nuevos hechos, esta modificación profunda intervenida en el modo de producción, es un evento potente y no marginal. Pero a su vez no es capaz de ser unívocamente la fuerza de una síntesis alternativa: demasiadas cosas que no sabe dirigir, demasiados recursos que se

le escapan, aunque no es verdad que tenga tan pésima relación con la tecnología como se dice. También en el terreno de la producción ha comenzado a entrar ya no sólo como resistencia y sabotaje sino también como fuerza creativa. Se trata de un discurso sobre la transición, sobre la migración de las masas desde el trabajo productivo del capital, y sobre sus posibles éxitos.

En sustancia, respecto a las rupturas realizadas por el obrerismo sobre el corpus *teórico del marxismo-leninismo, la experiencia «autónoma» agrega una concepción de la crisis, que ya no es la del «colapso social», la de la explosión, la de la incapacidad de fondo del capital para hacer frente a las exigencias sociales, sino más bien la de la explosión de relaciones sociales, demasiado ricas para ser reconducidas a la relación de capital, la de los límites del mando del capital sobre toda la sociedad. Lo que está en la base de la «necesidad de comunismo» ya no es el crecimiento de la miseria, sino el movimiento de emancipación. Cómo enunciar, en cambio, una teoría de la catástrofe: en la base de todo, nos damos cuenta que se encuentra la revelación de la inadecuación, de la pobreza de las relaciones de poder presentes, frente a la riqueza de las relaciones sociales que se desarrollan y son efectivas.*

La «migración» del trabajo asalariado y la cuestión del Estado

Dentro esta línea de discurso el problema del «poder» asume algunas dimensiones completamente particulares y se convierte en el lugar de la «difícil identidad» de la autonomía, el lugar entorno al cual se articula su contradictoria experiencia organizativa. En toda la historia del movimiento obrero, ya sea en su versión reformista, socialdemócrata, o revolucionaria, la cuestión del poder es el principio fuerte de identidad, la base del proyecto de reforma social; en el sentido de que la revolución política quiere preceder a la revolución social y la ocupación del Estado quiere ser la base de la modificación de las relaciones de producción: el Estado es, hegelianamente, el nivel más avanzado de la cooperación social y la dirección de todos los otros. A partir de la revolución burguesa; esto es —y con esto Stalin concluirá un discurso iniciado por Marx— lo que diferencia la revolución proletaria de la burguesa, en la cual, ésta se adueña primero de la sociedad y después del Estado, mientras que la primera está destinada a seguir el camino inverso, a gobernar desde arriba, desde el punto de máxima concentración del poder, la revolución de las relaciones sociales.

Todo esto no puede ser parte del discurso que hemos trazado, porque su corazón es la mutación «en acto» de las relaciones de producción, la nueva dislocación del poder en la sociedad es muy anterior a

las instituciones; el problema del poder político sigue, no precede, y se reduce al problema de cómo el Estado se adecua a la mutación. En realidad, la cuestión «socialista» de la ocupación del Estado, de la «toma del poder» proletario ni siquiera se plantea, porque el nuevo poder que emerge no se construye sobre una representación estatal; no es delegable y no es separable de aquéllos que lo ejercitan, no es político sino «productivo», «extingue al Estado». *En efecto, el sentido de un discurso sobre el empobrecimiento de la síntesis de capital y sobre la riqueza de los recursos que permanecen extraños, es que hay una dispersión del poder social, un deslizamiento de los poderes de gestión sobre los recursos de la «potencia abstracta a la cooperación social»; del trabajo asalariado a las comunidades concretas, que informalmente se estructuran alrededor de esta disponibilidad conquistada de tiempo social y que de forma indiferente se plantean desde fuera de la relación laboral o la atraviesan.*

Esta opacidad en la distribución social del poder, esta dispersión a la hora de comprender su ordenada articulación jerárquica, que despotencia el gran y complejo sistema abstracto en favor del pequeño, concreto y simple, arremete contra los fundamentos del análisis marxista del poder. En el sentido de que la base de éste es la asunción de la concentración de poder en la sociedad del capital y la posibilidad de darle una forma positiva, modificando la forma del Estado de tal modo que se desarrolle al máximo la «participación democrática», de acrecentar la legitimidad y su control. En este punto nace, sin embargo, un problema: el discurso sobre el Estado es en Marx, como en todo el pensamiento político democrático, un discurso sobre la «igualdad»; el discurso sobre el comunismo es un discurso sobre el libre desarrollo de las «diferencias», sobre el final del derecho y de su abstracción inhumana. «En Marx el nexo entre los dos discursos no es dialéctico, simplemente no existe». Están juntas la exaltación de la política, de la igualdad y su crítica. Revolución socialista en el nombre de la igualdad, para «llevar a cabo la Revolución francesa», tanto el comunismo como su crítica. Porque la igualdad entre los hombres es una abstracción, que pasa sobre las diferencias concretas de gustos, temperamentos, necesidades y deseos. Y esto se puede hacer porque considera a los hombres como mercancías, intercambiables en la prestación de trabajo: por eso se trata «sólo» de igualdad política, porque la verdadera, la material, es el reconocimiento de las diferencias y la abolición del derecho. La «igualdad» es la única base posible de toda delegación y participación, el fundamento de la política, junto a su posibilidad y su destino. Pero su base es el mercado, el trabajo asalariado, donde «una hora de un hombre» vale lo mismo que otra hora de un hombre.

El «interés general» del mundo de la política se funda sobre esta equivalencia general del mundo de las mercancías, sobre la abstracción del trabajo asalariado, pero la «crítica de la política», la critica de las relaciones de delegación, también, tiene una base potente. ¿Qué ocurre en efecto cuando el tiempo de trabajo, en el cual todos son iguales, pierde poder y fuerza productiva, se convierte en una fracción de todo el tiempo social, y el tiempo del no-trabajo cesa de ser una función subordinada de la reproducción social y comienza a ser partícipe de la riqueza de las fuerzas productivas? Cuándo las relaciones entre los hombres comienzan a ser tan ricas como para no medirse sobre la base de la equivalencia y la comunicación social comienza a estructurarse en torno al tiempo cualitativo, rico en diferencias, que se sustrae al mando del salario, *el discurso de la igualdad cesa de gobernar el proceso de liberación, que va a desatarse alrededor de un nuevo problema: ¿Cómo se articula el poder, no alrededor de la igualdad abstracta que impone el mercado, sino alrededor de las diferencias concretas que animan el tiempo nuevo de la rica cooperación social?* Marx hablaba de *general intellect*, de producción desenganchada de la necesidad. ¿Cómo funciona la delegación de los poderes, cuando la producción social de riqueza comienza a desvincularse del entramado del trabajo abstracto, cuando la participación de cada uno en la producción ya no es reducible a su tiempo de trabajo sino que comprende la calidad de su ser «individuo social rico» y cómo son representables personas que participan de la sociedad sobre la base no de su prestación, sino de la totalidad de aquello que hacen, saben, quieren y desean? ¿Por qué todo esto entra hoy en la potencia de la cooperación social?

En sentido fuerte, todo esto no es verdad: el tiempo de trabajo es todavía sustancia real de la producción y de ello toman fuerza material la delegación, la igualdad, lo «político»; pero esta liberación de tiempo social, de forma no marginal, es capaz de producir efectos potentes, atraviesa con fuerza ilegítima todas las instituciones. Lo que estalla en todos los niveles, no es una exigencia de «participación» sobre la base de la igualdad, se solicita una más amplia dislocación del poder, de su generalización, la autonomía de los espacios de gestión sobre la base de la «diversidad», la irreductibilidad al «interés general», a la relación de mayoría. En todas partes, los movimientos de lucha de estos años tienen este marca: no una exigencia de una gestión diferente del poder, ni una reivindicación de la «igualdad», es decir, de legitimidad mayoritaria, sino la afirmación de algún tipo de diversidad irreductible que se hace, en tanto que tal, reclamación de poder, apertura en la contratación, exigencia de autonomía. Un interés en tener voz en tanto que «diferentes», y no en tanto iguales, exigencia de reconocimiento del poder que está insito en esta diversidad.

El movimiento del '77 estaba socialmente articulado y era complejo, aunque estuviese compuesto por «marginados», tenía las cartas en regla para hacer preguntas «políticas». Sin embargo, su identidad era la de la «diferencia», los lenguajes que hablaba eran especializados e intraducibles, como el dialecto de una etnia que quiere defenderse de la lengua oficial. La «marginalidad» no fue una connotación social sino una elección política, critica de la política. Pero no es más que un ejemplo: los negros, las mujeres, los jóvenes, los ancianos, los maricas,[41] las minorías nacionales, técnicas, lingüísticas, religiosas; la búsqueda de una identidad no «política» que gire en torno a una diferencia que hay que reconocer y respetar, sobre la base de la cual contratar espacios de gestión de los recursos, aparece como connotación dominante de los «movimientos o de estos años».

La relación con las instituciones en la historia de la autonomía

Dentro de esta forma de mutación social, dentro de este problema de la transición de poderes del trabajo al no trabajo, la cuestión del poder estatal se plantea siempre en términos de contratación, nunca de «ocupación» o de sustitución. En la historia de la autonomía esto quiere decir que el problema se presenta siempre en términos de «táctica», nunca de «estrategia», y que difícilmente se presta a ser el lugar central de la identidad política. Es un problema táctico, de remoción de las resistencias, no estratégico, de construcción del mecanismo de dirección del proceso. Problema «táctico», en sentido fuerte, en la primera fase de los movimientos, hasta la disolución de Potere Operaio; «táctico» en sentido débil en la segunda fase, la del área de la autonomía propiamente dicha.

«En sentido fuerte» quiere decir capaz de expresar una identidad política y organizativa compleja, un proyecto de partido: al movimiento la estrategia, el comunismo; al partido la táctica, la remoción de los obstáculos, la capacidad de ruptura. Como dice Potere Operaio, el «partido de la insurrección». Donde insurrección no es un proyecto de poder político —ni «todo el poder a los soviet», ni «gobierno obrero»— sino recomposición del movimiento, ruptura del control político-social en torno a la fuerza unificadora de algunas consignas, como «salario garantizado», capaces de coagular en un punto las energías para poner una cuña, provocar el retraso de las instituciones, desorientar el control. Éste es el problema. Y el control no es militar sino en

41 *Froci* en el original [*N. del E*].

última instancia: no es una cuestión de guerra sino de no homogeneidad en la composición de clase, de puntos fuertes y débiles, de contradicciones y de la posibilidad de encontrar el mínimo común denominador que funcione como tejido y permita que el crecimiento se retome en un nivel más avanzado. No es la toma del poder sino la ruptura en los márgenes.

Pero hay un énfasis, un ansia, un forzamiento que no tienen comparación. Énfasis contra la fuerza de los diques, ansia en el mantenimiento del movimiento, forzamiento sobre el carácter necesariamente frontal del enfrentamiento. El bloqueo de las luchas, la desarticulación de clase, el reflujo frente a la reestructuración, parecían los puntos de referencia obligados del discurso de la ruptura. En realidad, los diques fueron desviados con un bajo coste y la crisis económica supo medir no tanto la virulencia del contra ataque capitalista, como la amplitud de los espacios conquistados por el movimiento. El movimiento del rechazo al trabajo no asaltó la sociedad política, giró a su alrededor, confirmando todos los instrumentos de gobierno, pero estableciendo vínculos crecientes en su selectividad, comprometiendo una amplia porción de riqueza para que pagase de manera indiferenciada el consenso. Sustancialmente ha anticipado y ha sobrevolado la reestructuración capitalista, plegándola al respeto de la propia unidad, haciéndola contradictoria, erosionando la capacidad de mando social y alargando los propios espacios de poder y gestión. La rigidez de las instituciones fue máxima en el plano formal, hasta el punto de impedir cualquier forma de representación política de la mutación, removiendo incluso el problema de su legitimidad, pero esta operación tuvo su pesada correspondencia en términos de una fragilidad sustancial, de la pérdida a secas de la capacidad de gobierno.

En este deslizamiento de los planos del enfrentamiento el proyecto político de Potere Operaio naufragó; su crisis estalló en 1973. La unificación «táctica» que proponía parecía reductiva frente a la multiplicidad de niveles de enfrentamiento que se abrieron, de lenguajes que el movimiento practicó, de los espacios de crecimiento operativos por parte de una riqueza de sujetos sociales, cuya identidad colectiva es compleja y no reductible a una «unidad» temporal. La representación general del movimiento en una simple clave anti-institucional parece algo imposible en su conjunto y algo no necesario, un forzamiento extremista. Sobre esta base Potere Operaio se disuelve.

La perspectiva abierta en este punto por la autonomía es la de una adherencia total al movimiento dentro del abandono de todo proyecto de «gran táctica», de centralización y unificación, que poco a poco va más allá del terreno efectivamente ofrecido por los contenidos y

niveles de crecimiento. No es posible mantener la bifurcación entre táctica y estrategia, partido y movimiento, política y comunismo. El único terreno de unificación del movimiento que parece practicable no es político sino productivo, es la síntesis práctica de los espacios de poder que han sido conquistados: el poder comunista crece día a día en el enfrentamiento entre trabajo y rechazo al trabajo, con formas y modalidades diferentes cada día y sobre este mismo terreno debe plantearse el problema de la táctica, sobre este problema debe resolverse el problema del Estado.

El mando político-militar del Estado se afronta allí donde emerge como contradicción especifica, en sus lugares terminales donde es lentamente roído; no se plantea por una identidad de movimiento diferente, ni en la construcción del comunismo que crece en la sociedad. El problema del Estado deja se ser el lugar de una identidad «táctica» fácil, es reabsorbido en la dimensión más compleja de la constitución de las relaciones de producción emergentes. Ampliación de los espacios en el terreno en los cuales se abren. En ningún caso se trata de una concentración de fuerzas en torno a una unidad mínima y «representativa», sino del ahondamiento y profundización en las no homogeneidad, en las discontinuidades del tejido de clase, porque es en torno a ellas donde se articula el nuevo poder. Generalizado, disperso, no sintético.

Se trata de un discurso en torno al cual rueda un desvío general de la atención hacia el plano de las temáticas y de los objetivos, no sólo hacia la forma organizativa: de la «insurrección» a la «lucha de larga duración», de los «plazos» en torno a objetivos unificadores a la apropiación. «La práctica de la apropiación» se convierte en el punto de identidad quizás más relevante del área política que se constituye. Apropiación de los bienes, es decir, expropiación, ilegalidad de masas, «violencia difusa»; pero también auto-reducción de las tarifas sociales, es decir ampliación de la legalidad sobre la base del consenso; y «apropiación» en la fábrica por medio de la reducción del horario de trabajo, su reducción unilateral, no contratada como intervención operativa de una decisión de parte, de un «decreto». En definitiva, apropiación como superación de la negociación, como gestión de un poder de hecho sobre la distribución de la riqueza, al igual que sobre el horario de trabajo allí donde esto es practicable: una temática que se adapta bien a un discurso «molecular» sobre el poder, pero cuyos límites artesanales son evidentes. Se trata del localismo y de la reducción del problema de la medida general de las relaciones de fuerza en la práctica local del contrapoder. En efecto, cada vez que una lucha crece hasta establecer problemas de carácter general para el movimiento, toda vez que el terreno del enfrentamiento se levanta hasta asumir una

valencia ejemplar, este discurso mostrará la cuerda de la concentración de los recursos, dividido como está entre la voluntad de una identidad plenamente social y la necesidad de la política, de la «representación general» de las fuerzas.

Una contradicción nunca superada, que se expresará, por un lado como vitalidad y generalización, capacidad de interpretar lo nuevo, del área de la autonomía; del otro como pobreza y fragmentación de sus niveles organizativos y, en conjunto, como disponibilidad constante a las enfatizaciones minoritorias y ejemplares de la propia acción, en el intento de hacer frente a los problemas no resueltos de la identidad y del enfrentamiento político. En esta situación la temática del contrapoder es forzada a ser un base potente si bien local, de consolidación de experiencias organizativas, ideologías colectivas, identidades generales de movimiento bien definidas. Una identidad imposible, porque sólo en casos extremos y en estratos sociales muy particulares, rígidamente definidos en el sentido de la exclusión de las relaciones participativas, una mutación en la distribución social del poder se expresa como «contrapoder»: en general los mecanismos de la contratación informal y de la particular forma de apropiación de recursos —monetarias y de tiempo— que se manifiestan en la caída de eficiencia en la relación de prestación, constituyen soluciones menos dispendiosas social y políticamente. Una identidad imposible, pero que tiende con naturalidad a presentarse como práctica «normal» de la relación con el poder cuando el enfrentamiento es con un tejido institucional connotado por la rigidez, por la incapacidad de modificación y reforma, lo que cotidianamente plantea el problema del poder en términos totalitarios. Porque se trata de un tejido institucional que tiende a acaparar en la clase política todo terreno de expresión social, a jugar sus cartas no sobre el terreno del monopolio de la representación legítima sino sobre aquel terreno socialista del monopolio de la comunicación social.

En esta acepción del «contrapoder», el problema del Estado sólo de forma marginal constituye el lugar de identidad social y política del movimiento: esto sucede en algunas, importantes aunque limitadas, experiencias organizativas pero no logra ser el tejido conectivo efectivo de las experiencias de lucha más consistentes. *Y ahora la historia de la autonomía de estos años parece privada de un verdadero centro focal: dos experiencias solidamente radicadas en sectores amplios de proletariado juvenil y obrero en Roma y Padua; una gran riqueza de experiencias, de la Asamblea autónoma de la Alfa a los círculos del proletariado juvenil en Milán, con una fluidez organizativa prácticamente inextricable; un recorrido de grandísimas experiencias de lucha, de la ocupación de 1973 a las luchas de 1974 o a los piquetes ciudadanos de 1979 en la Fiat, sin una*

trama organizativa estabilizada y reconocible de algún modo; una cantidad enorme y no mesurable de colectivos locales esparcidos por todas partes; los estallidos del '77 en Roma y Bolonia, que de ninguna manera son reconducibles a determinadas experiencias organizativas anteriores, sino a todas ellas en la medida en que las engloban. De este modo tan complejo, hecho de discontinuidad y bifurcaciones entre luchas y organización, el movimiento del rechazo al trabajo se entrecruza con una historia política que, aunque queriendo adherirse a ella y siendo continuamente alimentada de la misma, no logra ser una respuesta a los problemas que le son planteados. Es una historia que tiene una clave simple: la adhesión a los niveles más elevados de enfrentamiento social de estos años, la incapacidad de elaborar una identidad lo suficientemente articulada como para saber rendir cuentas del conjunto del tejido de comunicación del movimiento y de saber replantearse de forma diferente a la propuesta ejemplar de la experiencia guía.

En este marco, el movimiento del '77 ocupa un lugar completamente particular: por la fuerza de su impacto, por la novedad que expresa, por su carácter de innovación de todos los términos de la cuestión. La autonomía es la única área política que entra en contacto con el movimiento, lo alimenta y es retroalimentada. Es también la única, en consecuencia, en llevarle a sus propios límites y errores. El '77 desvela lo minoritario y el carácter mínimo del proyecto político de la autonomía, el misterio del problema no resuelto de lo «político» en la autonomía. Desvela, también, el único intento de interpretar y hacer potente el proceso de mutación que la atraviesa. Sobre todo, cambia las cartas puestas sobre la mesa y amplia los horizontes: la extensión de la movilización rompió, probablemente para siempre, con aquel gusto por resurgir en los pequeños números el único «leninismo» posible, que había tratado de sobrevivir, al derrumbe de la idea de partido; y, junto a la multiplicación de los lenguajes, a la fragmentación de la jerga «política» y al estallido del discurso sobre las «diferencias» pusieron en el tapete, de forma práctica, la urgencia y la posibilidad; los recursos de una identidad colectiva compleja, anclada en la riqueza de las fuerzas productivas expresadas, no aplastada por el anti-institucionalismo ritual de la historia «autónoma» apenas acabada.

Los colectivos políticos venetos[42]

Todos los movimientos que atravesaron los «largos años setenta» italianos vivieron de una propia e imprescindible especificidad territorial. El contexto en el que los diferentes sujetos antagonistas se encontraron en acción marcó de manera decisiva las experiencias y sus trayectorias. Esta consideración es tanto más verdadera si examinamos la experiencia que se produjo en el Véneto, con un eje corrido entre el polo industrial petroquímico de Porto Marghera entre 1967 y 1973 y la ciudad de Padua entre 1974 y 1979. Unos acontecimientos tan significativos que atrajeron —a caballo de la operación político judicial del 7 de abril— el morboso interés de las grandes firmas del papel impreso, sociólogos e intelectuales meritorios, dentro de la «anomalía italiana» del largo '68 y de la definición ulterior de la «anomalía véneta».

También en este caso se trata de dar voz de nuevo, y a despecho sobre todo de las reconstrucciones judiciales, a una multiplicidad de sujetos y experiencias que difícilmente pueden ser reconducidas a un único recorrido y a una composición social de clase homogénea. Si se ha dicho y escrito mucho en torno a la primera experiencia de lucha y de organización, ligada a la figura social del obrero-masa en las fábricas de la gran concentración industrial de Mestre-Marghera entre los años sesenta y setenta, casi no existe ningún testimonio —más allá de los actos del proceso «7 de abril, rama véneta»— de los posteriores acontecimientos de Padua.

Son los años en los que Padua y su provincia estarán en el centro de una singular intriga entre las especificidades productivas de un territorio (señalado por la presencia de la pequeña y mediana industria, ya entonces fuertemente descentralizada en los laboratorios del trabajo negro, con una ciudad en la que bajo cualquier punto de vista, y aún hoy, era decisivo el papel de la universidad) de una composición de clase en vías de transformación y de una práctica de la organización política original que recurre al «uso de la fuerza».

---

42 Lucio Castellano (ed.), *Autonomia operaia*, Roma, Savelli, 1980. Esta contribución se inserta dentro de una amplia investigación sobre la memoria, que parte de un grupo de trabajo constituido entorno a la Fundación Bruno Piciacchia / Libreria Calusca de Padua. No se trata, por lo tanto, de una reconstrucción orgánica, sino de algunos trazos que serán desarrolladas después a partir de una amplia disponibilidad de fuentes y de materiales inéditos: los testimonios orales ya recogidos, los (escasos) volúmenes disponibles, las revistas, los periódicos, los boletines y los panfletos del movimiento que se conservan en la Fundación, las reseñas de la prensa de la época. Hemos utilizado también los materiales producidos por el Seminario Autogestiondo inter-Facultades de los años setenta, desarrollado por la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Padua en los años 1993 y 1994.

Buscamos aquí trazar algunas de las primeras indicaciones, a partir del punto de vista ultrasubjetivo, «de parte de», de cuantos fueron protagonistas de los movimientos y de las luchas de aquellos años, dentro de la experiencia organizada de los *collettivi politici*, experiencia que nace en 1974 y que será posteriormente criminalizada en 1979 por el magistrado Pietro Calogero.

Si hay un hilo conductor que une esta experiencia al ciclo de luchas obreras de Marghera, lo podemos buscar en la militancia común de muchos de sus protagonistas en las filas del grupo Potere Operaio, cuya importancia no está por cierto en la continuidad organizativa sostenida a su vez por la magistratura, como en una suerte de *imprinting,* en la adquisición de una serie de instrumentos teórico-prácticos, decisivos en el análisis y en la intervención sobre la realidad social: capacidad de leer, en sustancia, el nexo entre composición social de clase y necesidades, entre éstas y la puesta a punto de reivindicaciones, formas de lucha y de organización. Las raíces de la experiencia de los «colectivos» tocan tierra —entre el '68 y el final de Potere Operaio— en el primer gran ciclo regional de movilizaciones sobre los transportes (1970). A partir de la consideración por la que «el tiempo de trabajo, el tiempo de la explotación no dura sólo las ocho horas del turno de la fábrica, sino que comprende, al menos, también las dos horas necesarias de los miles de viajes pendulares que son necesarios para moverse desde la vivienda (por ejemplo Chioggia o el distrito de San Donato) hasta el polo químico y viceversa, congelados, a bordo de autobuses rotos, pagando un abono que es un hurto ulterior sobre el salario», las luchas involucran de manera capilar a todo el territorio veneto. La forma de organización es la de los «comités de línea», se pide mejoras en los servicios, más servicios y con menos gente, y de frenar el aumento del precio del billete, se lucha bloqueando los autobuses y rechazando pagar los aumentos. En este terreno se verifica una amplia recomposición social de las figuras proletarias, en primer lugar los estudiantes de enseñanza media que tienen que hacer viajes pendulares, ya sea los que gravitan alrededor de Venecia, ya los que frecuentan los institutos técnicos y comerciales de Padua. Quien dio vida a los «colectivos» paduanos será justamente la jovencísima generación de los estudiantes de enseñanzas medias de Potere Operaio, que —en el momento de la crisis y del final del grupo— se plantearán el problema de cómo promover y organizar en su propio territorio una intervención política total, adecuada a la complejidad de lo social. Sin querer volver sobre los motivos de la disolución de PO, nos queda subrayar cómo, según los testimonios recogidos, estos jóvenes militantes lograron recoger bien poco, y no por mala voluntad, de las diferentes posiciones y opciones que se contraponían en el seno del «grupo dirigente»

de la organización. «No lográbamos entender —dicen— lo que significaría para nosotros la decisión de hacer asambleas autónomas de fábrica: éramos casi todos estudiantes y no pensábamos que tuviera sentido reducirnos al rol de “ayudantes” de las luchas obreras».

En la provincia de Padua la única realidad significativa donde se verifican en los primeros años setenta luchas obreras autónomas que reproducen, a gran escala, las demandas y los comportamientos de las grandes fábricas, es la Bassa, con la empresa metalúrgica Utita di Este: en el curso de pocos meses la insubordinación obrera y la intervención continua del Comitato Operai-Studenti da la vuelta a la situación de una fábrica que era el feudo del sindicato fascista CISNAL. Se lucha para conseguir fuertes aumentos salariales iguales para todos, por la abolición de los premios y de las categorías. El rechazo obrero de la organización capitalista del trabajo es mayoritario y está muy generalizado: se trata del sabotaje de las máquinas, así como de prácticas de lucha como los piquetes y las manifestaciones internas que «barren» las oficinas de la dirección. Los militantes del Comitato Operaio serán también elegidos mayoritariamente en el consejo de fábrica y las vanguardias de la Utita desempeñarán un papel importante en la propuesta y en el trabajo dentro de las reuniones de coordinación provincial de los CDF, difundiendo formas de lucha como las huelgas articuladas, por sectores o los *wild cat*. No por casualidad aquí, en la Utita, se registrarán los primeros despidos políticos en 1973. La situación de las fábricas de la zona industrial de Padua es diferente. Allí, a pesar de la presencia esporádica de formas de organización obrera autónoma, el control sobre una composición aún muy «profesional» permanecerá de forma sólida en manos del PCI y del sindicato.

Después del congreso de Rosolina (julio de 1973) que sanciona la disolución de Potere Operaio, los «medios» paduanos continuarán firmando con estas siglas todavía durante algunos meses: en enero 1974 emprenden un viaje por Italia para entender mejor que ha quedado del «grupo» ya destrozado en el resto de contextos. Desde entonces la decisión será la de privilegiar la radicación social en el propio territorio, el Véneto que, gracias a las luchas en los transportes, están comenzando a descubrirse como «zona homogénea». Esta decisión les lleva, en el propio 1974, a abandonar la inconclusa reunión semanal del «activo» del PO y a fundar, de forma muy simple, algunos colectivos que intervinieran directamente en los barrios y en los pueblos, donde la primera red militante será justamente la constituida por los estudiantes que bloquean los autobuses. «En Padua —recuerdan los entrevistados— eran predominantes entonces los “grupúsculos” de la izquierda extraparlamentaria. Se trataba de una

histórica tradición marxista-leninista y cuando hablábamos de rechazo al trabajo asalariado perdían la cabeza. Nosotros éramos minoría, pero nos sentíamos otra cosa respecto de los «grupos» [...] no teníamos una identidad, porque la referencia histórica era el obrero masa pero aquí no existía [...] nos tuvimos que inventar todo de la «a» la «z» y quizás fuimos, sin saberlo, los precursores de una figura nueva que se manifestaba en el cuerpo social».

¿Pero cuales son entonces los elementos característicos, desde el punto de vista social, de la especificidad padovana? El papel de la ciudad en el sistema «poli-céntrico» productivo y urbano de la región era el capital terciarizado, los servicios, en particular el sector crediticio y financiero. En la provincia predominaban ya entonces la pequeña y mediana empresa y el taller de trabajo negro (aún con todas las diferencias respecto de la tipología reticular de la empresa de hoy), donde los procesos acelerados de modernización convivían con la violencia arcaica de las relaciones de explotación, arrancando brazos al campo, históricamente muy pobre, que hasta finales de los años cincuenta había sido vaciados por la emigración. Padua ciudad «blanca» dominada por la iglesia según los estereotipos más generalizados (en mayo de 1974, en el referéndum por la abolición divorcio el sí obtuvo el 55,9%), convive con una antigua universidad, dominada por jerarquías rígidas e impenetrables, pero con facultades que tienen un crecimiento tumultuoso (47.000 matriculados en el año académico de 1973-74, 6.000 más que en el año anterior), en las que se asoma una nueva composición estudiantil fruto del acceso de masas a los estudios superiores y de la fuerte afluencia, especialmente en psicología, de estudiantes provenientes del Sur. El instituto de ciencias políticas constituye aquí una ulterior anomalía, experiencia única por la riqueza de su producción teórica, crítica y subversiva, se desarrollan decenas de seminarios e investigaciones de relevancia internacional, en relación homeostática con las luchas sociales.

Pero hasta 1975, la universidad, en particular la facultad de jurisprudencia, es también un espacio donde corretean impunes los fascistas. Aquí hacen sus primeras pruebas Freda y sus camaradas (la bomba contra el estudio del profesor Opocher, rector demócrata y expartisano), junto a Maximiliano Fachini y otros de los que posteriormente resultaron implicados en las conspiraciones estratégicas de la Rosa de los Vientos, gozan de amplias protecciones académicas y de la policía, intervienen con las armas en la mano en la disolución de los piquetes obreros y de las asambleas estudiantiles. Las movilizaciones antifascistas de la primavera de 1975, y en particular los enfrentamientos durísimos con la policía, que es puesta en fuga bajo una lluvia de cócteles

molotov, con ocasión del comicio del fascista Covelli, sancionan un vuelco en la ciudad: para los fascistas ya no habrá espacio alguno, mientras que los «colectivos políticos» se convierten en la realidad hegemónica en la llamada izquierda extraparlamentaria. Cuentan nuestros testimonios: «Para nosotros los fascistas nunca representaron un problema estratégico […] discursos como aquellos, sobre la "fascistización del Estado" o el "fanfascismo" nunca nos habían pertenecido […] conquistando la legalización, en relación a las bandas de matones, comenzábamos en cambio a plantear la cuestión del contrapoder en el territorio, la cuestión del uso de la fuerza, de masas pero no sólo: afirmábamos una dualidad de poder […]».

En esta experiencia continúa siendo central el nexo entre la lectura de la composición social y la materialidad de las necesidades expresadas por aquélla. En 1975-76 crecen los colectivos en la Alta Padovana que, paradójicamente, serán protagonistas de la «sindicalización» de decenas de fábricas y talleres de la zona. En los barrios proletarios de la ciudad (Arcella, Mortise) se difunde la práctica de la autoreducción de los billetes del Sip, Enel; los estudiantes de enseñanzas medias del Comitato Interinstituti prosiguen con la tradición plurianual de las luchas en los transportes.

En la universidad, la nueva figura del «estudiante proletario», cada vez más presente, determina —a partir del papel de «cuartel rojo» de la casa del estudiante Fusinato— la movilización por los precios de los comedores estudiantiles y de los alojamientos.

La práctica de los «colectivos políticos» afina la originalidad de este recorrido subjetivo de organización, con el intento de leer en términos de un leninismo actualizado la crisis de la forma partido clasista y de los «grupos» de la llamada izquierda extraparlamentaria, reinventando así una nueva relación entre «masas y vanguardias» adecuada a esta fase: «Queríamos ser —cuentan los protagonistas— cuadros integrales, en el sentido de que no debía existir separación entre lo político y lo militar, la construcción de organismos proletarios de masas, autónomos de los partidos y los sindicatos, que luchaban para afirmar las necesidades y el uso de la fuerza, la práctica del contrapoder, marchaban parejos». Entre 1975 y 1979 se registran en el Véneto, más de quinientos actos de «uso razonado de la fuerza», se tratará, en la mayor parte de los casos, de acciones de sabotaje y de graves daños a las propiedades de los fascistas, los políticos democristianos, los patrones y los barones universitarios. La generalización de estas prácticas de «ilegalidad de las masas» constituirá, entre otras cosas, el mejor antídoto, durante años, frente a la presencia de organizaciones combativas con un proyecto estratégico que pase por la lucha armada.

En 1976 se inicia la intervención sobre el trabajo negro y los talleres de producción descentralizada, las coordinaciones obreras organizan a centenares de trabajadoras y trabajadores hasta entonces «sumergidos», la forma de lucha más generalizada es la de la ronda que impone las reclamaciones obreras por medio del bloqueo de la producción. La batalla contra la «carestía de la vida» parte de los barrios, se instalan pequeños mercados con precio político y se dan las primeras formas de apropiación directa en los supermercados, con la distribución de mercancías a los proletarios de la zona. En las escuelas superiores y en la universidad, comienzan las primeras luchas contra la selectividad, nacen los «seminarios autogestionados» que imponen su reconocimiento y su propia fiscalización. En 1976 comienzan las transmisiones de Radio Sherwood, una de las primeras radios libres de Italia.

En el '77 en Padua, no se representa así la inesperada irrupción de un acontecimiento, sino un momento de ulterior refuerzo y crecimiento de un recorrido de movimiento en una progresión de la que ya se ha visto en los años precedentes su desarrollo en innumerables terrenos de lucha.

El compromiso histórico

La expresión «compromiso histórico» nace en 1973, después de una reflexión sobre la experiencia del golpe fascista en Chile, por parte del grupo dirigente comunista. Pero sería bastante impropio pensar que esta formulación y este concepto constituyen una innovación radical, un giro en la política del PCI.

Por el contrario el «compromiso histórico» representa la traducción a términos políticos-institucionales de una estrategia elaborada durante mucho tiempo y coherentemente asumida por el PCI, ya desde 1946; esta estrategia asume con el tiempo distintas formulaciones, tales como la «vía italiana al socialismo», «política de nuevas mayorías», pero su hilo conductor y de continuidad está constituido por la búsqueda constante de un equilibrio entre práctica reformista y lenguaje ideológico revolucionario.

En los años que siguieron a la muerte de Togliatti, un número creciente de jóvenes cuadros comunistas, sobre todo de formación estudiantil, fueron atraídos fuera de la órbita del partido por dos fuerzas magnéticas importantes. La primera era sin duda la Revolución Cultural China, que ejerció un fuerte impacto tanto sobre los viejos militantes estalinistas, a los que les restituía una identidad agresiva anti Kruschev, como sobre los nuevos militantes estudiantiles, a los que les mostraba principios decididamente antiestalinistas tales como: «las minorías son respetadas porque a menudo la verdad está de su parte».

La segunda fuerza magnética está constituida por el retorno de las luchas obreras que manifestaban la emergencia de una composición social profundamente transformada respecto a la postguerra y en la que tendían a asumir un papel importante los componentes menos homogéneos con respecto de la cultura comunista tradicional —como los inmigrantes meridionales, que en sucesivas oleadas llegaron al Norte con el fin de llenar sus fábricas.

El PCI en los años que siguieron al '68 vive entre dos tendencias diferentes. Por un lado, logra capitalizar en términos de votos y de influencia social el impulso que proviene del movimiento estudiantil. Por otro, se encuentra que tiene que rendir cuentas con la perdida de autoridad y de hegemonía entre las vanguardias obreras de nueva formación. Por primera vez, en 1969, asistimos a luchas obreras de masas, autónomas respecto de la dirección sindical y del partido.

A mediados de los años sesenta, el problema de la relación entre clase obrera y partido se había retomado más de una vez, en particular en el congreso de Génova de 1966, en el que el partido se había comprometido a reconstruir su papel en la fábrica; pero el problema era radical para los comunistas. Precisamente porque los intereses generales de la economía de la nación, del Estado, eran considerados el punto de referencia de la acción política del partido, todo impulso anti-productivista, igualitario y radicalmente anticapitalista no podía encontrar en el partido una traducción y una disponibilidad adecuada.

Frente a la formación de una nueva composición de clase, seguida de la aparición de los obreros jóvenes e inmigrantes, extraños a la tradición política comunista, extraños al mito productivista de derivación gramsciana y,

sobre todo, extraños a la cultura estatalista del movimiento obrero oficial, el Partido Comunista comenzó a perder, de forma cada vez más rápida, el control de las luchas de vanguardia.

El PCI respondía al extremismo obrero con una política de alianzas con las clases medias; pero lo que hasta los años sesenta podía parecer una política dirigida a conquistar hegemonía cultural y dirección política, después del ‘68 y aún después del Otoño Caliente, pareció pura y simplemente una política de consenso, de agrietamiento de la fuerza política obrera.

1973 representa sin duda el año clave en este proceso de bifurcación entre vanguardias obreras y Partido Comunista. Y esto por dos razones opuestas. Las vanguardias obreras y proletarias recibieron una señal decisiva tras la ocupación de la Mirafiori: era posible organizarse de forma autónoma hasta el punto de desencadenar la ocupación de la mayor fábrica italiana, sin ninguna participación del sindicato y del partido, antes al contrario declaradamente en contra de estas fuerzas.

El PCI recibió una señal del todo contraria a la del golpe de Estado chileno: no es posible ir a un enfrentamiento frontal con la burguesía, aun siendo la fuerza mayoritaria, porque esto provocaría una reacción de tipo fascista. Por lo tanto, es necesario proponer un compromiso al mayor partido de la burguesía, que representa la reunión de todas las fuerzas sociales del país en una perspectiva de solidaridad nacional. Nada más distante de las tensiones que atravesaban el cuerpo social en su conjunto. La bifurcación entre Partito Comunista y vanguardias sociales se convirtió en una escisión vertical, en contraposición violenta.

Pero después de 1973 la escisión entre partido y vanguardias comenzó a asumir también otros contornos, más dramáticos y más profundos de los que se derivarían de una simple bifurcación político-programática. Comenzó asumiendo las características de una ruptura entre dos sectores del área social del proletariado metropolitano. En sustancia, comenzó a delinearse la división entre proletariado garantizado y proletariado no garantizado que en el ‘77 constituyó el motivo más importante de la crisis de la izquierda.

Cuando decimos proletariado no garantizado no incluimos aquí únicamente a los desocupados, a los estudiantes, a los jóvenes en búsqueda de su primera ocupación, sino también a aquellas franjas del nuevo trabajo

obrero más expuestas a los efectos de la reestructuración y de la reducción de la fuerza de trabajo que, en el curso de los años setenta, comenzó a delinearse como tendencia inevitable del desarrollo productivo y de la transformación tecnológica.

Una primera advertencia de esta tendencia, por ejemplo, la encontramos en la controversia de los Innocenti, donde el patrón expulsó a un tercio de la mano de obra, casualmente los obreros jóvenes, muchos de los cuales estaban ligados a formaciones políticas autónomas. En el otoño de 1976 se llegó al enfrentamiento entre obreros despedidos (que querían reingresar en la fábrica junto con algunos centenares de estudiantes y militantes autónomos) y los viejos obreros, ligados al PCI, cuyo lugar de trabajo, por el momento, no fue atacado.

La política del PCI frente al surgimiento del movimiento de los no garantizados, que en el '77 se manifestó en toda su amplitud y en toda su potencia destructiva, tendió a acentuar de forma provocadora la contraposición, y animó, indirectamente, a algunos sectores significativos de las vanguardias obreras hacia la lucha armada.

Estimulado por la victoria electoral de 1976 y por la adhesión (servil y funcionarial) de un enorme número de intelectuales con vocación de convertirse en los burócratas del consenso, el Partido Comunista llegó a formular incluso la consigna más delirante y suicida: *la clase obrera se hace Estado*. Hacer esta afirmación, lanzar este eslogan en el momento en el que la crisis destruía puestos de trabajo y el Estado se preparaba para atacar a los no garantizados y a los propios obreros no pacificados, era lo mismo que lanzar la semilla de la discordia dentro del movimiento de luchas, dentro de la izquierda y dentro del proletariado. Lo que sucedió después, en el '77, no es más que una consecuencia parcial de esta política de división (como veremos en el capitulo dedicado a la discusión entre los intelectuales que se desarrolló en el '77). Sin embargo, fue el PCI el que más pagó las consecuencias de la impavidez teórica y de la subalternancia política de la estrategia del compromiso histórico y de la estatalización de los obreros.

Rechazando de manera preconceptual toda propuesta proveniente del proletariado autónomo no garantizado, maridándose de manera acrítica con las exigencias del capitalismo italiano, que pretendía organizar la reestructuración para poder salir de la crisis, el movimiento obrero renunció a

moverse en la dirección de una campaña de lucha, de reivindicación y de transformación que también emergía de las luchas obreras, de la contestación juvenil y de las exigencias de los desocupados: la campaña por la reducción general del horario de trabajo.

En el '77, cuando primero las asambleas obreras autónomas, después las instancias del movimiento, en una asamblea nacional obrera (celebrada en el Lirico en abril), y también amplios sectores del sindicato lanzaron la consigna: «Trabajar menos, trabajar todos», «reducción del horario de trabajo y paridad de salario», el Partido Comunista rechazó esta perspectiva como si se tratara de una provocación.

Terminó así pagando esta clausura y este servilismo filo-patronal cuando, sólo tres años después, el patrón Agnelli —reanimado ya gracias a que los comunistas le habían ayudado a expeler de la fábrica el «fondo del barril» (expresión del comunista anti-obrero Adalberto Minucci)— echó a cuarenta mil obreros y destruyó la organización obrera y toda la fuerza del propio Partido Comunista. En aquel momento comienza la crisis sin salida del Partido Comunista Italiano.

9. La revolución del feminismo

Los sexos son dos

La mujer no debe ser definida en relación al hombre. Sobre esta conciencia se fundan tanto nuestra lucha como nuestra libertad. El hombre no es el modelo al cual deba adecuarse el proceso de descubrimiento de sí de la mujer. El hombre es el otro respecto a la mujer». Así se abre el manifiesto de Rivolta Femminile de julio de 1970. Y así continua:

> . La igualdad es un intento ideológico de subordinar a la mujer aún en mayor grado. Identificar a la mujer con el hombre significa anular la última vía de liberación.
>
> . Para la mujer liberarse no significa aceptar la misma vida del hombre, puesto que es invivible, sino que exprese su sentido de la existencia.
>
> . La mujer como sujeto no rechaza al hombre como sujeto, pero lo rechaza como un rol absoluto. En la vida social, lo rechaza por su papel autoritario.
>
> . Hasta hoy en día el mito de la complementariedad ha sido usado por el hombre para justificar su propio poder.
>
> . Las mujeres son persuadidas desde la infancia para que no tomen decisiones y dependan de personas «capaces y responsables»: el padre, el marido, el hermano...
>
> . La imagen femenina con la que el hombre ha interpretado a la mujer ha sido de su propia invención.
>
> . Virginidad, castidad, fidelidad, no son virtudes; son vínculos para construir y mantener la familia. El honor representa su codificación represiva consecuente.

. En el matrimonio, la mujer privada de su nombre, pierde su identidad al representar el traspaso de propiedad entre padre y marido.

. Cuando parimos no disponemos de la facultad de dar a nuestros hijos nuestro propio apellido: el derecho de la mujer es competencia de otros, convirtiéndose en su privilegio.

. Nos obligan a reivindicar la evidencia de un hecho natural.

. Reconocemos en el matrimonio la institución que ha subordinado a la mujer al destino masculino. Estamos en contra del matrimonio.

. El divorcio es un injerto de matrimonios, mediante el cual, la institución sale reforzada.

. La transmisión de la vida, el respeto de la vida, el sentido de la vida son experiencias intensas para la mujer y valores a reivindicar.

. El primer motivo de rencor de la mujer contra la sociedad es ser obligada a afrontar la maternidad como si fuera un ultimátum

. Denunciamos la desnaturalización de una maternidad pagada con el precio de la exclusión.

. La negación de la libertad para abortar se inscribe en el veto global que se realiza contra la autonomía de la mujer.

. No queremos pensar toda la vida en la maternidad y continuar siendo instrumentos inconscientes del poder patriarcal.

. La mujer está harta de parir hijos que se convertirán en malos amantes. Frente a una libertad que desea afrontar, la mujer también libera al hijo, y el hijo es la humanidad.

. Toda forma de convivencia, ya sea la de nutrir, limpiar, preocuparse, en cada momento de la vida cotidiana, tiene que estar basada en gestos recíprocos.

. Por educación y por mimesis, el hombre y la mujer ocupan sus respectivos papeles desde la primera infancia.

. Reconocemos el carácter mistificador de todas las ideologías, porque mediante formas razonadas de poder (teológico, moral, filosófico, político) han obligado a la humanidad a una condición inauténtica, oprimida y conformista.

. Detrás de cada ideología, nosotras vislumbramos la jerarquía de los sexos.

. De ahora en adelante, no queremos ninguna pantalla entre nosotras y el mundo.

. El feminismo ha sido el primer momento histórico de crítica a la familia y a la sociedad.

. Unifiquemos las situaciones y los episodios de la experiencia histórica feminista: allí la mujer se ha manifestado, interrumpiendo por primera vez el monólogo de la civilización patriarcal.

. En el trabajo doméstico no remunerado identificamos la prestación que permite subsistir al capitalismo, privado y de Estado.

. ¿Seguiremos permitiendo que tras toda revolución popular, y tras haber combatido al lado de todos los demás, la mujer sea apartada con todos sus problemas?

. Detestamos los mecanismos de competitividad y el chantaje ejercido por el primado de la hegemonía de la eficiencia. Queremos poner nuestra capacidad de trabajo a disposición de una sociedad que les sea inmune.

. La guerra ha sido siempre la actividad específica del macho y su modelo de comportamiento viril.

. La igualdad salarial es nuestro derecho, pero nuestra opresión es otra. ¿Acaso no es suficiente la igualdad salarial, mientras arrastramos sobre nuestras espaldas las horas de trabajo doméstico?

. Reexaminemos las aportaciones creativas de la mujer a la comunidad y deshagamos el mito de su laboriosidad subsidiaria.

. Valorizar los momentos improductivos es una extensión de la vida propuesta por la mujer

. Quien tiene el poder afirma: «Forma parte del erotismo amar un ser inferior». Mantener el *status quo* implica entonces un acto de amor.

. Acogemos la sexualidad libre en cualquiera de sus formas, porque hemos dejado de considerar la frigidez como una alternativa honrosa.

. Continuar reglamentando la vida entre los sexos es una necesidad del poder, la única elección satisfactoria es una relación libre.

. La curiosidad y los juegos sexuales son un derecho para los niños y las adolescentes.

. Durante 4000 años hemos mirado: ¡ahora hemos visto!

. Sobre nuestras espaldas se encuentra la apoteosis de la milenaria supremacía masculina. Las religiones institucionalizadas se han convertido en su firme pedestal y el concepto de «genio» ha constituido su inalcanzable escalón.

. La mujer ha tenido la experiencia de ver cada día destruido todo aquello que hacía.

. Consideramos incompleta una historia construida bajo señales no perecederas.

. Nada o muy poco nos ha sido transmitido acerca de la presencia de la mujer: nos toca a nosotras reescribirla para conocer la verdad.

. La civilización nos ha definido como inferiores, la iglesia nos ha llamado sexo, el psicoanálisis nos ha traicionado, el marxismo nos ha vendido a una revolución hipotética.

. Pedimos cuentas a los milenios de pensamiento filosófico que han teorizado la inferioridad de la mujer.

. De la gran humillación que el mundo patriarcal nos ha impuesto consideramos responsables a los sistematizadores del pensamiento: ellos han mantenido el principio de la mujer como ser añadido para la reproducción de la humanidad, vínculo con la divinidad o umbral del mundo animal, esfera privada y *pietas*. Han justificado en la metafísica todo lo que era injusto y atroz en la vida de las mujeres.

. Escupamos sobre Hegel.

. La dialéctica amo-esclavo es un ajuste de cuentas entre colectivos de varones: no prevé la liberación de la mujer, la gran oprimida de la civilización patriarcal.

. La lucha de clases como teoría revolucionaria desarrollada de la dialéctica amo-esclavo, excluye igualmente a la mujer. Discutamos el socialismo y la dictadura del proletariado.

. La mujer no reconociéndose en la cultura masculina, le arranca su ilusión de universalidad.

. El hombre ha hablado siempre en nombre del género humano, pero la mitad de la población terrestre le acusa ahora de haber sublimado una mutilación.

. La fuerza del hombre se basa en su identificación con la cultura, la nuestra en rechazarla.

. Tras este acto de conciencia el hombre será distinto y tendrá que escuchar todo lo que le concierne.

. Aunque el hombre pierda el equilibrio psicológico fundamentado en nuestra sumisión, el mundo no estallará.

. Frente a la realidad presente de un universo que nunca ha desvelado sus secretos, damos poco crédito a los hitos de la cultura. Queremos estar a la altura de un universo sin respuestas.

. Nosotras queremos la autenticidad del gesto de la revuelta, no lo sacrificaremos ni a la organización ni al proselitismo.

. Comuniquémonos solo con mujeres.

La autora del manifiesto es Carla Lonzi.[1] A sus escritos le debemos la primera definición política de la diferencia sexual en Italia, que a partir de ese momento se convertirá en razón y fuente de la lucha de las mujeres. Una lucha no lineal y no siempre coherente con aquellas afirmaciones. Pero una lucha, sin embargo, que desde ese momento se llevará a cabo incluyendo la necesidad de significar socialmente algo que no había sido significado

---

1 Carla Lonzi, activista de Rivolta Femminile. Su libro quizás más conocido es *Sputiamo su Hegel.* es quizás el mayor exponente del feminismo de la diferencia creativo de Italia. Lonzi murió en 1982 en Roma [*N. del E.*].

antes: los sexos que desean una existencia libre no son uno, sino dos. De ahí, el cuestionamiento, cada vez más preciso, del contrato social. Ya que aquel contrato representaba el aplastamiento y la negación de la existencia de los dos sexos. El uno intentaba así dividirse en dos.

En junio de 1971, tuvo lugar en Milán el primer encuentro nacional de grupos feministas. Hablaron principalmente el DEMAU (Desmistificación del Autoritarismo Patriarcal) y Rivolta Femminile. Hablaron contra la familia y contra el patriarcado. Sin embargo, el recién creado movimiento feminista tuvo pronto que enfrentarse con el «otro movimiento» y con categorías como revolución, lucha de clases, estrategia de toma del poder, el concepto de interés general y el de interés superior de la clase.

El movimiento obrero y el Partido Comunista Italiano ya habían superado la creencia de que la revolución de clase conllevaría la solución de la cuestión femenina. Y la cuestión femenina había llegado a ser una cuestión nacional, una de las que atravesaban la vía italiana al socialismo. Pero poner femenino en lugar de «meridional», de «joven» al lado del término «cuestión» equivalía a mantener en pie el concepto de interés general.

Durante años se avanzará incluyendo en la lista a unos al lado de los otros, a otras mujeres, a los jóvenes, los desocupados, los ancianos, los discapacitados.

Al final de los años sesenta se comenzará a decir de forma más explícita que todo proyecto de transformación social basado en la ocultación de la existencia de las mujeres es en realidad un proyecto parcial, masculino, determinado por los tiempos, los deseos y las contradicciones de un solo sexo que se pone a sí mismo como modelo para el otro, para el denominado *Segundo sexo* recogiendo el título del ensayo de Simone de Beauvoir.

La revolución parcial

Así, la revolución no sólo deja sin resolver la necesidad de una existencia libre para las mujeres, sino que el denominado sujeto histórico, la clase, es atravesado por la contradicción y el conflicto entre sexos.

Machismo y autoritarismo patriarcal son los dos blancos que encontramos en los documentos del DEMAU, un grupo nacido en Milán a finales de los años sesenta.

Ahora se trata de llegar a ser uno de los dos sexos, de salir de la subalternatidad secular reproducida en el movimiento obrero y en el movimiento estudiantil. Las mujeres se descubren a sí mismas participando de un silencio subalterno. En las asambleas no toman la palabra, no escriben las octavillas, pero se despiertan a las seis de la mañana para distribuirlas delante de la fábrica (en el primer turno) y en las escuelas. Son los «ángeles del ciclostil». No es un gran cambio respecto del «ángel del hogar».

Por este motivo deciden ganar en autonomía sustrayéndose de la mirada masculina, cuestionado las imágenes que el hombre les ofrece de sí mismas y que las propias mujeres también han contribuido a sostener. Es necesario separarse. El separatismo se convierte en la primera forma política del movimiento: fuera los hombres de las asambleas y de las reuniones. Nos reencontramos en las casas sólo entre mujeres. Una, dos veces a la semana. Naturalmente, siempre nos habíamos encontrado entre mujeres, pero hasta aquel momento se había aprovechado la ausencia de los hombres, recortando nuestra socialidad permitida.

Ahora los hombres pasan a ser, explícita —y a veces dolorosamente—, excluidos. Algunos (en las escuelas) tiran abajo las puertas. De golpe, parecen interesarse por lo que las mujeres dicen. Los desacuerdos florecen en el ámbito privado, lo que a menudo conlleva rupturas en las relaciones, e incluso una demanda de redefinición de aquello que hasta ahora había sido el equilibrio —desequilibrado para una parte— de la pareja.

Buscar la identidad de un sexo, el propio, a través del paciente trabajo de excavar en la memoria, prestar atención a los productos (literatura, cine, poesía de las mujeres), afirmar otra dura negación, «yo no soy como vosotros» que servía para demostrar la diferencia respecto al sexo masculino. Estudiar las razones de la secular subalternidad femenina, la complicidad, inventar una fenomenología que se pusiese en el centro la vida cotidiana, descubrir la cara interiorizada de la violencia, la desvalorización, la rivalidad y/o complicidad entre las mujeres, esta fue la operación. Se escupía así sobre la fenomenología clásica.

La autoconciencia

Había una única manera de substraerse al mundo simbólico masculino: partir de sí. Valorar, se diría hoy, la propia experiencia vivida, otorgándole una dignidad política: «Lo personal es político» fue el eslogan. La necesidad de prestar una atención privilegiada a la historia de cada individuo-mujer como condición y medida de cada acción colectiva, la necesidad de las otras de entenderse a sí mismas. El análisis se fijó en la familia: «No más madres, esposas, hijas, destruyamos la familia». Y en la educación autoritaria (por ejemplo el libro *Dalla parte delle bambine* [*De parte de las niñas*] se movía en esta dirección), en la relación entre la madre y sus propias semejantes. De ahí surgieron los pequeños grupos de autoconciencia, una práctica inventada en Estados Unidos, difundida posteriormente en Italia por los grupos de Rivolta Femminile.

En un número aparecido en 1974 de *Sottosopra!* revista milanesa que nació dos años antes, se puede leer:

> Autoconciencia es interrogarse
>
> Preguntad a un obrero cuál es la tasa de siniestralidad de su unidad, la fecha del último contrato, su nivel de cualificación, cómo se calculan las retenciones, y obtendréis una respuesta.
>
> Haced las mismas preguntas a las mujeres: encontrareis pereza, desinterés, indiferencia, delegación.
>
> Durante los intervalos de la comida las mujeres aprovechaban para comprar algo para sus hijos en los mercados externos a la fábrica, los obreros discutían, leían los carteles del sindicato, el periódico y las octavillas que les daban, incluso muchos compañeros no daban instintivamente las octavillas a las mujeres «porque de todos modos no las leían».
>
> Nos hemos preguntado el porqué, entre una octavilla y otra.
>
> Nuestro pequeño grupo de autoconciencia estaba formado por una docena de mujeres,
>
> Nos encontrábamos cada semana. Juntas hemos entendido que si hay un lugar para nosotras sobre la faz de la tierra hay que conquistarlo, no tenemos que fiarnos de los hombres, ni siquiera para abrir una lata de conservas.

Hemos entendido que somos capaces de vivir, y eso no es poco, no tenemos necesidad ni de padres, ni madres, ni hermanos mayores, ni psicólogos, ni sacerdotes, es posible ir adelante con nuestras propias fuerzas y estamos cansadas de que nos aconsejen, de la prensa del corazón, de las recomendaciones, del pídeselo a, etc.

Hemos aprendido a mirar hacia fuera y hacia dentro, con el propósito de entender cómo está hecho el mundo, y cómo estamos hechas nosotras, sin que nadie nos lo haya dicho antes, interpretándolo desde nuestro lugar, en pocas palabras, HEMOS DEJADO DE DELEGAR EN EL HOMBRE, con todos sus anexos y conexos de pereza, indiferencia, pasotismo.

Hace tiempo hicimos una encuesta entre las amas de casa de un barrio periférico de Milán. «¿Cuántas horas trabajas al día? Ummm, 12, 15 no sé, no las he contado nunca. ¿Nunca sales de casa? El último viaje que hice fue el de bodas. ¿Como lo haces para no tener hijos? Es mi marido quien se ocupa de todo (4 hijos y un "raspado")».

Hemos reclamado también ideas para cambiar la situación, para intentar un cambio. ¿Qué tendríamos que hacer? Es una condena. Falta de coraje, confusión y resignación.

Nos hemos preguntado el porqué, entre una entrevista y otra.

En nuestro grupo de toma de conciencia algunas no podían salir solas de noche. Siempre estaba el marido detrás y en los lugares preestablecidos.

La noche de la autoconciencia ha sido una conquista en la media en que alguna cosa podía cambiar y la libertad, que siempre nos habían negado, se convertía una victoria de cada día, a la que teníamos que aferrarnos con todas nuestras fuerzas.

Nos ha costado superar el sentimiento de culpa de dejar los platos sucios encima del fregadero para ir a la reunión, o al marido solo en casa taciturno, o a la madre que gritaba, o al niño que apenas se había dormido.

Pero esto ha representado para todas nosotras una elección de supervivencia. No podíamos actuar de otro modo. ¿Quién ha dicho que nosotras tenemos que conformarnos con las migajas? ¿Que somos casa y niños? ¿Quién ha decidido que sólo tenemos que ser tetas y culo?

Y nos sentimos también culpables, culpables de todo: de no habernos rebelado antes contra este estado de cosas, de haber tardado tanto en hablar, de haber sido siempre pacientes, para que quizás algún día todo cambiase, culpables de habernos refugiado a llorar en la espalda de alguno en lugar de arrojar las paellas y el delantal, la laca suave, la faja muy estrecha, culpables de haber perdido tanto tiempo leyendo fotonovelas, llamadas a Roma 3131, charlas de escalera y compras en el supermercado (atención a las ofertas especiales) falda corta y pantalón ceñido, culpables sobre todo de haber sido siempre anuladas por «él», por «ellos», de haber desperdiciado una vida al servicio de los otros como esclavas fieles y silenciosas.

Todo esto podía cambiar y ha cambiado dentro de nosotras.

Ahora lo importante es «darnos importancia a nosotras mismas», el mundo es también nuestro si nos unimos y tomamos conciencia.

Los quioscos están llenos de mujeres desnudas y nosotras somos incapaces de hablar de sexo. Cuando lo hacemos es de manera poco natural, propia de personas que tienen tantas cuentas pendientes con su propia sexualidad que prefieren bromear. Es común que nos encontremos con el tabú, el silencio.

La mercantilización del sexo ha alcanzo niveles absurdos: nada ni nadie escapa a la técnica manipuladora de los *mass media*. Marcuse en su libro *Eros y civilización* se expresaba así sobre esta cuestión: «A través de la industria cultural, en sus distintos niveles, la sexualidad se ha reducido a un comportamiento administrativo: la movilización erótica permanente, impuesta por las imágenes del capitalismo monopolista, castra toda efectiva potencialidad catártica de la sexualidad [...]».

Y así sucede que en nuestros lechos no estamos solas, nos acompañan los consejos del *Cosmopolitan*, las 57 posiciones eróticas de la última revistilla pornográfica, la grapa clara, la poltrona incitante, el chasis de curvas suaves, las frustraciones del jefe de la oficina, las inseguridades acumuladas, la energía reprimida, la agresividad acumulada, el deseo de otra compañera, el chantaje afectivo siempre al acecho, el instinto de posesión, de apropiarse del otro y a veces también el asco, la nausea, la instintiva asimilación a los animales.

Todo esto (y más aún) está entre nosotras y la otra persona cuando hacemos el amor.

Pero no se habla. O quizás sí: el hombre con el fin de enumerar sus trofeos de guerra, la mujer para confiar preocupada a una amiga que este mes se ha «salido de cuentas»

En nuestro pequeño grupo hemos querido también romper el silencio sobre estas cosas y hemos empezado a hablar de ellas. Tímidamente al principio. Al faltarnos el coraje para partir desde nosotras desde el principio, hemos tomado un libro como pretexto y después: los discursos, las experiencias, los problemas de todas se han abierto paso con simplicidad, sin miedos ni desconfianzas. Y es verdad que alguna todavía no habla, no las pone en común: hay en medio muchos años de soledad, de afrontar estos problemas encerradas en los cuatro muros de nuestros pensamientos, con la sombra del varón al acecho.

Hemos descubierto que tenemos derecho a hablar de nuestro cuerpo porque nos pertenece a nosotras y a nadie más, ni revistillas, ni literatura erótica, ni chistes fáciles, ni tradiciones, ni costumbres.

Lo que en principio dábamos al hombre (incluso el modo de hacer el amor o la elección del anticonceptivo) nos lo hemos reapropiado conscientemente. No se trata de pedir entrada en el mundo masculino ni de llegar a ser «buenas» como los hombres, sino de situarnos en la búsqueda de nuestra identidad. Y con esto nos basta.

Nuestro grupo de autoconciencia funciona desde hace un año. Hemos hablado de todo partiendo de nosotras mismas, sin velos ni falsos pudores y hemos conseguido sentirnos más mujeres. Al principio solamente éramos buenas en la mesa, en la cocina o en la cama. Durante mucho tiempo, hemos examinado la esfera privada en todos sus aspectos, donde siempre somos sus sujetos principales: mujer igual a privado, hombre igual a público; mujer igual a casa, hombre igual a sociedad.

Hemos afrontado así esta primera contradicción y si estamos todavía en casa es sólo porque bajo los puentes hace frío, pero nosotras ya no somos la casa, amamos aún a los niños, quizás mas, pero no tenemos necesidad de ellos para ser nosotras mismas. Ahora somos más libres, nosotras y ellos.

Respecto al hombre hemos llegado a ser como termitas, erosionamos su poder, su fuerza, su presunta supremacía día tras día, incluso hemos perdido «el miedo a perderlo».

Pero todo esto no basta, y nos hemos dado cuenta.

La toma de conciencia no puede ser sólo un momento de gestión de nuestras contradicciones personales, no basta intentar ser más libres siendo doce, veinte o cien. TODAS LAS MUJERES TIENEN QUE SABER, TENEMOS QUE COMUNICARNOS CON TODAS LAS MUJERES.

Y frente a esta perspectiva, hasta ahora sólo hemos entendido una cosa, aunque fundamental a nuestro entender: nosotras no queremos intervenir «sobre las» mujeres, porque no nos convence esta lógica de prevaricación sutil, esta política de contrabando, precisamente porque como mujeres nos hemos sentido las primeras en haber sido «prevaricadas» durante años (y todavía hoy arrastramos encima esta realidad).

Nosotras no rechazamos la organización, la buscamos, la queremos, la estamos inventando.

Nuestra actual presunción se basa en el rechazo a convertirnos en la nueva Eva salida de la costilla de un nuevo Adán de izquierdas.

Nuestra riqueza para el mañana es aquella de quien ha comprendido y no quiere dogmas, papas ni banderas.

Nuestra única fuerza es el reencontrarnos juntas, después de que el hombre nos haya enfrentado entre nosotras. Tenemos también una esperanza, la misma que estaba escrita en una pancarta en el funeral de Emily Davidson, sufragista inglesa muerta en 1913: La toma de conciencia de las mujeres ha adquirido un poder que no puede permanecer sin ser escuchado. ¡VICTORIA!

Todo esto conlleva enormes problemas y va directamente al meollo del modo de concebir la revolución y el proceso histórico que debe guiarla. Somos plenamente conscientes, y sobre estos temas contamos con el compromiso de las compañeras de que se hará siempre mas vivo y consciente.

Por parte de los militantes de los partidos de la vieja y de la nueva izquierda les llovieron las acusaciones de intimismo e individualismo. Sin embargo, el intimismo no era nada más que la necesidad de dar valor social y político, de dar sentido, a lo vivido, al mundo femenino tradicionalmente relegado a la esfera privada. El individualismo implicaba una atención (inédita dentro de la izquierda) al individuo, ya que el sujeto de este proceso de transformación tenía que modificarse, que reconstruirse nuevamente según sus propias categorías y proyectos si quería modificar, de acuerdo a su propio interés el mundo en el que se encontraba, además de luchar por él.

El movimiento de las mujeres rompía así de forma drástica con la tradición del movimiento obrero italiano, que interpretaba la cuestión femenina (la subalternidad, la explotación, la exclusión del trabajo de las mujeres) como una «gran cuestión nacional», como un gran problema social vinculado a la división sexual del trabajo. De repente el acento recae sobre cómo las sociedades (y también los movimientos que pretenden cambiarla) son un problema para las mujeres.

Emancipación, ciudadanía, igualdad ya no son los objetivos, Se busca otra entrada al mundo, no en razón de una exclusión, sino en virtud de un deseo que ya no puede modelarse a través de la diferencia, sobre la base de las necesidades sociales y políticas validadas y proyectadas por los hombres.

Opresión / explotación

Otro anzuelo arrojado contra el modelo que ofrecía el movimiento obrero, proponía la monetarización del trabajo doméstico a través de una critica económico-social (inspirándose en el análisis del obrerismo) del trabajo sumergido, interpretado a través de la categoría de explotación. El proyecto de liberación de las mujeres, según este análisis, consiste en hacer emerger la fatiga y la renta hurtados en esta transformación del valor de uso en

valor de cambio. En Padua, las feministas piden un «salario para las amas de casa», En su periódico *Las obreras de casa* de mayo de 1975 se puede leer:

> Nosotras, mujeres, desarrollamos el mismo trabajo en todo el mundo: esperamos a los hijos, los parimos, los criamos, cuidamos a nuestro marido, a nuestros familiares. Siempre estamos preparadas para satisfacer a nuestros hijos cuando vuelven de la escuela, a nuestros maridos y padres cuando vuelven de la fábrica, de las oficinas… a nuestros padres y suegras que tienen el miedo de acabar en el asilo o que se sienten una carga en casa.
>
> Cuando estamos solas en casa, somos como trenes, organizadas al minuto, siempre corriendo: hacemos las camas, limpiamos los cristales, hacemos la compra, barremos, limpiamos el suelo y las escaleras, limpiamos el baño, doblamos y guardamos la ropa, la lavamos y la planchamos.
>
> *Cuando los hombres vuelven a casa todo se encuentra en orden y limpio*. No se dan cuenta del trabajo que nos ha costado, no lo piensan. Así el trabajo domestico pasa siempre de hurtadillas, porque si hay alguien que está cansado, alguien que se encuentra mal, alguien que se siente preocupado, éste debe ser él.
>
> *En cambio, los niños contemplan nuestro trabajo desde el primer el día*, pero son demasiado pequeños para hacer algo que no sea hacerse querer y hacernos trabajar, y después todo se arruina pronto cuando se les enseña que no deben respetarnos. Ësta es la vida que la mayoría de nosotras hace en familia.
>
> Así a lo largo de años acumulamos un cansancio físico crónico, un rencor, un sufrimiento y una gran violencia contra todo y contra todos.
>
> Hacer y rehacer cada día las mismas cosas que los otros deshacen continuamente, trabajar a ritmos enloquecidos, tal y como trabajamos, intentar que cuadre el balance, recordar mil y una cosas: los recibos que hay que pagar, la división del alquiler, lo que tenemos que comprar, arreglar... nos hace estallar de nervios, mientras que nadie, ni marido, ni hijos, ni familiares, siente una sincera consideración por nosotras.
>
> Siempre termina por suceder que nosotras amamos más de lo que somos correspondidas, servimos mucho más de lo que nos sirven, consolamos mucho más de lo que somos consoladas. Tenemos que hacer siempre más, para obtener siempre menos, y esto nos agota. Al llegar a los cuarenta estamos agotadas. Ya no servimos. Nos han consumido la paciencia, el alma, los músculos. El neurólogo nos ofrece ahora psicofármacos.
>
> *La carrera del sacrificio* ha sido *brúscamente* interrumpida por las mujeres. Ha llegado la hora de la rebelión. Cada mujer quiere obtener la misma consideración y el mismo respeto que ella tiene hacia sus familiares, la misma cantidad y calidad de amor, el mismo horario de trabajo.

Los hombres que se apalancan en la poltrona, tras 8 horas de trabajo, mientras ella lava los platos, ya no pueden escaquearse. También ella ha trabajado duro durante todo el día, más de 8 horas. Ahora, lo mínimo que puede hacerse es compartir el trabajo que queda. Ninguna regresa atrás una vez comenzado ese camino. En las casas se dan muchas peleas entre maridos y mujeres, entre hermanas y hermanos, por todas esas cosas que no funcionan entre hombre y mujer en la familia.

Y también *fuera de la familia* las mujeres están cada vez más enojadas. Contra quien alza los impuestos del agua, el precio del alquiler, de todo aquello que necesitamos para vivir, que nos gusta y que deseamos tener. Estos han sido siempre argumentos de discusión entre mujeres, pero hoy *el tono con el cual las mujeres se enfadan contra quienes detentan el poder, es mucho más fuerte*.

Otro eterno argumento de discusión entre las mujeres, los hijos, se plantea también de forma diferente. *Se plantea en términos de trabajo doméstico y sueldo*: un hijo da mucho trabajo y necesitamos mucho dinero para sostenerlo: el precio que pagamos por criar a un hijo es hoy demasiado alto. Se trata de un dato objetivo: *una vez echadas las cuentas las mujeres han reducido el numero de hijos.* De esta manera se han salvado en cierto modo del agobio de un trabajo que nunca se acaba y de la falta continua de dinero. Salvadas, pero no demasiado, por que tenemos todavía que emplear miles de horas en el trabajo doméstico. En algunos países, las mujeres han podido obtener *un poco de dinero para el trabajo de crianza de los hijos*. Basta pensar en un ejemplo ya conocido, la lucha de las mujeres que recibían asistencia estatal en Gran Bretaña o en Estados Unidos.

El conjunto del *trabajo doméstico* es hoy lo que ponemos en el orden del día: *como horario y como ausencia de salario.* Queremos organizar *la lucha contra nuestra explotación*. Éste es nuestro feminismo.

Mujeres, nosotras trabajamos el doble que los hombres y el día 27 no tenemos nuestro sobre con la paga.

La iglesia honra a la familia, el Estado se funda sobre la familia, pero cuando se trata de trabajar, somos nosotras las que tenemos que tirar del carro. Y de cuando en cuando, nos dan las gracias. Pero de agradecimientos no se vive. *Con el salario del marido, sólo conseguimos sobrevivir. Queremos un salario por nuestro trabajo domestico para comenzar a VIVIR.*

La contradicción hombre-mujer, la sexualidad negada hasta ese momento, son señaladas por el movimiento de las mujeres como los lugares privilegiados de la opresión. Una opresión perpetuada por el sexo masculino sobre el femenino. Hasta ese momento la única clave de lectura para la condición femenina había sido la explotación. Ahora, el trabajo se centra

en la sexualidad. En la negación de la sexualidad femenina que coincide forzosamente con el deseo del hombre. Luce Irigaray con su *Speculum* recorre los textos, de la filosofía al psicoanálisis, de Platón a Freud, y muestra como la mujer ha sido excluida de la producción del discurso. Reducida a una silenciosa plasticidad, desconocida por la lógica del uno, de lo mismo. En Francia nacen grupos de *Politique et Psychoanalyse*: en Italia el movimiento se divide entre las que siguen la práctica del inconsciente y las que en cambio consideran justa una intervención en lo social (por ejemplo el colectivo Romano de via Pomponazzi). Estas son las soluciones que intenten dar respuesta a la crisis de los pequeños grupos de autoconciencia, que se encuentran mayoritariamente atrapados en un ansia de política y en una imposibilidad de ir hasta el fondo del análisis de la dependencia (lo que llevara a muchas mujeres a elegir el camino del psicoanálisis).

Las mujeres se dotan del encuentro colectivo como instrumento, mientras inician la práctica de las vacaciones separadas. Acuden a la mente los lugares dónde se han sucedido jornadas, reuniones, como en Pinarella, Paestum, Carloforte. Lo que cuenta es mantener una discusión política que no concluya en una esfera separada. Se experimenta el placer de hablar juntas. Las mujeres no se encuentran para secarse las lágrimas. En el *Sottosopra* de 1973 se puede leer el testimonio de una mujer que regresa de uno de estos encuentros:

> Me he convencido hasta el fondo de que las mujeres, yo, no sólo somos la casta oprimida que se rebela, no sólo somos capaces de alcanzar un análisis correcto en pos de una estrategia eficaz, no sólo somos compañeras de una lucha de liberación. Todo esto está, pero de alguna manera se ve aumentado, espléndida y felizmente, por la experiencia vivida de que las mujeres pueden ser criaturas a las que una puede confiarse, con las que tocar flautas y tambores durante noches enteras, divertirnos bailando, discutiendo, haciendo proyectos y trasformándolos en realidad, algo que antes conocíamos sólo mediante la compañía de los hombres.

Y luego explica como este «enamorarse de las mujeres» ha significado para ella «un primer paso completamente nuevo respecto de la antigua conciencia de la opresión común, con el fin de llegar a reconocerme también alegremente entre las mujeres, reconstruir mi identidad no sólo en el dolor y la rabia, sino a través del entusiasmo y la risa».

Adiós a las armas

Radicalidad, trasgresión, ruptura del marco establecido: ¿cómo interfiere todo esto en la historia política de la izquierda? ¿De la izquierda de los años setenta?

En una gran manifestación para reclamar el derecho al aborto, primera expresión visible de un separatismo que ya era práctica política desde hacía años, el 6 de diciembre de 1975, un exponente de la nueva izquierda recibió un bofetón por haber forzado el servicio de orden que impedía el ingreso a los hombres en la manifestación. Ésta fue la primera simbolización en los medios de comunicación de un conflicto no resuelto dentro de la nueva izquierda, así como de las dificultades de la izquierda, vieja y nueva, para gestionar lo que ya no se presentaba como una variable más de la contradicción principal entre capital y trabajo.

Las manifestaciones de mujeres se convirtieron en una practica habitual. Eran muy diferentes de las manifestaciones mixtas. Zuecos, erizos, faldas con flores, las manifestantes cantan, bailan, juntan sus manos, se abrazan, hacen corrillos. La felicidad de «*estar*» muchas, sin hombres, parece la finalidad real de encontrarse juntas. Así, el 8 de marzo se anunciará mediante unas pancartas a cuadritos blancos y rosas. Así también, el colectivo Pompeo Magno pone su fantasía en la ruptura del esquema clásico de quienes desfilan y lanza eslóganes: aquí esta una gran oruga que serpentea por las calles de Roma. Así, el desfile «Reapropiémonos de la noche» se centra en la reivindicación del derecho de las mujeres de caminar solas por las ciudades: no sólo durante el mediodía, sino también en plena noche.

Efectivamente, esta política de las mujeres y sus expresiones resultan cada vez menos conciliables con la política de la izquierda. Y la dificultad se transforma en divorcio: en el congreso de Rimini de Lotta Continua y su posterior disolución (1976); en el abandono de las mujeres de Il Manifesto y de otros grupos mixtos. La critica a la política motiva el abandono de organizaciones cuya cultura reproduce, según las mujeres, formas de dominación denunciadas y sufridas en otros lugares. Porque allí se separa lo «personal de lo político», la economía de la sexualidad; el individuo del colectivo. Un año antes Lea Melandrí escribía un texto titulado *La infamia originaria:*

Dos instituciones, escuela y familia, se recomponen en un orden ideal, el Orden de la Delegación. La sonrisa de Franti es el *infame*, el *diferente* que no duda en romper el idilio de una mayoría conforme.

El militante revolucionario vuelve a pensar hoy en sus sueños privados y le surge la sospecha de que la política sea solo un sueño. Lo que ha sido mantenido a raya, negado o separado, se asoma con vergüenza o la insidia de «voces» disonantes, la «voz» que discrimina, divide, indica una diferencia.

Pero dentro, en la brecha, se vislumbra la sonrisa de Franti: una sonrisa infame que mata al mismo tiempo a la madre y a Malfati, al Corazón y a la Política.

En estos últimos años, mientras los grandes y pequeños partidos vuelven a estrechar sus estructuras jerárquicas y burocráticas, pirámides imaginarias de antiguas «geometrías» familiares, la espontaneidad revolucionaria descubre cada vez de forma más clara la verdad de todo aquello que la ideología burguesa ha expulsado de la esfera publica, a los guetos, a los hogares, la relación hombre mujer, la desviación individual. La búsqueda de circularidad y de síntesis entre lo *personal* y lo *político,* artificialmente separados, aparece como última frontera. A través de su superación o bien nace una nueva forma de existir políticamente o la política, como proyecto colectivo de liberación, muere.

Las dificultades que encuentra la autonomía en sus diferentes formas de agregación (asambleas autónomas, grupos de autoconocimiento, comunas etc...) no son diferentes de las que llevan a los militantes «desilusionados» a recrear el partido como espacio separado de la política. Pero para los que han dejado esta ilusión a sus espaldas, el riesgo es el retorno a la vida privada.

La *nostalgia* y la *repetición* se insinúan continuamente allí donde la aparición de comportamientos diferentes y más libres se siente como amenaza de soledad y marginación respecto a una socialidad que, aunque reconocida como imaginaria y represora, parece menos inquietante.

La esclavitud ayuda a temer la libertad. La idea de movimiento lleva tras de sí, como si fuera una sombra, la de la parálisis.

Llegado este punto hay que preguntarse si no somos siempre demasiado rápidas en trazar los límites entre *conservación* y *revolución*. Si por conservación no se entiende sólo la defensa de los privilegios sino, en un sentido más amplio, la sumisión a normas y relaciones que garantizan una supervivencia alienada, el límite se desplaza entrando en la historia de cada uno, tocando las situaciones más «privadas».

Fantasmas y realidades se interesan siempre por nuestra historia privada / social. La organización capitalista de la producción para atribuir concreción a algunas abstracciones (dinero, valor de cambio) tuvo que proponerse como objetividad inmodificable (naturaleza). La misma suerte corrió todo lo que está relacionado con ella: división del trabajo, tecnología, relación individuo-sociedad etc. La «naturalidad» de la economía y de la política es

el engaño de la ideología capitalista, mantenido en gran medida incluso por quienes querrían destruirlo. Descubrir trabas en una máquina que parece perfecta significa abrir un resquicio al intento de reapropiación de la realidad. Cuando lo social ya no nos aparece con la falsa solidez de lo que es objetivamente exterior y totalmente otro respecto a nosotras, es mucho más fácil observar el parentesco que mantiene con la historia de cada una de nosotras.

En estos últimos años la imagen de sistema inquebrantable y racional ha sufrido una fractura difícilmente remediable. Las mistificaciones ideológicas y morales sobre las que se ha sostenido hasta ahora la sociedad burguesa caen mientras nos damos cuenta de que la subsistencia ya no es una garantía.

Podría parecer el momento más favorable para poner fin a la dependencia de las masas. Alguien seguramente lo ha esperado. Pero hay también señales que indican tendencias opuestas: la revalorización de las instituciones (escuela, familia, partido), la nostalgia del retorno a lo privado, el nacimiento de nuevas formas de evasión de tipo mágico-religioso como protección frente a la soledad y la incertidumbre. El problema de la dependencia, a parte de ser más actual que nunca, es como si se revelase cargado de implicaciones complicadas y profundas. Frente a un orden que se desmorona, el esfuerzo por saldar las rupturas y cubrir las voces disonantes precisa de una conservación no menos material que el de la conservación física en sentido estrecho. Las mismas personas que ansían el desmoronamiento de la pirámide capitalista, no son siempre capaces de sustraerse a la tentación de reforzar los vértices de otras organizaciones sólo en apariencia alternativas.

La *conservación* se relaciona con la *supervivencia*. Más allá de la comida, ¿qué es lo que no podemos correr el riesgo de perder para que la vida nos sea garantizada?

Dentro de la actual estructura económica, sujeto individual y sujeto social se presentan con connotaciones alienadas: los individuos, que la ideología burguesa describe como sujetos activos, libres y autónomos son en realidad reducidos a objetos pasivos, individuos abstractos; la masa de los productores y ejecutores resulta, por el contrario, formada por individuos que se desconocen entre sí, aislados y despojados del producto de su propio trabajo. Contraponiendo el sujeto social (clase) al individuo, como si la clase fuera *por sí misma*, objetivamente, el sujeto de la revolución, el materialismo dialéctico corre el riesgo de atribuir concreción y fuerza revolucionaria a una entidad tan abstracta y alienada como el individuo.

La búsqueda de *una individualidad concreta* se relaciona por lo tanto, inevitablemente, con la búsqueda de *una nueva sociabilidad*.

Cuando se habla de «personal» y «político», como de dos instancias presentes en los movimientos revolucionarios, el riesgo que corremos es, en cambio, el de restituir consistencia y polaridad a dos momentos que se presentan en realidad fundidos y confundidos. Introducirse en la historia

de lo que ha sido leído sólo como privado e individual es como dejarse atrapar por un embudo. El tiempo real y la intencionalidad política están cada vez más asfixiados, mientras parece corporeizarse una profundidad sin historia donde se agitan pocas pasiones intensas, todas iguales. Lo «personal» asume así el aspecto de lo *diferente*: una suerte de «naturaleza» inmodificable y negada que aflora produciendo disgregación y confusión en un tejido social que quiere representarse como homogéneo.

Detrás de la verdad que hay en todo esto (la parcialidad contra una imaginaria unidad, la conflictividad contra una ficticia solidaridad) se puede acabar por reproducir, sin quererlo, la mistificación ideológica: ver como un impulso «natural» y separado lo que es efecto y al mismo tiempo sostén, la perduración de una sociabilidad distorsionada y abstracta.

Los celos, la competición, la petición de amor, son las caras desfiguradas de una integración en lo social que pasa de forma coercitiva a través de la dualidad / triangularidad de las relaciones familiares.

Desde este punto de partida, el modelo de una supervivencia alienante y destructora parece atravesar, con pequeñas modificaciones, toda la organización social.

En un grupo de mujeres que se propone dotar a la propia relación política de unas bases concretas y no ideológicas, la llegada de nuevas personas conlleva la discusión sobre la problemática de si hay que mantener el grupo abierto o darse un mínimo de reglamentación.

Pero, ¿quiénes son las «nuevas»? M. se declara abiertamente hostil a cada nueva presencia que siente como «rival» en el grupo, en el sentido de que puede llevarse la atención y el amor del grupo. El grupo se configura claramente como *tercero-grupo / persona,* al que imaginariamente se da o se teme dar un rostro. Nuestra historia está siempre marcada irremediablemente por las relaciones triangulares. «¿Hubo en algún momento —se pregunta L.— un *cuarto activo*?»

Según G. el grupo es acogedor, cálido como el vientre materno. No siempre, a veces lo siente ajeno y casi no reconoce a las personas. Cuando se siente cómoda tiene ganas de hablar. La voz es penetrante, voraz, pero le traiciona también el miedo a ser devorada.

En opinión de otras el grupo no tiene el rostro de ninguna en particular, se quiere que se mantenga neutro, anónimo. Se propone así pero de manera visible y analizable, la estructura fundamental y más duradera de todas las relaciones interpersonales: la dualidad / triangularidad del tipo de relaciones sociales que la familia imprime en cada una de nosotras. Cualquiera que sea el rostro del grupo (la madre, la pareja de padres) la *situación originaria* está allí, implicada en la frágil sensatez de nuestros discursos, en lo completo de nuestros cuerpos. Liberar la palabra quiere decir «traicionarse» desvelando impulsos y fantasías en parte desconocidas por nosotras mismas, pero no hasta el punto de dejar de sentir en ellas la reaparición de algo que ya sabíamos. No por casualidad, explicitar la demanda de

garantías afectivas en un grupo de mujeres despierta temores profundos: se teme al rechazo como repetición intolerable del abandono originario, pero también la condescendencia porque nos devuelve a fantasías fusionales, mortales, englobantes; como si frente a la ausencia de la tranquilizadora *diferencia* que tiene el hombre, su diversidad convertida históricamente en poder, las mujeres se encontrasen unas frente a las otras sin fronteras, permeables entre sí.

Antes de que la reunión acabe, una propone vernos para cenar, para encontrarse con las otras *fuera del grupo* y distinguir con más facilidad las caras y la voz de cada una desde los propios fantasmas. El encuentro ocurre algunos días después en un local en el que, por el estruendo de la música, es casi imposible hablar. La necesidad de hacer referencia a un anónimo grupo / persona resiste al deseo de relaciones más libres.

El «cuarto activo» nace lentamente y con dificultades. Mientras tanto, la supervivencia.

Una mujer ha decidido separarse de su marido. Ha pasado la tarde sola; se ha dormido pronto pero se ha despertado con dolor de cabeza. Se imagina que enferma gravemente y que la llevan al hospital. Quiere que el marido lo sepa y se conmocione por lo ocurrido. Otras fantasías: desnudarse de cualquier deseo y dedicarse a la meditación religiosa; o bien llegar a ser como la madre, reservada, sobria, sacrificada a las obligaciones familiares.

Podemos sustraernos a la dependencia, a la espera de que alguien o algo *desde el exterior nos* garantice la vida, pero lo que sigue estando prohibido es *jugar en libertad*. El privilegio del hombre es también poderse permitir «tener hambre» y al mismo tiempo «jugar». Un equilibrio alienado entre supervivencia y placer fundado en la separación que permite evitar el sufrimiento de a quien se obliga, frente a la ausencia de placer, a «tener hambre» avergonzándose de ello.

Romper el círculo de la dependencia es entrar en una fase de *transición* dónde el riesgo consiste en eliminar, junto al cadáver de una existencia alienada, el placer y la vitalidad congelados en una suerte de infancia mermada.

La supervivencia tiene que ser repensada a partir de su *punto de origen*: una indicación que sirve no sólo para los análisis de la alienación especifica de las mujeres, sino para todas las organizaciones políticas que subrayan la autonomía como momento indispensable para la creación de una colectividad política real.

La practica política de los grupos feministas, en el justo momento en que hace suyas estas temáticas (la supervivencia, lo personal etc.) choca contra un Orden y una Unidad ideales que regresan continuamente, sin grandes variaciones, a las historias de la izquierda. La parcialidad se presenta en este caso de forma inequívoca como *diversidad y disonancia*, amenaza de cambio y de nuevas contradicciones imprevisibles.

El hecho de que las mujeres se hayan dotado de formas organizativas que prescinden de cualquier modelo anterior, que parecen espontáneas («no organizaciones») para quienes tienen en la cabeza estructuras jerárquicas y burocráticas, elimina la ilusión de quienes aún proponen que el conflicto hombre-mujer sea pacificado y vuelva a entrar dentro de la Grande y única unidad de clase.

Cuando un orden social, cualquiera que éste sea, se siente amenazado, la reacción es la misma: censurar, controlar, integrar.

La supervivencia de las mujeres, incluso durante la edad adulta, continúa presentándose en su forma originaria como necesidad de ser alimentada-necesidad de alimentar, necesidad de ser amada-necesidad de dar amor. La elaboración de la necesidad en las diferentes formas que caracterizan al hombre: afirmación, poder y competición, sólo aparecen en raras ocasiones.

También la actividades del hombre, económicas, culturales, artísticas, políticas, etc., llevan la marca de la relación originaria de la dependencia de la mujer-madre. Pero conllevan además la diversidad que surge del privilegio de poderse poner en una posición de poder respecto a la madre.

La supervivencia afectiva del hombre se encuentra garantizada, incluso en ausencia de figuras maternas, a partir de la conciencia de jugar de todas maneras el papel de quien «puede» o «posee». Tal y como está estructurado el mundo, independientemente de cuales sean las estructuras económicas, políticas y culturales sobre las que se base, confirma cada día al hombre en su posesión hereditaria: la abnegación de la mujer.

Todas las culturas, afirma G. Ròheim, pueden parecerse a la historia de un individuo con sus neurosis, sus defensas y sus angustias. ¿La civilización como prolongación de la infancia? Pero quien puede «crear cultura» es sólo quien de alguna manera ha satisfecho sus necesidades infantiles y ha podido elaborar la separación de la madre porque ha podido repetir con otras mujeres el vínculo de origen. Lo cual no significa tener autonomía y libertad respecto a las relaciones primarias, sino apoyar los pies en tierra segura, en una «materia» suficientemente sólida como para que tengamos la posibilidad de «hacer otras cosas».

La *supervivencia económica y la supervivencia afectiva* (ser amados-ser nutridos) no son distintas en origen. Incluso el erotismo es parte inextricable de la relación a través de la cual se transmite la vida. La sucesiva separación (producción-reproducción, relaciones económicas-relaciones familiares, trabajo-sexualidad) ya es de por sí el símbolo de una separación profunda que tiene sus raíces en las estructuras sexistas y patriarcales antes incluso que en las estructuras capitalistas....

La supervivencia, tal y como se presenta en la experiencia de las mujeres, es como si no tuviera tiempo ni historia. El origen se configura siempre como punto de llegada y de partida, fijación e inmovilidad que producen la parálisis o la mutilación del «hacer». Sólo a través de un gran esfuerzo, la

mujer pude hacer suyo el trabajo del hombre, manteniendo con ello, de todas maneras, una cierta reserva. Sus energías quedan de forma obstinada vinculadas a la búsqueda de un ideal de amor materno sobre el que pesa el miedo y el sentimiento de culpa. El único «hacer» posible es la maternidad, transformarse de hija abandonada en madre generosa. La experiencia del abandono-traición materno pone a la mujer en condiciones de tener que buscar en el hombre la prueba de su existencia y de su valor.

Se encuentra de esta manera expropiada de su propia vida y del sentido que podría adquirir, obligada a reconducir sus impulsos entre los límites impuestos desde el hombre para satisfacer a los suyos; medir y mistificar sus deseos para no repetir la experiencia del abandono.

No obstante la «inexistencia» de las mujeres es al mismo tiempo su fuerza. Quien por no haberse separado nunca de ello puede ver con claridad lo que *hay en el origen*, es portadora de una verdad que hace temblar todos los análisis sociales y políticos que han crecido en la negación y mistificación del origen mismo.

El intento actual, que se desarrolla desde diferentes lugares, de llevarnos a las mesas de las conferencias, de las universidades, de los partidos, y que se ha convertido en la práctica política para el movimiento de las mujeres, no es sino la reacción conservadora de quien siente amenazados sus privilegios cotidianos, así como su credibilidad como intelectual y político.

Hoy la novedad de que la crítica de la supervivencia pueda llegar a ser parte integrante de la practica política, es ya un hecho.

La comida y el amor, la sexualidad y el hacer, el juego y la necesidad sólo pueden renacer conjuntamente.

Nace así una practica política basada en las relaciones entre mujeres. Si bien esta posición extensamente difundida hará que se atribuya al movimiento de las mujeres la maternidad del denominado «reflujo» o del creciente narcisismo, ya prácticamente de masas.

1977: la huida de los colectivos

En 1977 el movimiento estudiantil habla de necesidades y quiere valorizar al individuo en su irreductibilidad con respecto del colectivo y del proyecto. Eugenio Finardi canta: «Lo político es personal». Los indios

metropolitanos hacen corros y se pintan los rostros. Reapropiarse de la vida es un eslogan de masas. Parece que es posible encontrar las razones de una lucha común.

Pero incluso allí explota el conflicto. A menudo de forma violenta. Muy pronto las manifestaciones de mujeres son agredidas por los autónomos que, acompañados frecuentemente por sus compañeras, tienden a imponer su punto de vista por medio de la fuerza: el separatismo no es posible, la lucha es una, así como las formas que debe que asumir. El dos tiende a transformarse en uno.

Y así, en este movimiento se produce también la ruptura, el abandono. Las feministas abandonan la asamblea. Lo hacen con un documento en el que denuncian la violencia y la prevaricación que niega la posibilidad de hablar y escuchar. Una vez más se reivindica otra práctica, otra política, otro modo de estar juntos. Una vez más se evidencia la imposibilidad de una conciliación. O de una síntesis. Hay un lugar en la izquierda en el que esa síntesis y esa conciliación se buscan de forma más paciente: el Partido Comunista. Aquí las mujeres no se han ido. Las —pocas— feministas del PCI han practicado una doble militancia (en el partido y en el movimiento) y han luchado para que ésta fuese legitimada. Y quizás hayan ganado.

Pero esta doble militancia ha funcionado mientras el movimiento se organizaba en colectivos y grupos. En ese momento era relativamente sencillo: de una parte el partido, de otra estar entre mujeres. Pero entre 1978 y 1979 los colectivos se disuelven y las mujeres se encuentran frente al partido y deben saldar cuentas, por así decir, sin redes, en lo que se refiere a la necesidad de una mediación *en el lugar,* entre dos militancias. El camino escogido —por los hombres y las mujeres— es el de la lucha común con el fin de renovar la política.

El PCI se abre a las temáticas del individuo, organiza encuentros sobre los sentimientos.

Las mujeres comunistas acusan a la política, incluyendo la de su partido, de no atender a las razones del corazón. Las mujeres se sienten depositarias de estas razones y extraen de ellas su legitimidad del hecho «estar en el mundo». Y en el partido. Así se hacen portavoces de valores

salvadores, capaces de sustraerse a la miseria de la política y de los hombres. El secretario del PCI, Enrico Berlinguer, contesta diciendo que la política tiene que ampliar sus fronteras y para hacerlo pide la contribución de las mujeres convertidas así en nuevos sujetos de una vieja revolución.

La sociedad de los derechos

Mientras las mujeres hablaban, se encontraban, chocaban, inventaban nuevas formas de tomar conciencia y de politizarse, estaban quienes pensaban que se tendría que hacer con respecto de las mujeres. A veces eran ellas mismas las que discutían y se reunían. A menudo eran otras mujeres las que estaban en los partidos, en el parlamento, en el sindicato.

Se podría hacer una lista de leyes alcanzadas por estas mujeres: la del divorcio, el derecho de familia, la ley de paridad, los centros de planificación familiar y finalmente la ley del aborto.

A partir de estas conquistas se genera una lectura del movimiento político de las mujeres que tiende a describir su trayectoria como un proceso civilizatorio. Se trata de una lectura compartida por muchas mujeres. Así, a través de categorías «reformistas» se llega a negar que el mundo sea uno y dos los sexos que lo habitan. Se acepta la mediación. El Estado es neutral. Así como sus instituciones. El ejemplo del aborto es el más típico. En una octavilla del colectivo feminista milanés de via Cherubini acerca de la lucha para conseguir una ley sobre el aborto, se puede leer:

> Respecto al problema del aborto realizamos un trabajo político diferente:
>
> El aborto libre y gratuito nos permitirá gastar menos dinero y nos librará de sufrimientos físicos: por este motivo ninguna de nosotras está en contra de una reforma sanitaria y jurídica de la prevención del embarazo y su interrupción, pero entre esto y manifestarse a favor del aborto, junto a los hombres, hay una diferencia. Porque tales manifestaciones entran *en contradicción* con la práctica política y la conciencia que han expresado las mujeres en lucha durante estos años.

Para empezar decimos que para nosotras el aborto masivo en los hospitales no representa una conquista civilizatoria, porque es una respuesta violenta y mortífera al problema del embarazo y además culpabiliza todavía más al cuerpo de la mujer: es su cuerpo el que se equivoca porque engendra niños que el capitalismo no puede mantener ni educar. Nos acercamos a la obsesión americana: «Somos demasiados, no podemos respirar, no podemos comer más, etc.». Y el problema a resolver se convierte en el control de los nacimientos, en lugar de ser la transformación de la estructura sexista y capitalista de la sociedad. No podemos ser cómplices de esta falsa conciencia. El trabajo político debe estar orientado y la solución debe ser buscada en la afirmación del cuerpo femenino que es una sexualidad distinta de la concepción, de la capacidad de procreación, de la percepción de la sexualidad interior, de nuestras cavidades: útero, ovarios, menstruaciones. Esta relación con los recursos, con la naturaleza, con la producción y reproducción de la especie tiene que estar fundada en la socialización en lugar de intentar racionalizar y mantener la estructura familiar, la propiedad privada, el despilfarro.

En cualquier caso, el aborto no es «motivo de vergüenza». La mayoría de las mujeres que abortan en clandestinidad no sufren vergüenza por hacerlo clandestinamente. Si existe vergüenza es por otros motivos y por otras causas. Las mujeres que también disponen de todos los medios y están capacitadas para acceder a la contracepción mecánica o química, que tienen posibilidad de reflexionar y organizar su vida sexual (decisiones, tiempos, modos, formas y pareja) reproducen el fenómeno de la concepción y la mayoría de las veces del aborto; es decir, reproducen la negación y la afirmación del embarazo que constituye la violencia que las mujeres asumen y usan. Arcaísmo invencible de las mujeres —tal y como piensa el racionalismo burgués— o seña vital de reflexión y de trabajo político para nosotras. Surge aquí la contradicción entre sexualidad femenina y masculina, la realidad del dominio masculino sobre la mujer; y se manifiesta el problema de lo que el aborto implica para la mujer —a nivel consciente e inconsciente— en su relación con la sexualidad, la maternidad y el hombre.

La clandestinidad del aborto es una vergüenza para los hombres, que enviándonos a los hospitales a abortar legalmente tendrán la conciencia definitivamente en paz. Se continuará como antes, e incluso mejor que antes, haciendo el amor de forma que satisfaga las exigencias físicas, psicológicas y mentales de los hombres. Se mantiene la prohibición de situarnos en otra sexualidad que no esté completamente orientada hacia la fecundación.

El cuerpo de la mujer, su sexualidad, su goce no exigen necesariamente las maneras y formas de intimidad (coito) que luego la dejan embarazada.

Al contrario, nosotras preferimos: que nos dejen en paz (las estadísticas relativas a la frigidez hablan claro) o buscar placer y alegría de otras maneras. Por lo tanto y ante todo ¿qué tenemos que querer y buscar? Nuestro propio bienestar, nuestro placer, nuestra alegría, ¿o el remedio (violento) a los gustos y las preferencias de los otros, o sea de los hombres?

> Existe una profunda división y una contradicción entre el hombre y la mujer, entre la sexualidad masculina y nuestra sexualidad. Esta contradicción no se resuelve eliminando el momento de lucha separada de las mujeres (esto equivale a hacer valer otra vez los intereses de los hombres reafirmando la subordinación de las mujeres). Podemos participar al lado de los hombres en otras manifestaciones por la emancipación (servicios sociales, derecho al trabajo) pero no en ésta del aborto en la que estalla, como ya hemos aclarado, la contradicción entre sexualidad masculina y femenina. En la que la violencia quirúrgica sobre el cuerpo de la mujer no es otra cosa que la dramatización de la violencia sexual.
>
> Reclamar el aborto libre y gratuito al lado de los hombres implica reconocer en concreto la violencia que padecemos en estas relaciones de poder respecto a la sexualidad masculina, pero haciéndonos cómplices y estando de acuerdo a nivel político.
>
> Además, los hombres se manifiestan hoy por el aborto libre y gratuito, en lugar de poner en discusión su comportamiento sexual, su poder fecundador.
>
> Nuestra práctica política no acepta que se fraccione y se desnaturalicen nuestros intereses: queremos desde ahora mismo partir de la materialidad del cuerpo, analizar la censura que se le ha aplicado y como ésta se ha vuelto parte de nuestra psicología. Actuar para la recuperación de nuestro cuerpo, por medio de un saber y unas prácticas distintas que partan de este análisis materialista. Sin este análisis es ridículo hablar de «libre disposición del cuerpo» y conseguir las reformas solo servirá para ahogar nuestra lucha en lugar de desarrollarla.
>
> Además, tampoco debemos reducir, privatizándolo en una dinámica de «grupo político tradicional», el significado que para nuestras prácticas adquiere el movimiento de las mujeres: todas las mujeres lo representan en primera persona.

El Estado vuelve a ser neutral. Se convierte incluso en el lugar de una posible mediación del conflicto entre sexos. De manera coercitiva. Ocurre así con la iniciativa popular legislativa contra la violencia sexual propuesta por algunas y transformada repentinamente, pese a la oposición de muchas, en bandera del movimiento feminista de los años ochenta. En la ley se piden penas severas para los violadores y sobre todo el reconocimiento del movimiento de las mujeres como parte civil en los procesos de violación.

El conflicto puesto en marcha en los años anteriores es reconducido así a los esquemas clásicos de la contradicción entre movimientos e instituciones, entre sociedad y política. La diferencia, la necesidad de que las

mujeres no sean definidas en relación a los hombres, incluso en términos de contraposición, parece perderse. Y con esto el carácter revolucionario, transgresivo, no reconducible de aquel movimiento.

Mientras tanto el feminismo se divide en «múltiples afluentes». Se trabaja en la historia de las mujeres; se escribe; se hace poesía; nacen los centros de mujeres y revistas como *Orsaminore*, *Memoria*, *Donna Woman Femme*.

Habrá que esperar a 1983 con la publicación de un número de *Sottosopra* titulado «Piú donne che uomini» [«Más mujeres que hombres»] editado por la Libreria de mujeres de Milán, para que se vuelva a discutir acerca de la posibilidad / necesidad de significar la diferencia sexual en el mundo. Pero esta es otra historia.

Los periódicos del área feminista

Las experiencias que las mujeres han tenido en el movimiento feminista se han hecho cada cada vez más numerosas y diversas. Esta proliferación, sin duda positiva, ha llevado consigo el problema del intercambio y de la comunicación entre colectivos. En el momento en el que por fin se consigue entrar en contacto, a menudo es difícil entenderse, ya que a veces los intereses y sobre todo las formas de expresión, los lenguajes, son diferentes.

Esto mismo se vuelve a plantear en las diversas formas de comunicación, cine, artes visuales, escritura, siempre con nuevos problemas a los que hacer frente. A pesar de todos los obstáculos, las herramientas de comunicación de las experiencias, personales y colectivas, y sobre todo los periódicos y las revistas, se hacen cada vez más numerosas.

Algunos canales en general creados de forma autogestionada, siguen los tiempos de desarrollo de los colectivos a los que hacen referencia, otros tienen que jugársela en la industria editorial, en la distribución oficial.

Todas estas formas de comunicar tienen algo en común: escriben no sólo para sí mismas, sino para otras, para las mujeres del movimiento, para las «otras», para un público que no se conoce. Y por lo tanto con matices

diferentes, cada mujer que escribe y sabe que su trabajo será publicado se pone delante de una interlocutora indefinida. Las palabras escritas viajan fuera, una parte de sí mismas se convierte en «pública».

Se trata de una novedad relativa para las mujeres. «Después de haber reconquistado la palabra gritando públicamente nuestra vida, hoy reconquistamos la palabra escrita».

A partir de la prácticas de movimiento, grupos de mujeres retoman la investigación de un lenguaje que no elimine la diversidad, la especificidad de la mujer y que proceda más allá de la inmediatez femenina.

Publicamos una breve reseña de las principales revistas feministas que han sido publicadas en los años setenta, a menudo como números únicos o cuadernos periódicos.

Sottosopra nace en 1973 por iniciativa de algunos grupos feministas milaneses. El objetivo es crear una herramienta de debate y conexión entre grupos feministas más allá del área de Milán. El objetivo más amplio es constituir una realidad diferente a la del pequeño grupo, más vasta, más amplia, más compleja. Para ello adquiere importancia la maquetación, el diseño gráfico, la fotografía; se propone utilizar diversos lenguajes. Finaliza su recorrido como revista en diciembre del 1976, pero las «hojas» continuarán publicándose con periodicidad irregular.

Differenze nace en Roma en 1976. «Diferencias entre hombre y mujer, entre clase y clase, entre mujer y mujer, entre feminismo del siglo XIX y el feminismo de hoy, entre emancipación y liberación, entre feminismo y feminismo, entre número y número de estas publicación». No será una publicación que represente al movimiento feminista; será editada en cada ocasión por un grupo diferente, lo escrito será responsabilidad de quien firma y no implica la última palabra del feminismo sobre la cuestión tratada. Finaliza su publicación en 1977.

Nuova dwf - donnawomanfemme es una revista trimestral de estudios internacionales sobre la mujer, conectada con aquella parte del movimiento activa en las universidades italianas y extranjeras, así como en otros centros de investigación. Su objetivo no es simplemente el de revisar la cultura para descubrir qué y cuántas contribuciones han aportado las mujeres a lo largo de la historia, sino el de elaborar una metodología y una perspectiva de investigación sobre la mujer que no corresponda con la simple aplicación de esquemas preconcebidos, sino con la voluntad de reinventar creativamente las herramientas de una cultura diferente. La revista se publica siempre por medio de números monográficos: mujeres e investigación científica, mujeres y transmisión cultural, mujeres e investigación histórica, movimiento e instituciones, mujer y literatura, imperialismo y maternidad.

Quotidiano donna nacido de una reflexión de algunas compañeras del movimiento acerca de cómo las mujeres se sienten, desde siempre, condicionadas por los medios de información, ya sea por los contenidos impuestos o por la imagen que se da de ellas como «mujeres». De ahí la necesidad de buscar una información diferente, de las mujeres para las mujeres, todavía por inventar.

Le operaie della casa aparece en 1976 editada por la redacción del Comitato per il Salario Domestico de Padua. Las redactoras lo definen como un «periodico-collage» formado por palabras, dibujos, fotografías. Difunde noticias sobre las luchas realizadas por las mujeres en los hogares, en las fábricas y en las escuelas contra del trabajo y la explotación que están obligadas a asumir.

…E siamo tante es el boletín del Movimiento feminista romano de vía Pompeo Magno (que volverá a ser publicado en 1976 tras dos años de interrupción). El objetivo es dar a conocer las posiciones del colectivo fuera del grupo. El objetivo principal se define como «crear relaciones entre nosotras, necesarias para el análisis de los contenidos que queremos comunicar».

Lilith es el periódico autónomo del Movimiento de Liberación de la Mujer, constituido por un grupo de militantes de inspiración marxista que se separaron del Movimiento de Liberación de la Mujer después de que este confirmó su federación con el Partido Radical en el congreso de 1975. El objetivo del grupo es «ganar para la lucha feminista un espacio adecuado en el ámbito más general de la lucha de clases […] comprender […] que la lucha para la liberación de la mujer es un componente decisivo en la lucha revolucionaria».

10. El movimiento del '77

La crisis de la militancia

La nueva generación del movimiento, que aparece en la escena política a partir de 1975, es machaconamente crítica y sacrílega respecto de los estereotipos ideológicos, los modelos, los ritos y los mitos de la tradición de la Tercera Internacional, que eran propios de los cuadros políticos de los grupos extraparlamentarios que nacieron después del 1968-69. Esta crítica radical de los «grupos» (ya avanzada por el movimiento feminista) situaba en el centro de la polémica las temáticas de lo «personal es político», las relaciones entre los sexos, las formas jerárquicas, el voluntarismo alienante, etc. Esas mismas temáticas, retomadas sucesivamente por el «movimiento del proletariado juvenil», darán el definitivo golpe de gracia a las ya moribundas organizaciones extraparlamentarias.

> Yo estaba en un grupo extraparlamentario. Experimentaba los grupos como elementos de continuidad del movimiento comunista. Para mí significaban una historia que venía de antes y que me era transmitida. Después llegó la derrota de los mismos. La derrota significó para mí que había caminado durante todo un periodo de tiempo creyendo en una cosa mínima: que te podías encontrar con otras tres o cuatro formaciones que quizás pensaran de manera diferente, pero con las que podías establecer, en cualquier caso, un objetivo mínimo. El objetivo era ser lo suficientemente fuertes como para condicionar la línea política del elefante, que era el Partido Comunista, con el propósito de llevarlo «a la recta línea revolucionaria». Tras los resultados de las elecciones del 20 de junio, esta idea se cayó en pedazos y para confirmarlo aún más se produjo la disolución de

Lotta Continua y durante el mismo verano, la fiesta-mitin de la FGCI en Ravena. El 20 de junio de 1976 se habían celebrado las elecciones políticas anticipadas y el resultado fue que la DC se recuperó de la derrota de hacía dos años: la del referéndum de 1974 y la de las elecciones administrativas de 1975. Prácticamente, el resultado desmentía de manera clamorosa el análisis sobre «la irreversible declinación democristiana». Por otro lado, el PCI había crecido llegando a rozar el umbral de «superación» de la DC. Pero el resultado más desilusionante fue el de la coalición que bajo las siglas de DP reunían a los grupos extraparlamentarios y que a duras penas habían llegado a reunir medio millón de votos. Como muchos otros militantes, sobre el 20 de junio me daba la habitual y cómoda justificación de que la fase que no estaba madura. Pero en seguida salieron a la superficie todas las dudas que arrastraba desde hacía años.

Y despues, en el mismo periodo, se produjo el enfrentamiento con el movimiento de las mujeres, con el feminismo.

Los grupos se habían agotado, personalmente ya no te daban ninguna cobertura, ninguna garantía. Incluso era cierto lo contrario, querías superar esas seguridades que derivaban de estar dentro de un grupo. En ese momento, yo por ejemplo quería superar el papel que llevaba a cado, el papel de lidercillo. El lidercillo del grupo es aquel que ha cumplido años de militancia dentro de su organización, su partido o su grupo. Allí dentro ha hecho carrera, ha adquirido poder a través de la fidelidad a la línea, el estudio y por medio de todas aquellas componentes que en una palabra, constituyen la militancia. El lidercillo puede ser un jefe, un medio jefe, un jefecillo; en cualquier caso es alguien que tiene poder sobre los otros compañeros de base, un poder que le ha sido conferido por las altas jerarquías de la dirección de su grupo. El lidercillo se convence, sobre esta base, de haber sido siempre un comunista, un auténtico revolucionario sin preguntarse acerca de la transformación concreta de sí mismo y de los que tiene cerca o mejor dicho, debajo; los otros compañeros son material humano que hay que formar, forjar según las directrices oficiales de las élites dirigentes del grupo. El lidercillo es el que durante las asambleas que van mal, porque se producen silencios o se expresan posiciones políticas diferentes a las del propio grupo, se siente en el deber de intervenir para llenar el vacío del silencio o para afirmar la justicia de la propia línea por encima de la de los otros.

Así que ésta ha sido para mí la gran contradicción que se verificaba en ese momento, entender que mi sacrificio, mi dedicación incondicionada a la causa del comunismo escondía en realidad mi deseo de otorgarme la máscara de una identidad que yo mismo no tenía. Y después, estaba la conciencia de la gran ilusión: creer en la posibilidad de convencer u obligar al Partido Comunista para que se orientase sobre una línea revolucionaria. Lo que estaba sucediendo, en cambio, lo que veía en los hechos, era que el PCI no sólo no cambiaba sino que en realidad se perfilaba como un partido enemigo. Había salido de mi crisis acentuando la decisión de identificarme con toda una serie de cuestiones nuevas que estaban emergiendo de una manera aún confusa pero entusiasmante: las temáticas de «lo personal es político», de las transformaciones de las relaciones interpersonales,

etc. Todo esto no estaba bien definido políticamente, pero bastaba reconocerlo como un proceso de transformación material de la vida. Estas cuestiones, a diferencia de mi anterior experiencia como militante, podía medirlas directa, personalmente en mi cotidianeidad. Estas contradicciones han atravesado a todos los compañeros de los grupos. He visto compañeros destruidos después de reuniones donde se constataba el final de una experiencia por la que se había sacrificado el alma y el cuerpo. Pero éste fue un trayecto obligado.

La crisis de la militancia, que explota de forma evidente en el seno de los grupos extraparlamentarios más grandes en los años 1975-76, ya había tenido una anticipación en la decisión de «disolverse dentro del movimiento» del «Grupo Gramsci» a finales de 1973 con *Una propuesta para una manera diferente de hacer política:*[1]

Una propuesta para una manera diferente de hacer política

Como grupo, estamos unidos en la decisión de disolvernos, para poder realizar en la práctica el centro de nuestra propuesta política: la organización de la autonomía obrera [...]. Sabemos que otros, por otros caminos, han llegado juntos al mismo desenlace; y que todavía otros, en un futuro próximo, experimentarán hasta el fondo la crisis del modo grupal de hacer política. Pero no sólo, también en la fábrica y en las escuelas se inicia una fase de enfrentamiento violento con la línea y la práctica reformista que abrirá amplios espacios para un trabajo político organizado de manera diferente [...]. Nuestra propuesta se basa en dos puntos fundamentales: la centralidad de la autonomía obrera y el problema de su organización [...].

Organización de la autonomía obrera significa identificar y crear el espacio para que emerja y se generalice una politización cada vez más masiva de los elementos del rechazo al trabajo capitalista y a los contenidos de la alienación. Significa organizarla en una propuesta de práctica política a partir de la fábrica, pero no limitada a la misma [...]. Familia y sexo, condición juvenil y femenina, represión afectiva e intelectual, marginación de quien no es «normal» son las concrecciones cotidianas en las que se manifiesta la esclavitud de fábrica y de vida impuesta por el capital [...].

Liberar y expresar los propios deseos y funcionar como fuerza de trabajo leal al capital no son compatibles. Los contenidos de esta liberación no son dados exclusivamente por la fábrica, aunque si tienen una profunda

1 *Rosso*, Milán, diciembre de 1973.

unión con el rechazo al trabajo y a la alienación obrera [...]. Es necesaria una relación con los movimientos que expresan estos contenidos, una relación que es y será contradictoria pero que constituye una dimensión imprescindible para la liberación total de todos y cada uno de nosotros. Basta ya de la sociedad del vivir para trabajar [...].

Para recuperar los puntos más avanzados expresados por las luchas de masas de estos cinco años, para convertir en algo común y de mayor «consumo» dentro del movimiento el patrimonio de las vanguardias políticas y de los movimientos mas radicales [...] es necesario y posible, para nosotros, un salto cualitativo de la «lógica del grupo» a la «lógica del movimiento». La crítica y la abolición de la ideología de la izquierda extraparlamentaria son una condición [...]. La historia de los grupos ha visto, y no por casualidad, unificaciones y divisiones sobre la base de las teorías; el programa de lucha siempre ha desarrollado un papel secundario. Cuando se verificaban acercamientos sobre el programa era debido a las explosiones espontáneas y unificadoras del movimiento. Los grupos, unificados sobre la teoría, han dividido de esta forma al movimiento.

A este respecto proponemos encontrar momentos concretos de unificación y coordinación sobre un programa a partir de la formación de organismos autónomos de fábrica y de escuela, y encontrar aquí el terreno unificador y con amplia posibilidad de politización de los estratos aún no insertos en los grupos [...]. Movimientos autónomos de jóvenes, de mujeres, de estratos sociales marginados, reprimidos y explotados por el capital, tienen hoy momentos organizados de expresión: nuestra propuesta se dirige a quienes aceptan confrontarse con el crecimiento de la organización de la autonomía obrera, sin que por esto se renuncie a la propia autonomía y a la propia práctica según sus necesidades específicas.

¿Es entonces una nueva manera de hacer política? Ciertamente. Es necesario. Porque ya no es posible relacionarse entre vanguardia y vanguardia con un lenguaje de parroquia propio de «expertos» de la política, saber todo el *abc —y también la m y la l— del marxismo leninismo y no conseguir hablar concretamente de nosotros y de nuestras experiencias. Porque la conciencia y las explicaciones deben convertirse en algo evidente a través de la experiencia de las propias condiciones, problemas, necesidades y no sólo a través de teorías que describen mecanismos.*

Por lo tanto, es necesario un nuevo modo de hacer política para que la práctica política, dentro de los diferentes sectores del movimiento, no esté separada y dividida, de manera que hoy sea ya posible una mínima confrontación recíproca sobre la base de las diferentes experiencias. En definitiva, para que se lleguen a situar concretamente los primeros embriones de una vida diferente, de un modo distinto de ser nosotros mismos y de relaciones personales más allá de los roles que nos impone el capital, con el fin de marginarnos, subordinarnos, dividirnos y mantenernos en su provecho como una fuerza de trabajo leal [...].

La crisis de la militancia que atraviesa horizontalmente a todas las formaciones extraparlamentarias, determina el desmembramiento de una interpretación de la realidad social constreñida dentro de los rígidos esquemas de análisis ideológico preconfeccionados por las estructuras elitistas y burocráticas de los diferentes partiditos. En el centro de este proceso de liberación, ven la luz sujetos con experiencias militantes, a menudo jovencísimos aunque altamente politizados, dentro de las tensiones de una realidad juvenil que se resiente de las consecuencias de las enormes trasformaciones sociales provocadas por las luchas iniciadas en el ‘68.

Esta ola arrolladora e ininterrumpida de politización masiva llega a echar raíces en la propia sociedad civil, es decir, en las estructuras primarias de formación de la identidad social de los jóvenes: la familia y la escuela. La familia como lugar formativo del disciplinamiento a los valores dominantes y la escuela como lugar de formación de un saber profesional que se adquiere con los estudios y que se realiza, a continuación, en el trabajo. Para el conjunto de la masa juvenil, la crítica formal e ideológica de estas dos instituciones, fuentes primarias de su formación, comienza a traducirse en rechazo práctico con el abandono, la huída, la migración, la lucha abierta unida a la búsqueda consciente de alternativas capaces de satisfacer el deseo de otra socialidad y de otro saber. En este contexto madura el prólogo del movimiento del ‘77.

De los bancos a los centros sociales

Los primeros acontecimientos ocurrieron en Milán, entre 1975 y 1976, cuando amplios sectores juveniles de las periferias del extrarradio de la ciudad, dan vida, de forma espontánea, a formas originales de agregación a partir de la crítica de la miseria de su existencia: la condición de estudiante para algunos, de parados para otros y para la mayoría de obreros precarios o infrapagados. Para todos, se plantea de forma indiferente el problema del «tiempo libre», un tiempo vivido y forzado como obligación al vacío, al aburrimiento y a la alienación.

> Delante de la pequeña estación de tren de Limbiate, en el *hinterland*[2] milanés, había algunos bancos. «Los bancos tenían casi los colores de nuestros pantalones», dice Vincenzo sobre una veintena de jóvenes que durante años, día tras día a la espera de un trabajo o después del trabajo, se reunían en la placita. Incluso los bancos estaban cansados de aguantarnos; del bar nos echaban por melenudos y drogatas, pero sobre todo porque consumíamos poco [...]. Preferíamos así estar al fresco, sobre los bancos, donde al menos podías hablar de tí mismo, incluso de tus problemas personales, encontrar solidaridad con tu estado de ánimo. No se si es apropiado llamar autoconciencia a lo que se vivía en los bancos, el hecho es que algunas veces los bancos ya no eran suficientes porque cada vez había más jóvenes «de esos» que se encontraban allí y ya no sólo por la droga. Poco a poco maduraron las ganas de hacer algo más, finalmente algo: se era demasiado joven para aceptar pudrirse.[3]

A partir de la puesta en discusión colectiva de estas condiciones materiales de vida se constituyen los Circoli del Proletariato Giovanile [Círculos del Proletariado Juvenil] que, en el transcurso de pocos meses, promueven decenas de okupaciones, incluso en el corazón de Milán, de inmuebles (viejas fábricas abandonadas, iglesias desconsagradas, villas, apartamentos, casas abandonadas, etc...) para convertirlas en centros sociales.

Una gran afluencia anima la vida social de estos espacios okupados donde se suceden iniciativas sobre los temas de la condición juvenil. Para publicitar las iniciativas se utilizan los instrumentos clásicos de los pequeños periódicos, las octavillas, los carteles, pero reinventando el diseño, los colores, la maquetación, tomando inspiración sobre todo de la creativa prensa *underground*.

> La condición que vivimos como jóvenes se ve cada vez mas agravada por el avance de la crisis que los patrones imponen a los trabajadores a través del coste de la vida y el desempleo, por eso las posibilidades de un joven para encontrar un puesto de trabajo se reducen cada vez más: los trabajos precarios sin contrato e infrapagados nos mantienen en una condición de subsistencia cada vez más precaria.

---

2 La palabra proviene del alemán, donde literalmente significa *la tierra de detrás* (de una ciudad, de un puerto...). En alemán también se usa para describir la parte de un país donde vive poca gente y donde las infraestucturas están infradesarrolladas. Aquí se podría traducir como periferia o extrarradio [*N. del E.*].

3 *Sarà un risotto che vi seppellirà*, Squilibri, Milán, 1977.

Hoy para un joven es cada vez más difícil decidir gestionar su propia vida de manera autónoma e irse a vivir fuera de casa.

Vivir en los guetos y aceptar pasivamente la alienación que la vida nos ofrece en esta ciudad; estar marginados y disgregados ante la vida por la falta de un puesto de trabajo, de un lugar donde organizarnos y luchar por nuestras necesidades; esto nos obliga a aceptar un trabajo de mierda a no tener una casa y a no tener alternativa para pasar el tiempo libre que no sea de nuevo la pasividad [...].

Nosotros decimos que esta situación puede y debe acabar, queremos tener derecho a organizar nuestra vida y escoger nuestra felicidad.

Muchos de nosotros han rechazado tener una familia, han rechazado el consejo de los jefes: «Si no te casas no tienes derecho a una vivienda». Los propietarios de viviendas no quieren alquilarlas a quien no tiene las garantías morales de la familia.

A esto se añade el coste de los alquileres: no estamos en situación de pagar los alquileres de escándalo que nos vienen impuestos. Ya que no queremos vivir en un mundo cerrado e individualista, donde no se pone nunca en discusión el modo en que vivimos nuestra vida privada, rechazamos la separación entre vida privada y la vida de fuera.

Este mundo nos niega la seguridad desde el nacimiento, forzándonos con actitudes y modelos de comportamiento que no son los nuestros. Esto genera una convivencia falsa, basada en chantajes afectivos, en sentimientos de culpa, en la propiedad y en la negación de la autonomía del individuo.

El movimiento del proletariado juvenil, que nace de la exigencia de tener lugares de encuentro donde discutir y organizarnos, donde gestionar de forma diferente el tiempo libre, tiene la exigencia de ir más allá, de decir algo sobre el trabajo, sobre la familia, sobre los otros. Debemos crear nuestra propia organización, convertirnos en un estrato social compacto que exprese el deseo de comunismo que ya está presente hoy y se expresa en las luchas obreras, en las luchas de los soldados, de los parados organizados, de las mujeres y propone hoy mismo una forma distinta de establecer la relación entre hombre y mujer, entre individuo y naturaleza, entre vida privada y vida social, entre trabajo y tiempo libre.

Salir de la crisis no significa «romper la cadena», sino acabar con este modo de vida y de trabajo. En estos últimos meses hemos okupado casas abandonadas durante años, hemos gestionado estas okupaciones, que son ya cinco en Milán, con el resto de compañeros que han decidido de forma espontánea decir basta al aislamiento.

Queremos vivir de forma diferente a la de la familia, de forma autónoma. Tampoco queremos que las relaciones «comunitarias» dentro de las casas okupadas reproduzcan papeles similares a los de la familia. Queremos comenzar a vivir nuestra vida, con todas las contradicciones que provoca nuestra decisión, pero que en cualquier caso, sea lo que nosotros queramos.

> El movimiento de okupaciones de los jóvenes trabajadores está sólo en sus inicios. Para vencer y obtener el derecho a nuestra vivienda es necesario que se amplíe y se convierta en una lucha de masas; esto nos permitirá también abrir un debate sobre todas las demás necesidades que viven los jóvenes y hará nacer la organización juvenil sobre un programa y unos objetivos mas articulados, por eso invitamos inmediatamente a todos los compañeros a venir a las casas okupadas, donde entre otras cosas, estamos preparando listas de espera para hacer otras okupaciones.[4]

Los Circoli del Proletariato Giovanile encuentran rápidamente un importante apoyo organizativo en estructuras políticas y culturales ya consolidadas.

El circuito de *Re Nudo* sigue desde el inicio el florecimiento de este movimiento que basa su acción en «la nueva manera de hacer política» bien representada por el eslogan «lo personal es político»; por esta razón *Re Nudo* verá en las iniciativas de los Circoli la realización concreta de casi un década de esfuerzo contracultural. Incluso, las estructuras políticas de Lotta Continua, en crisis tras la disolución formal de la organización sancionada en el Congreso de Rimini del año precedente, alimentarán a los Circoli además de con un «servicio» organizativo, con un consistente número de sus militantes más jóvenes y más desilusionados con la experiencia política vivida bajo criterios de partido.

A la primera fase constituyente de los Circoli sigue la de la coordinación de todas las experiencias, con el descubrimiento de que constituyen una fuerza política y social y de que pueden ejercerla. La coordinación ofrece la posibilidad, a centenares de jóvenes, de tener las primeras discusiones teóricas e ideológicas sobre el problema de la relación con el trabajo, el uso de las drogas, el uso del tiempo libre, la relación con la organización política y por lo tanto con el programa de las iniciativas y las formas de lucha adecuadas para lograr los objetivos. Se discute cómo gestionar un espacio okupado, cómo gestionar la relación con el barrio en el cual está inserto, de qué instrumentos dotarse para defenderse de los desalojos, de la policía, etc... Se dirige un polémico cierre contra la cultura extraparlamentaria considerada inadecuada para promover la agregación masiva de los jóvenes proletarios.

---

4 *Ibídem*.

La composición social de los Circoli incluye a una mayoría de jóvenes obreros, empleados de las pequeñas fábricas del *hinterland* y una minoría de parados y estudiantes de las escuelas profesionales. Las mujeres son pocas, porque en los guetos del *hinterland* y en las familias obreras, encuentran obstáculos a menudo insuperables; incluso el simple hecho de poder salir de casa por la noche es un problema.

En este primer periodo, los jóvenes de los Circoli se mueven de las periferias al centro no sólo en bandas o en pequeños grupos para frecuentar las esquinas de las plazas, los parquecitos o los baretos cutres, los cines de tercera y las discotecas, también lo hacen para tocar música y bailar en masa; para encontrarse y reivindicar su derecho a reunirse y montar fiesta. Y las fiestas dominicales se convierten durante este primer periodo, en la ocasión para las grandes concentraciones de tensión por la «reapropiación de la vida».

Durante estas reuniones, a menudo estallan incidentes y choques con la policía; comienzan a practicarse formas cada vez más explícitas de reapropiación de las mercancías mediante expropiaciones en tiendas de lujo y de alimentación. Los periódicos y las fuerzas políticas no pueden ignorar más un fenómeno que tiene proporciones masivas, pero persisten en su toma de posición con una absoluta ausencia de comprensión de las razones del fenómeno; lo que predomina es la demonización y la invitación a la criminalización. Mientras, los Circoli difunden su programa *Rebelarse ¿ahora? Sí*[5]:

> Estamos expropiados de todo, reducidos a la peor esclavitud con el trabajo asalariado, o condenados a permanecer fuera al precio de la más humillante miseria material y disgregación humana.
>
> Nuestra vida es absorbida durante 8 ó 10 horas diarias de explotación; el tiempo libre se convierte en un escuálido gueto, a la desesperada búsqueda de evasión. Estamos obligados a sentirnos inútiles en esta sociedad que destruye las relaciones sociales, las relaciones humanas. ¿Cómo podemos quererlo todo? ¿Querer ser nosotros los jefes de nuestra vida, del presente y del futuro? ¿Querer ser nosotros los que decidamos sobre la educación de nuestro cuerpo, sentidos y mente? ¿Querer ser nosotros los que decidamos sobre nuestro trabajo, cuándo, qué y cómo trabajar?

---

5 *Ibídem*.

Por todo esto decimos ¡que lo queremos todo! ¡Por esto decimos que es hora de rebelarse!

Hacemos fiestas porque queremos divertirnos y estar juntos, afirmar el derecho a la vida, a la felicidad y a una nueva manera de estar juntos.

Okupamos sitios porque queremos tener lugares de encuentro, de discusión, para tocar música, hacer teatro, crear, para tener un lugar concreto alternativo a la vida en familia.

Hacemos rondas para defendernos de los aprendices de la superexplotación, para impedir la venta de heroína y para echar a los fascistas.

Hacemos autoconciencia para conocernos mejor, afrontar colectiva y políticamente nuestros problemas individuales y personales.

Hacemos asambleas sobre la heroína porque queremos construir juntos, también para los que buscan una alternativa de vida y no de muerte y para echar fuera a los fascistas y a los mafiosos que nos agreden por dinero.

Luchamos y hacemos huelgas porque queremos trabajar menos y mejor, es decir, con el poder en nuestras manos. Estas son las cosas concretas que nuestro movimiento expresa. Este es nuestro deseo de comunismo, pan y rosas.

Jóvenes igual a criminales

Los diarios burgueses nos dicen: «No queréis trabajar, sois unos drogadictos, delincuentes, violentos de costumbres fáciles, jóvenes *hippies* y feministas guerrilleras». Examinemos una a una estas acusaciones.

¡Iros a currar!

Así nos dicen siempre, ya estemos trabajando o en paro.

En efecto estamos de acuerdo con aquel obrero americano que en una entrevista decía: «Si una mañana me levantara con ganas de trabajar iría inmediatamente al psicólogo...» Es justo por esto por lo que existe el fenómeno del absentismo y de la huelga.

El trabajo, en abstracto y en concreto, no es algo bonito, es sólo una desagradable necesidad. Pero incluso esta necesidad se hace mucho más dura por los patrones. Trabajar quiere decir empezar desde que eres joven a hacer ya la vida de nuestros padres, ocho horas en la cadena o en la oficina, obligados siempre a rendir cuentas ante un jefe, con la perspectiva, para nosotros los jóvenes, de ser explotados y oprimidos durante toda nuestra vida.

¿Por lo tanto cómo es posible querer trabajar? Se requiere mucho esfuerzo y solamente con la idea de ser nosotros quienes decidamos cómo, cuánto y en qué trabajar, se podría obtener algún resultado. Sin esto nada nos empujará a la invitación a los sacrificios y al nuevo modelo de desarrollo o de explotación.

La acusación de no querer trabajar, cuando es realizada por los burgueses es tan sólo una enorme hipocresía.

¿Drogadictos?

Aquí es preciso hacer una distinción. Tenemos precisas acusaciones que hacer por los jóvenes que mueren de heroína. El tráfico internacional de heroína está en manos de la CIA y de las grandes mafias (protegidas por la DC). La heroína es un producto del capitalismo: no es casualidad que su máxima difusión se dé en EEUU, es decir, en la sociedad burguesa más desarrollada. La única perspectiva que puede dar el capitalismo a los jóvenes es la muerte de las ganas de vivir, la sumisión y la autodestrucción para quien no se «integra» o las guerras imperialistas.

En Italia, la venta de heroína está dirigida por la unión mafia-fascistas que han encontrado una manera muy cínica de incrementar el capital y de callar individualmente a quien se rebela. ¿Quién es el responsable de la disgregación humana, material y cultural de los jóvenes? O te comes el menú (conformismo, superexplotación, paro, soledad) o saltas por la ventana: ésta es la ley que imponen a los jóvenes. ¿Qué valores humanos, de vida, de comunicación, ofrece la burguesía? ¡La soledad, el aburrimiento, el mero consumismo, la inutilidad social, cultural y política!

¿Quién convierte en mercancía el cuerpo de la mujer y las relaciones personales? ¿Quién ha construido una sociedad de millones de drogadictos, adictos a psicofármacos para adormecerse después de ocho horas de explotación (tranquilizantes); adictos a psicofármacos para tener la energía para trabajar (los estimulantes, el propio café); adictos al tabaco para calmar la tensión nerviosa de las relaciones sociales y humanas cotidianas; adictos a la televisión; adictos al alcohol (si bebes nunca piensas, ¿bebo, qué me pasa?) Probemos a imaginar un mes en Milán sin estas drogas... y todo esto para la sociedad del beneficio.

La acusación de ser drogadicto se refiere al uso de inocuos y placenteros cigarrillos o de tés de hachis que te hacen comunicarte y «desinhiben» como un litro de *barbéra*,[6] se trata de un juego y por lo tanto no se «toca».

¿Delincuentes?

Quien está sin trabajo, a quien no le llega el dinero porque es poco, quien no acepta el menú, el menú de la esclavitud del trabajo asalariado y no tiene la fuerza de organizarse colectiva y políticamente contra los diferentes responsables, quien para sentirse alguien sólo puede robar o picarse, es posible que busque una solución individual y se deslice hacia la llamada

6 Vino y uva de este nombre que se produce en Piamonte [*N. del E.*].

«delincuencia». Pero el terreno de esta elección, a menudo obligada, lo ha construido e impuesto la burguesía, no lo han elegido los proletarios. Los jóvenes que acaban en la cárcel por rateros, detenidos por pequeñas dosis de droga o hurtos, no son criminales. Los criminales son una vez más los patrones.

¿Violentos?

¿Somos violentos? Sí, tenemos encima toda la violencia que ha ocurrido y que ocurre cada día. Mantenemos el recuerdo de los compañeros asesinados por los fascistas y por la policía, de los jóvenes muertos por la heroína, asesinados a sangre fría por haber cometido pequeños hurtos. Para nosotros la violencia es como mucho un instrumento, no la sustancia: somos pacíficos porque queremos vivir, pero no somos pacifistas porque hemos aprendido a conocer al poder y cómo lo ejerce la burguesía.

Organicémonos

Proponemos a los jóvenes que se organicen, salgan del bar y de las cocinas, y hagan 10, 100, 1.000 círculos juveniles; 10, 100, 1.000 fiestas; 10, 100, 1.000 espectáculos de teatro en la calle; 10, 100, 1.000 momentos de autoconciencia; okupen 10, 100, 1.000 casas y locales, 10, 100, 1.000 rondas en los barrios.

Organicémonos para tomar en nuestras manos nuestro presente y nuestro futuro.

Fiestas

Las fiestas, como el teatro, son momentos importantes de comunicación si se quiere comunicar algo. El movimiento juvenil de Milán ha encontrado momentos de unidad en las fiestas. Fiestas que no quieren ser un uso alternativo y parcial del tiempo libre (es decir, una manera para hacer un poco más de color de rosa el gueto de la marginación); fiestas que no deben hacerse de una manera indirecta, es decir, instrumental, para proporcionar mítines siguiendo la lógica de la parroquia roja y del catecismo de izquierdas. Hoy la fiesta, sobre todo cuando celebra la derrota de tu enemigo, es ya un hecho político, una manera de hacer político lo personal y lo personal, político. La fiesta es la celebración de la victoria sobre quien te oprime, el jefe o la naturaleza. La fiesta de la primavera era la celebración de la derrota del invierno.

Las fiestas representan hoy momentos de victoria contra la soledad y el aburrimiento a que nos obliga la burguesía. Son un momento de comunicación, de conocimiento, en los que encontrar y conocer a otros seres humanos.

Y las fiestas son también momentos de choque sobre el terreno de lo personal, porque hoy son un instrumento de experimentación de relaciones humanas, de comportamientos y de cultura de los jóvenes. Las fiestas son un importante momento de acumulación de fuerza: usémoslas.

Los jefes nos han relegado al gueto del tiempo libre: nosotros en cambio queremos apoderarnos del tiempo libre para demudarlo contra y en el tiempo ocupado.

Las rondas

Las rondas de vigilancia representan un importante salto de cualidad del movimiento juvenil. Durante esta campaña electoral es previsible que se extiendan las provocaciones fascistas en los barrios. Si quieren crear un clima de terror (atentados, incendios, navajazos), si quieren repetir a escala nacional lo que hicieron en el pasado en Savona, nos encontrarán preparados para darles la respuesta que merecen.

La vigilancia permanente, las guardias, las rondas que controlan y defienden los barrios como ocurre en las fábricas, es una tarea a la que hoy están llamados los jóvenes. Las rondas son necesarias para la vigilancia antifascista, contra la campaña electoral del MSI, pero también son necesarias para practicar el programa y los deseos que expresamos.

Las rondas que denuncian políticamente a los jefes y jefecillos que explotan a los aprendices y a los menores sin contrato de trabajo (en Cinisello una treintena de jóvenes se colocó delante de una peluquería donde dos aprendices eran obligados a hacer horas extraordinarias e impusieron a la jefa los derechos de los dos jóvenes); las rondas que van a buscar puestos de trabajo e imponen la contratación de los parados; las rondas que investigan acerca del trabajo negro y precario; las rondas que vigilan en las plazas, en los lugares donde se realiza la venta de heroína; las rondas que impiden las horas extraordinarias; las rondas que requisan inmuebles y apartamentos para dárselos a los jóvenes en busca de casa; las rondas que golpean sobre los símbolos y los responsables de la mercantilización de las relaciones humanas, del cuerpo de la mujer (por ejemplo, los espectáculos de desnudos); las rondas que impiden a las familias más conservadoras segregar en casa a los jóvenes y a las chicas. Las rondas que hacen murales, pintadas en los muros que arrancan los carteles electorales de la DC, que improvisan encuentros con la gente en la calle (por medio del teatro de calle, por ejemplo) [...].

La lista de la compra

Nuestras necesidades en esta sociedad tienen un precio que se paga con dinero: ir a un cine un poco decente, moverse dentro y fuera de la ciudad, no depender de la familia, encontrar una vivienda, tener música, libros, vino y cosas bonitas cuesta.

Quien está parado está obligado a reducir sus propias necesidades. Por eso, queremos trabajar todos pero menos y después ir a la escuela gratuitamente [...].

Decimos a los jóvenes que debemos organizarnos, buscar puestos de trabajo colectivamente, imponer la propia contratación a los patrones que hacen hacer horas extraordinarias, que no contratan, que no sustituyen el *turn-over*.

Queremos la eliminación del trabajo negro, precario, sin contrato de trabajo. Es indecente que los menores sean obligados a hacerse explotar.

Queremos comunas agrícolas. Para volver a las tierras del Sur, a las zonas agrícolas despobladas por la emigración forzosa, queremos la intervención y la financiación del Estado para industrializar la agricultura, para formar millares de comunas agrícolas modernas.

Queremos que se requisen los edificios y apartamentos para reencontrarnos y experimentar la vida comunitaria como alternativa a la familia, para poder tocar música, discutir y conocernos colectivamente.

Queremos una ley. ¿Una ley? Sí, una ley que liberalice el uso y la tenencia de drogas blandas, bajo control del monopolio estatal (como el tabaco), que impida a los jóvenes, víctimas de la heroína acabar en la cárcel y que tengan urgentemente a su disposición estructuras sanitarias eficientes.

Queremos el verde y que a parte del Primero de Mayo también el primer día de primavera sea fiesta nacional, porque nos gusta la naturaleza, el verde, los animales, las montañas... cuando consigamos dominarla. La naturaleza debe estar al servicio del hombre y no del beneficio. Es por la ley del beneficio por lo que los patrones ensucian el aire, el agua, la comida, el ambiente, el cuerpo y la mente de los trabajadores.

Parque Lambro: el final de la ideología de la fiesta

Con la llegada del verano de 1976 se presenta, para el movimiento milanés, la histórica cita del festival del parque Lambro. *Re Nudo* que desde hace años se ocupa de la organización, se coordina con los anarquistas, Lotta Continua y los autónomos, para afrontar lo que según las previsiones, se presenta como un encuentro de proporciones mastodónticas, con decenas de miles de jóvenes. De hecho, en los tres días del festival afluirán cerca de 100.000 jóvenes de todas las partes de Italia. Las contradicciones políticas y culturales internas al movimiento y sus partes organizadas explotan violentamente rebelando, de golpe, los límites de la ideología de la fiesta.

Es un trauma para todos ya que se encuentran frente a la realidad tal y como es: soledad, violencia y miseria material multiplicadas por 100.000 jóvenes. Esto es lo que se socializó lo que debía ser el culmen de la fiesta del proletariado juvenil.

> Nos revolcamos durante cuatro días en medio de un mar de rechazo con un sol agobiante y lluvia fangosa durante las noches, con los escarabajos en el saco y los platos de plástico nauseabundos. [...] se expropiaron los puestos de los compañeros y entre los expropiadores estaban los que destruían el sitio de los gays del Cony, los que agredían a las mujeres y durante la noche organizaban grupos que gritaban: ¡a la carga hombres del Lambro! La agresividad de la impotencia se mezcla con la impotencia de esta agresividad y todas las tensiones se descargan en el gueto, donde la expropiación se sustituye por su espectáculo. Al mismo tiempo, otros se encierran en la tienda a fumar porros lamentándose acerca de que «ellos habían venido aquí para restablecer la unidad entre el alma y el cuerpo y sin embargo también aquí encuentran violencia». Toda la mierda, la miseria y la impotencia construyen aquí su ideología, el movimiento de las separaciones acaba en la separación de los aislamientos o bien en el desencadenamiento de la agresividad.[7]

La reflexión sobre el éxito del festival de parque Lambro da protagonismo a las posiciones de aquellos sectores del movimiento que tienen relaciones con el área de la autonomía obrera, que son los únicos en situación de hacer una lectura de las razones del fracaso y de ofrecer una indicación de los recorridos de lucha para la salida de la crisis en la que el movimiento se arriesgaba a empantanarse.

> La ideología de la fiesta y de la vida cuando el nuevo sujeto no logra comprenderse a sí mismo como figura interna a la composición de clase, es una ideología del consuelo. Católica y en último análisis, funcional al diseño de guetización y marginación de los estratos de tiempo social liberado por el trabajo.[8]
>
> Las okupaciones de casas, las expropiaciones en los supermercados, las luchas por el salario, la organización contra la venta de heroína, los movimientos de liberación, la explosión del movimiento feminista han entrado como protagonistas en esta fiesta y han decretado la muerte del festival pop de *Re Nudo*.

---

7 *A/traverso*, Bolonia, julio de 1976.

8 *Ibídem*.

Una cosa estuvo clara para todos: que los jóvenes proletarios quieren hacer fiesta para divertirse, pero también para afirmar sus propios deseos. Y estos están en contra el orden de la metrópoli capitalista, en contra del trabajo en la fábrica del capital, en contra de la represión de la cultura de los jóvenes. Frente a todo esto, los jóvenes proletarios quieren hacer fiesta.

La tensión para salir del parque Lambro, considerado también como un gueto, y de llevar la fiesta a la ciudad, contra la ciudad, es la conquista de este festival. Las indicaciones lanzadas por muchos compañeros en el festival de volver a llevar a los barrios los contenidos expresados en las expropiaciones y en las asambleas es un programa de trabajo político de continuidad. Es el conocimiento de la necesidad de reunificar en forma de lucha y organización las necesidades expresadas por el proletariado juvenil en Lambro, con las luchas de los parados por el salario, con el ataque de los presos al Estado represivo y con el rechazo a la opresión masculina por parte de las mujeres. Volvamos a los barrios y a las fábricas para que las flores de la revuelta que brotaron en Lambro se multipliquen en cien flores de organización, en mil episodios de expropiación, en sólidas bases de contrapoder. En la capacidad de organizar para el próximo año una gran fiesta: nuestra fiesta contra la metrópoli.[9]

Un tranquilo festival pop de miedo
Gianfranco Manfredi

El parque tiene tantas entradas quien sabe quien pagará
pero el parque no tiene salida el precio no se sabe
pides una respuesta y el grupo te la da
está encerrada en un bocadillo de baja calidad.

La junta nos ha concedido el prado pero no el agua
la junta es de izquierdas la suciedad no lo sabe
y después ha sido cortada la electricidad
para que se viva en la oscuridad nuestra ajeneidad.

Y estamos todos juntos pero ninguno esta para sí
la recomposición se sueña pero no existe
cada uno en su saco o desnudo entre la basura
solo como un polluelo, mojado como un perro.

El escenario es como un puente que no une nada

9 *Rosso*, Milán, julio de 1976.

pasan los cantantes silbados por la gente
alguno un poco más astuto hace batir las manos
o saca el coro de los napolitanos.

Y quiere tener enfrente
al proletariado juvenil
porque es el invitado que debía venir
pero siente en el aire una extraña vibración
que nace de los fetiches vestidos de personas.

Y todo es una gran mierda, de quién es la culpa
del Estado, del reformismo, de los grupos, él no sabe que
la mercancía está abrazando la fiesta popular
y entra dentro de los cuerpos entre la orina y las banderas.

Se está destrozando todo incluso la Teoría
porque el Nuevo Sujeto parece que no está
y si la expropiación significa algo
es que nuestra vida se ha convertido en una cosa.

El deseo grita: ¡aquí está la policía!
humo de velas no se sabe donde está,
pero sobre el prado hay alguno que da masajes
quizás con el yoga te pase un poco de relax.

No se entiende nada
se quiere huir
la fiesta... ¿qué fiesta? Ya no se puede estar,
uno con el pene fuera
está todavía buscando allí
quiere llevarse a la tienda a una mujer para follar.

Alguno ha logrado vencer a la noche
y espera el alba mas allá de los barriles
alguno ha logrado entrar en las miradas
a leer en los ojos que no es demasiado tarde.
Se celebra en el escenario la última pantomima
se queman las papelinas, cobarde heroína
pero hay quien busca a su enemigo en el prado

y con el tendero te golpea la tienda.

Es el último espectáculo.

Pero no sólo de la fiesta
mi generación que pierde la cabeza
quiere verme en pedazos
y no sólo lo quiere ver
quiere leerlo en el cuerpo, pero también en los periódicos.

Las cinco de la mañana tocamos todos juntos
se baila como locos nos parece que estamos bien
las mujeres han huido hay sólo una modelo
que baila a la africana la última tarantella.

Y también aquí en el rito está la contradicción
en la felicidad la nueva represión
el parque ya ha nacido, todo es una lata
hemos puesto el punto y final y nada es como antes.

El otoño de los Circoli

En otoño, el Movimento dei Lavoratori per il Socialismo [Movimiento de Trabajadores por el Socialismo] (forma partido del ex Movimento Studentesco de la Universidad Estatal de Milán) decide intervenir sobre los Circoli en crisis transformando sus Comitati Antifascisti [Comités Antifascistas] en Circoli Giovanili. El hecho suscita mucha perplejidad, ya que era bien conocido que el MLS tenía una posición política filo estalinista y duramente contraria a las tendencias contraculturales, un patrimonio asumido plenamente, por otro lado, por el proletariado juvenil. La relación entre estos Circoli Giovanili y los Circoli Prolitari Giovanili preexistentes se resolverá a finales de año después de una larga polémica y una ruptura incurable.

De todos modos, con la aparición de estos nuevos Circoli, el movimiento retoma vitalidad. Se promueve y se practica la campaña por la autoreducción de la entada para el cine y contra la distribución de películas de tercera en los circuitos periféricos. Algunos domingos, millares de jóvenes se autoreducirán a 500 liras el precio de la entrada con el fin de entrar en las salas de estreno. La propaganda sobre los precios políticos se hará martilleante. Continúan y se difunden las prácticas de expropiación en los supermercados mientras en el plano de los acuerdos se impone una lista de peticiones a la junta municipal entre las cuales está la expropiación oficial de los espacios vacíos para abrir centros sociales y la financiación de las actividades culturales de los centros ya okupados. Durante todo el otoño se produce una sucesión de movilizaciones de masas mientras que con el ejemplo de la experiencia milanesa, crecen y se difunden en cadena nuevos Circoli en otras ciudades y pueblos.

La proliferación de los Circoli y sobre todo de su programa de luchas en todo el territorio nacional empuja a la convocatoria de un Happening del Proletariado Juvenil que se realiza a finales de noviembre en la Universidad Estatal de Milán. El manifiesto de convocatoria está encabezado por un enorme *tomahawk* con el eslogan «hemos desenterrado el hacha de guerra». Durante dos días, un debate tenso y apasionado trata, con determinación, de encontrar las condiciones para una plataforma común que respete todas las diferencias existentes dentro del movimiento. En la moción final se puede leer:

> Después del 20 de junio, los periódicos han desencadenado una campaña contra los jóvenes. Tras el parque Lambro han dicho que los supervivientes aislados se degollaban entre sí. La conclusión de este encuentro es sin embargo que algo nuevo está surgiendo. El parque Lambro de Milán ha producido una gran discusión acerca de lo dramático de la condición juvenil. El parque Lambro ha sido el fiel reflejo de una realidad de marginación, de soledad y ausencia de fuerza para cambiar las cosas. Nos hemos dado cuenta de forma imprevista de que nuestra condición individual es trágicamente colectiva: las siguientes reflexiones nos han conducido al deseo de construir una fuerza colectiva capaz de cambiar las cosas [...] este encuentro es un paso adelante sobre Lambro, porque está surgiendo la conciencia de que la solución está sólo en nuestras manos [...]. En el movimiento, los jóvenes no son todos iguales, porque todavía las necesidades son diferentes. Es necesario abrir un enfrentamiento y liberar las contradicciones. Un enfrentamiento para afirmar los deseos reales de los jóvenes,

> un enfrentamiento para definir y conquistar una verdadera autonomía. Un enfrentamiento para golpear sobre una concepción de la política y de la militancia entendida como negación de sí y como miedo a expresar los propios deseos de vivir.[10]

En la clausura del encuentro, en la austera aula magna de la Estatal, se produce un pequeño proceso siguiendo la tradición de la violencia de los propietarios de viviendas, los señores del Movimento dei Lavoratori per il Socialismo muestran, en su enfrentamiento con los pequeños vendedores-toxicómanos, la intolerancia con las fronteras de la contracultura y el moralismo de su patéticos comités antidroga difuntos hacía poco.

La prensa nacional lanza sobre el encuentro una serie de andanadas criminalizatorias anotando algunos episodios de pequeño vandalismo que sucedieron en los márgenes del mismo. [...] Es impresionante la analogía del comportamiento de los diarios respecto del movimiento estudiantil del '68. Acerca de *Re Nudo* publicamos una serie de retazos de la época para desenmascarar a las figuras que, seis años después, para ennoblecer su actual papel de chivatos, exaltaban a los contestatarios del pasado, como el rector de la Estatal, Sciavinato, que no se avergüenza de declarar al *Corriere della Sera*: «Estos son vándalos, en el '68 era diferente, si yo hubiera sido estudiante, habría estado entonces con Capanna [...]».

O como un consejero provincial del PCI que en Milán declara: «El '68 era otra cosa, los jóvenes, los estudiantes luchaban por un cambio real de la sociedad [...]».[11]

Otra decisión importante de los Circoli tomada durante su encuentro nacional, en una asamblea atestada, de mas de dos mil personas, es la de boicotear «la primera» de la Scala. En pleno régimen de sacrificios impuesto a los proletarios, la rica burguesía milanesa, se concede la emoción de pagar cientos de miles de liras por una poltrona en la apertura de la temporada teatral de la Scala.

---

10 *Sará un risotto che vi seppellirà,* op. cit.

11 Andrea Valcarenghi, *Non contate su di noi*, Arcana, Roma, 1977.

La declaración de guerra de los Circoli es recogida y enfatizada por la prensa. Se pone inmediatamente en marcha todo el aparato represivo para contrarrestar a la «horda vandálica» que amenaza con perturbar una manifestación de la cultura oficial. Cinco mil agentes, entre policías y carbinieri, asedian la zona que circunda la plaza de la Scala la tarde del 7 de diciembre.

Será una noche de guerrilla que terminará con 250 detenidos, 30 arrestados y 21 heridos, algunos de ellos graves.

> Hay alrededor de cincuenta cortes de calle de los municipales en defensa del *Otello,* diseminados de plaza Cavour a Brera, en Plaza Castello, hacia Cairoli, plaza del Duomo, plaza Fontana, S. Babila y corso Venezia. Cada barrera estaba reforzada por un segundo bloqueo a corta distancia del primero, todos tenían centenares de hombres armados desplegados para peinar la zona. Sobre los tranvías que transitaban la zona centro, todos los jóvenes son detenidos y devueltos a casa, sólo los habitantes de la zona o quien tuviera la entrada para «la primera» de la Scala podían pasar.
>
> A parte de las barreras, en posición ofensiva, dos columnas móviles de la PS daban vueltas continuamente en torno a la circunvalación interna guiados por radio por numerosos coches camuflados, con la misión de aislar y destrozar las manifestaciones en su nacimiento.
>
> Las concentraciones fijadas por los Circoli Proletari eran secretas, ya desde el día anterior había quedado clara la imposibilidad de concentrarse en la plaza de la Scala [...].
>
> En realidad, el pensamiento de la gente común, no el de los políticos, era en cambio algo diferente. A pesar de condenar los actos de violencia contra los coches y los semáforos, eran muchos los que estaban disgustados por la ostentación de lujo protegida por estos policías en pleno régimen de sacrificios.
>
> El secreto de las concentraciones limita mucho la afluencia de la gente, además tiene lugar la defección de la coordinación de los Circoli Giovanile, es decir, los adheridos al MLS que deciden dirigirse a la plaza de S. Stefano.
>
> Una de las manifestaciones (son tres los lugares de concentración) parte de la zona Romana y desemboca en la circunvalación para iniciar un amplio giro que tiene el objetivo de bloquear el tráfico, crecer durante el recorrido y ver que sucede. Son las 18:00 y faltan dos horas para el inicio del *Otello*.
>
> Una hora después sin haberse encontrado aún con la policía, la manifestación llega cerca de la estación del Norte, a la altura del bar Magenta. Los correos traen noticias de choques en curso en las otras zonas: las otras dos manifestaciones habían sido duramente atacadas.

Mientras la serpiente crecía, casi un millar de compañeros se mueve a través de la estación del Norte para dirigirse después a via Dante, llegan como bombas las dos columnas móviles de la PS. Es una maniobra en tenaza sobre la cabeza y la cola, con el fin de impedir toda posibilidad de fuga. Una táctica no usada nunca antes salvo en casos rarísimos y particularmente graves. Teníamos algunos segundos para lanzar un golpe defensivo y ganar el tiempo necesario para huir mientras los policías salían precipitadamente de los camiones con los botes de humo cargados, pero los compañeros en su mayoría jovencísimos, fueron presa del pánico. Fue una fuga desordenada y suicida. Casi la mitad de la manifestación es bloqueada con comodidad por la policía que avanza rápidamente en formación sin ni siquiera descomponerse.

El lanzamiento de botes se realiza a ras de tierra o a la altura de un hombre. Veo caer a tierra a un muchacho golpeado en una pierna. Los golpes, detenidos en mitad de la calle, continúan durante una buena media hora, así como el rastreo de los portales de las casas y de las escaleras.

La de la Scala será la última salida violenta del movimiento de los Circoli. Un sacrificio de sangre que ha servido, mejor que muchos mítines, para desenmascarar al poder político milanés.

En ese momento, la iniciativa del movimiento pasará a Roma y después a Bolonia.[12]

El año de frontera

Cuando lo extraordinario se vive como cotidianidad ordinaria, entonces quiere decir que la revolución está en acto. Este es el sentido de una máxima del Che que sirve bien para el «estado de ánimo» de los protagonistas del movimiento del '77, el año de la gran revuelta. Pero el '77 es también el año más ocultado, más distorsionado. Desde el punto de vista del poder instituido la distorsión de casi un decenio expresa el temor de afrontar los contenidos de un movimiento social, político y cultural que se presentó en aquel año con características irreductiblemente revolucionarias. El '77 no fue como el '68. El '68 fue contestatario, el '77 radicalmente alternativo. Por este motivo la versión «oficial» define el '68 como bueno y el '77 ha sido aniquilado. Por esta razón, el '77, a diferencia del '68, no podrá ser nunca un año de fácil celebración.

---

12 *Ibídem*.

Tal vez la distorsión del movimiento del '77 ha sido realizada también por sus propios protagonistas. Millares de personas han interiorizado los efectos catastróficos del terrorismo represivo del Estado, anulando junto a la memoria de aquella vivencia su identidad antagonista. Mas allá de estas dos distorsiones «voluntarias», está el efecto acelerado de la memoria social producido por el gigantesco cambio de las tecnologías comunicativas. Pero a pesar de todo esto, las preguntas colocadas por el último movimiento de masas antiinstitucional de Italia, permanecen tan actuales como irresueltas. «¿Qué desarrollo para qué futuro?» fue la pregunta principal, simple y terrible como sítensis de la «intuición» de vivir aquel momento como ápice de un paso de transformación de época, hecho explícito por la crisis y por el agotamiento de las reglas de relación y organización social basadas en el sistema industrial.

La sensibilidad de aquel movimiento fue la de advertir el dramatismo del paso obligado a la sociedad oscura e indescifrable de lo postindustrial. De ahí la sabiduría que el movimiento del '77 tiene al tomar, sobre el plano de los contenidos, el centro de los problemas que conllevaba aquel paso: el problema del trabajo y de sus transformaciones.

La ruidosa irrupción sobre la escena social del movimiento del '77, cuya composición era de estudiantes, jóvenes proletarios y mujeres con una situación precaria y «no garantizada» en el mercado de trabajo, obligó a los expertos de la sociopolítica nacional al análisis de sus caracteres tan inéditos como indescifrables. Pero estos sujetos no se mostraron, inmediatamente, del todo dispuestos frente al armamento clásico de la investigación sociológica y psicoanalítica, que debería al menos aportar algo de luz sobre las razones de su desviación respecto de las reglas de la «convivencia civil». Así, sin datos, cifras o encefalogramas a disposición de nuestros «expertos» resultó imposible ir más allá de la tarea de rellenar su saber vacío con una exposición ininterrumpida de tonterías publicadas durante meses en periódicos y revistas, tanto independientes como de partido.

Todo esto hasta la bajada, a la arena del «debate», de la seria lucidez de los intelectuales del PCI. Toccò y Asor Rosa, ex «operaista» de los *Quaderni Rossi* y de *Classe Operaia*, que al día siguiente de la expulsión de Lama de la Universidad de Roma, formularon un análisis completo sobre los nuevos sujetos sociales de la revuelta en marcha. Este esfuerzo reflexivo que toma el nombre de la «Teoría de las dos sociedades» tiene tanto éxito que se convertirá enseguida en el análisis oficial.

A *grosso modo* el razonamiento discurría sobre este hilo lógico: la crisis determina el paro que a quien más golpea es a los jóvenes, el paro y la marginación del sistema productivo (que es el de la clase obrera de fábrica), la marginación a su vez se traduce en disgregación y desesperación, que terminan por traducirse en violencia irracional e impulsiva. Estos sujetos marginales (marginados sociales en tanto no incluidos en el sistema productivo central de fábrica), son la «segunda sociedad», «que crece al lado de la primera y quizás a cargo de ésta, pero sin aportar ventajas relevantes, sin tener un objetivo y sin un enraizamiento en la primera sociedad»[13] (la obrera).

Para la cultura industrialista del movimiento obrero histórico, la «centralidad obrera» es el puesto de trabajo fijo en la fábrica de bienes de consumo duraderos, por lo que los sujetos que no tienen esta colocación son necesariamente marginales. A partir de esta lectura, un movimiento constituido por estos sujetos, que además reclama su plena autonomía respecto de las instituciones históricas del movimiento obrero (partidos y sindicatos) sólo podía ser considerado como un peligroso fenómeno de marginación y de parasitismo corporativo, fácilmente instrumentalizable por las fuerzas reaccionarias y conservadoras. No por casualidad otras definiciones del movimiento aportadas por Giorgio Amendola, prestigioso intelectual del PCI, fueron las de *neosquadrismo* y *diciannovismo*.[14]

Por lo tanto, el juicio que la izquierda histórica otorga al «movimiento del '77» tenía sus presupuestos en un análisis de la composición de clase que no tenía en cuenta las grandes transformaciones de los procesos productivos y la jornada de trabajo social puesta en marcha por la reestructuración llevada a cabo por las fuerzas capitalistas. Esta reestructuración que toma el nombre de «reconversión industrial» tiene su comienzo en 1974 (fecha de la crisis del petróleo) y se diseña como un ataque inmediato a la composición técnica y política de la clase obrera de las grandes fábricas. La *cassa integrazione* fue el primer instrumento potente de los patronos para liquidar el ciclo de luchas del obrero masa disolviendo la «rigidez», es decir, la homogeneidad material y política de la que ésta tomaba las condiciones

13 *Le due società*, Alberto Asor Rosa, Einaudi, Torino, 1977.

14 La perversión de ambos calificativos es notable. *Neosquadrismo* hace referencia a los grupos de acción, formados habitualmente por ex-combatientes de la Gran Guerra y que fueron la primera base activa del fascismo. *Diciannovismo* hace referencia al periodo de la postguerra italiana de 1919-1920, caracterizado por una aguda agitación social y tras el cual se produjo el golpe de Mussolini [*N. del E.*].

de su poder, primero en la fábrica y después en la sociedad. Los primeros efectos de esta reestructuración se diseñaron como la constitución de una red de descentralización, difusión, dispersión y fluidificación en lo social de las partes relevantes del proceso productivo y reproductivo.

Nuevas figuras sociales, tradicionalmente excluidas del mercado de trabajo, fueron absorbidas dentro de esta red en la que las condiciones de trabajo asumieron la característica no normativa de la semidesocupación y de la precariedad. Lo que el Partido Comunista y el sindicato no supieron o no quisieron entender fue que estas nuevas figuras precarias y no garantizadas tenían, en cualquier caso, una función productiva, directa o indirectamente: que su naturaleza era obrera en la medida en que de ellas se extraía plusvalor; que estas figuras eran partes constitutivas de la nueva composición de clase que se estaba modelando sobre los ritmos de una metamorfosis del proceso productivo que se configuraba como contracción de los empleos manuales tradicionales a favor de un crecimiento del trabajo intelectual masificado.

En lugar de volver la atención sobre estas nuevas figuras productivas, tomando nota de la carga de novedad que expresaban en el terreno de la exigencia de desarrollo y de organización política, el Partido Comunista y el sindicato contrapusieron el más basto de los análisis que terminó por marcarlas como un fenómeno de irracionalidad peligrosa asociado a un nuevo subproletariado de masas al que había que oponer la racional solidez democrática de una clase obrera garantizada y enrrocada en las grandes catedrales industriales, cultivando la ilusoria certeza de dirigir el asedio del ataque capitalista.

En el plano de la política institucional, la estrategia del Compromiso Histórico del PCI estaba en su momento crucial ante los resultados de las elecciones administrativas de 1975, en las que conquistó numerosas e importantes instituciones locales y todavía más al año siguiente, en las elecciones políticas, cuando superó a la DC.

El clamoroso éxito electoral, llegó sobre la ola de las luchas de los movimientos de masas de los años precedentes que el partido afirmaba haber reconducido a funciones de correa de transmisión social de su proyecto. En este punto, proponiendo su propia candidatura como «partido de gobierno», dirige toda su tensión a las maniobras de alianza y negociación con los otros partidos.

La asimilación de que la legitimidad para gobernar debía pasar por la construcción de una imagen de credibilidad democrática, le empuja a aceptar la contrapartida de tener que asumir el papel de garante de la conflictividad social, para que ésta sea redimensionada, controlada, canalizada y administrada o ignorada, incomunicada y reprimida en sus aspectos incompatibles con la supervivencia del sistema en crisis. En consecuencia, sobre todo en los lugares de trabajo, las organizaciones y los sectores sindicales controlados por el PCI elaboraron una línea que, por una parte apuntaba a una resuelta eliminación de toda oposición obrera no controlada o controlable, mientras por otra se presentaba, en el enfrentamiento con los sectores industriales, como una fuerza capaz de promover la salida de la crisis productiva.

El resultado de este enfrentamiento fue la aceptación, por la parte sindical, de la «política de los dos tiempos»: primero los sacrificios a cargo de la clase obrera, para restablecer los márgenes de acumulación de los capitales erosionados por las luchas obreras de los años precedentes, después el alza productiva y una equitativa redistribución de los beneficios y los poderes.

En el '77, con estos presupuestos culturales y de estrategia política, el PCI y el sindicato afrontaron la emergencia imprevista de un movimiento constituido por una variedad de sujetos proletarios altamente escolarizados, muy sensibles a la recepción de los efectos de la aceleración de las transformaciones de un sistema productivo dirigido a la disolución de la centralidad del trabajo industrial.

Estos sujetos eran la condensación final, el enorme embudo, en el que confluye la acumulación de un saber y de una memoria de organización de un ciclo ininterrumpido de luchas antiinstitucionales, por lo tanto autónomas y radicales, iniciado en los años sesenta. Siendo sobre todo la carga histórica, el producto consecuente del obrero masa desde el punto de vista de la relación dialéctica con la reestructuración capitalista, donde esos sujetos se mostraron muy agresivos en el plano de sus expresiones políticas antagonistas.

El concepto de rechazo al trabajo que había atravesado todos los años sesenta y la primera mitad de los setenta había encontrado finalmente su generación más acabada, una generación que hacía de este concepto su elemento de identidad cultural, social y política. Si la reestructuración, al fluidificar el mercado de trabajo, configuró un nuevo orden productivo en

el que la actividad laboral se fue caracterizando como precaria, intermitente e intercambiable entre funciones manuales e intelectuales, los sujetos del ‘77 hicieron propio este terreno de extrema movilidad entre trabajos diferentes y entre trabajo y no trabajo, concibiendo la prestación laboral como dato ocasional más que como fundamento constitutivo de su propia existencia.

Más que presionar y luchar por asegurarse el «puesto fijo» para toda la vida, en la fábrica o en la oficina, se privilegiaban las experimentaciones sobre las formas posibles de alternativa a la búsqueda de renta. Para estos sujetos, la movilidad en la relación con el trabajo se transforma de forma impuesta, a forma elegida de modo consciente y privilegiado respecto del trabajo garantizado de las ocho horas al día durante toda la vida. Los jóvenes obreros ya empleados en la fábrica, tras haber medido la imposibilidad y la inutilidad de resistir al proceso de reestructuración con la lucha por la «defensa del puesto de trabajo» se autodespidieron eligiendo el frente del trabajo móvil.

Debido sobre todo a estos comportamientos y a estas elecciones, más que a la propensión a practicar la violencia en las luchas, los jóvenes del movimiento del ‘77 suscitaron escándalo entre las filas del movimiento obrero histórico. Debido a estos motivos resulta comprensible entonces como, para el movimiento del ‘77, toda la tradición del movimiento obrero histórico implantado sobre la ideología del trabajo, no podía más que presentarse, además de como algo profundamente extraño, objetivamente también, como un enemigo, enemigo del propio deseo madurado por el extraordinario desarrollo de las fuerzas productivas, del deseo de liberar la vida de la esclavitud de la condena del trabajo dependiente. Y el choque fue inevitable y duro.

Así, en el ‘77, estalló la generalización cotidiana de un conflicto político y cultural que se ramificó en todos los lugares de lo social, ejemplificando el choque que recorre todos los años setenta, un choque duro, quizás el más duro, entre las clases y dentro de la clase, que se haya comprobado desde la unificación italiana. Cuarenta mil denunciados, quince mil arrestos, cuatro mil condenados a miles de años de cárcel, y muertos y heridos por centenares en ambas partes. Estas cifras no pueden ser consideradas como el simple resultado de una derrota, consecuencia peligrosa del saber delirante y de la manipulación de unos

cuantos maestros perversos apoyados sobre las tensiones nihilistas de estratos sociales subculturales y marginados. Este choque fue, sobre todo, una cita obligada por la precipitación de las contradicciones sociales entre clases que, con la crisis generalizada, empujaban en la dirección de un conflicto directo y frontal por la redefinición de las nuevas reglas del poder.

Un extraño movimiento de extraños estudiantes

El ministro de la instrucción pública, Malfatti, dicta el 3 de diciembre de 1976 una circular que prohíbe a los estudiantes hacer más exámenes de la misma materia, desmantelando de facto, la liberalización de los planes de estudio en vigor desde el ‘68. Esta iniciativa es entendida inmediatamente por los estudiantes universitarios, como la primera medida, avance de otras disposiciones de contrareforma más graves. El senado académico de Palermo decide aplicar inmediatamente la circular, provocando la reacción de los estudiantes que pasan a ocupar el campus.

En las semanas siguientes las protestas estudiantiles implican a los profesores precarios, golpeados también por la iniciativa de la instrucción pública. En poco tiempo, la agitación se difunde por Turín, Pisa, Nápoles y Roma. El primero de febrero de 1977, los fascistas hacen una incursión en la ciudad universitaria romana. Rechazados por los estudiantes, cubren su fuga disparando. Guido Bellachioma, un estudiante de letras, resulta herido gravemente por un proyectil que le alcanza en la nuca. La respuesta es inmediata, es ocupada la Facultad de Letras. Se suceden frenéticas iniciativas asamblearias para una movilización de respuesta antifascista. Las organizaciones sindicales, CGIL, CISL y UIL con la adhesion de FGCI, FGSI,[15] PDUP y AO, convocan una manifestación en la universidad para protestar contra la agresión fascista.

---

15 Federazione Giovanile Comunista Italiana y Federazione Giovanile Socialista Italiana, organizaciones juveniles del PCI y el PSI respectivamente con una relativa implantación en las universidades italianas [*N. del E.*].

Mientras, el ministro Malfatti, preocupado por la precipitación de los acontecimientos, retira prudentemente su circular. El 2 de febrero una aguerrida manifestación de algunos millares de estudiantes sale de la universidad. El objetivo declarado es la sede del MSI de via Sommacampagna que es reducida a las llamas en pocos minutos. La manifestación retoma su recorrido, pero en la plaza de la Independencia, grupos especiales de la policia de paisano inician un furioso tiroteo con el grupo de manifestantes armados. En el suelo, heridos gravemente, permanecen un policía (Domenico Arboletti) y dos estudiantes (Paolo Tommasini y Leonardo Fortuna).

La polémica sobre la responsabilidad del tiroteo evidencia las diferencias internas de la izquierda. El PCI a través de su diario acusa a los «llamados autónomos» de situarse en el mismo plano que los fascistas. Los partidos del arco constitucional exigen a la magistratura una intervención enérgica para que se cierren las «guaridas» que alimentan «la provocación violenta de cualquier color que sea». En las asambleas de la universidad de los siguientes días, dirigidas por PCI, PSI, PDUP y AO se acentúa la ruptura entre el movimiento y las fuerzas políticas oficiales. La gestión totalmente «partidista» de estas asambleas comienza a resultar intolerable para un movimiento que se desarrolla desde abajo y empieza a reivindicar su propia autonomía.

Mientras tanto en Milán se ocupa la Universidad Estatal y en Turín una manifestación de 5.000 estudiantes atraviesa el centro de la ciudad. También en Nápoles 15.000 personas salen a la calle: son estudiantes, parados organizados, diplomados y titulados sin empleo. En Bari se ocupa la Facultad de Filosofía y Letras.

En Roma, el 5 de febrero, la policía estrecha el asedio a la universidad prohibiendo la manifestación que el movimiento había convocado para romper el aislamiento que los órganos de información y los partidos trataban de crear alrededor de los estudiantes definidos como «extremistas violentos». La *Unità* escribe que el campus está ocupado por unas «pocas decenas de provocadores autónomos». En la asamblea de la universidad, 5.000 estudiantes deciden no aceptar el encuentro que quiere el gobierno y proponen extender las ocupaciones a todos los campus de Italia y alargar la lucha con acciones de contrainformación en los barrios, en las fábricas y en las escuelas medias y superiores.

Al día siguiente, la universidad pasa a ser el punto de referencia de todo el proletariado juvenil. Una fiesta gigantesca se prorroga durante todo el día, el enorme espacio de la universidad «liberada» se llena de estudiantes medios, de jóvenes de los barrios periféricos y de mujeres. La fiesta es espontánea, nadie se ha preocupado de organizarla, hay quien hace teatro en la calle, quien baila, quien canta, quien toca música, quien juega. El sindicato condena oficialmente la ocupación, no reconociendo al movimiento «la capacidad de dirigir de forma autónoma una lucha contra los problemas irresueltos de la universidad».

Las ocupaciones se extienden a los campus de Bolonia, Génova y Cagliari. En Roma, el 9 de febrero 30.000 personas salen a la calle. En primera fila, campea una enorme pancarta con la inscripción «Paolo y Daddo libres, libertad para todos los compañeros arrestados». En plaza Navona la manifestación comienza sin incidentes. En la manifestación hay una enorme pasión política, pero sobre todo mucha ironía, las mujeres autogestionan su propio bloque, están presentes los indios metropolitanos, protagonistas de las iniciativas creativas dentro del movimiento.

El 10 de febrero la propaganda de los «comités unitarios» que reúnen a la FGCI, la FGSI, los jóvenes republicanos, la juventud aclista, el PDUP, AO y los sindicatos, trata de sacar a la calle a los estudiantes medios con una lógica de revancha contra el movimiento universitario «extremista». Pero el juego no sale del todo bien, ya que durante la manifestación se corean muchísimos eslóganes contra el gobierno de la abstención y de la paz social, prácticamente idénticos a los gritados los días precedentes.

Por la tarde del mismo día, en la Facultad de Letras, se produce un «proceso» a los redactores de *Paese Sera*, del *Corriere della Sera* y de la *Unità,* acusados de calumniar en sus diarios las luchas de los estudiantes. El más atacado es Duccio Trombadori (PCI) que a la pregunta «¿Cuáles son las guaridas que queremos que sean cerradas?» responde: «Aparte de las guaridas fascistas, los centros que se colocan en el terreno de la provocación y que son utilizadas por fuerzas extrañas al movimiento obrero». Finalmente, Trombadori será expulsado de la universidad.

El mismo día, una gran manifestación recorre Bolonia, donde el PCI local insiste en denigrar al movimiento con el usual insulto de «provocadores». Son ocupadas otras facultades en Messina, Pescara y Modena. La

federación romana del PCI declara que considera «una necesidad política y democrática la reanudación de la actividad didáctica y científica» en la universidad ocupada desde hacía diez días. Esta declaración limpia el camino a las posiciones de las fuerzas que priman la intervención de la policía.

El 13 de febrero la asamblea de los ocupantes discute acerca de las salidas políticas. La línea es continuar la ocupación hasta que no se obtengan resultados concretos: la retirada definitiva del proyecto Malfatti, la liberación de los compañeros arrestados, garantías para los espacios autogestionados en la universidad y su apertura nocturna y en festivos. Pero sobre todo se habla de desocupación y de las iniciativas, a realizar en los barrios, contra la marginación y sobre sus necesidades materiales como la renta y la vivienda. Dos días después, militantes del PCI fuerzan los piquetes en la puerta de la universidad ocupada y se presentan con un panfleto que exige «el restablecimiento de la vida democrática en el interior del campus» y convocan un mitin con Luciano Lama, secretario de la CGIL.

En la asamblea del día después, los ocupantes discuten la línea frente al mitin de Lama, juzgado por todos como una provocación y un intento de control sobre el movimiento impuesto desde el exterior; una iniciativa que apunta explícitamente a la «normalización de la universidad». Se propone, así, que el mitin sea una asamblea en la que puedan intervenir algunos representantes del movimiento de los estudiantes.

La expulsión de Lama de la universidad: testimonios

Un compañero del movimiento

> Tengo un recuerdo muy feo del día en que Lama fue expulsado de la universidad. Me ha quedado una imagen en la mente: un compañero del movimiento que durante la huida del servicio de orden del PCI, tenía un martillo en la mano y comenzó a perseguir a uno de ellos, después se detuvo, volvió atrás, se puso a llorar y se abrazó a los compañeros. Fue un momento de psicosis colectiva. Era la primera vez que se había dado un choque tan duro, un choque que no era ideológico sino físico y duro.

Efectivamente, había sido una provocación explícita por parte del PCI. No había ninguna duda sobre el hecho de que se quería restablecer el orden en la universidad a toda costa, aunque sólo fuera por el hecho de que se venía con un servicio de orden muy bien estructurado y dispuesto, tanto psicológica como físicamente para afrontar un situación de enfrentamiento. Creo que todos los compañeros vivimos aquel día de mala manera. El servicio de orden del PCI tenía una clara voluntad de choque, algunos de ellos empezaron a provocar de forma dura. Nos encontramos prácticamente desplegados en dos frentes. Ellos habían entrado a la fuerza por la mañana temprano, se colocaron en la parte izquierda donde está Derecho, mientras que los compañeros estaban enfrente, en la otra parte.

Mientras estuvimos desplegados y divididos y hasta que Lama comenzó a hablar, no sucedió nada grave. Sólo hubo una contestación verbal muy fuerte por parte de los compañeros del movimiento, sobre todo por parte de los indios metropolitanos. Después se produjo una respuesta muy violenta por parte del servicio de orden del PCI, que comenzó a avanzar con provocaciones muy evidentes. Estoy seguro que hubo algún caso de padre e hijo que estaban uno en una parte y el otro en la otra, desplegados en frentes diferentes. Lo que sucedió se puede leer también en clave de choque generacional, de diferentes culturas que llegan al enfrentamiento y, en medio, existe una situación humana muy dura. Se daban diferencias que quizás podías ver después en tu casa, con tu padre. En definitiva, acababas liándote a bofetadas con tu padre, finalmente y sin embargo también de manera dramática.

El impacto psicológico fue fortísimo, no se trataba de un simple choque entre líneas políticas diferentes, detrás estaban problemas mucho mas grandes, como por ejemplo la figura del PCI, que es la figura del padre de la ideología que te debía proteger y que sin embargo te traiciona.

Hacía años que te estaba traicionando, te había traicionado con la ley Reale, después te traicionó con proyectos políticos absurdos que no podías ni podrías compartir nunca: el gobierno de la abstención, la filosofía de la austeridad y de los sacrificios, el Compromiso Histórico en una palabra. Además no es que estas cosas no tuvieran luego desenlaces prácticos.

Después Lama, que llega allí, a la universidad con su megáfono, con su mega megáfono, con su aparato de amplificación ensordecedor y comenzó a hablar de esta manera retumbante, con una potencia de sonido tal, con un estruendo, que ninguno, aunque hubiera querido, habría podido escuchar lo que estaba diciendo.

El movimiento en aquellos meses no se había desarrollado mediante un mensaje unidireccional, sino sobre una red de cientos de comunicaciones diferentes que tenían cientos de lenguajes diferentes, que eran cientos de mensajes diversos entrecruzados entre sí, como por ejemplo las pintadas en los muros de la universidad, que los del PCI habían tapado con prepotencia. Durante la ocupación en la universidad, ninguno quería afirmar su voluntad sobre la de los otros, porque todos se enfrentaban no sólo en las asambleas, sino también haciendo escritos de todo tipo y ninguno decía yo soy quien

tiene la hegemonía. Incluso, lo primero que hizo el movimiento fue afirmar con mucha claridad y determinación que no se querían partidos guía o intentos de hegemonía por parte de ninguno, ni individuo ni grupo.

Sin embargo, Lama llega allí y lo que viene a decir es: vengo aquí, tomo un megáfono enorme y hago mi discurso que es un discurso que debe tapar, que debe anular todos los demás discursos, porque él no ha venido aquí a debatir con el movimiento, ha venido a imponerse. Esto quedó claro muy pronto para todos los compañeros del movimiento; todo esto lo vivieron los compañeros como un acto autoritario, ilegítimo, prepotente y violento, en línea con todo lo que el PCI había ya dicho y hecho hasta aquel momento en relación con el movimiento.

No han querido que de ninguna manera se diera un debate, de hecho no han aceptado que los compañeros del movimiento pudieran intervenir después del mitin de Lama, ni siquiera han aceptado esta mínima condición. Lama llegó allí diciendo: hablo yo y punto. Con esto, querían obligar a los que estaban allí a seguir un comportamiento, una cultura que ya no tenía ninguna lógica.

Recuerdo que en un cierto momento de su mitin, Lama dijo una cosa como que «los obreros en 1943 salvaron las fábricas de los alemanes y vosotros por lo tanto, debéis salvar las universidades por que son vuestras fábricas». Está claro que en lo que decía no entraba nada de lo que sucedía. Entonces yo pensé, todos pensamos: ¿pero por qué debes venir tú aquí y decirnos todo esto que con nosotros, con nuestro movimiento, no encaja para nada? Porque la verdad es que tú no entiendes nada y pretendes situarme ante el ultimátum: o estás conmigo o estás contra mí.

Aquella mañana llegué a la universidad muy temprano y ya estaban allí los del servicio de orden del PCI y del sindicato con los letreritos rojos puestos en el cuello de la chaqueta, tapando las pintadas que se habían hecho sobre los muros exteriores de la Facultad. Había hombres con mono de trabajo con los pinceles y los cubos de pintura blanca que cubrían las pintadas. Trabajaban en equipos y había un silencio alucinante.

De lo que me di cuenta inmediatamente fue que el hecho de cubrir las pintadas era algo que me tocaba los cojones. En relación a Lama, sobre el ‘77 podía pasar cualquier cosa, lo pensaba de una manera, otros de otra pero no toleraba a alguien que me tocara los cojones, alguien que con prepotencia llegaba y tapaba las pintadas, incluso aunque no estara de acuerdo con ellas. El hecho es que con aquel acto, con aquello que estaban haciendo, ellos no eran diferentes del primer policía que te podías encontrar. Lo que estaban haciendo, tapar las pintadas, era un acto de violencia increíble. Y después, ellos que se identificaban en seguida con alguien que no encajaba en nada con la ocupación; podía ser tu propio padre que venía a llamarte al orden, el papá con la barriga. Había una pintada que decía «Los Lama están en el Tibet» y uno de estos del PCI gritaba enfadado: ¿Pero qué quiere decir? ¿Pero estos qué quieren decir? Entonces un compañero del movimiento que estaba allí le dijo: quiere decir todo y no quiere decir nada, vete a preguntárselo a quien lo ha escrito en lugar de taparlo sin saber porqué. ¿Por qué lo tapas? ¿Quién eres tú?

Los del servicio de orden del PCI llegaban como personas adultas, como personas grandes, peones, albañiles, gente que no encajaba una mierda. Recuerdo que muchos llevaban impermeables oscuros y paraguas, y me chocó el hecho de que ninguno de nosotros tuviera paraguas aunque estaba lloviznando. El paraguas era como la pipa. Los hacía sentir extraños, no había nada que hacer. Cuando se iniciaron los choques vi allí en medio cabezas rotas. Pero antes, los del PCI decían: «Estas crías de sanguijuela, les deberíamos mandar a Siberia». Yo conocía a uno de ellos y le dije entonces: «Vivimos a cien metros, ¿dónde quieres mandarme?»

El palco de Lama estaba montado en un camión aparcado en la plaza. En primera fila, frente al servicio de orden del PCI, estaban los indios metropolitanos que habían alzado sobre una escalera un palquito tipo carroza, con un muñeco de poliestireno y con un cartel en forma de corazón con una pintada: «Queremos hablar» y «Lama o no Lama, no Lama nadie». Iban pintados y llevaban hachas de goma, estrellas fugaces, confetis, globos y algunas bolsas de agua que tiraban a los componentes del servicio de orden del PCI gritando eslóganes irónicos: «Sa-cri-fi-cio-sa-cri-ficio», «Más chabolas, menos casas», «Es la hora, es la hora, miseria para quien labora», «Poder patronal», «Te lo ruego Lama no te vayas, todavía queremos mas policía».

En un cierto momento, debajo de la carroza de los indios se vio levantarse una nube blanca, uno del servicio de orden del PCI había accionado un extintor. Vi la nube blanca que se levantaba sobre las cabezas, al lado del palco que comenzó a ondear, un ondear continuo y confuso, después la gente escapaba por todos lados. El servicio de orden del PCI avanzó golpeando, volaban cosas, empezaron a volar piedras y trozos de madera. Los del PCI abalanzándose, fueron hacia delante cargando hasta el final de la fuente. Vi a los primeros compañeros del movimiento que eran sacados por las piernas y los brazos, con la cabeza abierta y la cara sangrando. Fue impactante para todos ver a los compañeros golpeados de esa manera y cuando el servicio de orden del PCI volvió atrás hacia el palco, comenzó la contracarga de los compañeros del movimiento que se habían armado con lo que habían encontrado allí en ese momento.

Y se contraatacó, estábamos verdaderamente furiosos, era nuestra gente la que estaba con la cabeza destrozada. Se volcó y destruyó el camión sobre el que estaba Lama. En aquel momento se tenía la sensación de que algo se había roto, podía ser la cabeza de la gente que conocías, yo tenía una novia que era de la FGCI y en aquel momento entendí que se rompía también algo referente a mis afectos. Lo que estaba sucediendo en aquel momento estaba claro: el sindicato y el PCI te rodeaban como la policía, como los fascistas. En aquel momento estaba claro que se trataba de una ruptura insalvable entre nosotros y ellos. Estaba claro que desde aquel momento los del PCI no volverían a tener derecho de palabra dentro del movimiento.

Lo habían buscado, habían querido el enfrentamiento para justificar la teoría según la cual no se podía dialogar con el movimiento. Aquel día para ellos vencer o perder daba igual, no tenían nada que perder porque la universidad ocupada ya la tenían perdida, la universidad ya era un fortín

del movimiento que ellos debían tomar de cualquier manera, cualquier forma de «liberarlo» era buena para ellos. Debían salvar la cara respecto a las instituciones democráticas afirmando que nosotros, no sólo no éramos sus hijos legítimos, sino que además éramos fascistas. Debían afianzar su capacidad de gestionar la situación y que ellos eran el partido de la clase obrera y de los trabajadores, los únicos garantes y mediadores, los únicos representantes oficiales en todo conflicto. Su lógica era: si explota un problema lo gestiono yo, en caso contrario, es mierda.

Una militante de la FGCI

Nosotros los de la FGCI, antes de la jornada de Lama, hicimos una reunión en la que discutimos como entendíamos aquel hecho. Vivíamos la ocupación de la universidad, y más en general, la propia existencia del movimiento, como un gran provocación a la que debíamos dar respuesta. Nosotros no habíamos tenido nunca una vida fácil en la universidad ya que reuníamos a poquísima gente y porque siempre existía una gran conflictividad con los militantes de los grupos, en una primera fase, y con la gente del movimiento, después. Indudablemente considerábamos al movimiento como el enemigo. Dentro del PCI, vivíamos esta historia del movimiento, el partido nos la hacía vivir, como algo que ponía en discusión la democracia, la responsabilidad de las masas, etc.

Nosotros entendíamos el movimiento como un agregado confuso de jóvenes, hecho un poco sobre la ola de las modas extremistas, impregnado de cultura extremista y anticomunista. Un movimiento de jóvenes en el que lo que destacaba era la irracionalidad. Dentro del PCI se creía en la distinción entre la autonomía obrera como componente específico de los grupos más o menos organizados y el resto del movimiento. Esto es algo que comprendimos después y fue un grave error porque esta mala comprensión permitió dejar en manos de la autonomía casi todo el movimiento.

Recuerdo la enorme manifestación del 12 de marzo que nosotros, los del partido, vimos desde las aceras: era algo impresionante, era una manifestación enorme, eran muchos verdaderamente. Las manifestaciones del movimiento, independientemente de lo que se decía en la sección, me sugestionaban mucho porque veía a todos aquellos jóvenes como yo, diferentes sólo ideológicamente, que desfilaban por millares y millares gritando eslóganes bellísimos, afinados y llenos de carga. Todo esto te provocaba un efecto grande.

En la sección del partido que solía frecuentar se discutía sobre el movimiento, pero no porque los jóvenes fuéramos muchos, la mayor parte eran funcionarios o profesores, algún obrero, pero no eran jóvenes, era gente con hijos, gente casada, con un trabajo regular, con una vida regular. En las discusiones nos debíamos hacer cargo de la defensa de un patrimonio histórico que el movimiento en aquel momento estaba atacando, por lo cual no podíamos más que vivir aquella relación en términos de conflicto, ellos eran nuestro enemigo y había odio, y obviamente por las dos partes.

Dentro del partido se destacaba continuamente la irresponsabilidad del movimiento. Nuestra posición era que la política la hace quien está en el seno de la historia, quien tiene el sentido crítico, quien tiene el patrimonio de las masas. El movimiento para nosotros, no formaba parte de la izquierda y no comprendíamos ni siquiera mínimamente lo que luego sucedería. No comprendíamos que el movimiento planteaba cuestiones de fondo, mientras que nosotros lo considerábamos como un fenómeno juvenil típico de quien se aproxima a la política de forma irracional y pasional. Nosotros teníamos, así, la certeza de que las masas estaban con nosotros, las masas organizadas que hablaban del convenio, que tenían el discurso del trabajo, que habían vivido momentos difíciles en los que habían defendido el terreno de la democracia.

Nosotros de la FGCI hacíamos cursos en secciones para la formación de los cuadros políticos, una gran parte del estudio se concentraba en textos clásicos contra el extremismo. Era así porque los dirigentes del partido se daban cuenta de que la sugestión, la fascinación del extremismo, difundido un poco por todos lados y sobre todo en las escuelas, se ejercía sobre los jóvenes. Entre nosotros y el movimiento había nacido una relación de odio, de odio profundo causado por el crecimiento y la acumulación de las incomprensiones, debido a culturas diferentes, pero también a comportamientos y formas de vida diferentes.

La mañana de Lama en la universidad, me acuerdo que los del movimiento nos tiraban monedas de cinco liras, esto me ofendió muchísimo, lo recuerdo como algo muy desagradable. Nos tiraban las cinco liras al lado, era algo mortífero para el que lo sufría, fue algo muy duro. Llegamos y nos colocamos bajo el camión preparado como un palco. Había un muro, nuestro servicio de orden y los del movimiento que presionaban. En un cierto momento comenzaron a volar cosas, los golpes, los palazos, pero lo que más recuerdo es que me insultaban, me escupían y me tiraban las cinco liras. Me quedé aniquilada y me di cuenta del nivel de odio que el movimiento tenía contra nosotros.

No me escapé durante los enfrentamientos y me dieron golpes y una pedrada en la espalda. Me enfadé con mis compañeros que escapaban porque pensaba que si habían decidido ir a la universidad era para quedarse. Era un momento de lucha, por lo tanto, era necesario luchar hasta el final, no escapar. Sin embargo, en un cierto momento se produjo la huída general.

Después, en los días sucesivos, dentro del partido, la tomamos con los compañeros de la célula universitaria que nos habían informado sobre la situación dentro de la universidad de manera equivocada. La Federación había venido a decir que en la universidad no había un movimiento, sino grupos de provocadores, una situación que podía ser absolutamente normalizada y que era muy posible hacerlo. Oficialmente, nosotros los del PCI habíamos ido a la universidad para evitar lo irreparable, esto era lo que decíamos y lo que nos decíamos a nosotros mismos, es decir, para evitar la intervención de la policía en el desalojo y los inevitables choques que la hubieran seguido. No habíamos entendido que sobre aquella situación no teníamos, no digo la hegemonía, ni siquiera una brizna de prestigio y que en sustancia no teníamos la más mínima legitimidad.

Hacia el enfrentamiento

A finales del mes de febrero el movimiento es aún amplio en el plano nacional e incluso tiene ramificaciones en los pequeños núcleos de provincia. Hay muchísimas escuelas medias y superiores en situación de ocupación o de agitación permanente donde se intentan formas de «autogestión», es decir, de experimentación de un estudio colectivo sobre las temáticas del movimiento. En Roma, los fascistas dispararon delante de una escuela e hirieron a dos estudiantes. En Turín, en respuesta, una manifestación del movimiento ataca e incendia algunas sedes fascistas y en la polémica que continúa con los militantes del PCI estallan altercados y choques. En Padua para todo el campus. En Perugia son ocupadas las facultades de humanidades. El 5 de marzo tiene lugar la manifestación por Panzieri, un compañero que la tarde anterior había sido condenado a nueve años de cárcel por concurso moral en la muerte de un fascista. Ofrecemos aquí el testimonio de un compañero del movimiento:

> Después de la expulsión de Lama de la universidad se da un relanzamiento del movimiento, una mayor unidad y una mayor consistencia interna debido sobre todo al juicio unánime que se da a la provocadora iniciativa del PCI. Sobre la base de esta consistencia se asume el riesgo de promover una ocupación en cadena de las escuelas. En lo que respecta a las relaciones con el PCI dentro de la universidad, están limitadas a algunos profesores que de alguna manera median con nosotros, los del movimiento. Pero de hecho, las organizaciones del PCI, como la FGCI y las células comunistas, no tienen ninguna posibilidad de tomar la palabra en la universidad.
>
> En el último momento, cuando todos los compañeros del movimiento han sido ya movilizados, se conoce que la manifestación por Panzieri no ha sido autorizada. La policía desplegada masivamente en la explanada de Ciencias delante de la universidad, cachea y amenaza a cualquiera que se acerca, pero dentro hay miles de compañeros. Comenzamos las negociaciones para fijar un recorrido, pero la policía no se mueve y declara que no debe salir ninguna manifestación. Después, de manera imprevista, los carabinieri cargan disparando lacrimógenos a la altura de una persona. Comienzan rápidamente los enfrentamientos delante de la universidad, pero el grueso de la manifestación ya se ha escapado por una salida lateral y se ha reunido en el centro.
>
> Desde ahí, la manifestación se parte en varios pedazos que recorren todos lo barrios de Roma. Los choques se suceden, y se produce un salto de cualidad en el sentido que todos quieren participar sin delegar en las

estructuras clásicas del servicio de orden de estilo militar. Por este motivo, creo que el 5 de marzo se produjo la manifestación más bella del '77, por la participación y la gestión masiva, por el rechazo a la delegación que se daba durante los enfrentamientos. Al final se consiguió dividir completamente a la policía, dispersándola por las estrechas calles del centro histórico donde las camionetas se movían con dificultad.

En aquella ocasión Radio Città Futura funcionó por primera vez como *tam-tam,* comunicando los lugares de los enfrentamientos y la situación de la policía. La gente escuchaba con los transistores, telefoneaba, se intercambiaba la información acerca de como iban las cosas y los enfrentamientos. Había compañeros que saboteaban los semáforos para crear atascos, una gran creatividad espontánea.

Después de Lama, el movimiento se encontró con un enorme ataque del PCI y de la prensa que atacaba, denigraba y empujaba a la criminalización. La versión oficial era que el movimiento provocaba los enfrentamientos porque estaba compuesto por una masa de desesperados, sin ningún proyecto racional, sin ninguna esperanza de una salida política, puesto que la única cosa que podía hacer era destrozarlo todo. Pero el movimiento no tenía a priori una voluntad de enfrentamiento, tenía la voluntad de afirmar el derecho a poder hacer aquello que estaba haciendo, algo que apenas podía hacer frente a una policía que tocaba los cojones, que reprimía con métodos científicos, que masacraba a los compañeros, el enfrentamiento era una necesidad de supervivencia. En aquellos días ir a la universidad era como ir a primera línea, estábamos siempre cercados, asediados, no teníamos espacios de libertad de acción política. El movimiento, por lo tanto, no iba al enfrentamiento porque lo considerara inserto en un proyecto político predeterminado, sino por la necesidad de mantener abiertos los espacios físicos y políticos indispensables para la práctica de su programa diferenciado, un programa compuesto por cosas prácticas, vivencias cotidianas, que apuntaban a hacer crecer y a difundir la transformación. Nos enfadábamos con la policía y con los carabinieri en primer lugar porque nos impedían expresarnos.

El discurso sobre el '77 es complicado. Todos aquellos que no eran del movimiento se preguntaban: pero estos, ¿qué línea política tienen, dónde están, en qué están? Desde mi punto de vista, el movimiento no tenía una línea política en este sentido, tal y como trataban de verla ellos a través de los esquemas de la política tradicional. En el proyecto político del movimiento discutir de feminismo, de los obreros, de la crisis económica, de ecología, de los sistemas de máximos y mínimos era un todo, en aquella situación con tanta ebullición todo tenía la misma importancia. Se tenía la sensación de que se podía cambiarlo todo, que se estaba transformando todo y que nada debía quedarse fuera de la crítica y la discusión.

Dentro de la universidad ocupada había asambleas sobre los temas mas diversos, por ejemplo en Economía en aquellos días, había una asamblea de homosexuales que discutía sobre el lenguaje de los compañeros, contestando el uso de expresiones del estilo de «vete a tomar por culo», que para ellos era una ofensa y un insulto. Había miles de situaciones, de colectivos

> que se inventaban las cosas más extrañas y diferentes, y ninguno soñaba con ir allí a decir que aquellas cosas no eran importantes, que eran secundarias respecto a otras, etc.

Durante los días sucesivos, el PCI hace una «autocrítica» admitiendo que en el interior del movimiento «está presente un gran componente preocupado por la reforma de la universidad y por la renovación del país», incluso aunque «junto al mismo hay sectores que se dirigen a una batalla sin salida». Por otro lado, para el PCI los hechos de Lama demuestran «que se está formando un escuadrismo de nuevo tipo». Con el eslogan «nos han expulsado de la universidad ahora tomamos la ciudad» más de 30.000 simpatizantes del movimiento recorren las calles de Roma. En los días siguientes se prepara la asamblea nacional de las facultades ocupadas y en revuelta, que concluirá con la decisión de organizar, para el 12 de marzo en Roma, una gran manifestación nacional de lucha contra el ataque a la renta obrera y a la ocupación, contra el régimen del trabajo asalariado, por el relanzamiento de la lucha obrera y la organización autónoma de los obreros y de los estudiantes, de los parados y de todos los explotados. El 7 de marzo se abre en Florencia la conferencia nacional de la Federazione Lavoratori Metalmeccanici, que toma la iniciativa de invitar al encuentro a delegaciones de las facultades en lucha. Se trata de un acto de coraje, que demuestra que la política de la FLM era más larga de miras que la de los propios líderes confederales a la hora de tratar de zurcir el desgarrón producido entre el nuevo movimiento y las instituciones históricas del movimiento obrero. En el debate, que se prolongorá durante los tres días siguientes, aparece una dura y sincera autocrítica por parte del sindicato, por no haber estado preparado para afrontar, en los tiempos y con las maneras apropiadas, los problemas que el movimiento estudiantil y juvenil había puesto sobre la mesa. A pesar de la buena voluntad para buscar una solución, para relacionar la dos partes en conflicto, esta ocasión no señalará una salida de la separación entre la lógica y la intención con la que afrontar las formas y los contenidos de las luchas.

Mientras tanto, en Padua, la policía interviene desalojando la facultad ocupada. En respuesta, grupos de estudiantes ponen patas arriba los estudios de los «barones» universitarios, señalados como los que habían ordenado las operaciones de desalojo. El 8 de marzo, fiesta de la mujer, se da una participación masiva en todas las ciudades de Italia

del movimiento feminista, que recorre las calles reivindicando la autonomía del propio movimiento no sólo de partidos e instituciones sino también del propio movimiento de los estudiantes. En los días siguientes en Roma, se intensifican los preparativos para la organización de la manifestación nacional de movimiento fijada para el 12 de marzo. Sin embargo, la vigilia de esta importante cita será funesta por la muerte de Francesco Lorusso, militante de Lotta Continua asesinado en Bolonia durante los enfrentamientos que estallaron en la zona universitaria.

Las jornadas de marzo

La mañana del 11 de marzo en Bolonia, Comunión y Liberación celebra una asamblea en el instituto de anatomía de la universidad. Alrededor de 400 personas están presentes en la sala. En la entrada del aula, cinco estudiantes de medicina se presentan definiéndose como elementos activos del movimiento. El servicio del orden católico les golpea y los expulsa a la fuerza fuera del aula. La noticia del hecho se difunde precipitando la acción de los compañeros. Mientras los *ciellini* se encierran en el interior del instituto, policía y carabinieri irrumpen en el lugar con coches, camiones y todoterrenos. De repente vuelan las primeras bombas de gas lacrimógeno. Los compañeros huyen hacia la puerta Zamboni. Durante la persecución los carabinieri empiezan a disparar. Desde el grupo de perseguidos vuela un cóctel molotov que acierta en un todoterreno que empieza a arder en llamas.

En la calle Mascarella otro grupo de compañeros que se dirigen hacia la universidad choca con un grupo de carabinieri que inicia una carga de inmediato. Las primeras ráfagas de metralla y de una pistola calibre nueve: 6 ó 7 disparos muy seguidos. Quien dispara es un carabiniere que viste un uniforme sin bandolera y casco con visera. Apunta a través de la mirilla con mucha precisión, apoyando el brazo sobre un coche. Francesco Lorusso, 25 años, militante de Lotta Continua, muy conocido en el ámbito del movimiento de Bolonia, escucha los primeros disparos y se gira mientras corre con los otros; los

disparos le alcanzan en la espalda de forma transversal. Continúa corriendo unos diez metros hasta que cae sobre el empedrado, debajo de un soportal de via Mascarella.

El rumor acerca de un compañero asesinado se esparce de forma muy rápida. La policía se esconde en la comisaría. A las 13:30 Radio Alice transmite la noticia a la ciudadanía. Todo el movimiento se concentra en la universidad, se levantan barricadas en todas las vías de acceso y mientras se destruye la librería de Comunión y Liberación, llamada Tierra Prometida, cada una de las facultades se reúne en asamblea. Se organizan servicios de orden y se decide que el objetivo político al que hay que atacar es la DC. De la universidad parte una imponente manifestación.

En via Razzoli caen decenas de escaparates. En los alrededores de la sede de la DC la policía se enfrenta violentamente con la cabeza de la manifestación. La cola es atacada por el lanzamiento de abundantes lacrimógenos. La manifestación se diluye y se dispersa por las calles laterales. Numerosos grupos se dirigen a la estación dónde ocupan las vías del tren y se enfrentan nuevamente a la policía. Mientras tanto, otros grupos vuelven a encerrarse en la zona universitaria. Saquean el restaurante de lujo *Cantunzein* con el fin de abastecerse de alimentos.

Durante los enfrentamientos, Radio Alice realiza una crónica en directo:

> […] recordamos por lo tanto que de todo lo sucedido hoy en Bolonia, los hechos que la televisión y la radio han sacado a la luz, como el incendio de la oficina del *Resto del Carlino*, de las dos comisarias de policía, de la oficina de la Fiat, como también la sede del negocio de Luisa Spagnoli, que se trata de un negocio que explota a las mujeres encarceladas, obligándolas a trabajar para obtener productos de moda de alto standing... De todo esto, incluso de los enfrentamientos en la calle U. Bassi, de los que los compañeros no son responsables, como también de los enfrentamientos que se han dado a causa del intento de la policía de desalojar la estación; de todo lo acontecido todos los compañeros asumen la plena responsabilidad. Todos formaban parte del gigantesco servicio de orden que se decidió llevar a cabo, colectivamente, preparándose con cócteles molotov elaborados hoy, a primeras horas de la tarde, cuando nos encontrábamos todos juntos en la universidad; todos juntos hemos despedazado el suelo de la universidad para procurarnos adoquines; estábamos todos juntos con las cócteles incendiarios en la mano, con los adoquines, porque la manifestación de

> hoy era una manifestación violenta, una manifestación que todos hemos decidido que fuera violenta, sin servicio de orden, sin grupitos aislados de provocadores, de autónomos, que hiciesen las acciones, porque todos los compañeros han participado en todas las acciones que hoy se han dado [...].[16]

En las últimas horas de la tarde las federaciones boloñesas del PCI y de la FGCI distribuyen una octavilla:

> [...] Una nueva y grave provocación ha sido llevada a cabo hoy en Bolonia. Ha empezado debido a una inadmisible decisión de un grupo de la llamada Autonomía al impedir la asamblea de CL y de las duras actuaciones de las fuerzas de policía. Frente a una situación de tensión en la que ha salido a la luz una vez más el papel de intimidación y provocación de las brigadas neofascistas, se ha intervenido mediante el uso de las armas de fuego por parte de los agentes de la policía y los carabinieri [...] la lógica de la provocación y de la violencia que ahora más que nunca está al servicio de la reacción debe ser batida y aislada. Desde hace mucho tiempo pequeños grupos de provocadores, bien conocidos, han actuado utilizando esta lógica precisa.[17]

El eco de los enfrentamientos de Bolonia se propaga por toda Italia. En Roma, donde el movimiento está ocupado preparando la manifestación del 12 de marzo, el clima se vuelve muy «caliente», según el relato de un testimonio:

> El 11 de marzo toda la Universidad de Roma era una fábrica de cócteles molotov. Los compañeros estaban decididos a liarla. En las reuniones de los diferentes servicios de orden de las facultades se discutían los objetivos de la manifestación. El día antes en Bolonia, los carabinieri habían matado a un compañero, Francesco Lorusso, por lo que la situación era muy tensa. La concentración se había convocado en la plaza Esedra. En un determinado momento, ya no cabía más gente debido a la masa que había llegado. Miles de compañeros habían venido en trenes especiales, autobuses y coches procedentes de toda Italia. Algunos llegaron a la cita con sus

---

16 *1977, Bologna. Fatti nostri*, Verona, Bertani, 1977.
17 *Ibídem*.

molotovs personales; aunque el grueso de las cócteles había sido preparado y organizado en Roma, me acuerdo que la indicación principal era la de preparar los molotov también para quienes venían de fuera. Al final, y a pesar de todos los que se lanzaron, sobraron muchísimos.

La policía bloqueaba la Vía Nazionale, los eslóganes en contra del gobierno, de la policía y de los carabinieri resonaban intermitentemente. A las cuatro de la tarde empezó en comisaría la negociación del recorrido de la manifestación. Obviamente la policía tenía la orden perentoria de no hacernos pasar por el centro de la ciudad. Al final se llegó a un acuerdo y la manifestación parte de la calle *Cavour*. Había una tensión indescriptible, un clima tenebroso. La ciudad estaba desierta, las tiendas cerradas, el tráfico había sido desviado. Empezó a llover, algunas personas nos lanzaban bolsas de plástico desde las ventanas para que nos resguardásemos. Los distintos grupos del servicio de orden de la universidad estaban en continuo contacto entre sí, tenían motos, walkys y nosotros éramos guiados por ellos, de alguna manera nos sentíamos protegidos, pero al mismo tiempo nos habían expropiado de la función militar que el 5 de marzo habíamos podido poner en práctica de forma directa, sin mediación.

En cierto momento la manifestación se paró, un silencio absoluto de más de cinco minutos. Todos estaban tensísimos porque sabían que pronto habría un gran follón. En aquel momento un grupo grande se separa de la manifestación y llega a la plaza del Gesú donde la sede de la DC estaba rodeada por la policía. Se lanzaron los primeros molotov y en respuesta, la policía empezó a disparar lacrimógenos. Después se escucharon disparos, gritos, fuegos cruzados. Un humo irrespirable llenó el aire, no se podía ver absolutamente nada; dos policías heridos en la pierna cayeron al suelo. La policía cargó con mayor decisión y la manifestación se dividió en dos alas. Tiendas sin luz, en la sede del PCI, que estaba fuera de nuestros objetivos, había cordones del servicio de orden del movimiento cerrando el acceso a la calle; los del PCI tenían el suyo propio, no hubo ningún roce, entendieron que con el ambiente que había no era oportuno tenerlo. Seguramente allí dentro estaban preparados; fuera había pocos que se dejasen ver, solamente aquellos con la cara más aterradora, los «pistoleros». En la plaza Argentina se levantan las barricadas y desde ese momento los enfrentamientos y los tiroteos se suceden en todo el centro durante horas y horas. El grueso principal de la manifestación pasa por delante del Ministerio de Gracia y Justicia. Vuelan más molotov y se intercambian disparos de arma de fuego con los policías replegados en su interior.

Sobre el *Lungotevere* los dos bloques de la manifestación se reagruparon y en el recorrido hacia la plaza del Popolo sucedió de todo. No permaneció en pie ni un solo escaparate, fueron atacados dos puestos de policía en la embajada chilena situada en el recinto del Vaticano, la redacción del *Popolo*, la sede de Gulf, un número impreciso de bancos, un concesionario Fiat. La policía estaba situada al otro lado del Tevere, se preocupaba sobre todo de mantener en orden el presidio de Regina Coeli. Ya había oscurecido y los primeros disparos fueron en dirección a la cárcel. Justo en ese punto se produjo el asalto de una armería, se sacaron

> armas, fusiles y pistolas. Tengo la imagen de un compañero que sale fuera de la armería con un fusil, lo carga, atraviesa la calle, apoya la caña sobre el muro y descarga todos los disparos contra la cárcel que estaba al otro lado del Tevere, allí delante.
>
> Había otro con un fusil, tomado también de la armería, que lanzó una ráfaga contra la policía que se encontraba más allá del río. En cada puente se construían barricadas y se tiraban molotovs a discreción. Había quien disparaba, también la policía disparaba, se puede decir que todo el mundo disparaba. Ese día hubo muchísimos heridos en los dos bandos.
>
> Sobre el Lungotevere había muchos que intentaban hacer cordones para impedir que ciertos grupos destruyesen los coches aparcados. Posteriormente se produjo una dura polémica acerca de estos hechos. Quizás había cien mil personas y entre ellas, se encontraban algunos que se dedicaban a destruirlo todo.
>
> En la plaza del Popolo el aire era irrespirable, la policía no existía más que como un fantasma que permanecía a distancia disparando lacrimógenos ininterrumpidamente. Detrás de los muros se vislumbraban las llamas que los sobrepasaban. Un numeroso grupo asaltó la sede de los mandos de los carabinieri, tiraron un montón de botellas y después empezaron a disparar con escopetas y pistolas contra la puerta y el muro. Más allá se prendió fuego a un bar que era el punto de encuentro de los fascistas.

En Bolonia, la mañana del 13 de marzo mil policías armados hasta los dientes y cubiertos con carros blindados ocuparon militarmente la zona universitaria que desde hacía dos días estaba controlada por el movimiento. La universidad estaba desierta, en su interior se requisaron fusiles de caza, municiones, molotov y armas de todo tipo. Durante toda la jornada los carabinieri irrumpieron en los lugares públicos del movimiento rompiendo y confiscándolo todo. Más tarde comienzan los registros en casas privadas, son arrestadas 41 personas y un centenar son detenidas. Desde el 11 de marzo los arrestados en Bolonia son 131.

El día después, 14 de marzo, continúa durante todo el día el estado de asedio de la ciudad por parte de los carabinieri y de la policía. El prefecto prohibe el cortejo fúnebre de Francesco Lorusso. Mientras tanto, en Roma, un decreto del prefecto prohibe cualquier manifestación en los 15 días sucesivos. El ministro del Interior Cossiga declara:

«[…] Nuestros tupamaros deben convencerse que no hay lugar para su locura […]». El 12 de marzo en Milán, durante una manifestación del movimiento, un violento tiroteo destrozó los cristales de la sede de

Assolombarda. Ese día se producen atentados y enfrentamientos en muchas otras ciudades de Italia. La mañana de ese mismo día en Turín, las brigadas combatientes asesinaron a un sargento de la oficina política de la comisaría.

Sectores relevantes del movimiento expresan su simpatía por las acciones armadas. Al lado de las organizaciones combatientes más consolidadas se constituye una galaxia móvil e informal de microorganizaciones que difunden las prácticas armadas desde las metrópolis a los centros más periféricos, privilegiando los ataques no tanto hacia «el corazón del Estado» como hacia las figuras que constituyen «la articulación del mando capitalista en el territorio».

Fenómenos de lucha armada en los bordes y dentro del movimiento

Lucia Martini y Oreste Scalzone

El «68 de los obreros» es el triunfo de la irreductibilidad de la vida a la economía, a las reglas de la compatibilidad económica. Es cuando comienza a manifestarse una demanda de transformación social a un altísimo nivel, sin obtener una salida clara. Así, en las culturas del movimiento, «lo queremos todo» era la demanda de todo el poder, el poder de transformar radicalmente la vida de la sociedad y de los individuos. Hoy podemos decir, quizás, que la lucha por el poder es una trampa del socialismo, es decir, un modo de producción estatal (capitalista-estatal), que niega la demanda de liberación comunista que hay dentro de muchas luchas. Hoy podemos decir que el máximo de revolución históricamente posible era ése, ese extraordinario desorden bajo el cielo, ese poder obrero y proletario como poder de rechazo y negación. Pero entonces se buscaba el punto de no retorno, se demandaba la salida hacia un poder formalizado. No ha existido ninguna traducción política reformista mínimamente adecuada a todo esto.

La lucha armada ha significado por lo tanto la continuación —malentendida— de aquella trayectoria. No es que todos quisieran la guerra civil, pero «todos» preconstituyeron las premisas culturales y factuales para ello. Y de hecho no pocos han sufrido las consecuencias. En este problema de la «salida» se ha liquidado la experiencia extraparlamentaria. En cierto momento se podía elegir: o el PCI y el sindicato, o las Brigate Rosse. A medio camino, la crisis de Potere Operaio, o la irresponsable demagogia verbal de los otros grupos.

PCI y sindicato han dado el giro hacia el Eur, hacia el gobierno de Unidad nacional, es decir, al «hacerse Estado». Para muchos la protesta política de la lucha armada no ha aguantado. Salida desentendida. ¿Por qué? Porque no se ha consumado una crítica radical de la política. De la política también en su «emergencia revolucionaria». De la política como teoría de los estadios de transición. De la política como teoría del semiestado obrero. De la política como secuencia: ruptura de la máquina Estado / instauración de la dictadura del proletariado / transición al socialismo / transición socialista.

Después de la crisis del petróleo y la maniobra capitalista que nace de ella, da comienzo la contrarrevolución. Una revolución desde arriba que, en los puntos clave, como en la Fiat, se mete de cabeza en la fábrica postaylorista de la automatización. El extremismo obrero engarza una lucha de resistencia a muerte en contra de la reestructuración. Pensamos que esta lucha es estratégicamente residual y está condenada a perderse, llevada al fetichismo de las formas de acción radical pero con contenidos estérilmente situados a la defensiva. Y no es para menos, se piensa unir el proceso de organización con la valiente resistencia de estos obreros extremistas. Se piensa que puede forjarse una organización obrera revolucionaria que podrá recualificar sus contenidos. La estrella polar de nuestro proceso de organización —los comités comunistas para el poder obrero— es decir, la Magneti Marelli de Sesto San Giovanni. Vale la pena contar algunos extractos de su historia.

En 1976, después de una dura lucha contra la reestructuración que fue testigo de la invasión de las oficinas de la dirección, cuatro miembros del comité son despedidos de la empresa. Da comienzo un pulso de fuerza entre la dirección y los obreros. Cada mañana, los compañeros despedidos son conducidos dentro de la fábrica por una manifestación que se forma en la entrada. Al mismo tiempo, en el tribunal laboral se discute acerca del conflicto. Según el grado del juicio, el veredicto cambia: se intercalan decretos de readmisión y confirmaciones de despido. En cualquier caso, los cuatro compañeros continúan entrando a diario conducidos por la manifestación.

En cierto momento, los cuatro compañeros son arrestados en Valgrande mientras entrenan al tiro su puntería. El comité promueve el debate sobre su arresto distribuyendo una octavilla durante un mitin de Trentin en plaza Castello, Milán. El panfleto dice: «Las clases de la pequeña y mediana burguesía comerciante se están armando; los patrones tienen sus propios cuerpos armados privados y por lo tanto es legítimo que los obreros también armen los suyos». En el proceso laboral, el tribunal es invadido regularmente por las manifestaciones obreras. Hay enfrentamientos con los carabinieri dentro del Palacio de Justicia.

En el proceso penal debido al suceso de las armas, el aula está llena de compañeros que gritan eslóganes de solidaridad. Poco tiempo después del proceso, se celebran elecciones en la fábrica para el consejo de delegados. Enrico Baglioni, uno de los despedidos y arrestados en Valgrande está entre los elegidos. El conflicto de los despidos continuará después incluso de la excarcelación de los compañeros, hasta el momento en que la empresa pague, con el fin de conseguir la aceptación del despido —declarado ya efectivo por la última instancia del Tribunal laboral—, 25 millones de liras por cabeza, que serán devueltas con el fin de construir una guardería para los hijos de las trabajadoras.

En estos hechos se reconoce una experiencia social, cultural, política. Se trata del discurso sobre los «decretos obreros», de la capacidad de una red de vanguardias revolucionarias de clase de expresar su contrapoder en el propio territorio, en el conjunto de la organización social. La reducción del horario laboral y el salario social, la renta garantizada para todos como derecho a la vida: se trataba de aproximar estos dos ejes reivindicativos a las formas de lucha. Lucha contra el mando de la empresa, contra la disciplina de fábrica, contra el aumento de la productividad; lucha contra los precios, las tarifas, los alquileres. Se trata de algo diferente, más duro y más agrio que el «lo queremos todo» del '68: se trata de afirmar una suerte de nueva ciudadanía, de introducir modificaciones irreversibles en el estado social de cosas.

Cuando en 1976, un grupo armado irrumpe en los portería de la fábrica y dispara a las piernas del jefe de los «guardias», Matteo Palmieri, el comité boicotea la hora de huelga propuesta por los sindicatos. En la octavilla se lee: «Ni una lágrima ni un minuto de huelga por el jefe de los guardias».

Pero la Magneti es sólo la punta de un iceberg vasto y profundo. En el Milán de 1977, el joven proletariado del trabajo intelectual precario y de la desocupación se vio anticipado en los círculos del proletariado juvenil, en las ocupaciones de casas, en las entradas gratis al cine, en las *riots* de los supermercados.

El '77 milanés será el momento de expresión y de explosión de una izquierda obrera «espartaquista». Con motivo de la huelga general del 18 de marzo, una manifestación obrera desfila al lado de la plaza del Duomo y después traza su propio y particular «recorrido de guerra», atacando diversos «objetivos», desde el edificio de la dirección de Marelli a las oficinas de una empresa (Bassani Ticino), que explota a las detenidas de San Vittore con trabajo infrapagado. Al final del '77 comienza el éxodo de las fábricas. Me vienen a la mente los sindicalistas revolucionarios americanos descritos en *Dymanite* de Adamich. Suspendidos, despedidos, expedientes

abiertos de trabajo…, los cuadros obreros comienzan a dejar la fábrica. Comienzan los autodespidos. Se verifica una extraordinaria osmosis entre estos sujetos y los estratos que componen la multiforme y proteiforme figura del obrero social.

También se disgregan las organizaciones formales. Al lado de tantos militantes que se suman a Prima Linea, a las Brigate Rosse o a otros grupos combatientes, al lado de los que militan en las Coordinaciones de la Oposición Obrera o en los Comités Comunistas Revolucionarios o en los Colectivos Políticos Obreros —la Autonomía organizada— y forman entonces los pequeños grupos de «autoconciencia combatiente». La pérdida de la dimensión política colectiva empuja hacia un proceso de autovalorización inmediata. No se da un proceso de «criminalización» de estas figuras, sino una cancelación, una indistinción de la frontera entre acción política revolucionaria y acción transgresiva, extralegal, individual o de pequeño grupo. Un poco como sucedía con los anarquistas de la banda Bonnot, como los *wobblys* que sobreviven a la Gran Crisis; al igual que los sindicalistas norteamericanos de los años treinta, estos grupos pretenden anular la distinción entre «expropiación» y «rapiña». La nebulosa de estos microorganismos de afinidad seguirá en escena hasta finales de los años setenta.

La autonomía meridional: territorio de sombras, solidaridad de las luchas

Lanfranco Caminiti

La crisis de los grupos extraparlamentarios de medidados de los años setenta obligaba a repensar el meridionalismo. Si los grupos más atentos a las cuestiones del trabajo obrero habían perseverado en la constitución de los polos industriales (en Gela, Milazzo, Priolo, Taranto, Porto Torres) como lugares de posible conciencia revolucionaria, los grupos marxista-leninistas se habían centrado en la tradición como presupuesto de pureza, buscando raíces agrarias, sabiduría antigua, líderes locales (así en Cutro, Paola, Bronte, Lentini).

En ambos casos, además de haber puesto en marcha grandes procesos de lucha y participación, se encontraban extractos de verdad y conocimiento, pero también un carácter de fuerte sobredeterminación teórica o ideológica (que los había dispersado y paralizado, por ejemplo durante los movimientos de Reggio Calabria). Estas sobredeterminaciones

habían oscurecido los procesos de conocimiento y las categorías de análisis. Había que volver atrás con el fin de mirar y entender qué es lo que teníamos delante de los ojos, pero mientras tanto, existe la necesidad de sacudirnos la torpeza de toda una sedimentación de conciencia, situaciones, militantes. Nace así la autonomía meridional.

Sobre una primera red de militantes que se había formado entorno al periódico *Comunismo*, se compone otra telaraña más heterogénea de relaciones que se habían dado cita en la Universidad de Cosenza en 1976. Los temas y las posiciones se sobreponen en una algarabía donde cabe de todo (desde la comuna anarquista de Pellar a las feministas de Vibo, de los dinamiteros de no se sabe donde a los músicos de Verbicaro).

En octubre de 1976 la Facultad de Letras de Palermo es ocupada por precarios y estudiantes. En una asamblea numerosísima se pone en primer plano la cuestión del trabajo no obrero, el sentido de la investigación y de las ciencias universitarias con su finalidad asegurada de subordinación y explotación, la necesidad de tener derechos y salir de la marginalidad. Comienza el ‘77 italiano.

[…] La dispersión de los militantes, la ausencia de circuitos estables y rápidos de debate, de reflexión acerca de las luchas afianzadas en la reproducción continua y espontánea sin medios organizativos, la falta de polos capaces de representar el conjunto de las contradicciones para después propagarlas, la ausencia casi total de información; en el Sur, entre la lucha y la representación se da la indiferencia. El proletariado meridional no tiene voz, no tiene comunicación interna, no cuenta con lugares en los que sedimentar la memoria con el fin de convertirla en teoría […]. Parece prioritaria la necesidad de conocer el Sur, de darlo a conocer a sus militantes, de enfrentarse a decenas de situaciones, de realidades testarudamente en oposición, desvinculadas de cualquier relación que no sea puntual. Debíamos mostrar, simplemente, la irreductibilidad de las luchas fuera del contexto político-institucional y sobre todo la necesidad de radicarlas en el propio territorio […]. Organismos de masas territoriales, organismos de masas de zona, regionales, meridionales, se establece la práctica organizativa de los encuentros. El descubrimiento de centenares y centenares de militantes vivos, activos, inmersos cotidianamente en el espíritu de lucha que emana de las necesidades de todas las fracciones proletarias, entrenados en el trabajo minucioso y lento, entrenados en el enfrentamiento con los patrones, los mafiosos y las administraciones públicas, entrenados desde siempre en el uso de todas las formas de lucha, entrenados en el continuo trajín de construcción, disgregación, reconstrucción. Se trataba entonces de la ofensiva tangible contra la normalización institucional. La ruptura de las compartimentaciones de los grupúsculos liberaba la disponibilidad y las aperturas para un debate que recomenzase a partir de lo concreto; liberaba la posibilidad de dar sentido a la cuestión meridional.

Se podía leer la historia de las luchas meridionales no como carencias o insuficiencias, sino como expresión de otro modo de entender la organización proletaria. La historia del Sur no está hecha sólo de explosiones improvisadas de rabia, de un incesante ajetreo de las masas, sino de la capilaridad de la discusión proletaria, de una extensión territorial horizontal que desde los pueblos, desde los barrios, las plazas, los puntos de encuentro va a los lugares de trabajo, en una maduración lenta pero segura[…].

Así escribía con Fiora en 1976. Pero había que estar presentes. Me explico: existía la necesidad de encontrarse allí en medio de todo. Poner en marcha el coche de noche en Cosenza para llegar a Palermo y escuchar los astilleros del *Cantiere Navale* . Y después partir a Reggio, donde urgía apoyar la lucha de la Omeca. E ir de una tirada hasta Taranto, a la Italsider, haciendo una parada en Sibari para reunirnos en la Universidad de Bari. Dormir unas horas y marchar hacia Nápoles. Por la tarde asamblea en el Politécnico. Así nació la teoría de la itinerancia, del nomadismo.

¿Que otra cosa podíamos inventar? Debíamos estar locos. Y ser extremamente fuertes. Los más sedentarios eran los compañeros napolitanos pero, como se sabe, ellos habitaban en el continente de la autosuficiencia; los más dinámicos, los compañeros de Lucania, el centro del universo, en nada de tiempo se plantaban en Taranto o en Nápoles o en Cosenza, ¿qué más podían desear? No estaba nada mal ir de reunión en reunión por la costa amalfitana o bajar al atardecer entre Maratea y Diamante o encontrarse por la noche delante de aquel monstruo llamado Bagnoli visto desde Bacoli. No estaba nada mal pararse en las pizzerías de los barrios españoles a discutir sobre comunismo y pulpo cocinado, o quizás coger frío o pillar lluvia recorriendo la Basentana escribiendo infinitamente el número cero, para devorar después las salchichas lucanas de jabalí. Eso sí, no era fácil. Teníamos que subir a la colina del fabriquismo y del industrialismo que habíamos aprendido durante las décadas de 1960 y 1970 en la planficación estatal, con el objetivo de contaminar la izquierda al completo, incluso la revolucionaria. Teníamos que volver a seguir el hilo rojo de la oposición meridionalista, desentrañar la ilusión del desarrollo, sacar con enorme trabajo a los grupos de sus aporías. Hacer cuentas con el gramscismo institucionalizado. Redescubrimos raíces muy lejanas en el tiempo (los jornaleros sicilianos, el movimiento independentista de Finocchiaro y el de Canepa, las ocupaciones de tierras) para volver a Marx, ese Marx que en el Sur, y aquí en Italia, había sido leído desde un punto de vista historicista y positivista, en Labriola, Croce, Della Volpe. Estaba claro, si había un lugar en el que el capitalismo había alcanzado su madurez este era el Sur.

[…] Si existe alguna cuestión irrelevante, ésta es la de afrontar la «cuestión del desarrollo» a través de una codificación económica elaborada con datos estadísticos: porcentajes de desocupación / tasas de actividad, suministro de energía eléctrica, renta media, tasas medias de riqueza producida, etc. Todo esto no rinde cuentas acerca de las relaciones de producción ni del modo en el que se teje la propia ropa a través de la cooperación social […]. Se ha dicho que en la sociedad tardo capitalista es difícil poner cualquier cosa en el centro; pero probablemente lo que ponga en el centro sea la relación trabajo / capital, síntoma de un proceso de producción de riqueza que ha transformado lentamente sus propias condiciones. Ahora bien, el Sur no ha sido la periferia de este campo magnético que rota entorno al binomio trabajo / capital […]. La contradicción trabajo / capital se produce transversalmente en la sociedad, en cada relación, y sólo por ello cada relación social ha sido reconducida a cada relación social, y solo por ello, de nuevo, cada relación social ha sido reconducida, en la sociedad tardo capitalista, a la cooperación, a la producción de riqueza. Este movimiento de traslación de las relaciones de mando se ha dado en el Sur. En otras palabras, en el Sur, el poder político y el Estado han interpretado la función conflictual de las relaciones trabajo / capital […]. El salto de cualidad, el pasaje volitivo de la dialéctica capitalista, supone la inversión de la tendencia: desde el aumento del trabajo obrero al aumento del trabajo no obrero. En el Sur emergen descompensaciones radicales entre las diversas capacidades laborales de las diferentes secciones del proceso de trabajo. La diferencia entre la capacidad de trabajo de un empleado del Banco de Sicilia, allí donde hayan sido ubicadas sucursales, con la de un jornalero de la Puglia, o con la del trabajo negro en el centro de Nápoles, o el trabajo ilegal de los contrabandistas, o el trabajo a domicilio en el marco de los nuevos procesos de reestructuración del sector textil en Calabria, o el trabajo de un técnico de Olivetti de Marcianise, o el trabajo de un obrero en la SIR. La diferencia se mide a través de la diferencia entre tiempos de trabajo necesario para cada fuerza de trabajo para cubrir la parte de facturación que corresponde al salario. Pero para el Estado sólo tiene peso la capacidad de trabajo social sin distinciones […]. La riqueza producida no sólo no pertenece al trabajo social, sino que éste es contrarrestado a través de las formas de mando, en el proceso de trabajo y también en el tiempo de reproducción (tiempo de no trabajo), es decir, en la vida. Se amplía así la contradicción entre desarrollo de las fuerzas productivas y relaciones de producción. Ésta no es sólo índice de la paradoja entre una creciente capacidad de riqueza, que el desarrollo de las fuerzas productivas construye como posibilidad, y la miseria, a la que las relaciones de producción constringen al trabajo; además añade la nueva paradoja de una riqueza extraña, no porque no se posea, sino porque es enemiga; hacia la cual está obligado el desarrollo de las fuerzas productivas. El edil meridional construye villas en las que no vivirá nunca y, al lado, cárceles especiales en las que podría acabar viviendo; el obrero de Face-Standard produce instrumentos electrónicos de telecomunicaciones, que no sirven para ampliar y facilitar el consumo privado sino sólo el del Estado […]. El fin del desarrollo o del subdesarrollo ha pasado a manifestar señales de presencia de riqueza a través de

formas de salario indirecto o mediante una formación urbana o del territorio que proporciona satisfacción o comodidad (no hay ningún centro urbano en el que durante el verano falte agua, ni en Taranto, ni en Palermo, ni en Sassari, o en invierno, la luz; los virus están en todos lados pero sólo en Nápoles afectan a gente inocente; prácticamente no existe red ferroviaria interna para el desplazamiento de los jornaleros, en cambio hay servicios privados de autobús e incluso de camiones; el billete de tren tiene el mismo precio para el trayecto entre Reggio Calabria y Battipaglia que entre Venecia y Milán pero con la diferencia de que en el primero, los pasajeros viajan amontonados en vagones de tercera clase y en el segundo van en vagones casi vacíos e insonorizados; la autopista entre Salerno y Reggio Calabria no es de pago, a diferencia de la autovía del sol, pero está en construcción y en reordenación permanente, las curvas tienen desnivel debido al tráfico desigual entre los carriles, y los auto-grill o a los luna-park tienen más agujeros que la luna; así entre agujeros y curvas se garantiza una selección natural de la superpoblación del Sur; así ocurre también con la red de aguas y con todo lo demás. El bienestar metropolitano ha acompañado la utopía capitalista del desarrollo [...]. Las zonas de emigrantes tocadas, rozadas, sólo marginalmente por el modelo, son las áreas «subdesarrolladas» por antonomasia, que hoy en día mesuran la propia coparticipación en esta fase del desarrollo tardo capitalista con una presencia de valor de mando / planificación social; son los puntos luminosos, los indicadores de las resonancias de una actividad social coordinada por el Estado. Ésta es la medida actual del desarrollo [...]. Si al capitalista le interesa el obrero durante ocho horas al día, al Estado le interesan las otras dieciséis y, en la medida en que penetra fiscalmente en el salario y financieramente en la estructura de la acumulación, le interesan también las otras ocho horas.

Hemos redirigido la atención sobre el Estado.

El Estado empresa capaz de valorizar la redistribución del salario en consenso coactivo y mando y de constituir de esta manera un «pacto social» mucho más logrado que el que consigue el hacer capitalista. Para esto necesitaba la participación de las instancias de representación social (partidos, sindicatos, asociaciones de oficio y así hacia abajo, hasta los barrios). Una vez más, el Sur era tierra de laboratorio (como «experimentación política», tal y como será esbozado incluso por Andreotti en una entrevista para el *della Sera* de septiembre de 1995). En Sicilia, anticipándose a los gobiernos de unidad nacional, se había formado una administración regional que aglutinaba a democristianos y al PCI, reeditando de nuevo y con otras formas el milazzismo.[18] Éste

18 *Milazzismo* de Silvio Milazza, líder de la DC en Sicilia, que en 1958 fue elegido presidente de la isla con los votos de la izquierda y de parte de su partido contra el candidato oficial de la DC [*N. del. E.*].

será el primer experimento del denominado «compromiso histórico». La izquierda reformista se había revestido teóricamente para esta entrada en la sala de mando, formulando teorías del Estado que valorizaban la capacidad de absorción de las instancias sociales y de representación de los derechos de ciudadanía. En realidad, todo esto era la fecundación múltiple y parasitaria de una larga ola de luchas que estaba de nuevo removiendo el Sur (y que veía, por primera vez en Italia, victorias electorales de la izquierda más allá del triángulo Emilia, Toscana, Umbria) al tiempo que se frenaba su potencia. Empujones reformistas, inercias mafiosas y sueños tecnológicos se sobreponían dentro de las actuaciones del Estado que ya estaba determinado de forma capitalista.

[…] hay un telón de fondo común para los diferentes filones del movimiento obrero institucional, desde Vaca que intenta «promover una recomposición unitaria de los conflictos que interpretan y median sobre todo los partidos», a la concepción «ingraiana» de la descentralización del Estado a través del tejido corporativo de los partidos, que se vuelven así en el instrumento unitario de emancipación de las masas, o a la concepción «trontiana» de la autonomía de lo político por la cuál la clase obrera, única intérprete del poder político, se anticipa al capital en la reorganización de una máquina estatal atrasada respecto a las exigencias de valorización capitalista […]. La Cassa per il Mezzogiorno, en sus casi treinta años de vida, en sus giros programáticos y «estratégicos» ha interpretado sin embargo una función de Estado continua y unívoca: el desarrollo del poder político, armadura de las relaciones sociales meridionales. El Estado pone en acto dos tendencias paralelas que convergen en la socialización de la explotación. La primera viene de la mano de los tecnócratas, Saraceno, Pescatore, Peggio, Vera Lutz, Galasso, Novacco, Compagna, etc, que han elaborado el planificación del Estado […]. Con el primer plano quinquenal nacen Taranto, Gela, Priolo, Ottana, Brindisi, Nápoles, así hasta las 34 áreas y núcleos de industrialización; y con ellos los planes de ciencia ficción de la política plan, bastante ligada a las mitologías del centro-izquierda […]. La otra tendencia ha sido la de los trajes grises, los billetes en primera clase, los bolsillos agujereados, la mano tendida, los tráficos, las clientelas, las amenazas, los Gioia, Lima, Mattarella, Frasca, Pricipe, Dell'Andro, Lattanzio, Matarrese, la de la gran expansión de la red del corporativismo de los partidos […]. Estas dos tendencias han marcado, en su convergencia, como preveía Moro, la maduración de las formas de mando social del Estado en el Sur. El Estado ha realizado la necesidad de transformar el provincialismo de las propias formaciones políticas según las líneas de reestructuración dominante: la política (gestión de los entes locales y de todos los órganos de descentralización institucional); la tecnocrática (ligada a los planes de reestructuración y reorganización social); la financiera (los institutos de emisión, crédito, financiación y beneficio fiscal); la militar (la

reorganización de todas las estructuras locales de control); la científica (los planes electrónicos e informáticos, a la cabeza del desarrollo de las altas tecnologías de control en el Sur). A 20 años de distancia de las primeras localizaciones de los polos ¿qué es lo que hemos visto emerger? Más allá de la crisis del sector químico y del siderúrgico aparece una red amplísima de drenaje territorial para la circulación de las finanzas nacionales e internacionales [...]. El ciclo financiero que se construye en el Sur se conforma, a grandes rasgos, del siguiente modo: el Estado introduce el dinero a través de las leyes de financiación de las participaciones estatales (IRI, EFIM, ENI), leyes de financiación a la Cassa per il Mezzogiorno y a la Gepi; éstos entes empiezan a colaborar con otros institutos del crédito en los que converge la financiación de la CEE a través del BEI y el fondo regional, además de las inversiones privadas nacionales y multinacionales; por lo tanto, se transforman en iniciativas productivas de bienes y servicios poniendo en funcionamiento, colateralmente, actividades de investigación y control social [...]. El Estado no tiene ningún interés en promoverse como capitalista real, prefiere monopolizar la circulación financiera bajo la forma de oferta financiera (diferentes tipos de préstamos financieros, créditos, facilidades de todo tipo) a las empresas y bajo la forma de demandas y pedidos, por parte de los propios aparatos, organismos y entes territoriales, más allá de monopolizar la propiedad empresarial. De esta manera, traslada el control jurídico de las relaciones de propiedad a las relaciones sociales, entendidas como relaciones de intercambio: el dinero y el territorio se convierten en la base de jurisdicción de la sociedad [...]. En una producción social caracterizada por el plusvalor social, desde la finalización al valor de cada aspecto de la vida social, en la que el consumo privado parece una obsolescencia aristocrática (éste es el comunismo del capital), la propia figura del intercambio se convierte en transferencia, así se modifica también la figura jurídica del contrato: el contrato privatista se disuelve para erigirse en contrato social [...]. El rechazo del trabajo (la libertad del no trabajo) es la hipótesis y la praxis del capital en la progresiva superpoblación del trabajo humano a través de la máquina y en la continua funcionalidad del intercambio con respecto de la producción de valor. La mercancía sin mercado ha sido siempre la hipótesis de la lucha comunista. Un mercado sin mercancías, un mercado de valores, de signos, de transacciones abstractas, de coacciones sociales es la hipótesis / sueño del capital / dinero social. [Extraído del Derecho a la guerra].

Las transformaciones del trabajo (volviendo a Marx) se convierten en fundamento para el análisis. El concepto de «proletariado meridional» nos parecía poco apropiado. Nos encabezonábamos no sólo en hacer ver como la producción de plusvalor implicaba un retraso de cualquiera de las actividades laborales que se desarrollaban en el Sur (incluso cuando se trataba de reproducción y asistencia, y como propiamente

esto construía consenso y mando), como el carácter de este tipo de producción, en la que convivían formas feudales con tecnologías de última generación, significaba ya un carácter general nuevo, la carta tornasolada de la relación trabajo / capital, proletariado / Estado.

[…] el trabajo negro, precario, marginal, la enorme área de subempleo […] Si el Estado–Sur estructura algunas zonas productivas trasladándose hacia la pequeña y mediana empresa, y al mismo tiempo hacia la automatización de la gran empresa sin modificar el carácter de la ocupación del trabajo obrero, más bien al contrario (aún considerando las nuevas inversiones, la tasa de incremento de la ocupación es siempre inferior a la incorporación en el mercado de la fuerza de trabajo juvenil), expulsa al trabajo obrero y no hace más que trasladar la fuerza de trabajo hacia otras zonas del proceso laboral social en el que el capital no es capaz en absoluto de producir mando […]. El trabajo negro se divide en trabajo «obrero» y trabajo «no obrero». El trabajo negro obrero es susceptible de ser altamente tecnológico (como ocurre con algunos sectores de trabajo a domicilio que comprenden tanto la trabajadora textil con telar automático en casa, como la reparación y producción de algunas piezas de mecánica y electromecánica, o el trabajo del técnico diseñador en su domicilio); también existen trabajos a cuenta de terceros, todas las actividades de manutención, trabajos de riesgo o nocivos, etc, que las empresas expulsan de sus propios ciclos de trabajo para declinar las responsabilidades económicas sobre sectores que no son capaces de dar un salto productivo (los homicidios blancos en la Italsider); otra modalidad puede ser trabajo artesanal (bordadoras, guanteras, tejedoras e infinidad de trabajos como la confección de flores de mentira, zapatos, o uniformes), basado en el máximo alargamiento de la jornada laboral y un mercado coordinado por grandes empresas de comercialización con destino en el extranjero o en grandes cadenas de distribución. El trabajo negro no obrero es también muy heterogéneo y se trata de una formas de trabajo que se desarrollan en el sector terciario, como la gestación de actividades de comercio y servicios más o menos ilegales y extralegales ligadas a la reproducción (servicios abusivos, contrabando, venta ambulante, cursos de repaso); trabajos *part-time* o estacionales o por obra, en cualquier caso precarios, éste es el modo en el que se están orientando las relaciones de trabajo en el sector terciario superior: contrataciones regionales (uso administrativo meridional de la ley 285), concursos, investigación, entes y servicios, programación en general, deslocalización «territorial». Se cierra el círculo. Las variadas formas (pero siempre existentes) de trabajo precario, estacional, a domicilio, negro, en la agricultura y en los sectores vinculados a ella: desde el trabajo «a domicilio» del granjero que trabaja para la Cip-Zoo, o de las mujeres de la oliva de Nicastro, o de los jornaleros de la Opera Sila y en general de todos los jornaleros de cualquiera de las zonas agrícolas, hasta el doble trabajo de casi todos los granjeros–obreros en todas las zonas agrícolas situadas alrededor de las áreas industriales, un fenómeno común en Puglia. El amplio espectro de estas

formas de trabajo, predominantes de hecho en el territorio meridional antes de la «revolución tecnológica» de la pequeña y mediana empresa, está siendo observado con la óptica de las soluciones tardo capitalistas del proceso de trabajo. Soluciones en algunos casos pasivas, todas interactivas y también con restos de formas precapitalistas (ya sean las aceituneras o las bordadoras). Desde este punto de vista, es imposible graduar una medida de intensidad de la explotación entre las diferentes formas de trabajo negro / precario y las otras actividades laborales.

Con el paso de los meses la cuestión de la violencia, del enfrentamiento con el Estado, asumió un carácter fundamental, como en casi todas partes. Pero vivíamos en un territorio donde la ilegalidad y la violencia no eran una novedad, eran parte de nuestra «adolescencia» y no requerían que fuesen forzadas. Sin embargo, ilegalidad y violencia tenían una connotación individual, una habilidad singular, no eran capaces de transformarse en ciencia de la lucha. Allí donde asumían un carácter organizativo se convertían en criminalidad, en saber mafioso. El rechazo de la política tenía también el sentido de su polo opuesto, es decir, la delegación del poder en los profesionales de la política. Así, estaba claro que nunca podríamos apuntar hacia una función separada de la acción del sabotaje; teníamos que imaginar, hacer imaginar, la posibilidad de una construcción colectiva, de una decisión colectiva del uso de la fuerza. Al mismo tiempo, estaba claro que teníamos que alienarnos constantemente de nosotros mismos, teníamos que impedir que viviésemos como una clase política alternativa. Delegar en el Sur era facilísimo; construir movimiento y democracia era mucho más complejo. Nos dio la impresión de que la radicalidad estaba contenida en los discursos acerca de la guerra.

La autodestrucción, la obsolescencia de todos los fragmentos de la organización proletaria no significan incapacidad de mantener una constancia en el posicionamiento revolucionario sino, totalmente al contrario, un sentido artesano del uso, de la utilidad del instrumento organizativo impidiendo cada una de sus vidas separadas, cada uno de sus planteamientos acerca de cómo delinear formas de representación desde la compleja manifestación de la dinámica de las necesidades.

Índice de madurez, de democracia comunista que no quiere reproducir dentro de los comportamientos revolucionarios la distinción entre ciudadano y trabajador, entre lo político y lo económico […]. Sobre las bases del rechazo al trabajo coactivo germina el rechazo de la paz coactiva. ¡Robemos la guerra! Robémosla a la separación, a la alienación. Ahora la teoría revolucionaria es por completo una crítica de la política, teoría de la guerra. La actividad concreta de la subjetividad de guerra cargada contra la abstracción / trabajo.

Después del Congreso de Bolonia en septiembre de 1977, en el que participamos de manera distanciada y completamente fuera de los jueguecitos nocturnos de los grupos, pero que utilizamos para reunirnos durante toda una tarde con todos los militantes meridionales allí presentes, el trabajo político se hizo más fatigoso. Se sobreponían demasiados asuntos y nos sentíamos como piezas rotas en la lejanía. Con mucha testarudez, conseguimos escurrirnos por el embudo. A finales de enero de 1978 conseguimos hacer una asamblea meridional en la Facultad de Medicina de Palermo. Una marea de gente. Acababan de suceder las luchas de los trabajadores agrícolas en la plana de Battipaglia, la ocupación de las casas de Salerno y por primera vez en muchos años, los grupos fascistas habían sido expulsados de la Universidad de Messina, y después de Nápoles y Palermo. Allí estaban todos. Y todo parecía mantenerse en pie. Menos nosotros. A la vuelta del Congreso los compañeros de Cosenza fueron detenidos, registrados y arrestados. Es el principio de la mala suerte. En Nápoles explotó un artefacto en las manos de un compañero. Arrestos, tierra quemada. Pocos días después, tras un tiroteo cerca de la calle Mezzocannone, otros compañeros fueron arrestados, la represión será el comienzo de una progresiva desertificación. Somos seguidos, espiados, perseguidos. Después los arrestos anunciados en Licola, y después más y más.

Ahora, mirando el presente, me da la impresión que con los años en el Sur se ha desarrollado una doble espiral de problemas: la de la lucha contra la mafia (y contra la criminalidad en general) que ha acabado superando cualquier otra contradicción; y la de la vulgarización de temas relativos al meridionalismo, que nosotros sólo habíamos reinventado (el autogobierno, la autonomía, el federalismo regional, la democracia territorial, el secesionismo contra la representación delegada y abstracta del poder político, el antiasistencialismo corrupto, la empresarialidad y la inventiva vinculada al territorio). Esta doble espiral ha supuesto una acumulación de pequeñas banalidades que juegan en contra del Sur (identificado como un agujero negro para la circulación del dinero, justamente cuando es al contrario debido al gran ahorro allí practicado).

No es posible desvincularse de esta doble espiral si se mantiene el juego de suma cero, echando en cara al Estado el haber fomentado la mafia calificando de *antinordismo*[19] el propio orgullo herido. Vivimos en atolladeros de los que es mejor mantenerse lejos. Con seguridad, la vía abierta por los procesos a políticos y mafiosos, por las causas de determinadas acciones policiales, por el control militar

19 Se refiere a los sentimientos de afirmación del Sur frente al norte de Italia [*N. del E.*].

del territorio meridional, a pesar de estar triunfando en este momento, es sorprendentemente frágil, con poco consenso y sin perspectivas más allá de la continua y sospechosa autoreproducción. En el Sur se ha constituido una clase política ciega (la de los jueces y los militares). Es incontrolable. Además, sus líneas de gobierno del territorio se parecen a las que gestionan ciudades como Nueva York (R. Giuliani proviene de la lucha contra la mafia), Los Ángeles después de la revuelta, Tokio y Río. No es gratuito pensar que hay una relación directa entre el total desinterés que suscitan los problemas del Sur en la clase política actual y la interlocución exclusivamente militar que el Estado pone en ese campo. Las atenciones son todas para el Norte, lo que nos enseña por qué allí se expresan rupturas y vuelcos. La verdad es que ahora mismo no existe una subjetividad política meridionalista. Nosotros nos equivocamos por exceso de virtuosidad. Si es verdad que sobrevalorar la juventud y cuanto se ha hecho es una señal de senilidad, la infravaloración sería, por el contrario, una señal de perenne adolescencia.

La crisis definitiva de los polos, la guerra civil en el seno de la clase política, las mutaciones de la presencia del Estado, la enorme riqueza y ahorro acumulados en los años de la droga, las averías de los proyectos de informatización y terciarización, la difusión devastadora (porque no hay ningún filtro) de la televisión en la sociedad, los componentes de un trabajo que siempre en mayor grado asume el tono de la potencialidad y no consigue alcanzar una renta, la imagen de la inmigración con el software en el paquete de cartón en lugar de los embutidos y una explosión de la inmigración para dedicarse a los trabajos de servicio y de la tierra; todo junto requiere un trabajo de elaboración, de lectura y de intervención.

Pero se trata de un hecho: no se ha dado nunca un proceso de modernidad y de liberación, de avance y de conquista de bienestar capaces de cambiar la historia de este pueblo, desde los municipios a la idea de nación, de la conquista de los derechos del hombre al final de la monarquía, del nacimiento de los movimientos obreros y socialistas al fin de los totalitarismos, que no haya tenido en el Sur sus propios espacios. Aquí tendremos la necesidad de volver a enfrentarnos.

Aquellos disparos que mataron al movimiento de Milán[20]

Franco Tommei y Paolo Pozzi

Este artículo es una fotografía desenfocada y un poco movida. Mejor dicho, un autorretrato de los últimos días del movimiento en Milán. Aquel movimiento de los Circoli Proletari, contra el trabajo negro, por nuevos espacios de socialidad, que se había desarrollado con formas articuladas entre 1975 y 1976. En el '77 está ya terminado, queda únicamente un área de militantes inciertos, fragmentados, discutiendo sobre el hecho de volver a la normalidad o de dar el salto a la lucha armada. En la dinámica de la manifestación del 12 de marzo, en la discordia acerca del recorrido y los objetivos, en el final por disparos que tuvo el acontecimiento se muestra el empobrecimiento y la diáspora inminente. Se muestra la clara oposición entre la violencia más dura del movimiento y «el discurso sobre la guerra» que se volverá típico en las organizaciones combatientes.

No éramos tantos en Milán, la mayor parte de los autónomos se había ido el día antes. La cita principal del movimiento en aquellos días, para el movimiento del '77, era la gran manifestación de Roma. Pero, aunque fuésemos pocos, habíamos decidido manifestarnos igualmente. La muerte de un compañero en Bolonia, los coches blindados a petición de Zangheri para presidiar la ciudad escaparate del comunismo italiano, la manifestación en Roma…, nos imponíamos, casi nos obligábamos, a salir a la calle.

Aun siendo pocos, estábamos todos, los comités de Sin tregua, los de Rosso, pancartas de Lotta Continua, el colectivo del Casoretto y los restos de los Circoli Giovanili, estos últimos habían sido, hasta la batalla de la Scala, el movimiento políticamente hegemónico en Milán.

La manifestación, aquel 12 de marzo de 1977, no tenía nada de alegre o festivo. Caras largas, cabreadas. Los bolsillos llenos de botellas, y debajo de la ropa se intuían las armas de fuego; en el centro de la ciudad absolutamente lleno y lleno de miedo, la manifestación avanzaba lentamente a la búsqueda de los objetivos. Pero esta vez no se trataría de supermercados con fines de expropiación o de los clásicos guardias jurados a los que desarmar. Habían asesinado a un compañero en Bolonia y de cara a este hecho todo parecía inadecuado. Mientras tanto, se oían eslóganes llenos de rabia y de rencor. Las manos en el aire de algunos simbolizaban las pistolas.

20 *Il manifesto*, 26 de febrero de 1987.

Nosotros de Rosso llegamos poco preparados, los «mejores», en posesión de cierto equipamiento, se habían marchado. Pero ¿se podía estar fuera de una manifestación en 1977? Entonces a dentro, junto a los demás.

Tardamos un poco en encontrar a los chicos Baggio, los de la Siemens, en el cruce de via Chico con Bovisa. No había ninguno que no llevase el pañuelo sobre la frente. Después, cada poco, salíamos corriendo calle abajo por la muralla de los Navigli. ¿Hasta dónde?

A la altura de calle Monforte la manifestación se había parado de repente. Corrimos velozmente para llegar a la cabecera. Delante de nosotros estaba la comisaría, circundada de carabinieri armados con winchester. Entre los responsables de los distintos grupos de la autonomía se escuchaba un habla susurrada. Nos preguntaron a nosotros de Rosso si estábamos de acuerdo con la propuesta de asaltar la comisaría por cualquier medio.

Nos bastó un momento para darnos cuenta de que toda aquella ilegalidad que tanto habíamos trabajado con el fin de que fuese parte del movimiento estaba a punto de retorcerse en contra del propio movimiento. El uso de la fuerza no estaba ya al servicio de una contractualidad conflictual y violenta, sino que estaba a punto de convertirse en dominio exclusivo de quien quisiera abandonar cualquier posibilidad de trabajo político de masas para elegir la línea del combate y de la clandestinidad.

Pero en aquella situación de ilegalidad, en aquel momento, enseguida, existía la necesidad de elegir un objetivo diferente de la comisaría pero igualmente violento. Una «vía de fuga» que permitiese a Rosso interactuar con el poco movimiento que existía todavía en Milán, evitando el enfrentamiento a muerte con los carabinieri.

Nosotros de Rosso, queremos manifestar aquí, debajo de la Assolombarda, que uno de los motivos por los que hoy estamos aquí es la protesta de los obreros de la Marelli contra la reestructuración. No estamos de acuerdo con un ataque al Estado, no es el interés de la autonomía.

¡No les veis los fusiles, es una locura!

Unas cuantas blasfemias, palabrotas y empujones. Finalmente la manifestación reaccionó y se movió. Había circulado la consigna de dirigirnos a la Assolombarda. Un respiro de alivio y en la cabeza de la manifestación la sensación de estar metidos en un jaleo de dimensiones colosales. Llegamos a un callejón sin salida. ¿Cómo salir de él?

Ya estábamos corriendo por las calles en sentido opuesto, para huir de aquello que la mayor parte de nosotros no había querido. Nosotros de Rosso y los del Casoretto tirábamos del grupo. Llegamos finalmente a la sede de la Assolombarda.

Descargamos todo lo que llevábamos encima contra ese edificio vacío y lleno de cristales. Molotov, disparos de pistola y de fusil. Los cristales de «la casa de los padrones» se venían abajo que daba gusto. ¡Quémalo, chaval, quémalo! Escuchábamos en nuestro interior y después a correr.

Se había consumado el último intento de reunir en Milán la subversión del movimiento con los intentos organizativos de la autonomía, que poco tiempo después morirían con el aumento de la represión y la militarización. Era la última manifestación en la que se mostraría el nivel más alto de enfrentamiento e incluso de armamento sin ataque a personas, a hombres. Dos meses después, durante la manifestación contra la represión fue asesinado el agente Custrà: la línea de combate había entrado dentro del movimiento.

El negro mes de mayo

Después de los días de la furiosa revuelta, el movimiento se ve perseguido por la durísima iniciativa represiva dirigida por las fuerzas de policía y la magistratura; criminalizado por los medios de información oficial y por las declaraciones de «unánime condena» por parte de las fuerzas políticas institucionales. Aunque más aun que esta situación angustiosa, influyen negativamente en su seno las diferentes valoraciones que derivan de los juicios, del balance acerca de los enfrentamientos. Empieza a esfumarse la homogeneidad política que en los meses anteriores había garantizado el carácter compacto de las iniciativas de lucha. Se oficializan las divisiones entre los sectores militantes que forman parte de los distintos proyectos de la autonomía obrera y otros componentes del movimiento, sobre todo las mujeres y los sectores «creativos».

En el vacío de iniciativas de masas que se da posteriormente, adquieren impulso las tensiones y prácticas de los pequeños grupos militaristas. Comienza el goteo de pequeños y grandes atentados (más de dos mil a finales de año), el movimiento toma posiciones definitivas respecto al problema del uso de la violencia en las luchas políticas.

El 16 de mayo, la Universidad de Roma reabre sus puertas, aunque continúa presidida por una enorme fuerza de policía. Dentro, sin embargo, la contestación sigue probando nuevas formas de expresión dirigidas contra los docentes vinculados al Partido Comunista. En reacción, la universidad cierra de nuevo sus puertas. En la nueva reapertura, los estudiantes están decididos a presentar en las asambleas una plataforma de reivindicaciones en línea con los meses precedentes: fuera la policía de la universidad, universidad abierta de 8 a 22, aprobado garantizado, libre elección del tema de los exámenes, cursos universitarios para trabajadores, etc. A mediados de abril el movimiento de Bolonia retoma también el trabajo. Después de la marcha de los carros blindados muchas facultades son reocupadas.

En Roma, el 21 de abril, comienzan de nuevo los enfrentamientos con la policía. Por la mañana los estudiantes ocupan la universidad sobre la base de las reivindicaciones planteadas a principios de mes. El rector Ruberti pide por tercera vez desde el inicio del año la intervención de la policía. El desalojo se produce de forma inmediata y posteriormente se da una situación de relativa calma. Por la tarde, grupos de estudiantes y jóvenes obreros se organizan en el cercano barrio de San Lorenzo, en el que tienen sede los grupos autónomos más organizados. Las unidades de policía situadas en el complejo universitario son atacadas con el lanzamiento de objetos contundentes y cócteles molotov. La reacción policial es desproporcionada. Disparos de fusil y ráfagas de metralla a la altura de la cabeza. Del otro lado se responde al fuego. Tres alumnos del PS caen sobre el asfalto, uno de ellos muerto, otro gravemente herido.

Este episodio marca el inicio de una escalada de acción–reacción en el uso de armas en la calle que resultará catastrófico para el movimiento de masas. El día después de la muerte del policía Settimio Passamonti se desencadena una campaña de criminalización sin precedentes, el movimiento se encuentra, además de completamente aislado, dramáticamente divido y confundido. En las asambleas que deberían decidir la posición a asumir se desencadenan peleas y se producen daños irreversibles. El despliegue represivo aprovecha la situación declarando que «de ahora en adelante el Estado responderá con las armas», mientras la jefatura de policía de Roma prohíbe todas las manifestaciones hasta el 31 de mayo.

El 2 de mayo la universidad vuelve a abrir sus puertas. En Turín, en concomitancia con la apertura del proceso contra los militantes de las Brigate Rosse, un núcleo de la organización clandestina, asesina al abogado Croce, encargado del orden público. En Bolonia se cierra de nuevo la universidad para impedir la celebración de un encuentro del movimiento.

El mes de mayo es el más negro para el movimiento. Las fuerzas políticas, por unanimidad, promueven una disparatada represión de cualquier manifestación colectiva de antagonismo político. El 1 de mayo, en Roma, durante la manifestación nacional institucional el movimiento se enfrenta con el sindicato, la policía interviene con cargas y arrestos. El juez de Bolonia, Catalanotti, arresta a decenas de personas vinculadas al movimiento bajo la acusación de haber planificado el «complot» del mes de marzo. También en Padua, por iniciativa del procurador de la república Calogero, se dan órdenes de captura y denuncias por asociación criminal contra docentes y estudiantes del Instituto de Ciencias Políticas de la universidad. La DC lanza la campaña por el reinicio de las detenciones policiales.

El 12 de mayo, el movimiento intenta realizar una manifestación pacífica con motivo de la celebración de la victoria del referéndum sobre el divorcio de 1974. La manifestación es organizada por el Partido Radical. En plaza Navona la policía interviene enseguida golpeando a algunos de los diputados parlamentarios; después comienzan las cargas sobre todos los grupos que transitaban por los aledaños de la plaza. La manifestación no había sido organizada, no había ni servicio de orden ni instrumentos de defensa. Muchos grupos retroceden hacia Campo dei Fiori, en donde se alzan barricadas y se levanta el suelo de la carretera para obtener piedras. La policía pone en escena a los escuadrones especiales: agentes de paisano vestidos como «extremistas» que disparan a la altura de la cabeza. Los enfrentamientos prosiguen durante horas, por la tarde noche muere sobre el puente Garibaldi, asesinada por la policía mientras escapaba, Giorgiana Massi, de veinte años y simpatizante del Partido Radical.

El nivel que había alcanzado el enfrentamiento, que pone en peligro la existencia de cualquiera que ose bajar a la calle, empieza a dar sus frutos en términos de disuasión del terrorismo. El día después de la muerte de Giorgiana Masi no hubo una reacción de masas parecida a la de marzo, después de la muerte de Francesco Lorusso. La participación fue en descenso con el mayor endurecimiento del conflicto y de la iniciativa represiva, a lo

que se añadían las dificultades y contradicciones no resueltas dentro del movimiento. A pesar de todo, los sectores más organizados de la Autonomía obrera romana son capaces de iniciar una contraofensiva en muchos barrios de la ciudad. Enfrentamientos durísimos con tiroteos en Garbatella, Prati, Appio y Montesacro.

El día 14 en Roma, la policía carga y dispersa a porrazos una sentada pacífica, organizada por las feministas en el lugar donde fue asesinada Giorgiana Masi. El mismo día en Milán, durante una manifestación de la Autonomía obrera que desfila por la calles del centro, en protesta contra la represión, un grupo se separa y abre fuego contra la policía. Dos policías resultan gravemente heridos, mientras que un tercero, Antonio Custrà, muere después de que un disparo le atraviesa la cabeza.

Estos hechos echarán por tierra el crédito a la Autonomía obrera de Milán, un descrédito que había comenzado a incubarse dos meses antes, con ocasión de la manifestación del 12 de marzo.

El Congreso de Bolonia: el movimiento no encuentra salidas

En los meses sucesivos, la mayor parte de los partidos del gobierno alcanzaron un acuerdo para la aprobación de una serie de decretos sobre orden público que intensificaban el sentido reaccionario de la ley Reale. Se crea la figura de la cárcel especial con la intención de internar a los detenidos políticos y a los «comunes» considerados más peligrosos.

Estas medidas, claramente demoledoras de las garantías fundamentales del derecho constitucional, van configurando las líneas de un nuevo «estado de excepción». La mayoría de las «prestigiosas personalidades democráticas» de la administración de justicia, de la política o de la cultura asumen o consienten su necesidad, y sólo unas pocas y débiles voces se levantan para denunciar los peligros de este último giro autoritario de las instituciones del Estado. En un artículo publicado en Lotta Continua,

el 6 de agosto, titulado «L'ordine pubblico in un paese "libero", ovvero l'indizio di sospetto» [«El orden público en un país "libre", o bien el indicio de sospecha»], el abogado Luca Boneschi escribe:

> Cossiga ha dicho hace algunas semanas [...] que Italia es el país más libre del mundo. Antes que reírse y comentarse con humor, la declaración fue llevada, con el servilismo que caracteriza a tantos Piero Ottone, a las portadas y primeras páginas de los periódicos, como si se tratase de una cosa seria. Esto me ha llevado a reflexionar. Ciertamente, es sólo cuestión de entenderlo: Italia es el país más libre del mundo.
>
> Libre de tener como primer ministro precisamente a Cossiga, que ordena a agentes armados y vestidos de paisano que salgan a la calle el 12 de marzo en Roma, con el fin de provocar y matar; que ordena las cargas contra parlamentarios como Mimmo Pinto; que ningunea cualquier regla del debate mirando con antelación las grabaciones de las emisiones televisivas de Pannella para replicar insultando; que envía sus agentes con órdenes de disparar a cualquiera que tenga una pinta sospechosa; él que siempre está presente, es el ministro que cuenta con el beneplácito de la izquierda histórica: ésta si que es libertad.
>
> Libre, Italia, de contar en su historia con ministros mafiosos; y de escuchar a Moro defender a ministros ladrones y de tener un gobierno regido por un ministro vitalicio como Andreotti, siempre presente en los puntos clave del poder [...].
>
> Para muchos Italia es un país completamente libre: por ejemplo para los carabinieri que, aparte de poder disparar a voluntad, se han convertido en los justicieros más elogiados [...].
>
> Por ejemplo, es un país libre para Roche, que puede envenenar pueblos enteros sin prácticamente ninguna consecuencia y para la junta de la región de Lombardía, que derrocha los millones de los impuestos en una falsa obra de saneamiento.
>
> Ahora, se está volviendo un país libre gracias también al PCI: que siempre se ha mantenido distante de cualquier centro de poder y ha sido acusado cruelmente de muchas cuestiones hasta que se ha decidido a erigirse en defensa de las libertades democráticas; pero que ha firmado un acuerdo programático liberticida en lo que se refiere al orden público, que ha aceptado el pacto perverso con las multinacionales en la cuestión de las centrales nucleares, que ha llevado adelante el diseño de una sociedad eficientista y represiva, que es parte de la mayoría de gobierno y ha accedido a los cargos públicos.
>
> Éste creo que es el punto central de una discusión sobre la represión (o sobre la libertad) en estos días en Italia: porque represión ha habido siempre, desde 1948 hasta hoy, especialmente en 1968, cuando el eslogan «la represión no pasará» era de lo más falso que se pudiese decir.

> Simplemente, en los años anteriores, aún con incertidumbre, lentitud y errores, el PCI estaba de nuestra parte y defendía la libertad de todos, mientras que ahora ha hecho una clara elección: el acceso al «poder» a cambio del Estado policial. Y, más allá de cualquier lógica, ya sea de desarrollo industrial ya de las necesidades del país, el PCI avala e impone la construcción de centrales nucleares (que comportan, por ejemplo, dependencia económica, tecnológica y política; graves peligros para la salud y la seguridad de la población; irreversibles daños medioambientales; medidas excepcionales de orden público); ataca y propone que se modifique, haciéndolo impracticable, un instrumento democrático de lucha desde abajo y de tutela de las minorías como es el referéndum: acepta con sus nuevas propuestas de orden público, que se borren artículos enteros de la constitución republicana, que, graves de por sí, representan el aval a posteriori de la ley Reale, contra la que el PCI había, aunque sea débilmente, votado en contra […].
>
> Si este tipo de medidas se volvieran ley, creo que Italia sería sin más, para gobernantes y policías, el país más libre del mundo en lo que se refiere a intimidar, prevaricar y violar derechos civiles y políticos. En definitiva, el código fascista acabará pareciéndonos un ejemplo de liberalismo iluminado; y la Constitución, indiscutida durante años en muchos lugares, es ahora menoscabada. Este es el precio, absolutamente inusitado, que la izquierda paga por el «poder».[21]

Desde París, un grupo de intelectuales franceses lanza un comunicado en contra de la represión en Italia. La iniciativa levanta una dura polémica pública entre los intelectuales italianos, acerca de su propio papel en relación con el enfrentamiento político en curso entre sistema de partidos y movimiento. El debate atraviesa muy pronto las sedes de la intelectualidad oficial concretándose en la propuesta de un encuentro nacional del movimiento sobre la cuestión de la represión, en el mes de septiembre en Bolonia.

Si bien el PCI, que gobierna la ciudad, no se opone al proyecto aceptando el «desafío», prácticamente la totalidad de la prensa enfatiza el acontecimiento con escenarios catastróficos en los que mareas de militantes armados podrían desencadenar un saqueo y una devastación generalizadas. El Ministerio del Interior dispone, para la ocasión, seis mil policías con el fin de presidir los puntos neurálgicos de la ciudad, sobre todo alrededor de la cárcel, en donde están encerrados los integrantes del movimiento que la

---

21 Reeditado en G. Orsini y P. Orteleva (ed.), *Alto là chi va là,* Roma, Coop. Giornalista Lotta Continua, 1977.

magistratura considera responsables del «complot» de los días de la insurrección del mes de marzo. También la federación local del PCI, después de haber proclamado, en boca de su dirigente y alcalde de la ciudad, Zangheri, «Bolonia es la ciudad más libre del mundo», activa a la totalidad de sus militantes para funciones de «control y vigilancia».

En el movimiento, la noticia de la cita en Bolonia genera espontáneamente una movilización sin precedentes. El 22, 23 y 24 de septiembre, Bolonia es invadida por cientos de miles de jóvenes que provienen de toda Italia, incluso de las zonas más remotas. Trenes, autobuses, ríos de gente con maletas, mantas, sacos de dormir, instrumentos musicales. Las calles del centro recorridas continuamente por flujos ininterrumpidos de millares de personas. Plazas, parques y edificios públicos se transforman en enormes refugios. En las calles se pinta, se baila, se canta, se juega; se hace y se escucha música, teatro, animación.

Pero no se trata sólo de una «fiesta continua» vivida como una necesidad de encontrarse, hablar y contarse la riqueza recíproca de las diferentes experiencias. De hecho, junto a la masa festiva de simpatizantes anónimos del movimiento, llegan las «tropas» de los grupos políticos organizados y los «observadores» de las incombustibles formaciones de combatientes. En esos días todas las expresiones de la «clase política» del movimiento se vuelven a plantear el problema de resolver la línea estratégica de la organización y del programa. Todos los grupos organizados llegan ya escarmentados, cada uno con una postura preestablecida, con muchas inclinaciones sectarias y poca disponibilidad a encontrar alguna forma de homogeneidad. Dentro del Palacio de Deportes, diez mil militantes de todas las organizaciones, más que confrontar posiciones se enfrentan llegando incluso a las manos. El Palacio de Deportes es la arena y el escenario en la que cada posición política recita su propio papel, declarando que desde ese momento pondrá en practica, en cualquier caso, su propio proyecto. Las únicas alianzas tácticas se delinean entre los componentes de la Autonomía Obrera organizada para la conquista formal de la «dirección política» del movimiento. Para estos es un momento de despliegue de fuerza resuelto simbólicamente con la «expulsión» del movimiento de los componentes considerados de «derechas». De este modo, son expulsados MLs, Avanguardia Operaia y Lotta Continua.

La mayor parte del movimiento vive con sentimientos contrapuestos las laceraciones que se suceden precisamente en el lugar destinado a la solución política de los principales problemas que persiguen al movimiento desde hace meses. Durante tres días se mezcla y alterna un extrañamiento insoportable y la espera angustiante de los resultados del mayor debate puesto en escena por el movimiento. En este sentido, es significativa la toma de posición de la parte creativa del movimiento, cuyo centro propulsor es precisamente Bolonia. Uno de los protagonistas la describe así:

> *A/traverso* apareció en junio de 1977 con un número titulado: La revolución ha terminado, hemos ganado. Muchos lo leyeron como una ironía. En realidad, el sentido era serio y literal. Allí donde los movimientos revolucionarios del siglo XX habían pensado que se podía vencer y superar la estructura social capitalista, el movimiento autónomo ponía las condiciones para una nueva concepción del proceso de liberación.
>
> Esta nueva concepción no implicaba la quiebra del sistema político del poder, sino la creación de un área social capaz de encarnar la utopía de una comunidad que se despierta y se reorganiza fuera del modelo dominante de intercambio económico del trabajo y del salario. La extinción del trabajo se vuelve una tendencia objetiva, una posibilidad implícita en la tecnología y en el sistema social del conocimiento. No se puede aplicar el modelo de la revolución. En este sentido, la revolución ha terminado.
>
> Pero es mucho más difícil interpretar la segunda parte del título, ¿qué quiere decir hemos ganado? Con esa frase nosotros intentábamos, lo que era una suerte de exorcismo o más bien la indicación de una actitud mental, crear las condiciones para afrontar en términos de experimentación consciente y colectiva el proceso de extinción del trabajo, el proceso madurado por la subsunción casi total del trabajo técnico científico en el proceso productivo que hacía posible la sustitución del trabajo humano, la extinción del trabajo como modelo.
>
> Esta intuición, presente en el trabajo de *A/traverso*, no encontró ninguna traducción política el Congreso de Bolonia de septiembre de 1977. En el Congreso se encarna el alma de la organización, es decir, el intento de reconducir todo lo que había sucedido en los meses anteriores hacia fórmulas organizativas. La nueva propuesta había elegido el silencio porque en ese momento no tenía nada que decir.
>
> Todo lo que teníamos que decir lo habíamos dicho ya en el número de junio y era un análisis sobre lo que sucedería en los próximos años, la descripción del trabajo intelectual dentro de la nueva organización tecnológica.

Sobre esta cuestión no teníamos una propuesta política, pero habíamos elaborado el texto para una nueva Constitución de la República italiana, una suerte de guión dadaísta para representarlo durante los días del Congreso: queríamos que fuese una especie de lectura de los capítulos de la Constitución desde el punto de vista de la liberación en curso.

Queríamos montar un escenario en la plaza Maggiore y allí, en un momento cualquiera, situados entra la gente, declarar que nuestra disputa con el Estado italiano había terminado, que el Compromiso Histórico (la única propuesta que el Estado nos hizo) había fracasado, y que por lo tanto, el Estado podía ser considerado disuelto y que esta situación podía ser considerada como un hecho positivo, porque todo lo que nosotros queríamos había sido ya consumado, el trabajo obrero desaparecería en los próximos años. Reformulamos así la Constitución italiana a partir de un punto básico: el trabajo obrero desaparece, refundemos la vida humana sobre otras bases.

Por entonces circulaba un discurso de alternativa: el proceso del rechazo al trabajo conduce al uso intensivo de las tecnologías, y esto supone algo desesperado y dramático si lo consideramos una desgracia; si en cambio lo consideramos como un proceso a gestionar colectivamente se convierte en un proceso de liberación; pero para hacerlo hay que liberarse primero de la coraza que sigue representando el Estado, por lo tanto, refundemos la Constitución italiana.

Lo que teníamos que decir era: chicos, nos esperan años desastrosos, pero en estos años se desplegará un proceso futuro que nosotros podemos intentar interpretar, los procesos de autonomía se desarrollarán en nuevos estratos.

En realidad en Bolonia nos encontramos con una tensión muy diferente.

El Congreso de septiembre nació en París, en los días en los que elaboramos el comunicado contra la represión firmado por los intelectuales franceses. En principio nadie pensó que aquella ocasión nos agarraría de la mano.

En cambio, fue un momento al que todo el mundo sentía que debía ir, porque era una ocasión para hablar, vernos y contarnos. Se esperaba algo mágico, se había creado una expectativa dramática y una gran apertura de los grupos de la clase política y de las distintas organizaciones militantes hacia un amplio número de formas de animación y espectáculo de masas.

Todos se presentaron en Bolonia con grandes expectativas que luego se vieron frustradas. A la demanda de una solución post-organizativa, el cuadro político volvía a proponer el viejo modelo como respuesta y los demás no tenían ni la energía ni la inventiva necesarias para dar una nueva solución política, porque no había solución política.

La manifestación que cierra el Congreso, imponente y atractiva, desfila durante horas. A pesar de la agresividad verbal de los eslóganes no hay enfrentamiento con la policía. Al final un sutil sabor de amargura, de desilusión y de frustración acompaña a la gente hacia sus casas y lugares de vida y lucha. Todos prometen continuar, seguir adelante, pero nadie sabe esconder la dramática pregunta: ¿adelante cómo? ¿adelante a dónde?

11. La comunicación, la cultura, los intelectuales

De la lucha a la comunicación, de la comunicación a la lucha

A mediados de los años setenta el archipiélago de la comunicación antagonista era un territorio amplio y contradictorio que estaba ramificado en cada ángulo del país. Ciertamente, entre 1975 y 1977, la producción de comunicación autogestionada, subversiva (marginal, radical, militante, directa, antagonista, alternativa, democrática, transversal, clandestina, revolucionaria y las muchas otras definiciones que le fueron conferidas) alcanza su punto de máximo desarrollo. A veces se provee de estructuras técnicas propias (imprentas, sedes mas o menos estables, etc.), de canales de distribución militante y de estructuras de distribución, ajenas a los grandes y pequeños circuitos comerciales; organiza encuentros nacionales con el fin de construir redes de colaboración, está financiada directamente tanto por sus productores como por sus lectores. El trabajo intelectual es casi completamente gratuito y voluntario.

Trazar una «geografía de la conspiración» en un panorama tan vasto y variado sería una tarea imposible y, en cualquier caso, esquemática y sectaria. Es aún más difícil recorrer los senderos de las influencias internacionales recíprocas, de las «redes» político-culturales que se cruzaron en los cuatro continentes, de las corrientes ideológicas históricas que constituyen el *background* de muchas elaboraciones.

> La necesidad de reconstruir las geometrías políticas de lo «político», los tortuosos senderos de la conspiración, los vericuetos de las ideologías, desenmascarar las «almas perdidas» de la revuelta, es algo viejo, al menos en lo que

> se refiere a la idea de la revolución. A pesar de esto, son raros los casos de aquellos que han tratado de reflexionar sobre esta «necesidad». Enfrente suya está, copiosa, capciosa y a menudo nociva, la geografía de la delación, la pulsión dictaminada por sociólogos, periodistas y magistrados en dibujar mapas, trazar elencos, atar e indicar las complicidades políticas y materiales.[1]

En realidad detrás de las miles de páginas de la bibliografía, detrás de las cabeceras de centenares de revistas, hay miríadas de inteligencias que del «rechazo al rol» hicieron una elección consciente, un programa de existencia, que convirtieron en comportamiento practico la feliz expresión marxista de los *Grundrisse*: «El técnico, el científico, el intelectual como maquina, y por lo tanto como ciencia —cualquier ciencia— en tanto "potencia hostil" a la clase, y el trabajador intelectual como trabajador productivo inserto en el ciclo de socialización del capital o en el aparato de mando. El trabajador que debe librarse "de sí mismo" antes de ir a buscar alianzas con el proletario. El trabajador sin aliados capaz de ejercitar con autonomía el rechazo a los roles impuestos, capaz, por lo tanto, de desarrollar —ya sea en la forma de trabajo intelectual abstracto— una fuerza de iniciativa autónoma, formas de organización especificas, de rechazo, de organización de las masas. En conclusión: ciencia y tecnología como una sola cosa, materializada en la máquina, "potencia hostil" a la clase, ambas objeto de un proceso paralelo de liberación, por parte de la clase y del trabajo intelectual, concreto y potencial. Apenas la clase y el trabajo intelectual se mueven de manera antagonista, procesos cognitivos enormes y potentes se activan en el seno del enfrentamiento, como producto del enfrentamiento: una fuerza de invención latente se libera y se traduce en conocimiento especifico, nuevas técnicas y nuevas "ciencias"».[2]

Nos parece, que en esta síntesis ejemplar de Sergio Bologna está contenido el recorrido esencial de la producción cultural revolucionaria de los años setenta.

La riqueza extrema del «otro trabajo intelectual» cubiertos todos los ámbitos del saber: desde la historia hasta el psicoanálisis, desde la psiquiatría hasta la tecnología, desde la economía hasta la filosofía, desde la sexualidad

---

1 VV. AA., *I dieci anni che sconvolsero il mondo*, Roma, Arcana, 1978.

2 Sergio Bologna, *Primo Maggio*, 1967, num. 11.

hasta el urbanismo, desde la alimentación hasta la medicina, incluidos también el derecho y la criminología. Los éxitos han sido parciales pero no cabe duda de que a pesar del entierro que en los primeros años ochenta realizaron magistrados, editores, *journalist-policiers*, etc., la cultura revolucionaria de los años setenta ha planteado problemas y ha señalado direcciones que difícilmente podrán ser eludidas en el futuro. Que el proceso de liberación paralela de la clase y del trabajador intelectual representase una contradicción irreconciliable al desarrollo capitalista es obvio e indudable, pero quizás los propios protagonistas de esta revolución cultural desde abajo no se habían percatado de su propia importancia y de las inquietudes que incitaban a las élites capitalistas a llevar a cabo, más tarde, una vasta ofensiva represiva. A la espera de estudios más profundos acerca de este problema se puede indicar el pensamiento, de la Comisión Trilateral de 1975.

La Comisión Trilateral había sido creada a comienzos de los años setenta por los países pertenecientes a las tres áreas más industrializadas del planeta (Japón, EEUU y Europa). En las intenciones de sus promotores, la Trilateral constituye una suerte de «gobierno mundial supra-nacional» que albergaba en su seno tantos a exponentes de distintos gobiernos como a industriales, generales, sociólogos, periodistas de primera fila, economistas, políticos, científicos, etc.: lo «mejor» de los representantes y colaboradores del sistema. La Trilateral se reunía una vez al año en distintas capitales con el objetivo de coordinar las políticas de dominio a nivel internacional. Éste no es el lugar para examinar la importancia que tuvo ese organismo y la sobrevaloración que se hizo del mismo (para las BR, por ejemplo, era la prueba de la existencia del EIM: Estado Imperialista de las Multinacionales), sino de verificar la importancia que las inteligencias capitalistas asignaban a los procesos sociales en curso. Por lo tanto, en la reunión de 1975, los «trilaterales» dicen:

> Hoy, una notable amenaza proviene de los intelectuales y de los grupos asociados que afirman su aversión hacia la corrupción, hacia el materialismo y la ineficiencia de la democracia y a la subordinación del sistema de gobierno democrático al «capitalismo monopolista». El desarrollo entre los intelectuales de una «cultura antagonista» ha influido en los estudiantes, los estudiosos y en los medios de comunicación [...]. Las sociedades industriales avanzadas han dado origen a un estrato de intelectuales orientados por valores, que a menudo se vuelcan en desacreditar la *leadership*, a desafiar a la autoridad y a desenmascarar y negar la legitimidad de los

> poderes constituidos con un comportamiento que contrasta con el número de intelectuales tecnócratas orientados a la política […] Este desarrollo representa para el sistema democrático una amenaza igualmente grave, al menos potencialmente, de las que en el pasado plantearon los grupos aristocráticos, los movimientos fascistas y los partidos comunistas.[3]

Omitiendo la referencia a los «movimientos fascistas», aquí citados para exorcizar elegantemente «un cadáver en el armario» y para volver a dar fuerza a la política de los extremismos opuestos, no cabe duda, de que estas observaciones dan cuenta de la preocupación de las elites en el poder por aquellos «intelectuales que en tanto grupo social son impulsados hacia la vanguardia de las luchas socio-políticas».[4] Las relaciones del mundo intelectual con la sociedad han mutado radicalmente, en un planeta en el que «no hay motivo para creer que la revolución cultural contemporánea sea más pacífica que las revoluciones industriales del pasado» y en el que «la falta de integración de la clase obrera no sólo impide la contratación y el entendimiento directo […] sino que se encuentra, también, en el origen de la general reluctancia de los jóvenes a aceptar los trabajos manuales genéricos, mal retribuidos».[5]

La relación de 1975 prosigue augurando una democracia más «fuerte» y una nueva política de «gobernabilidad». El *Berufverbot*[6] en Alemania y la «legislación de emergencia» en Italia serán en los dos años sucesivos la traducción de estas reflexiones a términos institucionales. Con esto no se quiere decir aquí que todo sea reducible a un «complot» organizado desde arriba, a la existencia de un cerebro oculto e invencible del mando capitalista que todo prevé y planifica. Por el contrario y precisamente por eso, nos referimos a la necesidad de tener presente que la dinámica de «plan y contraplan», el enfrentamiento entre proyecto antagonista y de gobierno, entre capital y trabajo, en todas sus formas y manifestaciones, determina un enriquecimiento recíproco de las fuerzas e inteligencias opuestas y que en este conflicto el proceso revolucionario se juega su propia suerte.

---

3 VV. AA., *La crisi della democrazia*, Milán, Franco Agnelli, 1977.

4 *Ibídem*.

5 *Ibídem*.

6 Así son llamadas las leyes federales promulgadas en la República Federal Alemana en 1975, con el objetivo de excluir a personas de izquierda en el desempeño de cargos públicos.

En el transcurso de los «diez años que convulsionaron al mundo» —de China a EEUU, de Inglaterra a Alemania, de Japón a Francia, de América Latina a África, a Asia y a Medio Oriente— el papel de la comunicación como expresión-exigencia de las luchas de masas es difícilmente explicable. Nos podemos arriesgar a dar legitimidad a las esquemáticas previsiones de McLuhan que, de la era de la televisión y de las comunicaciones masivas, extrae la teoría del planeta como «aldea global», o bien podemos ampliar la importancia que los antagonistas asignan a la aventura de «recomposición» del proletariado a nivel internacional. Lo cierto es lo que se puede verificar en los propios productos de la «comunicación antagonista», en donde quizás pueda sorprender que en *Tradate* o en la pequeña revista de Corsano (*Lecce*) se encuentren análisis tan atentos e «informados» como los de las luchas de Detroit o de San Benedetto del Tronto, de la relación entre Islam y marxismo, o de la conexión entre ciencia del capital y guerra química en Vietnam.

Del '68 y de la década precedente se había heredado, y en una «inversión» consciente, un mundo «más unido, más interdependiente, más dolorosamente consciente de su propio y común destino, de cuanto había sido antes. Sin esa herencia determinada por la circulación de la comunicación y por las luchas, la espontaneidad, por así decir la "naturaleza" y la riqueza de las mismas sería incomprensible. Sería incomprensible el hecho de que para el movimiento el mundo era el verdadero escenario de toda batalla, la verdadera plataforma de todo gesto».

Con la lenta disolución de los grupos iniciada en el bienio de 1974-75 se «libera» una enorme cantidad de inteligencias formadas en la militancia. La propia área de la autonomía se plantea el problema de no dispersar este patrimonio de militantes, y ya en 1973 se había publicado un documento titulado *Recuperare le forze soggettive create dai gruppi* [*Recuperar la fuerza subjetiva creada en los grupos*].

Pero es desde la espontaneidad-necesidad de la comunicación social desde donde se crean los encuentros y los cruces entre los viejos militantes y las nuevas inteligencias.

El terreno común sobre el cual se encuentran no estaba únicamente formado «por la necesidad de poner nuevamente en discusión un cierto aparato histórico-teórico y de actualizarlo, sino que estaba materialmente

constituido por las estructuras militantes de la cultura que se habían estado formando, contra toda hipoteca de grupo y todo "padrino" de partido, desde 1974-75 en adelante. Estructuras autogestionadas, fundadas sobre la inteligencia, sobre la propia fuerza de trabajo y el arte de arreglárselas, que no sólo permitieron la difusión de la nueva comunicación política y social, sino que favorecieron el nacimiento de un lenguaje diferente y de una estructura de organización diversa, celular, local, informal, algunas veces no declaradamente política, que permitió reciclar a los compañeros desilusionados y que terminó construyendo un bagaje cultural, un tejido al que todos recurrieron como estructura de servicios».[7]

Y es, precisamente, sobre el concepto de «estructuras de servicios al movimiento» sobre el que en el curso del bienio 1974-75 nacen decenas y decenas de librerías, de centros de documentación, de circuitos de distribución autogestionados, de pequeñas editoriales originales y creativas. Las revistas que aparecen en aquel período se apoyan y nacen, casi todas, dentro de este circuito informal de producción. Elvio Fachinelli, interviniendo en una polémica sobre los valores culturales expresados por los movimientos precisó: «Todo cambio profundo no puede sino aparecer en una esfera extra-cultural, siendo previamente un cambio de vida. Es allí, después, en un cierto punto, en el que se rehacen los nudos, las redes culturales. Es obvio, por lo tanto, que el '68 ha producido el panfleto. El que diga que no ha producido nada es porque razona con la mente de quién ya esta dentro de una cierta cultura afirmada, constituida, que se trata sólo de perpetuar. Pero al lado del panfleto apareció también una forma de escritura relacionada con el mismo, la de las revistas»: *Quaderni Piacentini*, *Primo Maggio*, *Aut Aut*, *Sapere*, *Ombre Rosse*, *Erba Voglio*, *A/traverso*, por citar las más conocidas. Sobre este terreno es difícil que alguien pueda exponer algunos puntos. Las revistas más vivas fueron y aún son hoy las de la nueva izquierda. Esta cuestión es tanto más relevante si consideramos el hecho de que éste es uno de los sectores más vitales de la cultura, donde los laboratorios de ideas, a menudo de personas que hacen vida juntas, producen debates transmitidos en tiempos restringidos en un territorio muy amplio, logrando de esta manera estimular y promover nuevos comportamientos, incluso en los rincones más lejanos. El efecto multiplicador de la revista fue siempre, salvo en algunos casos que se pueden contar con los dedos, superior al del libro.

---

7 Sergio Bologna, *Primo Maggio*, 1978-79, num. 12.

La otra edición, la otra comunicación[8]

Pero el libro permanece todavía como un instrumento esencial de transmisión del saber. El paso a la producción de libros representa un problema para el movimiento. Producidos de forma forzosa, privados de una madurez real se resolvieron, casi siempre, en la forma del libro-documento, en el libro que persigue la actualidad, en la reflexión ficticia o en la exposición final de las luchas.

Si el trabajo de contrainformación en los primeros años del post '68 estaba cubierto por revistas y opúsculos, el libro, a menudo árida reelaboración de los clásicos del marxismo e historia de la propia organización, servía a la escuela de cuadros. En el fase de «lo personal es político» pasamos a los diarios, a los manuales sobre hierbas, sobre el cuerpo y sobre drogas para llegar a las tristes historias realizados por los ex lideres, a las conmemoraciones de aniversario. El libro es un producto específico, implica una reflexión más larga, un ritmo temporal distinto al de la actualidad y por el contrario la solidez teórica parece estar ausente entre los dirigentes políticos de esta década, casi como si fuera prerrogativa de la generación cultural precedente: Tronti, Asor Rosa, Cacciari, Bologna, Negri.

Los libros, en definitiva, no son un saldo activo para las editoriales militantes. La relación entre jóvenes de movimiento y escritura, es de lo más difícil. Si bien, el redescubrimiento de la literatura y de la poesía, la profunda revolución del lenguaje impuesta por el movimiento del '77 y sobre todo la potente transformación de las costumbres y de la realidad, sólo podrán tener éxitos literarios, aunque sea a largo plazo y probablemente por obra de una generación nueva que no es la de los «políticos».

El sotobosque de las pequeñas casas editoriales y de las micro-iniciativas de prensa está, en cualquier caso, más vivo y vigente que nunca.

En Bolonia, Roma, Milán y en las «provincias» se está dando un nuevo fenómeno: al menos diez pequeñas editoriales en simbiosis con imprentas que funcionan con una maquinaria muy pobre, adquirieron así las primeras *off-set* que cuestan pocos millones y que permiten una buena impresión. Publican así tiradas muy bajas que pasan luego al circuito alternativo de distribución. El fenómeno que era ya conocido en

---

8 Primo Moroni y Bruna Miorelli, *Ombre Rosse*, verano de 1979, reimpreso en *I fiore di Gutenberg*, Roma, Arcana, 1970.

Alemania y había sido victima de una brutal represión ejercida por las autoridades hacia cualquier forma de producción no institucional, encontró en Italia otras necesidades, otros movimientos.

No se trata de que el aparato industrial de la cultura ejerza una forma de represión explícita de las inteligencias emergentes: simplemente las ignora. Por ejemplo, una experiencia como la de los *Quaderni Rossi* fue completamente desdeñada. Aguantó con dificultad a nuevos autores que no eran inmediatamente reconducibles a categorías literarias consolidadas, como las de los Moravia, los Calvino, los filones americanos y así sucesivamente. A menudo llega a asumir —aunque tarde y cuando la estructura interna de los operadores culturales lo permite— ese personaje que trata directamente con los sectores del movimiento. Además el nuevo talento es individualizado a través de sus primeras publicaciones en revistas o en pequeñas editoriales, haciendo asumir a estas últimas una función de cedazo, cuando todavía la gran industria editorial tiende a confeccionar, desde dentro, libros y autores en una acción de puntual planificación.

La separación entre estas dos formas de edición es neta. En las grandes editoriales existe un proyecto cultural preciso que casi siempre falta en las pequeñas, que sin embargo tienen recorridos culturales más ágiles y sujetos a modificaciones. La programación de los títulos es un elemento básico y fundamental de toda la política editorial, las 80-90 pequeñas casas editoriales que operan en toda Italia fundan en cambio su existencia justamente sobre lo contrario, no tanto porque les falten estructuras, organización del trabajo, personal idóneo y suficiente, sino porque lo que cuenta, y es vital para ellos, es salir con el libro justo en el momento justo. Para realizarlo son suficientes dos o tres meses. El público con el cual se comunican es restringido, la necesidad de dar respuesta, es a menudo emergente o en vías de formación, por lo cual las tres mil copias de tirada media son casi siempre suficientes.

Por eso, muchas veces la pequeña editorial juga con la ventaja de la anticipación respecto de los fenómenos sociales que después estallan o del redescubrimiento de corrientes que después serán repropuestas por las grandes editoriales. Éste es el caso del libro sobre Radio Alice publicado en diciembre de 1976 por Erba Voglio que en su momento no tuvo ninguna resonancia y que luego alimentó un interés enorme sobre el lenguaje, las radios libres, la nueva imaginación: todos elementos que encontrarán su carga de ruptura en la primavera del ‘77. Fue el caso de la recuperación de los poetas surrealistas, de las grandes escritoras del pasado como Virginia Wolf, retomada por las ediciones «feministas», y luego reimpresa en grandes tiradas por las grandes editoriales, siempre listas para recoger al vuelo estas indicaciones.

Sin embargo, ya en 1975 salen los primeros números de *A/traverso* como investigación abierta sobre los problemas globales e integrales del lenguaje de lo privado y de la inteligencia en relación con el poder, más allá de los rígidos esquemas ideológicos de las organizaciones, pero también más allá del terreno «vanal» del debate sobre la crisis de la militancia y sobre la emergencia de las necesidades. Se buscan caminos más complejos que enlazan con un abanico cultural que va desde Majakovskij a Bataille, desde los *Quaderni Rossi* a Deleuze y Gattari. Se trata de un proyecto de pequeña revolución cultural que nace, no por casualidad, como afirmación especular, precisamente en Bolonia donde el modelo de «socialismo realizado» resultaba opresivo, débil, poco atractivo. De ahí también un cierto recorrido paralelo con los nuevos filósofos como Hemry-Levy y Gluksmann que maridándose con la crítica de toda disidencia llevaron adelante un violento ataque a los países de los «gulag».

Entre el invierno de 1976 y julio de 1977 estalla un fenómeno sin precedentes: el nacimiento de 69 nuevas cabeceras con una tirada total de 300.000 copias, de las que se venden 288.000, impresas en nueve regiones diferentes de Italia, en las metrópolis, pero también, en situaciones increíbles como Pero, Sesto San Giovanni, Brugherio, en las provincias de Catanzaro, Ascoli Piceno, Ferrara, Rimini, Savona, Imperia. Son *Zut*, *A/traverso*, *Wow*, *Bilot* periódico de la Brianza, *Nel morbido blu* de Catanzaro, con una sorprendente homogeneidad de lenguaje, en tanto demostración de vuelos y recorridos culturales comunes, que expresan los contenidos del movimiento del '77. Se teoriza la transversalidad de las grandes cuestiones sociales, de forma externa a la constricción de categorías como proletariado, burguesía, ya gastadas por la ideología.

Al igual que hizo el feminismo se oponen a todo sistema ideológico. El antagonismo radical de una fuerte emergencia rompe con el entrismo y la ilusión de modificación de los partidos, de los sindicatos, de las regiones, de las escuelas, de la industria cultural. La cotidianidad vivida como momento revolucionario en todos sus componentes debe quemar el máximo de invención y creatividad. De ahí el uso irónico del lenguaje, los *nonsense*, la reivindicación del derecho a viajar (con los billetes de tren perfectamente falsificados), el derecho al espectáculo, no el de las periferias sino el de los «estrenos» (precisamente por eso los círculos juveniles ocupan las salas del centro), la teoría de la inteligencia tecno-científica (que enloquece los semáforos de Bolonia y vacía los monederos telefónicos de media Italia), el «totoismo revolucionario», es decir, la común pasión por el personaje genial de Totò, redescubierto en sus raíces populares. Radio Alice rompe con todos los términos

de la comunicación. Algo nunca hecho en la izquierda italiana, el movimiento revoluciona el lenguaje en una búsqueda consciente. Inventa nuevos métodos de prensa con recortes de periódicos, fibras y papeles en blanco escritos a máquina y aplicados sobre calcos que crean un nuevo formato de prensa, que a su vez permite la libre encuadernación saliéndose de los esquemas tipográficos.

Pero la carga de creatividad expresada por el movimiento del '77 logrará tener salidas editoriales imprevisibles, tal es el caso, de un medio irónico y desacralizador como *Il Male* que recoge en torno a su propia redacción lo mejor de los diseñadores de *strip* a nivel nacional, alcanzando rápidamente tiradas muy elevadas.

La suerte del área de la contrainformación es distinta. Estará obligada a replegarse sobre sí misma en la persecución de las temáticas de la represión emergente, en la extensión de la lucha armada y en el endurecimiento del modelo represivo-carcelario.

La contrainformación

Aldo Bonomi

No se puede afrontar una discusión sobre los años setenta sin tener presente que, en un momento histórico de ruptura, algunos compañeros llegaron a la convicción de que ocuparse de la comunicación fuera de facto y contuviera ya en sí misma un proyecto. Significaba comunicar un imaginario, hacer propaganda dentro de los procesos de transformación en curso.

Obviamente este proyecto estaba legitimado por una realidad social que en aquellos años apuntaba esencialmente a hacer saltar el mecanismo de selección y de acceso al poder, detentado por las estructuras burocráticas de los partidos. Este era el proyecto cardinal a partir del cual se empezó a producir información. Un proyecto que se desencadenó en una explosión multiforme de lenguajes y actitudes y que trataba de hacer saltar por los aires el nivel de mediación de la comunicación de las propias experiencias, rechazando cualquier mecanismo de delegación. Se trataba de apropiarse de la comunicación para comunicar necesidades, deseos y sobre todo deseos de transformación.

El mecanismo de comunicación que tomó forma entonces estaba conectado a un proyecto político que trataba de incluir directamente a todo el mundo como sujeto. Si no se tiene presente este marco no se entiende la pluralidad de voces, no se entiende la extrema parcialidad, la sectorialización de las revistas nacidas después de 1973.

El lenguaje de la contrainformación no es un único lenguaje, es uno entre tantos lenguajes y, sobre todo, toma forma como respuesta frente a la brutalidad del poder. El mecanismo de la contrainformación es antes que nada un mecanismo que se funda en la autodelegación. Esto significa que respecto del proceso de transformación en curso se reclama poder y que salten los lugares institucionales en los que la delegación se vuelve continuamente a plantear.

Se comienza a hacer contrainformación (y la contrainformación se origina en torno al dramático y trágico problema de las masacres fascistas) con un mecanismo que es esencialmente el de distinguir a los enemigos, decir quienes son, desmitificar las fechorías, esto es, denunciar por ejemplo las colusiones entre el Estado y los fascistas, denunciar las brutalidades, gritar la verdad en contraposición y dentro de una más amplia campaña política.

El libro *La strage di stato* [*El terrorismo de Estado*] que nace por iniciativa de un grupo de compañeros romanos y milaneses, es un momento emblemático de este modo de oposición. Este libro será usado por todos los organismos políticos que sostienen el deseo de transformación, los organismos políticos extraparlamentarios pero también por el PCI y el PSI. Basta releer las páginas de la *Unità* y de *Avanti!* de 1969 y 1970, y nos damos cuenta enseguida de que la mayor parte de los artículos que se ocupan de las masacres fascistas tienen como punto de referencia un momento de producción cultural y de información externa al mecanismo de los partidos. En efecto no se trata sólo de este libro, en este bienio en toda Italia, se difunden los organismos de contrainformación que producen otra información contra el poder, de manera informal, no centralizada.

En esta fase, la contrainformación tiene como objeto al enemigo. Se trata de un hecho muy importante, porque tener como objetivo un enemigo es un dato unificador. Sobre esta base hacían contra-información algunos periodistas demócratas, que escribían en la *Unità*, en *Avanti!*, en *Il Giorno*, junto a los compañeros que después entrarán en las redacciones de revistas como *Contrainformazione*.

La revista *Contrainformazione* fue testigo, en su nacimiento, de ver juntas a personas que posteriormente terminaron en la cárcel, y muy a menudo se dio el caso de que los magistrados que las interrogaron habían

hecho, también ellos años antes, contrainformación. Precisamente gracias a este cambio cultural una serie de magistrados pudo adquirir una cultura adecuada para ejercer después un mecanismo represivo mucho más preciso y profundo.

En la historia de la contrainformación aparece, en un cierto momento, el problema de la contradicción de la verdad. El mecanismo unificador era el mecanismo de la verdad: se hacían investigaciones sobre el enemigo, al movimiento de transformación se le comunicaban algunos objetivos, algunas consignas. Este mecanismo se resquebrajaba en un cierto punto, cuando la verdad ya no se podía contar.

En Italia, se da un momento histórico en el que algunas áreas del movimiento toman decisiones radicales, respecto a las cuales el mecanismo de la verdad es un mecanismo que ya no funciona. Esto es lo que sucede con el asalto de la Banda 22 Ottobre (definida como «banda» por los órganos oficiales de prensa), aquí se da una fractura evidente: el componente «democráta» de la actividad de contrainformación construye un hipotético pasado fascista de Mario Rossi, porque sólo con una explicación de este tipo podía sostener el mecanismo de la verdad que los había mantenido unidos. Al mismo tiempo los militantes que tienen como referencia los movimientos de transformación saben muy bien que el asalto de la Banda 22 Ottobre es un momento de transición, un salto hacia un proceso político de otro tipo.

La situación se precipita cuando se encuentra en Segrate el cadáver de Giacomo Feltrinelli debajo una torre de la alta tensión. Por un lado se acusa a la CIA, porque de otro modo no se comprendería lo que ha pasado. Por otro, al mismo tiempo, Potere Operaio publica un comunicado con el titulo: «Ha caído un revolucionario». Aquí se verifica hasta sus últimas consecuencias como saltaba la contradicción de la verdad. Desde ese momento, el mecanismo de la contrainformación ya no es un mecanismo unificador, sino que antes que nada provoca separación.

Después de 1973 el mecanismo de la comunicación toma otro camino, la contrainformación también. Los años que van de 1973 a 1975 son años en los que dentro del movimiento de transformación se hace culturalmente hegemónica la posición marxista-leninista y, por lo tanto, el mecanismo de comunicación se vuelve correa de transmisión de las micro-formas de partido, que sólo producen certezas ideológicas en los propios militantes. Esta es la fase en la que nacen los periódicos de organización: *Lotta Continua*, *Potere Operaio*, *Il cuotidiano dei lavoratori,* etc. Lo que caracteriza estos periódicos no es la auto-delegación, sino un mecanismo

preciso que comunica un imaginario rígido de la revolución. Durante tres años el problema se convierte en: «¿Qué hay a la vuelta de la esquina?» y la respuesta es que a la vuelta de la esquina está la certeza de la revolución.

Con el «Partido de la Mirafiori» se plantea, en gran parte del movimiento, el problema del poder, el problema de radicalizar al máximo las decisiones con el fin de obtenerlo. Se plantea así la relación entre comunicación y lucha armada. La lucha armada es la forma más radical de negación de la comunicación en tanto niega legitimidad a todos los instrumentos de creación de consenso, y quiere obtener a través de un forzamiento, a través de un momento de fuerza, aquello que no cree poder obtener a través de operaciones de construcción de consenso.

A pesar de esto, entre el área de la lucha armada y el área de la contrainformación existe ciertamente una relación, una contigüidad, que no significa que esta última esté dentro del proceso de lucha armada. La fase en la que nace la revista *Contrainformazione* es, como decía antes, la fase en la que estalla el problema de la contradicción de la verdad, lo que ocurre casi inmediatamente en la redacción, compuesta por un grupo de militantes que tienen como referencia el proceso de transformación y otro grupo que se formó dentro de la experiencia clásica de la contrainformación. Después del primer número, este segundo componente se retira. Existían posiciones políticas distintas sobre el papel de la contrainformación. Estaba quien pensaba que la contra-información debía tener como fin último el cambio de los mecanismos institucionales y quien pensaba, en cambio, que la contrainformación tenía que estar al lado de los mecanismos radicales de clase que se habían instaurado en aquellos años.

En este período, la contradicción de la verdad atraviesa horizontalmente al movimiento de transformación, al igual que atraviesa a todas las fuerzas políticas. La actitud frente a la lucha armada se convierte, en toda esta fase, en un mecanismo continuo, por el que contrainformación significa esencialmente hablar de la lucha armada. Existía un importante componente dentro del amplio movimiento de transformación que se movió en esta dirección. Es, por lo tanto, justo que se hable de esto, que se publiquen los documentos y se intente comprender este proceso.

La elección por la contigüidad con la experiencia de la lucha armada llevará a la contrainformación a ocuparse del universo carcelario. Siguiendo el recorrido de aquellos que tomaron la decisión

más radical y terminaron en la cárcel, se llega a descubrir el universo carcelario. En los años 1975 y 1976 comienza a ocuparse de este problema, y la contrainformación se convierte en denuncia de este terreno. Más tarde, el peligro era el de reducir a una cultura de gueto a un movimiento bastante complejo, que tenía en su interior muchas potencialidades.

Posteriormente, el movimiento del '77 fue un momento muy alto de producción política y cultural. Se trataba de reconocer la diversidad de la multiplicidad de lenguajes, que en su conjunto tendían a romper el mecanismo de delegación del poder insito en la estructura burocrática de los partidos. Pero se cometió el trágico error de privilegiar los momentos de reducción de la complejidad frente a los momentos de ampliación. Desde el '77, la contrainformación se convierte en un instrumento reductivo, que ya no comprende la complejidad del movimiento real que se encuentra en frente.

La aventura del *Male*

Vincenzo Sparagna

La experiencia del *Male* tiene su origen en el movimiento del '77 y en especial en la fase que sigue a las «insurrecciones» de primavera. En aquella fase se delinearon dos filones diferentes que tuvieron distintos futuros. El de la lucha armada, que se desvió velozmente hacia una actividad de guerrilla imaginaria generalizada, como recitación obligatoria de coherencia revolucionaria, y el que intuyó la importancia del deslizamiento de la lucha política sobre la lucha mediática, sobre la lucha de la comunicación con la conciencia de estar en el umbral de una época postideológica.

El principal problema que amordazó al movimiento del '77 fue el de no lograr, de alguna manera, que se comunicasen sus contenidos fuera de sus propios ámbitos, en el resto de la sociedad. En torno a este problema se intentaron dos soluciones: la de la inspiración lingüística y la del tiroteo. Yo creo que la elección de la inspiración lingüística fue coherentemente de izquierdas, mientras que la elección del tiroteo fue una elección estúpida porque no tenía en cuenta que la verdadera guerra que se juega en la sociedad contemporánea es la de la comunicación. Estas reflexiones eran ya internas a las experiencias piloto de *Male* y a los periódicos *Cannibale*, el *Avventurista* y *I quaderni del sale*.

Cannibale fue un periódico *underground* de masas porque, aunque si bien se imprimían 300 copias, tenía la aspiración de hablar a todo el mundo. Esta primera experiencia marcó la superación de las distintas hojas del '77 que eran mezcla de fraseología revolucionaria y de literatura. Mientras tanto, en el mismo período, por iniciativa de Pino Zac y de Vicino nació *I quaderni del sale*, un periódico más ligado a la tradición de la sátira de izquierdas, mientras que el periódico *Lotta Continua* inició la publicación de un suplemento satírico que se llamaba el *Avventurista*. Fue en estos periódicos, que duraron pocos meses, en los que se formaron los protagonistas del *Male*.

En estas experiencias piloto se eligió la batuta, la broma, la escritura «demencial» y sobre todo la historieta como instrumentos de comunicación más «bajos», más populares, susceptibles de mayor recepción por las masas. Por lo que respecta las historietas, por ejemplo, se descubrió una cosa, quizás banal pero para nosotros importante, que no era absolutamente necesario saber dibujar bien o poseer alguna técnica refinada. Desde el punto de vista de los contenidos, aquellas historietas, a diferencia de las de los años sesenta y setenta, no tenían una función de evasión sino de denuncia irónica e incisiva de la miseria de la vida cotidiana que apuntaba a destruir el mito de la sociedad real ordenada y racional. Estos elementos fueron resumidos posteriormente por las mismas esquematizaciones lingüístico-filosóficas de los medios como pura demencialidad; una forma singular de empobrecer una trayectoria de inteligencia y de conocimiento.

Estos periódicos se hacían dentro del movimiento en situaciones asamblearias en las que se encontraban personas integrales y no fracciones de personas, tal y como se encuentran en los *meeting* societarios, en los que cada una interpreta su pequeño papel de especialización y de profesionalización. De la crisis de estos periódicos, en febrero de 1978, nace el *Male*. Al principio no había una redacción fija. Los primeros números eran más bien feos, porque lo que más sobresalía era el mal gusto de una sátira vieja y vulgar, con los mismos estereotipos de la izquierda que ataca a la derecha.

El secuestro de Moro ayudó a cambiar rápidamente la orientación del periódico. El desarrollo del suceso Moro fue paralelo al desarrollo del *Male* y su impacto sobre las minorías de masas del movimiento que realizaban comunicación social, en tanto capacidad de producir mutaciones reales de opinión. El *Male* fue el único periódico que invirtió la operación hipócrita de santificación de la figura de Moro que realizaron los medios oficiales.

Después del asesinato de Moro, el *Male* abrió la sección de «falsos», que consistía en la reproducción de las cabeceras de los mayores periódicos nacionales. El primero fue el del *Corriere dello Sport* que anunciaba la suspensión de los mundiales de fútbol. Luego vino el de la *Unità* que titulaba con caracteres cubitales: *Basta de DC*. Era todavía el período de la unidad nacional, del gobierno de las abstenciones y el destino quiso que el título de aquel falso anticipara la opción que el PCI tomó verdaderamente al año siguiente. La suerte del falso de la *Unità* se apoyaba, evidentemente, en un imaginario que se intuía que era algo deseado por el «pueblo de izquierdas». Las ventas tuvieron una empinada curva alcanzando las 50.000 copias. Siguieron otros falsos clamorosos como el del *Corriere della Sera* que anunciaba el desembarco de los UFO, el del *Giorno* con el arresto de Ugo Tognazzi como jefe de las Brigate Rosse, el de la *Repubblica* que proclamaba: *El estado se ha extinguido*.

Paralelamente, al éxito de público y de ventas, seguían las denuncias y las pesquisas en las redacciones y en las casas de los redactores. Yo fui arrestado y encarcelado durante cuatro días, pero esto sirvió, más que como elemento disuasorio, como incentivo publicitario, llevando las ventas del periódico a las 80.000 copias. La experiencia del *Male*, por lo menos en sus aspectos más originales, terminará en 1980 si bien el periódico continuará con otras redacciones hasta 1982. En 1980 Scozzari, Mattioli, Tamburini, Pazienza, Liberatore y yo, es decir el grupo de *Cannibale*, decidimos dejar aquella experiencia y promover la revista *Frigidaire*, partiendo de la convicción de que la sátira de finales de los años setenta ya no era adecuada para desempeñar un papel eficaz en el escenario de la década que se abría; una década muy ambigua en la que por un lado se asistía al ascenso de la ideología del dinero, del éxito, del poder, mientras que por otro se constataba que el resultado final de la deriva armada abría muchísimos e inéditos canales de transición hacia una nueva comunicación.

Yo creo que, si el '68 fue la «toma de la palabra», los años ochenta fueron la toma de las técnicas de la comunicación moderna que, en tanto que tales, van más allá de la palabra. Hoy, en efecto, existen lamentablemente aún desparramados, divididos y sin comunicación entre sí, distintos personajes que bajo la indicación formal de operadores de la información, memoria de la riqueza de la experiencia pasada en las estructuras de la comunicación extrainstitucional, representan la constitución subjetiva de los potenciales guerrilleros de la información.

Las cien flores del saber antagonista

En un periodo recorrido completamente por tensiones de carácter anticonstitucional, entre las dinámicas internas de la forma de lucha, no deben ser olvidados todo lo que se refiere al campo de las ciencias o de la ciencia *tout court*. Aquí no están solamente las innovaciones tecnológicas elaboradas para controlar la conflictividad obrera, está también el mundo de la medicina y de la psiquiatría, los problemas de la salud, del cuerpo y de la mente. Los años setenta fueron una critica radical e innovadora, sin posible retorno, del médico como «técnico del capital», del psiquiatra como «técnico del control». En estas definiciones está ya contenido el recorrido crítico que llevará a algunos «técnicos» de las instituciones totales a poner en discusión su propio rol, siguiendo una trayectoria análoga a la practicada por los intelectuales disidentes de los años sesenta.

En el '68 se publica el libro *L'istituzione negata. Rapporto da un ospedale psichiatrico* [*La institución negada. Informe de un hospital psiquiátrico*[9]] de Franco Basaglia. El libro publicado por Einaudi venderá 60.000 copias entre 1968 y 1972 y se encontrará rápidamente con el extenso movimiento de contestación de la sociedad del capital. El formidable impacto del trabajo de Basaglia no se debe sólo al hecho de haber vuelto visibles los horrores de la institución manicomial y la humanidad doliente de los recluidos (en ese caso se trataría de una simple tarea de denuncia de tipo reformista), sino en ir a las raíces de la función de la psiquiatría y de la figura del «loco», como figuras y funciones internas a la lógica de dominio del capital.

> Una vez, Marx habló de la «locura del capital» en sentido traducido y literal. (Debemos tomar en serio las pretendidas metáforas marxistas. La locura del capital es exactamente lo contrario del «capital loco»). Es decir, Marx habló de la realidad como realidad «invertida» (doblada, desdoblada, sustituida) [...]. La locura y la enfermedad son la expresión constitutiva y contradictoria de la realidad, de la realidad «doblemente» existente como relación invertida de relaciones sociales y modo de producción capitalista, de «tiempo de trabajo» y «tiempo de vida» [...]. El ser-hombres de los

---

9 Ed. cast.: *La institución negada*, Barcelona, Barral, 1970 [*N. del E.*].

> «enfermos» o de los «sanos» como ser-mercancía de los hombres, constituye y define, en positivo o en negativo, la apropiación o la expropiación de la autoproducción humana-social, de las relaciones entre hombre y hombre, entre hombre y sus productos.[10]

Sustancialmente, el «loco», el «demente» es en su nacimiento un «disidente» del orden de cosas existentes, de la «locura del capital» que obliga a lo privado y a lo social a estar dentro la jaula de la mercantilización de las necesidades humanas. El manicomio, la institución y la ciencia psiquiátrica tienen la tarea de hacer productiva y funcional la categoría de la locura.

Es cierto que con el trabajo de Basaglia y la experiencia del hospital psiquiátrico de Gorizia (donde ejercía Basaglia) el «loco», el «excluido», se convirtió en un sujeto de luchas y, mientras miles de estudiantes se acercaban a prestar trabajo voluntario en Gorizia, la cultura y la práctica de la anti-psiquiatría se convertían en uno de los puntos de referencia de la cultura revolucionaria.

Las obras de Laing, Cooper, Goffman comenzaron a tener una gran difusión, contribuyendo a activar, en el terreno de la revuelta política y social, las temáticas de las «técnicas de liberación», de los métodos a través de los cuales sustraerse a los condicionamientos y a las manipulaciones, ya sean internos o externos a las propias experiencias personales con el fin de recuperar la autonomía y la autodeterminación. Y sobre el recorrido ya practicado de la «separación» de la experiencia *beat* y *hippie* se activa y se convierte en práctica cotidiana el «consumo» creativo de reflexiones y lecturas antipsiquiátricas como instrumento de liberación individual y colectivo.

Este recorrido nunca fue ni fácil ni lineal. Después de haber tenido un amplio espacio en el '68, fue duramente acantonado por la emergencia de las organizaciones burocrático-leninistas, permaneciendo como privilegio del área *underground* y contracultural, para luego reafirmarse dentro de la gran estación de lo «personal es político» ligada al movimiento de las mujeres. Tuvo el extraordinario merito de poner en el centro del enfrentamiento «la más grande de todas las diferencias», pero quizás no captó bien que su ser en un movimiento social y de masas lo hacía una «parte del todo». Y que, desintegrándose después del '77 el efecto totalizador de los movimientos (obrero, social, político y existencial), la posibilidad de la «inversión» de

---

10 Franco Basaglia y Franca Basaglia Ongaro, *La maggioranza deviante*, Turín, Einaudi, 1971.

la separación se traducía en la práctica psicoanalítica generalizarda, ya únicamente como remedio para el malestar, el sufrimiento y la angustia, y no como revolución total del sí mismo. «[…] No se puede rechazar, por así decir, la prueba de la totalidad. Ya Nietzsche decía que excluir una parte significa excluir el todo. La inversión es total, como totalidad invertida en todas sus dimensiones y niveles: en el sistema de trabajo, de la comunicación, en el lenguaje, las necesidades, la "sexualidad", el poder».[11]

En esta área de la crítica de la vida cotidiana y de las contradicciones activadas por la disconformidad existencial nacieron muchas revistas. Tuvo una enorme relevancia *Sapere* dirigida por Giulio Maccacaro, tanto por el prestigio de sus colaboradores como por la multiplicidad de los temas tratados (se puede decir que anticipó casi todo: desde la ecología hasta la crítica de la medicina del «capital», desde la batalla antinuclear hasta la desmitificación del «desarrollo industrial» en tanto responsable de la contaminación devastadora del planeta, hasta la crítica de los propios fundamentos del saber técnico-científico).

Un lugar aparte merece la revista *L'Erba Voglio* fundada por el psicoanalista Elvio Fachinelli y por Lea Melandri. Nacida a comienzos de los años setenta, realizará durante años una crítica puntual a los excesos sectarios de la militancia ideológica y a las prácticas autoritarias, aun cuando son ocultadas por la matriz de izquierda. Punto de referencia de las prácticas anti-autoritarias en la escuela (sobre todo infantil) *L'Erba Voglio* se coloca constantemente en el vivo debate cultural que opone los comportamientos existenciales a las rígidas teorizaciones ideológicas.

También en el campo creativo y artístico (teatro, música, cine, etc.) deberían ser profundizadas y representadas muchas cosas dentro del curso de los movimientos. Desde la contestación de los intelectuales y artistas en el '68 (ocupaciones de la Triennale de Milán y de la Biennale de Venecia) al gran florecimiento de las «radios libres» en el '77. Y sobre todo, más allá de la gran producción de teatro y cabaret político, el compromiso y la inteligencia del Circolo La Comune de Dario Fo y Franca Rame. Un organismo que funcionó como un auténtico gran «medio» de interpretación-reproducción de las luchas políticas generalizadas.

---

11 *Ibídem.*

Comunicación, poder y revuelta

Un aspecto importante del proceso social y político que atraviesa 1977 está constituido por la discusión sobre el papel y la función de los intelectuales.

La discusión se desarrolló en dos tiempos; primero aparece en torno al problema de la relación entre información y movimiento de lucha, en febrero y marzo; después estalla en julio, implicando a una gran parte de la intelectualidad italiana tras el llamamiento de Paris contra la represión en Italia.

Pero para comprender mejor el contexto en el que se desarrolla la discusión es oportuno delinear brevemente dos cuestiones: la primera se refiere a las decisiones efectuadas por el Partido Comunista en la época del gobierno de solidaridad nacional, la segunda al particular carácter del movimiento del '77, especialmente en Bolonia.

La línea del Compromiso Histórico, a la que el PCI se había encaminado a partir de 1973, y que le había llevado a una política de sustancial subalterneidad respecto a los gobiernos de dirección democristiana, atribuía a los intelectuales una tarea de gestión del consenso y de dependencia en relación al Estado democrático.

Hacia mediados de los años setenta, el Estado democrático había tomado algunas decisiones que difícilmente se podían considerar democráticas: la ley Reale, aprobada por todas las fuerzas políticas con la abstención comunista, había otorgado a las fuerzas policiales un poder de intervención contra los movimientos y las manifestaciones callejeras tan amplio que en el giro de pocos años (entre 1975 y 1977) fueron asesinados más de un centenar de personas en la calle: Pietro Bruno, Mario Salvi, Giannino Zibecchi fueron alguno de ellos, militantes de los grupos de extrema izquierda que el PCI contribuía a pintar como peligrosos subversivos. Además, para hacer frente a las consecuencias de la crisis económica y para echar hacia atrás las conquistas que el poder obrero había obtenido en las fábricas, la patronal perseguía una política de ataque político y económico, cubierto y legitimado por la política de sacrificios de los trabajadores, que el PCI y los sindicatos trataban de imponer al movimiento obrero.

En este contexto maduró una cultura estatal que encontró su sanción en el congreso del Eliseo. En el Eliseo, en enero de 1977 Enrico Berlinguer pidió a los intelectuales que sustancialmente realizasen una elección entre dos alternativas: o aceptar el papel de funcionarios del consenso y administradores de lo existente, o ser identificados como saboteadores de la democracia.

Se crearon entonces las premisas para la marginación de las nuevas tendencias de la cultura, de todas aquellas experiencias culturales que buscaban interpretar la necesidad de autonomía y el impulso libertario que provenía de los sectores de movimiento de la sociedad italiana (especialmente de los jóvenes escolarizados desocupados, de los jóvenes obreros rebeldes al orden de fábrica). Se crearon las premisas para la corporativización estatal de las funciones intelectuales que tuvo después, en los años posteriores al '77, efectos gravísimos, sobre todo en algunos sectores profesionales como la magistratura, que acabó por concebirse como un brazo armado del consenso, tal y como lo demostraron las persecuciones iniciadas de forma masiva en marzo de 1977 en Bolonia, luego recuperadas de manera sistemática a partir del 7 de abril de 1979.

Aquellas persecuciones, como todo el mundo sabe, se revelaron en toda su odiosa arbitrariedad cuando los andamiajes construidos con la complicidad de los arrepentidos, se derrumbaron en los procesos penales que tuvieron que absolver a centenares de militantes y de intelectuales de las principales acusaciones dirigidas contra ellos, a menudo por jueces formados en la cultura comunista estatal. Pero el sentido de esas persecuciones sólo se puede comprender plenamente si nos remitimos a la polémica sobre el papel de los intelectuales, a la alternativa entre Estado e independencia.

La segunda cuestión de la cual es necesario hablar para comprender el contexto en el que maduró el debate es la novedad y la especificidad de las temáticas de aquel movimiento que en el '77 se adueñó de la escena, esto es, sus características como movimiento de creatividad y crítica cultural.

El movimiento creativo que tomó forma de manera confusa entre los años 1975 y 1977 debe ser visto bajo una doble perspectiva. Se trata de un movimiento de rebelión de una constelación social de proveniencia compleja, que se vuelve homogéneo por el alto grado de escolarización.

Aparece, entonces, la ebullición de experiencias en las que se manifestaba una inteligencia social que trataba de escapar a la despersonalización de la actividad laboral industrial. Al mismo tiempo, ese movimiento hizo posible la formación de una nueva identidad productiva, destinada a ser absorbida en el proceso de trabajo que podemos definir como inmaterial, cada vez más generalizado en la época de la crisis del sistema industrial clásico.

Los que estuvieron comprometidos en el movimiento de rebelión de aquellos años se sentían y eran portadores de un modo de hacer cultura que ya no estaba subordinado al sistema político y a la producción de consenso. Pero conscientemente o no, eran también los sujetos destinados a dar vida a una nueva modalidad de trabajo que enseguida tomó forma a partir de la subordinación de la creatividad a las reglas de la eficiencia productiva.

En ese mismo movimiento tomaban forma dos culturas distintas: una buscaba la posibilidad de una autonomía radical de la cultura del poder político y económico; la otra preparaba las profesiones subordinadas al ciclo de producción inmaterial y de lo imaginario.

Pero estas culturas diferentes vivían inconscientemente en las mismas personas, en los mismos sectores sociales.

Existió un intento de traducir este proceso contradictorio en una forma de conciencia explicita: pienso en el movimiento que se definió como mao-dada. La inspiración del mao-dadaismo es sintetizable de este modo: «El dadaísmo quería romper la separación entre lenguaje y revolución, entre arte y vida. Permaneció sólo como intención porque dada no estaba dentro del movimiento social proletario y la figura social proletaria no estaba dentro de dada: la inversión de las relaciones de clase y la transformación cultural no se entrecruzaron en la vida y en la materialidad de las necesidades sociales. El maoísmo indica un recorrido de la organización no como representación hipostasiada del sujeto-vanguardia, sino como capacidad de síntesis de las necesidades y de las tendencias presentes en la realidad material del trabajo y de la vida».[12]

---

12 *A/traverso, febrero de 1977.*

Según la hipótesis mao-dada, el desarrollo de nuevas formas de comunicación, el desarrollo de tecnologías informáticas y de redes telemáticas hace posible la verificación de la vieja utopía dadaísta: abolir el arte / abolir la vida cotidiana, aboliendo la separación entre arte y vida cotidiana. A través de la difusión de tecnologías comunicativas invasoras y policéntricas este proyecto puede convertirse en realidad y práctica de situaciones proliferantes y comunitarias, que redefinan la relación entre socialidad y producción sustrayéndose al sistema integrado capitalista y constituyendo sistemas autónomos de producción-comunicación.

Esta hipótesis fue practicada de manera quizás demasiado inmediata y espontánea por una vasta área de realidades de base y de movimiento, pero no se convirtió en un elemento de reflexión sobre el papel de los intelectuales y sobre la transformación que el trabajo intelectual estaba atravesando, ni sobre el movimiento que se preparaba para arremeter contra el mundo de la actividad mental, ni sobre su absorción por parte de la máquina productiva y mediática.

Hemos dicho que el debate sobre la cuestión del trabajo intelectual, sobre el papel y la función de los operadores involucrados en la desmaterialización del trabajo social, se desenvolvió en dos tiempos. En un primer momento, entre febrero y marzo de aquel densísimo 1977, la discusión se centró en torno a las nuevas características que el movimiento de masas estaba asumiendo y sobre su particular vocación de tratar los problemas del lenguaje, las prácticas de la información y de la creatividad.

Era el momento de máximo florecimiento de las experiencias de creatividad generalizada, el periodo de las hojas transversales y de las radios libres. A través de la radio se expresaba la explosión de los lenguajes autónomos, pero también el primer intento de una autoorganización de la información, entendida como transformación social y existencial, pero también como trabajo, actividad productiva.

Así escribía el colectivo *A/traverso* en el libro titulado *Alice è il diavolo*: «Hacer saltar la dictadura del Significado, introducir el delirio en el orden de la comunicación, hacer hablar al deseo, a la rabia, a la locura, a la impaciencia, al rechazo. Esta forma de la práctica lingüística es la única forma adecuada de práctica total que puede hacer saltar la dictadura de la Política, que introduce en el comportamiento la apropiación, el rechazo al

trabajo, la colectivización. Por eso la relación entre movimiento y Radio Alice no está garantizada tanto por los contenidos, por los mensajes que Alice transmite, como por el gesto que ella propone como operatividad lingüística colectiva y subversiva. En efecto, la propia organización lingüística del instrumento define el espacio, traza sus discriminantes».[13]

Pero hay también una conciencia del nuevo papel productivo de la información y de la problemática que se abre con la absorción de la práctica lingüística dentro del proceso de trabajo social. «Se trata de subvertir la fábrica informativa, de dar la vuelta al ciclo de la información, a la organización colectiva de la conciencia y de la escritura. En el curso de este proceso de proletarización del trabajo técnico-científico-informativo se ponen las condiciones para que el trabajo intelectual ya no se coloque en una posición externa y voluntaria respecto del movimiento, como práctica de servicio al movimiento; sino en una posición interna, en el terreno de la guerrilla informativa, del sabotaje del cerebro productivo y político, de la organización cibernética del control, y del sabotaje del ciclo informativo».[14]

Pocos aceptaron entonces discutir estas posiciones sin tacharlas de «delirio» o de instigación subversiva. Entre estos, en algunos artículos que salieron en varios periódicos y revistas, estuvo Umberto Eco.

Eco observaba que «las nuevas generaciones viven y hablan en su práctica cotidiana el lenguaje (o la multiplicidad de lenguajes) de la vanguardia [...] ese lenguaje del sujeto dividido, esa proliferación de mensajes aparentemente sin código son entendidos y practicados a la perfección por grupos hasta hoy extraños a la alta cultura» (véase más adelante su artículo «C'è una nuova lingua, l'italo-indiano» publicado en *L'Espresso*).

Esta nueva «capacidad lingüística», esta capacidad de transcodificar, de deslizamiento de código en código es entendida por Eco como consecuencia de la constitución de un nuevo sistema tecno-comunicativo. Las posiciones de Eco (que también se apartaban por dignidad y agudeza de las de muchos otros comentaristas y críticos) fueron criticadas porque borraban, consciente y declaradamente, es necesario decirlo, toda consideración sobre la intencionalidad, esto es, sobre la proyección político-cultural de la que los nuevos lenguajes eran portadores.

---

13 *Alice è il diavolo*, Milán, L'Erba Voglio, 1976.
14 *Ibídem.*

Efectivamente, repensando la cuestión con distancia, se puede reconocer que la proyección del movimiento creativo fue barrida por la fuerza de la mutación tecno-comunicativa: el movimiento creativo fue absorbido y plegado por la organización mediática, por la inversión de enormes capitales en publicidad, en televisión, en la moda, por la sumisión de las ideas y de los lenguajes creativos a un sistema de producción de imbecilidad por medio del trabajo mental.

Pero en aquel periodo, en aquellos meses, en plena insurrección de los signos y símbolos, el movimiento buscaba la posibilidad de dar forma autónoma a la comunicación alternativa. Por eso, una respuesta publicada en *L'Espresso*, firmada por Franco Berardi «Bifo» y por Angelo Pasquín, decía que la socialización del estilo y de las problemáticas de la vanguardia literaria no podía ser reducida a un hecho puro de comunicación, sino que comportaba una redefinición radical de la relación con la producción, la identidad social, el poder.

Esta temática fue retomada por Mauricio Calvesi, que en un libro titulado *Avanguardia di massa*,[15] recupera todo el arco de temáticas surgidas en aquellos meses de la primavera del '77 con el fin de profundizar en la cuestión del movimiento creativo en tanto verificación de la utopía artística de las vanguardias en el contexto del desarrollo de los medios de comunicación, de las tecnologías de producción del imaginario. El movimiento creativo representó justamente eso: la realización de la intención vanguardista de llevar la vida al arte y de fundir el arte con la vida. La perspectiva de esta realización estaba ligada a la masificación de la ruptura lingüística propuesta por la vanguardia y al agenciamiento de la creatividad de masas con las tecnologías comunicativas.

El efectivo despliegue de las condiciones sociales en las que se determinó este agenciamiento fue completamente asimétrico respecto de la intencionalidad del movimiento y comportó una forma completamente nueva de subordinación de la actividad creativa a la producción capitalista en la época de su desmaterialización. Ciertamente, el movimiento creativo lo había visto, justo, en el nuevo terreno de las transformaciones en curso de lo imaginario y de su producción social. En este sentido, la discusión daba sus primeros pasos en la primavera del '77.

---

15 Maurizio Calvesi, *Avanguardia di massa*, Milán, Feltrinelli, 1977.

En otro artículo publicado en *L'Espresso*[16] con el dramático título *Non per dio non mi suicido*, Humberto Eco reconocía el merito de este discurso. Eco sostenía que el movimiento se equivocaba en un punto importante, intercambiando los enunciados simbólicos por realidades concretas.

> Si juzgo muchos comportamientos de los movimientos me surge la duda de lo que continuamente tiende a transformar los comportamientos concretos en meros símbolos, o en enunciados realizados antes a través de la acción que con el lápiz. No digo que las enunciaciones sean algo destinado a la basura. Digo que se necesita ser lúcidos y reconocer las enunciaciones como enunciaciones. Una cosa es prefigurar en una gran fiesta simbólica el asalto al palacio de invierno y otra cosa es tomar efectivamente el palacio de invierno.

Pero fue precisamente Eco quien comprendió esta suerte de semiomorfosis que se apropió del mundo real, esta identificación del mundo con el intercambio y la intersección de los enunciados simbólicos, de los eventos informativos, de las simulaciones de imaginario. Este territorio imaginario se convirtió en el lugar determinante de todo proceso social. El dominio sobre las moléculas vivas de la sociedad se hizo cada vez más un dominio semiocrático, dominio de los símbolos y de los signos. El '77 representa precisamente el momento en el que la sociedad comienza a darse cuenta de este desplazamiento.

Hay otro idioma, el italo-indiano[17]

Umberto Eco

Hay una novela de ciencia ficción, en la cual un pseudo agente comercial americano (en realidad un hombre de la CIA) gira alrededor de los planetas periféricos para instalar una serie de centros de producción a bajo costo, centinelas avanzados de una futura expansión neo-colonial.

---

16 *L'Espresso*, 1977, num. 17. Republicado en *Alto là chi va là*, ya citado, que contiene todos los artículos del debate de los intelectuales «entre disenso y conformismo» de 1977.

17 *L'Espresso*, 1977, num. 14. Republicado también en Umberto Eco, *Sette anni di desiderio*, Milán, Bompiani, 1983.

Es un experto lingüista, debe llegar a planetas de los que no conoce su lengua y teorizar el código local a través de un análisis de los comportamientos de los indígenas. Sin embargo en un planeta no logra realizar su objetivo, elabora una serie de reglas gramaticales, se comunica con los nativos, extiende un contrato, pero cuando debe llegar al meollo de la cuestión se da cuenta que le son formuladas preguntas que no entiende. Se da cuenta de que el código debía ser más complejo de cuanto pensaba, retoma su investigación, elabora un nuevo modelo de comportamiento comunicativo y choca nuevamente con una barrera de incomprensión. Finalmente intuye que ha caído en una civilización que cambia de código todos los días. Los indígenas tienen la capacidad de reubicar en el lapso de una noche sus reglas comunicativas. El agente parte desesperado: el planeta ha permanecido impenetrable.

Esta novela me parece una apología ejemplar de cuanto sucede a los sociólogos, a los politólogos, al pequeño cabotaje académico o de partidos cuando intentan definir el lenguaje y el comportamiento de los jóvenes de 1977 (que en otra ocasión he llamado generación del Año Nueve, sustrayendo 1968 a 1977, para subrayar una fractura en la continuidad y la dificultad de hacer paralelismos y deducciones). Y no me refiero sólo a los discursos asambleistas, sino a los comportamientos cotidianos, al uso de la ironía, de un lenguaje aparentemente disociado, al empleo de medios masivos, a los graffiti en las paredes, a los eslóganes, a la música.

Pongamos casualmente la radio y escuchemos una de las canciones que los jóvenes escuchan hoy en día, algo de un cantautor cualquiera. La primera reacción es que habla un lenguaje disociado, hecho de alusiones que se nos escapan: no existen «nexos lógicos» y sin embargo no sólo la canción está diciendo algo, sino que este algo logra ser perfectamente familiar y convincente para un chico de 14 años. Después de un rato somos asaltados por una sospecha: ¿no parecía del mismo modo ilógica y disociada una poesía de Eluard a los ojos de los primeros lectores sorprendidos? ¿O de Apollinare? ¿O de Majakovskij? ¿O de Lorca? Una de las cosas que más impacta al profesor (de universidad o de instituto) que se enfrenta a una asamblea de estudiantes es que las reclamaciones, los temas, las reivindicaciones del lunes son distintas de las del martes. Donde el grupo parece encontrar una extraña coherencia entre dos paquetes de revistas, la contraparte está perdida. Todo sucede en base a unas pocas e impalpables consignas, como si se hubiera dado una tácita e instantánea reconstitución del código de comportamiento. Me da la misma sensación que probaban los primeros lectores del *Ulises* de Joyce: después de que se hubieran adaptado al estilo visceral de un capítulo a modo de monólogo interior, reaccionaban

estupefactos frente al capítulo siguiente construido usando todas las figuras de la retórica clásica. Después de haber entendido algunas páginas en las que muchos acontecimientos eran observados desde un solo punto de vista, se encontraban con otras páginas en las que un solo evento era observado desde distintos puntos de vista.

La «alta» cultura había entendido y explicado rápidamente que nos encontramos frente a modelos de laboratorio de subversión de los lenguajes, donde el arte busca prefigurar un estado de crisis y pone en cuestión al sujeto humano. El sujeto dividido, la disolución de la conciencia, del yo trascendental, la negación del punto de vista privilegiado como parábola del rechazo del poder, ¿cuántas claves explicativas se elaboraron para explicar un modelo de nuevo lenguaje posible que el arte elaboraba a nivel de laboratorio? En el fondo, la sociedad permanecía con sus códigos habituales, con sus metalenguajes garantizados, con sus lenguajes de libertad. Frente a la objeción de que no reflejaban la realidad social del momento, se nos remitía a las famosas disparidades de desarrollo que se manifiestan entre estructura y superestructura. La práctica subversiva de los diferentes lenguajes tendría que prefigurar estados de disgregación o de recomposición social y psicológica que quizás, a nivel de las relaciones económicas, se harían explícitos sólo en una fase posterior.

Quizás ahora llegamos a la cuestión: las nuevas generaciones hablan y viven, en su práctica cuotidiana, el lenguaje (o la multiplicidad de lenguajes) de la vanguardia. Todos juntos. La alta cultura se ha esforzado en identificar los trayectos del lenguaje de vanguardia buscándolos donde se perdían en caminos sin salida, mientras que la práctica de la manipulación subversiva de los lenguajes y de los comportamientos había abandonado las ediciones numeradas, las galerías de arte, las filmotecas y se había abierto camino a través de la música de los Beatles, de las imágenes psicodélicas de *Yellow Submarine*, de las canciones de Jannacci, de los diálogos de Cochi y Renato; John Cage y Stockhausen eran filtrados a través de la fusión de rock y de la música indiana, los muros de la ciudad se parecían cada vez más a un cuadro de Cy Twombly [...]. Hay más analogías entre el texto de un cantautor y Céline, entre una discusión en una asamblea de marginados y un drama de Beckett, que entre Beckett y Céline, por un lado, y uno de los eventos artísticos o teatrales que *L'Espresso* registra en su rubrica «Che c'è di nuovo». El dato más interesente es que este nuevo lenguaje del sujeto dividido, esta proliferación de mensajes aparentemente sin código, son entendidos y practicados a la perfección por grupos hasta hoy extraños a la alta cultura, que no han leído ni a Céline ni a Apollinaire, que han llegado a la palabra a través de la música, del dazibao, de la fiesta, del concierto pop. Si la alta cultura entendía muy bien

el lenguaje del sujeto dividido cuando era hablado en el laboratorio, ya no lo entiende cuando lo reencuentra hablado por las masas. En otras palabras, el hombre de cultura se burlaba del burgués que en el museo, frente a una mujer con tres ojos o a un graffiti sin forma, decía «no entiendo que representa».

Ahora bien, ese mismo hombre de cultura está frente a una generación que se expresa elaborando mujeres con tres ojos y graffiti sin forma, y dice «no entiendo que quieren decir». Lo que le parecía aceptable como utopía abstracta, propuesta de laboratorio, le parece inaceptable cuando se presenta en carne y hueso. Entre paréntesis, se podría encontrar aquí una razón de las dificultades que tiene la izquierda tradicional para entender estos nuevos fenómenos, revelando la misma dificultad que siempre ha tenido para entender las vanguardias de laboratorio, oponiéndoles las razones de un sano realismo. Recientemente, en una manifestación callejera los estudiantes gritaban: «Gui y Tanassi son inocentes, los estudiantes son delincuentes». Era una manifestación provocadora cargada de ironía. Inmediatamente después un grupo obreros que se manifestaban en solidaridad tomó el eslogan, pero traducido a los propios modelos de comprensibilidad: «Gui y Tanassi son delincuentes, los estudiantes son inocentes». Los obreros querían decir lo mismo, pero no podían aceptar el juego de la ironía y reelaboraban el eslogan en términos realistas. No porque no estuvieran en condiciones de entender la ironía, sino porque no la reconocían como medio de expresión política.

Ahora bien hay que anclar la hipótesis —acertada como es— a algunas reflexiones correctoras. Antes que nada lo que sugiero no debe significar que la experimentación de los lenguajes haya provocado la nueva conciencia. Sería una hipótesis idealista. Se trata más que nada de ver como un proyecto abstracto y literario de subversión expresiva, de la lengua al comportamiento, se ha encontrado por un lado con un proceso de generalización realizado por los medios y por otro lado con una situación histórica y económica precisa en la que el yo dividido, el sujeto disociado, el síndrome de los sin patria y la perdida de la identidad han cesado de ser alucinaciones experimentales y prefiguraciones oscuras para transformarse en condición psicológica y social de grandes masas juveniles. En este contexto, nuestra hipótesis debe componerse con otras explicaciones, ya que por sí sola no es suficiente. Pero se trata de una hipótesis «política», aunque se proponga a nivel de la antropología cultural. El estudio antropológico de las estructuras sociales y de sus transformaciones pasa también a través de la lectura de los mitos y de los ritos.

Segunda corrección: hacer esta hipótesis no significa hacer una justificación optimista. No todo lo que sucede es justo ni está destinado al éxito sólo porque suceda. Hay mutaciones que ponen en crisis a la especie. En el planeta del que se hablaba al principio, la comunidad podía cambiar de código todos los días porque esta aptitud estaba escrita en los circuitos genéticos de los nativos. Ahora bien, más allá de la ciencia ficción, ¿puede existir una comunidad que cambie de código cada día sin referirse al trasfondo de los códigos sociales precedentes? ¿Se puede eliminar la dialéctica entre norma y violación, haciendo de la violación la única norma reconocida? ¿Puede existir una reestructuración permanente que no se refiera a un metalenguaje con el que hacer convención también de las reglas de reestructuración? Quiero decir, ¿es psicológicamente, biológicamente sostenible? A esta pregunta se tendrán que enfrentar los «nuevos bárbaros» del Año Nueve, mientras que el resto deberá ser capaz de entender no sólo los términos de la pregunta sino los eventuales mecanismos de la respuesta.

Naturalmente continúo interrogando una metáfora a través de otras metáforas. Quizás es todo lo que se puede hacer en este momento. O quizás en este ejercicio de la metáfora se esconde la última patética astucia de la razón que intenta dar una forma estable a un proceso de transición permanente. Pero ya se sabe, cada uno lleva consigo sus propias obsesiones.

El llamamiento de los intelectuales franceses[18]

En el momento en el que, por segunda vez, se desarrolla en Belgrado la conferencia Este-Oeste, nosotros queremos llamar la atención sobre los graves acontecimientos que se desarrollan actualmente en Italia y —más particularmente— sobre la represión que se está abatiendo sobre los militantes obreros y sobre los intelectuales disidentes en lucha contra el Compromiso Histórico.

En estas condiciones ¿qué quiere decir hoy «Compromiso Histórico» en Italia? El «socialismo de rostro humano» ha desvelado en los últimos meses su verdadero aspecto: por un lado, el desarrollo de un

18 *Lotta Continua*, 5 de julio de 1977.

sistema de control represivo sobre una clase obrera y un proletariado juvenil que rechazan pagar el precio de la crisis; por otro, el proyecto de reparto del Estado con la DC (bancos y ejercito para la DC, policía, control social y territorial para el PCI) por medio de un verdadero partido «único»; contra este Estado de hecho se han rebelado en estos últimos meses los jóvenes proletarios y los intelectuales disidentes.

¿Cómo se ha llegado a esta situación? ¿Qué ha sucedido exactamente?

Desde el mes de febrero, Italia ha sido sacudida por la revuelta de los jóvenes proletarios, de los desocupados y de los estudiantes, de los olvidados por el compromiso histórico y el juego institucional. A la política de austeridad y sacrificios han respondido con la ocupación de la universidad, las manifestaciones de masas, la lucha contra el trabajo negro, las huelgas salvajes, el sabotaje y el absentismo en las fábricas, usando toda la feroz ironía y la creatividad de los que, excluidos del poder, ya no tienen nada que perder: «¡Sacrificios! ¡Sacrificios!», «¡Lama, fustíganos!», «¡Los ladrones democristianos son inocentes, nosotros somos los verdaderos delincuentes!», «¡Más iglesias y menos casas!». La respuesta de la policía, de la DC y del PCI no ha tenido ninguna sombra de ambigüedad: prohibición de toda manifestación en Roma, estado de sitio permanente en Bolonia con blindados en las calles, disparos con armas de fuego sobre la muchedumbre.

Contra esta provocación permanente el movimiento ha tenido que defenderse. A quienes les acusan de estar financiado por la CIA y por la KGB, los excluidos del Compromiso Histórico responden: «Nuestro complot es nuestra inteligencia, el vuestro es el de utilizar nuestro movimiento de revuelta para avivar la escalada del terror».

Hay que recordar que:

- Trescientos militantes, entre los que se cuentan numerosos obreros, están actualmente en la cárcel en Italia.
- Sus defensores son sistemáticamente perseguidos: arresto de los abogados Cappelli, Senese, Spazzali y de otros nueve militantes del Soccorso Rosso, con formas de represión que se inspiraban en los métodos utilizados en Alemania.
- Criminalización de los profesores y de los estudiantes del instituto de ciencias políticas de Padua de los cuales doce están acusados de «asociación subversiva»: Guido Bianchini, Luciano Ferrari Bravo, Antonio Negri, etc.
- Registros en las editoriales: Area, Erba Voglio, Bertani, con el arresto de este último editor. Se trata de un hecho sin precedentes: el levantamiento de pruebas se realiza a partir de un libro sobre el

movimiento de Bolonia. Registro en las viviendas de los escritores Nanni Balestrini y Elvio Fachinelli. Arresto de Angelo Pasquín, redactor de la revista literaria *Zut.*

- Clausura de la emisora Radio Alice de Bolonia y secuestro del material, arresto de doce redactores de Radio Alice.
- Campaña de prensa tendente a identificar la lucha del movimiento y sus expresiones culturales con un complot; incitar al Estado a organizar una verdadera «caza de brujas».

Los que aquí firman exigen la liberación inmediata de todos los militantes detenidos, el final de la persecución y de la campaña de difamación contra el movimiento y su actividad cultural, proclaman su solidaridad con todos los disidentes actualmente bajo investigación.

J. P. Sastre, M. Foucault, F. Guattari, G. Deleuze, R. Barthes, F. Vahl, P. Sollers, D. Roche, P. Gavi, M. A. Macciocchi, C. Guillerme y otros.

Teoría del consenso y disenso cultural

Después del marzo boloñés la magistratura y la policía se volcaron en una verdadera caza de brujas atribuyendo a aquel movimiento una estructura organizativa que jamás había tenido. En la búsqueda de esta estructura inexistente, arrestaron en un primer momento a manifestantes y militantes, después a los redactores de las radios, a los redactores de algunas revistas y finalmente se registraron las librerías y las discográficas, las editoriales.

Era la primera vez que el aparato represivo de Estado se desataba de una forma similar contra todas las formas de organización de la cultura. ¿Cómo se dió tal cosa? En primer lugar es necesario volver sobre el carácter particular del movimiento, su sustrato social no simplemente estudiantil, sino estudiantil y trabajador, precario e intelectual al mismo tiempo. Es necesario recordar que el movimiento era efectivamente un movimiento de apropiación de las distintas funciones de la acción intelectual, una toma de la palabra que reconocía la palabra, el signo, el imaginario como objeto efectivo de lucha, de transformación, como instrumento efectivo de producción.

Por lo tanto, es comprensible que tal movimiento creciera y se reconociera a través de los instrumentos de la comunicación cultural, más que a través de los instrumentos de la comunicación política. La cultura ya no era un instrumento de lucha (como en las precedentes generaciones de revolucionarios) sino el propio terreno de la lucha.

Pero es necesario tener presente otro aspecto, que nos puede explicar mejor porque la represión se desencadenó contra la cultura. Se trata de la condición particular del acuerdo de poder que sancionaba el Compromiso Histórico. El Compromiso representaba muchas cosas insoportables: la reducción de los niveles salariales y la contención de las luchas obreras, un endurecimiento de las medidas de seguridad, pero sobre todo representaba una forma de conformismo cultural verdaderamente mortuorio.

Éste era el golpe más profundo: el conformismo y la hipocresía de la cultura del consenso. A los valores del productivismo obrero se unían los del respeto hacia el orden, la ortodoxia clasista se fundía con el conformismo católico.

La cultura nacional, que nunca había tenido una vocación por la ironía, manifestaba una completa falta de espíritu. La tendencia a cambiar las palabras por la realidad, las imágenes por la realidad, a tomar todo gravemente al pie de la letra domina tanto la cultura católica como la comunista. El movimiento invirtió completamente la situación: se proclamó una realidad delirante, se construyeron discursos e imaginarios según un principio de proliferación. Todo lugar de enunciación proyectaba su propio mundo imaginario atribuyéndole una realidad comunicativa. El poder respondió interpretando aquellos imaginarios como conspiración. He aquí entonces por qué se requisaron todos aquellos panfletos y se encontraron en medio de millones de pasquines enloquecidos entre los cuales perdieron la cabeza.

La segunda fase del debate sobre la cuestión intelectual se desarrolló en julio de 1977, cuando en París, un grupo de intelectuales tomó posición contra la represión que golpeaba en Italia al movimiento juvenil y en particular a sus expresiones culturales y sus estructuras de información. La reclamación de los intelectuales franceses obligó a la cultura italiana a tomar posiciones: o de parte del Estado o de parte de una subversión dibujada por las fuerzas políticas institucionales (y particularmente por el PCI) con las tintas del «siglo XIX», en referencia al nacimiento del fascismo.

Véase el debate entre Leonardo Sciascia y Edoardo Sanguineti, publicado por *L'Espresso* con el título «Dialogo fra una sentinella e un eremita» «Diálogo entre un centinela y un eremita»:[19]

> SANGUINETTI. Pero hoy el verdadero problema al que hay que enfrentarse es el desorden público. El partido y la clase deben asumir la responsabilidad de una gestión diferente del orden público, si no quieren repetir los viejos errores de la izquierda italiana que no comprendió que frente a la emergencia de la violencia fascista la única solución era impedir el deterioro del Estado.
>
> L'ESPRESSO. Entonces, hoy ¿el disenso es pequeño burgués y fascista?
>
> SANGUINETTI. Sí.
>
> SCIASCIA Me parece una definición demasiado cómoda. El disenso en Italia viene de una parte de la población que se siente marginada, sin papel. Y un malestar no sólo pequeño burgués, sino también obrero y popular.

En su conjunto, los intelectuales italianos no aceptaron el chantaje. Si bien manifestaron posiciones diferenciadas, la cultura italiana asumió una posición crítica y antiestatal. Desde ese momento, en efecto, comienza la crisis del Compromiso Histórico y también la larga crisis de identidad de la intelectualidad comunista (en la que aún hoy se desenvuelve). Una síntesis de las posiciones que entonces se manifestaron puede quizás ayudar a entender mejor el sentido de aquella crisis y también la formación de un área intelectual que se definió como «del disenso» y que produjo un proceso de crítica literaria al estalinismo, pero también con una ambigüedad sustancial respecto del destino productivo de la función intelectual.

La posición del PCI se delineó netamente a través de intervenciones como las de Asor Rosa. Éste escribe, por ejemplo: «El consenso hacia la República se funda en las masas obreras y populares, exactamente sobre el convencimiento de que nosotros los comunistas garantizamos que esta República sea la forma institucional para una cada vez más amplia participación del pueblo en la dirección del Estado».[20]

---

19 *L'Espresso*, 1977, num. 23.

20 La *Unità*, 17 de junio de 1977.

De esta manera es excluida y negada la legitimidad de todo movimiento que tenga otros horizontes (no necesariamente opuestos, sino otros, distintos respecto del consenso republicano). Y en efecto los intelectuales fueron llamados a contribuir «en lo concreto» a este consenso —que, en realidad, posteriormente debía ser consenso hacia el Compromiso Histórico, hacia el acuerdo de gobierno entre comunistas y católicos.

A los intelectuales indecisos y recalcitrantes, Giorgio Amendola les acusaba de villlanos. Aquellos que no aceptaban trabajar para convencer a la gente, a los estudiantes y a los obreros, para que aceptasen la autoridad del Estado (del Estado que en aquellos años asesinaba en las calles impunemente y se preparaba para dejar vía libre a la ofensiva patronal de los despidos) eran acusados por Amendola de cobardía y de nikodemismo (véase más adelante su entrevista con G. Corbi).

La brutalidad de la invitación comunista a colaborar, unida a la violencia con la que los movimientos de protesta eran agredidos por las fuerzas del orden y por todos los poderes del Estado, empujó a muchos intelectuales a ponerse en una posición crítica. Ahí es donde Sciascia dimite de su cargo como consejero municipal de Palermo —donde había sido elegido con los votos de los comunistas— y se enfrenta a la cuestión planteada por Amendola, rompiendo la mistificación y recogiéndola de otra forma. En *La Stampa* del 9 de junio, en un artículo titulado «Del disfattismo, della carne e di altre cose» [«Del derrotismo, de la carne y de otras cuestiones»], Sciascia escribía: «Convendría usar palabras menos graves que miedo y coraje. Por lo que Amendola mimetiza en su discurso, las palabras conformismo y anticonformismo son sin duda mejores. Si te conformas a aquello que hacemos eres un valiente. Si te atreves a disentir eres vil. Lo que, dicho desde la cúpula de un partido que de forma entusiasta se adhiere a la democracia y al pluralismo, produce una cierta impresión; y también la contra-produce».

Efectivamente en esta polémica estaba dando comienzo la crisis que en los años siguientes arremetería de lleno contra la cultura comunista. Reduciendo la función intelectual al consenso constructivo y a la administración de lo existente, el Partido Comunista perdía credibilidad frente a los nuevos rebeldes (y esto estaba en la cuenta de resultados, porque el PCI estaba en contra, de forma provocadora, de toda forma de lucha autónoma, obrera y estudiantil). Pero también perdía credibilidad en los grupos intelectuales sobre los cuales buscaba afianzamiento y que, en efecto, en

los años siguientes, encontrarían nuevas formas de identidad, en parte, en el área del disenso o al servicio de un eficientismo *new look* de corte neoliberal, o en una variada pantalla de posiciones de empleo y superficialidad.

En el debate entre Sciascia y Sanguineti, ya citado, el poeta genovés, consejero comunista de su ciudad, la toma contra lo que según él es una «metafísica de la negación»: «Sciascia hace un llamamiento a una política creativa, pero a mi me parece que se trata en cambio de falta de voluntad constructiva. Me preocupa que, en el momento en el que la clase de los trabajadores tiene la posibilidad de acceder a la responsabilidad de la gestión, haya intelectuales que por nostalgia de la protesta rechacen el compromiso».

Pero la disposición del PCI —que fue a esta batalla creyendo poder encaminar fácilmente a algunos miles de *untorelli*[21] (tal y como Berlinguer definió el movimiento autónomo de marzo) y se encontró en cambio frente a una respuesta muy amplia de todos los que no aceptaban un giro corporativo y autoritario de las clases garantizadas y tradicionalistas— no basta para explicar lo que sucedió en aquel momento.

Para finalizar de una manera más integral el giro que se delineaba, Federico Stame propuso el concepto de «democracia autoritaria». En una entrevista concedida a *Il manifesto* y titulada «La democracia si chiude nelle istituzioni e diventa autoritaria» [«La democracia se cierra en las instituciones y se vuelve autoritaria»] Stame afirma: «Más que dar un juicio sobre las últimas elecciones políticas del PCI pienso que sería útil afrontar la cuestión desde el principio. Está en curso la formación de un régimen mayoritariamente autoritario que podemos llamar "democracia autoritaria". Esto no significa abolición de las libertades políticas y del sistema de libertades. Pero dentro de este último, las libertades tradicionales y el propio funcionamiento del sistema sufren una inflexión en sentido autoritario».[22]

---

21 La voz *untorelli* ya ha pasado a otras lenguas (especialmente al francés y al ingles) para hacer referencia a los jóvenes que protagonizaron el movimiento del '77. En italiano tiene dos acepciones: 1. fanfarrón; 2. apestado, transmisor de la peste o de otras plagas. Es evidente el juego político al que se presta esta última acepción, que fue *desviada* repetidas veces por numerosos componentes del movimiento [*N. del E.*].

22 *Il manifesto*, 17 de julio de 1977.

De forma muy apropiada, Stame indicaba en este proceso un «retraso» y denunciaba una incomprensión, por parte del Partido Comunista, de los «fenómenos actuales de la sociedad capitalista». El PCI pretendía reforzar el consenso hacia la sociedad existente, precisamente cuando el sistema capitalista se encaminaba hacia una creciente flexibilidad y a una dislocación de los centros reales de poder desde la esfera de la política hacia la esfera de la comunicación y de la sociedad. «El PCI comete este error estratégico porque tiene una concepción de la democracia que no está adecuada a los fenómenos actuales de la sociedad capitalista. Tiende a resolver los problemas de la organización del Estado y de la reglamentación del conflicto de clase sólo como un problema de representación de la clase obrera dentro de las instituciones, al tiempo que no se da cuenta de que, precisamente esta situación política prepara una drástica reducción de las posibilidades de movimiento de la propia clase obrera organizada, así como también de aquellos grupos no organizados en los partidos que son un elemento muy importante a la hora de mantener abierta la dialéctica entre Estado y sociedad civil, entre los niveles de mediación política y las instancias o las necesidades que emergen de la sociedad no institucional».

Las posiciones expresadas por Stame tendrían desarrollos muy importantes en los años siguientes, llegando a constituir la base para la agregación de las fuerzas intelectuales anti-autoritarias y garantistas que terminaron sirviendo de soporte a la operación neoliberal craxiana, siempre con el fin de retirar la iniciativa de las manos del PCI y para mezclar política libertaria y cultura yuppie-liberal que constituye el particular color de los años ochenta italianos.

De esta breve reconstrucción debería resultar la debilidad y la fuerza de las posiciones que dieron vida a un área heterogénea y multiforme que podemos identificar como el área del disenso. En esta área convivían la instancia ética de la independencia de la cultura del poder (que Jean-Paul Sartre rebatió en una bellísima entrevista en *Lotta Continua*, en septiembre) y una vocación eficientista que quería romper la concepción rígida y anacrónica de los comunistas y de los democristianos. Por cierto, a la larga fue esta última posición la que tomó ventaja, o al menos logró determinar efectos políticos más consistentes.

En los años siguientes la cultura estuvo destinada a lo irrealizable y al culto de las superficies (y en esto se entretuvo la clase comunista niccoliniana, menos caduca que la de Amendola, pero más vacua e inconcluyente, y finalmente no menos desastrosa). Y al mismo tiempo, mientras la cultura oficial era reducida a entretenimiento, preparación, adornamiento, los enrolamientos de las masas del trabajo intelectual eran absorbidos dentro la máquina productiva que servía a un nuevo ciclo capitalista de la información, de la comunicación y de las nuevas tecnologías. El disenso que se había manifestado como afirmación de independencia del poder político no había sabido prever la necesidad de una resistencia respecto del poder económico. Y así, las premisas liberales se convirtieron fácilmente en premisa para la *deregulation* cultural y para el sometimiento de la función intelectual a un nuevo dominio, menos grave pero más invasor y cruel.

Algunas señales de una nueva conciencia de los peligros que estaban madurando más allá de la alternativa entre consenso y disenso, se manifestaron en el curso de aquel debate. Pero la voz que quizás planteó el problema abierto en términos más radicales y premonitorios me parece que fue la de Gianni Scalia: «El disenso es síntoma tanto de las contradicciones insuperables de la sociedad capitalista, como de la crisis de la oposición, de la representación de los oprimidos y de los explotados; tanto de la necesidad de una nueva crítica, de una nueva representación, de formas e instrumentos nuevos de una lucha general de clases. El debate se ha vuelto ya radical y no puede más que continuar. Ya no es tiempo de debates sobre las relaciones entre cultura y política, entre intelectuales y partido. Es el tiempo de las preguntas últimas, filosóficas. Por lo tanto, ¿ha llegado el marxismo a este punto de autoocultamiento? Por lo tanto, ¿deben las consignas ser las de siempre: la aceptación de la finalidad de la producción y del consumo capitalistas, del sistema de propiedad de clase y del Estado; la realización de las posibilidades tecnológicas del desarrollo y del dominio y el control general de la tecnología, la organización del consenso interclasista propio a estas finalidades? ¿No es más licito ser pesimistas, desesperarse ante el capital, ser optimistas y esperar la transformación radical? ¿Tenemos que aceptar este lengua mayoritaria, este supremo conformismo ideológico?»[23]

23 *Lotta Continua*, 25 de julio de 1977.

Y luego está también la nikodemite: entrevista de G. Corbi a G. Amendola[24]

Ser optimistas —explica Amendola— no significa no ver la gravedad de la situación y los peligros que amenazan a nuestra democracia. Por el contrario sostengo que en estos años he realizado mi contribución para que el país y también los comunistas se dieran cuenta de la gravedad de la crisis, que no es solo económica y exclusivamente italiana, sino política y mundial. No se trata de ocultar los peligros sino de movilizar las fuerzas necesarias para dominarlos y resolverlos.

Personalmente sostengo que estas fuerzas existen y en esto reside la principal razón de mi optimismo. Y no me refiero sólo a las fuerzas tradicionales de la izquierda sino a un arco mucho más amplio que también incluye a muchos católicos, al menos a aquéllos que han advertido lo dramático de la presente situación.

PREGUNTA. ¿Hay algo o alguien del que usted tenga verdaderamente miedo?

RESPUESTA. Temo sobre todo dos cosas. Primero, que las fuerzas políticas, partidos y sindicatos, no tengan plena conciencia de la situación y por lo tanto continúen regodeándose en procedimientos dilatorios. Segundo, que haya un desfase entre el agravamiento precipitado de la crisis y la lentitud de los tiempos que exige la claridad política. Reconozco que después de treinta años de profundas diferencias con la DC es necesario contar con una cierta viscosidad de los procesos políticos, que no puede ser eliminada en pocos días o en pocas semanas, pero hay que decir que también en este punto es necesario dar algún paso significativo si se quiere dar al país la sensación de que queremos tomar un nuevo camino.

PREGUNTA. Lo que usted dice entra en la más ortodoxa lógica del Compromiso Histórico: estamos preparados, al lado a los católicos, para cambiar a mejor nuestra democracia, etcétera, etcétera, etcétera. Frente a esta lógica, Bobbio replica: «Me parece imposible que pueda evitarse el final de la Primera República». ¿Qué le responde usted?

---

24 *L'Espresso*, 1977, num. 22.

RESPUESTA. Respondo que la afirmación de Bobbio me parece particularmente grave. Él da ya por perdida una batalla que está aún en curso. Al contrario que Bobbio veo la emergencia de nuevos elementos de conciencia y de madurez política, sobre todo por parte de la clase obrera.

PREGUNTA. Bobbio le apremia diciendo: «Abandono voluntariamente a los fanáticos que quieren la catástrofe, y a los frívolos, es decir a los que piensan que al final todo se arregla, el placer de ser optimistas. El pesimismo es un deber civil porque sólo un pesimismo radical de la razón puede detestar todo tipo de estremecimiento de los que, de un lado y de otro, muestran aquéllos que no se dan cuenta de que el sueño de la razón genera monstruos». Por lo tanto, usted para Bobbio sería uno de esos «frívolos». ¿Qué tiene que decir?

RESPUESTA. Una vez más Bobbio demuestra tener una concepción aristocrática de la lucha política y de no conocer las razones de todos conocidas que dirigen la lucha ética y política de las fuerzas populares. Hoy en nuestro país, para nuestra suerte, éstas se manifiestan mucho más que los «estremecimientos» evocados por Bobbio. Cada día asistimos a múltiples expresiones de un coraje político que no es signo ni de necedad ni de ignorancia, sino por el contrario de la firme voluntad de salvaguardar las conquistas de la Resistencia y de treinta años de democracia republicana. Premonizar una derrota segura cuando la batalla está aún en curso significa, a mi entender, no ser pesimistas, sino simplemente alarmistas.

PREGUNTA. Sin embargo, Bobbio no es un caballero solitario del pesimismo; Leonardo Sciascia y Eugenio Montale lo son igualmente y quizás más. Montale, por ejemplo, ha llegado a justificar a los jurados de Turín que se excusaron de juzgar a las Brigate Rosse. Y Sciascia ha agregado estar de acuerdo con ellos ya que no vale la pena luchar por la supervivencia de este régimen. ¿Qué responde a esto?

RESPUESTA. Que las declaraciones de Sciascia y Montale me han dolido pero no me han sorprendido para nada. El coraje cívico nunca ha sido una cualidad ampliamente generalizada en las esferas de la cultura italiana. No nos olvidemos que durante el fascismo era corriente, entre muchos intelectuales (que tampoco eran fascistas y se nutrían por el contrario de sentimientos democráticos), la práctica del «nikodemismo», que consistía en rendir siempre el debido homenaje al Cesar, es decir al régimen, reservando a su propia y

exclusiva conciencia las creencias íntimas en la libertad. Esperaba que después de la Resistencia y las duras luchas de estos años aquella vieja y cómoda costumbre hubiera desaparecido para siempre. Me ilusionaba. Y en efecto veo que vuelve a florecer el antiguo vicio, con formas obviamente distintas. Las declaraciones de Sciascia y Montale son profundamente anti pedagógicas, porque son pronunciadas justo en el momento en el que todos los italianos son llamados a dar prueba de coraje civil, cada uno desde el lugar que ocupa.

Hoy no es tiempo de fugas y de capitulaciones, individuales y colectivas. Es el momento, en cambio, de la más firme intransigencia cuando hay que rechazar con coraje el chantaje de la violencia. Y es un deber de los órganos del Estado republicano defender la democracia y la seguridad de los ciudadanos. Pero esta defensa sería vana si cada ciudadano no supiera cumplir completamente con su propio deber, desde el lugar donde se encuentra y aun con mayor firmeza cuando ocupa un puesto de responsabilidad política.

PREGUNTA. Usted ha comparado a los nuevos guerrilleros con los viejos fascistas, en cualquier caso como vehículos objetivos de un futuro autoritarismo. ¿Quiere decir con esto que éste es uno de los miedos que usted abriga, esto es, el posible resurgimiento del fascismo?

RESPUESTA. Siempre he pensado que en la sociedad italiana, a pesar de la Resistencia, persisten las raíces de un fascismo que podría presentarse bajo nuevas formas. La acción de los autónomos y del resto de escuadrismos que se presentan bajo banderas extremistas pero que, siendo el caso, siempre atacan a los partidos de izquierda y a las instituciones republicanas, es peligrosa, ya que tiende —objetivamente—, sean cuales sean sus intenciones, a agrietar la unidad de la izquierda, a descomponer el tejido social y a abrir el camino a un gobierno autoritario. ¿Qué hacer entonces? Pienso que el nuevo problema no es tanto el de promulgar nuevas leyes represivas como el de retirar a los «guerrilleros» su cobertura política y cultural, de la que hasta hoy han gozado por parte de ciertos sectores de la izquierda, parlamentaria y extra parlamentaria.

Disparos y silencios[25]

Elvio Fachinelli

A partir de la larga polémica de los «intelectuales» franceses e italianos, que recorrió la prensa en julio, es quizás posible extraer hoy algunas consideraciones críticas, que podrían suscitar la reflexión también en otras personas.

1. Prácticamente se ha podido tocar con la mano la casi absoluta imposibilidad de percibir la existencia de una posición democrática coherente, en el momento y en el punto en el que entra en juego, directa o indirectamente, el terrorismo. Todos han visto la cara de Pajetta en la televisión y las expresiones de esta cara dirigidas al abogado Cappelli o al estudiante Branchini han dado, creo yo, la medida física de esta imposibilidad. Eco notaba hace algún tiempo que quien asume la defensa de un terrorista es asimilado al terrorista. Respecto de la observación de Eco, hoy el circulo parece que se ha ampliado: también quien ha suscrito los referéndums radicales ha sido considerado «cómplice objetivo» de las BR por un diputado democristiano. Incluso se ha llegado al colmo, en un comentario reciente de la *Unità* sobre la transmisión de Biagi, que pone juntos en una «variada alineación», desde «los "no violentos" de Pannella hasta los patrocinadores de las Brigate Rosse, incluidos los exaltadores de los saqueos de Bolonia».

El modelo de tal actitud ha sido proporcionado en este período por el ministro Cossiga, que firme y reiteradamente ha rechazado toda actitud de «comprensión» en relación con el terrorismo, pidiendo a viva voz su «erradicación». El término «comprensión» es bastante ambiguo como para comprometer, para quien lo escucha, tanto la solidaridad verdadera con las BR, como el esfuerzo de comprensión política e intelectual de la grave realidad cotidiana que se viene dando en el país. No es difícil imaginar cuan perjudicial pueda resultar este método, y no sólo a la inteligencia crítica, sino a la propia acción política. En este aspecto, la profundización en lo real está desaconsejada, es más se condena; en cambio se aconseja —y se practica— un procedimiento de tipo semimágico, dictado por extravío, basado en el hecho de que quien se acerca, o habla, o se ocupa de un cierto fenómeno se convierte en responsable del mismo. En el lugar de una inteligencia dirigida hacia la realidad, se tiende a instaurar un tabú sobre ciertos aspectos de la realidad. Pero este tabú termina por golpear a toda realidad.

---

25 *Lotta Continua*, 5 de agosto de 1977.

2. Tal actitud no debería darse, como de hecho se ha dado hasta ahora, si el fenómeno del terrorismo no hubiera sido sometido de forma preliminar a un proceso de aislamiento, en base al cual aparece en un espacio y en un tiempo desiertos, sin precedentes ni relaciones significativas con el resto de la realidad italiana. Se trata de la «violencia» en estado puro, cegadora, de los títulos de los periódicos y de las fotos de televisión. Este aislamiento espectacular del terrorismo es realizado mecánicamente por los medios de comunicación, que apuntan hacia los aspectos visuales, inmediatamente visibles, de las situaciones. Es obvio que este aislamiento no se hubiera dado si no existiera ya una neta preponderancia del aspecto espectacular en las acciones de las BR, que tiende a convertir en espectadores, primero asustados, luego aburridos, a la gran mayoría de los italianos. Tómese como ejemplo la reciente serie de «disparos a las piernas»: la siniestra «advertencia» de estampa mafiosa se ha convertido en poco tiempo en un género de serie B, interactivo y monótono. En definitiva, los terroristas partiendo de un guión escrito al estilo del siglo XIX, se han encontrado con los medios de comunicación. Una máquina apenas curiosa por todo lo que sucede fuera de su campo y que los ha eligido a ellos como protagonistas. Pero no se han dado cuenta de que se trata de una máquina carnívora.

Ahora bien, también frente a este espectáculo terrorista, la inteligencia conserva el gusto por establecer tejidos de relaciones, nexos evidentes y menos evidentes. No se contenta con las instantáneas. Se pregunta, como Bulgakov en la famosa comedia, a partir de qué descabellados experimentos —o, en este caso, de qué inercias, de qué omisiones, de qué sueños políticos travestidos / disfrazados por meditaciones históricas— nacen estas semillas terroristas. Se pregunta si el terrorismo no es también un ejemplo, más allá de su causa, de las consecuencias de la situación actual. De estas preguntas —y no sólo de la siniestra variación de los programas con pistolas— se deduce la urgencia de sus propias acciones.

3. En este contexto se inserta un fenómeno singular: la «única voz» con la que la prensa italiana, casi en su totalidad, ha condenado, al menos al principio, las iniciativas francesas e italianas contra la represión del disenso.

Sin querer entrar en el merito de la condena, importa aquí revelar que, en esta ocasión, el comentario, que ya normalmente prevalece sobre la noticia en los diarios italianos (cfr. M. Dardano, *Il linguaggio dei giornali italiani*, Laterza, 1976), ha asumido una enorme importancia, mientras que la noticia a la que se refería (es decir, las declaraciones

francesa y nuestra) literalmente no ha aparecido. Como se ha destacado, los textos transmitidos a todos los periódicos a través de las agencias de prensa, sólo fueron publicados por *Lotta Continua*. Por lo tanto no «los hechos separados de las opiniones», como se recita en el subtitulo de uno de los semanales italianos más difundidos, ¡sino las «opiniones» sin los «hechos»! Este movimiento univoco, generalizado, instantáneo, merece mucha atención y me parece un índice de ese estado de guerra no declarado, que tiende a invadir las estructuras institucionales italianas. A este propósito leí días atrás en la *Unità*, en un articulo de L. Lombardo Radice, una frase que hace temblar. «Estamos en guerra —argumenta alguien— y en la guerra lo que cuenta es golpear al enemigo». Al autor de esta frase, al que no conozco, y a Lombardo Radice, que acepta estar en guerra, aunque democrática, quisiera pedirle: ¿se dan cuenta de que la guerra de la que hablan con tamaña tranquilidad podría ser la guerra civil?

El cortejo de chovinismo que, de las formas más diversas, desde las más sutiles hasta las más sucias, ha acompañado a este coro debería ser visto de la misma manera. Quizás sea inútil recordar que este tipo de reacción no es típico de Italia, de hecho es más bien raro en nuestro país. Y es bastante afín a la reacción de la prensa alemana frente a la iniciativa de Sartre de visitar en la cárcel a los componentes de la Baader-Meinhof: una reacción que entonces fue repudiada con vigor por casi toda la prensa italiana. Evidentemente, si se verifica aquí, ahora, en nuestro país, una reacción similar, se está obligado a pensar que se está produciendo una profunda transformación, una preparación subterránea para las armas de las cuales parecería el momento de ocuparse.

4. Un hecho no destacado hasta ahora: toda la polémica, avivada por algunos «intelectuales», ha sido en gran parte dirigida por periodistas. Los intelectuales, en el sentido humanístico tradicional, que en general hasta ahora han contribuido en mayor medida, no han sido determinantes desde el punto de vista del debate. Quien ha respondido de forma más viva, del modo más sorprendente de cuanto se haya dicho, ha sido toda la red de información. Evidentemente ésta ha sido golpeada en algunas de sus cuestiones de base: el pluralismo de voces, la coexistencia más o menos pacifica de todas las opiniones, la ausencia de «represión». Es verdad que en esta situación de alarma, la estructura de la información ha dejado tranquilamente en entredicho tales cuestiones, revelándose por momentos como una máquina para hablar de otros y en lugar de otros. En todo caso, este general «silencio de la prensa» en el clamor más ensordecedor ha servido para desvelar a muchos periodistas un aspecto significativo de su trabajo dentro de la estructura autoritaria de los periódicos, los ha puesto frente a elecciones y responsabilidades completamente específicas.

Cuando un periodista hace a su director la propuesta de ocuparse del «disenso» y escucha que tranquilamente le responden: «Sí ya, porque tú también estas en el disenso», experimenta en carne propia ese contagio semimágico del cual hablaba al principio, ese proceso de marcaje que se vuelve claro y violento en las situaciones tensas. Además, esto lleva a reflexionar directamente y en primera persona sobre su posición, sobre su papel subordinado / insubordinado en una situación bien definida.

Ahora bien, todo esto tiene un significado, y no sólo para los periodistas, la salida por un momento de los discursos genéricos sobre los «intelectuales» y su papel respecto a la clase, al partido [...]. Éste es sin duda uno de los datos positivos de la polémica de julio. Toda una interpretación literario-humanística de los intelectuales y de su influencia sobre el «moderno príncipe» —todos estos discursos de los meses pasados en los cuales era tan fácil vislumbrar, bajo la pálida luz de la reclamación de «garantías», la relación cortesana de los puestos y de las carreras garantizadas «teológicamente»—, todo esto, fue por un momento inestable y puesto de lado.

Por una vez, miles de «intelectuales» estuvieron obligados a plantearse el problema de su conexión / desconexión con las estructuras normativas de la sociedad de la cual forman parte, de manera directa y precisa, fuera del paraguas de la ideología y sin las confortabilidades de algunas religiones.

El devenir de las culturas creativas

La fenomenología de las culturas creativas contiene un complejo sistema de referencias que reenvían a las vanguardias históricas, al maoísmo, pero también a la filosofía hippie, al orientalismo de los años sesenta, al utopismo feliz y comunitario, conectado con la profecía pesimista de la «teoría crítica».

En el curso de los años sesenta dos tendencias habían dado forma a las culturas así llamadas juveniles: la tendencia a considerar el porvenir con seguridad y confianza, a aceptar el modelo de desarrollo económico y tecnológico que parecía destinado a ser ilimitado e irreversible. Y

después, la tendencia que podemos definir como «contracultural», que sustancialmente no ponía en cuestión la certeza de un desarrollo lineal, sino que se limitaba a rechazar las consecuencias de la integración cultural y del achatamiento existencial, rechazando así la homologación y la perdida de libertad que determinaba la sociedad de consumo.

El movimiento contracultural (hippie, antiimperialista, movimiento de las comunas, movimiento estudiantil) estaba estrechamente unido a la sociedad del bienestar, era su otra cara.

Pero he ahí que en los años setenta muta el marco económico y político: la crisis rompe la confianza en el futuro, y el horizonte no parece seguro. Las identidades personales y colectivas de la década precedente (que fueron integradas o rebeldes) deben rediseñarse en otro panorama, sobre otra expectativa del futuro.

No hay duda que la fecha más significativa de esta inversión de escenarios y de percepción es el '77.

El '77 es un año cargado de significado por las culturas juveniles en todo Occidente: es el año en el que el punk estalla en Londres, y los Sex Pistols desafían a la policía y a la monarquía con sus conciertos provocadores en el día de los festejos de la reina. Y es el año en el cual se realizan las primeras grandes manifestaciones antinucleares, en Malvilla y en Brokdorf.

Los movimientos revolucionarios habían sido portadores de una esperanza y de una ideología confiada y orgánica, los movimientos que se manifiestan en ese años son, en cambio, el signo del rechazo y la negación de la modernidad, señalan más que nada la desesperación por el escenario creado por la crisis y por la emergencia de las nuevas tecnologías, por la desesperanza en el proyecto tecnológico y económico.

Se invierte toda una perspectiva histórica, las culturas juveniles registran esta inversión en el '77: de la expansión de la sociedad industrial se pasa a su crisis y por otra parte el progreso industrial comienza a mostrar sus tendencias catastróficas. La inversión de la perspectiva está también marcada por la transición a la sociedad dominada por la electrónica, por la frialdad tecnológica y por la arrogancia competitiva, por la omnipotencia del espectáculo y de la información.

Los jóvenes que aparecen en escena después del ‘77 son, efectivamente, bien distintos de los que los habían precedido: son los espectadores del derrumbe de los mitos sociales de lo modernidad. La crisis de perspectiva de la sociedad moderna se les aparece como el derrumbe de toda posibilidad de futuro. El punk es, en este sentido, el conocimiento lúcido de una mutación de época.

Visto con este trasfondo el ‘77 italiano adquiere un particular espesor: en aquel año se suman los efectos de una larga estación de luchas obreras y de un estallido cultural con los movimientos de revuelta de los desocupados y de los jóvenes, de todos aquellos que se sienten amenazados por la nueva estructura productiva que se vislumbra en el horizonte postindustrial.

El movimiento del ‘77 sintetiza en Italia todas los rostros diferentes de la contracultura juvenil: el alma política de impronta maoísta y la agresividad guerrillera se mezclan con una creatividad de clara derivación hippie: y todo esto termina desembocando en la oscura y desesperada representación de la primera aparicion del punk.

Mientras en los meses calientes de la primavera del ‘77 (cuando estallan las revueltas callejeras de Bolonia y Roma), el tono predominante era el de la esperanza mesiánica, el de la confianza eufórica en una comunidad liberada, en la construcción de zonas liberadas. En los meses sucesivos, después del impacto, de la dureza de la represión y sobre todo de la despiadada lógica de la marginación, de la desocupación, de la competitividad, se vuelve predominante el tono desesperado y autodestructivo, el sentimiento de supervivencia en una época inhumana, en la que todos los valores de solidaridad serían borrados.

En este sentido podemos decir que el ‘77 fue al mismo tiempo una síntesis de los años sesenta y setenta, y una oscura premonición de los años ochenta.

Después del ‘77 emergen de manera difusa las tendencias que han caracterizado el comportamiento de la población juvenil en los llamados años del «reflujo»: se modifican las actitudes y las motivaciones hacia el trabajo, las actitudes hacia el proceso de socialidad, la necesidad de comunidad y el gusto extremista y despreciable por la propia soledad orgullosa. Y finalmente, en ese momento madura la transición de las formas culturales impregnadas por el colectivismo y el igualitarismo hacia las formas dominadas por el individualismo.

El '77 representa una crítica a toda inversión psicológica en el futuro y la reivindicación de una inmanencia sin residuos, de un vivir en el presente que no deja espacio a las ideologías ni a la espera. En la cultura del '77 la insurrección es un acto completamente actual, un acto que vale en su inmediatez y no para un futuro que debe instaurarse. Sobre este rechazo de la inversión en el futuro se funda también la crítica que la cultura del '77 dirigió a la militancia política tradicional.

Hay que vivir la felicidad en lo inmediato y no como propuesta para un futuro postrevolucionario. Pero si vemos las cosas en perspectiva, con los ojos de la experiencia posterior, nos damos cuenta del hecho de que la inmanencia feliz del '77, la reivindicación de un futuro integral de vida plena, no es otra cosa que la anticipación del *no future* del punk, que inmediatamente después del ocaso de la ardiente experiencia del '77 se dilata en la conciencia juvenil. No es necesario esperar nada del futuro porque no hay futuro para los valores humanos, para la solidaridad, la libertad, el placer de vivir.

El futuro aparece de forma imprevista marcado por los espectros de la militarización, de la violencia, del conformismo, de la miseria. Y en efecto, después del '77, las inversiones militares aumentan de forma impresionante y la atmósfera de la Guerra Fría retorna en concomitancia con la victoria de Reagan. Después del '77 una oleada de despidos se abate sobre los obreros de todo el Occidente industrial y las nuevas tecnologías ponen fuera de juego millones de puestos de trabajo, haciendo de la desocupación juvenil un dato estructural, no eliminable.

El futuro parece árido y desierto. Y en efecto es a partir de ese momento en el que la heroína hace su aparición masiva en el mercado de la droga, y es también el momento en el que obligados a encontrar un espacio en el mundo de la desregulación y de la concurrencia despiadada entre los desocupados, reaparece el individualismo y la competencia, generando una profunda crisis de las formas de comunidad y solidaridad de los años anteriores.

En definitiva, en ese momento cambia el escenario: pero, sobre todo, se trata de un cambio en el sistema de expectativas y de imaginaciones posibles sobre el futuro. Es decir, cambia la mentalidad social, la percepción cultural, hasta recluirse oscuramente en la homogenización conformista y anestesiante de los años ochenta.

La derrota del '77

Toni Negri

El '77 en Italia es la segunda fase del '68. En el resto de los países europeos el '68 se agotó rápida y prácticamente entre finales de 1967 y principios de 1969. En Italia en cambio, el '68 fue el inicio de un periodo extremadamente intenso en el cual la lucha de clases, la contestación estudiantil y la reinvención del modo de vida (las comunas, la liberación femenina. etc.), con condiciones absolutamente particulares, encontraron continuidad. Creo que esto dependió del hecho de que en Italia se partía de una situación extremadamente atrasada. El conjunto de las instancias de liberación, de emancipación, estaba bloqueado por contradicciones muy fuertes y muy rígidas. El movimiento estuvo, por lo tanto, obligado a moverse en este terreno y a librarse de aquellas determinaciones iniciales.

Es preciso insistir además sobre el hecho de que la presencia en el '68 de un cierto comunismo a la italiana, es decir, de un socialismo primario y conservador, que permeaba la vida cotidiana, era evidente e importante en el movimiento. Desde este punto de vista los libritos rojos leninistas, maoístas, trotskistas, guevaristas fueron textos fundamentales, mucho más que Marcuse o la Escuela de Fráncfort, mucho más que toda una serie de motivos culturales diversos y más avanzados que ya vivían, por ejemplo, en el movimiento francés y alemán.

El movimiento italiano estuvo condicionado durante mucho tiempo por el movimiento obrero oficial y las protestas contra el revisionismo apenas escondían la unión umbilical que, a diferencia de cuanto sucedía en otros países, ligaba el movimiento al universo ideológico y organizativo del mundo socialista.

Ahora bien, casi inmediatamente, el movimiento se vio obligado a liberarse de estas primeras determinaciones, y a exasperar y quemar dentro de esta exasperación, su relación con el movimiento obrero.

Pero fue justamente esta transición de profundización crítica y de crisis de la relación con el movimiento obrero oficial lo que produjo una serie de efectos agudamente importantes, que hicieron de la situación italiana de los años setenta un laboratorio social y político excepcional. Por decirlo en pocas palabras, a finales de 1968-69, el movimiento se encontró con una audiencia masiva, verdaderamente consistente, con una fuerte penetración en los lugares de trabajo, con una metodología de trabajo político y cultural extremadamente refinada y con un

conjunto de medios materiales para animar un desarrollo propio, versátil y rico, a pesar de todo. Había tres periódicos, decenas y decenas de revistas, editoriales que trabajaban para el movimiento, un número impreciso pero consistente de sedes y lugares de organización política, etc.

Todo esto permitió que el movimiento (más allá de la experiencia a menudo irrisoria de sus direcciones políticas) se radicase socialmente de una manera del todo ignota en los otros países europeos. Si en efecto en los otros países europeos, el '68 continuó condicionando a los movimientos sociales e institucionales desde un punto de vista cultural (y clandestino, terrorista), como fuerza social lo fue bastante menos. En Italia en cambio —el único país de Europa— el movimiento se afirmó como fuerza social durante un largo período de tiempo, desarrollando un potencial que fue poco a poco mostrando de forma completa el significado de la innovación histórica del '68.

Esta innovación se manifestó en el descubrimiento de la autonomía, en la ruptura del sistema de los partidos, en la liquidación del socialismo, en la propuesta de temáticas comunistas, en la crítica concreta al trabajo asalariado. Todo esto representó el contenido de la imaginación al poder y fue desarrollado a lo largo de una década.

El '77 es la última fecha dentro de la que este proceso fue realizándose, un proceso por lo tanto de ruptura, pero sobre todo de continuidad, un *work in progress.*

La relación entre el '68 y el '77 es una relación muy intensa, pero al mismo tiempo se trata de momentos extremadamente diferentes porque la apremiante polémica que en el '68 se abrió entre movimiento revolucionario y movimiento obrero oficial, en el '77 se resuelve con un ruptura irreversible.

El movimiento del '77 tiene una fuerza absolutamente innovadora. En el '68, más allá de las palabras, la realidad de la profundización de la crítica cultural, la modificación de los sistemas de vida, la constitución de comunidades, permanecían como declaraciones de intenciones, a menudo inefectuables: todo esto se convierte en realidad en el '77.

La autonomía social del movimiento se descubre y se desarrolla en los años que van desde 1968 a 1977. Se trata de la invención de una política de nuevo tipo, política de base, completamente transversal, ejercicio directo de contrapoder. Es también la primera adquisición de los instrumentos de comunicación de masas, subordinados a la iniciativa revolucionaria. Me parece que el discurso sobre el rechazo al trabajo puede representar la verdadera ambivalencia de la relación '68 /

'77. El discurso sobre el rechazo al trabajo representa en su conjunto la continuidad, la exasperación y la superación de la crítica socialista del trabajo: en esto consiste su ambigüedad.

Pero en esto también consiste propiamente su riqueza, porque si la alusión directa al comunismo lo separa de la ideología socialista del trabajo, la necesidad de construir una nueva realidad social, un poder, un nuevo modo de trabajar lo une a los contenidos positivos de una utopía de emancipación. Se vuelve entonces evidente que el rechazo al trabajo debe descubrirse como algo positivo, activo, en el sentido de que construye un conjunto de relaciones, de ideas, de formas de producción y reproducción.

Y, desde este punto de vista, desde el '77, el rechazo al trabajo ha sido interpretado de una forma no reductiva. Sin embargo esto no ha sido suficiente como para limitar el gran problema que se encuentra en los márgenes y en los límites del rechazo al trabajo: esta utopía no lograba precisarse como programa político. El peligro era grande porque existía la posibilidad de que aquí se reintrodujeran, como así fue, elementos estalinistas y pulsiones terroristas. Quiero decir que cuando se llegaba a este punto y uno se preguntaba: ¿Qué hacemos? Y se descubría que no había modelos prefabricados, que no había programa, era fácil que se reintrodujese por la puerta de atrás un cierto tipo de viejo socialismo, después de que se hubiese descartado en la puerta principal.

En cambio, se debía seguir, con rigor y coherencia, la vía de la alternativa social. El discurso sobre el rechazo al trabajo se modificaba, se corregía, se desarrollaba no sólo contra todo atajo terrorista y contra la reaparición de los temas de la ideología socialista: debía ser estudiado dentro de las nuevas condiciones de reestructuración del modo de producción (automatización, informática), conjugado con las experiencias de autovalorización, esto es, con la autodeterminación de los nuevos sujetos políticos. Con esto llegamos a otro discurso fundamental del '77, un discurso que aún hoy en día es actual y que parte de la constatación del hecho de que los jóvenes, y en general el estrato de los trabajadores, de los obreros marginados, excluidos por el desarrollo productivo, ya no quería reinsertarse en el viejo sistema productivo, sino que querían representarse de manera adecuada dentro de un nuevo modo de producción.

Por lo tanto, cuando se hablaba de rechazo al trabajo era justo entenderlo como rechazo al «trabajo de fábrica» (así como nosotros lo habíamos visto en Italia entre los años cincuenta y sesenta hasta el '68) pero por otro lado se debían subrayar al menos dos nuevas condiciones con las que nos encontrábamos. En primer lugar, la Tercera

Revolución Industrial, que por el momento tenía simplemente el efecto de una marginación masiva. En segundo lugar, nos encontrábamos (y esto era algo aún más importante) frente a un nuevo sujeto que tenía las características de una fuerza de trabajo inventiva, creativa, intelectual, totalmente abstracta: un sujeto que sólo podía producir dentro de las nuevas condiciones del sistema social económico industrial, un sujeto social revolucionario. La cuestión del rechazo al trabajo fue, por lo tanto, y permanece todavía hoy, como una formidable incorporación porque lleva consigo toda una serie de reivindicaciones, desde la reducción del horario de trabajo a la cuestión del salario social o político, a la reestructuración interna de la jornada de trabajo social y a la política del gasto público. Y esto la dota de una fuerte alusión al comunismo.

En torno a la cuestión del rechazo al trabajo se abren entonces una serie de nuevas dimensiones problemáticas: es necesario lograr entender que es el comunismo, hasta el fondo, no simplemente como reorganización de un modo capitalista de producción (que permanece en tanto que tal, aunque la gente trabaje dos horas al día). El problema era y es el de insertar algunas finalidades, una racionalidad distinta en el modo de producción: éstas son las cuestiones que en el '77 eran completamente evidentes y estaban completamente presentes.

Pero no basta con tener estas cuestiones delante de los ojos. Probablemente fuimos vencidos por la incapacidad de producir un nuevo modelo social interno al rechazo al trabajo, de unir nuestra práctica a un programa. Fuimos vencidos por falta de extremismo intelectual. En cambio, el adversario fue coherentemente extremista, utilizó las nuevas posibilidades productivas para aislarnos, marginarnos y destruirnos.

Hoy nos encontramos frente al mismo problema, esto es, al hecho de que la informática y el sistema de automatización se convierten en una suerte de taylorismo perfeccionado y que las nuevas máquinas, en lugar de darnos libertad, organizan también la fuerza de trabajo intelectual (máquinas automáticas, máquinas informáticas, la robotización) y aumentan el grado de explotación. Toda la nueva organización del trabajo está dirigida, en la Tercera Revolución Industrial, por el ahorro de trabajo vivo en la fábrica y por la recuperación del trabajo vivo en la sociedad. El problema del comunismo hoy es el de entender que quiere decir dar la vuelta a este uso de las máquinas. Es un problema complejo y no es ciertamente la concepción leninista del problema de la organización lo que nos ayudara a resolverlo. Aquella concepción nos conducía al programa único del sabotaje. Un programa miserable. Sabotaje era ir contra las máquinas. No se lograba en cambio inventar un método de sabotear las futuras máquinas: y fue por eso por lo que

perdimos. Por el hecho de que nuestra fantasía, nuestra imaginación acerca del sabotaje, no lograra ir más allá de lo existente. Y así era casi inevitable que el terrorismo, en esa articulación, apareciera como una teoría del atajo en la profundización de la temática de la organización, una práctica oportuna de simplificación o de fuga de los problemas estratégicos.

Pero buscamos comprender cómo, sobre algunos puntos centrales, el '77 no es tanto la consecuencia y la realización del '68, sino más bien la anticipación de los problemas que hoy constituyen el objeto de las luchas que se proponen como crítica transformadora. Es entonces quizás útil observar como la forma de la fábrica se desarrolla y se impone hoy en términos sociales, esto es, en términos de unificación, organización, disciplina del trabajo socialmente generalizado. La constitución de este proceso unitario —y extenso en tanto extensa es la sociedad— se ha vuelto posible por el hecho de que la sociedad se ha vuelto completamente transparente gracias a los flujos de comunicación. A través de los canales de comunicación es cómo la productividad social es reabsorbida y el saber colectivo puesto a disposición de la producción. Tanto más cuanto que este saber es alternativo, de base y espontáneo. Tanto más si el mismo es el fruto del «rechazo al trabajo» de fábrica. Es necesario representar la sociedad como un conjunto libre de flujos de comunicación que representan posiciones y figuras del trabajo social. Ahora bien, el poder quiere organizarlos, reducirlos a su propia disciplina, absorberlos y reproducirlos como información. En esto consiste la explotación hoy. En consecuencia, la nueva forma de organización y de liberación proletaria debe pasar a través de la reapropiación de la comunicación social. El problema de las luchas contra la explotación es hoy el de la lucha contra la expropiación de la comunicación y la organización capitalista de la información.

En el '77, en el movimiento, la sensibilidad hacia esta temática estaba también muy desarrollada: pero también en ese caso lo estaba de manera ambigua. En realidad confundimos la democratización de la comunicación con vagos pretextos de libertad (bien concretos sólo desde el punto de vista capitalista), la reapropiación de la información con su modernización. Nos movimos según una teoría de dos tiempos —primero la liberación, luego la democratización— que ciertamente era la concepción más lejana y extraña a los comportamientos de la autonomía. Sin que quisiéramos hacerlo de forma explícita, nos convertimos en la causa de la liberación del éter; por lo tanto, los productores inventamos las formas más escandalosas de expropiación del saber y de inculcación de las teorías del

régimen. Fuimos nosotros, en el '77, los que determinamos el triunfo de Berlusconi, ésta es la realidad. No llevamos hasta sus últimas consecuencias la batalla por la reapropiación pública y de base de la información.

De esta manera pusimos las condiciones de una derrota más general. La batalla sobre la información era en efecto una parte de la que al mismo tiempo se estaba desarrollando entorno a la nueva organización de la comunicación social, esto es, de la producción social. Este era el tema en el que nos tendríamos que haber comprometido. En cambio fue sobre ese mismo sobre el que los patrones reestructuraron las grandes fábricas y especialmente la Fiat. Vaciaron las fábricas no tanto de obreros como de organización obrera. Si la organización obrera era autónoma, de base y coincidía con la mayoría de los obreros, entonces los patrones mandaban a casa a todo el mundo. ¿Cómo continuar produciendo? A través de la reorganización del territorio entorno a la fábrica y a la utilización del trabajo socialmente generalizado —esto en primer lugar—; en segundo lugar, a través de la automatización de la producción en la fábrica. Ambos objetivos (informatización de lo social, automatización de las fábricas) se veían como supuestos del sometimiento de la comunicación social y científica al proyecto del patrón. Recordemos, por ejemplo, lo que sucedió en la Fiat, polo ejemplar de lucha de clases en Italia: aquí, entre 1979 y 1981, perdimos diez años de luchas, primero con la liquidación de los 61 (simbólicamente, el ataque y la expulsión de las vanguardias revolucionarias fue paralela al proceso del 7 de abril) y luego, un año y medio después, con la marcha de los 40.000 contra los huelguistas.

Pero, en realidad, también en la Fiat habíamos sido nosotros los que habíamos dado el vía libre a la automatización y a una cierta utilidad patronal de la comunicación social En la Fiat, los patrones habían producido sistemas modernos de robotización que estaban siendo experimentados desde principios de los años setenta. Estos representaban una consecuencia de las grandes luchas de los años sesenta, el producto del rechazo al trabajo y una respuesta a la primera configuración de la organización social del nuevo sujeto. Ahora bien, esta disponibilidad de una tecnología, que se correspondía con las nuevas necesidades obreras, el rechazo al trabajo y la socialización productiva, fue detenida; esta nueva fuerza tecnológica permaneció inutilizada hasta que el enfrentamiento por el poder fuese resuelto. Los patrones de la Fiat mantuvieron a los autómatas, a los robots y a todos los proyectos de reestructuración avanzada en la reserva (como máximo hicieron funcionar algún mecanismo intermedio), al menos durante diez años. Sólo después de haber ganado la batalla por el poder, dieron paso a la modernización. Sucedió entonces en las fábricas lo que había sucedido

con la información: fuimos elementos de modernización. Nuestra autocrítica debe comenzar a desarrollarse a partir de esta asunción. No hubo por nuestra parte, lucha de poder frente a la modernización, que también nosotros, clase obrera, clase social de los productores, habíamos producido y que ahora los patrones estaban plegando a su organización. No es suficiente con tomarla con los partidos, con los sindicatos, con la traición y el terrorismo. Se trata de aprender de los errores y de recomenzar la lucha. Se trata de entender como afirmarnos organizativamente, a entender qué es el antagonismo, qué son las polaridades organizativas en el nuevo nivel de la lucha de clases, qué es el sabotaje en la sociedad reestructurada, qué es la reapropiación.

12. Adelante cómo, adelante a dónde

Do you remember counterrevolution?[1]

Paolo Virno

¿Qué significa la palabra «contrarrevolución»? Por ésta, no debe entenderse sólo una represión violenta —aunque, ciertamente, la represión nunca falte. No se trata de una simple restauración del *ancien régime*, es decir del restablecimiento del orden social resquebrajado por conflictos y revueltas. La «contrarrevolución» es, literalmente, una *revolución a la inversa*. Es decir, una innovación impetuosa de los modos de producir, de las formas de vida, de las relaciones sociales que, sin embargo, consolida y relanza el mando capitalista. La «contrarrevolución», al igual que su opuesto simétrico, no deja nada intacto. Determina un largo *estado de excepción*, en el cual parece acelerarse la expansión de los acontecimientos. Construye activamente su peculiar «nuevo orden». Forja mentalidades, actitudes culturales, gustos, usos y costumbres, en suma, un inédito *common sense*. Va a la raíz de las cosas y trabaja con método.

Pero hay más: la «contrarrevolución» se sirve de los mismos presupuestos y de las mismas tendencias —económicas, sociales y culturales— sobre las que podría acoplarse la «revolución», ocupa y coloniza el territorio del adversario y da otras respuestas a las *mismas* preguntas. Reinterpreta a su modo (y las cárceles de máxima seguridad, a menudo, facilitan esta tarea

[1] *Detournemeaunt*, desvío del conocido texto «Do you remember revolution?» firmado por Toni Negri, Lucio Castellano, Luciano Ferrari Bravo y el propio Virno entre otros, y que proponía, a mediados de los ochenta, una primera lectura de los años intensos de la «revolución italiana», tanto frente a la política de olvido institucional como frente a la visión nostálgica de la violencia armada [*N. del. E.*].

hermenéutica) el conjunto de condiciones materiales que convertirían la abolición del trabajo asalariado en algo simplemente realista: reduce este conjunto a provechosas *fuerzas productivas*. Además, la «contrarrevolución» transforma en pasividad despolitizada o en consenso plebiscitario los mismos comportamientos que parecían implicar el deterioro del poder estatal y la actualidad de un autogobierno radical. Por esta razón, una historiografía crítica, reacia a idolatrar la autoridad de los «hechos consumados», debe esforzarse en reconocer, en cada etapa y en cada aspecto de la «contrarrevolución», la silueta, los contenidos, la cualidad de la revolución posible. La «contrarrevolución» italiana comienza a finales de los años setenta y se prolonga hasta el día de hoy. Presenta numerosas estratificaciones. Como un camaleón, cambia muchas veces de aspecto: «compromiso histórico» entre DC y PCI, craxismo[2] triunfante y reforma del sistema político tras el derrumbe de los regímenes del Este. Sin embargo, no resulta difícil comprender a simple vista los *Leitmotiv* que recorren todas sus fases. El núcleo unitario de la «contrarrevolución» italiana de los años ochenta y noventa consiste: a) en la plena afirmación del modo de producción postfordista (tecnología electrónica, descentralización y flexibilidad de los procesos de trabajo, el saber y la comunicación como principal recurso económico, etc.); b) en la gestión capitalista de la brusca reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario (*part-time*, jubilaciones anticipadas, paro estructural, precariedad de larga duración, etc.); en la crisis drástica y casi irreversible de la democracia representativa. La Segunda República[3] hunde

---

2 Efectivamente Bettino Craxi dio nombre a toda una época y a un determinado «hacer institucional». Líder socialista, presidió el gobierno más largo de la década de 1980 (entre 1982 y 1987), por medio de un pacto de estabilidad entre las fuerzas políticas no comunistas (el *pentapartito*). Indudablemente los años del «craxismo» fueron años de política deflacionista, de control salarial, de extensión de una espectacular corrupción institucional y de introducción de las medidas neoliberales, que fueron la expresión italiana de la dulce derrota «postmoderna»; anuncio temprano del colapso institucional de los viejos partidos en la década siguiente [*N. del. E.*].

3 Ciertamente aunque formalmente no se ha inaugurado un nuevo régimen constitucional que de acta de fundación a la Segunda República italiana, entre 1989 y 1995 se sucede una cadena de acontecimientos que colapsan totalmente la vida de los principales actores políticos, y condicionan una modificación radical del sistema de partidos. La caída del Muro de Berlín acusa la crisis del Partido Comunista, que finalmente se descompone en dos formaciones: *Refundazione Comunista* y los DS (el Partido de los Demócratas de Izquierda). Más grave por sus consecuencias profundas en la liquidación de la legitimidad de la democracia representativa fueron los procesos de Tangentopoli, que en el verano de 1992 llevaron a la cárcel y a los tribunales a una buena cantidad de líderes del partido socialista y de la Democracia Cristiana, e hicieron aflorar la corrupción estructural de la política italiana. Los procesos determinaron la disolución de los viejos agentes políticos, y la emergencia paradójica de nuevas fuerzas de carácter extremadamente moderno al tiempo que con matices peligrosamente reaccionarios, estas son las Leghe y Forza Italia [*N. del. E.*].

sus raíces en esta base material. Constituye el intento de adecuar la forma y el procedimiento de gobierno a las transformaciones ya ocurridas en los lugares de producción y en el mercado de trabajo. Con la Segunda República, la «contrarrevolución» postfordista se dota, en definitiva, de una constitución propia y llega así a buen término.

Las tesis histórico-políticas que siguen a continuación se proponen extrapolar algunos aspectos sobresalientes de los hechos italianos de los últimos quince años. Para ser exactos, aquellos aspectos que provean a la discusión teórica un trasfondo empírico inmediato. Cuando un acontecimiento concreto demuestre tener un valor *ejemplar* (o bien cuando permita presagiar una «ruptura epistemológica» y una innovación conceptual) profundizaremos en él mediante un *excursus*, cuya función es similar, en todos los sentidos, al «primer plano» cinematográfico.

1. El postfordismo, en Italia, ha sido el bautismo del denominado «movimiento del '77», o sea de las duras luchas sociales de una fuerza de trabajo escolarizada, precaria, móvil, que odia la «ética del trabajo», se contrapone frontalmente a la tradición y a la cultura de la izquierda histórica y señala una clara discontinuidad respecto al obrero de la línea de montaje. El postfordismo se inaugura con revueltas.

La obra maestra de la «contrarrevolución» italiana reside en haber transformado en requisitos profesionales, ingredientes de la producción de plusvalor y fermento del nuevo ciclo de desarrollo capitalista, las inclinaciones colectivas que, en el «movimiento del '77», se presentaban, en cambio, como antagonismo intransigente. El neoliberalismo italiano de los años ochenta es una especie de '77 invertido. Y al contrario: aquella antigua estación de conflictos continúa representando, todavía hoy, la otra cara de la moneda postfordista, la cara rebelde. El movimiento del '77 constituye, por usar una bella expresión de Hannah Arendt, un «futuro a la espalda», el *recuerdo* de aquello que podrían ser las luchas de clase *prossime venture*.

Primer excursus. Trabajo y no-trabajo: el éxodo del ‘77.

Como ocurre con toda auténtica novedad, el movimiento del ‘77 padeció la mortificación de verse confundido con un fenómeno de *marginación*. Aparte de sufrir la acusación, más complementaria que contradictoria, de *parasitismo*. Estos conceptos invierten la realidad de forma tan completa y precisa que resultan bastante indicativos. En efecto, quienes tomaron por marginales o parásitos a los «intelectuales descalzos» del ‘77, a los estudiantes-trabajadores y a los trabajadores-estudiantes, a los precarios de toda calaña, fueron aquellos que sólo consideraban «central» y «productivo» el puesto fijo en la fábrica de bienes de consumo duraderos. Todos aquellos, por tanto, que miraban a aquellos sujetos desde la perspectiva del ciclo de desarrollo en declive. Y que, sin embargo, constituye una perspectiva, ésta sí, con riesgo de marginalidad y también de parasitismo. Por el contrario, en cuanto se atiende, a las grandes transformaciones de los procesos productivos y de la jornada social de trabajo, que se ponen en marcha entonces, no es difícil reconocer en los protagonistas de aquellas luchas de calle algún contacto con el corazón mismo de las fuerzas productivas.

El movimiento del ‘77 da voz *por un momento* a la composición de clase transformada que comienza a configurarse tras la crisis del petróleo y de la *cassa integrazione* en las grandes fábricas, en el inicio de la reconversión industrial. No es la primera vez, por otra parte, que una revolución radical del modo de producción viene acompañada por una conflictividad precoz de los estratos de la fuerza de trabajo a punto de pasar a ser el eje de la nueva configuración. Basta pensar en la peligrosidad social que, en el siglo XVII, marcó a los vagabundos ingleses, *ya* expulsados del campo y *a punto* de ser introducidos en las primeras manufacturas. O en las luchas de los descualificados americanos, en los primeros diez años de este siglo, luchas que precedieron al giro fordista y taylorista, basado justamente en la descualificación sistemática del trabajo. Cada brusca metamorfosis de la organización productiva, como se sabe, está destinada, en principio, a recordar los afanes de la «acumulación originaria» y debe por ello transformar desde el principio una relación entre «cosas» (nuevas tecnologías, distinta localización de las inversiones, fuerza de trabajo dotada de ciertos requisitos específicos) en una

relación social. Pero precisamente en este recorrido se manifiesta, a veces, la cara oculta subjetiva de aquello que después pasa a ser un inexpugnable recorrido de hechos.

Las luchas del '77 asumen como propia la fluidez del mercado de trabajo, haciéndola un terreno de agregación y un punto de fuerza. La movilidad entre trabajadores diferentes y entre trabajo y no trabajo, en lugar de pulverizar, determina comportamientos homogéneos y actitudes comunes, se llena de subjetividad y conflicto. Sobre este panorama, comienza a recortarse la tendencia que después, en los años siguientes, será analizada por Dahrendorf, Gorz y muchos otros: contracción del empleo manual tradicional, crecimiento del trabajo intelectual masificado y paro ligado a la falta de inversiones (causado por el desarrollo económico, no por sus dificultades). De esta tendencia, el movimiento supone la *representación de una parte*, la hace visible por primera vez y, en cierto modo, la bautiza, pero torciendo su fisonomía en sentido antagonista. Decisiva fue, entonces, la percepción de una posibilidad: la de concebir el trabajo asalariado como el *episodio* de una biografía, en lugar de como una *cadena perpetua*. Y la consiguiente inversión de expectativas: renuncia a darse prisa por entrar en la fábrica y mantenerse, búsqueda de cualquier camino para evitarla y alejarla de sí. La movilidad, de condición impuesta, pasa a ser regla positiva y aspiración principal; el puesto fijo, de objetivo primario, se transforma en excepción o paréntesis.

Es a causa de tales tendencias, bastante más que por la violencia, por lo que los jóvenes del '77 se volvieron sencillamente indescifrables para la tradición del movimiento obrero. Ellos transformaron a la inversa el crecimiento del área del no trabajo y de la precariedad en un recorrido colectivo, en una *migración consciente del trabajo de fábrica*. Antes que resistir a ultranza a la reestructuración productiva, se fuerzan límites y trayectorias, en el intento de obtener consecuencias impropias y favorables para sí mismos. Antes que encerrarse en un fortín asediado, abocados a una derrota apasionada, se ensayan las posibilidades de empujar al adversario a atacar fortines vacíos, abandonados previamente. La aceptación de la movilidad se une a la búsqueda de una renta garantizada como una idea de producción más cercana a la exigencia de autorrealización. Es decir, lo que se rompe es el nexo entre trabajo y socialización. Momentos de hermandad comunitaria son experimentados fuera y contra la producción directa. Después, esta socialización independiente se hace valer, como insubordinación, incluso en

el lugar de trabajo. Asume un peso decisivo la opción «por la formación ininterrupida», es decir la continuación de la formación académica, incluso después de haber encontrado empleo: esto alimenta la así llamada rigidez de la oferta de trabajo, pero sobre todo hace que la precariedad y el trabajo negro tengan como protagonistas a sujetos, cuya red de saberes e informaciones son siempre exorbitantes respecto a las profesiones distintas y cambiantes. Se trata de un exceso no desposeíble, no reconducible a la cooperación productiva dada: su inversión o su derroche están, por lo tanto, ligados a la posibilidad de poblar y habitar establemente un territorio situado más allá de la prestación salarial.

Este conjunto de comportamientos es *obviamente* ambiguo. Es posible leerlo, de hecho, como una respuesta pauloviana a la crisis del Estado asistencial. Conforme a esta interpretación, los asistidos viejos y nuevos bajan al campo de batalla para defender las propias *posiciones*, excavadas de forma diferente en el gasto público. Encarnan aquellos costes ficticios que el empuje neoliberal y anti-*welfare* intenta abolir, o al menos contener. La izquierda puede incluso defender a estos hijos espurios, pero con cierta vergüenza, y condenando de todos modos su «parasitismo». Pero quizás es precisamente el '77 el que ilumina con muchas otras luces la crisis del *welfare state*, redefiniendo de raíz la relación entre trabajo y asistencia, entre costes reales y «costes falsos», entre productividad y parasitismo. El éxodo de la fábrica, que en parte anticipa y en parte imprime otra cara al incipiente paro estructural, sugiere de forma provocadora que en el origen del desorden del Estado asistencial está, si acaso, el desarrollo asfixiante, inhibido, ni tan siquiera modesto, del área del no trabajo. Como si dijéramos: *no es que haya demasiado no trabajo, sino demasiado poco*. Una crisis causada, por lo tanto, no por las dimensiones asumidas por la asistencia, sino por el hecho de que la asistencia se amplía, en su mayor parte, bajo la forma de trabajo asalariado. Y, viceversa, por el hecho de que el trabajo asalariado se presenta, desde un cierto momento en adelante, como asistencia. Además, las políticas de pleno empleo en los años treinta ¿no habían surgido justamente con la consigna «cava agujeros y luego rellénalos»?

El punto central (que se manifiesta en el '77 en forma de conflicto y, después, durante los años ochenta, como paradoja económica del desarrollo capitalista) es el siguiente: el trabajo manual atomizado y repetitivo, a causa de sus costes inflacionistas y sin embargo rígidos, muestra un carácter no competitivo respecto a la automatización y, en general, a la nueva

secuencia de aplicaciones de la ciencia sobre la producción. Muestra la cara de *coste social excesivo*, de asistencia indirecta, encubierta e hipermediada. Pero hacer de la fatiga física algo radicalmente «antieconómico» es el extraordinario resultado de décadas de luchas obreras: no hay, en realidad, nada de qué avergonzarse. De este resultado, repetimos, se apropia por un momento el movimiento del '77, señalando a su modo *el carácter socialmente parasitario del trabajo bajo patrón*. Es un movimiento que se sitúa, en muchos sentidos, a la altura de la *new wave* neoliberal, ya que busca otra solución para los mismos problemas con los que ésta se enfrentará más tarde. Busca y no encuentra, implosionando rápidamente. Pero pese a haberse quedado en estado de síntoma, aquel movimiento representó la única reivindicación de una vía alternativa en la gestión del fin del «pleno empleo».

2. La izquierda histórica, después de haber contribuido a la aniquilación (también en el sentido militar del término) de los movimientos de clase y a la primera fase de la reconversión industrial, se fue quedando progresivamente fuera de juego. En 1979, el gobierno de los «acuerdos amplios», también denominado gobierno de «solidaridad nacional», apoyado sin reservas por el PCI y por su sindicato, llegó a su fin. La iniciativa política quedó completamente en manos de las grandes empresas y de los partidos de centro.

Siguiendo un guión clásico, las organizaciones obreras reformistas fueron cooptadas por la dirección del Estado dentro de una *fase de transición*, caracterizada por un «ya no» (ya no rige el modelo fordista-keynesiano) y por un «todavía no» (todavía no se da un pleno desarrollo de la empresa en red, del trabajo inmaterial, de las tecnologías informáticas), en la cual se trataba de contener y reprimir la insubordinación social. Por consiguiente, tan pronto como el nuevo ciclo de desarrollo se puso en marcha, tan pronto como el obrero-masa de la cadena de montaje perdió definitivamente su propio peso contractual y político, la izquierda oficial se convirtió en un lastre inútil, que había que quitarse de encima lo más pronto posible.

El declive del PCI tiene su origen en los últimos años setenta. Se trata de un acontecimiento «occidental», italiano, conectado con la nueva configuración del proceso laboral. Sólo a causa de una ilusión óptica se puede

llegar a pensar que este declive, que en 1990 conducirá a la disolución del PCI y al nacimiento del Partido Democrático de la Izquierda (PDS), fue producido por la conflagración del «socialismo real», es decir, por la inmediatamente sucesiva caída del Muro.

La sanción simbólica de la derrota sufrida por la izquierda histórica tuvo lugar, en realidad, a mediados de los años ochenta. En 1984, el gobierno dirigido por Bettino Craxi abolió el «punto de contingencia», es decir, el mecanismo de adecuación de los salarios a la inflación. El PCI convocó un referéndum para restablecer esta importante conquista sindical de los años setenta. Lo convocó y, en 1985, lo perdió estrepitosamente. La consecuencia de esta debacle fue que, a partir de ese momento, el partido y el sindicato asumieron posiciones «realistas», es decir, de colaboración con el gobierno, en lo que se refiere a salario y jornada de trabajo. Desde 1985 en adelante, desapareció toda tutela «socialdemócrata» o «sindicalista» de las condiciones materiales del trabajo dependiente. La clase obrera postfordista tendría que vivir sus primeras experiencias sin poder contar en ningún momento con un partido «propio» o con un sindicato «propio». Nunca había ocurrido algo así en Europa desde los días de la primera revolución industrial.

Segundo excursus. Los cambios en la Fiat en los años ochenta.

En la Fiat, entre dos décadas, se deja ver con ejemplar nitidez la feroz «dialéctica» entre la espontaneidad conflictiva de la joven fuerza de trabajo, el PCI y la empresa a punto de cambiar su fisionomía. El microcosmos Fiat anticipa y compendia la «gran transformación» italiana. Es un acto único dividido en tres escenas.

Primera escena. En julio de 1979, la Fiat está bloqueada por una huelga «indefinida» que, en muchos aspectos, se asemeja a una verdadera ocupación de la fábrica. Es el momento culminante de la contienda por el convenio integral de empresa. Pero, sobre todo, es el último gran episodio de la ofensiva obrera de los años setenta. Sus protagonistas absolutos son los diez mil nuevos «contratados», que han comenzado a trabajar en la Fiat a partir de los últimos dos años. Se trata de obreros «extravagantes», que se

parecen en todo —mentalidad, costumbres metropolitanas, escolarización— a los estudiantes y a los precarios que habían llenado las calles en el '77. Los nuevos «contratados» se habían distinguido hasta aquel momento por un continuo sabotaje de los ritmos de trabajo: la «lentitud» era su pasión. Con el bloqueo de la Fiat, intentaron reafirmar la «porosidad» o elasticidad del tiempo de producción. El sindicato y el PCI los rechazan, condenando abiertamente su desafección al trabajo.

Segunda escena, en otoño de 1979, la dirección de Fiat prepara la contraofensiva despidiendo a 61 obreros, jefes históricos de la lucha de la sección. Pero, ojo, no los despide aduciendo como pretexto cualquier motivo empresarial. La razón de la medida es la presunta connivencia de los 61 con el «terrorismo». Poco importa que los jueces no hayan encontrado elementos concretos para proceder contra los «sospechosos». La empresa lo «sabe», y esto basta. La cuestión de los 61 está en perfecta sintonía con los gobiernos de «solidaridad nacional», con la equiparación realizada por ellos entre las luchas sociales extrainstitucionales y la subversión armada. El PCI y el sindicato avalan la decisión de la Fiat, limitándose a algún «distingo» formal.

Tercera escena. Un año mas tarde, en otoño de 1980, la Fiat pone sobre la mesa un plan de reestructuración que prevé 30.000 despidos. Se desmantela la fábrica fordista, la Mirafiori se convierte en una referencia de arqueología industrial. Siguen 35 días de huelga en los cuales el PCI, ya fuera del gobierno, emplea a fondo su fuerza organizativa. El secretario del partido, Enrico Berlinguer, da un mitin a las puertas de la Fiat, que, después, en los años siguientes, se mantendrá como un «objeto de culto» para los militantes de la izquierda oficial. *Pero ya es demasiado tarde*. Al avalar la expulsión de los 61 y, mucho antes, oponiéndose y reprimiendo la lucha espontánea de los nuevos contratados, el PCI y el sindicato destruyeron la organización obrera en la fábrica. Como si dijésemos: cortaron la rama sobre la que también ellos, a pesar de todo, estaban sentados. Sólo una historiografía que desee confundir las cosas puede indicar que los «35 días» son la confrontación decisiva, el acontecimiento que señala el cambio de vertiente: en realidad, todo se jugó con anterioridad, entre 1977 y 1979. Esta vez, para ganar la contienda, la Fiat puede contar con una base de masas: los cuadros intermedios, los jefecillos, los empleados. Los cuales organizan, en octubre de 1980, una manifestación en Turín contra la prolongación de la huelga obrera. Y obtienen un éxito inesperado: desfilan 40.000 personas. El plan de reestructuración de la Fiat es aprobado.

3. Entre los años 1984 y 1989, la economía italiana conoce su pequeña «edad de oro». Suben ininterrumpidamente los índices de productividad, crecen las exportaciones, la Bolsa manifiesta una larga «efervescencia». La «contrarrevolución» levanta el estandarte tan querido entonces por Napoleón III después de 1948: *enrichissez-vous*, enriqueceos. Los sectores arrastrados por el boom son la electrónica, la industria de la comunicación (son los años en los que se agiganta la Fininvest[4] de Berlusconi), la química fina, el textil «postmoderno» tipo Benetton (que organiza directamente la comercialización del producto), las empresas que suministran servicios e infraestructuras. La propia industria del automóvil, después de ser agilizada y reestructurada, acumula durante algunos años ganancias excepcionales.

Cambia profundamente la naturaleza del mercado laboral. La ocupación goza de menor institucionalización y, sobre todo, de menor duración. Se amplia desmesuradamente la «zona gris» del semiempleo, del trabajo intermitente, del frecuente cambio entre superexplotación e inactividad. Disminuye, en conjunto, la demanda de trabajo industrial. Cuando Marx hablaba de «superpoblación» o de «ejercito salarial de reserva» (en resumidas cuentas, de los parados), distinguía tres clases: la superpoblación *fluida* (diríamos hoy: *turn over*, jubilación anticipada, etc.); *latente* (allí donde puede intervenir en cualquier momento la innovación tecnológica para esquilmar el empleo); *estancada* (trabajo negro, «sumergido», precario). Ahora bien, se podría decir que, a partir de la mitad de los años ochenta, los conceptos con los que Marx analiza el «ejercito industrial de reserva» resultan adecuados, en cambio, para describir el modo de ser de la propia clase obrera ocupada. Toda la fuerza de trabajo realmente empleada vive las condiciones estructurales de la «superpoblación» —fluida, o latente, o estancada. Es siempre, potencialmente, superflua.

Por otra parte, cambia radicalmente el concepto de «profesionalidad». Lo que ahora se valora —y se demanda— en el trabajador individual no son ya las virtudes que se adquieren en el lugar de trabajo, por efecto de la disciplina industrial. Las competencias verdaderamente decisivas para realizar de la mejor manera las tareas laborales postfordistas son las que

---

4 Se trata del principal grupo italiano bajo control de Berlusconi, comprende fundamentalmente un poderoso holding de empresas de telecomunicaciones, entre las que se encuentran las principales televisiones privadas italianas, aparte de numerosos diarios y algunos de los polos editoriales más importantes. Fininvest ha sido sospechoso en numerosas ocasiones de prácticas fraudulentas [*N. del. E.*].

se adquieren fuera de la producción directa, en «el mundo de la vida». Dicho de otra manera, la «profesionalidad» ahora, no es otra cosa que la socialidad genérica, la capacidad de establecer relaciones interpersonales, la aptitud para controlar la información e interpretar los mensajes lingüísticos, la adaptabilidad a las reconversiones continuas e imprevistas. Es así como *se puso a trabajar* al movimiento del '77: su «nomadismo», el desapego por un puesto fijo, una cierta capacidad autoempresarial, y hasta el gusto por la autonomía individual y por la experimentación, todo esto confluye en la organización productiva capitalista. Baste pensar, a título de ejemplo, en el gran desarrollo que, en Italia, durante los años ochenta, ha tenido el «trabajo autónomo», es decir el conjunto de las microempresas, muchas de ellas poco más que familiares, puestas en marcha por extrabajadores dependientes. Este «trabajo autónomo» es, verdaderamente, la continuación de la migración del régimen de fábrica comenzada en el '77: pero esto está estrechamente subordinado a las exigencias variables de las grandes empresas; mas aún, es el modo específico con el que los mayores grupos industriales italianos descargan parte de sus costes de producción fuera de sus propias empresas. El trabajo autónomo coincide casi siempre con tasas de autoexplotación formidables.

4. El Partido socialista (PSI) dirigido por Bettino Craxi (jefe del gobierno desde 1983 a 1987) es, durante un periodo de tiempo nada despreciable, la organización política que mejor entiende e interpreta la transformación productiva, social y cultural que está teniendo lugar en Italia.

En los últimos años setenta y en los primeros de la década siguiente, el PSI, para garantizar su propia supervivencia, dirige una especie de guerrilla contra el llamado «consociativismo», o sea, contra el acuerdo preventivo y sistemático que, sobre todas las principales cuestiones legislativas y de gobierno, tendían a establecer entre sí los dos mayores partidos italianos, la DC y el PCI. Por esto, durante el secuestro de Aldo Moro por las Brigadas Rojas, Craxi se opone a la línea de «firmeza» (propuesta por el PCI y aceptada por la DC), y apoya, por el contrario, una negociación con los terroristas para salvar al rehén. Y ésta es también la razón de que el PSI constituya un freno contra las leyes especiales sobre orden publico, la lógica de la emergencia y la restricción de las libertades para permitir la represión de las formaciones armadas clandestinas. Para desvincularse del

compromiso sofocante de sus *partners* mayores (DC y PCI, precisamente), el Partido Socialista aparece como una tribu política reacia a adorar la razón de Estado. Los idólatras no se lo perdonaron nunca. En compensación, algunas de sus posiciones libertarias hicieron que el PSI ganara cierta simpatía por parte de la franja de extrema izquierda y de las figuras sociales que florecen en el archipiélago del '77.

Durante algunos años, el PSI logra ofrecer una representación política parcial a los estratos de trabajo dependiente que fueron el resultado específico de la reconversión productiva capitalista. En particular, influye y atrae a la intelectualidad de masas, es decir, a aquellos que actúan productivamente teniendo por instrumento y materia prima el saber, la información, la comunicación. Entendámonos: al igual que en otro tiempo, o bajo otros cielos, se han visto partidos reaccionarios de campesinos y de parados (baste pensar en el movimiento populista americano de finales del siglo pasado), así, en los años ochenta italianos, el PSI es el partido reaccionario de la intelectualidad de masas. Esto significa que establece una vinculación efectiva con la condición, la mentalidad, los deseos, los estilos de vida de esta fuerza de trabajo, pero curvando todo ello *a la derecha*. La vinculación es indudable y la curvatura inconfundible: si se ignora uno de estos dos aspectos, no se comprende absolutamente nada.

El PSI organiza las capas altas (por status y por renta) de la intelectualidad de masas contra los restos del trabajo dependiente. Articula, en un nuevo sistema de jerarquías y de privilegios, la prominencia del saber y de la información en el proceso productivo. Promueve una cultura en la que «diferencia» se convierte en sinónimo de desigualdad, arribismo, avasallamiento. Alimenta el mito de un «liberalismo popular».

5. A diferencia de lo que ha ocurrido en Francia y en Estados Unidos, en Italia el denominado pensamiento «postmoderno» no ha tenido ninguna consistencia teórica, sino sólo un significado *político* directo. Para ser exactos, ha sido un pensamiento en parte consolatorio (ya que ha tratado de justificar la necesidad de la derrota de los movimientos de clase al final de los años setenta), en parte apologético (porque no se ha cansado de elogiar el estado actual de cosas, alabando las *chances* inherentes a la «sociedad de la comunicación generalizada»).

El pensamiento postmoderno ha ofrecido una ideología de masas a la «contrarrevolución» de los años ochenta. La charlatanería sobre «el fin de la historia» ha producido, en Italia, una eufórica resignación. El entusiasmo indiscriminado por la multiplicación de las formas de vida y de los estilos culturales ha sido una minúscula metafísica *prêt-à-porter*, completamente funcional para la empresa en red, para la tecnología electrónica, para la precariedad perenne de las relaciones de trabajo. Los ideólogos postmodernos, a través de su frecuente incidencia en los media, han desempeñado un papel de dirección ético-política inmediata sobre la fuerza de trabajo postfordista, sustituyendo a veces la influencia tradicional de los aparatos de partido.

Tercer excursus. La ideología italiana.

En los años ochenta, las ideas dominantes se han expresado en mil dialectos, han sido múltiples, diferenciadas, a veces ásperamente polémicas las unas con las otras. La victoria capitalista de finales de la década anterior ha dado pié al más desenfrenado pluralismo: «delante hay sitio», como aparece escrito en los autobuses. Pues bien, hablar de «ideología italiana» significa nada menos que reconducir este desmenuzamiento ufano de sí a un baricentro unitario, con sólidos presupuestos comunes. Significa interrogarse sobre los entresijos, las complicidades, la complementariedad entre posiciones aparentemente lejanas.

¿Qué es lo que hace que la cultura italiana parezca un portal de Belén, con tanto burrito, rey mago, pastores, sagrada familia —máscaras diversas de un mismo espectáculo— Sobre todo un aspecto: la tendencia difusa a hacer naturales las dinámicas sociales. Una vez más, la sociedad ha sido representada como una segunda naturaleza dotada de leyes objetivas inapelables. Sólo que, y éste es el punto verdaderamente notable, a las actuales relaciones sociales se aplican los modelos, las categorías, las metáforas de la ciencia postclásica: la termodinámica de Prigogine en lugar de la causalidad lineal newtoniana; la física de los quanta en lugar de la gravitación universal; el biologismo sofisticado de la teoría de los sistemas de Luhmann en vez de la fábula de las abejas de Mandeville. Se interpretan

los fenómenos historico-sociales de acuerdo con conceptos como la entropía, los fractales, la autopoiesis. Para hacer la síntesis se utiliza el principio de indeterminación y el paradigma de la autoreferencialidad.

La ideología postmoderna italiana presupone el empleo sociológico de la física cuántica, la interpretación de las fuerzas productivas como movimiento causal de las partículas elementales. Pero ¿de dónde nace esta renovada inclinación a considerar la sociedad como un orden natural? Y sobre todo: si los aplicamos a las relaciones sociales, ¿de qué tipo de extraordinarias transformaciones son síntoma y mistificación, a un mismo tiempo, estos conceptos indeterministas y autorreferenciales de las ciencias naturales modernas? Se puede aventurar una respuesta: la gran innovación, subtendida por esta reciente y muy específica naturalización de la idea de sociedad, se refiere al papel del trabajo. La opacidad que parece envolver los comportamientos de los individuos y de los grupos deriva de la pérdida de peso del trabajo (industrial, manual, repetitivo) en toda la producción de la riqueza, así como en la formación de la identidad de los individuos, de las imágenes del mundo, de los valores. A esta «opacidad» se adapta bien una representación indeterminista. Cuando el tiempo de trabajo decae en su función de principal nexo social, resulta imposible precisar la posición de los corpúsculos aislados, su dirección, el resultado de sus interacciones.

El indeterminismo viene acentuado, además, por el hecho de que la actividad productiva postfordista no se configura ya como una cadena silenciosa de causas y efectos, de antecedentes y consecuencias, sino que está caracterizada por la comunicación lingüística y, por tanto, por una correlación interactiva en la que predomina la simultaneidad y falta una dirección causal unívoca. La ideología italiana («pensamiento débil», estética del fragmento, sociología de la «complejidad», etc.) toma, y degrada al mismo tiempo a *natura* el nexo inédito entre saber, comunicación, producción.

6. ¿Cuáles han sido las formas de resistencia a la «contrarrevolución»? ¿Y cuáles los conflictos aparecidos en el nuevo paisaje social que precisamente han esculpido la «contrarrevolución» en altorrelieve? Antes que nada es oportuna una precisión en negativo: en el elenco de tales formas y de tales conflictos no aparece la praxis de los verdes. Si en Alemania y en otras partes el ecologismo ha heredado cuestiones y planteamientos del ‘68, por el contrario, en

Italia, ha nacido contra las luchas de clase de los años setenta. Se trataba de un movimiento político moderado, abarrotado de «arrepentidos», hijo legítimo de los nuevos tiempos. Otras son las experiencias colectivas que deben recordarse. Precisamente tres: los «centros sociales» juveniles; los comités de base extrasindicales, aparecidos en los lugares de trabajo a partir de la mitad de los años ochenta; el movimiento estudiantil que, en 1990, paralizó durante algunos meses la actividad universitaria, midiéndose críticamente con el «núcleo duro» del postfordismo, es decir con la centralidad del saber en el proceso productivo.

Los centros sociales, multiplicados por todo el país desde los primeros años ochenta, han dado cuerpo a una variedad de *secesiones*: secesión de la forma de vida dominante, de los mitos y de los ritos de los vencedores, del estruendo mediático.

Esta secesión se expresa como marginalidad voluntaria, gueto, mundo a parte. Un «centro social» es, en concreto, un edificio vacío okupado por jóvenes y transformado en sede de actividades alternativas: conciertos, teatro, comedor colectivo, acogida de inmigrantes extracomunitarios, debates, etc. En algunos casos los centros han dado lugar a pequeñas empresas artesanas, siguiendo de esta manera el antiguo modelo de las «cooperativas» socialistas de comienzos del siglo XX.

En general, han promovido (o mejor, sólo evocado) una especie de esfera publica no impregnada de los aparatos estatales. Esfera publica: es decir, un ámbito en el que se discute libremente de las cuestiones de interés común, desde la crisis económica a las alcantarillas del barrio, desde Yugoslavia a la droga. En los últimos tiempos, gran parte de los «centros» disfrutan de redes informáticas alternativas, que ponen en circulación documentos políticos, susurros y gritos del «subsuelo» social, informes de luchas, mensajes individuales. En su conjunto, la experiencia de los centros sociales ha sido un intento de dar fisionomía autónoma y contenido positivo al creciente tiempo de no trabajo. Intento inhibido, sin embargo, por la vocación de constituir una «reserva india» que, casi siempre, ha caracterizado (y entristecido) a esta experiencia.

Los Comités de Base (Cobas) se formaron entre los maestros (memorable, vencedora, la larga lucha que bloqueó las escuelas en el año 1987), los ferroviarios, los empleados de los servicios públicos. A continuación, se

extendieron a un cierto número de fábricas (en particular a la Alfa Romeo, donde el Cobas desbancó a la CGIL en las elecciones internas). Los Comités de Base han abierto y gestionado conflictos bastante duros sobre el salario y las condiciones de trabajo. Rechazan que se les considere como un «nuevo sindicato», buscando más bien la vinculación con los centros sociales y los estudiantes, para esbozar formas de organización política a la altura de la «complejidad» postfordista. Dan la voz, sobre todo, a una exigencia de democracia. Democracia contra las medidas legislativas que, a lo largo de los años ochenta, han revocado sustancialmente el derecho a huelga en el empleo publico. Y además, democracia contra el sindicato: que desplazado del nuevo proceso productivo, se ha configurado como una estructura autoritaria, adoptando métodos y procedimientos dignos de un *trust* monopolista. La parábola de los Comités de Base alcanzó su punto culminante en el otoño de 1992, durante las huelgas de protesta que siguieron a la maniobra económica del gobierno Amato (que reducía bruscamente los gastos sociales: pensiones, asistencia médica etc.). En las principales ciudades italianas tuvieron lugar violentas protestas contra el «colaboracionismo» sindical: lanzamiento de tornillos contra las tribunas de los mítines, contramanifestaciones dirigidas por los Cobas. Una pequeña Tiennamen, que comenzó a ajustar las cuentas con el «sindicato monopolístico de Estado».

Mientras los centros sociales y los propios Cobas han encarnado, con mayor o menor eficacia, las virtudes de la «resistencia», el movimiento estudiantil (llamado «movimiento de la pantera» porque su exordio, en febrero de 1990, coincidió con la feliz fuga de una pantera del zoológico de Roma) pareció aludir, al menos por un momento, a una auténtica «contraofensiva» de la intelectualidad de masas. La unión entre saber y producción, que hasta ahora sólo había mostrado una cara capitalista, se manifestó de repente como palanca del conflicto y precioso recurso político. Las universidades ocupadas contra el proyecto gubernamental de «privatizar» la enseñanza se convirtieron, por algunos meses, en un punto de referencia del trabajo inmaterial (investigadores, técnicos, informáticos, profesores, empleados de las industrias culturales, etc.) que, en las metrópolis, se presentaba todavía disperso en miles de ramas separadas, desprovistas de potencia colectiva. El movimiento de la pantera se eclipsó rápidamente, constituyendo poco más que un síntoma o un presagio. No logró individualizar objetivos claros, que garantizaran la continuidad de la acción política. Permaneció paralizado analizándose a sí mismo, contemplando su

propio ombligo. Esta autorreferencialidad hipnótica ha encubierto, sin embargo, una cuestión importante: la intelectualidad de masas, para incidir políticamente y destruir todo lo que merezca ser destruido, no puede limitarse a una serie de «noes», sino que, partiendo de sí misma, debe ejemplificar, en positivo, con índole experimental y constructiva, lo que los hombres y las mujeres podrían hacer fuera del vínculo capitalista.

7. En 1989, el hundimiento del «socialismo real» trastornó el sistema político italiano de modo mucho más radical de lo sucedido en otros países de Europa occidental (incluida Alemania, a pesar de los contragolpes de la reunificación). Precisamente este repentino terremoto (que coincide con los fuertes indicios de recesión económica) impidió que se manifestase plenamente el «antídoto» de la época capitalista de los años ochenta, o sea, un conjunto de luchas sociales dirigidas a obtener al menos un reequilibrio fisiológico en la redistribución de la renta.

Las señales lanzadas por los Cobas y por el movimiento de la pantera, en vez de alcanzar un umbral crítico y difundirse en comportamientos de masa duraderos, se atenuaron y después se sumergieron en el fragor de la crisis institucional. Los sujetos y las necesidades suscitados por el modo de producción postfordista, muy lejos de presentar la cuenta al incauto aprendiz de brujo, se han puesto máscaras engañosas que ocultan su fisonomía. La rápida disolución de la Primera República ha sobredeterminado, hasta hacerlas irreconocibles, las dinámicas de clase de la «empresa-Italia» (por utilizar una expresión muy querida del ex-primer ministro, Silvio Berlusconi).

8. La caída del muro de Berlín no fue la causa de la crisis institucional italiana, sino la ocasión extrínseca para que ésta saliera a la luz, manifestándose por fin a la vista de todos. El sistema político nacional se encontraba minado por el efecto de una larga enfermedad que nada tenía que ver con el conflicto Este-Oeste. Una enfermedad cuya incubación se remonta a los años setenta y cuyo nombre es: *consunción y desgaste de la democracia representativa*, de las reglas y procedimientos que la caracterizan, de los fundamentos mismos en los que se sustenta. La catástrofe de los regímenes del

Este tuvo en Italia un efecto mayor que en otros países, precisamente porque proporcionó una vestimenta teatral a una catástrofe totalmente distinta, precisamente porque se superpuso a una crisis de orígenes diferentes.

El ocaso de la sociedad del trabajo fue lo que desencadenó la profunda descomposición de los mecanismos de la representación política. Desde la Segunda Guerra Mundial en adelante, la representación política se ha basado en la identidad entre «productores» y «ciudadanos». El individuo representado en el trabajo, el trabajo representado en el Estado: he aquí el eje de la *democracia industrial* (así como del *welfare state*). Un eje ya resquebrajado cuando, a finales de los años setenta, los gobiernos de «solidaridad nacional» quisieron celebrar con ímpetu intolerante su vigencia y sus valores. Un eje hecho pedazos en los años siguientes, cuando la gran transformación del tejido productivo se encontraba en pleno desarrollo. El peso puramente residual del tiempo de trabajo en la producción de riqueza, el papel determinante que desempeña en ella el saber abstracto y la comunicación lingüística, el hecho de que los procesos de socialización tengan su centro de gravedad fuera de la fábrica y la oficina, todo esto, junto a otras causas, lacera los lazos fundamentales de la Primera República[5] (que, como reza la Constitución, está precisamente «basada en el trabajo»). Por su parte, los trabajadores postfordistas son los primeros que se sustraen a la lógica de la representación política. No se reconocen en un «interés general» y no están dispuestos bajo ningún concepto a «hacer Estado». Rodean a los partidos de recelo o rencor, en tanto que *copywriters* [ventrílocuos baratos] de identidades colectivas.

Esta situación abre el camino a dos posibilidades no sólo diferentes sino diametralmente opuestas. La primera remite a la emancipación del concepto de «democracia» con respecto al de «representación», y por lo tanto a la invención y experimentación de formas de democracia no representativa. Obviamente, no se trata de perseguir el espejismo de una salvífica simplificación de la política. Por el contrario, la democracia no representativa requiere un estilo operativo igualmente complejo y sofisticado. De hecho,

---

5 Hasta la década de 1980, la organización institucional italiana sufrió pocas modificaciones. Efectivamente, a pesar de la inestabilidad gubernamental, el sistema de partidos y el régimen de equilibrios se ha mantenido casi sin variaciones, tramado en la polaridad abierta entre la Democracia Cristiana (las más de las veces con apoyo de los socialistas, liberales y republicanos) y el Partido Comunista de Italia, sin acceso al gobierno salvo en el breve periodo de excepción de 1977-79 [*N. del. E.*].

entra en conflicto con los aparatos administrativos estatales, corroe sus prerrogativas y absorbe sus competencias. El intento de traducir en acción política esas mismas fuerzas productivas —comunicación, saber, ciencia— es lo que constituye el alma del proceso productivo postfordista. Esta primera posibilidad ha permanecido y permanecerá, durante un cierto tiempo que no será breve, en segundo plano. En cambio, lo que ha prevalecido es la posibilidad contraria: el debilitamiento estructural de la democracia representativa se muestra como restricción tendencial de la participación política, o más bien de la democracia *tout court*. En Italia, los partidarios de la reforma institucional se hacen fuertes gracias a la crisis sólida e irreversible de la «representación», obteniendo de ella la legitimación para una reorganización autoritaria del Estado.

9. En el transcurso de los años ochenta, los signos premonitorios del fin ignominioso hacia el que se encaminaba la Primera República fueron numerosos e inequívocos. La caída de la democracia representativa fue anunciada, entre otras cosas, por los siguientes fenómenos:

a) La «emergencia» (es decir, el recurso a leyes especiales y a la formación de organismos no menos excepcionales para gestionarlas) como forma estable de gobierno, como tecnología institucional para afrontar, en cada ocasión, la lucha armada clandestina o la deuda pública o la inmigración.
b) La transferencia de muchas competencias del sistema político-parlamentario al ámbito administrativo, el predominio del «decreto» burocrático sobre la «ley».
c) El poder extremo de la magistratura (consolidado durante la represión del terrorismo) y, como consecuencia, el papel de la magistratura como sustituto de la política.
d) Los comportamientos anómalos del presidente Cossiga[6] que, en los últimos años de su mandato, comenzó a actuar «como si» Italia fuera una república presidencial (en lugar de parlamentaria).

---

[6] Francesco Cossiga, preside el gobierno de unidad de agosto de 1979 entre democristianos, liberales y socialdemócratas. Fue el encargado de acentuar la ofensiva antiterrorista con toda una batería de medidas que impusieron de facto el estado de excepción en las principales ciudades italianas. A partir de julio de 1984 fue proclamado presidente de la República [*N. del. E.*].

Después de la caída del Muro de Berlín, todos los síntomas de la crisis inminente se condensaron en la campaña de opinión, sostenida casi por unanimidad tanto por la derecha como por la izquierda, que tenía como objetivo liquidar el símbolo más vistoso de la democracia representativa, es decir, el criterio proporcional en las elecciones a la asamblea legislativa. En 1993, después de que un referéndum popular derogara las viejas normas, se introdujo el sistema electoral mayoritario. Este hecho, junto a la operación judicial denominada Mani pulite [Manos limpias] (que acusaba de cargos de corrupción a una parte importante de la clase política), acelera o completa la descomposición de los partidos tradicionales. Ya en 1990, el PCI se transformaba en el PDS (Partido Democrático de la Izquierda), abandonando toda referencia residual a la clase y proponiéndose como un partido «ligero» o «de opinión». La Democracia Cristiana va cayéndose a trozos hasta que, en 1994, cambia también de nombre: nace el Partido Popular. Los partidos menores de centro (incluido el PSI, que había anticipado en muchos sentidos la necesidad de una reforma institucional radical) desaparecen de la noche a la mañana. No obstante, el aspecto sobresaliente de la prolongada convulsión que sacudió al sistema político italiano a principios de los años noventa es la formación de una nueva derecha. Una derecha en absoluto conservadora, con verdadera devoción por la innovación, acuñada en el trabajo dependiente, capaz de proporcionar una expresión partidista a las principales fuerzas productivas de nuestro tiempo.

10. La nueva derecha, que llegó al poder con las elecciones de 1994, está constituida principalmente por dos sujetos organizadores: la Lega Nord, arraigada exclusivamente en las regiones del norte del país y Forza Italia, el partido centrado en torno a la figura de Silvio Berlusconi, dueño de varias emisoras de televisión, casas editoriales, compañías constructoras y grandes almacenes de venta al por menor.

La Lega Nord evoca el mito de la autodeterminación étnica, de las raíces recobradas: la población del norte debe valorizar sus tradiciones y costumbres, sin delegar ningún tipo de autoridad a los aparatos centralizadores del Estado. La identidad local (basada en la región o en la ciudad) contrasta con el universalismo vacío de la representación política y con la abstracción insoportable implícita en el concepto de ciudadanía. Sin embargo, la identidad local promulgada por la Lega Nord contiene tintes fuertemente racistas,

en particular con respecto a los italianos del sur y a los inmigrantes de fuera de la Comunidad Europea. La Lega Nord propone una forma de federalismo que entrelaza lo antiguo y lo postmoderno: se combinan figuras como la de Alberto da Giusano (un *condottiere* medieval de Lombardía) con el ultraliberalismo, y el lema «tierra y sangre» se echa en el mismo saco que la revuelta fiscal. Esta *mélange* tan estridente ha dado voz a una tendencia anti-estatalista difusa que ha ido madurando a lo largo de la pasada década en las zonas económicamente más desarrolladas del país. Con el tiempo, la Lega Nord podría convertirse en la base de masas sobre la que la pequeña y mediana empresa postfordista podría conseguir una autonomía relativa con respecto al Estado-nación. En presencia de la nueva cualidad de la organización productiva y a la luz de la inminente integración europea, la maquinaria estatal italiana se ha mostrado inadecuada en muchos sentidos: la protesta *subnacional* de la Lega Nord funciona paradójicamente como un soporte para retardar la decisión política en torno a cuestiones *supranacionales*.

Por su parte, Forza Italia sustituye los procedimientos tradicionales de la democracia representativa por modelos y técnicas derivados del mundo de los negocios. El electorado es equiparado al «público» (televisivo), del que se espera un consenso que es a un mismo tiempo pasivo y plebiscitario. Es más, la forma del partido reproduce fielmente la estructura de la «empresa en red». Los «clubs» que apoyan a Forza Italia han crecido sobre la base de la iniciativa personal de profesionales ajenos a la política convencional, del tipo del gerente de oficina entusiasta o del notario de provincias que ha decidido hacerse un nombre. Estos clubs tienen la misma relación con el partido que la que tienen el trabajo autónomo y la pequeña empresa familiar con la compañía madre: a fin de comercializar su propio producto político, se ven obligados a confiar en una marca reconocida y, a cambio, deben seguir normas precisas de estilo y conducta, labrando un buen nombre para la compañía bajo cuyo sello trabajan. Forza Italia, al igual que hizo el Partido Socialista a mediados de los ochenta, se ha asegurado la fidelidad de los trabajadores involucrados en las tecnologías informáticas y de la comunicación, es decir, la fidelidad de los sectores sociales que se están formando en la tormenta tecnológica y ética del postfordismo.

La nueva derecha reconoce y hace suyos temporalmente los elementos que en última instancia serán merecedores de las más elevadas esperanzas: el anti-estatalismo, las prácticas colectivas que eluden la representación

política y el poder del trabajo de la intelectualidad de masas. Los distorsiona, enmascarándolos bajo una perversa caricatura, y clausura la contrarrevolución italiana, corriendo el telón en este largo intermedio. Ese acto ha terminado, ¡qué empiece el siguiente!

Los años del cinismo, del oportunismo y el miedo

¿Adelante cómo, adelante a dónde? Con el «movimiento del '77» se ha repetido un fenómeno que ya se dio en 1968-69: el sistema político es arrollado por una demanda de renovación política, institucional, cultural y éste reacciona con la marginación del movimiento a través de diversas formas de represión judicial y policial.

En el apogeo del «Otoño Caliente» había tomado forma la «estrategia de la tensión» que forzó al movimiento a darse formas organizativas y de representación de diverso tipo: las neoleninistas de los grupos, a la conquista-uso-negación de los consejos de fábrica; las de la emergencia de formaciones armadas clandestinas; y la agregación de componentes de la sociedad civil en torno a proyectos en pro de referéndums diversos (divorcio, aborto, etc), desplegados para recuperar espacios de habitabilidad democrática.

En 1977 todas estas formas de representación entraron en crisis, ya sea por la acción de recomposición que se produce en el poder del Estado, ya por el surgimiento de una nueva composición social, de nuevos sujetos productivos que ya no se reconocen en las formas de autoorganización precedentes. Se ha dicho que el '77 es también la culminación de la «crítica radical de la política», el momento histórico en el que la subjetividad de la nueva composición social hace definitivamente añicos todas las teorías y las prácticas relativas a la «forma partido»; pero también es preciso reflexionar sobre el hecho de que la riqueza y la complejidad expresada no encontró una forma política que contuviese y organizase todas las necesidades manifiestas.

Las intuiciones y las prácticas generalizadas en aquella breve época de revuelta hicieron que reapareciese, de modo dramático, la contradicción irresuelta entre composición de clase y organización, que había dominado toda la experiencia de los años sesenta y setenta. Se podría decir que en el decenio precedente se habían «consumado» todas las posibles hipótesis organizativas históricamente producidas por el área comunista y libertaria, en la medida en que se revelaron inadecuadas frente a la complejidad de los sujetos y al enfrentamiento con el enemigo de clase. Si después del «Otoño Caliente», la capacidad de respuesta del movimiento tuvo la posibilidad de experimentar formas de organización y prácticas de lucha «extrañas» a la tradición revisionista, identificando en el «cuerpo central» de la clase obrera su punto de referencia, con el '77 también esto se desploma, privando a los sujetos reales de todo punto de referencia.

La «estrategia de la tensión» fue neutralizada por tres grandes componentes sociales y políticos: la conflictividad de la autonomía de clase, la práctica militante, el radicalismo democrático. La posición extrema y sintética de las formaciones armadas había producido históricamente «la forma-violencia organizada en partido», pero este componente permaneció como algo sustancialmente minoritario durante todo 1976 (Bosolini, uno de los protagonistas de la fundación de las Brigate Rosse, dirá que en aquella época los militantes no llegaban a cien en toda Italia) y precisamente con el surgimiento del «movimiento del '77» se encontró con graves dificultades proyectuales: incluso si la referencia imaginaria y política a la tendencia armada se podía leer de modo generalizado, no era tanta como para permitir una unidad de objetivos entre proyecto armado y práctica de la violencia difusa.

Crisis de los «modelos de organización», radicalidad de la «necesidad del comunismo», reestructuración profunda y autoritaria del ciclo productivo, recomposición de la «forma Estado», estos son los elementos del enfrentamiento.

Con respecto al periodo 1969-73, la novedad más relevante del '77 viene dada por la fuerte transformación rigorista de las instituciones, apoyada por la casi totalidad de las fuerzas políticas representadas en el parlamento. El proyecto de orden público, que pasará a la historia como «legislación de emergencia», representó en 1977 la base del acuerdo entre los partidos del arco constitucional y fue la condición para la cooptación del

PCI al área «democrática» o de gobierno. Por primera vez en su historia el PCI se declara favorable a una restricción masiva de las libertades y las garantías constitucionales y se compromete en campañas ideológicas —la última la del «referéndum» sobre la ley Reale— dirigidas a alimentar el consenso popular con respecto al proceso de restauración autoritaria».[7]

> Si bien, tal y como justamente señala uno de los historiadores y testigos más lúcidos de las asuntos institucionales y de los aparatos judiciales italianos, ya en el 1974-75 se había comenzado a dar un fuerte impulso a la intensificación de las sanciones penales, 1977 es el «año clave».[8] Entre otras cosas se impone una gravosa hipoteca sobre los abogados que ejercen una defensa política, permitiendo que se suspenda del ejercicio de la profesión a quien incurra en procedimientos penales en su contra o a quien sea objeto de una orden de búsqueda y captura.[9]

Es también el período en el cual son autorizadas —y nunca legisladas— las «cárceles especiales», auténticos campos de concentración destinados a la destrucción psicofísica de los detenidos. Igualmente se extiende la posibilidad de recurrir al uso de las armas para impedir las evasiones haciendo entender que si se diesen otras «masacres de Alessandria»[10] no dependería de la iniciativa personal y forzada de forma individual por algún magistrado, si no que serían impuestas por la ley. No es casualidad que el encargo de dirigir este sector sea encomendado al general Carlo Alberto Della Chiesa[11] que había sido uno de los protagonistas de aquella «masacre».

En efecto, si la «estrategia de la tensión» había sido manejada por sectores del Estado para «comunicar» al conflicto de clase el chantaje terrorífico de una posible involución reaccionaria, la «legislación de emergencia»

---

7 Luigi Ferraioli y Danilo Zolo, «Il caso italiano», en *Democrazia autoritaria e capitalismo maturo*, Milán, Feltrinelli, 1978.

8 Romano Canosa, «Apparati di stato e “transizione”», *Quaderni Piacentini*, Piacenza, 1978, num. 69.

9 Sergio Bologna, «“Primo Maggio” oltre il movimento», en *Primo Maggio*, Milán, 1979, num. 13.

10 El 11 de mayo de 1974, es violentamente reprimida la revuelta de los presos de la cárcel de Alessandria (Piamonte) con el balance final de siete muertos y catorce heridos [*N. del E.*].

11 General de los carbinieri, hombre duro y partidario de la máxima dureza con los movimientos, siempre identificados con el terrorismo. Fue nombrado jefe de seguridad de prisiones en 1978. A partir del asesinato de Aldo Moro toma la máxima responsabilidad en la lucha contra el terrorismo y las BR. En 1980 será encargado de la lucha contra la Mafia. Fue asesinado por ésta en 1982 [*N. del E.*].

supone la asunción a nivel institucional de una práctica sustancialmente «ilegal», involutiva, reaccionaria, con el fin de condicionar y reprimir cualquier expresión organizada o espontánea de rebelión social. Las formas en las que se manifiesta la respuesta del adversario de clase son distintas pero la finalidad es idéntica.

En la percepción común de miles de militantes —pero también de sectores democráticos—, el Estado, al encubrir (tolerar y organizar) las tramas de la «política de terror», había perdido la legitimidad del monopolio exclusivo del uso de la violencia, además de que por otra parte este supuesto privilegio «democrático» está entre los más ambiguos y contradictorios. Norbetto Bobbio (uno de los padres de la Constitución) en su intervención sobre esta cuestión afirmaba: «Que los grupos revolucionarios justifiquen su propia violencia considerándola como una respuesta, la única posible, a la violencia del Estado es más que natural [...] Por lo demás este mismo argumento es usado por el Estado para justificar el uso de su propia violencia, de la violencia llamada institucional, con respecto a la violencia revolucionaria».[12]

Dentro de este espectáculo simétrico es desde donde, según Bobbio, los «demócratas consecuentes» elaboran la constitución y las tablas de la ley. La tarea de estos aparatos «disciplinarios» debería ser la de equilibrar el derecho de representación de los movimientos sociales con las exigencias de gestión y de reproducción de la democracia. Cuando esto no sucede, cuando se alteran unilateralmente los estatutos y las reglas del juego, se abre un conflicto de consecuencias impredecibles.

A mediados de los años setenta el retraso conservador del poder democristiano produjo un «bloqueo» del sistema democrático, cuyos síntomas se advertían desde 1974 (por tanto mucho antes de la fase del llamado peligro «terrorista»): con la promulgación de la ley que duplicaba los periodos de encarcelación preventiva, que se consolida con la reintroducción del interrogatorio policial y la ley Reale (1975) que a su vez completa una primera fase involutiva y que es una auténtica «licencia para matar» delegada en las «fuerzas de orden» (que provocará 350 víctimas en los diez primeros años de su aplicación).

---

12 Norberto Bobbio, «Se cede la legge», *La Stampa*, 17 de julio, 1977.

Vista con distancia, la dinámica autoritaria se presenta casi como un diseño orgánico: de un lado «el terror de las masacres» favorecido por los aparatos de seguridad del Estado y del otro una progresión de procedimientos judiciales cada vez más autoritarios, justificados por la necesidad de defender la definida de forma genérica como «democracia», amenazada por la violencia, a su vez evocada también de forma genérica. Todo esto como respuesta a las profundas modificaciones de la «constitución material del sistema político italiano». Modificaciones que, partiendo de la fábrica e integrándose en lo social, habían alterado profundamente las relaciones de fuerza entre las clases. Se había formado así el sindicato, aún más, la unión sindical, deseada por las bases, por el obrero masa.

El sindicato, único instrumento de mediación entre el poder de la clase obrera y el sistema de partidos (de todo el sistema de partidos), se convertía también en la principal correa de transmisión entre la sociedad civil y el Estado, debilitando así de manera dramática e irreversible el tradicional poder de los partidos, en particular de los de izquierda. En la fábrica y en la sociedad, los movimientos se sustraían progresivamente a la hegemonía del PCI, que por primera vez desde la postguerra perdía la hegemonía en las fábricas. Las formas de lucha, la «conflictividad permanente», los movimientos que protagonizaron los conflictos entorno al salario, la renta, los servicios, el consumo productivo de la fuerza de trabajo, eran casi todos autónomos e independientes del sistema de partidos. La única fuerza que contradictoriamente trataba de representarlos era el sindicato, en sus distintas articulaciones, dentro de las cuales las instancias de base se convirtieron rápidamente en predominantes —merece la pena señalar que la gran mayoría de los afiliados al FLM (el organismo intersindical de los consejos de fábrica) carecía de cualquier carnet de partido— llegando incluso a enfrentarse duramente con los dirigentes.

«Toda la sociedad parece encontrarse en una acelerada transformación, al mismo tiempo se verifica una violenta y persistente crisis de identidad de la burguesía, que comienza con la pérdida de su identidad cultural y de los residuos de la herencia democrática formada durante la Resistencia, y que se sustentan en su propio conflicto-modificación de los poderes internos de su composición».[13] En este escenario se forma una tendencial unificación del

---

13 Sergio Bologna, «Composizione di classe e sistema politico», en *Crisi delle politiche e politiche nella crisi*, Nápoles, Libreria l'Ateneo di G. Pironti, 1981.

cuadro político alrededor del proyecto de defensa del «Estado democrático». «Se trata, por lo demás, de un proceso recurrente dentro de todos los regímenes con tendencia a la unanimidad o carentes de oposición relevante. Por un lado, las fuerzas políticas van perdiendo su connotación de clase y se van homogeneizando sobre la base de la referencia común a un interés general e interclasista, que tiene su lugar dentro del Estado; por otro, y de forma recíproca, este Estado y estas instituciones, en tanto que depositarias del "consenso" de la gran mayoría del pueblo expresado a través de la mediación de los partidos, pierden a su vez todo rasgo histórico y de clase y se convierten en Estado y en instituciones "democráticas" por definición [...] En Italia, por ejemplo, no tenemos ya un Estado "burgués" o "capitalista" o "democristiano" o quizás en algunos aspectos todavía "fascista": por la virtud taumatúrgica del "consenso" de las fuerzas políticas [se refiere al gobierno de "solidaridad nacional"] —y en primer lugar al PCI—, el Estado se ha identificado con la democracia, con un valor común cuya defensa es interés y deber de todos».[14]

En el pre '77 es precisamente el PCI el que intenta revisar en profundidad sus propios estatutos materiales, sus propios referentes y sistemas de poder interno. Es también el partido que en una primera fase obtiene las mayores ventajas del impulso de la renovación global que proviene de la sociedad civil. Las victorias electorales de 1975-76 (máximos históricos de la postguerra) son también el resultado de un gran imaginario colectivo que en la superación electoral de la Democracia Cristiana condensa una parte de las necesidades expresadas en el quinquenio precedente. Sin embargo, todo se revela como una trágica ilusión. El PCI, debido a su estrategia histórica, a su cultura política, no está en condiciones de percibir una necesidad de cambio tan radical, sino que, al contrario, persigue con obstinación el objetivo de entrar en el área de gobierno. Así se explica el abandono del rechazo a la OTAN (batalla histórica desde los años cincuenta) y la decisión de luchar por reconstruir la «productividad» capitalista duramente menoscabada por las luchas sociales y de fábrica.

Un objetivo indispensable en esta estrategia de aproximación al poder es la necesidad de reconducir al sindicato dentro de la hegemonía del partido y de su estrategia. El sindicato era, como hemos visto, la única fuerza

14 Luigi Ferraioli y Danilo Zolo, *op. cit.*

de mediación del conflicto. «Privado de los sindicatos, el sistema político italiano no resistiría los empujes de la clase, las presiones sobre la renta, las nuevas necesidades».[15] Cualquier recomposición desde arriba, desde el poder, no podría acontecer sin la colaboración del sindicato.

Sobre esta línea se carga la política de los sacrificios movilizando a todas las «mentes lúcidas» disponibles. Trentin escribe un largo texto de reflexión (*De explotados a productores*)[16] para explicar la necesidad de un pacto entre productores, para reconstruir, por ejemplo, el camino de la «hegemonía democrática» del movimiento obrero. Berlinguer, en el famoso discurso a los intelectuales, explicará que el gobierno de izquierdas no es tanto una hipótesis imposible como indeseable, al menos hasta que el terreno de la «productividad» no sea «un arma del empresariado» sino un «arma del movimiento obrero para hacer avanzar la política de transformación». Lama, por su lado, en una famosa entrevista en la *Repubblica*, corroborará de forma orgánica los mismos conceptos, apoyado por la autoridad del economista Sylos Labini que de manera más incisiva declara que «la izquierda debe ayudar deliberadamente y sin mala conciencia a la reconstitución de los márgenes de beneficio, hoy extremadamente bajos, proponiendo incluso medidas onerosas para los trabajadores. Esto puede ser un paso en la dirección de la hegemonía gramsciana [*sic*]».[17] Esta última síntesis teórica será hecha propia por parte del PCI durante su participación en el gobierno.

Pero una elección estratégica de esta naturaleza no puede desarrollarse sin consecuencias dramáticas sobre el conflicto social. Esto significa una verdadera inversión del conflicto capital-trabajo que se desarrolló durante la fase revolucionaria precedente. Significa anular todas las conquistas del «Otoño Caliente» y la hegemonía conquistada con el «partido de la Mirafiori». Se pueden utilizar todos los artificios lingüísticos posibles (los despedidos, por ejemplo, se convierten en «excedentes»), pero en realidad tanto los obreros como los movimientos que actúan en la sociedad no tiene intención de renunciar a las conquistas obtenidas, es más quieren lanzar otras nuevas.

---

15 Sergio Bologna, op. cit.

16 Bruno Trentin, *Da sfruttati a produttori,* Bari, De Donato, 1978.

17 *La Repubblica*, 10 de diciembre de 1976.

La «legislación de emergencia» nace precisamente como una disuasión, como una prevención del posible choque que se provocaría con la modificación de las «reglas del juego». El gobierno de «solidaridad nacional» como expresión del taumatúrgico e interclasista «Estado democrático» tiende a absorber en sí, en el Parlamento, cualquier forma de conflicto, mientras que aquellos que son incompatibles se convierten en materia penal y judicial.

La forma-Estado bajo la figura del «sistema de partidos», que desde siempre es una forma latente de la historia italiana, emerge ahora con fuerza y capacidad de proyecto. «La forma-Estado (democrática e interclasista) se hace patente en algunos periodos históricos, cuando la crisis del régimen precedente y el desarrollo de una nueva composición de clase (casi siempre extra-sistémica y extra-institucional) corren el riesgo de salirse del control de la dialéctica entre gobierno y oposición. Esto es lo que ocurrió en 1945-46 después de la lucha armada contra el fascismo, cuando frente a las relaciones con las clases, con las masas, los partidos eligieron anteponer sus propias relaciones recíprocas y el PCI antepuso a la relación con la clase [obrera] y con los movimientos armados, la relación con los partidos del arco constitucional. De forma análoga, en los últimos años y jugando con el mismo «estado de emergencia» para superar la crisis actual, al igual que entonces era la «Reconstituzione», ha elegido la vía del Compromiso Histórico. Y con más fuerza después del 20 de junio (las elecciones de su victoria), el PCI ha privilegiado la consolidación estructural de las relaciones con los otros partidos y sobre todo con la Democracia Cristiana «para resolver la crisis de Estado» y dar al «sistema de partidos» un carácter de concordia, no de conflicto. La unidad política y programática de los partidos se cierra entonces como una bóveda de hierro sobre las necesidades de clase; el «sistema de partidos» no pretende ya representar los conflictos, ni mediarlos, ni organizarlos: los delega en los «intereses económicos» y se pone a sí mismo como forma científica del Estado, separado y hostil a la sociedad. «El sistema político se vuelve más rígido, frontalmente contrapuesto a la sociedad civil, no recibe ya los impulsos que provienen desde abajo, sino que controla y reprime».[18]

Mientras en el '77, el parlamento promulga un paquete de «leyes excepcionales», las consecuencias de las prácticas insurreccionales del movimiento y el desesperado refugio en las fábricas de las vanguardias

---

18 Sergio Bologna, *La tribù delle talpe*, Milán, Feltrinelli, 1978.

obreras devastan todo el panorama de los movimientos revolucionarios. Mientras la autonomía y la riqueza del «movimiento del '77» se enfrenta al desierto de la descomposición subjetiva y el dilema «*¿adelante cómo, adelante a dónde*?» asume significados existenciales, las vanguardias de fábrica viven de forma dramática la «traición de los dirigentes». El uso político del expediente de regulación de empleo, la descentralización de las instalaciones, los continuos despidos motivados por políticas discriminatorias, puntualmente legitimadas por el desbordante poder de la magistratura, parecen —y en efecto son— obstáculos insalvables en la recuperación de la iniciativa.

Se trata quizás del periodo más oscuro de la postguerra: si la angustia de los primeros años sesenta había sido uno de los estímulos de la revuelta, el «miedo» obrero produce una idéntica desesperación. La batalla «contra el terrorismo» es usada como «caballo de Troya» para dar el paso a un proyecto mucho más vasto y más complejo. Ante todo, de un lado, la eliminación del panorama político italiano de una serie de fuerzas de oposición revolucionarias; por otra parte, la eliminación del cuerpo central de las vanguardias de fábrica, que habían hecho ingestionable el mando patronal sobre la propia fábrica. Para ello se pone en marcha no sólo un mecanismo procesal y legislativo que hace pedazos el «Estado de derecho», sino también el formidable aparato de los media, una cultura, un modo de leer y falsificar la historia de los años setenta con el objetivo de privar de «memoria» a cualquier sujeto antagonista.

En los jóvenes militantes se produce un terrible síndrome respecto a la inutilidad de cualquier forma de autoorganización de base. Las opciones parecen ser sólo de tipo extremo y radical: una espiral donde de una parte está la difusión masiva de la heroína (10.000 drogadictos en 1976, 60-70.000 en 1978) como expresión de una negación radical de lo existente, y de otra, como si fuese una necesidad general de rigor y de orden moral, la afluencia de masas dentro de las formaciones armadas.

La organización armada que históricamente gozaba del máximo prestigio era Brigate Rosse. Con un sólido origen dentro de la clase obrera y con una cada vez más orgánica implantación teórica en la experiencia de la Tercera Internacional (tras unos comienzos decididamente más «operaistas» y guerrilleros), las BR parecían una organización impenetrable e inasible, dotada de una capacidad operativa mortal. El secuestro y la muerte del honorable Moro, que estaba preparándose para introducir directamente al

PCI en los estamentos del Estado, hicieron de las BR los intérpretes de un deseo de respuesta generalizado de forma contradictoria en el resto de los movimientos. Vastos sectores de la vanguardias de fábrica veían con una amistosa simpatía los valores simbólicos del asunto Moro, y en muchas áreas del movimiento había desatado una gran impresión la eficiencia militar exhibida en el trascurso del secuestro del estadista democristiano.

En los primeros meses de 1978 y después de la trágica conclusión del asunto de Aldo Moro, se asiste a una continua multiplicación de los grupos y prácticas armadas. Hacia las mayores organizaciones afluyen centenares de militantes de la autonomía difusa y secciones enteras de las vanguardias de fábrica —a este respecto, es ejemplar el caso de la brigada Walter Asia de Milán, en gran parte constituida por jóvenes obreros. Mientras, el «sistema de partidos», aparentemente desestabilizado por sus propias decisiones políticas, delega el poder de control y represión en las fuerzas de orden y en la magistratura, que obtiene poderes jurídicamente inamovibles y absolutos, escribiendo una de las páginas más negras de la historia de los «Estados de derecho» modernos. Las Brigate Rosse, al secuestrar y matar al honorable Aldo Moro realizaban de forma simbólica una transformación en la estrategia de «ataque al corazón del Estado» elaborada a partir de 1975-76, como consecuencia del juicio realizado a la hipótesis del «compromiso histórico». En la resolución de la dirección estratégica de abril de 1975 las Brigate Rosse abandonaron definitivamente el modelo de autoentrevista para presentarse con un documento oficial que aspiraba a ser una suerte de programa general, al igual que en la tradición de los partidos históricos de la Tercera Internacional. Esta decisión por sí misma, aparentemente formal, era indicativa de la autopresentación de la organización armada como elemento hegemónico de la complejidad del proceso revolucionario en curso. Ya no se trata, por lo tanto, de un organismo armado clandestino, polo de referencia de la experiencia más radical del enfrentamiento de clases, sino de una auténtica y verdadera organización que, planteando la «lucha armada» como única línea estratégica dentro del enfrentamiento de clases, como la «forma» de la revolución, tendía a recualificar en su propio seno todas las experiencias producidas por la complejidad del movimiento real. Una decisión estratégica de esta naturaleza no podía sino producir una drástica reducción de la propia complejidad y de la propia riqueza de los procesos organizativos; dentro de esta reducción, se producía también una progresiva contraposición con otras experiencias de lucha, no sólo con el resto de los grupos extraparlamentarios

sino también con el área de la autonomía organizada y difusa. Estas divisiones se mantendrán en los años posteriores provocando una continua dinámica de comprensión-rechazo de la práctica de las Brigate Rosse, aunque sustancialmente nunca se producirá una completa deslegitimación hasta la compleja y contradictoria ruptura que se verificará durante el «caso Moro».

Al secuestrar al estadista democristiano las BR pretendían atacar seguramente el proyecto del «Compromiso Histórico», pero en realidad el objetivo más ambicioso estaba dirigido a establecer una hegemonía, a anticipar el inevitable enfrentamiento entre «centralidad obrera y Estado del capital» que en los análisis de la BR se daba como seguro, inminente, resultado histórico «natural» del ataque que el capital y el Estado estaban llevando a cabo contra la hegemonía expresada por el «obrero masa». Anticipar la «guerra civil desplegada» a través de acciones ejemplares y militares con el objetivo de asumir la dirección del movimiento real en el mismo momento en que éste, por su propia génesis, se encontraría con el proyecto de las BR. Este proyecto, completamente teórico e indicativo de la progresiva separación respecto de los movimientos reales, recibió un clamoroso desmentido en la gigantesca y traumática derrota obrera de la Fiat de 1980: decenas de miles de obreros fueron despedidos, expulsados de hecho de la producción, se dispersaron en lo social volviéndose «invisibles», sujetos asustados y despojados de su propia identidad de masas, mientras que los grupos armados, proyectados a estas alturas a la acción exclusivamente militar, no eran ya capaces de interactuar con las profundas modificaciones que intervenian en el escenario del enfrentamiento.

> En los últimos meses de 1978 y en los primeros de 1979 cede la fórmula de gobierno de unidad nacional y paralelamente son liquidadas hasta las última barreras de mediación. El asesinato del magistrado Alessandrini[19] (por obra de Prima Linea) adquiere en este punto un significado particular porque vuelve a poner en discusión todo el funcionamiento y la historia de la magistratura en la gestión de los procesos políticos de los últimos diez años. Caen todas las distinciones que los sectores políticos y judiciales

19 Emilio Alessandrini fue asesinado el 29 de enero de 1979 en Milán. Figura notable en el ámbito de los magistrados democráticos, se había distinguido por su eficaz acción a la hora de desenmascarar la trama de falsificaciones unida a los hechos del «terrorismo de Estado» y de la estrategia de la tensión.

> todavía hacían entre terrorismo organizado y movimientos de contestación. La magistratura, como cuerpo separado, tiene una reacción de autodefensa que va más allá de los ritmos y tiempos deseados por los propios cuerpos o unidades especiales antiguerrilla, actúa contra todo y contra todos, metiendo en la cárcel a teóricos y politólogos, técnicos y periodistas.[20]

En efecto, la teoría de una única dirección entre grupos armados y movimientos había sido desarrollada por la magistratura de Padua y por los articulistas comunistas de *Rinascita* desde 1976-77 pero, como hemos visto en el debate relativo al movimiento del '77, sólo había «calado» parcialmente, provocando áreas de resistencia y de rechazo no sólo entre los intelectuales sino también en un amplio sector de los magistrados democristianos. Con el asunto Alssandrini esta última barrera de habitabilidad salta definitivamente en pedazos, contribuyendo a dar fundamento a la eficacia falsificadora y devastadora del «teorema Calogero».[21] Privado violentamente de sus propios instrumentos de comunicación (son encarcelados y puestos bajo investigación centenares de redactores), aplastado por la eficacia de los grupos armados, casi carentes a esas alturas de aliados o de «compañeros de viaje», el movimiento se dispersa en mil regueros. Es la fase de los «suicidios militantes» seguida de la más consistente fase de los «suicidios obreros» (más de doscientos, sólo en Turín, entre los receptores de los subsidios de desempleo). La fase en la que el Estado, que se reconstituye como aparato, hace de la emergencia un método auténtico y mortal de gobierno, funcional en el rediseño en términos autoritarios de toda la «geografía» del conflicto, haciendo pedazos cualquier forma de representación que no se pliegue a las nuevas exigencias productivas. La «economía sumergida» (léase «trabajo negro») pone sobre el escenario una nueva generación de empresarios sin prejuicios, agresivos y preparados para enfrentarse con la tradicional «raza patronal» industrial, que después de haber desertificado las fábricas de la subjetividad revolucionaria expresada por el «obrero masa», puede englobar finalmente la ciencia obrera dentro de la reestructuración tecnológica e informática.

---

20 Sergio Bologna, «"Primo Maggio" oltre il movimento», *cit.*

21 Así es llamada la acusación del magistrado de Padua, Calogero, que consiste en la hipótesis de una única dirección política de todo el movimiento revolucionario (clandestino o no). Sobre la base de esta tesis se realizaran los arrestos del «7 de abril». Es inútil decir que después de años de procesos y de cárcel preventiva, el «teorema» se ha desvelado completamente inconsistente.

La «cultura de empresa» y el «individualismo propietario» se vuelven valores positivos, defendidos y exaltados por los media y los intelectuales, que dentro del «pensamiento débil» de lo «cotidiano» y del «perfil bajo» de la defensa de sus propios privilegios parecen encontrar la coartada de su propia fuga.

La teoría de las «dos sociedades», que podía parecer una esquematización excesiva durante el movimiento del '77 asume a comienzos de los años ochenta una dimensión de masas: cientos de miles de jóvenes «no garantizados», millones de subempleados, son el eje axial, carente de representación, de la nueva riqueza.

En los grandes laberintos metropolitanos reina el silencio del aislamiento y de la impotencia, los rostros «uniformizados» de los «políticos» repiten palabras carentes de sentido desde las pantallas televisivas. Se han iniciado los años ochenta. Los años del cinismo, del oportunismo y del miedo.

Apéndice

Irreductibles de Estado

Rossana Rossanda

Cada vez que se reabre la cuestión del indulto para los años de plomo, se desatan las pasiones. Personas muy dignas, como Piersanti Mattarella,[1] se sobresaltan: ¡tan rápido! Sin embargo, desde aquella época han pasado al menos veinte años, los encarcelados han pagado diecisiete años de media —más de los que se cumplen por otros delitos— una vida; y se habla del indulto desde hace al menos dos legislaturas; más aún, desde que el entonces presidente de la República, Cossiga, mandó un solemne documento al parlamento. Giovanni Moro, hijo del la víctima más ilustre, exclama: todavía no, porque son demasiados los misterios que rodean el final de mi padre. Sí, demasiados, pero no de la parte de quien lo secuestró y asesinó, lo que incluso un dolor irremediable puede discernir. Más bien, de cómo y por qué se decidió no actuar como Moro pedía y hubiera actuado, se debe pedir cuentas a quien todavía es parte de la Democracia Cristiana y del Partido Comunista.

Existe un nervio sensible en la clase política italiana —otra cosa son las familias de las víctimas— que les hace capaces de comprender tanto el fascismo ya lejano como el comisionario presente, a los hermanos Brusca

[1] Líder democristiano de Sicilia, asesinado en 1980 por la Mafia [*N. del E.*].

convertidos en instrumentos de justicia, pero no les permite comprender los movimientos subversivos y armados de los años setenta. Digo «comprender» no absolver. Digo devolver su verdadera trágica imagen al que ha alzado la mano contra el orden moral y social de entonces, en una guerra civil no muy distinta de la de ETA o el IRA o Hamas, que se condenan pero se entienden. Y esto a pesar de que son organizaciones terroristas en sentido estricto, que golpean a la población, mientras que los combatientes italianos no: aquí la masacre pertenece sólo a la oscura *veta* de los aparatos fascistas del Estado. Se puede exclamar que la extrema izquierda no tenía el derecho de matar, pero no se puede negar el carácter político del delito, su contexto, su trayectoria y su fin. ¿Por qué resulta tan difícil?

¿Porque las luchas de fuera son luchas armadas por la independencia o la secesión, y las nuestras estaban dirigidas contra un orden social y estatal injusto? ¿Fue una sublevación menos arcaica, no es injusto, no lo era, el orden social? ¿Que tuviera la forma de la democracia hacía imposible que fuese atacado? Pero también la tienen España, Gran Bretaña, Israel. Aquí se sublevaron, tirando por la borda su propia vida y la ajena, una minoría de los que habían esperado una gran estación de cambios, quizás utópica, pero ciertamente no indigna. Fue un error, tuvo incluso una arrogante soberbia para los que sentían como ellos pero no les habían delegado las armas. Es cierto que no fue un asunto de crueldad ni de dinero. Ni siquiera se puede decir que fueran comunistas, ni del PCI, ni tentáculos del odiado totalitarismo ruso: eran hijos de la generación de la postguerra, que las bombas de la plaza Fontana y el resultado chileno de un intento totalmente legalista y parlamentario, les convencieron de que no había un camino transitable para el movimiento obrero.

¿Se equivocaron? Ciertamente. No solamente en el método, sino en el análisis de las relaciones de fuerza, también en la madurez del cambio. Pero no en entender la violencia sin sangre visible, con la que aquella generación obrera y estudiantil había sido derrotada en lo que habían esperado, e incluso creído vivir, y que un sistema político fuerte y sin sentimiento de culpa habría cultivado y elaborado impidiendo a un tiempo una deriva desesperada.

En aquel tiempo esto fue entendido por todo el mundo, hasta el secuestro de Moro. Se había visto que la violencia no estaba en una sola parte, ni siquiera era la más visible. Basta leer los periódicos de entonces.

Y después de todo esto nos hemos convertido en un país de almas delicadas, que niega la violencia de un sistema, delante incluso de sus devastaciones. Y cuando algunos de nosotros dicen que aquella época ha terminado, que desde 1987 los combatientes han depuesto incluso las armas, y muchos reflexionan sobre los errores, y han pagado con todo salvo con la muerte, y no pocos incluso han pagado con ésta, entonces la clase política salta por los aires, mientras cierta base excomunista tiene que creer que eran agentes de la CIA o de la KGB para encontrar la paz.

No se trata de una historia que sólo se concluye con los, ahora ya no tan jóvenes, protagonistas de entonces: es una historia que el país debe concluir consigo mismo. No tiene que ver con el dolor de las familias, privado e inasible, que no se merece ser usado para esconder la incapacidad pública de leer lo que ha sucedido. Mucho menos con el derecho, que desde hace tiempo ha elaborado el delito político. Tiene que ver con un Estado que era débil, y se ha vuelto marchito, que no tiene una idea de sí suficiente como para darse un perfil histórico y humano de alguna consideración. La dura Alemania lo ha conseguido. ¿Por qué nosotros no?